

GREG BEAR



EON

«Hasta hoy, la mejor construida de las novelas épicas
de la ciencia ficción hard»

WASHINGTON POST

**NOVA**
CIENCIA FICCIÓN





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Hace ya dos años que apareció la Piedra, un gigantesco asteroide hueco que se acerca a la Tierra. Los investigadores han explorado ya seis de sus siete gigantescos recintos, y ahora, mientras el mundo se agita y debate en complejos problemas políticos, las autoridades requieren la presencia en la piedra de Patricia Vásquez, experta matemática teórica. Tras estudiar la vasta biblioteca del asteroide-artefacto, Patricia descubrirá que la Piedra ha sido construida por gente de la Tierra... en el pasado... o en otro universo paralelo. Y de alguna forma aún desconocida, la Piedra resulta ser la clave del destino del planeta y del futuro de la humanidad. No sólo en éste, sino también en otros universos alternativos a los que da acceso la misteriosa Vía que surge desde la Piedra.

L  **LIBROS**

Greg Bear

Eon

Thistledown - 2

PRESENTACIÓN

Hay en la ciencia ficción una variante que sólo han sabido cultivar con éxito los mejores autores del género. Se trata del insólito encuentro de los humanos con una imponente, enorme y maravillosa tecnología alienígena que se presenta como un misterio que explorar y como una posible fuente de conocimientos, saber y poder.

La más famosa (aunque no la primera...) tal vez sea CITA CON RAMA (1973) de Arthur C. Clarke, en la que la enorme nave alienígena pasa por el sistema solar en su camino hacia lo desconocido, haciendo caso omiso de nosotros y sorprendiéndonos por lo extraño de su tecnología.

Tres años antes, Larry Niven había analizado un gigantesco MUNDO ANILLO, enorme artefacto planetario que ocupa una órbita en torno a una estrella distante, cuya respetuosa, interesante y misteriosa exploración llevan a término una peculiar mezcla de terrestres y alienígenas.

Algo más tarde, John Varley se aventuró también, con TITÁN (1979), en el secreto de una tecnología extraña y casi todopoderosa residente en Gea, un mundo artificial del tamaño de una luna situado en la ruta hacia Saturno, en nuestro mismo sistema solar.

Bastante más tarde, en 1990, Charles Sheffield, recuperaba esa que llamaremos «idea Rama» con el hallazgo de misteriosos Artefactos dejados por unos no menos extraños e ignotos Constructores. MAREA ESTIVAL (1990, NOVA ciencia ficción, número 58) era el primer título de una serie todavía hoy inconclusa que recibe el nombre genérico de « El universo heredado» .

A ese grupo selecto se añadía, en 1985 —antes incluso de que lo hiciera Sheffield—, un asombroso Greg Bear capaz de romper todo tipo de moldes y superar ampliamente a Niven, Clarke y Varley con la inolvidable novela que hoy presentamos: EÓN (1985, NOVA ciencia ficción, número 90), con la misteriosa Piedra, el gigantesco asteroide hueco que se acerca a la Tierra, un planetoide-artefacto dotado de esa Vía que da acceso a otros mundos y/o universos alternativos.

Todas las obras citadas han dado origen a series no siempre de igual fortuna que la novela inicial. Los misterios del mercado y el poder de marketing del asesor

y co-guionista de 2001: UNA ODISEA DEL ESPACIO (1968), han hecho que la más famosa sea la serie de Rama (escrita después por Gentry Lee con la, digamos, aquiescencia y «colaboración» de Clarke). Niven, Varley y Sheffield han desarrollado también, aunque por sí mismos, la línea que sugerían sus primeras obras. Pero posiblemente sea Greg Bear quien haya construido la más rica y prometedora serie en torno a los muchos misterios y sorpresas que despierta la Piedra y su inagotable Vía.

EÓN es el inicio de una curiosa trilogía que, espero, siga proporcionando en el futuro la misma riqueza de frutos que ha dado hasta hoy. En realidad fue LEGADO (1995, NOVA éxito, número 10), una inteligente y provocadora novela en torno a un mundo cuya biología permite la herencia de los rasgos adquiridos, la que me llevó de nuevo hasta EÓN, que leí por primera vez hace ya más de una década.

La historia de la serie es sencilla, aunque un tanto original.

Primero se publicó EÓN (1985), una asombrosa especulación matemático-físico-cosmológica sobre el descubrimiento de un misterioso asteroide-nave llamado Thistledown, cuya Vía y sus puertas representan el posible camino de acceso a un multiverso de mundos. Algo más tarde, Bear escribió una interesantísima continuación que poco tiene que envidiar al original. Se trata de ETERNITY (1988, prevista en NOVA éxito, número 12). Los ingleses lo llaman una « sequel ».

Pero en 1995, Bear rizó el rizo y publicó lo que se ha etiquetado en el mundo anglosajón como una « prequel » de EÓN. Se trata de LEGADO (1995), una novela que recupera elementos de EÓN y ETERNITY pero que se quiere ambientar en un tiempo previo. En cierta forma, aunque escrita después, ocurre antes. El mismo Thistledown y su Vía y puertas de que se habla en EÓN y ETERNITY, son el punto de arranque de una novela que, en su gran ambición especulativa, resulta estar centrada en un tema, la biología, un tanto al margen de la serie formada por EÓN y ETERNITY.

Y ésa es la riqueza de la idea que Greg Bear hizo nacer con EÓN: la Vía es una especulación matemático-físico-cosmológica que abre el acceso a una miriada de mundos en los que desarrollar esas ideas y especulaciones que, en manos de un autor tan capacitado como Greg Bear, resultan siempre sorprendentes y llenan de contenido esa caracterización de la ciencia ficción como una « literatura de ideas dotada de un gran sentido de lo maravilloso ».

En cualquier caso, mi admiración por LEGADO ha dado pie a que la trilogía completa aparezca en nuestras colecciones. Empezamos el año pasado con LEGADO en el número 10 de la colección especial NOVA éxito. Seguimos ahora con el elemento central de la hoy trilogía, ese EÓN que, si los duendes de la

imprensa no lo impiden, precederá en sólo unos meses a su secuela explícita, esa ETERNITY que, si todo va bien, será el número 12 en la colección NOVA éxito. Es decir, hemos optado por una publicación en el orden cronológico interno de la serie (si es que ello tiene sentido en un lugar como la Piedra y su enigmática Vía...). Tal vez para reflejar el multiverso implícito en la serie, hemos usado no una, sino dos colecciones. Los de la edición sí son misterios que, a veces, dejan chiquita a la «idea Rama»...

Si EÓN y ETERNITY son un prodigio de misterio y de especulación matemático-físico-cosmológica, LEGADO resulta, al menos para mí, aún más extraordinaria: una rara especulación sobre la herencia y la evolución, así como un curioso viaje iniciático por los duros senderos de la vida, el amor, la guerra y el conocimiento científico. Una obra de lo más recomendable.

Y este trío de novelas es, espero, sólo el inicio de la exploración de las muchas posibilidades de lo que ha puesto en marcha Greg Bear, a quien animo desde aquí (y por correo electrónico... todo hay que decirlo) a seguir explotando el filón imaginativo que, con tanta dignidad, ha abierto esta excepcional novela.

De momento les dejo con EÓN en la confianza de que me acompañarán de nuevo en el inminente viaje a ETERNITY. Vale la pena.

MIQUEL BARCELÓ

*A Poul y Karen,
con mucho aprecio y cariño*

PRÓLOGO

CUATRO COMIENZOS

I

NOCHEBUENA 2000

CIUDAD DE NUEVA YORK

—Está entrando en una gran órbita elíptica alrededor de la Tierra —dijo Hoffman—. Perigeo alrededor de los diez mil kilómetros, apogeo alrededor de los quinientos mil. Dará una vuelta alrededor de la Luna cada tres órbitas.

Se apartó de la pantalla de vídeo para dejar que Garry Lanier tuviese ocasión de echar un vistazo. De momento la Piedra aún parecía una patata asada, con muy pocos detalles significativos.

Fuera del despacho, el ruido de la fiesta se oía como un lejano recuerdo de ciertas obligaciones sociales que ellos ignoraban.

—Es una chiripa increíble.

—No es chiripa —respondió Hoffman.

Había traído a Lanier al despacho unos minutos antes. Éste se hallaba sentado al borde de la mesa escritorio. Alto, con el espeso pelo negro muy corto, parecía un indio americano de piel clara, aunque no tuviera sangre india. Hoffman encontraba los ojos de aquel hombre enormemente reconfortantes, suavemente escrutadores, eran los ojos de un hombre acostumbrado a ver a través de largas distancias. Sin embargo, ella no ponía o dejaba de poner su confianza en la gente basándose únicamente en el aspecto.

Le atraía Lanier porque le había enseñado algo. Algunos lo tachaban de frío,

pero Hoffman lo conocía bastante a fondo. Era, sencillamente, un hombre extremadamente competente, tranquilo y observador.

Tenía una especie de ceguera para las debilidades de la gente que lo hacía particularmente efectivo como director. En raras ocasiones parecía darse cuenta de los pequeños insultos, comentarios ofensivos y habladorías que tenían lugar a sus espaldas. Consideraba a la gente sólo en cuanto a términos de efectividad o falta de ella, al menos eso parecía por las reacciones que mostraba en público; atravesaba la escoria superficial y buscaba lo que de verdadero yacía debajo. Hoffman había aprendido bastantes cosas interesantes de muchas personas limitándose a observar las reacciones que Lanier provocaba en ellas. Incluso había adaptado su propio estilo aprendiendo de la sutileza de él.

Lanier no había estado nunca antes en el lugar de trabajo de Hoffman y ahora, a la fría luz del vídeo, inspeccionaba los estantes llenos de bloques de datos, la gran mesa vacía con la silla para una secretaria de basic, el compacto procesador de textos que se hallaba situado junto al vídeo.

Como les sucedía también a la mayoría de los asistentes a la fiesta, Lanier admiraba a Hoffman y al mismo tiempo sentía por ella bastante respeto. En la Colina la llamaban la Consejera. Había actuado como experto científico en diversos asuntos oficiales y extraoficiales para tres presidentes. Sus programas de vídeo, que reexploraban la ciencia al tiempo que hacían revivir el interés por ella, habían sido muy populares a finales de la década de 1990, en un mundo que apenas se había recuperado de la impresión causada por la Pequeña Muerte. Había formado parte de la directiva del Laboratorio de Propulsión a Chorro y ahora era miembro del COMICE —Comité Internacional de Cooperación Espacial—. Tenía un gusto impecable para vestir, aunque no lograba disimular su maciza constitución. De manera consciente le ponía límites a su propio estilo; llevaba las uñas cortas y sin pintar, con la manicura bien hecha aunque no elegantes, y usaba muy poco maquillaje. Tenía siempre bien arreglado el cabello castaño, al que dejaba que tomase forma espontáneamente; los cabellos tendían a formar una aureola de rizos alrededor de la cabeza.

Lanier había entrado en su círculo de amistades cuando trabajaba como relaciones públicas para los servicios AT&T de Orbicom. Antes de trabajar en Orbicom había estado seis años en la marina, primero como piloto de guerra y luego volando en aviones cisterna de gran altura. Había servido en la famosa ruta Charlie Baker Delta sobre Florida, Cuba y las Bermudas durante la Pequeña Muerte, repostando los aviones de la Vigilancia Atlántica cuyo control había representado un papel crucial en la limitación de la guerra.

Después del armisticio la marina lo había recomendado para que aportase toda su experiencia en ingeniería aeroespacial al Orbicom, que estaba poniendo en marcha su Monojet civil en todo el mundo.

Lo habían llamado primero unas cuantas veces desde las oficinas centrales

del Orbicom, en Memlo Park, California; luego fue requerido para colaborar en la documentación de estrategia, y más tarde le sobrevino un repentino e inesperado traslado al edificio del Orbicom en Washington, traslado que, según tuvo ocasión de enterarse después, había sido promovido por Hoffman. No se trataba de un romance —¿cuántas veces se había visto él obligado a desmentir *aquel* rumor?—, pero la capacidad de que ambos hacían gala para trabajar juntos era algo en lo que habían tenido oportunidad de fijarse en Washington, donde existía un clima de perpetuas disputas partidistas y de rencorosas querellas.

—Tú debes de estar en el Montaje de Drake —le comentó Lanier.

—Lo estoy, pero esto es una imagen del Seguimiento del Espacio Profundo. El Drake está aún bloqueado en la estrella-gema Perseo.

—¿No van a conducirlo hacia la Piedra?

Ella movió la cabeza y sonrió agriamente.

—Esos asquerosos viejos hijos de puta siguen exactamente los esquemas establecidos; no serán capaces de desviarse de ellos ni siquiera para echar un vistazo al mayor acontecimiento del siglo veintiuno.

Lanier levantó una ceja. Todo lo que él sabía de la Piedra era que se trataba de un asteroide. Aquella mole oblonga no iba a chocar contra la Tierra, pero iba a ponerse en su órbita, razón por la que se encontraría en unas condiciones perfectas para realizar en ella ciertas comprobaciones científicas. Esto era interesante, pero no tan valioso como para provocar aquellas muestras de entusiasmo.

—El veintiuno no empieza hasta el próximo mes —le recordó Lanier.

—Y entonces es cuando comenzaremos a estar realmente ocupados. —Se dio la vuelta hacia él y se cruzó de brazos—. Garry, hemos estado trabajando juntos durante bastante tiempo. Confío en ti.

Lanier sintió un escalofrío en la espalda. Hoffman parecía haber estado en tensión toda la tarde. Él había desechado aquel nerviosismo como algo que no era de su incumbencia. Pero ahora Hoffman lo estaba involucrando en ello.

—¿Qué sabes sobre la Piedra? —le preguntó ella.

Lanier meditó un momento antes de responder.

—El Seguimiento del Espacio Profundo la localizó hace ocho meses. Mide trescientos kilómetros de longitud y cien kilómetros en la sección media. Albedo medio, probablemente un cuerpo de silicato con el núcleo de níquel-hierro. Tenía un halo a su alrededor cuando se la vio por primera vez, pero se ha disipado. Eso precisamente es lo que hizo especular a unos cuantos científicos sobre si se trataba del núcleo, excepcionalmente grande, de un antiguo cometa. Algunos informes conflictivos acerca de su baja densidad hicieron revivir otra vez las viejas conjeturas de Shklovskii sobre la luna de Marte.

—¿Dónde oíste los informes sobre la densidad?

—No me acuerdo.

—Esto me da una cierta seguridad. Si no has oído sobre el asunto nada más que esto, probablemente nadie ha oído mucho más tampoco. Hubo una filtración en el Seguimiento del Espacio Profundo, pero ya la hemos solucionado.

—¿Por qué tanto secreto?

—El SEP tenía órdenes de ocultar a la comunidad todos los datos que se proporcionaban.

Hoffman se refería a la comunidad de científicos.

—¿Por qué diablos tienen que estar siempre haciendo cosas así? Las relaciones del gobierno con la comunidad han sido desastrosas en los últimos años. Esto no contribuirá a mejorarlas.

—Sí, pero esta vez yo estoy de acuerdo.

Otro escalofrío. Hoffman estaba dedicada por completo a la comunidad.

—Si han corrido un tupido velo sobre este asunto, ¿cómo es que *tú* estás al corriente? —le preguntó Lanier.

—Por conexiones a través de COMICE. El Presidente me ha encargado que vigile.

—Jesús.

—Así que, mientras nuestros amigos siguen celebrando la fiesta ahí afuera, lo que yo necesito es saber si puedo confiar en ti.

—Judith, sabes que yo soy solamente un tipo PR de segunda categoría.

—Tonterías. Orbicom piensa que eres el mejor coordinador de personal que poseen. Tuve que pelear con Parker durante tres meses para conseguir que te trasladasen a Washington. Estabas propuesto para un ascenso, ¿lo sabías?

En realidad Lanier había confiado en poder evitar otro ascenso. Se sentía como si lo apartaran de su verdadero trabajo, elevándolo cada vez más en la torre del poder.

—¿Y en cambio conseguiste que me trasladaran?

—Tiré de todas las cuerdas que consideré necesario para intentar ser el titiritero que se supone que soy. Puede que te necesite. Sabes que no elijo los candidatos sin estar completamente segura de que van a estar en condiciones de sacarme las castañas del fuego si conviene.

Lanier asintió con la cabeza. Formar parte del círculo de Hoffman significa estar revestido de una cierta categoría. Hasta ahora él había tratado de considerar aquello como una perogrullada.

—¿Recuerdas la supernova que se avistó más o menos al mismo tiempo que la Piedra?

Lanier asintió. Había causado sensación durante un breve tiempo en los periódicos, pero por entonces él se hallaba demasiado ocupado para encontrarle algo extraño a aquella tapadera.

—No era una supernova. Era igual de brillante, pero no reunía ninguna de las condiciones necesarias para serlo. Primeramente el Seguimiento del Espacio

Profundo la registró como un objeto infrarrojo situado justo en las inmediaciones del sistema solar. Dos días después el fulgor se hizo visible y el Seguimiento del Espacio Profundo detectó radiaciones de frecuencias asociadas con todas y cada una de las transiciones atómicas. La temperatura del resplandor comenzó a un millón de grados Kelvin y luego se elevó hasta sobrepasar ligeramente los mil millones de grados. En ese momento, los detectores de explosiones nucleares instalados en los satélites —en los nuevos GPS super-Vela— estaban registrando rayos gamma térmicamente provocados que procedían de transiciones nucleares. Eran claramente visibles en el cielo nocturno, de modo que el SEP tuvo que sacarse de la manga una historia para encubrirlas, y entonces se inventaron que las instalaciones de defensa del espacio habían descubierto una nueva supernova. Pero la realidad era que no sabían lo que tenían entre manos.

—¿Y qué?

—La imagen se perdió, todo quedó tranquilo hasta que se hizo un nuevo descubrimiento visual en la misma área del cielo. Era la Piedra. En ese momento todo el mundo sabía ya que no se trataba de un simple asteroide.

Las imágenes del video se agitaron y sonó un insistente repiqueteo.

—Bien, aquí está. El Mando Espacial Conjunto ha cogido el Drake y lo ha hecho rotar.

El Drake era el más poderoso telescopio óptico orbital. Había mayores instrumentos que se estaban instalando en la cara oculta de la Luna, pero ninguno de los que ya funcionaban podía equipararse al Drake. No estaba en conexión con el Departamento de Defensa. El Mando Espacial Conjunto no tenía legalmente jurisdicción allí, excepto en tiempo de crisis de la seguridad nacional.

La Piedra apareció en la pantalla enormemente agrandada y entrecruzada con números y gráficos científicos. Muchos más detalles se hacían ahora evidentes... un gran cráter en un extremo del cuerpo oblongo, otros cráteres más pequeños por toda la superficie y una banda muy peculiar que la recorría latitudinalmente.

—Aún parece un asteroide —dijo Lanier con voz que revelaba poca convicción.

—Naturalmente —convino Hoffman—. Conocemos bien el tipo. Es una gran mesosiderita. Sabemos cuál es su composición. Pero le falta alrededor del cuarenta por ciento de la masa. El SEP lo ha confirmado esta mañana. Ese perfil redondeado que atraviesa el centro se asemeja a una geoda. Y las geodas no se encuentran en el espacio, Garry. El Presidente ha aceptado ya mi recomendación de poner en marcha una investigación. Eso fue antes de las elecciones, pero creo que podremos seguir adelante con la nueva administración, tengan mentalidad de mentecatos o no. Como simple precaución estamos proyectando seis vuelos espaciales con vehículos de transferencia para finales de febrero. Pero es pronto aún para hacer apuestas. Creo que necesitaremos un

buen equipo científico y me gustaría que tú te encargases de coordinarlo. Estoy segura que podremos hacer algún arreglo con Orbicom.

—Pero ¿por qué tanto secreto?

—Bien, Garry. Estoy sorprendida. —Le sonrió afectuosamente—. Cuando llegan los extraterrestres el gobierno siempre lo mantiene en secreto.

II

AGOSTO 2001

AERÓDROMO DE PODLIPKI, CERCA DE MOSCÚ

—Comandante Mirsky, no está usted bien concentrado en su trabajo.

—Es que el traje se me está llenando de agua, coronel Mayakovsky.

—Eso no tiene importancia. Puede usted permanecer aún en el tanque de agua otros quince o veinte minutos.

—Sí, coronel.

—Ahora preste atención. Tiene usted que completar esta maniobra.

Mirsky parpadeó para sacudirse el sudor de los ojos e hizo un esfuerzo para intentar ver con claridad la escotilla de estilo americano. El agua le llegaba ya a la altura de las rodillas en el interior del traje de presión; podía sentir el chorro que entraba por la juntura de la cadera. No había forma de decir lo copioso que era el chorro; esperaba que Mayakovsky se diese cuenta.

Lo habían instruido para apretar la barra curvada de metal hasta meterla en los sensores receptores. A fin de poder hacer la tracción necesaria para llevarlo a su lugar, enganchó el codo y la muñeca derecha en el borde circular de la escotilla, usando las ataduras en forma de L de las botas y de uno de los guantes. Luego, con su mano izquierda —(cómo habían tratado de desanimarlo en la escuela de Kiev, ahora desaparecida, todos los profesores con aquellas ideas suyas tan decimonónicas; cómo habían tratado de obligarle a usar exclusivamente la mano derecha hasta que, por fin, cuando él ya estaba al final de la adolescencia, se había promulgado un edicto perdonando oficialmente a los niños zurdos)—, Mirsky tiró con violencia de la barra. Desenganchó la muñeca y los codos y empujó.

El agua le llegaba hasta la cintura.

—Coronel...

—La escotilla tiene que estar en reposo antes de abrirse. Tres minutos.

Mirsky se mordió el labio. Giró el cuello dentro del casco para ver qué estaban haciendo sus compañeros de equipo. Las cinco escotillas alineadas estaban ocupadas, dos hombres y Yefremova. *¿Dónde estaría Orlov?*

Allí; apartando el casco hacia atrás, Mirsky vio a Orlov, a quien estaban sacando a la superficie del tanque de agua, y a tres auxiliares, cuyos trajes, muy mojados, iban provistos de bombonas de aire, que lo ayudaban a salir en medio de la sombría oscuridad. La superficie, la querida superficie, con aire suave y sin agua chorreando por dentro. Ahora ya no notaba el chorro. El nivel del agua le había alcanzado la cadera.

La escotilla comenzó a moverse. Oyó chirriar el mecanismo. Entonces se detuvo, abierta sólo en un tercio.

—Está atascada —dijo, sorprendidísimo. Estaba casi seguro de que se suponía que el ejercicio estaría terminado en cuanto él consiguiera entrar por la escotilla, y se suponía que la escotilla estaba hecha a toda prueba, se suponía que abría cuando estaba bien *apalancada*; palabra americana, tecnología americana, digna de toda confianza, ¿no?

—Se ha aflojado. Obviamente la barra no está en la posición correcta.

—Sí lo está —insistió Mirsky.

—Comandante...

—¡Sí, sí! —Apretó de nuevo la barra con la base de la mano pesadamente enguantada. No había enganchado los codos ni la muñeca derecha; flotó alejándose de la escotilla y tuvo que desaprovechar unos segundos preciosos para colocarse de nuevo en línea y arrastrarse hacia atrás. Engancha. Golpea. Desengancha. Sin resultado.

El agua, muy fría, le llegaba ya a la altura del pecho, mojando el precinto del cuello y pasando al interior del casco cada vez que Mirsky se cambiaba de posición. Tragó un poco de agua accidentalmente y se atragantó. «Ya. El coronel pensará que me estoy ahogando y se apiadará».

—Escúpala —le sugirió el coronel.

Los guantes eran demasiado gruesos para poder alcanzar ahora la barra dentro de la ranura donde se hallaba colocada, sujeta en su lugar por la escotilla parcialmente abierta. Apretó y se le llenaron las mangas de agua fría al tiempo que los dedos comenzaron a entumecerse. Apretó de nuevo.

El traje ya no flotaba ingrátido. Comenzaba a hundirse. El fondo del tanque se hallaba a treinta metros por debajo y los tres auxiliares estaban acompañando a Orlov. No había nadie entre él y la muerte por inmersión si no conseguía vencer con sus propias fuerzas a aquella escotilla soviética simulada. Y si no se marchaba ahora...

Pero no se atrevió a hacerlo. Mirsky había deseado las estrellas desde que era adolescente, y el pánico podía ahora dejarlas fuera de su alcance para siempre.

Lanzó un grito dentro del casco e introdujo de golpe el extremo del guante por la ranura, lo que le causó un agudo y frío dolor que le subió por el brazo y los dedos, entumecidos dentro de la funda interior y de la cubierta.

La escotilla comenzó a moverse de nuevo.

—Está atascada —le dijo el coronel.

—¡Qué me estoy ahogando, por Dios! —gritó Mirsky.

Enganchó las muñecas en el reborde de la arandela y escupió el agua de la boca. El aire del traje entraba y salía justo por encima de la anilla que el casco tenía a la altura del cuello, y Mirsky podía claramente oír el gorgoteo del agua entrando y saliendo.

Las luces de inundación se encendieron alrededor del tanque. Las escotillas estaban suspendidas en el acuoso brillo del mediodía. Notó unas manos que lo sujetaban por debajo de los brazos y alrededor de las piernas, y distinguió vagamente, por las esquinas del empañado cristal que llevaba en el casco por delante de la cara, a los otros tres cosmonautas. Lo sacaron del reducto de la escotilla y empezaron a tirar de él hacia arriba, cada vez más arriba, hasta el cielo bienvenido y arcaico de sus abuelos.

Se sentaron a la mesa que tenían reservada especialmente para ellos, separados de los otros doscientos reclutas, y les sirvieron selectas salchichas con *kasha*. La cerveza estaba fría y colmada, aunque agria y un poco aguada, y había también naranjas, zanahorias y cogollos de coles. Y de postre, un sonriente oficial de comedor depositó ante ellos un gran cuenco de acero lleno de helado de vainilla, que habían tenido prohibido durante meses mientras se entrenaban.

Cuando terminaron de cenar, Yefremova y Mirsky dieron un paseo por los terrenos del Centro de Instrucción de Cosmonautas, con su odioso y negro tanque de acero lleno de agua y medio enterrado en el suelo.

Yefremova era de Moscú y tenía un suave sesgo oriental en los ojos; Mirsky, que procedía de Kiev, igualmente habría podido pasar por alemán o ruso. Aunque ser de Kiev tenía sus ventajas. Un hombre sin ciudad: era algo con lo que los rusos podían simpatizar o entristecerse.

Hablaban poco entre ellos. Creían que estaban enamorados, pero eso no tenía mayor importancia. Yefremova era una de las catorce mujeres del programa Tropas Espaciales del Choque. Por el hecho de ser mujer había tenido que trabajar más que los hombres. Yefremova se había preparado para piloto en las Fuerzas de Defensa Aérea antes de hacer aquello, volando con bombarderos de entrenamiento Tu 22M y con los viejos Sukhoi de guerra. Mirsky había ingresado en el ejército después de graduarse en una escuela de ingeniería aeroespacial. Consideraba que había tenido mucha suerte con la prórroga; en vez de llamarlo al ejército a los dieciocho años, se había hecho acreedor de una beca para la Nueva

Reindustrialización.

En la escuela de ingeniería había obtenido unas notas excelentes en ciencias políticas y dirección, e inmediatamente le destinaron a un escuadrón de guerra en Alemania como *Zampolit*, una posición difícil, pero luego lo habían trasladado a las Fuerzas de Defensa Espacial, que existían desde hacía solamente cuatro años. Nunca había oído hablar de ellas antes del traslado, pero aquello fue para él un enorme golpe de suerte... Siempre había deseado ser cosmonauta.

El padre de Yefremova era un importante burócrata de Moscú. Había preferido colocar a su hija en lo que creía era un programa de entrenamiento militar sin demasiados riesgos, antes que dejarla ir por su cuenta con los mal afamados Jóvenes Gamberros de Moscú. Yefremova resultó estar realmente capacitada y ser muy brillante en el trabajo; tenía un futuro bastante prometedor, aunque no era precisamente lo que su padre hubiera deseado para ella.

Los lugares y circunstancias de donde una y otro procedían eran mundos aparte, y había muy pocas probabilidades de que se comprometieran; muchas menos de que llegaran a algo o de que se casaran.

—Mira —le dijo Yefremova—. Esta noche se puede ver claramente.

—¿Sí? —Mirsky supo en seguida a qué se refería.

—Allí. —Ella acercó la cabeza a la de Mirsky y señaló hacia arriba, hacia la luz azul del largo crepúsculo, hacia un pequeño punto de luz que se distinguía exactamente al lado de la luna llena.

—Llegarán antes que nosotros —le comentó Yefremova tristemente—. Lo hacen siempre, ahora.

—Qué pesimista eres —repuso Mirsky.

—Me pregunto cómo lo llamarán —añadió ella—. Qué nombre le pondrán cuando aterricen en él.

—¡Seguramente no lo llamarán la Patata! —le comentó Mirsky riendo.

—No —asintió Yefremova.

—Algún día... —siguió diciendo Mirsky al tiempo que entornaba los ojos para tratar de ver el punto con mayor claridad.

—Algún día, ¿qué?

—Quizá llegará el día en que se lo quitemos.

—Eres un soñador —dijo Yefremova.

A la semana siguiente una cámara de vacío de dos plazas hizo explosión en las inmediaciones del campo. Yefremova estaba probando un nuevo modelo de traje en un compartimento de la cámara. Resultó muerta instantáneamente. Hubo una gran preocupación por el alcance de las repercusiones políticas que podía ocasionar el accidente, pero al final resultó que su padre prefirió mostrarse razonable. Mejor tener un mártir en la familia que un gamberro.

Mirsky se tomó un día libre fuera de programa y se llevó una botella de coñac que habían traído de contrabando desde Yugoslavia. Pasó todo el día solo en un parque de Moscú y ni siquiera abrió la botella.

Al cabo de un año terminó los entrenamientos y lo ascendieron. Se marchó de Podlipki y pasó dos semanas en la Ciudad de las Estrellas, donde visitó la cámara de Yuri Gagarin, convertida ahora en una especie de santuario para todos aquellos que salían al encuentro del espacio. Desde allí lo trasladaron en avión hasta una base secreta de Mongolia, y luego... a la Luna.

Y siempre tenía la vista puesta en la Patata. Algún día, estaba seguro de ello, iría allí, y no como un ruso intercambiado por el COMICE.

Una nación sólo podía aguantar hasta cierto punto.

III

NAVIDAD 2004 SANTA BÁRBARA, CALIFORNIA

Patricia Luisa Vásquez abrió la puerta del coche para desabrocharse el cinturón de seguridad. Estaba ansiosa por entrar en la casa y empezar la fiesta. Las pruebas psicológicas en Vandenberg durante los últimos días habían resultado realmente agotadoras.

—Espera —le dijo Paul López. Le puso una mano en el brazo, luego se quedó mirando el salpicadero. *Las Cuatro Estaciones* de Vivaldi sonaban en el equipo estéreo del coche—. Tu gente no querrá saber...

—No te preocupes por eso —le indicó Patricia echándose hacia atrás un mechón de pelo oscuro, casi negro. Tenía la mitad inferior del redondeado rostro iluminada por una luz anaranjada que llegaba de la calle y le proporcionaba un tono ligeramente oliváceo a la piel, rosada a causa del resplandor del sodio. Observó solícita a Paul mientras se recogía el pelo y formaba con él dos trenzas dejando una raya al medio. Los grandes e intensos ojos de la muchacha le recordaban a Paul los de un gato a punto de saltar.

—Les encantará —dijo ella poniéndole la mano en el hombro y acariciándole la mejilla—. Eres el primer novio sin ascendencia inglesa que les presento.

—Me refiero a lo de vivir juntos.

—Lo que no sepan no puede herirles.

—Me siento un poco incómodo. Siempre hablas de tus padres como personas chapadas a la antigua.

—Lo único que deseaba era que los conocieras y enseñarte mi casa.

—Yo también lo deseo.

—Escucha, con las noticias que les voy a dar esta noche no creo que nadie se preocupe de mi virginidad. Si mamá pregunta hasta qué punto son serias nuestras relaciones, te dejaré responder a ti.

Paul hizo un gesto.

—¡Qué bien!

Patricia le cogió la mano a Paul, la puso entre las suyas y le dio un sonoro beso en la palma; luego abrió la puerta del vehículo.

—Espera —la detuvo Paul.

—¿Y ahora qué?

—No estoy ... Ya sabes que te quiero.

—Paul...

—Es sólo...

—Entremos a ver a mi familia. Te calmarás. Y *no te preocupes*.

Cerraron con llave la puerta del coche y abrieron el maletero para sacar los bultos de víveres. Patricia subió con actitud arrogante por el paseo central llevando una caja, mientras con el aliento formaba nubecitas en el aire helado de la noche. Se limpió los pies en el felpudo de la entrada, empujó la puerta hasta abrirla de par en par, la cerró con el codo y empezó a gritar:

—¡Mamá, soy yo! ¡Y he traído también a Paul!

Rita Vásquez cogió la caja que su hija llevaba en brazos y la colocó sobre la mesa de la cocina. A los cuarenta y cinco años, Rita estaba sólo ligeramente llenita, pero los trajes que solía llevar chocaban invariablemente incluso con el sentido de la moda que tenía Patricia, bastante rudimentario.

—¿Qué es esto? ¿Un regalito? —le preguntó Rita.

Levantó los brazos y abrazó a Patricia.

—Mamá, ¿dónde has conseguido ese traje de polyester? Hace años que no he visto uno igual.

—Lo he encontrado en el garaje, metido en un paquete. Tu padre me lo compró bastante antes de nacer tú. Bueno, ¿dónde está Paul?

—Está metiendo otras dos cajas. —Patricia se quitó el abrigo y saboreó el olor de los tamales cocidos al vapor en hojas de mazorca de maíz, el olor del jamón cocido y el del pastel de batata.

—Huele a casa —dijo; y Rita se puso radiante.

En el cuarto de estar el árbol de aluminio aún estaba desnudo —decorar el árbol en Nochebuena era una tradición familiar—, y un fuego de gas, que imitaba los leños, ardía alegremente en la chimenea. Se familiarizó de nuevo con

aquellos bajorrelieves de escayola que formaban uvas, parras y hojas bajo la cornisa, y con las pesadas vigas de madera que cruzaban el techo. Patricia sonrió. Había nacido en aquella casa. Dondequiera que fuese, aunque se hallara muy lejos de allí, ésta sería siempre su casa.

—¿Dónde están Julia y Robert?

—A Robert lo han destinado a Omaha —respondió Rita desde la cocina—. Este año no pueden venir. Estará libre en mayo, posiblemente.

—¡Oh! —exclamó Patricia desilusionada. Regresó a la cocina—, ¿dónde está papá?

—Mirando la televisión.

Paul entró por la puerta de la cocina muy cargado. Patricia le cogió una de las cajas y la puso en el suelo, al lado de la nevera, para vaciarla.

—Esperábamos que hubiese un ejército, así que hemos traído montones de cosas —dijo.

Rita apartó unas bandejas de comida y movió la cabeza a ambos lados.

—No sobraré nada. Van a venir los señores Ortiz, nuestros vecinos y el primo Enrique con su nueva esposa. ¿Así que éste es Paul?

—Sí.

Rita abrazó a Paul; los brazos apenas le alcanzaban para rodearle la espalda. Le cogió las dos manos, se echó hacia atrás y lo miró de arriba abajo. Alto y delgado, Paul, con el cabello moreno y la piel blanca, parecía más anglosajón que los otros. Sosegada, Rita sonreía mientras hablaban. Paul comenzó a sentirse a gusto.

Patricia atravesó el salón hasta el gabinete en donde suponía estaría sentado su padre delante del televisor. Nunca les había sobrado el dinero; el televisor era un modelo fabricado veinticinco años atrás y hacía una doble línea semejante a un arco iris alrededor de las imágenes cada vez que recibía transmisiones 3-D.

—¿Papá? —le llamó Patricia suavemente, sonriendo detrás de él en la penumbra.

—¡Patty!

Ramón Vásquez se volvió por un lado del cojín que estaba colocado en la parte de atrás del diván y la miró con una amplia y burlona sonrisa que le levantaba el bigote de color gris pimienta. Había quedado paralizado por un ataque tres años atrás, y ni siquiera por medio de la cirugía había podido recobrar por completo. Patricia se acercó y se sentó a su lado en el sofá.

—He traído a Paul a casa —le dijo—. Siento que Julia no esté aquí esta vez.

—Yo también. Pero así son las Fuerzas Aéreas.

Ramón había estado sirviendo en las Fuerzas Aéreas durante veinte años, retirándose en 1996. Excepto Patricia, la familia estaba toda inmersa en las

fuerzas aéreas. Julia había conocido a Robert en una fiesta celebrada en la base aérea de March hacía seis años.

—Tengo que deciros algo a todos, papá.

—¡Oh! ¿Qué es? —¿Había mejorado la forma de hablar de su padre desde la última vez que charlaron cara a cara? Parecía que sí. Patricia así lo esperaba.

Rita llamó desde la cocina.

—¡Hija! Ven a ayudarnos a Paul y a mí a sacar todas estas cosas.

—¿Qué estás mirando? —le preguntó Patricia a su padre sin ninguna gana de marcharse.

—Las noticias.

Un comentarista —y su espectro, apenas menos formidable que él— estaba contando una historia sobre la Piedra. Patricia se quedó allí mirando, a pesar de que su madre la había llamado por segunda vez.

« Como cada vez es más numeroso el personal enviado a la Piedra, distintos grupos de ciudadanos y de científicos piden que se celebre un debate público sobre el asunto. Actualmente, en el cuarto año de la investigación conjunta NATO-Euroespacio, el silencio que envuelve a la Piedra es más impenetrable que nunca. Y...» .

Así que, a fin de cuentas, no había nada de nuevo.

« Los participantes rusos se encuentran particularmente contrariados con los requerimientos de mantener el secreto. Mientras tanto, grupos de personas de la Sociedad Planetaria, de la Sociedad L-5, de los Amigos de las Relaciones Interestelares y de otros grupos similares, se han reunido alrededor de la Casa Blanca y del llamado Cubo Azul en Sunnyvale, California, como protesta por la intervención militar; afirman también que se intenta encubrir grandes descubrimientos que han tenido lugar en la Piedra» .

Un joven serio, con el pelo pulcramente cortado y vestido de modo conservador, apareció en la pantalla. Se encontraba de pie delante de la Casa Blanca y hablaba haciendo unos gestos exagerados.

« Sabemos que es un artefacto alienígena, y sabemos que hay siete cámaras en el interior, unas cámaras enormes. Nosotros no las hemos puesto allí. Hay ciudades en todas las cámaras —ciudades desiertas—, en todas menos en la séptima. Y allí hay algo increíble, algo inimaginable» .

« ¿Qué piensa que es?» —preguntó el locutor.

El hombre que protestaba dejó caer las manos.

« Creemos que deberían decirselo a todo el mundo. ¡Sea lo que sea que haya allí, nosotros, como contribuyentes, tenemos derecho a saberlo!» .

El comentarista añadió entonces que los portavoces de la NASA y del Mando Espacial Conjunto no habían hecho ninguna declaración.

Patricia asintió y apoyó las manos en los hombros de Ramón, frotándole automáticamente los músculos.

Paul la estuvo vigilando atentamente durante la cena, esperando que ella encontrase el momento oportuno para dar la noticia, pero no fue así. Patricia se sentía a disgusto con los amigos y los vecinos presentes. Era algo que sólo su familia más próxima debía saber, y ni siquiera a ellos podría decirles todo lo que le hubiese gustado.

Al parecer Rita y Ramón parecían haber aceptado a Paul. Eso ya era mucho. En último término, les habría gustado saber algo más sobre la forma en que Patricia y él vivían... si es que no se lo habían imaginado ya: que Patricia y Paul eran algo más que unos recién conocidos, que estaban viviendo los dos juntos de esa forma casual que se da sólo en las residencias mixtas de estudiantes.

Tantos secretos y discreciones. Quizá no se escandalizaran tanto como ella esperaba —¿y deseaba?—. Le molestaba un poco pensar que sus padres podrían considerarla como una persona sexualmente adulta. Ella no estaba tan abierta a esta idea como la mayoría de sus amigos y conocidos.

Al final ella y Paul se casarían, de eso estaba segura. Pero los dos eran jóvenes, y Paul no se lo pediría hasta que pudiera mantenerlos a ambos. O hasta que Patricia le convenciera de que ella podía hacerlo, e incluso con su doctorado eso no era posible hasta dentro de unos años.

Sin contar, naturalmente, la paga que ella iba a recibir del grupo de Judith Hoffman. Ese dinero iría a una cuenta de seguridad personal hasta su regreso.

Una vez que hubieron retirado los platos y todo el mundo estuvo reunido alrededor del árbol, mientras los familiares y amigos ayudaban a decorarlo, Patricia le hizo una discreta seña a su madre para indicarle que deseaba hablar en privado con ella en la cocina.

—Y trae a papá.

Rita ayudó a Ramón a ir a la cocina con las muletas de aluminio, y los tres se sentaron alrededor de la mesa de madera, toda llena de golpes, que había estado en la familia por lo menos durante sesenta años.

—Tengo algo que deciros —empezó Patricia.

—¡Oh! ¡Madre de Dios! —dijo Rita, palmeteando y sonriendo encantada.

—No, mamá, no se trata de Paul y de mí.

Su madre contrajo el rostro. Luego se relajó.

—Entonces, ¿qué es?

—La semana pasada recibí una llamada telefónica en la Escuela —explicó Patricia—. No puedo deciros nada sobre ello, pero voy a estar fuera un par de meses, quizá más. Paul ya lo sabe, pero no puedo decirle a él más de lo que acabo de deciros a vosotros.

Paul entró en la cocina por la puerta de vaivén.

—¿Quién te llamó? —preguntó Ramón.

—Judith Hoffman.

—¿Quién es? —quiso saber Rita.

—¿La mujer esa que sale en televisión? —inquirió Ramón.

Patricia asintió con la cabeza.

—Es una asesora del Presidente. Quieren que trabaje en algo con ellos y eso es todo lo que puedo decirlos.

—¿Para qué te querrán? —preguntó Rita.

—Yo creo que la quieren para construir una máquina del tiempo —intervino Paul. Antes, cada vez que él decía esto Patricia se enfadaba, pero ahora lo ignoró.

No podía esperar que Paul comprendiese su trabajo. Pocas personas lo entendían... y, desde luego, sus padres y amigos no se contaban entre ellos.

—Paul tiene también otras teorías descabelladas —dijo Patricia—, pero mis labios están sellados.

—Como una almeja —añadió Paul—. Ha sido muy difícil convivir con ella estos últimos días.

—¡Si no hubieras estado todo el tiempo intentando hacerme hablar! —Patricia suspiró dramáticamente (lo hacía con frecuencia en los últimos tiempos) y miró hacia el techo pintado de color crema: luego se volvió hacia su padre—. Va a ser muy interesante. Nadie va a poder comunicarse conmigo directamente. Tenéis que enviarme el correo a esta dirección.

Se acercó la agenda del teléfono a través de la mesa y escribió en ella una dirección de APO.

—¿Es importante para ti? —preguntó Rita.

—Naturalmente que lo es —contestó Ramón.

Pero Patricia no estaba segura. Le parecía una locura, incluso ahora.

Después que los invitados se marcharon, llevó a Paul a dar un paseo nocturno por los alrededores. Durante media hora estuvieron caminando en silencio, pasando de la luz de una farola a la siguiente.

—Estoy volviendo al pasado, y a sabes.

—Lo sé.

—Tenía que enseñarte mi casa porque es muy importante para mí. Rita, Ramón, la casa.

—Sí —dijo Paul.

—Creo que estaría perdida sin ellos. Paso tanto tiempo pensando, y lo que hago allí es tan diferente... tan raro para la mayoría de la gente. Si no tuviera un centro, un lugar adonde regresar, estaría perdida.

—Lo comprendo —dijo Paul—. Es un hogar estupendo. Me gustan los tuyos.

Patricia lo detuvo y se quedaron mirándose, cogidos del brazo y con las manos enlazadas.

—Estoy muy contenta —dijo.

—Yo también quiero formar un hogar contigo —le confió Paul—. Otro centro, para que nosotros dos tengamos un lugar donde regresar.

La expresión de Patricia era tan intensa que parecía estar a punto de abalanzarse sobre él.

—Ojos de gato —le dijo Paul sonriendo burlón.

Regresaron dando un rodeo y se besaron en el porche de la puerta principal antes de ir a reunirse con los padres de Patricia para tomar café y chocolate con canela.

—Una última parada —dijo ella mientras se preparaban para volver con el coche a Caltech.

Atravesó el salón para ir al cuarto de baño, pasó por delante de la foto de graduación y ante el cuadro que enmarcaba la página del número del *American Journal of Physics* en donde ella había publicado un artículo por primera vez. De repente al corazón pareció fallarle un latido, dejándole un peculiar vacío en el pecho, una breve y casi agradable sensación de desfallecimiento; luego se fue disipando hasta que volvió a la normalidad.

Lo había sentido antes. No era nada serio, nada más que un soplo helado que le bajaba por el pecho cada vez que ella realmente aceptaba la idea de adonde se dirigía.

IV

1174, VIAJE AÑO 5 NADER, CIUDAD DE AXIS

El Ministro de la Presidencia de Ciudad de Axis, Ilyn Taur Ingle, estaba en pie ante la amplia burbuja de observación mirando fijamente al otro lado de la Vía, a través de la iluminación azul de la ciudad, hacia las calles que brillaban con el continuo fluir del tráfico entre las puertas de entrada. Detrás de él se hallaban de pie dos fantasmas y un representante corpóreo del Nexo Hexamon.

—¿Conoce a Olmy bien, ser Franco? —indagó el Ministro de la Presidencia usando un lenguaje gráfico.

—No, ser Ingle, no lo conozco demasiado —respondió el representante corpóreo—, aunque su reputación es bien conocida en el Nexo.

—Tres encarnaciones, una más de lo que la ley permite, a causa de sus extraordinarios servicios. Olmy es uno de nuestros más viejos ciudadanos que siguen aún corpóreos —le explicó el ministro—. Una personalidad muy

enigmática. Hace mucho tiempo que habría perdido todos sus derechos de mando y que estaría retirado a la Ciudad del Recuerdo si no fuera por lo útil que resulta para el Nexo.

El ministro de la Presidencia dio instrucciones a un pulverizador para que soltara la variedad especial de Talsit. El vaho llenó un área cúbica rodeada de campos de tracción, que resplandecían débilmente con un color púrpura. Ingle entró en el campo y respiró bien a fondo.

Los fantasmas no se habían movido, sus imágenes se quedaban fijas hasta que los llamaban, visibles sólo para indicar que sus personalidades de la Ciudad del Recuerdo estaban conectadas con la cámara, escuchando y observando.

—Creo que procede de un Naderita, ¿no es así? —comentó el ayudante corpóreo.

—Sí —contestó el ministro asintiendo con la cabeza—. Pero sirve al Hexamon sin reparar en quién se halla en el poder, y no cabe la menor duda acerca de su lealtad. Un hombre de los que hay pocos. Aunque, en el antiguo sentido de la palabra, es un hombre que ha vivido grandes cambios, grandes penas. Lo he hecho llamar desde uno punto tres ex nueve. Ha estado supervisando nuestros preparativos para la ofensiva de los Jarts. Pero creo que puede sernos de mayor utilidad aquí. Es el que vamos a enviar ahora. Axis Nader no podrá estar en desacuerdo con él o acusarnos de hacer nombramientos partidistas; los informes que les envía son siempre detallados y muy exactos. Comuniqué al Presidente que aceptamos la misión y enviamos a Olmy.

—Sí, ser Ingle.

—Creo que ahora los fantasmas tienen todas las preguntas contestadas, ¿no?

—Escuchamos —dijo un fantasma. El otro no se movió.

—Está bien. Ahora tengo que reunirme con ser Olmy.

Los fantasmas se desvanecieron, y el repcorp^[1] Franco salió tocándose el collar de metal con los dedos para ponerse una bandera en el hombro izquierdo que indicaba que era un asunto oficial.

El Ministro de la Presidencia apagó los campos de tracción y la cámara se llenó de neblina con más Talsit. Cuando entró Olmy el olor era desconcertante, penetrante, semejante al de un vino añejo.

Se acercó al ministro despacio, pues no deseaba interrumpirle aquella ensoñación.

—Adelante, ser Olmy —dijo el ministro. Se volvió cuando Olmy subía los escalones de la plataforma de la burbuja—. Tiene usted buen aspecto hoy.

—Y usted también, ser.

—Mmm. Mi esposa me ha hecho una estupenda jugada de olvido. Ha quitado un montón de cosas desagradables de mi vigésimo año. Ése no fue un buen año y el perderlo ha supuesto un gran descanso.

—Excelente, ser.

—¿Cuándo se casa usted, Olmy?

—Cuando encuentre una mujer que pueda purgar mi vigésimo primer año de mi primera encarnación.

El ministro se echó a reír con ganas.

—He oído que está usted en buena relación con un abogado de Axis Nader... ¿Cómo se llama?

—Suli Ram Kikura.

—Sí, claro... Ha demostrado una gran eficiencia suavizando las cosas entre los acalorados jefes del Nexo y de Korzenowsky, ¿no es eso?

—Sí. Raramente hablamos de ello.

El ministro contuvo la respiración; daba la impresión de estar preocupado, y fijó la vista en la plataforma.

—Bueno, está bien, dejémoslo. Tengo una misión difícil para usted.

—Es un placer servir al Hexamon.

—Quizá no lo se lo parezca esta vez. No es una mera investigación de comercio ilegal. Cada pocas décadas enviamos a alguien de nuevo a Thistledown para comprobar su estabilidad. Pero esta vez tenemos una doble motivación. Thistledown ha sido reocupado.

—¿Alguien ha cruzado los Territorios Prohibidos?

—No. Más desconcertante aún. Nadie ha molestado a nuestros centinelas en la primera barrera. Aparentemente los ocupantes han entrado en Thistledown desde el exterior; y lo más alarmante de todo, son humanos. De momento no representan una gran fuerza, pero están muy bien organizados. Es inútil hacer conjeturas sobre el lugar de donde proceden; las informaciones son demasiado equívocas. Tendrá usted autoridad, naturalmente, y el transporte necesario. Ser Algoli le informará de las demás condiciones. ¿Entendido?

Olmy asintió con la cabeza:

—Ser.

—Bien.

El ministro se inclinó sobre la barandilla y escudriñó la superficie veinte kilómetros más abajo. Un remolino de luces se agitaba en varios de los carriles.

—Parece que hay un atasco en esa entrada. Ay, ésta es la temporada de los problemas. El mes de Buen Hombre. —Se volvió hacia Olmy—. Buena suerte. O, como estableció Eld: que la Estrella, el Hado y el Pneuma le sean favorables.

—Gracias, ser.

Se marchó de la plataforma caminando hacia atrás, salió de la cámara y cogió el ascensor que subía por el largo y estrecho pilón hacia Ciudad Central, donde arregló sus asuntos para una dilatada ausencia.

El nombramiento aquel era un privilegio. El regreso a Thistledown estaba prohibido con cualquier propósito que no resultase esencial para el Nexo. Olmy no había estado allí desde hacía, y bien cumplidos, al menos cuatrocientos años.

Por otra parte, desde luego, podía ser una misión muy peligrosa... especialmente con una información tan equívoca. Podría contribuir a asegurarse el éxito de la misión llevando con él un Frant.

Si había humanos en Thistledown y no eran renegados de la ciudad —que sería la explicación más fácil—, entonces, ¿de dónde venían?

Demasiado angosto y equívoco para su tranquilidad.

Abril 2005

En la primera etapa del viaje, desde la cabina de pasajeros del enorme transbordador, Patricia Vásquez había estado observando el nublado contorno de la Tierra en un monitor de vídeo. Antes de que la trasladaran ya había visto, en las cámaras instaladas en el campo de los transbordadores, cómo las grandes máquinas maniobraban con los cargamentos a través de las pistas hasta los brazos del VTO —vehículo de transbordo orbital— que los estaba esperando, como dos arañas que estuvieran transportando una mosca envuelta por completo en sus telas. La operación había durado una hora completa, y aquellos lentos y fascinantes movimientos la habían distraído impidiéndole pensar en las actuales circunstancias.

Cuando le llegó el turno y la pusieron en la burbuja de pasajeros para conducirla a través de los diez metros que la separaban de la entrada del VTO, Patricia se esforzó por parecer tranquila. La burbuja estaba fabricada con plástico transparente, así que no sufrió claustrofobia —en realidad más bien lo contrario—. Sintió la inmensidad de la oscuridad más allá de la nave espacial, aunque no podía distinguir las estrellas. Estaban eclipsadas por el resplandor de la Tierra y de las cercanas superficies del VTO, brillantemente iluminadas y constituidas por una serie de tanques, esferas y prismas envueltos en reflejos de aluminio.

La tripulación del VTO, compuesta por tres hombres y dos mujeres, le dieron la bienvenida afectuosamente en el estrecho túnel en cuanto Patricia «salió del cascarón»; luego la condujeron hasta un asiento que estaba situado exactamente detrás de los suyos. Desde aquella ventajosa posición Patricia tenía una visión clara y directa, de modo que podía distinguir las estrellas como diminutos puntos fijos.

Afrontado así, sin la confortable separación de la pantalla de un monitor de vídeo, el espacio parecía extenderse entre un lío de infinitas salas llenas de multitud de estrellas. A Patricia le dio la impresión de que podía pasear por todas y cada una de las salas y perderse en medio de aquella alterada perspectiva.

Aún llevaba puesto el mono negro que le habían proporcionado en Florida seis

horas antes. Se sentía sucia. Aunque llevaba el pelo recogido en un moño, algunos mechones le caían continuamente hacia delante, y la molestaban. Hasta olía su propio nerviosismo.

La tripulación flotaba a su alrededor haciendo las comprobaciones de última hora y leyendo datos en tableros y ordenadores. Patricia examinó los trajes de colores —las mujeres en rojo y azul, los hombres en verde, negro y gris—, y se preguntó ociosamente qué graduaciones tendrían aquellas personas y cuál de ellas estaría al mando. Al parecer todos funcionaban con eficiencia y normalidad, sin diferencias en el tono de voz o en la forma de actuar, como si fuesen civiles. Pero no lo eran.

El VTO era un vehículo militar registrado como no armado y sujeto a las restricciones impuestas después de la Pequeña Muerte. Era uno entre las docenas de nuevos vehículos que se habían construido en la órbita de la Tierra después de la aparición de la Piedra, y difería considerablemente de los vehículos que habían servido en las Plataformas de Defensa Orbital de las Fuerzas Espaciales Conjuntas. Era bastante más grande y capaz de viajar a través de distancias mucho mayores; de acuerdo con el tratado, no podía transportar cargamentos para las Fuerzas Espaciales Conjuntas.

—Partimos dentro de tres minutos —le comunicó el copiloto de la nave, una mujer rubia cuyo nombre ya había olvidado. Luego tocó ligeramente a Patricia en un hombro y sonrió—. Todo esto va a entrar en una actividad febril que durará media hora. Si necesitas beber algo o ir al cuarto de baño, ahora es el momento.

Patricia negó con la cabeza y le correspondió con otra sonrisa.

—Estoy bien.

—Bueno. ¿Virgen?

Patricia se la quedó mirando fijamente.

—Quiero decir —aclaró la mujer rubia— que si es el primer vuelo que realizas.

Recordó ahora el nombre de aquella mujer: Rita, igual que su madre.

—Naturalmente —respondió Patricia—. ¿Estaría si no aquí sentada comportándome como una vaca en el matadero?

La rubia sonrió. El piloto —James o Jack, un hombre con bonitos ojos verdes — la miró por encima del hombro, con la cabeza rodeada por el cinturón y la espada de Orión.

—Serenidad, Patricia —dijo. Aparentaba estar tan tranquilo. Patricia se sentía casi intimidada por la seguridad profesional que mostraban aquellas personas. Eran especialistas en transbordadores espaciales, destinados en un principio a las plataformas de las órbitas próximas a la Tierra y que ahora trabajaban haciendo los trayectos entre la Tierra, la Luna y la Piedra. Ella no era más que una chica recién graduada en la universidad que en toda su vida no había salido de California hasta que se vio obligada a viajar a Florida para el vuelo que partía del

Centro Espacial Kennedy.

Se preguntaba qué estarían haciendo ahora sus padres, sentados en casa, en Santa Bárbara. ¿Dónde se imaginarían que se encontraba su hija? Se había despedido de ellos sólo una semana antes. Todavía le daba un vuelco el estómago cada vez que pensaba en los últimos momentos que había pasado con Paul. Las cartas de él le llegarían, eso estaba garantizado, dirigiéndolas a la dirección de APO. Pero ¿qué podría decirle ella en sus respuestas? Probablemente nada. Y el tiempo que tendría que pasar en el espacio se estimaba que sería de unos dos meses cuando menos.

Escuchó el ruido sordo y el ronroneo de la maquinaria del VTO. Oyó las bombas de combustible, ruidos misteriosos, borboteos semejantes a grandes pompas que explotasen detrás de la cabina de pasajeros; luego le llegaron los agudos repiqueteos de los motores de posición, que alejaban la nave del transbordador.

Comenzaron a rotar, con el eje en algún punto cercano al centro del depósito de carga, que se encontraba anclado en el lugar donde habría estado, de repuesto, un tanque hexagonal de combustible. El VTO dio una sacudida hacia adelante con el impulso del encendido del primer motor. La rubia, que aún no había ocupado su asiento, recibió un empujón con el impacto, fue a parar de pie contra el mamparo trasero, flexionó las rodillas y terminó la pirueta en el ordenador.

Entonces todo el mundo se abrochó los cinturones.

El segundo encendido tuvo lugar quince minutos después. Patricia cerró los ojos, se acurrucó en el asiento y se concentró en un problema que había dejado de lado dos semanas antes. Nunca había necesitado papel para realizar las operaciones iniciales en el trabajo. Ahora, los símbolos Fraktur desfilaban ante ella separados por signos de su propia invención que había ideado cuando tenía diez años. No había música —ella solía escuchar a Vivaldi o a Mozart mientras trabajaba—, pero a pesar de ello quedó sumergida en un mar de abstracciones. Acercó la mano hasta el paquete de pequeños compactos de música y el equipo estéreo que estaba sujeto a la bolsita de efectos personales.

Al cabo de unos minutos abrió los ojos. Todo el mundo se encontraba en los asientos observando detenidamente los paneles de instrumentos. Trató de descabezar un sueño. Pero enseguida, antes de conseguir adormilarse, volvió de nuevo a hacerse la gran pregunta:

¿Por qué la habían elegido precisamente a ella de entre una lista de matemáticos que debía de tener varios metros de longitud? El hecho de que hubiera ganado un premio en aquel campo no parecía ser razón suficiente; habían otros matemáticos de mucha mayor experiencia y envergadura...

Hoffman realmente no le había dado ninguna explicación. Lo único que había dicho era:

—Vas a ir a la Piedra. Todo lo que necesitas saber está allí, y clasificado, así

que no se me permite darte documentación en la Tierra. Tendrás un endiablado montón de cosas que estudiar. Y estoy segura de que será una estupenda diversión para una mente como la tuya.

Por lo que Patricia alcanzaba a entender, los conocimientos que poseía no tenían aplicación práctica alguna, y lo prefería de ese modo.

No dudaba de su propio talento. Pero el hecho de que la hubieran llamado precisamente a ella, de que necesitaran saber algo (como lo había expuesto en su tesis doctoral: *Líneas geodésicas inclinadas y sin gravedad de las estructuras de referencia n-espacial: una aproximación a la visualización superespacial y al agrupamiento de probabilidades*) la hacía sentirse aún más aprensiva.

Seis años atrás un profesor de matemáticas de Stanford le había dicho que los únicos seres que podrían apreciar realmente su trabajo eran los dioses o los extraterrestres.

En la oscuridad, dormitando, escapando a los ruidos del VTO y a aquella opresión que no se le quitaba del estómago revuelto, Patricia se puso a pensar en la Piedra. Los gobiernos involucrados en aquel asunto no ponían fin a las especulaciones, pero tenían buen cuidado de no avivar tampoco demasiado el fuego. Los rusos, a los que se había permitido el acceso a la Piedra el año anterior, sólo insinuaban solapadamente los resultados de sus investigaciones.

Los astrónomos aficionados —y unos cuantos profesionales civiles a los que no habían visitado los agentes del gobierno—, habían puesto de manifiesto las tres bandas regulares longitudinales y los dos hoyos en pico de los polos, como si a la Piedra le hubiesen dado vueltas en un torno.

El resultado era que todo el mundo conocía la gran noticia, quizá la mayor de todos los tiempos.

Así que no tenía nada de increíble que Paul, encajando unos cuantos hechos aislados, le hubiera dicho que ella iba a ir a la Piedra.

—Tienes una inteligencia demasiado profunda para ir a ninguna otra parte —había dicho.

Dioses y extraterrestres. A pesar de todo, consiguió adormilarse.

Cuando se despertó, vio brevemente la Piedra mientras el VTO se balanceaba a su alrededor para la maniobra de anclaje. Se parecía mucho a las fotografías que había visto publicadas repetidas veces en los periódicos y en las revistas; tenía forma de alubia y media, en el centro, aproximadamente un tercio de su longitud; estaba profusamente llena de cráteres entre las zonas lisas excavadas artificialmente. Noventa y un kilómetros de diámetro en su sección más ancha, y doscientos noventa y dos kilómetros de largo. Rocas, níquel y hierro, pero no todo era tan simple como eso, ni mucho menos.

—Estamos aproximándonos al eje del polo sur —le indicó la rubia girándose en la silla para mirar a Vásquez—. Te haré un pequeño resumen, en caso de que no te lo hayan explicado ya. Somos ciegos guiando a otro ciego, cariño. —Echó

una significativa mirada a sus compañeros de tripulación—. Antes de nada, algunos hechos y cifras importantes para los simples navegantes. Date cuenta de que la Piedra gira sobre el eje más largo. Esto no es nada sorprendente, todo el mundo lo sabe. Pero el hecho de completar una rotación cada siete minutos más o menos...

—Cada seis coma ochocientos veinticuatro minutos —corrigió James o Jack.

—Eso significa —continuó la rubia sin inmutarse— que todo lo que se pose en la superficie exterior volará de inmediato hecho pedazos, así que no podemos aterrizar aquí. Tenemos que entrar por el polo.

—¿Hay cosas dentro? —preguntó Patricia.

—Un montón de cosas, si es que conservan todo —y los todos— que hemos estado trayendo durante los últimos años —dijo James o Jack.

—El albedo de la Piedra concuerda con el de unos cuantos asteroides silíceos. Aparentemente, eso es lo que fue en un principio. Ahora nos encontramos ya en el polo sur —comunicó Rita.

En medio de un gran cráter polar había una hendidura; teniendo en cuenta el tamaño de la Piedra, la hendidura era bastante pequeña, pues no tendría más de un kilómetro de profundidad y cuatro de anchura.

La rotación de la Piedra se percibía claramente. Al poner el VTO su velocidad en concordancia con la de la Piedra, y al empezar a acercarse a lo largo del eje, el cráter aumentó de tamaño y mostró aún más detalles. Sin sorprenderse demasiado, Patricia observó que el suelo estaba marcado con hexágonos superficiales, como una colmena.

En el centro de la hendidura había una gran mancha circular de unos cien metros de diámetro. Un agujero. Una entrada. Se iba haciendo cada vez más grande, pero no perdía ni un ápice de su intensa negrura.

El VTO se deslizó por el agujero.

—Tenemos que mantenernos en esta posición durante unos cinco minutos, hasta que ajusten la pista rotatoria con la velocidad —dijo James o Jack.

—¿Nosotros hemos hecho todo esto? —preguntó Patricia con voz insegura—. ¿Y sólo en cinco años?

—No, cariño —contestó la rubia—. Ya estaba así. Estoy segura de que ya has oído alguna vez que la Piedra está hueca por dentro y que se encuentra dividida en siete cámaras. Tenemos aquí toneladas de material y un buen número de personas haciendo Dios sabe qué y descubriendo cosas por las que daríamos un ojo de la cara con tal de poder averiguar, créeme. Pero ahí es donde terminan todos nuestros conocimientos del asunto, y hemos recibido estrictas instrucciones de no propagar rumores. A ti no te harán falta.

—Hemos estado siguiendo una señal de pista durante los últimos siete minutos —dijo James o Jack—. En cualquier momento contactaremos por radio.

La radio repiqueteó.

—VTO tres siete —se oyó decir a una tranquila voz de tenor—. Tenemos rotando la primera pista. Avancen a cero coma uno metros por segundo.

Rita apretó un botón y los chorros de luz del VTO se encendieron, iluminando parcialmente el interior de un gran cilindro gris que empequeñecía la nave.

Cuatro filas de luces aparecieron ante ellos, oscilando ligeramente hacia adelante y atrás al tiempo que la pista rotante ajustaba la velocidad.

—Allá vamos.

El VTO avanzó lentamente.

Patricia bajó la cabeza y se apretó con fuerza las manos sobre el regazo. Se oyó débilmente el impacto mientras los motores de VTO repicaban por todas partes; por fin se detuvieron dentro del túnel. Se abrió una escotilla delante de la nave y tres hombres con trajes espaciales aparecieron flotando y llevando unos cables. Usaban trajes propulsados para volar alrededor del VTO a fin de poder asegurarlo.

—Ya estáis amarrados, VTO tres siete —dijo la voz de la radio unos minutos después—. Bienvenidos a la Piedra.

—Gracias —repuso James o Jack—. Tenemos un gran cargamento en el depósito y una preciosa carga en la parte delantera. Trátenlos con cuidado.

—¿Extranjero o nacional?

—Nacional. La mejor cosecha de California.

Patricia no estaba segura de si estaban hablando de ella o de una carga de vino. Pero se sentía demasiado nerviosa para preguntarlo.

—Entendido.

—¿Algún otro misterio para soplarnos, guía? —preguntó la rubia.

—Mi gente quiere que descarguéis el depósito en cinco minutos.

—Empezamos a contar desde ahora.

—Más misterios. Vamos a ver. ¿En qué se parece un cuervo a un escritorio?

—Hijo de puta. Ya lo pensaré —dijo James o Jack. Apagó el micrófono y se levantó del asiento para ayudar a Patricia a desabrocharse los cinturones—. Todos esos no sueltan prenda —le confió mientras la conducía a la entrada del tubo de acceso—. Te entrego a sus graciosas mercedes. Y, por favor, prométenos que algún día —le dio un golpecito paternal en el hombro—, cuando todo esto haya pasado y estemos recordándolo en un bar de Sausalito... —hizo un guiño, dándose cuenta de lo ridícula que resultaba aquella escena—, nos contarás, paso a paso, qué diablos está sucediendo aquí. Lo saborearemos durante el resto de nuestras vidas.

—¿Por qué crees que van a decírmelo a mí? —preguntó Patricia.

—¡Ah! Pero... ¿tú no lo sabes? —inquirió Rita reuniéndose con ellos en la entrada—. Te han dado poderes completos. Vas a salvaguardar lo que tienen oculto entre todos.

Patricia subió a la burbuja de servicio y cerraron la entrada detrás suyo. Al

mirar a través de la portezuela vislumbró el ansia y la curiosidad que se reflejaba en aquellos rostros. La escotilla de entrada se abrió deslizándose suavemente y dos hombres con trajes espaciales se acercaron para separar la burbuja del VTO. La pasaron, sin dejarla de la mano, por una abertura circular que había en la superficie gris claro de la pista.

A veinticinco kilómetros por debajo del eje, el giro de la Piedra producía una fuerza de seis décimas de G. Garry Lanier aprovechaba diariamente las ventajas que esto suponía para realizar diversos ejercicios gimnásticos que le resultaban difíciles o imposibles en la Tierra. Se balanceó adelante y atrás, resoplando con fuerza y gruñendo, levantó las dos piernas juntas hacia delante y se dio impulso para pasar por encima de las barras paralelas y del montón de arena blanca. Desde aquella posición era fácil dar la vuelta hacia un lado y luego hacia el otro. Y casi igual de fácil resultaba balancear las piernas en el aire e intentar dar luego de esa manera la vuelta hacia ambos lados.

El ejercicio le servía de lavado mental —al menos durante unos minutos—, y le inducía a recordar sus días de gimnasta en la universidad.

La primera cámara de la Piedra, vista en sección transversal, parecía un cilindro aplanado de cincuenta kilómetros de diámetro y treinta de longitud. Como las seis primeras cámaras de la Piedra eran todas mayores en diámetro que en longitud, semejaban profundos valles, y así era como algunas veces las llamaban.

Lanier se detuvo un momento, con las puntas de los pies juntas, y miró hacia arriba, hacia el tubo de plasma. Anillos de luz pasaban a través del gas ionizado, sólo ligeramente más denso que el vacío casi absoluto que lo rodeaba, y luego seguían a través del eje desde la perforación hasta el extremo opuesto de la cámara a una velocidad tan grande que, a simple vista, su paso parecía una barra hueca continua o un cilindro. El tubo de plasma y las extensiones que había en las otras cámaras proveían toda la luz necesaria en el interior de la Piedra, y así lo habían hecho desde hacía doce siglos.

Se dejó caer en la cama de arena y se frotó las manos en el pantalón de deporte. Hacía gimnasia durante una hora —y nunca más de una hora— siempre que el horario se lo permitía, lo que no era muy frecuente. Sentía en los músculos la falta de la gravedad de la Tierra. Al menos se había acostumbrado a la poca densidad del aire.

Se pasó la mano por el cabello negro, que llevaba muy corto, y se quedó de pie, con el rostro inexpresivo y moviendo las piernas despacio para que se le enfriaran.

Pronto tendría que regresar a las oficinas de administración y ponerse a firmar papeles asignando material para los distintos experimentos, a revisar los expedientes de los equipos científicos en los cinco atestados laboratorios, a programar el material y los horarios de los ordenadores... tendría que volver a los compactos bloques de memoria y a la información que llegaba procedente de la segunda y tercera cámaras...

Y a los controles de seguridad, con las constantes quejas de los equipos rusos por los limitados permisos de acceso que se les concedían.

Cerró los ojos. Era capaz de manejar todo aquello. Hoffman le había dicho en más de una ocasión que era un administrador nato, y él no lo negaba: el organizar a la gente, en especial a la gente intelectualmente brillante y capaz, era para él el pan de cada día.

Pero tenía que volver también a la pequeña figurilla que había en el cajón superior de la mesa de despacho. Para él, aquella figurilla simbolizaba todo lo que había de peculiar sobre la Piedra.

Era la imagen tridimensional de un nombre —casi con vida propia— encerrado en un bloque de cristal. En la base de la figurilla, que tenía unos doce centímetros de altura, había un nombre grabado con letras claras y redondeadas: KONRAD KORZENOWSKI.

Korzenowsky había sido el principal ingeniero de la Piedra, seiscientos años atrás.

Allí era donde había comenzado —la Bestia de Biblioteca, así solía pensar en ella, amenazaba con consumirlo— el conocimiento que cada día se había llevado un poco de su humanidad y se la había ido desgastando al tiempo que lo empujaba cada vez más a una especie de crisis personal. No había forma, de momento, de tratar con lo que sabía, él y otras diez personas nada más. Pronto llegaría la undécima.

Lo sintió por ella.

El gimnasio estaba a quinientos metros del complejo de edificios del equipo científico, a medio camino entre dicho complejo y la verja de alambre de espinos que señalaba los límites más allá de los cuales nadie podía ir sin escolta y sin un distintivo verde.

El suelo del valle se hallaba cubierto con una suave y arenosa capa de tierra que no era nada polvorienta a pesar de estar muy seca. Unas cuantas esmirriadas manchas de césped crecían en la tierra, pero la mayor parte de la primera cámara era por completo árida.

El complejo en sí, uno de los dos que había en la primera cámara, parecía un antiguo campamento romano con un terraplén y un foso seco y poco profundo que rodeaba los edificios. El terraplén se hallaba coronado por sensores electrónicos montados en postes cada cinco metros. Todas estas precauciones databan de mucho tiempo atrás, de cuando aún se sospechaba que en las

cámaras había primitivos habitantes de la Piedra que pudieran ofrecer algún peligro. Por la fuerza de la costumbre, y porque aquella posibilidad nunca había sido completamente desechada, las precauciones se mantenían.

Lanier cruzó el firme puente de madera que se extendía sobre el foso, subió un tramo de escalera que había en el terraplén y le tendió la tarjeta a un lector automático montado en uno de los postes.

Pasó por delante de los barracones de hombres y mujeres y entró en el bungalow de la administración; dio un golpecito con los dedos en la mesa de Ann Blakely y la saludó con la mano al pasar. Ann trabajaba con él de secretaria particular y de ayudante desde hacía más de un año. La muchacha hizo girar la silla y alcanzó la agenda.

—Garry...

Él movió la cabeza sin mirar a la secretaria y continuó subiendo las escaleras.

—Cinco minutos más —dijo.

Al llegar al segundo piso introdujo la tarjeta en el aparato de control que había en la puerta del despacho, apoyó los dedos en una plaquita y entró. La puerta se cerró automáticamente tras él. Se quitó los pantalones de deporte y la camisa y los sustituyó por el mono azul del equipo científico.

El despacho estaba bien arreglado, pero así y todo parecía atestado. Una pequeña mesa de despacho fabricada con deflectores de los depósitos de un VTO estaba flanqueada de cajas de cromo llenas de rollos de papel. Un estrecho estante de auténticos libros se hallaba colgado en la pared junto a los anaqueles de bloques de memoria, que estaban sellados tras duros paneles plásticos equipados con alarma. Había mapas y diagramas clavados en las paredes.

Una amplia ventana daba a los edificios del complejo. Al norte, a través del árido suelo de polvo, arena y maleza, descollaba la maciza presencia gris del lejano casquete de la cámara.

Tomó asiento en una liviana silla de director y puso los pies en el marco de la ventana. Con aquellos ojos oscuros, subrayados por ojeras debidas a la fatiga, enfocó un punto distante situado a la una, en el lugar donde el tubo de plasma topaba con el casquete. A través del difuso resplandor del tubo era difícil percibir la perforación de cien metros de anchura que atravesaba el casquete para ir a parar a la segunda cámara. La perforación se abría a cinco kilómetros por encima de la atmósfera de la cámara.

Dos minutos más tarde se le acabaría el tiempo libre. Organizó las fichas y ordenadores, echó un vistazo a la programación del día y se preparó mentalmente para empezar a mover a todo el mundo.

Tenía tierra debajo de una uña. Comenzó a limpiársela con otra uña.

Sólo con que pudiera explicarse las cosas sencillas —la figurilla, el alambre de espinos utilizados para rodear la valla, la madera de embalar empleada para construir el puente sobre el foso—, todo encajaría.

La Piedra se explicaría a sí misma.

Las únicas explicaciones que ahora tenía eran demasiado increíbles para parecer razonables.

—¿Sí, Ann?

—¿Estás ya de servicio, Garry?

—Sí.

—Transmisión desde la perforación. Se acerca el VTO.

—¿Nuestra salvadora?

—Creo que sí.

Hoffman le había dicho que aquella joven era importante, y la palabra de la Consejera era una de las pocas cosas en las que Lanier sabía que se podía confiar. En los cuatro años que habían pasado desde la noche de la fiesta, había aprendido un montón de cosas sobre los entresijos de la política de las capitales del mundo, y había aprendido también cómo las naciones consiguen salir adelante en los momentos de crisis. Se había dado cuenta de lo realmente extraordinaria que era Hoffman. Muy capacitada y con una intuición fuera de lo normal.

Pero en aquella fiesta ella se había equivocado por completo en una cosa. La aparición de la Piedra no señalaba la llegada de los extraterrestres; al menos no en el estricto sentido de la frase.

Cogió dos fichas y un ordenador.

—¿Algo más? —preguntó quedándose en pie al lado de la mesa de Blakely.

—Aquí está todo detallado —informó ella tendiéndole un cubo de notas escritas.

Había siempre una ligera y fresca brisa que entraba por el declive casi vertical del casquete. Algunas veces caía nieve, que se apilaba en montones contra la pared de níquel-hierro. La entrada del ascensor, un perfecto arco semicircular, tenía material de asteroide que había llegado hasta allí a ráfagas, lo mismo que a todos los túneles, vías de servicio y perforaciones de la Piedra, por una linterna de fusión de una potencia y eficiencia extremadamente altas. Las paredes del corto vestíbulo se hallaban suavemente pulimentadas y grabadas con ácido por los primitivos habitantes de la Piedra, y mostraban los bonitos dibujos triangulares de Widmanstätten veteados con incrustaciones de troilita rocosa.

El ascensor era cilíndrico, de diez metros de diámetro y cinco de altura, y se utilizaba para todo, tanto para transportar personal como carga. Tenía barras a su alrededor para cogerse y el suelo estaba erizado de sujeciones. A continuación había un túnel inclinado que daba a las plataformas que circundaban la parte exterior de la perforación. Cuando el ascensor subía, su velocidad angular declinaba, debilitando así la fuerza centrífuga de rotación de la Piedra. Cuando ya estaba cerca de la perforación, el giro producía solamente la décima parte del uno por ciento de G.

El viaje duró diez minutos. El ascensor disminuyó la velocidad suavemente y luego se detuvo; la puerta opuesta se abrió y extendió un túnel presurizado que conectaba con las plataformas.

Lanier tomó un carro eléctrico de minero, uno de las dos docenas, más o menos, que habían traído de la Tierra, y recorrió la mayor parte de la distancia que le quedaba por un raíl magnético.

El carro chirrió al detenerse y Lanier subió el resto del camino sujetándose en cuerdas a modo de guía que había a lo largo del mismo.

Los primeros aterrizajes que hicieron en la perforación habían sido traicioneros. En aquella época no contaban con energía para las pistas rotatorias, y disponían de muy poca iluminación. Los pilotos de los VTO habían demostrado su habilidad una y otra vez. Los primeros exploradores con trajes espaciales habían hecho gala de un extraordinario valor abandonando la nave y acercándose a las paredes de la perforación que rotaban a tres cuartos de metro por segundo aproximadamente. Ahora que el equipamiento del área de muelles y plataformas se había renovado y puesto de nuevo en funcionamiento, el proceso del transbordo resultaba mucho más fácil.

Los tres muelles eran simples, sólidos y efectivos. Unos cilindros dentro de la perforación rotaban para compensar el giro de la Piedra, y cada uno aceleraba como el rotor de un motor eléctrico gigante. Un ingeniero controlaba todos los muelles desde el puesto de vigilancia, situado bajo el primero de ellos, abriendo y cerrando compuertas y coordinando el desembarco de carga y pasajeros.

Las mismas plataformas se habían puesto cuidadosamente en servicio por el equipo de ingenieros, bien provistos de maquinaria y de talleres. Aquí era donde los voluminosos cargamentos pasaban una inspección, se embalaban de nuevo y se enviaban hacia abajo por los ascensores hasta el suelo del valle, o bien se lanzaban a lo largo del eje hasta la próxima perforación y la próxima cámara, siguiendo la línea.

Cuando Lanier llegó allí, el director del equipo de ingenieros, Lawrence Heineman, se encontraba hablando con una mujer joven, delgada y morena, en la plataforma del muelle principal. Estaban de pie en un gran óvalo de luz, con las manos en las cuerdas de guía, mirando cómo las grandes puertas de vacío se deslizaban y mostraban el cargamento del VTO colocado sobre unas vigas. El cargamento los hacía parecer más pequeños.

Heineman, un técnico aerospacial de Florida, era bajo, musculoso y tenía el pelo cortado a cepillo; sonreía amablemente y movía las manos explicándole algo a la muchacha. Cuando Lanier se les acercó, Heineman se volvió, levantó una mano e hizo una ligera inclinación de cabeza en aquella dirección.

—Patricia, éste es Garry Lanier, lo más parecido que tenemos a un jefe civil. Garry, ésta es la señorita Patricia Luisa Vásquez. —Movió la cabeza y respiró con fuerza lanzando un enérgico « Fiiu ».

Lanier estrechó la mano a Vásquez. La muchacha era pequeña y bonita, con aspecto frágil. Tenía el rostro redondo, el cabello castaño oscuro y sedoso, unas muñecas estrechas, las piernas delgadas y las caderas demasiado anchas para su tamaño: en conjunto, parecía una mujer poco práctica, pensó Lanier. Bajo aquellos enormes ojos oscuros, tan negros como los suyos, y bajo la nariz pequeña y afilada, tenía la boca firmemente cerrada en una estrecha línea. Parecía asustada.

—Mucho gusto —saludó Lanier—. Larry, ¿qué le has contado hasta ahora?

Heineman eludió la pregunta y se puso a mirar hacia otro lado.

—Patricia, yo sólo tengo un distintivo azul por ahora... y he oído decir que a ti van a darte uno verde. Garry está preocupado porque yo pueda hacerte saber alguna de las ignorantes suposiciones propias de un operario de eje. Sólo le he estado hablando de las maniobras que solemos realizar en este nivel, lo juro. —Levantó la mano derecha y se puso la otra en el pecho—. Garry, he tenido ocasión de leer varios artículos de esta dama en una docena de revistas de matemáticas y de física. Es fantástica.

Tenía sin embargo una pregunta reflejada en el rostro que Lanier no tuvo dificultad en interpretar. *¿Qué diablos está haciendo ella aquí?*

—Eso es lo que he oído —repuso Lanier. Y luego, señalando hacia el cargamento, preguntó—: ¿Qué es eso?

—Mi billete para conseguir una insignia verde por fin —comentó Heineman—. Las etiquetas del embalaje dicen que es el sobretubo. Y el V/STOL llegará en el próximo VTO, dentro de unas horas.

—Entonces vamos a desempaquetarlo y ver qué clase de modificaciones tenemos que hacer.

—Bien. Encantado de conocerte, Patricia. —Heineman comenzó a alejarse; luego se detuvo y se dio lentamente la vuelta con una expresión confundida en el rostro—. Los temas sobre los que escribes son para mí más bien un entretenimiento, muy por encima de mis conocimientos. —Levantó las cejas, esperanzado—. Sin embargo, puede que hablemos de ello más adelante, cuando consiga la insignia verde.

Patricia sonrió y le hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Equipos de hombres y mujeres con monos grises estaban ya congregándose alrededor del cargamento, como hormigas atendiendo a la reina. Heineman se reunió con ellos y empezó a darles órdenes.

—Señorita Vásquez —comenzó Lanier.

—Con que me llame Patricia es suficiente. No soy muy formalista.

—Yo tampoco, cuando puedo. Soy el coordinador del equipo científico.

—Eso es lo que el señor Heineman me ha explicado. Tengo tantas preguntas... señor Lanier... Garry, ¿es esto realmente una nave espacial? ¿Una nave estelar? ¿Las dos cosas? —Extendió un brazo, y sus pies se levantaron

durante un instante de la cubierta.

—En efecto —repuso Lanier sintiendo un placer peculiar y familiar. Aun cuando la Piedra casi le había vuelto loco en los últimos años a base de constantes sorpresas e impresiones, estaba bastante enamorado de ella.

—¿De dónde procede?

Lanier levantó las manos y movió la cabeza a ambos lados. Vásquez, de pronto, se dio cuenta de lo fatigado que parecía aquel hombre, y aquello tuvo el efecto de apaciguar un poco la excitación que sentía.

—Creo que primero desearás descansar y lavarte un poco. Las instalaciones del valle —el suelo de la cámara— son bastante buenas. Luego puedes ir a visitar nuestra cafetería, conocer a algunos de los científicos del equipo, empezar por ahí. Ir paso a paso.

Vásquez lo examinó detenidamente. Aquellos ojos suyos hicieron que la inspección no pareciese simpática, sino casi agresiva.

—¿Hay algo que no marcha bien?

Lanier levantó las cejas y miró hacia otro lado.

—Tenemos un nombre para lo que este lugar le produce a la gente. Lo llamamos apiedrarse. Estoy un poco apiedrado, eso es todo.

Patricia miró a su alrededor por toda la plataforma y se puso a experimentar con la fuerza centrífuga levantándose unos centímetros en el aire por medio de un ligero impulso con los dedos de los pies.

—Me resulta todo tan familiar —comentó—. Esperaba que un artefacto fabricado por los extraterrestres sería algo misterioso, pero veo que se pueden identificar casi todas las cosas como si las hubiésemos construido nosotros mismos en la Tierra.

—Bien —dijo Lanier—. Heineman y su gente han estado muy ocupados aquí arriba. Pero prepárate para cualquier cosa. Si me sigues bajaremos al suelo de la primera cámara. Utiliza las cuerdas. Y si Larry no te la ha dado todavía, permíteme que te dé la bienvenida a la Piedra.

Patricia estaba tendida en el colchón de aire, procurando no moverse para evitar que las sábanas de fibra sintética crujieran al rozar con el vinilo. Rodeada de oscuridad, se sentía limpia, caliente y bien alimentada —la comida de la cafetería había sido más que aceptable—, y ahora que no estaba caminando no necesitaba tanto aire. Se encontraba muy cansada, pero era incapaz de dormir. Se puso a pasar revista de memoria a todas las cosas que había visto.

El suelo de la cámara, de treinta kilómetros de anchura, un paisaje de valle verde y marrón, terminaba en cada uno de sus extremos en una pared de roca y metal natural, y estaba recorrida por el tubo luminoso de plasma.

Recordó la peculiar perspectiva que había contemplado cuando se quedó de pie, fuera del valle, a la entrada a nivel cero del ascensor, de cara a la inmensidad; alrededor el paisaje parecía llano y normal durante kilómetros, como un desierto en un brillante día nublado. A medida que se alejaba por ambos lados, sin embargo —con la rotación y el cuentarrotaciones—, la curva se hacía cada vez, más pronunciada. Le dio la impresión de hallarse bajo el enorme arco de un puente, pues el tubo de plasma semejaba un río brillante y lechoso que fluyera sobre su cabeza. Hacia el norte la tierra ascendía para curvarse luego, en suave conformidad con el casquete circular. Al mirar hacia arriba todo se distorsionaba, como si se estuviese contemplando a través del cristalino de un ojo de pez; el casquete aceptaba el abrazo del lado opuesto de la cámara completando el círculo tras el tubo de plasma.

La Piedra aún estaba activa, a pesar de que estas cámaras se habían abandonado cientos de años atrás.

Lanier no había respondido a muchas de las preguntas de Patricia, había explicado que «el proceso» consistía en dejarla que viera y experimentara ella sola la Piedra paso a paso. «De otra forma —había explicado—, ¿por qué ibas a creerte lo que te digamos?». Aquello tenía bastante sentido, pero a pesar de ello Patricia se sentía frustrada. ¿A qué venía tanto misterio? La Piedra era magnífica y sobrecogedora, pero —por lo que podía decir hasta ahora— no tenía nada especial que despertara su interés profesional. Era únicamente física, aunque muy avanzada.

Aquello era simple, realmente. Se coge un gran asteroide, una roca con el

centro de níquel-hierro —los principales materiales en una roca de una edad media de un bilenio—, y se coloca en una órbita alrededor del propio planeta. Se excavan ocho cámaras, cada una de ellas conectada por medio de una perforación en el eje, luego se perforan, a modo de agujeros hechos por gusanos, los espacios restantes del volumen total con túneles, vías de acceso, depósitos de almacenaje y ascensores. Se traen como material suplementario asteroides carbonáceos y congelados volátiles y se comienza a transportar todo el material al interior de las cámaras. Luego se envía a viajar por el espacio profundo, y ¡voilà!

La Piedra.

Había aprendido ya unos cuantos hechos clave. El suelo de cada cámara estaba conectado por medio de túneles excavados a través del material asteroide. Muchos de los túneles formaban parte de un extenso sistema de transporte por tren. No habían trenes en la primera cámara porque ésta se había utilizado como espacio de almacenaje de reserva y se había visitado con bastante poca frecuencia en la época en que la Piedra estaba todavía habitada.

La séptima cámara, aparentemente, había servido para similares propósitos, lo que tenía bastante sentido, haciendo de ese modo las cámaras que estaban más hacia el exterior un doble servicio al actuar de cojinetes que protegían del deterioro a los relativamente delgados extremos del asteroide. La pared entre el casquete de la primera cámara y el espacio era, en algunos puntos, solamente de unos pocos kilómetros de grosor.

Pero había algo peculiar en la séptima cámara. Lo había notado en la voz de Lanier y lo había visto en la expresión de aquellos a los que había conocido en la cafetería. Y también había oído rumores en la Tierra...

De cualquier forma, la séptima cámara era diferente, más importante. Había conocido ya a cinco científicos del equipo; a tres de ellos en la cafetería: Robert Smith, un hombre alto, con huesos delgados como los de un pájaro, que era pelirrojo y tenía el ángulo de los ojos hacia abajo, lo que le proporcionaba cierto aspecto triste; era experto en la formación de asteroides; Hua Ling, delgado y enjuto, el miembro más antiguo del equipo chino y físico especializado en plasma, un hombre que pasaba la mayor parte del tiempo en el polo sur de la perforación; y Leonore Carrolson, una mujer de cincuenta años con el rostro redondeado, el pelo rubio-grisáceo y una expresión permanentemente amistosa y sensual, con párpados sobresalientes y rodeados de arrugas producidas por la sonrisa.

Carrolson le había dado a Patricia la bienvenida con una solicitud casi maternal. Patricia había tardado varios minutos en darse cuenta de que aquella mujer era la auténtica Leonore Carrolson, premio Nobel, la astrofísica que había descubierto y examinado en gran parte las estrellas-gema hacía ocho años.

Carrolson había captado la indirecta de Lanier de que era obligación suya

enseñarle a Patricia los departamentos de mujeres dentro del complejo de edificios. Estaban situados en unas grandes barracas de paredes de fibra en la parte norte del cuadrángulo. Las habitaciones eran pequeñas y sobrias, pero confortables y con algunos pequeños detalles ingeniosos; todo era de poco peso y muy compacto. En el salón de estar del edificio Carrolson le había presentado a dos astrónomas, Janice Polk y Beryl Wallace, las dos procedentes de Abell Array, en Nevada. Se hallaban tumbadas en unas butacas que parecían fabricadas con el metal sobrante de una clase de comercio de la universidad. Polk tenía más parecido con una modelo que con la imagen que Patricia se había hecho de un astrónomo. Incluso con el mono, aquella belleza morena resultaba elegante y distante, y tenía cierta expresión no tanto de censura como de escepticismo. Wallace era bastante atractiva, pero le sobraban al menos diez kilos de peso. Parecía preocupada por algún asunto.

Carrolson le había indicado con un gesto el registro social colocado cerca de la puerta principal.

—Hay treinta mujeres aquí en el equipo científico, y sesenta hombres. Dos matrimonios, cuatro comprometidos...

—Cinco —había puntualizado Patricia.

—Y seis casados cuyos cónyuges están en la Tierra. Yo soy una de ellos. Eso significa que aquí los hombres solteros tienen pocas posibilidades. Pero, comprometida o no, tú juegas limpio si incluyes tu nombre en el registro. Hay un viejo dicho que hay que amoldar aquí un poco: «No mojes la pluma en la tinta de la oficina». Pero puesto que la tinta de la oficina es lo único que tenemos aquí, el mojar algunas plumas es inevitable. Pero nadie debe abusar. —Carrolson les echó una mirada a Polk y a Wallace—. ¿De acuerdo, chicas?

—Es el paraíso —comentó Polk llanamente levantando la vista de la hoja y abriendo mucho los ojos—. Mejor que en la universidad.

—Cualquier problema que tengas —indicó Carrolson— me lo comunicas enseguida. Soy la mujer más antigua aquí, por lo menos en edad.

—No creo que tenga ningún problema —había replicado Patricia.

Patricia no había sido nunca una mariposa social predispuesta a caer fuerte y pronto, y generalmente sin ser correspondida. Aunque tenía a Paul para pensar en él, ése era el último de los asuntos de que se iba a ocupar allí. Sin embargo— y sonrió en la oscuridad al recordarlo, —Lanier era un hombre que estaba bastante bien. Aunque parecía muy preocupado.

Patricia se preguntaba si ella parecería también tan preocupada cuando estuviera al corriente de todo.

Sin ser consciente de que se había dormido, oyó la alarma, el despertador del intercomunicador. Junto a la cama una agradable luz de color ámbar se encendía emitiendo una señal. Patricia parpadeó, miró las desnudas y blancas paredes y no tuvo problemas para recordar dónde se hallaba. Se sentía como en casa,

realmente, aunque un poco excitada. Dejó colgando los pies por el extremo de la cama.

No había sido nunca demasiado aventurera. Los paseos al aire libre y el camping no habían faltado en su vida, pero nunca se había sentido particularmente inclinada hacia las actividades a campo abierto como no fuera quizá para montar en bicicleta. Cada seis u ocho meses se convertía en ávida ciclista y empleaba dos horas al día montando en bicicleta por el campus. Al cabo de unas semanas se le pasaban las ganas y volvía a los hábitos sedentarios.

Siempre había tenido demasiadas cosas que hacer, y ya fuera en mente o en el papel. El trabajo intelectual se podía hacer casi en todas partes, pero no trepando por caminos peligrosos o sintiéndose muerta de cansancio después de dar una larga caminata.

Pero allí...

En varias ocasiones, por la noche, había estado pensando intensamente en la Piedra. Ya estaba familiarizada con aquel sentimiento, pues a veces había experimentado el mismo interés por algún problema de matemáticas, y había puesto en él un celo semejante. Se excitaba mucho con ello, el pulso se le aceleraba y enrojecía como una jovencita.

Cuando Lanier llamó a la puerta, ya se había vestido y arreglado. Abrió con ojos asombrados.

Carrolson estaba tras él.

—¿Desayuno? —preguntó Lanier. Pensó que con el mono reglamentario del equipo científico, aquella muchacha parecía más práctica.

La clara y pálida luz del tubo de plasma permanecía siempre invariable, y proyectaba únicamente unas tenues sombras a sus pies mientras caminaban. La cafetería, situada junto a una estación experimental de agricultura, estaba sirviendo el desayuno para el turno comprendido entre las quince horas y las veinticuatro. La «noche» había sido para Patricia desde las seis de la «mañana» hasta las dos de la «tarde». Lanier dijo que él dormía irregularmente; Carrolson terminaba en aquellos momentos el turno.

Unos veinte componentes del equipo científico estaban apiñados alrededor de una pantalla de vídeo en un extremo de la cafetería. Lanier se acercó a ellos un momento y volvió cuando Carrolson y Patricia se sentaban con la cena y el desayuno respectivamente. Un cocinero automático sacaba bandejas de comida, con cada cosa a la temperatura adecuada; los platos eran sorprendentemente sabrosos. Un grifo cerca de la máquina tenía un cartel que anunciaba: «Genuina agua de la PIEDRA, una experiencia que no debe perderse. ¡H₂O de las estrellas!». El agua era sosa, pero no desagradable.

Lanier señaló con un gesto al grupo que se apiñaba ante la pantalla.

—Fútbol —explicó—. Hunt y Thann han parcheado las microondas de la perforación y el conjunto exterior. Alguna emisora comercial está

retransmitiendo un refido partido a sus abonados, y resulta que estamos en la misma sección de cielo que el satélite que utilizan para ello. Y por eso han podido coger la señal.

—¿No es eso ilegal? —preguntó Patricia como quien no quiere la cosa mientras escogía bocados de la bandeja.

—La altitud tiene sus privilegios —dijo Carrolson—. Nadie los perseguirá nunca por ello.

Había naranjada natural. Los árboles de cítricos crecían bien bajo la luz del tubo. El jarabe de arce de las tortillas era también natural, aunque no cultivado allí. Lanier notó la expresión de sorpresa de Patricia.

—Lo que no podemos cultivar aquí, en la Piedra, lo pedimos a la Tierra, y siempre de la mejor calidad. Resulta tan caro traerlo hasta aquí que sólo si es de la mejor calidad rebaja una fracción los gastos de envío, y les hemos convencido de que tenemos que alimentarnos tan bien como los submarinistas o los astronautas que van a la Luna. Come a gusto; este desayuno cuesta doscientos dólares.

Carrolson estuvo charlando amigablemente mientras comían; habló del trabajo que su marido hacía en la Tierra: era un matemático empleado en el Departamento de Ciencia y Tecnología de los EE.UU. Lanier habló poco. Patricia se mostró también callada, tomando notas mentalmente sobre aquel hombre y observándolo por el rabillo del ojo cuando nadie se daba cuenta. Aquellos rasgos indios la atraían, pero las oscuras ojeras le hacían tener el aspecto de alguien que no ha dormido durante semanas.

—... realmente muy bueno para ti —estaba diciendo Carrolson.

Patricia la miró sin expresión.

—La luz del tubo, ya sabes —le aclaró Carrolson—. Posee todo aquello que necesitamos y no resulta perjudicial en absoluto. Puedes estar tumbada bajo esa luz durante días y no te quemas; y además con ello consigues satisfacer todas las necesidades de vitamina D.

—¡Oh! —exclamó Patricia. Carrolson suspiró.

—Garry, estás produciendo otra vez el mismo efecto.

Lanier pareció desconcertado.

—¿Qué efecto?

—Mira la chica. —Carrolson tamborileó con los dedos sobre la ligera mesa metálica hecha a base de deflectores de depósitos del VTO, al igual que la mayor parte de los muebles que había en el complejo de viviendas—. Ten cuidado con él, Patricia. Es un rompecorazones.

Patricia miró fijamente a los dos con la boca abierta.

—¿Qué?

—Ahora acabo el turno —continuó diciendo Carrolson al tiempo que recogía la bandeja—. Recuérdalo, Patricia. Todas las mujeres del equipo se han sentido

atraídas alguna vez por Garry. Pero él es responsable ante alguien que está en casa, alguien muy importante. —Sonrió misteriosamente y se fue hacia la unidad de lavado de vajilla.

Lanier dio un sorbo de café.

—No estoy seguro de que Carrolson te haya estado informando correctamente.

—Seguro que no.

—Lo que quiere decir es que soy responsable ante la Consejera, ante Judith Hoffman.

—La conozco —dijo Patricia.

—Y no estoy apuntado en el registro social porque aquí hay demasiado trabajo que hacer, y no queda tiempo suficiente. Y además también hay que tener en cuenta el rango. —Se terminó el contenido de la taza y la colocó en el plato.

—Cualquiera diría que, con tanta gente inteligente alrededor, el rango no es un factor importante —dijo Patricia. Se dio cuenta de su ingenuidad en cuanto acabó de pronunciar la última palabra.

Lanier cruzó las manos sobre la mesa y la miró directamente a los ojos, hasta que ella desvió la vista.

—Patricia, eres joven, y esto puede parecerte muy romántico, pero es mortalmente serio. Estamos trabajando bajo acuerdos cuyas dificultades se ha tardado años en resolver —si es que están ya resueltas—. Somos un equipo internacional de científicos, ingenieros y fuerzas de seguridad, y cualquier información que encontremos no tiene que estar necesariamente al alcance de todas las personas del globo, por lo menos no durante algún tiempo. Como vas a tener acceso a casi todo, debes ser particularmente responsable, tan responsable como lo soy yo. Por favor, no desperdicies el tiempo preocupándote de... Bueno, te sugiero que no te apuntes en el registro social. En otro momento, en otro lugar, seguro que habría romance y aventura, pero no en la Piedra.

Patricia se quedó sentada muy rígida, con las manos cruzadas en el regazo.

—No tengo intención de apuntarme en el registro —le dijo. No era exactamente que le hubieran llamado la atención, pero se sentía contrariada.

—Bien. Vamos a buscar la insignia verde para ti y a dar una vuelta por el valle.

Depositaron las bandejas en el lavaplatos y abandonaron la cafetería. Lanier caminaba unos pasos delante de ella, mirando al suelo, mientras se acercaban a un pequeño edificio cerca del lado norte del terraplén. Una mujer rechoncha y ancha de hombros, que llevaba cinturón verde y los galones rojos de sargento en la manga, les abrió la puerta y se sentó tras una mesa de despacho —hecha también de chapas de metal— a fin de rellenar unos formularios. Una vez que éstos estuvieron cumplimentados, abrió una caja que se hallaba cerrada con llave

y sacó de ella una insignia verde con la silueta de la Piedra rodeada de un círculo plateado y grabada en una de las esquinas.

—Nuestra seguridad es muy estrecha aquí, señorita Vásquez —dijo—. Asegúrese de que conoce las reglas. Una insignia verde supone una gran responsabilidad.

Patricia tomó la pluma de tinta indeleble y firmó la insignia, luego pasó los dedos por una chapa registradora ID que quedaría guardada en las computadoras de los sistemas de seguridad. La mujer le sujetó la insignia en el bolsillo superior del mono.

—Encantada de tenerla con nosotros. Yo soy Doreen Cunningham, jefe de seguridad para el Recinto Uno de la Primera Cámara Científica. Si tiene cualquier pregunta o problema, venga a verme con toda libertad.

—Gracias —respondió Patricia. Luego Lanier la condujo fuera del edificio de guardia y subieron las escaleras del terraplén.

—Si quieres hacer ejercicio, tenemos una pista para correr alrededor del perímetro interior de este recinto con una extensión que lleva hasta el segundo recinto. Hay un gimnasio no lejos de aquí. Te recomiendo que hagas un buen y enérgico ejercicio siempre que te sea posible. La baja G nos proporciona bastantes facilidades. Tengo tendencia a ponerme flojo si no hago algo para mantenerme en forma. Y el ejercicio hará que te aclimates más rápidamente a la presión del aire.

—Creo que la baja G es agradable —dijo ella mientras se dirigían a un amplio edificio semicilíndrico prefabricado de plástico—. Vistoso.

Dentro de la edificación había dos vehículos que parecían grandes quitanieves con neumáticos y bandas de acero en lugar de llantas. Patricia se agachó para mirarlos por debajo, y luego se incorporó.

—Muy robustos —dijo.

—Nuestros camiones. Son fáciles de conducir, aprenderás pronto. Pero hoy nada más vas a dar un paseo. De modo que presta atención. —Abrió una puerta con la llave y ayudó a Patricia a subir el alto escalón que daba acceso al asiento. Se detuvo un momento antes de cerrar la puerta—. Siento haberte reprendido tanto. Estoy seguro de que comprenderás lo importante que puedes llegar a ser aquí, y...

—Yo eso no lo entiendo —dijo Patricia—. No tengo la menor idea de qué utilidad puedo tener aquí.

Lanier movió la cabeza y sonrió.

—Pero tienes razón, de todas formas —continuó Patricia—. Si soy tan importante como dices tendré que ponerme a trabajar fuerte y sin descanso.

—Parece que la ética laboral de la Piedra va a ser algo natural para ti —le dijo Lanier. Se subió al asiento del conductor y rebuscó en su bolsillo; luego sacó una pizarra electrónica y se la ofreció—. Se me olvidaba. Probablemente

querrás tomar notas en un lugar o en otro. Es del gobierno. —Encendió el motor eléctrico y sacó el camión del cobertizo—. Ahora vamos a la segunda cámara, a la primera ciudad. Pasaremos unas horas allí. Luego te llevaré al Siglo Treinta Limitado.

—¿Uno de los trenes? Lanier asintió con la cabeza.

—Hoy pasaremos por alto la tercera cámara; es demasiado, y demasiado pronto. Puede que te resulte más fatigoso de la cuenta. Nos detendremos en el conjunto de seguridad de la cuarta cámara para descansar y comer, y luego iremos directamente a la sexta cámara.

El camión se acercó hasta una valla hecha con eslabones de cadena que se extendía varios kilómetros tanto hacia el este como al oeste.

—¿Sería prematuro comenzar ahora con las preguntas?

—En algún sitio tenemos que empezar —dijo Lanier.

—Hay auténtica tierra fuera. Se pueden cultivar cosas en ella.

—Es moderadamente fértil —explicó Lanier—. Tenemos varios proyectos de cultivo empezados, sobre todo en la cuarta cámara. La mayor parte de la tierra es material asteroide, casi todo carbonáceo, con suplementos.

—Mmm. —Patricia se volvió para echar un vistazo a la maleza y a la esponjosa capa de tierra que había tras el lugar donde se encontraban—. ¿Está la Piedra aún en funcionamiento? Quiero decir, ¿puede desplazarse?

—Sí, aún está en funcionamiento —repuso Lanier—. Lo que no sabemos es si puede desplazarse o no.

—Estaba pensando... si nos quedásemos atrapados aquí dentro, si la Piedra se decidiera a marcharse... Entonces necesitaríamos cultivos, ¿no es eso?

—Ésa no es la razón por la que estamos haciendo los cultivos —replicó Lanier. Patricia esperaba que él se lo explicase entonces pero Lanier fijó la vista al frente y disminuyó la velocidad a medida que se iban acercando a la entrada de la verja de alambre.

—Los motores son muy viejos. Algunos de los ingenieros creen que están ya inservibles —dijo como si sólo hubiese escuchado a medias lo que ella decía y hubiera seguido el hilo de sus propios pensamientos. Sacó una llave electrónica del bolsillo; marcó un número y abrió la verja mediante una señal de radio—. No entendemos aún bien el funcionamiento. El último acto efectivo de los motores fue disminuir la velocidad de la Piedra a fin de poder situarla en la presente órbita. Utilizaron pedazos de masa sacados por robots del exterior de la Piedra, sobre todo de las zonas profundas. Los conductores de masa lanzaron dichos pedazos hacia un punto que está situado exactamente debajo del cráter norte. Este extremo está sellado, pronto tú misma tendrás oportunidad de descubrir una segunda razón de por qué. Lo que les sucedió a los pedazos en este punto, no lo sabemos; la documentación es difícil.

—Me lo imagino.

El camión pasó con un zumbido a través de la verja y luego continuó a lo largo de una pista marcada por roderas de neumáticos en la que no había ni un matorral.

—Todos estos eslabones de cadena... —comentó Patricia—. Dado que se registra a toda la gente que se acerca por aquí, podría pensarse que eso ya es suficiente seguridad. Debe de haber costado muchísimo traer todo ese material hasta aquí. Podrían haber traído ciencia, en su lugar.

—La valla de cadena no la hemos traído nosotros. La encontramos aquí.

—¿Una valla de eslabones de cadena?

—Y figurillas —añadió Lanier.

—¿De qué estás hablando?

—Los que construyeron la Piedra son humanos, Patricia. Gente procedente de la Tierra.

Ella se lo quedó mirando; luego intentó sonreír burlonamente.

—La construyeron hace mil doscientos años —continuó diciendo Lanier—. La Piedra tiene por lo menos mil doscientos años de antigüedad.

—¡Oh, venga! —exclamó Patricia—. Ahora cuéntame otra historia.

—No, te lo digo en serio.

—Espero que no os burléis de mí —indicó ella tranquilamente enderezándose en el asiento.

—No me estoy burlando. ¿Crees que hemos transportado ocho o nueve kilómetros de eslabones de cadena?

—Prefiero creer eso antes que pensar que fue Carlomagno o cualquier otro el que mandó construir la Piedra.

—Yo no he dicho que proceda de *nuestro* pasado. Antes de que vayamos más lejos, por favor, Patricia, ten un poco de paciencia. Espera y observa.

Patricia asintió con la cabeza, pero por dentro estaba furiosa. Aquello era una especie de novatada. Llevar a una chica a dar una vuelta, aterrorizarla, hacerle meter la mano en un misterio lleno de gusanos como *spaghetti*, traerla a casa y reírse bien fuerte. Y ya es una verdadera habitante de la Piedra. Estupendo.

Nunca le habían gustado aquella clase de bromas, ni siquiera cuando a los trece años era una novata en la UCLA.

—Mira la maleza —dijo Lanier—. Es hierba. Nosotros no la trajimos.

—Sí, parece hierba —asintió ella.

El paseo a través del valle duró veinte minutos. Se estaban aproximando al casquete de color gris pizarra. Un arco de metal plateado se hallaba a la entrada del túnel, que tenía una anchura aproximada de veinte metros. Una rampa subía desde la pista de tierra hasta la entrada. Lanier aceleró a fin de subir por la rampa.

—¿Y cómo se mantiene el aire? —le preguntó Patricia. El silencio la hacía sentirse incómoda. Lanier encendió las luces del camión.

—Las tres cámaras que hay en el medio tienen grandes estanques enterrados bajo ellas. Dichos estanques son poco profundos y están llenos de distintas variedades de plantas acuáticas, jacintos acuáticos y algas. Además hay otra serie de plantas que estamos todavía identificando. El mayor estanque tiene forma de rosquilla y rodea en círculo la cuarta cámara. Hay conductos de ventilación en los casquetes a unos tres kilómetros —se pueden ver con prismáticos si se tiene la vista lo suficientemente aguda—, y la Piedra se halla perforada también con otros muchos túneles y conductos.

Patricia asintió con la cabeza, evitando mirarle a los ojos. Se va a apiedrar pronto, pensó Lanier. El resentimiento era el primer signo. El resentimiento y el negarse tercamente a creer resultaba mucho más fácil que aceptar los hechos. Y ni siquiera las más cuidadosas formas de introducción a la Piedra prevenían contra este proceso. Aquí todo el mundo parecía venir de Missouri. A todo el mundo había que enseñarle primero las cosas. Todos los demás aprendizajes y refinamientos eran cosas que ya vendrían más tarde.

Seis minutos después de entrar en aquel túnel llegaron a una pesada valla a prueba de huracanes que estaba hecha a base de eslabones de cadena; cubría completamente la boca del túnel. Lanier abrió las puertas de otra verja con la llave y fueron a dar a la segunda cámara.

La rampa que bajaba desde el túnel estaba fortificada con paredes de albañilería. La valla se extendía entre las paredes, y una caseta de guardia se encontraba en un lado de la puerta siguiente. Tres infantes de marina con monos negros se pusieron alerta al lado de la caseta mientras el camión se dirigía hacia ellos con los neumáticos chirriando en el pavimento de la rampa. Lanier frenó el vehículo y paró el motor; luego bajó de la cabina. Patricia se quedó donde estaba y miró atentamente la vista que tenía ante sí.

Más allá de la rampa había una explanada con un parque de unos dos kilómetros, irregularmente salpicada de pequeños bosques de árboles y numerosas y amplias estructuras de hormigón, todas ellas blancas, que parecían sólidos cimientos de edificios. Al otro lado del parque un estrecho lago o río de aproximadamente un kilómetro de anchura corría hacia el este y hacia el oeste rodeando por completo la cámara. Un puente colgante, con torres altas, esbeltas y curvadas, que cruzaba el agua, se asentaba entre macizos anclajes de hormigón.

El puente apuntaba hacia una ciudad.

Podía haber sido Los Ángeles en un día claro, o cualquier otra moderna ciudad terrestre, de no ser por la exageración surrealista. Era mayor, más ambiciosa y ordenada, más arquitectónicamente madura. Y esparcidas por toda la ciudad, semejantes a las barras con las que se detiene la bola en las máquinas de *pinball*, se hallaban las más grandes estructuras que Patricia jamás hubiera visto en su vida. Tendrían fácilmente cuatro kilómetros de altura; parecían

candelabros puestos de pie y estaban fabricadas a base de hormigón, cristal y acero brillante. Cada uno de los lados de la más cercana de aquellas estructuras semejantes a candelabros era tan grande como todos los edificios que había entremedias. La semejanza con un candelabro aumentó cuando Patricia miró hacia arriba y los vio suspendidos del suelo de la cámara que había encima. A través de las dos capas de atmósfera, cincuenta kilómetros más allá, la ciudad se hacía bellamente irreal, como una maqueta detrás del empolvado cristal en un museo.

Los ojos de Patricia iban sin parar de un lado a otro, y movía la cabeza como si estuviera mirando un lento partido de tenis entre jugadores que progresivamente fueran haciéndose más altos.

—Buenos días, señor Lanier —saludó el oficial de mayor graduación al tiempo que se le acercaba para inspeccionar la insignia—. ¿Ella es nueva?

Lanier asintió.

—Patricia Vásquez. Acceso ilimitado.

—El general Gerhardt nos pasó ayer la comunicación de que le esperásemos a usted.

—¿Hay alguna actividad? —preguntó Lanier.

—El escuadrón de vigilancia de Mitchell está ahora pasando por K mega, a treinta grados y seis clicks.

Lanier se agachó para meter la cabeza por la ventanilla del camión.

—Los megas son los grandes edificios —explicó a Patricia. Ésta se cubrió de nuevo los ojos con la mano para protegerse del tubo de plasma en un intento de ver con mayor claridad el lado opuesto de la cámara. Distinguió parques y pequeños lagos, sistemas de calles que describían círculos concéntricos y bloques cuadrados.

Patricia se encontraba tan lejos del lado opuesto como Long Beach lo está en Los Ángeles. A pesar de su escala, la ciudad, definitivamente, estaba construida por humanos.

Lanier se subió al estribo y le preguntó si quería estirar las piernas antes de continuar.

—¿Cómo se llama? —inquirió Patricia.

—Se llama Alexandria.

—¿Le pusisteis vosotros el nombre? Lanier movió negativamente la cabeza.

—No.

—¿Vamos a recorrer hoy todo el trayecto hasta la séptima cámara? —quiso saber Patricia.

—Si estás dispuesta para ello, sí.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí?

—Unas cuantas horas como máximo. Quiero que eches un vistazo a la biblioteca antes de continuar.

—¿Una biblioteca?

—Naturalmente —contestó Lanier—. Y ése es uno de los puntos de mayor interés.

Patricia se acomodó echándose hacia atrás en el asiento y miró a lo lejos.

—¿Está desierta la ciudad?

—La mayoría de nosotros así lo cree. Hemos recibido informes muy dispares, pero yo lo achaco a los nervios. Los equipos de seguridad los llaman *boojums*. Fantasmas. Nunca hemos encontrado un habitante vivo.

—¿Acaso habéis encontrado alguno muerto?

—Bastantes. Hay mausoleos en esta cámara y también en la cuarta cámara. El principal cementerio de Alexandria está a dos-seis grados y diez kilómetros. ¿Entiendes el sistema de coordenadas?

—Creo que sí —dijo Patricia—. Se mide tomando el eje como ángulo y luego la distancia desde el casquete. Pero ¿cuál es el cero y desde qué casquete?

—Este puente es el punto cero, y medimos desde el casquete sur.

—Entonces no es una novatada... No estabas contándome un cuento. Los humanos construyeron la Piedra.

—Sí.

—¿Adónde fueron?

Lanier sonrió y movió un dedo.

—Ya lo sé —dijo Patricia suspirando—. Esperaré y observaré por mí misma. —Bajó del camión y se estiró; luego se frotó los ojos—. Estoy impresionada.

—La primera vez que vi Alexandria me sentí como en casa —explicó Lanier—. Me crié en Nueva York, me llevaron a Los Ángeles cuando tenía quince años... he vivido en grandes ciudades toda mi vida, prácticamente. Pero esto realmente me impresionó. A pesar de todo. Podríamos traer veinte millones de personas a esta cámara y no estarían en absoluto apretados.

—¿Es por esto que la Piedra es importante, para vender fincas?

—No —repuso Lanier—. No estamos planeando la venta de parcelas. Tenemos quince arqueólogos en el equipo y matarían a cualquiera que se atreviera a sugerir una cosa así. Envían informes cada varios días. Estoy seguro de que pronto recibirás alguno de ellos. Trabajan contra reloj y lo han estado haciendo desde que los trajimos aquí hace tres años. No nos han dejado tocar nada desde aquel momento, excepto en algunas ocasiones en que uno de los comandantes del equipo de seguridad, o yo mismo, hemos conseguido domeñarles. Y aun entonces, hemos tenido que presentarles endiabladas excusas.

Patricia saludó con la cabeza a los tres guardias, que le devolvieron el saludo cordialmente, uno de ellos llevándose la mano a la gorra. Una radio, en la caseta de guardia, pitó y repiqueteó. El oficial de más graduación contestó. Patricia no consiguió entender el mensaje gutural, pero el guardia repuso en lo que parecía ser ruso.

—Hubiera jurado que todos ellos eran auténticos soldados americanos —comentó Patricia.

—Y lo son. Hay rusos trabajando con Hua Ling en la perforación del casquete sur.

—¿Los infantes de marina hablan ruso?

—Éste sí, obviamente. Y tres o cuatro lenguas más. Son la flor y nata.

—¿Hay alguien aquí que no sea brillante?

—No son vulgares soldados de infantería, si es eso a lo que te refieres. No podemos permitirnoslos. Cada uno tiene que realizar dos o tres trabajos diferentes. —Se instaló de nuevo en el asiento del conductor—. Cuando estés preparada, cruzaremos el puente y nos dirigiremos a la biblioteca.

—Cuando quieras —dijo Patricia acomodándose de nuevo en el asiento.

Lanier avanzó con el camión y las puertas de la verja se abrieron de par en par para permitirles el paso; luego se cerraron tras ellos.

Cruzaron el puente de cuatro carriles; los neumáticos chirriaban y golpeteaban en el asfalto. Patricia rebuscó en el bolsillo de los pantalones y sacó la pequeña pizarra electrónica. Usando su propio sistema taquigráfico de diez símbolos, comenzó a escribir:

« ¡Tiempo atmosférico... o, más bien, ausencia de él. El cielo está bastante claro. Perspectiva... realmente sobrecogedora. La tierra se presenta llana en los alrededores, pero luego, justo por encima del horizonte (mirando hacia el norte), al parecer se curva, y la curva se hace más pronunciada hacia arriba, junto al valle. La cámara situada encima tiene montones de detalles visibles a través de una ligera bruma» .

Repasó de nuevo en la pizarra todo lo que había escrito, por si hubiera algún error. Había aprendido a utilizar la pizarra electrónica de bolsillo en la escuela, pero eso había sido hacía muchos años y Patricia prefería escribir a mano. Sin embargo, el papel era una comodidad demasiado cara en la Piedra como para malgastarlo.

Continuó escribiendo mientras pasaban por una ancha vía pública.

« Calle de unos cincuenta metros de anchura aproximadamente, dividida en el medio por lo que debió ser en otro tiempo césped o árboles. Dos calzadas a cada lado. Ninguna de las plantas tiene un aspecto saludable. Sistemas de jardinería bastante deteriorados —¿o completamente estropeados?—. Escaparates a nivel de la calle casi todos rotos. Oficinas de negocios, agencias, todas ellas abiertas al exterior. En un escaparate... un maniquí humanoide. Con el cuello muy largo. Colocado en postura, pero desnudo» .

Distinguió un signo en la parte alta de lo que podía haber sido en otro tiempo una joyería. « Kesar's », leyó. Alfabeto latino; y en la otra parte del cartel, a medida que avanzaban, vio el mismo escrito en caracteres cirílicos. Algunas tiendas tenían ideogramas orientales, chinos y japoneses. Otros letreros estaban

en laociano o en el modificado alfabeto vietnamita-romano.

—Señor —dijo Patricia suspirando—. Podría estar de nuevo en Los Ángeles.

Había algo peculiar en las tiendas, en los dibujos, incluso en algunos escaparates. Se protegió de nuevo los ojos, tratando de apreciar las diferencias.

—Espera un minuto —pidió. Lanier disminuyó la velocidad del camión—. Se supone que todo esto es pintoresco, ¿no? Quiero decir, igual que en casa, donde tenemos calles comerciales construidas para hacernos creer que estamos en la Vieja Inglaterra. Esto se supone que también es de estilo antiguo.

—Una buena observación, como ninguna de las que he oído —dijo Lanier encogiéndose de hombros—. Nunca le he prestado a ese asunto la menor atención.

—Garry, me encuentro muy confusa. Si la Piedra se construyó hace cientos de años, ¿cómo es posible hacer que todo esto encaje?

Lanier dio la vuelta al vehículo con un suave giro y lo detuvo en el centro de la calle. Señaló un edificio grande, de color oscuro, que estaba situado en la parte norte de un espacio verde.

—Ésa es una de las bibliotecas, una de las dos que estamos investigando actualmente. Todas las restantes se encuentran cerradas.

Patricia se mordió el labio inferior.

—¿Tendría que estar nerviosa? —le preguntó.

—Probablemente. Yo lo estaría.

—Quiero decir que es como si... —Sacudió la cabeza—. ¿Por qué tengo que entrar ahí? Soy matemático. No ingeniero, ni historiador.

—Créeme. Nadie entra en las bibliotecas a su antojo. Sólo tú reúnes los suficientes méritos para hacerlo. Has estado trabajando en un terreno que no tenía valor práctico... hasta ahora.

—Voy a dejar de hacer preguntas —le comunicó Patricia al tiempo que lanzaba un suspiro—. Ni siquiera sé qué preguntas tengo que hacer.

Habían instalado sensores electrónicos alrededor del edificio. Vallas de eslabones de cadena terminadas en tirabuzones de alambre afilados como cuchillas, que ofrecían un aspecto impresionante, reforzaban las suaves sombras de los sensores y cámaras. Cuatro guardias, que estaban en pie ante la entrada, llevaban Apples —láseres antihumanos— y tenían un aspecto muy serio. Cuando Lanier y Vásquez se acercaron, se oyó una voz amplificada:

—Señor Lanier, deténgase y permítanos que le registremos. ¿Quién le acompaña?

—Patricia Vásquez —contestó Lanier—. Se encuentra en el índice del equipo científico, referencia memo del general Gerhardt.

—Sí, señor. Avancen y presenten la ID.

Ambos bajaron del camión y fueron caminando hacia la verja.

—Trajimos el alambre de cuchillas y los sensores desde la Tierra hace dos

años —le explicó Lanier—. Cuando empezamos a darnos cuenta de lo que teníamos aquí.

Presentaron los documentos y colocaron las manos sobre un recipiente que les llevó una mujer vestida de negro y gris. Cuando les permitieron el paso entraron en el edificio.

Las ventanas del piso bajo estaban rotas aquí también. Ningún cartel ni mapa eran evidentes en el interior, pero daba la sensación de que era una biblioteca, aunque, de nuevo, parecía artificialmente ambientada. El interior estaba muy oscuro y desierto.

—Los guardias del exterior no pueden entrar en la biblioteca, sólo los miembros de la seguridad especial... los que llevan uniforme negro y gris. Dentro hay a todas horas una persona de servicio con un monitor de vídeo; la voz que acabamos de oír.

—Muy sofisticado —dijo Patricia.

—Es necesario.

Una línea de luces fluorescentes que colgaban del techo sobre un pasillo cerrado por los lados estaba encendida. Más tubos se encendían en serie, formando un sendero de luz a través del piso bajo y de un tramo de escaleras que se encontraba en el centro del edificio.

—Tenemos generadores portátiles en cuatro lugares de Alexandria —le indicó Lanier mientras iban caminando por el sendero. El suelo estaba desnudo y polvoriento, con unas cuantas veredas bien definidas en medio de todo aquel polvo—. La mayoría de las redes eléctricas de la ciudad no se encuentran en funcionamiento. No hemos buscado aún las reservas de energía, pero probablemente no sean plantas independientes. La Piedra misma parece llevar una reserva de energía, con concentraciones en baterías súper refrigeradas.

Patricia arrugó el entrecejo.

—¿Baterías?

—Como las células de cien metros que hay en Arizona y en el Gran Invernadero Africano.

—¡Oh!

Patricia no estaba muy ducha en física, pero no quería que Lanier se diese cuenta.

—De todas formas el sistema eléctrico es bastante convencional. Los canales de información y de control son ópticos, mucho más que en la Tierra. Los edificios se hallan sin luz porque los cortacircuitos —o lo que quiera que sea que realizaba esa función— se han desconectado, y nadie va a conectarlos de nuevo hasta que sepamos algo más sobre riesgos de fuego.

—¿Por qué están rotas las ventanas? —preguntó Patricia mientras continuaban subiendo.

—El cristal se hace quebradizo con el tiempo. Se desmorona. Surge presión

en la atmósfera y eso hace que los cristales estallen.

—¿El tiempo atmosférico?

—En cierta manera. Hay sistemas de alta y baja presión en las cámaras, corrientes de aire hacia arriba y, cerca de los casquetes, hacia abajo. E incluso tormentas. Nieva en algunas de las cámaras, aunque con poca frecuencia. La mayor parte de todo esto parece estar controlado, pero no sabemos si los controles se hallan incorporados, estáticos, o bien si se trata de máquinas que se encuentran aún en alguna parte en buenas condiciones de funcionamiento.

En las sombrías estancias, más allá de líneas de luz del segundo piso, Patricia observó varios cilindros metálicos del tamaño de un hombre, colocados en hileras, que se movían hasta desaparecer en la oscuridad.

—Hemos estado sacando información de estos bancos de datos durante un año —continuó explicándole Lanier—. Los lenguajes de programación no nos resultaban familiares, así que sólo hemos conseguido algún éxito a base de hacer copias legibles e imágenes útiles durante seis meses. Y resulta ser que la biblioteca de la cámara siguiente es todavía mayor, de modo que estamos concentrándonos en ella ahora. Pero... yo aún prefiero ésta. Hay un extenso centro de copiadoras magnéticas en el cuarto piso. Ahí es donde hice mis primeras investigaciones y donde harás alguna de las tuyas.

—Me parece como si estuviera en el *Mary Celeste*.

—Esa comparación ya la han hecho antes —dijo Lanier—. De todas formas, aquí o en cualquier otro sitio la regla es siempre la misma: «No cambiar nada que no se pueda volver a dejar exactamente igual que estaba». Los arqueólogos están terminando ya las revisiones y se muestran aún muy susceptibles. No nos queda más remedio que romper la regla de vez en cuando, para reparar el material necesario o para tratar de repasar las computadoras, pero no está permitido entrometerse excesivamente. Si la Piedra es un *Mary Celeste*, no podemos permitirnos el lujo de no saber por qué.

En el cuarto piso entraron en una gran sala llena de cubículos de lectura, cada uno de ellos provisto de un proyector y un papel plano de color gris instalado en una pequeña mesa de despacho. Una de estas mesas se hallaba equipada con una lámpara Tensor, importada recientemente, que estaba conectada al nuevo generador de energía. Lanier acercó una silla. Patricia se sentó.

—Vuelvo dentro de un momento —dijo él. Se fue hacia el extremo opuesto de la habitación, salió por una puerta y dejó a Patricia sola.

Juguetó con el proyector que había en la mesa. ¿Será para el vídeo? ¿O para microfilms? No lo sabía. La pantalla era completamente plana y tan negra como el ébano, y no tendría más allá de seis o siete milímetros de grosor.

Había algo inusual en la silla. Un pequeño cilindro estaba instalado horizontalmente en medio del asiento, de modo que encajaba con una cierta incomodidad entre las nalgas de Patricia. Puede que en un tiempo hubiera habido

cojines cubriendo aquel cilindro... o quizás la silla creara su propio cojín cuando entraba en funcionamiento.

Echó un vistazo, nerviosa, a las hileras de cubículos vacíos, y trató de imaginar a quienes los habían usado por última vez. Cuando Lanier volvió se alegró mucho de verle. A Patricia le temblaban las manos.

—Fantasmagórico —comentó sonriendo débilmente.

Lanier traía un pequeño libro encuadernado en un plástico lechoso. Ella pasó algunas páginas con el dedo. El papel era fino y resistente. Estaba escrito en lengua inglesa, aunque el tipo de letra no era corriente. Demasiados adornos. Lo abrió por la página del título.

—*Tom Sawyer* —leyó—, por Samuel Langhorne Clemens, Mark Twain. —La fecha de publicación era el año 2110. Cerró el libro y lo dejó al tiempo que tragaba con esfuerzo.

—Bueno, ¿y qué? —preguntó Lanier suavemente.

Patricia le miró con el ceño fruncido. Entonces, una especie de entendimiento se extendió entre ellos. La muchacha abrió la boca para hablar, pero la cerró de nuevo.

—Te has estado preguntando por qué parezco tan cansado —dijo Lanier.

—Sí.

—¿Lo entiendes ahora?

—¿A causa de esta... biblioteca?

—En parte, sí —afirmó él.

—Es del futuro. La Piedra viene de nuestro futuro.

—No estamos seguros de eso —indicó Lanier.

—Pero eso es por lo que estoy aquí... para ayudarlos a descubrir cómo.

—Hay otros rompecabezas igualmente desconcertantes, y quizá todos ellos encajen unos con otros.

Patricia abrió de nuevo el libro y leyó: «Publicado por Greater Georgia General, en cooperación con Harpers del Pacífico».

Lanier se acercó a Patricia y le cogió el libro de las manos.

—Ya es suficiente por hoy. Salgamos de aquí. Tienes que descansar un poco, o es posible que pasemos un par de horas en la base de seguridad.

—No —repuso Patricia—. Quiero continuar. —Cerró los ojos unos segundos. Lanier se marchó a fin de colocar de nuevo el libro en su estante: a continuación regresó y la condujo hasta el piso bajo.

—La entrada del metro está a dos manzanas de aquí —siguió diciendo él—. Podemos ir caminando. El ejercicio aclara las ideas.

Patricia lo siguió mientras atravesaban una esquina del parque; miraba, aunque realmente no los veía, los edificios y los carteles que en ellos había escritos en varias lenguas de la Tierra. Patricia sabía que había ya sobrepasado el punto de asimilación.

Pasaron bajo un arco en forma de media luna y bajaron por una doble rampa hasta la estación del metro.

—Dijiste que la Piedra no procede del futuro —comentó ella.

—De nuestro futuro —corrigió Lanier—. Puede que no sea de nuestro universo.

Patricia sintió que su piel ardía. Pestañeó rápidamente, sin saber si iba a echarse a llorar o a reír.

—¡Maldita sea!

—Esos son exactamente mis sentimientos.

Estaban de pie en un amplio andén, cerca de una pared adornada con cristales grandes, lisos y coloreados de rosa que estaban colocados formando mosaicos irregulares. Carteles cuyas letras se veían ya estropeadas y desprendidas colgaban del techo indicando las direcciones: « Conexión Central, línea 5 », « Este lado dirección a Alexandria », « San Juan Ortega, Línea 6, veinte minutos ». Más pantallas de aquéllas, tan negras y lisas como el ébano, se hallaban colgadas cerca de los carteles, todos ellos vacíos.

Patricia sintió un ligero temblor a causa del vértigo. ¿Estaba realmente donde estaba, o sufría un sueño inducido por el trabajo?

—Te estás apiedrando —le dijo Lanier—. Vigila.

—Sí, en efecto. Y me observo a mí misma para ver cómo me apiedro.

—La depresión es, generalmente, el paso siguiente. Desorientación, fantasías, depresión. Eso es por lo que yo también pasé.

—¿Ah, sí? —Patricia bajó la vista hacia los baldosines blancos que tenía bajo los pies.

—Seguramente llegará un tren dentro de cinco o diez minutos —dijo Lanier. Se metió las manos en los bolsillos y se puso, como ella, a mirar al suelo.

—Pues sí que la estoy haciendo buena —observó Patricia. No se creía a sí misma, pero, por otra parte, solía sentirse bastante peor antes de los exámenes de lo que se sentía ahora. Conseguiría encajarlo. Tenía que hacerlo—. Me pregunto si no hay una manera mejor de adoctrinar a los recién llegados. Éste parece ser un modo bastante chapucero.

—Hemos intentado otras formas.

—¿Y no han dado resultado?

—Mejor que ésta, ninguna; y algunas incluso peor.

Una ráfaga de aire salía del túnel del tren. A Patricia se le ocurrió asomarse al borde del andén para ver sobre qué clase de mecanismo rodaban los trenes. El suelo del canal se hallaba completamente despejado, sin vías ni otras guías de ninguna clase.

Emergió del túnel un ciempiés gigante de aluminio cuya parte frontal, que carecía de ventanas, estaba cruzado por un resplandor de líneas verdes. Se detuvo con una repentina sacudida y se oyó un zumbido mientras se abrían las puertas

correderas. Un infante de marina que estaba de vigilancia viajaba de pie en el primer vagón, con la pistola metida en la funda y un rifle de láser a la vista.

—Señor Lanier. —Habló cortésmente y le hizo un elegante saludo.

—Charlie, ésta es Patricia Vásquez. Otra insignia verde. Patricia, éste es el cabo Charles Wurtz. Probablemente os veréis con frecuencia. Charlie es nuestro hombre más importante en la línea cero de trenes.

—No deje que los *boojums* se cuelen sin pagar —bromeó Charlie sonriendo burlescamente al tiempo que estrechaba la mano de Patricia.

Lanier la indicó que pasara primero. El interior, a primera vista, era como cualquier vehículo de un razonable, nuevo y rápido sistema de transporte. Los asientos de plástico y las armaduras de metal se encontraban en buenas condiciones. Los vagones, evidentemente, no se habían diseñado para las apreturas; no había anillas para cogerse ni pasillos donde los pasajeros pudieran viajar de pie, y los compartimentos eran espaciosos, con mucho sitio para las piernas. Y sin anuncios. Verdaderamente, dentro del coche, no había ni un solo cartel.

—Como un viejo BART de San Francisco —observó Patricia—. No había tenido ocasión de montar en el BART ni en el metro de Los Ángeles desde hacía años.

Se acomodaron en los asientos. Patricia no tuvo la sensación de que aquello se moviera hasta que miró por las grandes ventanas que estaban colocadas a intervalos irregulares a ambos lados del coche. La estación pasó ante ella como un borrrón. Luego sólo hubo oscuridad, suavizada un poco por brillantes barras blancas verticales.

—No se parece mucho al futuro —comentó—. Es reconocible. Siempre pensé que el futuro sería diferente, que no se podría reconocer. Y en particular mil años en el futuro. Pero hay edificios, metro... quiero decir, ¿por qué no hay transmisores de materia?

—Alexandría y su sistema de ferrocarril son mucho más viejos que otras partes de la Piedra. Cuando visites todo y veas las cosas con más detalle notarás grandes diferencias entre nuestra tecnología y la suya. Además... —Hizo una pausa—. También hay que tener en cuenta la historia. Retrasos. Problemas. Y restos del pasado.

—Que conoceré bastante pronto, naturalmente.

—Eso es —dijo Lanier—. ¿Sientes algo de movimiento ahora? ¿Aceleración? Patricia frunció el ceño.

—No, pero puede que sea porque nos hemos puesto en marcha lentamente...

—El tren acelera a cuatro G.

—Espera. —Patricia se volvió hacia la ventana y observó como pasaban las barras blancas; entonces frunció de nuevo el entrecejo—. Alexandría... quiero decir que no se diseñó correctamente.

Lanier la miró cargado de paciencia. Se suponía que ella era brillantemente inteligente, pero en muchos aspectos parecía aún muy joven. Luchaba para mantener el decoro como si fuese una colegiala.

—La Piedra tiene que acelerar y desacelerar, ¿no es eso? Exactamente igual que este tren. Sin embargo, yo no siento movimiento alguno ahora y... las cámaras deberían tener los suelos en ángulos para compensar el empuje, para que no se derrame el agua de los lagos y de los estanques... y también tendría que haber muros más altos en uno de los lados. La aceleración salpica. Los andenes en ángulos son para compensar.

—No hay ningún requisito para la aceleración en las cámaras —dijo Lanier.

—Entonces, ¿aceleran lentamente?

Lanier afirmó con la cabeza.

—¿Tienes alguna forma de compensarlo?

—La sexta cámara —explicó él—. Pero eso forma parte del gran cuadro total.

—Estás haciendo que lo averigüe todo por mí misma.

—Siempre que sea posible.

—Como un examen.

—No —replicó Lanier enfáticamente—. La Consejera dijo que tú puedes ayudarnos. Y yo no lo dudo. Pero si esto fuera un examen, lo estarías haciendo bastante bien. —Aunque él tenía sus reservas.

Las paredes del túnel quedaron atrás y el tren se precipitó hacia la luz. Pasaron sobre el agua, cosa que hicieron por lo menos a una velocidad de dos o trescientos kilómetros por hora.

—En los trechos más altos hay tres raíles bajo los coches —explicó Lanier—. Inducción magnética.

—¡Oh! —Patricia puso toda su atención en el mar, una extensión uniforme de ondulaciones azul grisáceas que se extendía hacia el norte hasta un banco de niebla que se hallaba contra el casquete. Sobre aquella extensión gris pudo percibir el arco de la cámara, y hacia el nordeste y noroeste los distantes extremos del banco de niebla, así como una línea de costa a la altura de las tres.

A unos siete kilómetros del tren, con la parte inferior oculta por la neblina, se veía la parte superior de una torre hexagonal que se alzaba verticalmente; tendría unos cincuenta metros de altura y más o menos la mitad de anchura. Otra torre apareció a un kilómetro de distancia aproximadamente; era visible por completo y se encontraba asentada sobre un esbelto pilón redondo.

La niebla se precipitó sobre ellos y, de repente, se encontraron por encima de la tierra firme. Abundantes bosques de pinos se veían abajo, borrosos; semejaban manchas y parecían saludables, aunque tenían un matiz ligeramente azulado a la luz del tubo.

—La cuarta cámara era un centro de recreo, es todo lo que podemos decir de

ella —explicó Lanier—. Y, naturalmente, también una reserva y un sistema de purificación de aire. Hay aquí cuatro islas distintas, cada una con un hábitat diferente. Había especies submarinas también, jardines de coral, estanques de agua dulce y sistemas fluviales. Refugio, reserva de vida silvestre, vivero de peces, todo ha vuelto a un estado descuidado, un poco salvaje, pero próspero.

El tren disminuyó la velocidad y se deslizó, con un suave ruido, sobre una elevada plataforma. Dos hombres con monos negros corrieron hacia los coches mientras éstos se detenían. Lanier se levantó y ella le siguió hacia la puerta. Se abrió tan silenciosamente como antes.

Bosque, agua, polvo... todo ello se unía en un olor maravilloso.

—Hasta luego, Charlie —se despidió Lanier. Charlie saludó elegantemente y se quedó en su sitio ante la puerta, tras ellos.

Un guarda de andén se acercó para examinar la insignia de Patricia.

—Sea bienvenida al campamento de verano, señorita Vásquez —saludó. Ella miró hacia abajo desde el andén. Éste se encontraba a seis metros sobre el nivel del suelo. El andén estaba rodeado por un complejo que se parecía mucho al que había en la primera cámara, con edificios de chapa de fibra y terraplenes de tierra, pero con un laboratorio agrícola mucho mayor.

Todo el mundo en aquel complejo vestía de negro, o en distintas combinaciones de negro y caqui, negro y verde o negro y gris.

—¿Fuerzas de seguridad? —preguntó Patricia. Lanier asintió mientras descendían por las escaleras del andén.

—Aquí tenemos un pequeño grupo científico, y dejamos a la gente que pase las vacaciones o los ratos de asueto, cuando queda tiempo para esas cosas, claro, lo que no sucede con demasiada frecuencia. Esta cámara es estratégica. Separa las partes de la Piedra en las que, relativamente, se puede hacer la vida normal de la zona de trabajo.

—¿El sistema de propulsión?

—Eso, y la séptima cámara. De todas formas, tendrás ocasión de estirar las piernas, de asimilar todo lo que has visto hasta ahora.

—Lo dudo —dijo Patricia.

Lanier la condujo a la cafetería del complejo.

En muchos aspectos, la cafetería tenía muy pocas diferencias comparada con la de la primera cámara. Se sentaron a una mesa que ya estaba ocupada en parte por soldados ingleses y alemanes occidentales. Lanier le presentó al oficial en jefe alemán, el coronel Heinrich Berenson.

—Asumirá el mando de las fuerzas de seguridad de la séptima cámara dentro de una semana. Tendréis que trabajar juntos con frecuencia.

Berenson era coronel de las Fuerzas Espaciales de Alemania Occidental: tenía el pelo de color arena, la cara llena de pecas, y era tan alto como Lanier, aunque, evidentemente, más musculoso. Parecía más irlandés que alemán; con

aquel nombre que no era alemán y aquellos modales suyos tan sofisticados, a Patricia le dio la impresión de que era un hombre verdaderamente internacional. Tenía una manera de ser bastante amistosa, aunque ligeramente distante.

Patricia pidió una ensalada —verduras frescas del laboratorio agrícola— y se puso a observar los rostros de los hombres y mujeres que estaban a su alrededor. No todos tenían insignias verdes.

—¿Cómo funciona el sistema de las insignias? —le preguntó a Lanier. Berenson sonrió y movió la cabeza, como si aquél fuera un punto delicado.

—Las insignias rojas son para los que están en la perforación de la primera cámara —explicó Lanier—. Casi todos son del equipo de ingeniería. Los que llevan la insignia azul pueden ir a cualquier parte de la Piedra, excepto a la sexta y séptima cámaras, pero tienen que llevar escolta y sólo se les permite ir para realizar algún trabajo específico. Las insignias verdes pueden ir a todas las cámaras, pero están siempre sujetas a los controles de seguridad.

—Llevo aquí más de tres años —indicó Berenson—, y hace únicamente tres meses que he conseguido que me dieran la insignia verde. —Echó una mirada a la insignia de Patricia y movió la cabeza de una forma muy significativa—. Afortunadamente encontré una excusa para ello. Se puede considerar que yo me escolto a mí mismo.

Lanier sonrió maliciosamente.

—Demos gracias de que las cosas hayan ido tan bien hasta ahora. Y esperemos que continúen así.

—Amén —añadió Berenson—. Sería odioso ver auténtica confusión.

—Para las insignias verdes hay tres niveles de permisos. El nivel uno es el más bajo, no tienen acceso a las zonas designadas como secretas. En el nivel dos tienen acceso limitado para realizar algún trabajo; los guardias especiales de seguridad tienen insignias verdes de grado dos. El nivel tres es el permiso que nosotros tenemos.

—Yo tendré el grado dos —dijo Berenson. Cuando regresaron al tren, Patricia preguntó:

—El hecho de ser del nivel dos, ¿significa que no podrá saber qué es exactamente la Piedra?

—Cuando se llega a la séptima cámara hay que saber muchas cosas.

—Pero no sobre lo que hay en las bibliotecas.

—No —convino Lanier.

Aquello la tranquilizó. Berenson parecía estar de mal humor, y eso que ni siquiera se hallaba al corriente de la existencia de las bibliotecas.

Los cuatro soldados con trajes espaciales corrían dando grandes y graciosos saltos por la superficie lunar, con sólo las estrellas y un cuarto creciente de Tierra

para iluminarles el camino. Mirsky los contemplaba desde lo alto de una roca; sólo se le veía el casco blanco. En la mano derecha llevaba una linterna eléctrica con la que apuntaba hacia atrás, hacia el lugar donde sus compañeros de equipo estaban esperando en un profundo barranco excavado por una roca rodante millones de años antes. Cuando los cuatros estuvieron en la posición correcta, encendió y apagó la luz tres veces.

El objetivo —una maqueta a escala natural de un fortín de ocupación lunar— se hallaba a cien metros por debajo de la roca. Los cuatro hombres que lo defendían se encontraban ahora cerca de la puerta de aire comprimido. Mirsky levantó el AKV-297 —rifle automático Kalashnikov de proyectiles adaptado para el vacío— y apuntó cuidadosamente con él la escotilla de aire comprimido.

La escotilla se abrió y Mirsky levantó el fusil ligeramente, centrándolo ahora en un blanco con barras en cruz que había cerca de las luces que señalaban la escotilla. Con un dedo enguantado apretó el gatillo y sintió el golpe de retroceso del rifle tres veces. Una estrecha línea de pólvora encendida que salía del barril resplandeció brevemente en la oscuridad. El blanco saltó en el aire con una lluvia de trozos de plástico y la puerta se abrió.

Mirsky oyó como el supervisor de los ejercicios leía los números de los cuatro defensores y les ordenaba echarse cuerpo a tierra.

—La puerta de aire comprimido está también fuera de servicio —añadió el supervisor lacónicamente—. Buen trabajo teniente coronel... Pueden seguir.

Mirsky y sus tres camaradas avanzaron hacia la maqueta. Los defensores estaban tumbados en el suelo lunar, fuera de la escotilla, y no se movían, excepto aquellos que avanzaban con equipo de salvamento. Mirsky se inclinó y apuntó a uno de ellos a través del visor. El defensor lo miró fijamente, en absoluto divertido.

—Mire por encima del hombro en dirección a las dos, camarada teniente coronel —le advirtió uno de sus hombres. Mirsky se dio la vuelta en redondo y siguió la línea que le indicaba el cabo con un bien protegido brazo y un dedo enguantado.

La Patata, un brillante punto de luz con una silueta oblonga claramente distinguible, acababa de aparecer por encima del horizonte de la Luna.

Parecía que toda su vida la gente se la hubiese estado señalando... Yefremova, tres años atrás, había sido la primera en hacerlo.

—Sí, ya lo veo —asintió Mirsky.

—Ese es el motivo por el que estamos entrenando, ¿no es eso, camarada teniente coronel?

Mirsky no contestó. El supervisor les interrumpió y pidió que dejaran aquella inútil charla.

—Las estrellas también tienen oídos, cabo —le advirtió Mirsky al soldado—. Vamos a tomar nuestro objetivo y volveremos a casa a tiempo para más

lecciones políticas. —El cabo se encontró con la mirada de Mirsky y le hizo una mueca, pero no dijo nada más.

En su propio fortín, cuatro horas más tarde, el supervisor de los ejercicios se acercó por el pasillo entre los sacos de dormir del equipo vencedor; les dio la mano, los felicitó calurosamente, y les entregó luego las cartas que habían llegado de casa. Todos los hombres recibían cartas, aunque fuese del coordinador de célula del partido de cualquier lejana aldea. El supervisor se detuvo ante el saco de Mirsky, que estaba el último.

—Sólo una carta para usted, camarada... coronel —dijo al tiempo que le entregaba un grueso sobre cuidadosamente sellado y precintado. Mirsky miró el sobre detenidamente y luego levantó los ojos hacia el supervisor.

—Ábralo.

Rasgó cuidadosamente el extremo y sacó cinco hojas de papel dobladas.

—Un ascenso —dijo Mirsky esforzándose por no emocionarse demasiado por el asunto.

—Y las órdenes de lo que tiene usted que hacer —indicó el supervisor—. Caballeros, ¿les interesa a ustedes saber adonde va nuestro nuevo coronel Pavel Mirsky?

—¿Adónde? —preguntaron varios.

—De regreso a la Tierra —dijo Mirsky.

—¡De regreso a la Tierra! —repitió el supervisor—. Este es, a ver... su cuarto viaje de entrenamiento a la Luna en dos años, ¿no es eso? Y ahora de regreso a la Tierra.

Los hombres le observaban detenidamente, sonriendo con malicia.

—Al océano Índico —dijo Mirsky—. Para el entrenamiento final como comandante de batallón.

—¡Al océano Índico! —gritó el supervisor apuntando con un dedo hacia el suelo para indicar simbólicamente la Tierra; luego levantó ambas manos, miró hacia arriba y movió la cabeza para señalar el techo.

Los hombres se pusieron a gritar y luego rompieron en aplausos.

—Ahora tendrá al fin esas estrellas que siempre ha deseado, coronel —dijo el supervisor mientras le estrechaba la mano con fuerza.

El resto de la cuarta cámara pasó ante las ventanillas del tren a toda velocidad, como un borrón de terreno montañoso lleno de pequeños lagos y rocas de lo que a primera vista parecía granito.

—La línea termina en la sexta cámara. Allí nos recibirá Joseph Rimskaya y algunos miembros del equipo chino del anexo de la terminal.

—¿Rimskaya? Yo tuve un profesor que se llamaba así en la UCLA.

—Rimskaya es el motivo de que tú estás aquí. Él te recomendó.

—Pero dejó la universidad para trabajar en el Departamento de Matemáticas y Estadística.

—Y conoció a la Consejera mientras estaba trabajando en Washington —añadió Lanier.

Rimskaya había sido profesor de Patricia en un seminario especial de matemáticas. A ella no le había gustado mucho aquel hombre; lucía una barba roja y rizada y era alto, bastante estúpido, ruidoso y asertivo; era profesor de ciencias políticas y experto en estadística y teoría de la información. Un matemático riguroso, pero que en opinión de Patricia no poseía la perspicacia necesaria para la investigación verdaderamente valiosa. Rimskaya le había parecido siempre un perfecto académico: un capataz severo, rígido, exigente y falto de imaginación.

—¿Por qué está aquí?

—Porque la Consejera consideró que sería útil.

—Estaba especializado en teoría estadística del comportamiento de la población. Pertenece al campo de la sociología.

—Es cierto —convino Lanier.

—Cómo...

Lanier pareció irritado.

—Piensa, Patricia. ¿A dónde fueron los habitantes de la Piedra? ¿Cuál fue el motivo de que se marcharan allí? ¿Cómo llegaron hasta allí?

—No lo sé —contestó ella con voz sosegada.

—Nosotros tampoco lo sabemos. Todavía no. Rimskaya encabeza un grupo de sociólogos. Puede que ellos sean capaces de decírnoslo.

—Realmente ésta es una forma enloquecedora de enseñar las cosas.

—Tendré paciencia siempre que tú también la tengas —dijo Lanier.

Patricia se quedó en silencio durante unos instantes.

—No te lo garantizo —repuso—. Me gustaría que dejaras de dar la impresión de estar tan enojado conmigo, cuando yo me limito a hacer preguntas directas.

Lanier levantó las cejas y asintió con la cabeza.

—Por favor, no te lo tomes como algo personal.

Así que está en tensión, pensó ella. Bueno, yo también. Sólo que él ya ha tenido tiempo de acostumbrarse. Si es que uno puede llegar a acostumbrarse alguna vez a cosas como la biblioteca... o la Piedra en sí. Por tanto, es casi seguro que hay algo más...

Patricia tuvo la repentina visión de un laberinto de pizarras esperándola en la séptima cámara, una cámara llena de distraídos matemáticos que se afanaban intentando resolver un grandioso y único problema. Por encima de ellos, en una gran pantalla de video, la Consejera, cargada de paciencia, los observaba. Como Dios. Y Lanier era su representante en la Tierra.

—Rimskaya es medio ruso —continuó diciendo Lanier—. Su abuela era una viuda inmigrante y ese mismo nombre es el que se puso también en los papeles para la documentación de entrada en EE.UU. de su hijo. Ese hombre habla ruso como si fuera un nativo. En algunas ocasiones actúa de intérprete entre los rusos y nosotros.

El zumbido del tren fue aumentando de tono y se precipitaron en el interior del casquete norte de la cuarta cámara. La quinta cámara estaba más oscura que las demás secciones que previamente habían visitado. Una bóveda de nubes planas y grises pintaba la atmósfera superior del cilindro, tapando la mitad de la luz del tubo. Bajo las nubes había un paisaje wagneriano de áridas montañas que parecían trozos rotos de antracita mezclados con hematita que estaba dibujado con los mismos colores que el arco iris, pero algo oscurecidos. Entre las montañas se veían abismales valles rojizos interrumpidos por cascadas que alimentaban torrentes plateados. Las montañas que se encontraban hacia la parte media de la cámara resultaban sobrecogedoras a causa de sus intrincadas contorsiones, arcos, abruptos cubos gigantes, pirámides truncadas y terraplenes con irregulares escalones de piedra.

—¿Qué diablos era eso? —preguntó Patricia.

—Una especie de pozo de mina abierto, creemos. Nuestros dos geólogos —y a has conocido a Robert Smith, que es uno de ellos— son de la opinión de que, cuando las cámaras fueron excavadas, la quinta no se terminó. La dejaron así a fin de extraer de ella materia prima. Y los habitantes de la Piedra la utilizaron. Esto son las huellas.

—Perfecto para los aficionados a las antiguas películas de miedo —comentó ella—. ¿No se puede ver aquí el castillo de Drácula?

No dijeron nada más durante el corto viaje por el túnel siguiente hasta la

sexta cámara. Cuando el zumbido del tren disminuyó de tono y la oscuridad del túnel se iluminó, Lanier se puso en pie y dijo:

—Final de trayecto.

La parte baja de la terminal era una construcción cavernosa de losas sin pintar de hormigón rojizo y roca de asteroide moteada en gris y blanco. El andén estaba señalado con débiles líneas, como si largas colas de muchas vueltas se hubieran formado allí en otro tiempo.

—Esto fue en un tiempo una estación de trabajadores —le explicó Lanier—. Cuando decidieron modificar la sexta cámara, esto serviría como punto de desembarque. Hace unos seiscientos años, quizás.

—¿Cuánto tiempo hace que la Piedra está abandonada?

—Cinco siglos.

Subieron por la rampa de un edificio construido básicamente de gruesos paneles transparentes, desde donde había una excelente panorámica de la sexta cámara.

El suelo del valle estaba cubierto de gigantescas e inertes formas mecánicas, cilindros y cubos; montones de planchas circulares se hallaban dispuestas de canto, de forma que semejaban un monstruoso circuito. Al lado mismo del edificio de la terminal se veía una fila de depósitos esféricos que llegaba hasta una pared bastante alejada. La pared tenía por lo menos cien metros de altura, y los depósitos un diámetro de aproximadamente la mitad de esa medida. Bajo el nivel de la terminal, entre las esferas y dos filas paralelas de cilindros que había dispuestos a los lados, se distinguía un inmenso canal lleno de agua reluciente. El canal tenía, colocados en fila, una serie de tuberías y ciclópeos aparatos de bombeo. Sobre todo ello, y flotando en grupo, había espesas nubes negras que dejaban caer cortinas de lluvia y ráfagas de nieve. Desde alguna parte les llegaba una constante vibración, que se oía menos de lo que se sentía, semejante a los latidos de ultrasonido de las montañas cuando se mueven o a la erosión de los distantes fondos marinos.

Al levantar la vista hacia un ángulo, y medio oculto entre capas de nubes, Patricia alcanzó a ver tenuemente el suelo opuesto de la cámara, abollado y arrugado con una alfombra de misterioso mecanismo.

—No hay partes móviles en toda la cámara excepto las grandes bombas, y para eso no todas se mueven —explicó Lanier—. Los constructores confiaban en un ciclo de tiempo incorporado. La lluvia cae, recoge el calor, fluye por los canales hasta los estanques, poco profundos, luego se evapora, lleva el calor hacia arriba y los sistemas atmosféricos de mantenimiento la drenan, no sabemos aún cómo.

—¿Para qué sirve?

—En un principio, cuando se diseñó la Piedra, la sexta cámara iba a ser otra ciudad. Pero los constructores habían especificado que la Piedra sólo podría

acelerar a tres por ciento de G. Justo antes de que acabaran de equipar la Piedra —y antes también de terminar la excavación mayor—, encontraron la manera de conseguir que la Piedra acelerase hasta el límite de su energía. El método era muy complejo y costoso, pero le proporcionaba a la Piedra una versatilidad que los constructores no podían de ninguna manera pasar por alto. Así que la sexta cámara se equipó con una muy selecta maquinaria de amortiguación de la inercia, que suma en total una pequeña parte de lo que está aquí ahora. —Asintió con la cabeza ante el panorama que se les ofrecía a través del cristal—. Ése es el motivo de que en la cámara el suelo no se halle inclinado en ningún lugar, y de que ninguno de los estanques y ríos estén equipados de barreras para evitar los desbordamientos. No son necesarias. La sexta cámara puede amortiguar los efectos de la inercia sobre cualquier objeto que haya en la Piedra. Agran escala, es capaz de contrarrestar la aceleración y desaceleración de toda la nave. Y a pequeña escala evita los efectos de la inercia en los trenes. Es autorregulable, aunque de momento todavía no hemos encontrado ningún « cerebro » .

La lluvia golpeaba el tejado transparente y caía resbalando por el declive de cuarenta y cinco grados que había sobre el hueco de la escalera. Lanier se detuvo para contemplar los goterones y regueros que formaba el agua. Luego continuó hablando:

—Desde entonces la maquinaria se ha ido modificando y agrandando. Hubo un momento en que llegó a cubrir cerca de tres kilómetros cuadrados; y el resto de la sexta cámara se usaba para la industria y la investigación, cosas éstas que no podían llevarse a cabo en las ciudades. Ahora mantiene también a la séptima cámara.

Cuatro personas ataviadas con impermeables amarillos caminaban por el borde del canal hacia la terminal. Habían dejado el camión aparcado unos cuantos metros más allá, en un ligero promontorio de la carretera.

—Nuestro comité de recepción —dijo Lanier. Caminaron hasta la base de las escaleras. Entraba aire frío por ellas, y Patricia se puso a temblar cuando una ráfaga los alcanzó. La lluvia cantaba suavemente por encima de sus cabezas. Por entre los regueros de agua que escurrían por el cristal, y a través de una brecha que había entre las nubes, Patricia distinguió el casquete norte, que se hallaba situado en el otro extremo. Todos los demás casquetes estaban virtualmente vacíos, sin nada. Pero aquél se encontraba surcado por una hilera de cajas rectangulares, espaciadas a intervalos regulares como si fuera un tramo de escaleras. En una de las caras de cada caja había un dibujo elíptico. Las cajas, calculó Patricia, tenían por lo menos un kilómetro de anchura, y las elipses quinientos metros en su eje mayor.

El primero de los cuatro en alcanzar el final de las escaleras se quitó el gorro de lluvia. Al mirarlo Patricia se dio cuenta de que era su antiguo profesor, un hombre rubicundo y barbudo con unos ojos pequeños y suspicaces, como si

hubiesen estado albergando resentimiento durante largo tiempo. Rimskaya era exactamente como Patricia lo recordaba. Él le devolvió la mirada, a la defensiva; luego saludó con la cabeza a Lanier. Detrás de ellos una mujer alta, rubia y de facciones regulares, y dos chinos, un hombre y una mujer que iban ataviados con gorras verdes, se quitaron los impermeables y se pusieron a sacudir el agua en el suelo.

Rimskaya se acercó a Patricia, demostrando con sus gestos distanciamiento, si no disgusto.

—Señorita Vásquez —dijo—, confío en que esté usted a la altura de las circunstancias. Espero que no me hará quedar mal ante los demás por haberla escogido.

Patricia abrió y cerró la boca como una carpa; luego se echó a reír, quizá demasiado fuerte.

—¡Así lo espero y o también, profesor!

—No le haga caso —intervino la mujer rubia que tenía la voz profunda y agradable; se le notaba un ligero acento inglés—. No ha hecho más que decir cosas buenas de ti durante los últimos cuatro meses. —Se puso la gorra bajo el brazo y extendió la mano para estrechar la de Patricia. La manera que tenía de dar la mano era firme y cálida—. Yo soy Karen Farley, y éstos son Wu Gi Me y Chang i Hsing. —Chang le dedicó a Patricia una gran sonrisa, con el liso flequillo negro cayéndole sobre las cejas, la última moda china.

—Venimos de la Universidad Tecnológica de Beijing.

Rimskaya aún estaba estudiando a Patricia. Entornó los ojos grises:

—¿Se encuentra bien? ¿No tiene mareos del espacio ni depresión emocional?

—Estoy bien, profesor.

—Estupendo. Entonces ustedes —señaló a Farley, Wu y Chang—, ustedes se encargarán de ella. Yo me voy a la primera cámara a descansar un poco. Estaré allí una semana, o quizás algo más. —Le tendió la mano a Lanier y se la apretó con firmeza—. Me encuentro muy cansado —continuó diciendo Rimskaya—, y no solamente porque no tenga ni idea de lo que significa todo esto. Nunca he sido un hombre demasiado imaginativo, y este lugar... —Se estremeció—. Quizás a usted le siente mejor que a mí, señorita Vásquez. —Hizo una rígida inclinación a sus colegas, recogió el impermeable y se encaminó a la rampa que daba al andén del tren.

Patricia lo miró, perpleja.

—Le envidio... un poco —dijo Wu en un perfecto inglés de California. Era un hombre más o menos de la misma altura que Patricia y rayaba los límites de la gordura; tenía el pelo tieso cortado a cepillo y cara de niño.— Hace poco he leído alguno de sus artículos, señorita Vásquez.

—Llárame Patricia, por favor.

—Me temo que el contenido está muy por encima de mis posibilidades.

Chang y yo somos ingenieros eléctricos. Karen es físico.

—Física teórica. Estaba impaciente por conocerte —dijo Farley.

—Impaciente —la corrigió Lanier.

—Sí. —Farley sonrió maliciosa ante el asombro de Patricia—. Yo también soy ciudadana china. Vuelvo loca a la mayor parte de la gente la mayor parte de las veces. Haz el favor de corregirme cuando me equivoque.

Patricia los miró con ojos tan redondos como los de una lechuza. Se sentía un poco tensa, no estaba preparada aún para conocer gente nueva y mostrarse sociable.

—Vamos a acompañar a Patricia a la séptima cámara —comentó Lanier—, pero a lo mejor, mientras tanto, quiere descansar aquí un rato.

—No. —Patricia negó firmemente con la cabeza—. Voy a ver el cuadro total hoy.

—Esto es una mujer —dijo Farley—. Tenacidad suicida. Algo que yo admiro. Chang la tiene. Sin embargo Gi Me —lo llamamos Lucky—, Gi Me es un perezoso.

—Tanto ella como el profesor Rimskaya parecen negreros —bromeó Chang. Su acento inglés era marcadamente peor que el de Wu y el de Farley. Sacó dos paquetes con impermeables de un bolsillo del suyo propio y se los dio a Lanier y a Patricia. Éstos se los pusieron rápidamente y dejaron el refugio del anexo.

El aire olía a lluvia limpia, ozono y metal. La lluvia se había ido convirtiendo en llovizna y había parado de nevar. El agua caía en grandes cantidades por las inclinadas paredes de metal bajo la carretera elevada, entrando por varias alcantarillas que iban a dar a un depósito subterráneo situado a varios metros de profundidad. Patricia se asomó al depósito y distinguió el suave remolino de agua que descendía hacia la oscuridad.

El camión que estaba en la carretera era uno igual al vehículo que los había transportado a través de la primera cámara. Farley le ofreció a Patricia el asiento delantero, junto al conductor, y los otros subieron a la parte de atrás, echando a un lado las cajas de utensilios científicos envueltos en tela que allí había. Farley puso en marcha el camión a poca velocidad, luego aceleró.

La carretera se extendía formando una ancha y llana cinta que rodeaba los complejos de depósitos y sombras grises ocultos por una niebla que empezaba a extenderse rápidamente. Wu se asomó entre los dos asientos delanteros.

—Este material que parece asfalto, no lo es. Se trata de roca de asteroide a la que han desprovisto de todos los metales para luego pulverizarla y mezclarla con aceite vegetal. Es muy resistente, y no se agrieta. Nos preguntamos quién irá a patentarlo.

De alguna forma, Patricia encontraba el horror tonificante. La niebla tenía cierta cualidad azulada que hacía que a ella le diese la impresión de estar en el centro de un zafiro. La lluvia comenzó de nuevo a caer y el tamborileo del agua

sobre el techo del camión —combinado con una suave brisa de aire cálido que salía de la calefacción— hacia que todo le pareciese seguro, no más extraño que si estuviera mirando algún pasatiempo en el vídeo.

Se recobró pronto de aquella sensación. Lanier la estaba observando. Patricia volvió el rostro hacia él y luego miró a otra parte. ¿Por qué la considerarían tan importante? Frente a aquel monumental misterio, ¿qué posibilidad tenía ella de hacer algo?

Sólo el tamaño era suficiente para paralizar el curso de los pensamientos. Al mirar hacia el lado opuesto a través de los huecos que había entre las nubes, Patricia pensó que igualmente podría haber estado mirando por la ventana de un transbordador al entrar de nuevo en la atmósfera.

El camión continuó por aquella carretera de suaves curvas y cruzó la sexta cámara en unos veinte minutos. El arco, ya familiar, y el túnel de entrada aparecieron delante de ellos. Farley encendió las luces cuando la oscuridad del túnel los envolvió.

Después de la turbulenta sexta cámara, la claridad y brillo del tubo de plasma descubierto era bienvenida.

—Casi se puede oír cantar a los pájaros —comentó Patricia.

—Ojalá —asintió Farley.

Descendieron por la rampa. Delante de ellos se extendía una carretera tan recta como una flecha, más o menos la mitad de ancha que la autopista de la sexta cámara y hecha del mismo material. A ambos lados de la carretera, unas colinas arenosas coronadas de hierba amarilla y tiesa salpicaban el suelo durante varios kilómetros. Con sólo dar un corto paseo se podía llegar hasta una vegetación de árboles bajos y esqueléticos. Hacia el oeste, siguiendo la curva del suelo de la cámara, Patricia vio algunos pequeños lagos y lo que parecía un río emergiendo de uno de los túneles del casquete, pegadas al cual había unas cuantas nubes algodonosas. El paisaje era homogéneo y suave por igual hasta los límites del tubo de plasma, que se veían a ambos lados, al este y al oeste. El tubo mismo emergía del centro del casquete como un faro recto y claro.

Patricia se dio cuenta de que la expectación aumentaba en la cabina, que se centraba en ella. Todos estaban esperando ver cómo reaccionaba.

¿Reaccionar a qué? Si acaso, aquella cámara era menos impresionante que la primera. Notó cierta tensión en los hombros. ¿Qué se suponía que tenía que decir?

Lanier introdujo la mano entre los asientos y le tocó un brazo.

—¿Qué ves? —le preguntó.

—Arena, hierba, lagos, árboles. Un río. Y algunas nubes.

—Mira recto hacia adelante.

Patricia miró. El aire era transparente. La visibilidad alcanzaba por lo menos treinta kilómetros. El casquete norte parecía haberse oscurecido, no se veía, ni mucho menos, como la dominante presencia gris de las otras cámaras. Miró

hacia arriba y entornó los ojos esforzándose por ver el fin del tubo de plasma.

No tenía fin. Seguía, seguramente más de treinta kilómetros, haciéndose cada vez más tenue y estrecho hasta fundirse casi con el horizonte.

Naturalmente, en una superficie no curva —como eran los cilindros vistos paralelos al eje— el horizonte era mucho más alto. Dada una distancia ilimitada, el horizonte tendría que empezar en un verdadero punto que se desvanecería en la perspectiva.

—Esta cámara es más larga —dijo Patricia.

—Sí —asintió Wu con precaución. Chang afirmó con la cabeza, sonriendo divertida como si se tratara de un chiste, con las manos recatadamente cruzadas en el regazo.

—Ahora déjame que te aclare esto. Nos hemos adentrado unos doscientos veinte kilómetros en la Piedra, que tiene más o menos doscientos noventa kilómetros de largo. Así que esta cámara debería tener, quizás, una longitud de unos cincuenta kilómetros. —Le temblaban las manos—. Pero no es así.

—Míralo con detenimiento —indicó Lanier.

—Es una ilusión óptica. No alcanzo a distinguir el casquete norte.

—No —comentó Farley, todo él deshecho en amabilidad.

—¿Entonces? —Patricia miró a todos los que iban en el coche. Los otros conservaron el rostro impasible, excepto Chang, que seguía sonriendo misteriosa—. ¿Qué demonios se supone que tengo que ver?

—Dínoslo tú —dijo Lanier.

Patricia empezó a cavilar frenéticamente sin dejar de mirar hacia el extremo opuesto de la cámara; trataba de calcular las distancias en la extraña perspectiva que formaban los enormes cilindros.

—Detenga el camión.

Farley detuvo el vehículo y Patricia descendió de la cabina y se quedó de pie en medio de la carretera. Luego trepó por una escalerilla hasta la plataforma que había situada en lo alto de la cabina y contempló la recta línea de la carretera. La carretera tenía un punto de fuga propio; no había casquete, no había barreras. Por encima, con el resto del paisaje ocurría lo mismo.

—Es mayor —dijo. Farley y Lanier estaban en pie al lado del camión, mirándola. Wu y Chang se reunieron con ellos—. Es mayor que el asteroide. Llega más allá del final. ¿Es eso lo que estáis intentando decirme?

—Nosotros no decimos nada —puntualizó Lanier—. Nosotros nos limitamos a mostrar. Es la única manera.

—¿Estáis intentando decirme que no termina, que sigue y sigue por el otro extremo? —Patricia advirtió la nota de pánico y el alto grado de fascinación que se reflejaban en su propia voz.

Aquel profesor de Stanford, seis años antes, se había equivocado. Alguien, además de los extraterrestres y los dioses, era capaz de apreciar el trabajo que

ella hacía. Ahora ya sabía para qué la habían sacado de Vanderberg y la habían llevado a la Piedra en un transbordador y en el VTO.

El asteroide era más largo por dentro que por fuera.

La séptima cámara continuaba eternamente.

Patricia había estado durmiendo —lo comprobó mirando el reloj— nueve horas. Estaba echada en la hamaca y escuchaba el suave sonido de la lona de la tienda que golpeteaba movida por la brisa.

Al menos, en aquella región de la séptima cámara, no había demasiada necesidad de edificios con sólidas paredes. El tiempo era seco y suave, y la temperatura del aire templada. Miró hacia arriba, hacia el toldo que se extendía entre los mástiles de aluminio, a la brumosa línea del tubo de plasma que se hacía visible a través de la tela.

Estoy aquí. Esto es real.

—Puedes apostarte la vida —susurró. Dentro de la tienda, un complejo de divisiones y suelos de alquitrán que cubrían unos cien metros cuadrados, Farley y Chang estaban hablando en chino, en voz baja.

Durante las primeras horas pasadas en la cámara, mientras estaban disponiendo una alcoba para ella en la tienda y preparando un poco de comida, Patricia se había mostrado muy activa; mariposeó de un lado a otro y no dejó de hacer innumerables preguntas, algunas de las cuales tenían bastante poco sentido. Lanier la había mirado, taciturno, durante unos instantes; a ella le dio la impresión de que lo estaba defraudando. Pero luego él se había unido a los otros para reírse un poco de ella —y con ella— y les había dado la sorpresa de ofrecerles una botella de champán.

—Para que bauticemos tu nuevo yo —le había indicado a Patricia. Mientras tomaban la primera ronda habían estado tratando de encontrar algún nombre que fuera más adecuado para lo que hasta entonces todos habían denominado «la séptima cámara» o «el pasillo».

—«El mundo de los *spaghetti*» —había sugerido Farley.

—No —contradijo Wu—. Algo más bien como «el mundo de los macarrones», porque los macarrones están agujereados por el centro.

Chang insistía en «el mundo de tuberías». «Tubo» y «túnel», habían sido ya apropiadamente aplicadas a otras partes de la Piedra; las palabras y formas parecían hacerse eco unas a otras en medio de una confusión sexual cargada de ajustes dentro de ajustes.

Después de tomarse un par de copas de champán, Patricia se había sentido

completamente amodorrada. En cuanto le acabaron de instalar una hamaca bajo el toldo, se quedó profundamente dormida en ella.

Se tumbó y apoyó la cabeza en un codo; se puso a mirar a través de la maleza y más allá de la arena hacia el enorme cilindro de tierra que se perdía en la neblina. Farley salió de la tienda y se sentó al lado de la hamaca.

—¿Soñando?

—No —dijo Patricia—. Meditando.

—Cuando Garry nos llevó a nosotros a hacer el gran recorrido, hace un año y medio, creí que me iba a volver loca. ¿Qué opinión te merece esa forma de adoctrinar? Ya sé que no ha hecho más que empezar para ti, pero... —bajó la voz y la miró con aquellos ojos tan azules. Farley quizá fuera diez años mayor que ella, pero se hacía evidente que aquella mujer tenía sentido del humor por las arrugas que tenía alrededor de los labios y de los ojos. Poseía una exigente franqueza en los modales, era casi como una versión femenina de Lanier, pensó.

—Ver no es exactamente lo mismo que creer —respondió Patricia—. Igual que con sólo oír hablar de ello no sería suficiente.

—Al cabo de un tiempo tendemos a conformarnos —dijo Farley mientras fijaba la vista en la carretera de color gris verdoso—. A veces me preocupa. Cuando llega gente nueva y ve lo que nosotros vemos a diario, recibimos una impresión, una sacudida, y nos damos cuenta de lo extraño que es. A veces me siento como un escarabajo arrastrándose por entre una planta de energía de fusión. Siento hasta un cierto punto, veo hasta un cierto punto, pero estoy endiabladamente segura de que no acabo de entenderlo todo. —Dejó escapar un suspiro—. Supongo que Garry no lo aprobará, pero creo que debería prevenirte contra los *boojums*.

—Ya me los ha mencionado. ¿Qué son?

—Algunos han visto *boojums*. Espectros. Yo no he tenido ocasión de verlos, ni ningún otro miembro de nuestro grupo. La opinión general es que son algo psicológico, un síntoma de la tensión que soportamos. Nunca ha habido visiones totalmente claras, ni fotografías, ni nada. Pero ten cuidado con lo que ves. Muéstrate doblemente precavida, pues nadie ha probado nunca que la Piedra o el pasillo estén completamente desiertos. Somos demasiado pocos para explorar y poner policía en todas las cámaras. De modo que, si ves algo, comunícalo, pero no te lo creas. —Farley sonrió—. ¿Te parece que todo esto tiene algún sentido?

—No —repuso Patricia mientras balanceaba las piernas por un lado de la hamaca—. ¿Tengo que seguir algún plan de trabajo determinado? ¿Alguna idea de lo que se supone tengo que hacer y cuándo?

—Garry te explicará todo eso dentro de media hora. Ahora está durmiendo. Sin respiración. Quiero decir exhausto. Estamos todos un poco preocupados por él, ya sabes.

—Tú y los otros tenéis insignias verdes, pero... ¿tenéis permisos de tercer

nivel?

—¡No, por Dios! —Farley se echó a reír sacudiéndose hacia atrás el cabello rubio—. Somos chinos. Tenemos mucha suerte de haber llegado tan lejos. Nos hallamos aquí como un favor y porque nuestros gobiernos, casualmente, tienen buenas relaciones de amistad en esta década. De todas formas, estamos mucho mejor que los pobres rusos. Ellos sólo pueden estudiar las perforaciones, los tubos de plasma y poco más. Todo el mundo sabe que la física en relación con el plasma es su especialidad, así que están concentrados en el eje. Los americanos no tienen idea de los arqueólogos tan buenos que tienen. Ahora, en cuanto a sociología... —Movié la cabeza tristemente—. Yo he nacido y me he criado en el marxismo, pero no estoy segura de que a los habitantes de la Piedra les sentara bien el estricto dogma leninista.

—Garry no me ha dado detalles de los acuerdos. Leí algo sobre ello en casa... Pero sé que no se nos dice nada sobre ese asunto.

—Las naves OTAN-Euroespacio fueron las primeras en llegar a la Piedra y comenzar las exploraciones. Según los acuerdos de la COMICE, la OTAN tiene el derecho de controlar la explotación, y la OTAN, naturalmente, está a su vez controlada por los Estados Unidos. Los rusos han protestado, dijeron que éste era un caso especial, pero no han conseguido nada hasta ahora. Los chinos nunca hemos sentido un interés exsivo —excesivo— en el espacio profundo, así que hemos aceptado lo poco que se nos ha permitido hacer. Como somos tranquilos y serviciales, hemos llegado mucho más lejos que los rusos. No hay rusos en la séptima cámara. Ya te darás cuenta.

—Tú no tienes acento chino.

Farley se echó a reír.

—Gracias. Todo el mundo dice que mi acento es bastante bueno, pero algunas veces las palabras se me... Bien. Lo que realmente quieres decir, creo, es que no parezco china. Pertenezco a la segunda generación de inmigrantes caucásicos. Mis padres eran ingleses expatriados en Checoslovaquia. Eran especialistas agrícolas y China los acogió con los brazos abiertos cuando emigraron en mil novecientos setenta y ocho. Yo nací allí.

—Yo he pasado toda mi vida en California —explicó Patricia—. Me siento tan protegida en comparación contigo. Sin contacto con el mundo real.

—¿Con el mundo de la intriga y de la política internacional? A mí me sucede lo mismo. Pasé la mayor parte de mi vida en una granja de Hopeh. Casi aislada por completo. Y ahora... estamos las dos aquí. —Miró hacia el suelo y movió la cabeza—. Por varias razones, hay un montón de cosas de las que no deberíamos hablar. Garry confía en mí y yo respeto esa confianza. Todos lo hemos hecho lo mejor que hemos podido para mostrarnos corteses y ser dignos de confianza. Y ésa es la razón por la que hemos llegado tan lejos. Bueno. Con los temas técnicos que estén directamente relacionados con nuestro trabajo, no hay problema. Pero

nada que tenga que ver con temas que queden fuera del alcance de Wu, Chang y de mí; de eso no se habla. Nada en absoluto.

—De acuerdo —dijo Patricia.

Farley miró hacia el norte, directamente a la garganta del pasillo.

—Los habitantes de la Piedra hicieron todo esto. Eran humanos, como tú y como yo. En todo lo que vaya más allá de esto nos encontramos sumidos en la oscuridad. Pero alguna vez nos toparemos con ellos, o con algo aún más extraño. —Sonrió ligeramente—. ¿Te parece que esta predicción tiene suficiente fuerza para ti?

Patricia asintió con la cabeza.

—Creo que cualquier otra cosa más específica me haría temblar.

Farley le dio un golpecito en el hombro.

—Tengo que volver ahora; Garry se reunirá contigo dentro de un momento.

Entró en la tienda.

Patricia se levantó y se alisó el jersey; luego caminó unas docenas de metros por la arena. Se agachó y pasó las manos por las briznas de una mata de hierba.

La longitud del pasillo era tan sobrecogedora, tan concluyente, que a Patricia la respiración se le hizo más lenta. Era estrecho, utilitario, increíblemente bello. Bajo aquella iluminación homogénea los detalles se iban haciendo más pequeños a medida que aumentaba la distancia, aunque sin embargo seguían viéndose con claridad; luego estaban la arena; los arbustos, los lagos y los ríos que fluían de la condensación sita en el casquete sur.

A pesar de lo que Farley había dicho, Patricia se sintió a salvo mientras caminaba otra docena de metros o más hacia el oeste. Y una vez que llegó allí, a unos minutos de la tienda, no le pareció que fuese demasiado aventurarse ir más allá una distancia igual a la anterior. Llegó a la linde del bosque enano en diez minutos; luego, para orientarse, miró fijamente hacia atrás, hacia donde se hallaban la tienda y a la rampa que salía del túnel del casquete.

Los árboles parecían pinos enanos, no tenían más allá de dos metros de altura, y sus ramas retorcidas se entremezclaban hasta formar una espesura impenetrable. Patricia no había visto nunca nada parecido a aquello en la Tierra, pero las agujas de los pinos eran similares a las de los abetos Douglas de Navidad que su familia acostumbraba comprar antes de empezar a utilizar los substitutos de aluminio.

Se agachó para escudriñar por debajo de las copas, pero no vio signos de vida.

Qué extraño era que los habitantes de la Piedra se hubieran llevado consigo todo ser vivo, todo lo que se moviera. Habían despojado por completo a la Piedra. Pero ¿adónde se habían ido todos?

Esto ahora era obvio. Patricia sentía la obligación de pensarlo cada vez que miraba hacia el pasillo. Se habían dirigido hacia el norte infinito, si es que el

pasillo, verdaderamente, era infinito.

—¡Patricia! —llamó Lanier desde la tienda. Ella se sobresaltó, sintiéndose ligeramente culpable, pero no había urgencia ni reproche en aquella voz.

—¿Sí?

—Tenemos que trabajar.

—Ya voy. —Patricia regresó a la tienda.

Se sentaron junto a una mesa plegable colocada bajo el toldo. Lanier cogió una pizarra electrónica de bolsillo e introdujo en ella un bloque de datos; luego colocó el aparato entre ellos.

—Ahora debes de haberte hecho ya una idea de por qué te necesitamos aquí. Tenemos un par de misterios que aclarar, y éste... —señaló hacia el pasillo—, puede que no sea el mayor de ellos.

—Yo no diría eso —indicó ella.

—He programado ya un primer plan de trabajo para ti. Irás a dar una vuelta por la ciudad de la tercera cámara, concentrándote principalmente en la biblioteca que se encuentra allí. Esa ciudad se llamaba Thistledown, igual que la Piedra misma. Es un par de siglos más reciente que Alexandria. Y también tendrás que hacer de nuevo varias visitas a la biblioteca de la segunda cámara. Todo eso te llevará una semana o dos, lo justo para que te vayas poniendo en marcha. —Señaló la pizarra electrónica y apretó el botón de RUN. Las instrucciones comenzaron a pasar por la pantalla—. Aquí te explica cómo utilizar las líneas de metro, y te indica también los programas y las precauciones que hay que tener. Obviamente, yo no podré guiarte todo el tiempo, ni siquiera podré hacerlo con demasiada frecuencia. El trabajo se me amontona por todas partes. Y lo más probable es que regrese a la Tierra durante una corta temporada. Mientras tanto responderás ante Carrolson. La mayoría de las cosas que necesitas saber con respecto a la seguridad están en este bloque de datos. A quién debes hablar, a quién no, el protocolo; en fin, todas esas cosas. Farley, Wu y Chang son buenas personas, pero sé prudente. Muéstrate prudente con todas aquellas personas que no disfruten de los mismos privilegios que tú.

—¿Con quién más puedo hablar, aparte de contigo?

—Con Carrolson. Puedes hablar con ella de todo lo que quieras excepto de lo que leas en las bibliotecas. Estoy trabajando para conseguir que le den permiso para eso también, pero todavía no lo he conseguido. Dentro de un par de días tendrás ocasión de conocer a los demás. Algunos tienen acceso a la biblioteca, y trabajarás con ellos, coordinando, comprobando y verificando. ¿Queda todo lo bastante claro? Durante las dos próximas semanas lo que vas a hacer es estudiar, estudiar y estudiar.

—¿A qué distancia me puedo alejar del campamento?

—Tanto como puedas caminar, pero llévate una radio. Tenemos situada una base de seguridad a unos cincuenta kilómetros bajando por el pasillo, con

sensores que recogen la actividad que tiene lugar en el mismo durante varios cientos de kilómetros. Si se da la circunstancia de que tocan a retirada, regresa al túnel tan pronto como te sea posible.

—¿Qué posibilidades hay de que eso suceda?

—Pocas. —Lanier se encogió de hombros—. Puede incluso que sea inexistente. Nunca ha sucedido aún. Espero que no te ofendan estas advertencias tan cuidadosas. Si algo te sucediera, la Consejera utilizaría nuestra piel para hacer alfombras con que adornar el despacho.

Patricia sonrió, maliciosa.

—Entonces, ¿quién es mi dueña?

—Hasta que Carrolson llegue aquí, Farley. ¿Alguna otra pregunta?

—Deja que comience a trabajar, y luego ya haré las preguntas.

—Está bien. —Lanier la dejó sola junto a la mesa. Patricia cogió la pizarra electrónica de bolsillo y comenzó con el primer bloque de datos.

Lanier se marchó en el turno siguiente después de decir que estaría de regreso al cabo de dos días para empezar otra nueva etapa de la educación de Patricia. Carrolson llegó unas horas después; llevaba una caja de bloques de datos y un procesador más potente, traído recientemente de la Tierra.

—Al menos así puedo llevarme conmigo parte de mi trabajo a donde quiera que vaya —dijo.

Farley, Wu y Chan empezaron inmediatamente a plantearle al ordenador algunos de los problemas que tenían.

Patricia estuvo estudiando los cubos que contenían información acerca del pasillo. La longitud de éste era desconocida, pero las señales de radar enviadas desde la perforación no habían regresado aún después de pasados cuatro meses. Se daba por supuesto que, o bien el pasillo no tenía fin o las señales habían sido absorbidas de alguna manera aún inexplicable.

Los equipos de exploración habían realizado varias incursiones en el pasillo, pero, hasta hacía poco tiempo, nadie se había alejado por él más de quinientos kilómetros. Al llegar a ese punto, aquella parte del pasillo ya no podía distinguirse desde la séptima cámara, en la que desembocaba: una espesa capa de tierra, atmósfera a la presión normal de la Piedra —seiscientos cincuenta milibares— e iluminación normal del flujo del tubo de fluido.

El pasillo difería de la séptima cámara en un aspecto: a cuatrocientos treinta y seis kilómetros, bajando por él en línea recta, estaba rodeado por un circuito de estructuras artificiales, cuatro cúpulas inmóviles que flotaban, sin ningún soporte, por encima de grandes agujeros situados en el suelo. Cada una de aquellas cuatro cúpulas se alzaba aislada, a igual distancia unas de otras, alrededor de una circunferencia. Se desconocía de qué estaban hechas, pero las características de aquella sustancia no coincidían con ninguna de las de la materia, excepción hecha de la solidez. Ochocientos setenta y dos kilómetros más bajo la línea había otro circuito, y una nueva expedición se hallaba en esos momentos explorando aquella zona.

Patricia jugueteó con el borrador dándose golpecitos en los dientes; luego se puso a buscar en la bolsa de efectos personales y sacó el estéreo y un disco compacto de Mozart. El accesorio encajaba perfectamente en la toma

estandarizada, y *La Flauta Mágica* empezó a sonar mientras ella seguía leyendo sin distraerse en absoluto.

Al cabo de una hora y media quitó la música y se tomó un descanso.

A pesar de las protestas de Carrolson diciendo que ella no era la niñera de Vázquez, el papel que hizo fue precisamente ése. No tenía obligaciones inmediatas en la séptima cámara, y la experiencia y conocimientos de aquella mujer mayor no se complementaban con los de Patricia. Sin embargo a ésta le proporcionaba cierto consuelo el hecho de tenerla cerca. Era una persona relajada, con confianza en sí misma, y resultaba bastante fácil congeniar con ella. Una persona adecuada para hacerle preguntas, o, aunque sólo fuese, para compartir con ella los pensamientos.

Las complicaciones de aquellos protocolos y de la organización de la Piedra no eran fáciles de dominar. El gráfico que Lanier le había dejado a Patricia en el bloque de memoria lo mostraba claramente. Bajo la supervisión del comité regulador del COMICE, la OTAN y Euroespacio —más directamente la NASA y la Agencia Espacial Europea—, tenían a su cargo la exploración de la Piedra.

El Mando Espacial Conjunto tenía mucho que decir sobre la manera en que se estaban llevando a cabo los estudios. A pesar de tener una apariencia civil, aquélla era una gran operación militar. Judith Hoffman, que oficialmente coordinaba las agencias civiles y militares desde sus oficinas de Sunnyvale y Pasadena, procuraba esquinar un poco esta realidad.

El equipo de seguridad de la Piedra constaba de unos trescientos americanos (más o menos la mitad de la fuerza total), ciento cincuenta ingleses y cien alemanes; los cincuenta restantes eran hombres que procedían de Canadá, Australia y Japón. Francia no era miembro de OTAN-Euroespacio y había declinado la invitación de enviar algún ciudadano francés a la Piedra, en parte sin duda como protesta por la presión de la OTAN para que participase en el gran rearme de los dos primeros años del siglo veintiuno.

A través de sus respectivos jefes, el equipo de seguridad de la Piedra recibía órdenes del capitán de la armada de los Estados Unidos, Bertram D. Kirchner —jefe de la seguridad externa—, y del general de brigada Oliver Gerhardt, encargado de la seguridad interna.

Los seiscientos miembros del equipo de seguridad trabajaban por toda la Piedra a fin de defender a los civiles en caso de ataque. No se había especificado quién podría ser el atacante, pero, al principio, obviamente, se esperaba que el ataque procediese de la séptima cámara o de elementos que pudiera haber escondidos en las ciudades inexploradas de la segunda y la tercera cámaras.

Lanier actuaba como el portavoz directo de Hoffman en la Piedra. Coordinaba la parte científica, la ingeniería y las comunicaciones. Carrolson era el supervisor científico de mayor rango; Heineman estaba a cargo de la ingeniería civil; y una mujer llamada Roberta Pickney se encargaba de las

comunicaciones civiles.

El más somero análisis de la composición del equipo científico hablaba por sí solo. Había en él matemáticos, arqueólogos, físicos, estudiosos de las áreas sociales (incluyendo historiadores), especialistas en computadoras y en informática y expertos médicos biólogos. También había cuatro abogados.

La ingeniería consistía en mantenimiento y mecánica. Las comunicaciones tenían además un agregado militar que estaba a cargo de las transmisiones codificadas. Pickney, ayudada por Sylvia Link, era la responsable de las comunicaciones internas de la Piedra, de la red de emisoras y de todas las transmisiones Tierra-espacio-estación lunar.

Patricia pensaba que nunca sería capaz de recordar ni siquiera los nombres más importantes. Los nombres no habían sido nunca su fuerte; con las caras y la personalidad de la gente se las arreglaba un poco mejor.

Además del personal civil de los Estados Unidos y de Euroespacio, algunos representantes de Rusia, India, China, Brasil, Japón y México habían sido invitados a formar parte del equipo científico. Varios australianos y un laociano iban a llegar en breve. Carrollson le contó confidencialmente que había habido algunos problemas con los rusos. Llevaban en la Piedra sólo un año, tras haber aceptado ciertas restricciones. Pero a pesar de ello, se habían mostrado exigentes (y con razón, pensó Patricia) respecto al acceso a cualquier clase de información referente a la Piedra, incluyendo las bibliotecas. Las bibliotecas, explicó Carrollson, eran una reserva exclusivamente americana, por orden directa de Hoffman y del Presidente.

—Nos evitarían un endiablado montón de problemas si dejaran todo abierto para todo el mundo —le confió Carrollson—. Detesto los secretos.

Pero mientras tanto hacía cumplir las órdenes.

—Y entonces, ¿quién dirige el equipo científico mientras tú estás conmigo? —preguntó Patricia.

Carrollson sonrió:

—He dejado a Rimskaya a cargo de todo. Es un gruñón, pero muy eficiente. Y la gente se lo pensará dos veces antes de ir a presentarle quejas. En cuanto a mí, soy como una gatita. De vez en cuando *necesito* unas vacaciones de esta clase.

El bloque de memoria de Lanier especificaba de forma muy precisa con quién podía hablar Patricia, y con quién no, sobre los estudios que llevara a cabo. Si quería comentar algo referente a la biblioteca, podía hablar de ello sólo con Rimskaya, Lanier y un miembro del equipo científico que no conocía todavía llamado Rupert Takahashi. Formaba parte de la expedición que en aquellos momentos se estaba llevando a cabo en el pasillo.

Patricia almorzó con Carrollson y los tres chinos y después se echó una siesta de media hora; luego cogió la pizarra electrónica y un taburete de campo y se

fue caminando hasta el bosque enano, donde se sentó y empezó a tomar notas. Carrolson se reunió con ella una hora después, llevando un termo con té helado y un par de plátanos.

—Voy a necesitar algunas herramientas —comentó Patricia—. Un compás, una regla, algunos lápices, o... Y también he estado pensando... ¿crees que sería posible que alguno de los ingenieros o algún miembro del personal de electrónica pudiera hacerme una herramienta?

—No tienes más que decir cuál.

—Es que me gustaría saber cuál es el valor de π en el pasillo.

Carrolson frunció los labios.

—¿Para qué?

—Bueno, por lo que he leído, definitivamente el pasillo no está hecho de materia. Al parecer se trata de otra cosa completamente diferente. La noche pasada —quiero decir el sueño pasado—, Farley y yo estuvimos hablando, y me explicó todo lo que sabía sobre el asunto. Esta mañana he fisgoneado algunos de los papeles que Rimskaya y Takahashi habían reunido antes de mi llegada.

—Volvemos a los días de aficionados a las matemáticas súper-espaciales —comentó Carrolson con cierta ironía—. Rimskaya probablemente habría hecho mejor ateniéndose sólo a su especialidad.

—Quizás, pero ha hecho algunas sugerencias interesantes. Mañana Karen va a llevarme a la perforación. —Señaló hacia arriba, al tubo de plasma y al eje del casquete sur—. Si para entonces yo pudiera tener ya un medidor de π , un pímetro, es posible que aprenda algunas cosas.

—Dalo por hecho —dijo Carrolson—. ¿Algo más?

—Ni siquiera sé si es posible, pero al mismo tiempo que medimos π me gustaría medir también la sección de hache y la constante gravitacional, pues a pesar de todo pueden considerarse como pertenecientes a las cualidades del universo. Una especie de multimetro.

—¿Crees que las constantes varían aquí?

—Algunas por lo menos.

—¿La sección de hache, el quantum de momentum? En ese caso ni siquiera existiríamos.

—Pero puede que haya una diferencia en la proporción. Es lo que quiero saber.

Carrolson se puso en pie, recogió el termo vacío y las pieles de plátano y regresó a la tienda. Minutos después, ella y Wu salieron en el camión y se alejaron por el túnel que les conduciría de nuevo a la sexta cámara.

Patricia se quedó mirando el pasillo con el ceño ligeramente fruncido.

Tenía un poder muy real y efectivo, aunque limitado. Había hecho correr a un premio Nobel para hacer lo que ella le había dicho.

Durante la mayor parte de su vida, Patricia había pasado los mejores momentos en el interior de su propia cabeza, perdida en un mundo que habría resultado completamente incomprensible para la gran mayoría de las personas de la Tierra. Ahora, sentada cerca del bosque enano mientras escuchaba la sinfonía *Júpiter* de Mozart con la vista puesta fijamente en la longitud del pasillo, se sintió primero nerviosa y luego irritada de que la actitud mental adecuada no acudiera a ella lo suficientemente deprisa en esta ocasión.

Patricia ya se había dado cuenta de por dónde tenía que empezar. Si el pasillo no estaba hecho de materia, quedaban muy pocas alternativas. O bien aquello era un tubo de fuerzas de contención que pasaban desde más allá del final del asteroide por medio de algún truco superespacial, o no lo era. Y si no lo era, entonces resultaba bastante probable que estuviese construido por medio de trucos superespaciales. (Consideró y desechó como filosóficamente inútil —de momento— la noción de que el pasillo fuera una ilusión).

Los trucos superespaciales eran quizá el concepto más difícil con el que trabajar. Si los habitantes de la Piedra habían utilizado la maquinaria de la sexta cámara a fin de distorsionar el espacio-tiempo, aquello por fuerza había de tener consecuencias. Cuando el multimetro llegase, y si éste estaba hecho tal como ella lo había pedido, podría empezar por fijar en primer lugar los parámetros. El espacio curvado en la escala del pasillo produciría, con toda probabilidad, distintas fluctuaciones en el valor de π , puesto que el diámetro de un círculo, en un colector de escape seriamente distorsionado, varía en relación a su circunferencia. Otras constantes variarían asimismo dependiendo de las distorsiones en geometrías más elevadas.

Al cabo de un rato Patricia abandonó el intento de conseguir situarse en la actitud mental deseada. Los datos con los que contaba no eran suficientes como para justificar semejante esfuerzo.

No había nada que pudiera hacer de momento más que relajarse y leer. Introdujo otro bloque de memoria en la pizarra electrónica.

—¿Cuánto tiempo te costó acostumbrarte a vivir sin noche? —le preguntó Patricia a Farley. Ésta tamborileó impacientemente con los dedos contra la pared del arco mientras esperaban el ascensor del eje. Se encontraban a cincuenta metros al este de la rampa del túnel, en un rellano perfectamente pulido de níquel-hierro.

—No estoy segura de que me haya acostumbrado aún a ello —repuso Farley—. Vivo de esa manera, pero echo de menos las noches estrelladas.

—Con toda esa tecnología, podría pensarse que los habitantes de la Piedra tendrían que haber inventado alguna manera de tener oscuridad.

—El apagar el tubo de plasma sería un gasto enorme de energía —murmuró Farley—. Especialmente en lo que se refiere a la séptima cámara. Quiero decir que esa cámara parece no tener fin. ¿Y cómo se podría apagar algo así?

Patricia sacó la pizarra electrónica y luego empezó a escribir en ella: «Tubo de plasma de la séptima cámara: ¿Fuente de energía? ¿Mantenimiento? ¿Igual que los tubos de las otras cámaras?».

La puerta del ascensor se abrió y luego penetraron en la gran cabina circular. Luego se cerró al tiempo que Farley apretaba el botón. Ambas se sujetaron con fuerza a unas barras instaladas en las paredes. Al principio la aceleración del ascensor hizo que aumentase el peso de las dos mujeres, pero a medida que subían y se iban aproximando al eje dicho efecto fue desapareciendo. El ascensor alcanzó una velocidad uniforme tras haber recorrido un tercio del camino a través del hueco del ascensor. El peso de ambas había disminuido ya considerablemente por entonces. Poco después empezaron a desacelerar y, lentamente, llegaron a alcanzar casi la ingravidez absoluta. La puerta se abrió y un guardia vestido de negro y gris les dio la bienvenida.

Los compartimentos del eje que rodeaban la perforación de la séptima cámara habían sido presurizados y calentados, pero, por lo demás, permanecían casi por completo en el mismo estado en que los dejaron los habitantes de la Piedra siglos antes. Unos cables de luz recientemente instalados se entrelazaban en la cavernosa plataforma.

—Vamos al monitor de la singularidad —dijo Farley. El soldado les hizo un gesto para que subieran a un vehículo. Siguieron las cuerdas y se acomodaron en los asientos; luego se abrocharon los cinturones.

—Tengo la impresión de que vas a enseñarme cualquier cosa asombrosa —comentó Patricia en tono acusador—. Y todavía no he tenido tiempo de acostumbrarme siquiera a las otras maravillas.

—Ésta es una maravilla secundaria —puntualizó Farley de forma misteriosa—. El resultado de las otras maravillas, según la teoría de Rimskaya y Takahashi. Pero aquí la experta en espacio-tiempo eres tú.

—No estoy segura —dijo Patricia, distante.

—Si el pasillo fuera una matriz de geodésicos curvos, un tubo torcido de espacio, ¿tú qué esperarías encontrar en el centro?

—Eso mismo es lo que me estaba preguntando ayer por la tarde. —Se interrumpió cuando el vehículo estaba llegando al final de la plataforma—. No va a funcionar en el centro. Va a ser una región donde todas las reglas fallen.

—Precisamente.

—¿Una singularidad?

—Ahí es donde vamos —indicó Farley.

El guardia detuvo el vehículo junto a una esclusa de aire que había empotrada en la pared de roca. Farley se sujetó a una barra de guía y ayudó a Patricia a

desabrocharse el cinturón. El guardia saludó y dijo que las esperaba allí.

Entraron en la cámara de descompresión. Farley encendió la luz y cogió de una percha dos trajes presurizados, de talla única, que estaban plegados.

—Puedes ajustar a tu gusto la longitud de los brazos y de las piernas con estas cintas. En realidad la movilidad y la sutileza no son necesarias aquí, sólo la presión, la temperatura y el aire. Este no es precisamente el punto más frecuentado de la Piedra.

La pared posterior de la cámara de descompresión estaba provista de una escalera de anchos peldaños que ascendía hacia una compuerta practicable por medio de una rueda situada en el techo. Trozos y piezas de maquinaria —algunos obviamente abandonados desde hacía mucho tiempo— yacían amontonados en los rincones y bajo la escalera.

—Mira por donde pisas. Ve despacio. No hay peligro siempre que vayas con cuidado. Si te sucede algo en el traje —cosa bastante poco probable—, podemos volver a la cámara en menos de dos minutos.

Farley comprobó concienzudamente los broches del traje de Patricia y apretó el botón rojo de un panel que estaba instalado cerca de la escalera. El aire fue bombeado fuera de la cámara sin hacer apenas ruido, hasta que finalmente Patricia no pudo oír más que su propia respiración. Farley conectó las radios de los trajes.

—Vamos a subir por la escalera— dijo.

—Nunca antes había estado metida en un traje espacial —comentó Patricia mientras trepaba por los escalones detrás de Farley.

—Según la tripulación del VTO, no sufriste ningún tipo de mareo espacial.

—Ser ingrátido resulta divertido.

—¡Hum! A mí me costó tres días acostumbrarme.

Farley hizo girar la rueda de la escotilla y la abrió de un empujón. La escotilla se deslizó suavemente hacia arriba, pero luego se detuvo hasta que la mujer subió otro escalón y la empujó un poco más. Entonces se abrió del todo. Habían instalado unos focos de luz compactos en la perforación, aunque la abertura de la séptima cámara estaba sólo a una docena de metros y el resplandor lechoso del profundo tubo de plasma interior se extendía débilmente por todas partes.

Patricia se volvió para mirar hacia el sur. Las paredes de la perforación —ásperas y acanaladas, todas llenas de líneas irregulares— se desvanecían en medio de una oscuridad que semejaba tinta. Al final de dicha oscuridad había un círculo de luz del tamaño de un cartucho sostenido en la mano a la distancia de un metro. Se esforzó por distinguir lo que había allí y vio que se trataba de un gran pedazo de roca oscura incrustada en el metal asteroide.

—El tubo de plasma empieza de nuevo en cada una de las cámaras —explicó Farley—. Y acaba en los casquetes, apoyado en una débil botella. La botella

sirve también para conservar la atmósfera dentro de la cámara, de otra forma se escalaría a través de las perforaciones. Quiero decir escaparía. ¿Se dice escapar?

—Escapar es el término correcto —respondió Patricia—. ¿Y no es posible que el aire se conserve en las cámaras por la propia rotación?

—La altura de la escala es la clave. Sin la botella, la presión atmosférica de las perforaciones sería aún de unos ciento ochenta milímetros de mercurio.

—¡Hum! —dijo Patricia.

—Creemos que hay placas cargadas instaladas en el material del casquete alrededor de la circunferencia del tubo, pero aún no lo hemos investigado. Y el tubo del pasillo es una cosa completamente diferente de los demás tubos. Tenemos aún menos idea de cómo funciona.

Fueron moviéndose a lo largo de la pared de la perforación usando para ello las omnipresentes cuerdas y puntales. Cerca del borde de la perforación se veía un andamio de aproximadamente cincuenta metros de altura. Recorriendo de arriba abajo el andamio en toda su longitud había una escalera rodeada de una larga jaula cilíndrica.

—Tú primero —indicó Farley. Patricia penetró en la jaula y empezó a trepar hacia arriba ayudándose con ambas manos y dejando que las piernas se balancearan detrás, tal como acababa de ver que hacía Farley en la cámara de descompresión—. Cuando hayas llegado a la pared de arriba de la jaula, engancha la anilla que tienes en el traje a uno de los cables. Si por cualquier causa te quedaras flotando, yo iré detrás de ti con una cuerda.

En el extremo del andamio, alineado ahora directamente con el eje de la Piedra, Patricia se cogió del cable de seguridad y se apartó para dejarle el camino libre a Farley. Otra jaula cilíndrica asomaba a cinco o seis metros más allá del borde. Farley le hizo una seña y salieron al exterior de las inclinadas paredes del casquete.

—El plasma está muy claro desde este ángulo, como puedes ver —dijo Farley.

Desde allí tenían una vista increíble del pasillo. Sin los obvios indicios de perspectiva distorsionada, el paisaje podía haber estado pintado en un enorme cuenco. Los detalles se hacían borrosamente lechosos a causa del tubo de plasma, que se concentraba en un brillante círculo situado en medio del lejano casquete.

—A los rusos no les está permitido llegar hasta tan lejos. Sí que están trabajando, sin embargo, en las demás perforaciones.

Al final de la segunda jaula había algo que hizo sentir a Patricia una punzada en los ojos. Farley se movió para que ella se acercara.

—Esto es —le indicó—. Donde todo se descontrola en el pasillo.

Parecía una tubería de medio metro de anchura hecha de azogue que se extendía hasta su propio punto de fuga, sin ir en línea recta pero tampoco en línea

curva, sin moverse pero tampoco estando quieta. Si bien podía decirse que era reflectante, no actuaba como un espejo, a pesar de dar, sin embargo, unas imágenes que eran imitaciones escasamente reconocibles de lo que la rodeaba.

Patricia se acercó a aquella singularidad procurando no mirarla directamente. Aquí, las leyes del pasillo se retorcian formando un límpido y alargado nudo, una especie de ombligo espacial.

Le distorsionó la cara como si lo hiciera con gozosa malevolencia.

—No parece recta, pero sin embargo lo es. Resiste a la penetración, naturalmente —explicó Farley mientras, con una mano enguantada, llegaba a tocar el extremo romo. La mano le resbaló suavemente hacia un lado—. Al parecer produce la fuerza que actúa como gravitación en el pasillo. El efecto neto es una fuerza inversa al cuadrado, que carece por completo de efecto dentro de lo que es toda la longitud de la séptima cámara, pero que empieza a funcionar perfectamente bien justo fuera de la conexión con el pasillo. La transición es en verdad muy suave. Fuera, en el pasillo, cuanto más lejos se halla uno de la singularidad mayor es la fuerza, hasta que se llega a las paredes del pasillo. Da la impresión de que las paredes estén tirando de uno. *¡Voilà...!* Peso.

—¿Hay alguna diferencia entre la atracción de las paredes y el empuje de la singularidad?

Farley tardó unos instantes en contestar.

—¡Diablos si lo sé! La singularidad se extiende por el centro del pasillo, dentro del tubo. Se supone que tiene algo que ver con el mantenimiento de este plasma, pero... para hablarte con franqueza, en este punto todos estamos sumidos en la más completa ignorancia. Tienes un campo abierto de par en par para explorarlo.

Patricia acercó la mano. Aquella superficie bruñida extendía hacia ella una imagen desenfocada que no era una mano. La mano y su opuesta se encontraron. Sintió una resistencia que era como un escozor y apretó más fuerte.

La mano fue rechazada suavemente hacia abajo hasta que ella la quitó. Patricia —un poco sorprendida—, entendió el principio de inmediato.

—Naturalmente —dijo—. Es como tocar la raíz cuadrada del espacio-tiempo. Intenta entrar en la singularidad y te trasladarás a través de una distancia a lo largo de alguna coordinada espacial.

—Resbalarás —la corrigió Farley.

—De acuerdo.

Patricia maniobró para acercarse al comienzo redondeado —¿o aquello era el fin?— de la singularidad; luego abarcó la zona con los dos brazos, como si fuera a abrazarla. Apretó con los dedos aquella superficie en forma de rosca y fue atraída hacia la base. Después rebotó hacia atrás.

—Al tocarlo —le explicó Patricia— repele la presión por medio de una fuerza paralela al eje. —Lo tocó dos veces sucesivas. La anilla y el cable la

detuvieron cuando rebotó, enroscándose—. La pellizco en este ángulo y la singularidad me empuja hacia el norte. Lo hago en el ángulo opuesto y me empuja hacia el sur. No hay fuerza de torsión... es unidireccional. O bien me empuja directamente hacia afuera, o me desvía a lo largo de la línea.

Farley sonrió con envidia a través del cristal que llevaba ante el rostro.

—Veo que lo coges rápido.

—Encantada de que pienses así —dijo Patricia. Suspiró y volvió hacia atrás caminando—. De acuerdo. Vámonos. Tengo que pensar en esto.

Farley la cogió por el hombro y la condujo hacia atrás a lo largo de la jaula; bajaron del andamio y llegaron a la cámara de descompresión. Patricia tenía los ojos ausentes, como si estuviera soñando.

Casi no se dio cuenta del trayecto en el ascensor. En el campamento se sentó con la pizarra electrónica y el ordenador de Carrolson. Farley se ausentó unos minutos para comer. Cuando volvió, el ordenador, que estaba conectado, y la pizarra electrónica centelleaban mostrando preguntas para la siguiente secuencia de instrucciones. Vásquez parecía estar durmiendo una siesta. Farley echó un vistazo a lo que ponía en la pizarra electrónica:

«Desde el —un— futuro (?). Singularidad. Más largo... pasando a través de la pared del asteroide. Repulsión inversa al cuadrado y aumentando. ¿A dónde fueron los habitantes de la Piedra? Claro, pasillo abajo, naturalmente.

»No hay curvatura fija cerca del espejo en forma de rosca. Debo tener el multímetro para comprobar esto, aunque ciertamente parece que es así. Si miro el conjunto como tecnología prediseñada, tecnología que manipula la geometría, uso de espacios y los geodésicos alterados como una herramienta. Una singularidad, quizás, infinitamente larga, cuyo comienzo está aquí, justo antes del límite donde la cámara y el pasillo se encuentran.

»Energía para mantener el tubo de plasma en el pasillo. ¿Puede que esto sea una función del universo separado que el pasillo obviamente es? ¿De dónde llegó la materia, todo este polvo, y la atmósfera? No de la Piedra, no todo; eso es evidente».

El aire templado que procedía del pasillo hizo mover la tela de la tienda, barrió la hierba cerca del campamento y se mezcló con el aire frío que bajaba del casquete formando pequeños remolinos.

Chang y Wu jugaban al ajedrez bajo el toldo.

Al cabo de un rato, Farley hizo la siesta también.

Heineman murmuraba para sus adentros, irritado. Iba caminando despacio por la vereda de Velero que rodeaba el área de montaje y hacía pasar en la pizarra electrónica las descripciones sobre el contenido del cargamento. Éste — una vez desembalado y montado— concordaba en todo con las características que el equipo de ingenieros había especificado seis meses antes. Había sido una temporada de locura, tratando de diseñar un dispositivo de propiedades ridículas para que hiciera un trabajo que ninguno de los miembros del equipo de ingeniería lograba entender. Pero, en aquel entonces, las insignias verdes eran una cosa muy difícil de conseguir.

Ahora ya no existía la menor posibilidad de que nadie le negara una insignia verde. Él era el único que estaba en condiciones de probar aquel artefacto y de enseñar a los demás cómo usarlo.

Era una pieza realmente bien hecha: un cilindro hueco de veinte metros de largo y seis de ancho, semejante a un reactor gigante al que hubieran vaciado por dentro. Escudriñó por el centro del montaje para examinar las piezas de metal en forma de hoz que tendrían que fijarse en aquel misterioso algo que el cilindro iba a rodear. Las sujeciones se encontraban ahora metidas en unos embalajes de plástico que habría que quitar cuando el artefacto se pusiera en su lugar.

Lo llamaban el sobretubo. Colocado junto a él —había llegado algo más tarde en tres embalajes, en el siguiente VTO— se encontraba un aparato Boeing-Bell dotado de un motor a propulsión, de despegue rápido y aterrizaje vertical, pero muy modificado; un V/STOL, para decirlo de forma abreviada, modelo y número NHV-24B.

El avión era el más peculiar de todos los que había visto nunca. Había sido desarrollado inicialmente para las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos y diseñado para misiones de búsqueda y salvamento; era capaz de hacer rotar ciento veinte grados los dos motores que se encontraban instalados en los extremos de las alas. Las cinco anchas aspas de cada propulsor podían doblarse hacia atrás y meterse bajo la cubierta exterior del motor. Y en la cola, apuntando ligeramente hacia la línea central, había un motor de cohete que utilizaba oxígeno y queroseno, y que sin duda serviría para proporcionar mayor empuje... Pero

¿en qué condiciones?

Las alas eran muy inclinadas, como si estuvieran barridas hacia delante, y se hallaban montadas en la pared de atrás, a tres cuartos del fuselaje, casi tocando la cola en V. El vehículo podía transportar dieciocho personas y una tripulación de dos como carga total, o bien llevar menos pasajeros y cierta cantidad de maquinaria o carga. Era al mismo tiempo avión, helicóptero y cohete.

Se había enamorado de él con sólo leer cuáles eran sus características. Siempre había sentido debilidad por los artefactos Rube Goldberg.

El V/STOL podía adaptarse al sobretubo en tres posiciones: como una flecha clavada de lado en un tronco, con la nariz y la abertura del depósito de combustible insertada en la mitad del cilindro; en la configuración que iba a tener en la primera misión, insertado «en el trasero del cilindro», como Heineman pensaba, al tiempo que el cohete impulsaba el sobretubo por el centro de los tubos de plasma y de las perforaciones hasta la séptima cámara; o bien ensamblado a lo largo del vientre del cilindro.

Heineman no tenía ni la más ligera idea de lo que aquel ingenio iba a hacer una vez estuviera montado. Desde un punto de vista aeronáutico o astronáutico era una auténtica locura. ¿Cómo iba el cilindro a estabilizarse en su rumbo —cualquiera que fuese— mientras el V/STOL se quedara en la pista? El cilindro no tenía motores de maniobra. Todo el artefacto estaría apenas lo suficientemente estable para bajar por el eje con el empuje del cohete...

No es asunto mío razonar por qué, pensó mientras apretaba la tecla de desconexión de la pizarra electrónica. A pesar de todo su entusiasmo inicial, Heineman pensaba que ningún avión era realmente bonito hasta que había volado en él... y había sobrevivido.

El embalaje contenía también cierta cantidad de género de contrabando. No estaba especificado en las notas de contenido —al menos no constaba en los papeles oficiales—, y consistía en dos cajas de metal del mismo tamaño y forma aproximadamente que un ataúd. Heineman tenía una idea bastante clara de lo que contenían: cañones Gatling, ultrarrápidos y controlados por radar.

También sospechaba dónde iban a instalarse, y por qué razón. Pertenecían al Mando Espacial Conjunto y el único hombre que necesitaba enterarse de que habían llegado era el capitán Kirchner. La presencia de aquellos cañones constituía una violación directa de las condiciones pactadas por el COMICE en la Piedra.

Heineman estaba ya acostumbrado a servir a dos amos. Sabía que Kirchner y el Mando Espacial Conjunto tendrían sus buenas razones para quebrantar las reglas. Y también sabía que Lanier y Hoffman comprenderían esas razones cuando llegara el momento oportuno.

Heineman se aseguró de que las cajas de embalaje se entregaran en las plataformas externas de seguridad y luego se olvidó por completo de ellas. Se

alejó flotando hasta el otro lado del ensamblaje y consultó el reloj. Garry iba a llegar tarde.

Lanier tiró de sí mismo sujetándose en las cuerdas hasta alcanzar la plataforma de la tercera pista. El sobretubo y el V/STOL ocupaban el centro de la plataforma, erguidos como grandes damas en un teatro que esperan llamar la atención de los espectadores.

Heineman lo miró sin demasiado entusiasmo mientras se acercaba.

—Pareces exhausto —comentó mientras le tendía la pizarra electrónica para que la inspeccionase. Lanier se la devolvió sin darle siquiera una mirada y sin ningún comentario—. Vas a asustar a la gente; semejas una aparición, saliendo de las cámaras de esta forma.

—No puedo remediarlo —dijo Lanier.

Heineman movió entonces la cabeza y dejó escapar un ligero silbido.

—¿Qué diablos tenéis ahí abajo?

—¿Ya están preparados? —le preguntó Lanier. Heineman asintió con la cabeza y sacó la caja de cubos de memoria del dispositivo que tenía en el cinturón.

—Por ahora. Voy a llevar los tubos abajo la próxima semana. Si consigo mi insignia...

Lanier introdujo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó de él una insignia verde; la lanzó al aire como una moneda y la recogió en la mano según caía. Se la enseñó a Heineman.

—Es tuya. De segundo nivel. Ve y descúbrelo por ti mismo, ya que tienes tantas ganas.

—Es mi modo de ser —le confió Heineman. Se puso la insignia en la solapa—. ¿Qué hace la chica? ¿Crees que nos servirá de ayuda?

—No lo sé —repuso Lanier—. Se adapta bastante bien. —Levantó las cejas y respiró profundamente—. Parece que es una superviviente. —Dio la impresión de que estaba ansioso por cambiar de tema—. Ya te proporcionaré insignias verdes provisionales para la tripulación que vaya a acompañarte en el vuelo.

—Pienso hacer volar ese aparato hasta su posición yo solo —indicó Heineman. Se quedó sorprendido al ver que Lanier se limitaba a mover la cabeza. Había esperado que entablara algún tipo de discusión—. ¿Quién va a venir conmigo en la primera salida?

—Yo iré, si es que tengo tiempo —contestó Lanier.

—Tú no has volado desde hace años.

Lanier se echó a reír.

—Ninguno de nosotros ha realizado nunca esta clase de vuelo. Además, ésa es una habilidad que nunca se olvida. Tú debes de saber eso muy bien.

Un guardia femenino atravesó la plataforma hacia ellos, Lanier miró en esa dirección, alargó la mano y recibió un sobre sellado. Luego ella se marchó sin haber pronunciado ni una palabra.

—Esperabas esto —le dijo Heineman.

—Sí. —Abrió el sobre, leyó la nota que había dentro y luego se la metió en el mismo bolsillo donde había estado la insignia de Heineman.

—Son órdenes para mí desde la Tierra. Voy a pasar otro par de días aquí y luego tomaré el siguiente VTO. Larry, pon el sobretubo en posición, prepáralo para un vuelo de prueba, pero deja todo hasta que yo regrese.

—¿La Consejera te necesita?

Lanier se dio unos golpecitos en el bolsillo de la chaqueta.

—Prioridad. Pero antes tengo que asegurarme de que Vásquez va a dar resultado.

Se dio la vuelta y echó a andar en dirección a la salida.

—Estaré esperando —le gritó Heineman mientras se alejaba. Se quedó mirando el sobretubo y el V/STOL con los ojos brillantes.

Lanier acompañó a Carrolson en un camión hasta la séptima cámara. En el túnel, Carrolson encendió la luz de la cabina y sacó una bolsa de la caja que llevaba en el regazo.

—Ponles una buena puntuación a los de electrónica esta semana —dijo—. Patricia les pidió algo y me lo han hecho en veinticuatro horas.

—¿Qué es?

—¿De verdad quieres saberlo? Puede contrariarte.

Lanier sonrió.

—Eso siempre ha formado parte de mi trabajo, estar contrariado.

—Pidió un medidor para comprobar los valores locales de π , la constante de Planck —la sección de hache, más bien—, y la constante gravitacional. Los de electrónica han incluido además velocidad de la luz, relación de masa de protón a masa de electrón, y tiempo de desgaste del neutrón. No sé si necesitará usar todo esto, pero así ya lo tiene.

—Me suena a alta tecnología.

—Les he preguntado cómo se las habían arreglado para concentrar todas esas pruebas en un paquete de este tamaño. Sonrieron y me explicaron que no en balde habían estado varios años construyendo satélites de defensa para CSOC, y que el multímetro, en comparación con las cosas que allí hacían, resultaba algo muy fácil. Han estado rebuscando entre el material que no servía y han sacado los circuitos de algunos dispositivos de seguridad que sobraban. No tengo ni idea de cómo funciona, pero funciona. O al menos eso parece. Mira. —Apretó un botón marcado con la letra griega π . La pantalla luminosa escribió: 3.141592645 estable.

—Mi calculadora también hace eso.

—Pero no te dice si π varía.

—Bueno. ¿A quién le has cargado la factura?

—Al departamento de ciencia, naturalmente. No tienes la menor poesía en el alma. ¿Es que para ti todo se reduce a facturas?

—Lo llevo en la sangre. De todas formas, bórralo del departamento de ciencia y cárgalo en una nueva categoría especial. Marca esta categoría con el nombre «Vásquez» y guarda los gastos de manera confidencial.

—Sí, señor. —Carrolson puso el multímetro de nuevo en la bolsa de fieltro mientras bajaban la rampa a la luz del tubo—. ¿Nos saldrá cara?

—No lo sé. Quiero separar claramente los gastos científicos de las seis primeras cámaras de todas aquellas cosas que se llevan a cabo aquí. Voy a volver a la Tierra dentro de un par de días y tendré que utilizar buena parte de mi tiempo discutiendo de dinero con senadores y miembros del congreso. Es un asunto complicado.

—Mi curiosidad ya está saciada —dijo Carrolson—. ¿Crees que esa chica dará resultado?

Lanier le lanzó una mirada llena de malhumor.

—No empieces. Dale lo que quiera, trátala con amabilidad y procura que siga su propia línea de conducta después que yo me vaya. Lo hará bien.

—¿Porque la Consejera lo dice?

Lanier detuvo el camión cerca de la tienda.

—Parece que se lleva bien con Farley. Si alguna cosa importante te obligara a marchar, ¿qué te parece si dejamos que Farley la vigile? Aunque sea china.

—No veo problema en eso.

—Yo tampoco. Conducirás a Vásquez a las bibliotecas acompañada de escolta militar tanto a la ida como a la vuelta. Pero no llesves allí a Farley. Ésta es la única condición que pongo.

—Está bien. Ahora vamos a tocar algunos puntos difíciles —le dijo Carrolson.

—¿Qué?

—Los rusos están gruñendo y dicen que van a retirar todos los miembros de aquí. Y si los rusos se van, mis informadores me aseguran que los chinos se pueden ir igualmente. Una especie de respuesta refleja. Se han estado quejando mucho también y no están dispuestos a que nadie crea que ellos son más simplones que los rusos.

—Diablos, Farley se ha pasado varios meses proporcionándoles material sobre la séptima cámara. ¿Es que eso no les hace felices?

—No. Los rusos conocen lo básico también.

—Al diablo con todos ellos —gruñó Lanier—. Eso lo resume todo.

—Lo resume de forma admirable —dijo Carrolson sonriendo con malicia.

—Asegúrate bien de que Patricia no hable con nadie que no deba.

—De acuerdo.

—Incluyéndote a ti.

Carrolson se mordió el labio inferior, se santiguó y movió la cabeza enérgicamente.

—Desearía morirme. En serio. ¿Todavía no he hecho bastante para merecer un grado superior?

—Espero traerlo conmigo a la vuelta. Hablaré de ello con Hoffman. Ten paciencia.

—Ya tengo paciencia —dijo Carrolson.

Lanier la miró con una expresión muy seria al tiempo que le recorría el rostro con la vista. Luego esbozó una amplia sonrisa y levantó la mano para tocarla en el hombro.

—Nuestra consigna. Gracias.

—De nada, jefe.

Wu se acercó al camión mientras Carrolson y Lanier se apeaban.

—La expedición del segundo circuito ha regresado —les comunicó—. Están a unos sesenta kilómetros. Seguridad les sigue la pista y han enviado mensajes.

—Bien —dijo Lanier—. Vamos a prepararnos para el regreso a casa.

La segunda expedición estaba formada por cuatro camiones y veintiséis personas. Sentada cerca del bosque enano, Patricia observó la columna de polvo que levantaban los vehículos al acercarse. Recogió la pizarra electrónica y el ordenador y se dirigió sin prisas al campamento.

Otros dos camiones entraron desde el final de la sexta cámara haciendo ruido y dando botes rampa abajo. Estacionaron al lado de la tienda y Berenson —al mando de las fuerzas alemanas de seguridad, y ahora a cargo de la seguridad en la séptima cámara— se apeó de uno de ellos, mientras Rimskaya y Robert Smith lo hacían del otro. Rimskaya saludó a Patricia cordialmente con la cabeza cuando pasó a su lado. Le ha mejorado el humor, pensó ella.

Lanier y Carrolson salieron de la sombra que formaba el toldo de la tienda.

—¿Hasta qué distancia han llegado? —le preguntó Patricia a Lanier.

—A novecientos cincuenta y tres kilómetros. —Le tendió el instrumento, que tenía una funda de fieltro—. Tu multímetro. Lo hemos incluido en la lista de material, y ahora es tuyo. Trátalo con cuidado. Los de electrónica no podrán hacerte un duplicado tan deprisa como han hecho éste.

—Gracias —dijo Patricia. Se apresuró a sacar el instrumento y las instrucciones, que se hallaban en una hoja de papel doblada. Carrolson se puso a mirar por encima del hombro de ella.

—Tiene un alcance de aproximadamente diez centímetros —comentó—. Es estrictamente local.

Rimskaya se les acercó por detrás y se aclaró la garganta.

—Señorita Vásquez —llamó.

—¿Sí, señor?

Las viejas costumbres nunca mueren, pensó Patricia.

—¿Qué le parece el problema?

—Es maravilloso —le contestó Patricia en un tono normal de voz—. Pero llevará tiempo resolverlo... si es que puede resolverse.

—En efecto —dijo Rimskaya—. Confío en que usted está al corriente de nuestras hipótesis.

—Sí. Me han servido de gran ayuda. —Y así era, en efecto. Sin embargo no

quiso hacer demasiado hincapié en aquello.

—Bien. ¿Ha estado usted ya en la singularidad?

Patricia asintió con la cabeza.

—Me habría gustado tener el multímetro. —Le pasó el instrumento y él lo examinó, meneando la cabeza.

—Una buena idea. Ya veo que está usted haciendo progresos. Mucho mejor que yo. Y así es como debe ser. Hay un hombre en la expedición que quizá podría ayudarla más. Se llama Takahashi, es el segundo en mando de la expedición. Un teórico con mucha experiencia. Confío en que haya leído usted algunos de nuestros artículos conjuntos.

—Sí. Muy interesantes.

Rimskaya fijó una mirada severa en Patricia durante unos molestos y largos cinco o diez segundos; luego saludó con la cabeza.

—Ahora tengo que hablar con Farley —dijo al tiempo que se alejaba.

Los camiones de la expedición estacionaron a unos veinte metros del campamento. Lanier fue a su encuentro. Carrolson se quedó con Patricia.

—Eso es lo más lejos que hemos llegado en el pasillo —le explicó—. Según las noticias que han enviado por radio, no hemos encontrado aún gran cosa.

La llegada fue una decepción. Nadie bajó de los vehículos; uno a uno, a medida que Lanier les iba dando instrucciones, dejaron atrás el campamento y se dirigieron a la rampa para entrar en el túnel y desaparecer de la vista camino de la sexta cámara.

Lanier volvió con tres pastillas de memoria. Le dio una a Carrolson, otra a Patricia, y se guardó en el bolsillo la tercera.

—Un informe de la expedición, en sucio —les dijo—. Nada espectacular, según Takahashi, excepto...

Echó una mirada hacia atrás, hacia el pasillo.

—¿Sí? —le apremió Carrolson.

—El segundo circuito es algo más que cúpulas flotantes. Hay aberturas debajo de las cúpulas. Parecen ser pozos de alguna clase. No han descubierto adonde van a dar esos pozos, pero definitivamente están abiertos.

—Luego el pasillo tiene agujeros —dijo Carrolson—. Está bien, Patricia, ya es hora de que empecemos a hacer planes para un viaje al primer circuito. ¿Cuándo estarás libre?

Patricia dejó escapar un pequeño suspiro y movió la cabeza de un lado a otro.

—Siempre. Puedo trabajar en cualquier sitio que me encuentre.

—Dejadlo para pasado mañana —les pidió Lanier—. Patricia y yo tenemos que pasar aún algún tiempo en la biblioteca. —Discretamente se las arregló para hacer una seña a Carrolson indicándole de que aquél era un buen momento para que se marchase. Ella se disculpó y les echó una mirada mientras entraba en la tienda.

—La parte segunda del adoctrinamiento empezará en el próximo turno —le comunicó Lanier a Patricia—. La parte más difícil de todas. ¿Estás preparada?

—No lo sé —contestó Patricia empezando a sentir una opresión en el pecho—. Puede ser. He sobrevivido hasta ahora.

—Bien. Reúnete conmigo en la rampa dentro de doce horas.

La Ciudad de Axis se había trasladado un millón de kilómetros hacia abajo por el pasillo desde el momento de su construcción, cinco siglos atrás. Olmy y el Frant habían cubierto esa distancia en menos de una semana describiendo al volar con la nave una suave espiral que discurría alrededor del tubo de plasma.

En la historia de Thistledown y la Vía jamás nadie había entrado en el asteroide desde fuera.

Olmy y el Frant habían estado vigilando a los nuevos ocupantes de Thistledown durante dos semanas, y se habían enterado de muchas cosas. Eran humanos, desde luego, y ni siquiera el propio Korzenowsky habría podido suponer lo que Olmy sabía ahora.

Thistledown había completado el círculo. Los Geshels habían advertido que se produciría un desplazamiento, pero nadie había sospechado qué clase de desplazamiento ni cuáles podrían ser los resultados.

Una vez que hubo terminado sus principales obligaciones para con el Nexo, Olmy desconectó todas las grabadoras de datos y de misión y regresó a su antigua casa, que estaba situada en la tercera cámara. El edificio cilíndrico de apartamentos en el que su familia triada viviera, y donde Olmy había pasado dos años de su niñez, se alzaba al final de la ciudad de Thistledown, a una distancia de apenas un kilómetro del casquete norte. En otro tiempo aquel edificio había llegado a albergar veinte mil personas, principalmente Geshels, técnicos e investigadores empleados en el proyecto de la sexta cámara. Por aquel entonces se había utilizado como hogar temporal para cientos de Naderitas ortodoxos expulsados por el Nexo de Alejandría. Ahora, como era natural, se encontraba completamente vacío; no se veía la menor evidencia de que hubiera sido visitado por los nuevos ocupantes del asteroide.

Olmy atravesó el vestíbulo y se quedó de pie ante el tablero de créditos con una ceja levantada, como si estuviera sorprendido. Se volvió hacia la amplia ventana ilusart y vio que el Frant estaba en el patio, sentado pacientemente en el pedestal vacío de una escultura ligera. La ventana hacía que diera la impresión de que el Frant se hallase en un lujoso jardín de la Tierra, con una resplandeciente puesta de sol incluida. Al Frant le gustaría aquello, pensó Olmy.

Pictografió ciertos grafismos en el tablero de créditos y recibió una respuesta

confidencial: el apartamento estaba bloqueado, al igual que todos los del edificio. No se podía ocupar ninguno, ni siquiera visitarlo, hasta que se revocara aquella prohibición.

Estas órdenes se habían promulgado después de que las últimas familias Naderitas hubieran sido evacuadas de las ciudades. Solamente los edificios públicos se habían dejado abiertos para que los últimos eruditos, que estaban terminando sus estudios sobre el éxodo, pudieran utilizarlos. La gente de la Tierra había puesto en uso y algunas de aquellas instalaciones, la principal de las cuales era la biblioteca de la ciudad de Thistledown.

Pictografió un icono codificado de Nexo en el tablero de créditos y dijo en voz alta:

—Tengo autorización para revocar temporalmente la prohibición.

—Autorización reconocida —le respondió el tablero de créditos.

—Abre y decora la unidad tres siete nueve siete cinco.

—¿Qué decoración desea?

—La que tenía cuando estaba ocupada por la familia Tríada Olmy-Secor-Lear.

—¿Es usted un miembro de esa familia? —le preguntó el tablero cortésmente.

—Sí.

—Buscando. Decoración completada. Puede usted subir cuando quiera.

Olmy tomó el ascensor. En el redondo vestíbulo de color gris nube, mientras caminaba unos cuantos centímetros por encima del suelo, sintió una desconocida y desagradable sacudida emocional, el dolor de mucho tiempo atrás, de los sueños olvidados o perdidos, de las esperanzas juveniles destruidas por necesidades políticas.

Había vivido tanto tiempo que sus recuerdos parecían contener los pensamientos y emociones de muchas personas diferentes. Pero un puñado de dichas emociones transcendía aún por encima de las otras, y una sola ambición permanecía por delante de todas las demás. Había trabajado durante siglos en nombre de los Geshels y Naderitas gobernantes sin haber buscado nunca el favoritismo a fin de que algún día se le permitiese aquella oportunidad.

El número del apartamento estaba encendido en rojo en la base de la puerta circular; era el único número que se hallaba encendido en todo el vestíbulo. Olmy entró y se quedó en pie durante unos momentos en el entorno de su niñez, sumido en un breve momento de nostalgia. Los muebles y la decoración, todo estaba allí, reflejando la pretensión de su padre de hacer un duplicado del apartamento que tuvieron que abandonar en Alejandría. Habían tenido que vivir dos años aquí, en espera de que se tomaran las decisiones oportunas sobre su caso, antes de que su familia tríada pudiera trasladarse a la recién terminada ciudad de Axis.

La suya había sido la última familia que habitase en aquellos edificios, y

Olmy había tenido así una buena oportunidad para explorar la memoria de datos de la cooperativa y para experimentar a sus anchas con la programación. Ya en su niñez había mostrado una inclinación para las cosas técnicas que consternaba a sus padres, Naderitas ortodoxos. Y lo que había descubierto en la memoria de datos del edificio, cinco siglos atrás y totalmente por casualidad, había cambiado la dirección de su vida.

Se sentó en el sillón azul cielo de su padre, ante la columna de datos del apartamento. Tales columnas se habían quedado obsoletas en la Ciudad de Axis y se utilizaban sólo como preciosas antigüedades, pero Olmy había pasado cientos de horas cuando era niño delante de aquel mismo aparato, y encontraba familiar y cómodo trabajar con él. Pictografió sus propios iconos codificados, activó la columna y abrió un canal de clientes en la memoria del edificio. En otro tiempo la memoria de datos había abastecido las necesidades de miles de inquilinos, conservando sus expedientes y actuando como depositaria de millones de posibles variaciones de decorado. Ahora estaba virtualmente virgen. Olmy tuvo la sensación de nadar en una vasta oquedad oscura.

Pictografió una sección y un número de registro y esperó a que el aparato le hiciese las preguntas codificadas. A medida que éstas iban apareciendo, Olmy las respondía precisa y correctamente.

En la oquedad apareció una presencia, fragmentada, lastimosamente incompleta, pero poderosa y reconocible aun en ese estado.

—Ser Ingeniero —dijo Olmy en voz alta.

—Amigo mío. —La comunicación, que no era expresiva, sí era sin embargo homogénea y fuerte, a pesar de que carecía de tono. Aunque incompleta, la personalidad y presencia de Konrad Korzenowsky resultaba imponente.

—Hemos vuelto a casa.

—¿Sí? *¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que hablaste conmigo?*

—Quinientos años.

—*Aún estoy muerto...*

—Sí —dijo Olmy suavemente—. Ahora escuche. Hay muchas cosas que debe saber. Hemos vuelto a casa, pero no estamos solos. Thistledown ha sido reocupado. Es hora de que venga conmigo...

Patricia y Lanier atravesaron la verja y los controles de seguridad, entraron en la biblioteca de la segunda cámara y siguieron las líneas de luces a través del piso vacío; luego subieron por la escalera. En el cuarto piso entraron en la sala de lectura, provista de oscuros cubículos. Lanier le dijo que se sentara en uno de ellos con la luz encendida y se acercó a las estanterías dejando a Patricia sola para que sintiera de nuevo los escalofríos, la fantasmagoría que al parecer —aun en medio de tantas cosas extrañas— estaba reservada únicamente para la biblioteca. Cuando regresó, Lanier traía cuatro gruesos libros en los brazos.

—Éstos son algunos de los últimos libros impresos para distribución masiva antes de que todos los servicios de información se pasaran a soporte magnético. No en la Piedra, sino en la Tierra. Su Tierra. Supongo que ya sospechas qué clase de biblioteca es ésta.

—Una curiosidad, un museo —dijo ella.

—Exactamente. Una biblioteca antigua, que le va mejor a los que tienen costumbres antiguas, ¿no? Cuando vayas a la biblioteca de la tercera cámara entrarás en contacto con los sistemas estado-del-arte.

Lanier cogió el primer volumen. Estaba impreso en un estilo similar al del libro de Mark Twain, pero tenía las cubiertas más gruesas y pesadas, con el plástico aún más fuerte. Patricia leyó en el lomo: *Breve Historia de la Muerte*, por Abraham Damon Farmer. Lo abrió por la fecha de impresión y la leyó: dos mil ciento treinta y cinco.

—¿De nuestro calendario?

—Sí.

—¿Se refieren a la Pequeña Muerte? —preguntó ella con cierta esperanza.

—No.

—Otra cosa —murmuró Patricia. Leyó la cronología que encabezaba el primer capítulo—. «Desde diciembre de mil novecientos noventa y tres a mayo de dos mil cinco». —Cerró el libro dejando el dedo dentro para señalar el punto —. Antes de seguir leyendo quiero preguntarte una cosa.

—Adelante. Pregunta. —Lanier se puso a esperar, pero ella tardó un poco en ordenar mentalmente la pregunta que le quería formular.

—Estos libros de historia hablan de *un* futuro, pero no necesariamente del

nuestro, ¿no es eso?

—Sí.

—Pero si esta cronología es... bueno, apropiada..., si cabe dentro de lo posible que se trate de nuestro futuro... entonces quiere decir que va a haber una catástrofe dentro de menos de un mes.

Lanier asintió.

—¿Se supone que debo prevenirla? ¿Cómo? ¿Qué diablos puedo hacer yo?

—No sé qué es lo que cualquiera de nosotros puede hacer. Estamos ya trabajando desde ese punto de vista. Si... un si muy grande... si es que va a suceder. De todas formas, cuando hayas leído estos libros se te hará evidente que el universo de la Piedra no es el mismo que el nuestro, al menos en un aspecto muy importante.

—¿Y es...?

—En el pasado de la Piedra no hay ningún asteroide nave que regresara a las proximidades de la Tierra y de la Luna.

—¿Y eso puede significar alguna diferencia?

Creo que sí. ¿A ti no te lo parece? Patricia volvió la página.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Yo salgo mañana para la Tierra. Tú irás al primer circuito pasado mañana.

—Dos días.

Lanier hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—¿Me voy a quedar aquí?

—Siempre que lo consideres aceptable. Hay un despacho detrás de las estanterías que está arreglado como zona para dormir, y dispone también de comida y de un fogón. Y cuarto de baño. Los guardias vendrán cada dos horas a comprobar si te encuentras bien. No tienes que decirle a ninguno de ellos lo que estás leyendo. Pero si sientes cualquier tipo de malestar, házselo saber inmediatamente. Cualquier clase de malestar. Aunque sea sólo que se te está empezando a revolver el estómago. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—Me voy a quedar aquí contigo durante un rato al principio. —Lanier le apretó el hombro con suavidad—. Tómate un descanso conmigo dentro de un par de horas, ¿de acuerdo?

—Claro —dijo ella.

Observó como él se sentaba en un cubículo. Lanier sacó una pizarra electrónica del bolsillo y comenzó tranquilamente a escribir en ella.

Patricia pasó la página del primer capítulo y comenzó a leer. No lo hacía línea tras línea, sino que saltaba del medio del libro al principio, luego al final, buscando aquellas páginas donde había cuadros sinópticos de los acontecimientos de mayor importancia, o bien se sacaban conclusiones.

En los últimos años de la década de mil novecientos ochenta se hizo manifiesto para la Unión Soviética y sus estados aliados que el mundo Occidental estaba ganando —o pronto ganaría— la guerra de la tecnología, y por consiguiente la de la ideología, tanto en la Tierra como en el espacio, lo que iba a acarrear consecuencias imprevisibles para el futuro de sus naciones y sistemas. Tomaron entonces en consideración diversas maneras de intentar vencer esta superioridad tecnológica; pero ninguna de ellas parecía ser práctica. En los últimos años de la década de mil novecientos ochenta, con el despliegue de los primeros sistemas de defensa con base en el espacio por parte de los Estados Unidos, los estados soviéticos intensificaron los esfuerzos para obtener «logros» tecnológicos por medio del espionaje y también importando mercancías embargadas —computadoras y otro material de alta tecnología—, pero pronto se vio que aquello era inadecuado. En mil novecientos noventa y uno los sistemas de defensa con base en el espacio que ellos mismos habían desplegado demostraron ser bastante inferiores en diseño y capacidad potencial, y entonces se hizo obvio para los dirigentes soviéticos que lo que durante años habían estado prediciendo que sucedería, ya estaba de hecho sucediendo; la Unión Soviética no podía competir con el mundo libre en tecnología.

La mayoría de los sistemas de computadoras soviéticos fueron centralizados; los sistemas de propiedad privada o no centralizados eran ilegales (con unas pocas excepciones, los llamados experimentos Agatha), y las leyes se hacían cumplir con rigurosidad. Los jóvenes ciudadanos soviéticos no podían igualar el «desparpajo» tecnológico de sus colegas de las naciones del bloque Oeste. La Unión Soviética pronto iba a sofocarse bajo el peso de su propia tiranía, permaneciendo como una nación del siglo veinte (o del diecinueve) en un mundo ya del siglo veintiuno. No les quedaba otra elección sino intentar lo que en la terminología de rugby de la época se llamaba un *end run*. Tenían que valorar el valor y la resolución de las naciones del bloque del Oeste. Si los soviéticos fallaban, entonces, a la vuelta del siglo, serían bastante más débiles que sus adversarios. La Pequeña Muerte era inevitable.

Patricia respiró profundamente. No había visto nunca informes de la Pequeña Muerte considerados desde una perspectiva tan distante —tan histórica—. Recordaba las pesadillas que tenía cuando era una niña, después de haber vivido en medio de un miedo y una tensión increíbles y más tarde al ver los resultados

en la televisión. Había aprendido a arreglárselas desde entonces, pero aquellas evaluaciones tan críticas y frías —ingeridas en un ambiente tan autoritario—, le hicieron sentir de nuevo escalofríos.

Página 20

En comparación, la Pequeña Muerte de mil novecientos noventa y tres no fue más que una chapuza de baja tecnología. Un pequeño contratiempo que causó tanta vergüenza como horror dio como resultado un acuerdo internacional falto de sinceridad que se parecía a las burlonas promesas de los niños. Temerosos de sus armas, durante aquel primer conflicto el bloque del Oeste y las fuerzas soviéticas constantemente «echaban el freno», confiando en tácticas y tecnología de las pasadas décadas. Cuando los empeños llegaron a ser nucleares —tal y como todos los que formaban parte del mando estaban, en el fondo de sus corazones, seguros de que iban a ser—, los sistemas de defensa con base en el espacio, todavía recientes y sin probar, demostraron ser notablemente efectivos. No pudieron, sin embargo, detener los lanzamientos, desde varios submarinos próximos a la costa, de los tres misiles que destruyeron Atlanta, Brighton y parte de la costa de Bretaña. Los rusos demostraron ser incapaces de defender la ciudad de Kiev. El intercambio nuclear fue limitado, y los países soviéticos y los del bloque Occidental capitularon casi simultáneamente. Pero el ensayo ya estaba hecho, y los soviéticos habían conseguido salir de él con menos «golpes» que sus adversarios. No habían ganado más que un propósito mortal: que nunca, bajo ninguna circunstancia, les derrotarían y que la historia no los sorprendería con un sistema pasado de moda.

La Muerte, cuando llegó, fue completamente en serio y abierta. Cada arma se usó para lo que se había pensado cuando se diseñó. Al parecer no había remordimientos sobre las consecuencias.

Página 35

Desde un punto de vista retrospectivo parece absolutamente lógico que una vez que se inventa un arma, se utilice. Pero olvidamos la ceguera y ofuscación propias de finales del siglo veinte y principios del veintiuno, cuando las armas más destructivas no se veían más que como muros de protección y cuando el horror de Armagedón se consideraba como una fuerza disuasoria que ninguna sociedad cuerda debería arriesgar. Pero las naciones no eran precisamente cuerdas: eran racionales, sosegadas y conscientes, pero no cuerdas. Y en todas las naciones el arsenal incluía potentes desconfianzas e incluso odio.

La Pequeña Muerte tuvo un resultado de cuatro millones de víctimas, la mayoría de ellas en el oeste de Europa e Inglaterra. La Muerte tuvo un resultado final de dos mil quinientos millones de víctimas y los números son siempre imprecisos, pues para cuando se « terminó » el recuento de cadáveres era muy posible que otros tantos cuerpos se hubieran podrido, tantos como los que se habían contado. Y, naturalmente, otros tantos se habrían evaporado por completo.

Patricia se enjugó los ojos.

—Esto es horrible —murmuró.

—Puedes tomarte un descanso si lo deseas —dijo Lanier, solícito.

—No... aún no. —Continuó leyendo por encima y yendo de un lado a otro mientras pasaba las hojas hacia adelante y hacia atrás.

En suma, las batallas navales fueron como espantosos chistes de tecnología. Durante la Pequeña Muerte los submarinos se cazaron (y en algunos casos se hundieron) hasta el momento de la capitulación e incluso después de la misma, pero las grandes flotas sólo entablaron alguna que otra ligera escaramuza. En el conflicto más importante, una vez que la guerra empezó en serio y unas dos horas después de las primeras acciones hostiles, las marinas de guerra del Este y del Oeste se prepararon para enfrentarse « de malas maneras ». En el Golfo Pérsico, el noroeste del Pacífico, el Atlántico norte y el Mediterráneo (Libia había proporcionado a los soviéticos una base en el Mediterráneo en mil novecientos noventa y siete), las batallas se desarrollaron de forma violenta y rápida. Hubo pocos vencedores. Las batallas navales habidas durante la Muerte tuvieron una duración de media hora por término medio, y muchas de ellas tocaron a su fin en menos de cinco minutos. El primer día, mientras las intenciones estratégicas todavía se estaban comprobando y antes de que el conflicto se extendiese a gran escala, las marinas de guerra de los bloques del Este y del Oeste se destruyeron mutuamente. Fueron éstas las últimas grandes armadas que se permitieron en los océanos de la Tierra, y los residuos radiactivos de las mismas aún polucionan las aguas, ciento treinta años después.

Un fenómeno peculiar de la última mitad del siglo veinte fue el aumento de los que se « batían en retirada ». Esta gente, generalmente

en grupos de cincuenta o menos, señalaban con estacas regiones aisladas del país, de las que hacían su territorio, mientras esperaban que un desastre de mayores proporciones destruyera su civilización; esto dio como resultado la anarquía. Con depósitos de comida y armas y una actitud de «supervivencia estricta» —cierta disposición a aislarse ellos mismos tanto moral como físicamente—, encarnaron los peores aspectos de lo que Orson Hamill ha llamado «la enfermedad de conservación del siglo veinte». No hay espacio aquí para analizar las causas de esta enfermedad en la que el poder individual y la supervivencia contaban sobre cualquier otra consideración moral y donde la capacidad para destruir se destacaba por encima de cualquier nobleza de espíritu, pero las ironías del resultado son variadas.

Los que se «batían en retirada» tenían razón, pero al mismo tiempo también estaban en un error. La catástrofe sucedió y gran parte del mundo fue destruido, pero incluso en el Largo Invierno que siguió la civilización que vino a continuación no se desmoronó sumida en la más completa anarquía. El hecho fue que al cabo de un año empezaron a surgir grandes sociedades altamente cooperativas. La vida del prójimo se hizo casi infinitamente preciosa, y todos los supervivientes de la Muerte se convirtieron en camaradas. El amor y la ayuda de los grupos vecinos era algo esencial, pues ningún grupo aislado tenía los medios suficientes, ni el vigor, para sobrevivir mucho tiempo por sus propios medios. Los enclaves de los que se «batían en retirada» —grupos fuertemente armados que no reparaban en los medios que utilizaban para defenderse a sí mismos ni tomaban en consideración a quién mataban— se convirtieron pronto en blanco del odio y el miedo, siendo ellos la única excepción de esta nueva idea de la fraternidad.

En los cinco años que siguieron al final de la Muerte, se habían buscado ya la mayor parte de los enclaves de los que se «batían en retirada», cuyos miembros, que se habían vuelto medio locos, fueron asesinados o capturados. (Desgraciadamente muchas comunidades aisladas de «supervivencistas» estuvieron también incluidos en este barrido total. La distinción que se hace entre estas ramas con inclinaciones similares es una mera distinción histórica, y fue ignorada por las autoridades de aquel tiempo). Se juzgó a muchos de los que se batían en retirada por crímenes contra la humanidad, concretamente por negarse a participar en la recuperación de la civilización. Con el tiempo estas depuraciones se extendieron a todos aquellos que abogaban por el derecho a tener armas, e incluso, en algunas

comunidades, a todos aquellos que estaban a favor de la alta tecnología.

Se obligó también a todo el personal militar que había conseguido sobrevivir a someterse a un reacondicionamiento social.

El juicio, que hizo época, del año dos mil quince —donde políticos y oficiales militares de alto rango de los bloques del Este y del Oeste fueron acusados de crímenes contra la humanidad— coronó esta horrible pero no inesperada reacción contra los horrores de la Muerte.

Aquello no parecía real. Patricia cerró el libro y entornó los ojos. Aquí estaba, leyendo un libro sobre acontecimientos que no habían tenido lugar —aún — y que habían sucedido en otro universo.

Tragó el nudo que se le había hecho en la garganta. Si aquello era real, y si iba a suceder, entonces había que hacer algo. Pasó las hojas de los apéndices. En la página quinientos sesenta y siete encontró lo que estaba buscando. Cada una de las ciudades del mundo que había sido bombardeada estaba, con sus víctimas y muertes aproximadas, en una lista que se incluía en las doscientas páginas siguientes. Buscó California y la encontró: veinticinco ciudades, cada una de las cuales había recibido de dos a veintitrés misiles. Los Ángeles, veintitrés, espaciados en un período de dos semanas. (« Espasmo » , comentaba una nota con asterisco a pie de página). Santa Bárbara, dos. San Francisco —incluyendo Oakland, San José y Sunnyvale— veinte en un período de tres días. San diego, quince. Long Beach, diez. Sacramento, uno. Fresno, uno. El Centro de Operaciones Espaciales de Vandenberg, doce, espaciados uniformemente a lo largo de la franja costera. Bases aéreas bombardeadas en las ciudades o cerca de ellas, incluyendo aeropuertos civiles que tenían capacidad para utilizarse con propósitos militares, cincuenta y tres. Todos los centros espaciales de la superficie del mundo habían sido destruidos, incluso los de los países no combatientes. (De nuevo la nota a pie de página: « Espasmo »).

Patricia se sentía aturdida. El libro parecía alejarse de ella. No se le nubló la vista ni tuvo pérdida de sensaciones, solamente experimentó una especie de aislamiento. Ella era Patricia Luisa Vásquez, de veinticuatro años y, puesto que era joven, tenía aún una larga vida por delante. Sus padres, ya que ella los había conocido toda la vida, no morirían aún hasta dentro de mucho tiempo, de un tiempo inconcebiblemente largo. Y Paul —porque estaban empezando a conocerse el uno al otro, porque él era el único hombre de los que había encontrado que incluso había intentado saber lo que ella pretendía—, Paul estaría también a salvo.

Y todos ellos vivían en zonas que serían (*pudieran ser*) evaporadas de la faz de la Tierra.

Era simple, realmente. Se llevaría ese libro con ella cuando se marchara, lo

que sucedería pronto, dentro de días, quizás. Lo llevaría a la Tierra y se lo enseñaría a la gente. (Pudiera ser que alguien hubiese hecho ya algo así).

Y si los universos estaban lo bastante cerca como para que fuera posible una semejanza en sus futuros inmediatos, entonces la gente se vería forzada a actuar. Frente a la perspectiva de la guerra nuclear la gente empezaría el desarme, empezaría a disculparse. « Jesús, siento que hayamos estado tan cerca, vamos a considerar esto como una bendición y ... » .

—¡Oh! ¡CRISTO! —Cerró el libro y se puso en pie.

Lanier estuvo paseando con ella por el decrepito parque que había cerca de la biblioteca. Patricia lloró durante cinco minutos, luego se serenó. Las preguntas que deseaba hacer eran muy difíciles de expresar en palabras. Y si conociera las respuestas podría volverse loca.

—¿Ha hecho alguien comparaciones? Quiero decir entre su historia y la nuestra —le preguntó a Lanier.

—Sí —contestó éste—. Yo las he hecho, y Takahashi también.

—¿Sabe él tanto como nosotros?

Lanier asintió con la cabeza.

—¿Qué es lo que has averiguado? Quiero decir, ¿son similares los universos?

—Las diferencias en los archivos históricos son tan pequeñas que pueden interpretarse como diferencias de hecho entre dos fuentes distintas. No hay diferencias importantes. Hasta que llegamos a la Piedra.

—Y las situaciones que describen estos libros... suenan exactamente como lo que ahora está sucediendo en la Tierra, ¿no es eso?

—Sí.

—La Pequeña Muerte ¿no enseñó nada a nadie?

—Quizá no.

Patricia se sentó bajo un árbol muerto, en un pequeño muro de hormigón.

—¿Lo saben en la Tierra?

—Once personas lo saben, entre los que estamos aquí y los de allí.

—¿Y qué es lo que están haciendo?

—Todo lo que pueden —dijo Lanier.

—Pero la Piedra puede hacer que las cosas cambien. Ésa es la diferencia crucial, ¿no?

—En eso confiamos. En las próximas semanas necesitaremos todas las respuestas que podamos conseguir... a las preguntas sobre tiempos alternativos, sobre universos, de dónde ha venido la Piedra. ¿Puedes ayudar?

—¿Necesitáis saber por qué la Piedra está aquí y cuántos universos similares puede haber, para saber si vamos a tener una guerra o no en la Tierra?

Lanier asintió.

—Es muy importante.

—No veo cómo los resultados que yo obtenga pueden ser tan detallados.

—Hoffman cree que si alguien puede decirnos algo, ese alguien eres tú.

Patricia asintió con la cabeza y desvió la mirada.

—De acuerdo. ¿Puedo poner condiciones?

—¿Qué clase de condiciones?

—Deseo que mi familia sea evacuada. Quiero que lleven a algunos de mis amigos al campo y los pongan bajo protección. Que los trasladen al mismo lugar donde estén los generales y los políticos.

—No. —Lanier dio la vuelta al árbol lentamente—. No me parece mal que lo pidas. Pero la respuesta es no. Ninguno de nosotros ha pedido nada así. Aunque a todos se nos ha ocurrido, ciertamente.

—¿Tienes familia?

—Un hermano y una hermana. Mis padres murieron.

—¿Esposa? No. Eres soltero. ¿Una amiga, una novia?

—No tengo grandes ataduras.

—Entonces puedes ser más objetivo que yo —dijo Patricia enfadada.

—Sabes que eso no tiene nada que ver.

—Yo voy a trabajar aquí para vosotros, para la gente, y, ¿se supone que voy a esperar hasta que mis padres, mi novio, mi hermana, toda las personas a las que yo quiero mueran en un desastre que conozco de antemano?

Lanier se detuvo ante ella.

—Piénsalo bien, Patricia.

—Ya sé, ya sé. Hay cientos de personas a bordo de la Piedra. Si todos los sabemos y pedimos lo mismo, las cosas quedarán por completo fuera de control. Ésa es la razón por la que las bibliotecas no están al alcance de cualquiera.

—Ésa es una razón —le indicó Lanier.

—¿Y el evitar que los rusos lo sepan?

—Eso también.

—Qué listos. —La voz de Patricia era suave, exactamente lo contrario de lo que Lanier había esperado. Ella hablaba de manera racional, si no tranquila tampoco terriblemente alterada—. ¿Qué sucederá cuando reciba correspondencia de casa? —le preguntó—. ¿Qué pasa si no contesto?

—No me importaría mucho. Las fechas están sólo a unas semanas de distancia.

—¿Cómo me sentiré recibiendo cartas? ¿Cómo conseguiré trabajar?

—Trabajarás —dijo Lanier—, pues sabes que si conseguimos pronto la respuesta es posible que estemos en situación de hacer algo.

Patricia se quedó mirando fijamente el suelo, que estaba lleno de hierba amarilla y seca.

—Dicen que las zonas de aterrizaje de las naves fueron bombardeadas. Lo dice este libro.

—Sí.

—Si eso sucede nos quedaremos aquí atrapados, ¿no?

—Sí. La mayoría de nosotros. No queremos regresar pronto, de todas formas.

—Ésa es la razón por la que habéis comenzado a practicar la agricultura. No podremos obtener nada de la Tierra durante... ¿cuánto tiempo?

—Si hay una guerra y es tal como está descrita ahí, quizá durante treinta años.

—Yo... no me siento capaz de entrar en la biblioteca ahora. ¿Te parece bien que me quede aquí fuera un rato?

—Claro. Volvamos a la primera cámara para cenar. Y recuerda: yo ya llevo algún tiempo viviendo con esa información. No hay razón por la que tú no puedas hacer lo mismo.

Patricia se puso en pie sin responder. Tenía las piernas y las manos firmes. Se encontraba en una asombrosa buena forma, considerando las circunstancias.

—Vamos —dijo.

11

Los viajeros se reunieron junto al camión dos horas después de que diera comienzo el turno de la mañana; más que otra cosa parecían excursionistas cargados con las mochilas y a punto de salir para alguna expedición. El camión, una vez cargado, se veía muy lleno.

Patricia estaba sentada entre Takahashi y un fornido infante de marina con aspecto de mohawk^[2] llamado Reynolds que iba armado con un Apple y con una pistola automática. Carrolson se había instalado al lado del conductor, el teniente de la armada americana Jerry Lake, un individuo alto y con aspecto de pasar mucho tiempo al aire libre, que tenía el pelo color arena. Lake echó una ojeada hacia atrás por encima del respaldo del asiento para ver si todo estaba en orden, saludó con la cabeza a Takahashi y sonrió a Patricia.

—Mis hombres tienen órdenes estrictas de proteger a la señorita Vásquez a toda costa. Así que no se vaya lejos sin permiso.

—Sí, señor —dijo Patricia.

Takahashi, bajo, medio japonés, musculoso, con el pelo cortado a cepillo y unos grandes ojos verdes que denotaban confianza en sí mismo, correspondió al saludo de Lake con otra inclinación de cabeza. Takahashi era el único que llevaba ropa propia de la Tierra, una camisa de algodón, una cazadora y unos pantalones de dril.

—Tengo dispensa —les había explicado a los demás cuando estaban reunidos ante la tienda—; soy alérgico al tinte de los monos.

Lake empezó a mover el camión. Carrolson comprobó el material mientras Farley leía una lista en la pizarra electrónica.

El camión llevaba un total de ocho pasajeros, cuatro militares y cuatro «principales», que es como Carrolson se refería a los científicos y a Patricia.

Patricia mantenía los ojos fijos en el asiento que tenía delante de ella. En uno de los bolsillos guardaba la carta de Paul que le habían entregado en la primera cámara, en el turno anterior.

Querida Patricia:

Dondequiera que estés, mi misteriosa mujer, espero que todo te vaya

bien. La vida aquí es trivial —especialmente cuando pienso dónde estarás tú—, pero continúa adelante. Sigo en contacto con tu familia; Rita es encantadora y Ramón y yo hemos mantenido algunas buenas conversaciones. Me he enterado de un montón de cosas tuyas a tus espaldas. Espero que no te importe. Mis solicitudes para Préster y Minton (dos fabricantes de software) ya están en curso, creo, pero las cosas seguirán en suspenso hasta que se apruebe el presupuesto de asignaciones para la Plataforma de Defensa. Hay rumores de que existe un obstruccionista, de modo que eso podría retrasar las cosas durante meses.

Pero ya basta de hablar de esto. Te echo de menos desesperadamente. Rita me ha preguntado si pensábamos casarnos y yo no le he contestado nada, exactamente como tú quieres. Yo sí deseo que nos casemos, ya lo sabes. No me importa lo rara que seas o dónde te encuentres ahora; lo único que quiero es que regreses y me des el sí. Fundaremos nuestro propio hogar. No seas tan testaruda por esta vez. Bueno, ya es suficiente de esto; probablemente tengas otras cosas en que pensar, otro pescado que freír y mis coletazos en la orilla —donde me has dejado varado con tu sedal— sean sólo distracciones para ti. (Ahora ya sabes que no puedo terminar una carta sin decir algo torpe y confuso). Te quiero. Besos recatados y pulcros.

PAUL

Patricia había escrito una larga respuesta autocensurada, se la había enseñado a Carrollson para su aprobación y la había enviado a la Tierra en el siguiente VTO.

Sorprendentemente, escribir aquella carta le había resultado bastante fácil. En ella decía todas las cosas que sabía, a ciencia cierta que a Paul le gustaría oír, todas aquellas cosas que creía necesarias decir si es que, verdaderamente, Paul iba a morir unas semanas después. No es que Patricia hubiera aceptado esa posibilidad. Si lo hubiese hecho no estaría tan tranquila como estaba.

Lanier se encontraba ahora camino de la Tierra. Patricia lo envidiaba. Habría preferido estar en la Tierra esperando la muerte antes que encontrarse allí arriba haciendo frente a lo que sabía.

No, eso no era del todo cierto. Cerró los ojos y se maldijo a sí misma. Aquélla era la mayor responsabilidad que había tenido nunca. Debía esforzarse por vencer el enloquecido dolor y el miedo que sentía y trabajar lo mejor que pudiera para intentar evitarlo.

Y —Patricia casi se odiaba a sí misma por ello— estaba trabajando. Había conseguido por fin una buena disposición mental. Empezaban a ocurrírsele algunas soluciones, soluciones que se le presentaban, como si fueran pretendientes, todas formalmente vestidas de ecuaciones; pero las rechazaba una

a una a medida que la ineficacia de las mismas se le iba haciendo evidente.

Takahashi parecía un tipo brillante y concienzudo, pero cuando la expedición se reunió Patricia no tenía demasiadas ganas de hablar, así que sabía pocas cosas de él. Takahashi y Carrolson serían sus ayudantes en casi todo desde aquel momento, había dicho Lanier.

La carretera terminaba a cincuenta kilómetros de la base del campamento. Después el camión se adentró bruscamente en un barranco poco profundo mientras las ruedas, provistas de neumáticos de goma, y los radios de bandas metálicas hacían un extraño y cantarín ruido al pisar sobre la tierra. El aspecto de la parte del pasillo que tenían ante ellos no cambiaba casi nada a medida que avanzaban. El casquete sur iba retrocediendo de manera lenta y firme, y se hacía menos abrumador. Sin embargo Patricia no se sentía nada cómoda teniendo que inclinarse hacia un lado para ver el panorama, de modo que captó sólo algunos breves atisbos del paisaje a medida que viajaban. Carrolson, Farley y Takahashi iban jugando al ajedrez en una pizarra electrónica mientras los miraba sin prestarles demasiada atención.

—Mitad de camino —dijo Lake dos horas más tarde. Los jugadores de ajedrez grabaron sus jugadas y apagaron las pizarras electrónicas mientras el camión iba aminorando la velocidad hasta que finalmente se detuvo con suavidad. Las puertas correderas se abrieron y los infantes de marina bajaron de un salto en medio de grandes exclamaciones de alivio. Patricia bajó después de ellos y se quedó de pie en aquella tierra seca, estirándose y bostezando. Carrolson dio la vuelta desde el lado opuesto del camión llevando en la mano un termo de agua y les sirvió en los vasos.

—Todos los lujos —comentó.

—¿Hay cerveza? —le preguntó Reynolds.

—Sacrificada en nombre de la ciencia —dijo Carrolson—. ¿Alguien tiene hambre?

Patricia cogió un bocadillo del equipo personal y echó a caminar con Takahashi hasta alejarse unas docenas de metros del camión. Durante un rato había estado notando una indefinible sensación de ansiedad y náusea, pero ya se le había pasado. ¿Cómo podía haber nada que temer en aquella interminable extensión de desierto que estaba desprovista hasta de insectos? Incluso la misma suavidad resultaba reconfortante, era como una pizarra en blanco.

—El mar era tan húmedo como podía ser, la arena era seca, todo lo seco que podía ser —dijo ella.

—En efecto —asintió Takahashi. Patricia se agachó en la arena y él se sentó a su lado, cruzando las piernas al estilo indio—. ¿Sabes por qué vengo en este viaje?

Aquella manera de comenzar la conversación era demasiado directa, resultaba hasta incómoda. Patricia apartó la mirada de aquel hombre.

—Sin duda para vigilarme.

—Sí. Lanier dijo que había que observarte cuidadosamente. ¿Cómo lo estás soportando?

—Bastante bien.

—La biblioteca... —Bajó la voz y miró fijamente al casquete—. No es nada fácil.

—Pronto voy a parecer una princesa real rodeada por los vasallos. Takahashi sonrió entre dientes.

—No será tan malo. Mantendré las preocupaciones de Lanier en suspenso. Pero tengo que hacerte una pregunta importante: ¿Puedes trabajar?

Patricia sabía a qué se refería exactamente.

—Estoy trabajando. Incluso en este mismo momento lo estoy haciendo.

—Bien.

No había nada más que decir sobre aquel tema.

Patricia arrancó una rama de un matorral con el fin de comprobar si era diferente de la variedad que crecía cerca del campamento. No lo era; tenía aquellas mismas hojas pequeñas cuya superficie era muy semejante a la cera. Incluso la hierba seca era la misma.

—No hay ni un sólo trozo fértil —comentó—. Cuanto menos me esperaba que hubiese algunos bosques enanos más.

—Después se pone peor —añadió Takahashi.

—¿Te has detenido alguna vez a pensar cuánta tierra tuvieron que traer al pasillo? —le preguntó Patricia al tiempo que se levantaba. Se había comido sólo unos cuantos bocados de bocadillo. Llevaba dos días sin tener hambre—. Suponiendo que la capa de tierra tenga una profundidad de aproximadamente un cuarto de kilómetro...

—Eso es lo que calculamos por el sonido —indicó Takahashi.

—Y vamos a suponer que el pasillo tenga una longitud de mil millones de kilómetros...

—¿Por qué esa cifra?

—No es más que una suposición —dijo Patricia—. Eso haría cuarenta mil millones de kilómetros de tierra.

—Si hacemos pedazos la Tierra y pavimentamos el pasillo con ella —corteza, magma y núcleo—, podríamos cubrir unos treinta mil millones de kilómetros.

Takahashi metió el dedo en un montoncito de arena.

—¿Y si tienen montañas más adelante? Aún se necesitaría más tierra y más roca.

—Es posible —dijo Takahashi—. Pero la gran pregunta es: ¿dónde consiguieron todo esto? Y no olvides el aire. Tiene aproximadamente veinte kilómetros de espesor, así que eso haría... dieciséis mil millones de kilómetros cúbicos de aire, justo algo más de un gramo por litro.

—Tú ya has trabajado con todo esto antes.

—Naturalmente. Muchas veces. Rimskaya lo empezó y algunas personas de estadística lo continuaron después. Yo me limité a hacer de mirón. Hay tantas preguntas sobre logística y distribución. ¿Cómo se renueva el aire en el pasillo? Los estanques de regeneración de la Piedra no podrían de ninguna manera hacerse cargo de ello, no en el caso de que exista cualquier colonia —de tamaño considerable— de animales más lejos. Quizá solamente haya bastante aire para que dure unos cuantos miles de años.

—Eso no me parece correcto —dijo Patricia—. Quien sea, o lo que sea, que construyera esto, lo diseñó para la eternidad. ¿No te da esa impresión?

—A veces. Pero eso no quiere decir que sea una suposición válida.

—Aun así, debe de haber algún tipo de sistema para el mantenimiento del pasillo.

Takahashi asintió con la cabeza.

—Rimskaya sostenía la teoría de que había aberturas en el pasillo incluso antes de que descubriéramos los pozos.

Carrolson se reunió con ellos.

—¿Os habéis dado cuenta de a qué huele el pasillo? —les preguntó. Patricia y Takahashi hicieron un movimiento negativo con la cabeza.

—Huele exactamente como antes de una tormenta. Todo el rato. Sin embargo los niveles de ozono no son excesivamente altos. Otro misterio.

Patricia olisqueó el aire. Olía fresco, pero no como si se estuviera preparando una tormenta.

—Yo me crié en un país de tormentas —explicó Carrolson poniéndose a la defensiva—. Y os digo que éste es el olor, el mismo.

De regreso al camión, cuando ya continuaban viaje, Patricia se pasó gran parte del tiempo haciendo problemas en el procesador, calculando volúmenes y masas y poniéndolos todos en una pequeña tabla.

Una hora después Takahashi les señaló el primer circuito, cuatro pozos situados en las cuatro esquinas de un cuadrilátero. Cada pozo estaba instalado en medio de un hoyo de aproximadamente medio kilómetro de diámetro y veinte metros de profundidad. En el centro del hoyo había un plato invertido de color bronce de quince metros de anchura que se hallaba suspendido a ocho metros por encima de la cavidad. El plato flotaba en el aire vacío sin soporte alguno.

El camión disminuyó la velocidad cerca del borde del hoyo. A requerimiento de Takahashi, Lake dio una vuelta con el camión alrededor del pozo antes de detenerse. Luego se apearon y se acercaron al borde.

—Hemos hecho ya unos veinte viajes a este circuito —explicó Takahashi—. Casi hemos abierto un sendero.

Patricia levantó el multímetro delante suyo. El valor de *pi* se mantenía constante. Se arrodilló y suspendió el instrumento sobre la orilla. La lectura se mantuvo igual.

—Ahora entra en el hoyo —le sugirió Takahashi. Los infantes de marina, así como Farley, Carrolson y Takahashi, se quedaron de pie a la orilla formando un grupo. Patricia les hizo un gesto arrugando la nariz.

—¿Otra novatada? Entonces vosotros primero.

—Esto estropearía la gracia —dijo Carrolson—. Camina hacia adelante.

Patricia adelantó un pie, luego dejó caer su peso en aquel suelo inclinado y arenoso.

—Camina hasta el final —la animó Lake.

Patricia suspiró y entró en el hoyo. A diez metros del borde, al sentir algo peculiar, miró hacia atrás. Su cuerpo no estaba inclinado en el mismo ángulo que los oídos. Le entró vértigo, trató de ponerse derecha y a punto estuvo de caerse de bruces. La postura natural allí era a lo largo del radio de la curvatura, como si la fuerza del pasillo siguiera la curva del hoyo. Sin embargo no había distorsión local alguna del espacio que se registrara en el multímetro. El resto del grupo seguía a Patricia.

A la sombra del plato flotante había un tapón de color bronce que sobresalía ligeramente, de un tamaño aproximado de la mitad de la anchura de aquél. Takahashi caminó por encima del tapón para demostrar que no había ningún peligro. Patricia lo siguió, poniendo el multímetro de nuevo delante de ella. No había cambios.

—¿Alguna idea de qué es lo que mantiene este plato en el aire? —les preguntó. Farley y Carrolson se encogieron de hombros. Los infantes de marina se habían sentado en la arena, alrededor del pozo, con aspecto aburrido.

—Puede que ésa no sea una pregunta apropiada —dijo Takahashi—. Observa el material del plato y del tapón desde más cerca. Por lo que sabemos está hecho del mismo material que las paredes del pasillo.

Patricia se arrodilló y pasó las manos por la superficie del tapón. El color de éste no era uniformemente bronceado. Parecía tener rayas rojas y verdes, incluso algunas manchas negras sobresalían, separándose y retorciéndose en la superficie como gusanos.

—¿Entonces esta sustancia también es geometría? —preguntó.

—No tiene importancia —contestó Carrolson—. Descartamos eso poco después de que descubriéramos los pozos.

—Todos nosotros tardamos bastante tiempo en acostumbrarnos a la idea de utilizar el espacio como material de construcción —dijo Takahashi.

Farley hizo un enfático gesto afirmativo moviendo la cabeza.

—No tanto —les dijo Patricia fríamente—. Yo escribí ya sobre eso hace cuatro años. Si algunos universos anidados se abstuvieran de algún modo de asumir un estado definitivo, se formaría una barrera contra la penetración debido a las continuas transformaciones espaciales opuestas.

Takahashi sonrió, pero Carrolson y Farley simplemente se la quedaron

mirando.

—Así pues —dijo Takahashi—, nada sostiene el plato. No tiene existencia real. Es simplemente una aglomeración formal de probabilidades. Tiene perfecto sentido.

—¡Oh! —exclamó Farley.

Lake estaba sentado en medio del tapón, con el Apple atravesado sobre las rodillas.

—Sólo soy un muchacho de un pueblo de Michigan —intervino—, pero esto tiene aspecto de ser bastante sólido. Ni siquiera es resbaladizo.

—Buena observación —le indicó Patricia. Se agachó para tocarlo con la palma de la mano—. Aparentemente no hay una separación total entre estados de probabilidad. Se permite alguna interacción entre la materia y la superficie además de una resistencia a cualquier tipo de intrusión. —Colocó el multimetro directamente sobre la superficie. El valor de π comenzó a fluctuar frenéticamente, luego se estabilizó: 3.141487233 *continuo*—. π ha bajado —dijo Patricia. Después midió las otras constantes—. La constante gravitatoria es nominal, y la velocidad de la radiación electromagnética es asimismo nominal y estable.

—¿Y la sección de hache? —preguntó Carrolson.

—Igual. ¿Para qué sirven los pozos?

—Este circuito está completo, así que no sirve para ningún propósito que podamos determinar.

—Los pozos deben de dar acceso a algo que se encuentra fuera del pasillo —dijo Takahashi—. Decidimos no averiguar a dónde conducen. Pero los pozos no están tapados, y la arena se conserva fuera del agujero central por medio de un esponjoso campo de fuerza de naturaleza desconocida. Lo único que pudimos ver fue una luz roja que salía de cada uno de los pozos. Enviamos un pequeño helicóptero de control remoto al interior de uno de ellos. No regresó nunca. Nuestro punto de mira era tal que ya no podíamos verlo después de que viajara unos diez metros. Decidimos no enviar a nadie a buscarlo.

—Muy juiciosamente —comentó Carrolson.

Lake, que aún estaba sentado en la arena, observó lacónicamente:

—Mis hombres están dispuestos a ir tan lejos como ustedes quieran y en el momento en que ustedes quieran.

—Se lo agradecemos en lo que vale, teniente —dijo Carrolson—. Pero tenemos nuestras buenas razones para tomarnos esto con calma.

—Denme un traje todo terreno, un arma y un par de unidades de repuesto... —Lake sonrió con malicia.

—¿Bajaría usted de verdad? —le preguntó Patricia volviéndose hacia el oficial con expresión incrédula.

Lake hizo una mueca.

—Si estuviéramos razonablemente seguros de la categoría general de las cosas que hay que ver y experimentar, iría. Iríamos todos. —Los infantes de marina hicieron, todos al mismo tiempo, un gesto de asentimiento con la cabeza —. Nuestras obligaciones aquí no han sido nada excitantes hasta ahora. Aparte de los evidentes valores escénicos.

—Cavamos alrededor de todo el hoyo —dijo Takahashi mientras subía poco a poco por la pendiente y señalaba extendiendo los brazos para indicar la situación de los agujeros. Cogió un puñado de arena y la dejó pasar entre los dedos—. La tierra en todos los pozos es seca. No hay microorganismos, no hay grandes formas de vida, no hay plantas.

—No hay seres vivos... excepto nosotros —puntualizó Farley.

—Y tampoco hay radiación —continuó diciendo Takahashi—. Ni rastro de química fuera de lo normal. Así que cabe dentro de lo posible que estos pozos cerrados no sean más que marcas de vigilancia.

—Marcas de los dioses —entonó Carrolson.

—¿Todos los pozos son iguales? —preguntó Patricia.

—Todos los que conocemos —contestó Takahashi—. Sólo hemos examinado dos circuitos.

Reynolds se levantó y comenzó a sacudirse la tierra de la ropa.

—¡Eh, teniente! Puede que sea de aquí de donde salen los *boojums*.

Lake puso los ojos en blanco.

—¿Has visto alguna vez un *boojum*? —preguntó Patricia al tiempo que dirigía una intencionada mirada al infante de marina.

—No creo que nadie los haya visto en realidad —intervino Carrolson.

—¿Señor Reynolds?

Reynolds miró fugazmente entre Lake y Patricia.

—¿Me lo pregunta en serio?

—Sí —dijo Patricia—. Se lo pregunto en serio. —Se dio unos golpecitos en la insignia, ignorando si aquella insignia serviría de algo con los infantes de marina.

—No he visto nunca ninguno —admitió Reynolds—. Pero otros sí los han visto, otros a los que yo creo.

—Todos hemos oído hablar de ellos —intervino otro infante de marina llamado Huckle—. Algunos tipos tienen un montón de historias que contar.

—Y además —dijo Lake—, estos hombres no son propensos a ver cosas que no existen. Los informes que hay son pocos, pero interesantes.

Patricia asintió.

—¿Hay ya algún plan para descender a un pozo?

—Todavía no —dijo Takahashi—. Tenemos otros problemas con los que enfrentarnos.

Patricia bajó la vista hacia el tapón y frotó la superficie de éste con una bota.

—Me gustaría ver el informe completo de la expedición cuando regresemos

—dijo.

Por primera vez una solución se le había presentado sola —incluso mientras estaban hablando—, una solución que habría superado el primer nivel de crítica. Levantó la vista hacia el plato invertido, hacia aquellos colores minuciosamente activos.

—¿Entonces, regresamos ya? —le preguntó Takahashi.

—Creo que sí —respondió.

El Frant usaba un pictor adaptado para proyectar los objetos y los paisajes que se hallaban a su alrededor y camuflar su actividad dentro y alrededor de la tienda. Los dos guardias, vestidos de negro, podían oír a Olmy siempre que éste se pusiera especialmente ruidoso, pero no podían verlo. Olmy pasó a unas pocas docenas de centímetros de uno de los guardias cuando se dirigía a la caja que le servía a Patricia Luisa Vásquez como escritorio.

Tenía especial interés en aquella joven; por lo que había oído, se estaba convirtiendo en el punto central de los esfuerzos de todo el grupo. Y si era la misma mujer de la que había oído hablar al Ingeniero...

En la caja, unas notas, arregladas sin orden aparente, llenaban quizás unas cincuenta hojas de papel. Muchas de las anotaciones estaban emborronadas o fuertemente tachadas; en algunas ocasiones páginas enteras, excepto por unos centímetros cuadrados de ecuaciones o diagramas, se hallaban tachadas con marcas de lápiz bien apretadas. Olmy hojeó todas aquellas páginas en silencio y se quedó desconcertado ante las particulares anotaciones de Patricia.

En un rincón había una pizarra electrónica cuya pantalla, de color gris plata, estaba en blanco. Un bloque de memoria se encontraba colocado en la abertura del lado derecho de la pizarra, justo por encima del pequeño teclado. Olmy echó un vistazo a su alrededor para comprobar la posición de los guardias, y luego se arrodilló al lado de la pizarra, a la que puso en funcionamiento. Aprender cómo se utilizan las antigüedades no le resultaba difícil; en poco rato ya consiguió que la pizarra pasase rápidamente el contenido del bloque de memoria. Grabó las series de documentos en su propia implantación para analizarlo posteriormente; tardó unos cuatro minutos en todo ello.

Por lo que Olmy pudo ver y entender del trabajo, aquella mujer estaba muy avanzada para su siglo.

Estaba ya arreglando los papeles en el mismo orden en que se encontraban antes, cuando un guardia dobló la esquina de la tienda y se quedó mirando en su dirección. Olmy se levantó lentamente, seguro de que el camuflaje pictografiado aún era efectivo.

—¿No oyes algo, Norman? —preguntó el sargento Jack Teague a su colega.

—No.

—¿Una ráfaga de viento o algo así? Podría jurar que he oído moverse esos papeles.

—No es más que otro *boojum*, Jack

Teague se acercó a la caja y luego se puso a mirar los papeles.

—Jesús —murmuró—. Me pregunto qué diablos será todo esto. —Se agachó y comenzó a pasar los dedos por encima de la línea de símbolos. Había letras en cursiva mezcladas con negrita de caja baja; dobles barras verticales que le recordaban los símbolos matrices que había estudiado en la escuela de vuelo, signos integrales, exponentes que contenían letras góticas alemanas y también letras griegas, curvaturas, triángulos y círculos imperfectos con doble punto en el centro, letras con puntos y diéresis sobre ellas...

—¡Qué revoltijo! —dijo el sargento Teague al tiempo que se levantaba. El pelo del cuello se le erizó y olisqueó el aire, retorciéndose de repente.

Naturalmente no había nada allí. ¿Qué esperaba?

Lanier había pasado durmiendo casi todo el rato durante los dos días que duró el viaje en el VTO; tenía la cabeza llena de sueños ingrátidos que mezclaban indiscriminadamente la Piedra y la Tierra, el pasado y el futuro.

Consultó el reloj y luego miró el rostro del agente del servicio secreto que iba sentado a su lado en el automóvil. Quedaba un lapso de dieciocho horas entre el momento en que había aterrizado en Vandenberg y la hora en que tenía que presentarse en la oficina de Hoffman, en el Laboratorio de Propulsión a Chorro. Al otro lado de las ventanillas ahumadas del coche relampagueaba el desierto. La presión del aire era alta y la fuerza de la gravedad resultaba opresiva. Incluso a través de aquellas oscuras ventanillas el sol era caliente y amarillo.

Lanier echaba de menos la Piedra.

—Tengo un poco de tiempo libre —comentó.

—Sí, señor. —El agente miraba al frente con una expresión agradablemente suave.

—Sus compañeros son muy discretos.

—Oh, sí señor, lo somos —dijo el conductor. El agente que iba sentado delante al lado de aquél dirigió una mirada a Lanier.

—La señora Hoffman ha dicho que estamos a disposición de usted, pero que tenemos que dejarle en Pasadena sano, salvo y sobrio mañana hacia las ocho de la mañana.

—Señores —dijo—, he estado practicando el celibato durante más meses de los que alcanzo a contar. El rango siempre tiene sus responsabilidades. ¿Hay algún lugar seguro en Los Ángeles donde uno pueda conseguir... —Buscó una frase que fuera tan antigua como la palabra «señora» —... echar una cana al aire? Discretamente, de forma encantadora y limpia.

—Sí, señor —contestó el conductor.

Se le permitió tomar un par de copas en un elegante pero antiguo club conocido como el «Polo Lounge»; allí Lanier se vio rodeado de antiguas reliquias de los viejos y nefastos días de las cadenas de televisión. Hacia las tres de la tarde, dos *suites* del hotel «Beverly Hills» —que se encontraban una enfrente de la otra— se inspeccionaron a conciencia. Los agentes revisaron con eficiencia la *suite* donde Lanier iba a instalarse y después, haciéndose el uno al

otro una señal con la cabeza, decidieron que las habitaciones eran seguras.

Por fin Lanier consiguió cierta ilusión de intimidad. Se dio una ducha y se acostó en la cama, dejándose llevar. ¿Cuánto tiempo tardaría en acostumbrarse al peso extra? ¿Cómo afectaría aquello a su inmediato comportamiento?

La mujer que llegó a las cinco era llamativamente bella y muy amable, pero resultó —aunque no por culpa de ella— poco satisfactoria. Lanier juzgó su propio comportamiento como adecuado, aunque el acto le proporcionó poca satisfacción. Ella se marchó a las diez.

Lanier no había recurrido nunca antes a los servicios de una prostituta. Sus pasiones físicas, con algunas notables excepciones, nunca habían sido tan persistentes como las de otros hombres.

A las diez y cuarto oyó que alguien llamaba suavemente a la puerta. La abrió y el agente que había conducido el coche desde el desierto lugar del aterrizaje le pasó dos bloques de memoria.

—La señora Hoffman le envía esto juntamente con sus saludos —dijo—. Estamos justo al otro lado del vestíbulo por si necesita usted algo.

Los bloques de memoria que Lanier había traído de la Piedra —más preciosos que el propio Lanier— se habían transportado, por separado, en otros tantos vehículos más seguros, y luego, aquel mismo día, se habían llevado con mucho cuidado hasta Pasadena. Sin duda alguna la Consejera estaría ya trabajando con ellos ahora.

Apagó todas las luces y se metió en la cama; se quedó mirando al techo, preguntándose a cuántos de aquellos ejecutivos de cierta edad que había visto en el « Polo Lounge » habría servido la *call-girl* en su no muy larga vida.

Nunca se había sentido cómodo con el deseo. Esta vez no había sentido tanto deseo como obligación para con la carne. Después de tantos meses de privación —en realidad casi más de un año—, parecía como si el cuerpo tuviera necesidades que ya no le comunicaba a él.

Aquello, al menos, habría sido un indicio de normalidad. Siempre se había sentido vagamente culpable de su propia frialdad, si es que aquella era la palabra apropiada. Culpable y también agradecido. Así, sin aquella constante distracción o desviación en los propósitos, disponía de mucho más tiempo para pensar.

Aquella frialdad es lo que había hecho de él un solterón. Había tenido su buena porción de amantes, pero el trabajo y las obligaciones siempre habían prevalecido sobre todo lo demás. En la mayor parte de los casos sus amantes habían acabado por convertirse en amigas... y después se habían casado con otros amigos.

Una situación muy civilizada.

Sueño. Tuvo sueños grávidos, pesados y oscuros. Era el capitán de un crucero de lujo en medio de un océano negro, y cada vez que se asomaba por la borda para comprobar el nivel del agua, el barco se hundía un metro o dos. Al final del

sueño Lanier sintió auténtico pánico. La gravedad de la Tierra estaba arrastrando el barco hacia el fondo del mar, y él era el capitán y el barco era el más bonito que nunca había tenido bajo su mando. Lo estaba perdiendo, y sucedía sencillamente que no podía abandonarlo despertándose.

A la mañana siguiente a las ocho, Lanier atravesó el patio cuadrado de hormigón del Laboratorio de Propulsión a Chorro, cartera en mano, acompañado de dos nuevos agentes. Disfrutaba del brillante sol y del aumento de peso, y casi lamentaba la idea de tener que pasarse todo el día metido en despachos provistos de aire acondicionado. La primera de las dos, o quizá tres, sesiones programadas iba a tener lugar en la sala de conferencias para VIP.

Se tragó de golpe una píldora para cortar el catarro de nariz, bebió un poco de agua de una fuente de bronce que había en un parque recién plantado y se alejó caminando lentamente a fin de dar un paseo más allá del gran panel negro que exhibía los proyectos del Laboratorio de Propulsión a Chorro. Los programas de desarrollo de Marte rivalizaban con los informes del Velero Solar y un holograma de la exploración propuesta de Próxima Centauri.

No se hacía mención alguna del segundo ECA —explorador del cinturón de asteroides— que se había lanzado al espacio dos años atrás.

Lanier y las sombras ataviadas con traje gris que lo acompañaban subieron lentamente por las escaleras en consideración a la fatiga que a él le producía la gravedad, y pasaron a través de unas puertas de seguridad hechas de cristal pesado. Presentó su tarjeta en un monitor y la verja de acero se abrió de par en par con un agradable zumbido. Los agentes no entraron con él. Dentro había un pasillo a cuyos lados se veían vitrinas. Intrincadas maquetas a pequeña escala de los pasados triunfos del Laboratorio de Propulsión a Chorro brillaban dentro de las cajas de plástico: *Voyager*, *Galileo*, el Drake y el Velero Solar. Había también maquetas de Vehículos de Transbordo Orbital y diagramas que explicaban el concepto del Sondeo Estelar.

Tomó un ascensor que estaba empezando a ponerse viejo y observó los números azules que se iban encendiendo.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, otro agente del servicio secreto estaba esperándolo allí, y le pidió de nuevo que le enseñase la tarjeta de identidad. Lanier sacó la tarjeta y se la colocó al lado de la insignia. El agente le dio las gracias y sonrió cuando él siguió andando solo en dirección a la sala de conferencias.

Hoffman estaba sentada en el extremo de una gran mesa negra. Delante de ella había colocados varios montones de papeles, dos pizarras electrónicas y una pila de bloques de memorias. A su izquierda había tomado asiento Peter Hague, que asistía en representación del Presidente de COMICE, y al otro lado Alice Cronberry, consejera de seguridad aeroespacial y directora del proyecto del segundo Explorador del Cinturón de Asteroides. Lanier se acercó rodeando la

mesa para darles la mano, en primer lugar a Hoffman —de forma afectuosa, tomando la mano de ella entre las dos suyas—, y luego a Cronberry y a Hague.

—Ya veo que el Mando Espacial Conjunto y la Jefatura Conjunta no están representados aquí —dijo al tiempo que se sentaba al otro extremo de la mesa.

—Hablaemos de eso dentro de un momento —le indicó Hoffman. Había envejecido desde la última vez que Lanier la viera; ahora el pelo se le había puesto más gris, tenía más el aspecto de una matrona y las arrugas le habían transformado la sonrisa en una expresión ceñuda.

—Parece que estás muy bien, Garry. —Hoffman se estaba comportando de manera educada.

—Pero no me siento tan bien.

—¿Cómo va Patricia Vásquez?

—Tan bien como puede esperarse. Me avisaron para que viniera antes de que tuviera oportunidad de verla trabajar, o antes de que ella obtuviera algún resultado.

—Ya comprendo —dijo Hoffman—. Eso significa que no estás muy seguro de ella.

—En efecto —convino Lanier—. No porque crea que no es capaz de hacerlo, o porque no crea que sea la mejor en su campo —cualquiera que éste sea—, sino porque es joven. La biblioteca le produjo una fuerte impresión.

Cronberry puso la mano derecha extendida sobre la mesa y se echó un poco hacia atrás.

—Fue una gran impresión para todos nosotros —dijo. Hoffman hizo llegar una hoja de papel hasta donde Lanier se encontraba.

—Hemos estado estudiando el material que trajiste. Ya hemos hecho nuestro informe final para el Presidente.

—¿Antes de que Vásquez nos diga nada?

—Dudo que nos diga lo que nos gustaría oír. Llámalo instinto, pero creo que estamos metidos en un grave problema. —Los ojos de Hoffman enfocaron un punto en el infinito sobre el hombro de Lanier—. Hemos verificado parte de la información procedente de la biblioteca.

Lanier inspeccionó aquellos rostros atentamente. Todos estaban tristes y, a pesar de que trataban de ocultar las emociones, éstas se hacían evidentes.

—¿Y qué?

—Hay divergencias.

—Gracias a Dios —dijo él. Hoffman levantó una mano.

—No son grandes divergencias. La opinión general aquí es que, dada la información que tenemos procedente de la biblioteca y lo que hemos podido descubrir desde entonces —desde el segundo Explorador del Cinturón de Asteroides y otros lugares—, la guerra es una posibilidad definitiva. Hemos estado verificando todas las referencias históricas que existen de Vasiliev, el

Secretario del Partido. Este ha reestructurado el Consejo de Defensa tal como la biblioteca decía que iba a hacer. Los rusos están ya desplegando los SS-45 en las plataformas de Kiev y en las naves crucero lanzamisiles Kirov, y, por supuesto, en los súper submarinos Typhoon y Delta IV, a fin de equilibrar nuestro programa Dragón del Mar. Ellos, naturalmente, saben cómo contrarrestar nuestros sistemas de comunicación de láser multiespectro, lo que supone una clara violación por su parte de los Acuerdos de Eliminación de Armas de mil novecientos noventa y seis... No es que esto tenga mucha importancia, ya que nunca se eliminó ningún arma.

Lanier asintió.

—Tuvimos que ponernos muy duros para conseguir la información acerca de los sistemas de multiespectro de Mando Espacial Conjunto —apuntó Cronberry—. Esa es una de las razones por las que la DOD y la Jefatura Conjunta no tienen representación aquí.

—Y eso no es lo peor —continuó diciendo Hoffman—. El Congreso está empezando a hacer averiguaciones sobre nuestro presupuesto. Hasta el presente nos hemos mantenido siempre dentro de nuestras cantidades asignadas, así que esto no tiene sentido a menos que consideremos que hay un intento de desacreditar la biblioteca, la Piedra y a todos nosotros. El Presidente está convencido —lo han convencido varios miembros de su gabinete— de que la Piedra es o bien un fraude o bien algo irrelevante.

Lanier apretó con fuerza la mandíbula, hasta el punto de que se hizo daño en las mejillas.

—¿Por qué?

—Sospecho que el Presidente es incapaz de entender bien lo que hemos descubierto en la Piedra. Es un sólido liberal procedente del medio oeste, un hombre que está bastante flojo en ciencia y en tecnología. Un administrador sin demasiada imaginación. Nunca se ha sentido cómodo en lo relativo a los temas del espacio y esto es, simplemente, algo que queda fuera de su alcance.

Cronberry sacó una carta escrita en un papel cuyo membrete era de la Casa Blanca y se lo tendió a Lanier. La carta decía, en efecto, que el Presidente estaba considerando la posibilidad de iniciar pesquisas sobre la manera en que la investigación científica se estaba llevando a cabo en la Piedra.

—Esto se escribió después de que comenzásemos a pasar informes a la Casa Blanca desde los equipos de imágenes del segundo ECA y después de la confirmación de las pruebas de la biblioteca.

—Queríamos llevar al Vicepresidente a la Piedra a finales de esta misma semana, pero ha declinado la invitación —señaló Hoffman.

—¿Cuál es la posición de los rusos en la Piedra? —preguntó Lanier.

—Hace dos años enviaron en secreto una sonda al cinturón de asteroides. La sonda les envió la confirmación antes o al mismo tiempo que el ECA. Saben que

existe un gran asteroide que concuerda precisamente con la Piedra.

—¿Juno?

—Sí, la concordancia de la imagen es perfecta teniendo en cuenta las excavaciones.

Lanier no había oído nada sobre la confirmación del segundo ECA hasta aquel momento.

—Así que Juno y la Piedra son lo mismo.

Hoffman le pasó una carpeta de fotografías enviadas por el ECA y por los sistemas de vigilancia próximos a la Tierra. Una de las imágenes del ECA mostraba a Juno, un pedazo de material primordial planetario con forma de batata todo cubierto de cráteres y riachuelos. La Piedra era idéntica, pero estaba surcada de excavaciones y horadada con las depresiones de la perforación.

—Dios —exclamó Lanier.

—No creo que Él tenga la culpa —señaló Hoffman—. Pero quizá la tenga Konrad Korzenowsky.

—De cualquier forma —intervino Hague—, los rusos van a retirar su equipo dentro de tres semanas, puede que incluso antes. Están muy contrariados porque les hemos negado el acceso completo mientras a los chinos les permitimos llegar hasta la séptima cámara. Esa es la excusa que dan y, francamente, es bastante buena. A mí también me fastidiaría. Pero eso no lo explica todo.

—Los rusos aceptaron esas divisiones hace un año, cuando fijamos las responsabilidades del equipo —observó Lanier frunciendo el ceño.

—Sí, pero aparentemente ha habido más filtraciones —añadió Hague.

—¡Oh, Cristo! —¿Quién?

—Y —continuó diciendo Hague—, ahora afirman que les hemos estado engañando en lo que se refiere al contenido de las bibliotecas.

—Y así es —dijo Hoffman sonriendo ligeramente.

—¿Puede el equipo científico continuar adelante sin los rusos? —preguntó Cronberry.

—Sí. En estos momentos se encuentran trabajando sobre todo en la teoría de la fuente de energía del tubo de plasma situado en el interior de la cámara. Podemos continuar adelante sin ellos, pero una parte importante de la investigación sufrirá cierto retraso, quizás incluso se detenga por completo. ¿Qué hay sobre Beijing?

Cronberry rebuscó en una cartera de papeles personales. Hague se levantó y sacó uno.

—Karen Farley es ciudadana china y está trabajando para ti en física teórica, ¿no es eso?

—Sí. Ha resultado muy útil en muchas áreas. —*Oh, por favor, Farley no... ni Wu, ni tampoco Chang...*

—Ella y sus colegas tendrán que abandonar la Piedra si lo hacen los rusos.

—¿Qué tiene que ver?

—Los chinos se huelen una deserción —explicó Hoffman—. O una fuga desordenada. Si los rusos sienten que se les ha engañado y que han sido excluidos de las decisiones importantes, los chinos tienen los mismos motivos de queja. Su misma presencia en la Piedra puede resultar más ventajosa para nosotros que para ellos.

—No acabo de creer que ninguno de los dos grupos quiera realmente abandonar el lugar que ahora tienen en la Piedra. Yo no lo haría.

—Y no lo harán —les aseguró Hoffman—. Tenemos evidencias de que ambos, los rusos y los chinos, disponen de agentes clandestinos dentro del equipo de seguridad, puede que incluso haya alguno en el equipo científico. Y se han podido observar algunas interesantes actividades en el espacio orbital ruso y también en la Luna. Eso por no mencionar la elevada actividad que ha tenido lugar en Tyuratam y en la base de lanzamientos del Océano Índico.

—¿Una invasión desde la Tierra y la Luna?

Hoffman movió la cabeza de un lado a otro.

—Mira, todo eso son menudencias comparado con la cuestión principal. ¿Ha encontrado Vásquez algo? ¿Qué es lo que esa mujer tiene que decir sobre mundos paralelos, sobre historias alternativas?

—No ha tenido tiempo de decir mucho —comentó Lanier tranquilamente—. En unas semanas podremos saberlo.

—Yo entiendo el punto de vista del Presidente. Encuentro todo esto muy difícil de creer —dijo Cronberry—. ¿Eres de la opinión de que la Piedra viene de nuestro futuro?

—No —respondió Lanier—. La Piedra viene de otro universo, no precisamente del nuestro. Hasta ahí es cierto. Hay una diferencia evidente.

—Que no hay Piedra en el pasado de la Piedra —puntualizó Hague.

—Exactamente.

—Y no tenemos modo de saber hasta qué punto la Piedra está afectando el curso de nuestra historia.

—Yo diría que está cambiando mucho las cosas —señaló Hoffman—. Si la Piedra ha servido para algo, ha sido para empeorar las cosas. —Levantó uno de los bloques de memoria que estaba marcado con el título: *Cambios fisiológicos de las plantas bajo las condiciones del tubo de plasma*—. ¿Has hecho esta copia tú mismo? —preguntó. Se la pasó a Cronberry y luego a Hague.

Lanier asintió con la cabeza.

—Está en código S —les indicó—. Se trata de un resumen de las mejores fuentes, principalmente de la biblioteca de la tercera cámara. Vásquez tendrá que ir a la tercera cámara dentro de unos días.

—¿Qué es lo que esto resume exactamente? —le preguntó Hague levantando el bloque.

—Las dos primeras semanas de la guerra.

Cronberry se sobrecogió.

Hoffman tomó una pizarra electrónica, la programó para leer el código S, introdujo el bloque y fue pasando el material. Se le puso el rostro lívido.

—No había mirado esto antes —dijo.

—Se trata, más que nada, de una filmación fotográfica histórica hecha por las fuerzas armadas de ambos lados. Una parte de lo que se encuentra al final de las crónicas del Largo Invierno.

—Así que eso ya no es simple teoría —dijo Hague. Lanier movió la cabeza.

—¿Cuánto duró... durará... el invierno? —le preguntó Cronberry aceptando de mala gana la pizarra que le tendía Hoffman.

—Los efectos de mayor importancia pueden durar uno o dos años.

Hague cogió la pizarra de Cronberry.

—¿Garantizas que este material procede de la biblioteca de la tercera cámara?

Lanier, irritado, tragó saliva antes de contestar:

—Difícilmente podría haberlo sacado del aire por medio de un conjuro.

—Claro que no —dijo Hoffman—. Si las bibliotecas están en lo cierto —si nuestros universos coinciden de esta única manera—, entonces, ¿contamos con dieciséis días?

—De una forma u otra saldremos de dudas entonces —dijo Lanier—. Aunque el conocimiento de los hechos es casi seguro que influirá en los resultados. Y eso si acaso sucede. Si es que sucede.

—Tenemos programada una reunión con los rusos para mañana a mediodía —dijo Hoffman—. Algo estrictamente informal. Nos han pedido que tú estés presente en ella. La sección del señor Hague ha estado haciendo mucha presión a fin de que el departamento de Estado y el DOD aprobasen la reunión. Si estas primeras conversaciones tienen éxito habrá otra reunión, ésta a nivel inferior al del Consejo de Ministros. Y si podemos convencer al Presidente antes de la próxima semana, quizá pueda concentrarse una cumbre.

Hoffman parpadeó lentamente en dirección a Lanier, enfocando todavía algún punto por encima del hombro de éste, con una mirada de largo alcance que no era exactamente la de un cansado veterano de mil batallas, pero casi.

La ciudad de la tercera cámara era el paso siguiente.

Después de hacer el viaje hasta el primer circuito de pozos y de haber absorbido tanto como podía el contenido de los libros de la biblioteca de Alejandría que Lanier había seleccionado para ella, Patricia se sintió agradablemente entumecida a causa de todo aquel tema. Era como un juego, un ejercicio no más real que los raros ejercicios de matemáticas que había hecho cuando era adolescente.

Había montado en los trenes por debajo de Thistledown en múltiples ocasiones en las últimas dos semanas, pero la tercera cámara era la que estaba más celosamente guardada de las cinco primeras. Los trenes no se habían detenido nunca allí... hasta ahora.

Rupert Takahashi la acompañó desde la estación de metro hasta los senderos que estaban al nivel de la planta baja.

Takahashi servía al equipo científico con una capacidad desusada. Su título de matemático apenas era suficiente para describir lo que hacía; parecía que su interés cambiase constantemente de una cosa a otra, trabajando con un grupo un día y con otro el siguiente. Era más que un especialista en temas generales; era un especialista en temas generales con un propósito específico: supervisar el rigor estadístico y matemático de los diversos grupos existentes dentro del equipo científico. Aquello explicaba el por qué había llegado a trabajar con Rimskaya sobre la teoría preliminar del pasillo; habían comentado el tema mientras Takahashi comprobaba en doble sentido los estudios sobre población de Rimskaya.

La Ciudad de Thistledown era asombrosa, dos siglos más moderna que Alejandría; había sido construida después del lanzamiento de la Piedra, incorporando diseños que no se podían haber pensado hasta después de que los habitantes hubieran tenido un largo contacto con todo lo que les rodeaba. En esto los arquitectos de la Piedra se habían permitido una completa libertad. Al considerar la cámara como un valle gigantesco, habían tendido cables de cúpula a cúpula, y de estos cables habían colgado edificios que formaban graciosas curvas. Aprovecharon bastante bien la inclinación hacia arriba que tenía el suelo, y habían construido estructuras arqueadas de más de diez kilómetros de longitud,

con bandas de acero y material procesado de la Piedra, que se entremezclaban en dibujos de colores plata y blanco y proyectaban suaves sombras sobre el vecindario que estaba debajo. Algunas de estas estructuras se elevaban hasta alcanzar los mismos límites de la atmósfera de la cámara; dichas estructuras eran en realidad más gruesas en el extremo de arriba que en el de abajo, igual que los palos de golf.

Incluso vacía, la Ciudad de Thistledown parecía viva. Se necesitaría sólo una muy leve sugerencia de gente para verla cobrar vida, pensó Patricia; unos cuantos cientos de ciudadanos moviéndose de unos edificios a otros, vestidos con ropas llamativas, prendas sueltas de colores alegres que hacían juego con las curvas, bóvedas y arcos, colores brillantes que contrastaban con los apagados tonos crema, blanco y metálico de la ciudad.

La biblioteca principal quedaba prácticamente oculta detrás de un extenso anexo de una de las más pequeñas de aquellas estructuras semejantes a un palo de golf. Takahashi había dicho que estaba a una distancia que podía hacerse fácilmente caminando, así que recorrieron sin prisa plazas y puentes de peatones paralelos a carreteras de servicio que, en otro tiempo, habrían estado repletas de tráfico... la mayor parte vehículos no ocupados y controlados por computadora.

—Todos los vehículos han desaparecido —le dijo Takahashi—. Sabemos cómo eran únicamente por las grabaciones. Los deben haber utilizado todos para el éxodo.

Patricia trató de imaginarse a decenas de millones de habitantes de la Piedra —tal población podría haberse acomodado con facilidad tan sólo en la Ciudad de Thistledown— marchándose de allí con todos sus enseres, pasillo abajo, en sus coches robot.

La entrada de la biblioteca era una sólida chapa de un material que parecía mármol negro. A medida que se acercaban, una voz amplificadora les pidió que se detuvieran para identificarse. Tuvieron que esperar dos minutos antes de que se les permitiera entrar.

Una amplia media elipse flotaba a un lado de la extensa superficie negra. Más allá esperaba el omnipresente equipo de seguridad, vestido de gris y negro, y, después de un poco más de ritual, los dejaron pasar. El interior de la biblioteca estaba completamente iluminado; no era necesario ningún tipo de iluminación adicional.

—No hay cortacircuitos en Thistledown —le explicó Takahashi—. Ni siquiera sabemos con seguridad cómo llega la energía a las luces, y mucho menos de dónde proviene.

La biblioteca en sí era más pequeña en volumen que su prima —o antepasada— de Alejandría, y no tenía almacenes de datos que estuvieran a la vista. El piso principal consistía en una plaza revestida de moqueta de color azul pastel que se hallaba debajo de una lámina de un material blanco suavemente brillante y que

se extendía sin soporte alguno a lo largo de aproximadamente cien metros. La plaza estaba salpicada con al menos mil asientos almohadillados de color verde lima. Delante de cada uno de los asientos había una lágrima de cromo sobre un pedestal de color gris pizarra.

Las telas y los materiales de la biblioteca no mostraban signos de uso ni estaban estropeados.

Takahashi la condujo hasta uno de los asientos. Un equipo de grabación y monitorización rodeaba el asiento y parecía estar fuera de lugar; resultaba obvio que había sido montado por los investigadores.

—Nosotros usamos éste generalmente, pero puedes elegir el que quieras.

Patricia movió la cabeza negativamente.

—No me gusta todo esto —dijo refiriéndose al equipo. Echó a caminar por entre las filas de asientos, escogió uno que se encontraba a unos veinte metros del final de la fila y se sentó en él.

Takahashi la siguió.

—Desde aquí podrás ir mostrándote a ti misma la Piedra completa tal como era —explicó—. ¿Te gustaría hacer un recorrido completo por las ciudades cuando aún estaban habitadas? —Empujó hacia un lado una tapa tapizada que se encontraba en el brazo del asiento y la enseñó a utilizar los sencillos controles del tablero que había debajo—. Esto no es más que lo básico. Existen centenares de posibilidades más. Eres libre de experimentar a tu antojo. Piensa en ello como si de unas vacaciones se tratara. No es divertido mirar, y yo no tengo realmente nada que hacer aquí excepto mostrarte las cuerdas de las que hay que tirar, así que te esperaré fuera. Reúnete conmigo cuando hayas terminado, digamos... ¿dentro de una hora, más o menos?

Patricia no se sintió muy a gusto quedándose sola en la plaza, y le había quedado profundamente agradecida a Lanier por haberla acompañado en la biblioteca de Alexandria. A pesar de todo, asintió con la cabeza, se instaló en el asiento y comenzó a manipular los controles con una mano. La representación de un gráfico simple y circular comenzó a revolotear ante ella, tan viva y clara como si de algo sólido se tratase. Takahashi debía de haberle informado mal en algún punto, y al maniobrar torpemente hizo saltar una lección. La máquina le corrigió los errores y le comunicó —en inglés americano con un ligero acento— cómo manejar el equipo correctamente. Luego le proporcionó números de llamada y códigos para obtener otros tipos de información.

Pidió una guía básica de estudiante para examinar la ciudad de la segunda cámara. En un instante Alexandria la rodeó. A Patricia le dio la impresión de encontrarse de pie en el pórtico de un apartamento de los pisos bajos de uno de los megas, mirando hacia abajo, hacia las concurridas calles. La ilusión era perfecta, incluso le proporcionó cierta memoria de cómo era «su» apartamento. Si lo deseaba podía darse la vuelta y mirar absolutamente todo lo que había

detrás de ella; naturalmente, también podía pasear, aun cuando era consciente de que estaba sentada.

En los dos oídos —o en algún lugar situado precisamente en medio del cerebro— una voz le iba explicando lo que estaba viendo.

Pasó media hora en Alexandria examinando la ropa que llevaba la gente, los rostros, los peinados, así como las expresiones y maneras de moverse. Algunos de los trajes que vio le resultaron atractivos. Otros eran positivamente puritanos, de un modo seductor. Uno de los más populares estilos en el tiempo de la grabación, para las mujeres, consistía en un vestido opaco —generalmente de un color rosa o naranja arena— con capucha que estaba coronado por la parte superior con un pequeño disco carmesí de cierto material plumoso. Algunas mujeres llevaban dibujos azules hexagonales en las láminas de su omóplato izquierdo...

(«?»)

(Para información sobre las insignias de oficio y de categoría, vocalice enérgica y silenciosamente la siguiente serie de códigos...)

... y otras llevaban cintas, que terminaban en cuentas doradas, colgando del hombro derecho. Los trajes de los hombres no eran menos extravagantes o sombríos; las distinciones parecían poner de relieve actitudes sexuales completamente diferentes de las de la época y el mundo de Patricia.

Los oyó hablar. Era un habla peculiar, parecida al galés, pero ocasionalmente era posible entender algo en inglés o en francés.

(«¿En qué lengua me has hablado —esta unidad— y cómo has sabido que tenías que hablar en ella?»)

(Inglés de finales del siglo veintiuno, el más fácilmente accesible sin un código específico, seleccionado a causa de tu conversación antes de tener acceso a los datos).

Mientras que las poblaciones étnicas aún conservaban versiones de las lenguas maternas propias, muchos de los idiomas habían ido evolucionando hacia una lengua común; sin embargo, a Patricia se le informó subliminalmente de que los usos lingüísticos eran mucho más variables y en períodos más cortos de tiempo. Estos cambios tan rápidos eran posibles gracias a que el aprendizaje se había acelerado por medio de artilugios de enseñanza semejantes a los de la biblioteca. Se podía aprender cualquier nueva lengua o variante en unas horas, e incluso en minutos.

En cuanto a los lenguajes escritos que Patricia comprendía, gran parte de la ortografía se había simplificado o, por el contrario —y paradójicamente— se había hecho bastante más compleja. ¿Habría habido un tiempo en que la ortografía florida estuviera en boga?

(Éste es el famoso Nader Plaza, que ganó premios por sus excelencias arquitectónicas antes de que el navío de Thistledown dejara la Tierra atrás...).

Patricia escuchaba atentamente, completamente perdida en aquella experiencia. Algunos hombres llevaban faldas como *kilts* y mangas despegadas, otros llevaban trajes de ejecutivo que no habrían quedado fuera de lugar en Los Ángeles en el siglo veintiuno. Los zapatos, al parecer, habían pasado completamente de moda, quizá porque la limpieza sanitaria automática dejaba todo immaculado.

(¿Y qué pasaba con la marginación social? ¿Ghettos y bloques de viviendas?).

La escena se fue haciendo borrosa.

(El malestar social en Alexandria y en el resto de la Piedra no es desconocido. Algunos distritos se han quedado fuera de los constantes servicios de mantenimiento de la ciudad. Los ciudadanos que viven en dichos distritos han escogido eludir todas las comodidades modernas y rehuir cualquier material inventado después del siglo veinte. Sus deseos son estrictamente respetados; se trata con frecuencia de honorables ciudadanos y tienen derecho a creer que la tecnología condujo a la Muerte y que Dios desea que vivamos sin aquellas ayudas que no estén mencionadas en las obras del Apacible Nader y de sus Apóstoles de la Montaña).

Patricia había oído mencionar varias veces el nombre de *Nader*, pero le costó algún tiempo dar con la clave para conseguir una sección diferente en la función de notas a pie de página. Cuando lo consiguió, pidió explicaciones de otras muchas cosas que cualquier habitante de la Piedra habría dado por sabidas. Eso disparó una elemental y sinóptica historia de la Piedra y del tiempo transcurrido entre la Muerte y la construcción de Thistledown.

Se quedó más que sorprendida al descubrir que el Apacible Nader era en realidad Ralph Nader, el abogado de los consumidores e investigador independiente que había provocado una gran agitación en las décadas de mil novecientos sesenta y mil novecientos setenta. Aún vivía allá en la Tierra —en la Tierra, en el tiempo de Patricia—, pero en los archivos de la biblioteca su nombre era utilizado siempre con respeto. Lo llamaban siempre el «Apacible Nader» o el «Hombre Bueno». Los que de él tomaron el nombre —los Naderitas— constituían una poderosa fuerza política, y lo habían sido durante siglos, o... lo serían. Patricia se propuso usar de allí en adelante el concepto de tiempo empleado en física y colocar los acontecimientos a lo largo de una línea y sin una particular distinción entre el pasado, el presente y el futuro.

Después de la Muerte, del odioso Largo Invierno y de las Revoluciones de Recuperación, un español llamado Diego García de Santillana subió al poder en lo que quedaba de Europa Occidental bajo la bandera del movimiento de Regreso a la Vida. Hizo algún intento de hacerse también con el gobierno del mundo. Al año siguiente, en el dos mil diez (*exactamente cinco años después de ahora*, pensó Patricia rompiendo su promesa), se formaron las primeras coaliciones Naderitas en América de Norte. Nader —«martirizado» durante la

Muerte— había sido elegido a causa de la postura que mantenía en contra de la energía nuclear y de los excesivos avances tecnológicos; por muy justificado o no que estuviese su ascenso, se convirtió en una figura santa, en un héroe en una tierra devastada y llena de temor y rabia contra lo que la raza humana se había hecho a sí misma. En el año dos mil once los Naderitas absorbieron a los militantes de Regreso a la Vida, y los gobiernos que estaban emergiendo de nuevo en América del Norte y Europa Occidental hicieron pactos de intercambio y cooperación entre ellos. Los gobiernos Naderitas llegaron al poder tras una victoria arrolladora en las elecciones, y se buscaron frenos inmediatos a la alta tecnología y a la investigación nuclear. «¡Volvamos a la agricultura!» se convirtió en el grito de batalla de casi un tercio de la economía mundial, y los Invasores —una organización de élite que, en cierto modo, era clandestina— se extendieron por todo el mundo para «persuadir» a los gobiernos poco predispuestos a fin de que se unieran a ellos. En Rusia la revolución del dos mil doce, comenzada por los simpatizantes Naderitas, derribó al último gobierno del Consejo de la URSS, gobierno que se había retirado ya a su centro de poder, la República Rusa Soviética Federal Socialista. Las naciones de todo el bloque del Este recuperaron la soberanía política, y muchas de ellas se unieron a los Naderitas.

Esto, por lo menos, explicaba el predominio del nombre de Nader en los archivos. Entre el dos mil quince y el dos mil cien, los seguidores del Hombre Bueno habían conseguido consolidar su poder sobre dos tercios del mundo. La única resistencia tenaz que hubo en estas décadas se dio en Asia, donde la Gran Cooperativa Asiática —formada por Japón, China, Asia del Sureste (ocasionalmente) y Malasia— renunciaron al Naderismo y se volvieron entusiásticamente hacia la investigación científica y la alta tecnología, incluyendo la energía nuclear. La primera oposición real a los Naderitas en Occidente comenzó en el año dos mil cien, con el movimiento de los Volks en la Gross Deutschland...

Patricia apagó la máquina y se inclinó hacia atrás en la silla al tiempo que se frotaba los ojos. La información había llegado por medio de imágenes impresas, por seleccionadas imágenes visuales y aún más selectos sonidos. Donde la documentación por multimedios faltaba, entonces ocupaba su lugar la letra impresa, pero con un acompañamiento vocal claro y sutil. Comparado con esto, la simple lectura era una tortura y los métodos corrientes de video resultaban tan arcaicos como las pinturas rupestres.

Si se hubiera sentido inclinada a ello, Patricia habría podido pasarse agradablemente allí el resto de su vida, igual que una eterna colegiala que estuviese chupando como un parásito la sabiduría de muchos siglos que ni ella ni sus antepasados habían vivido.

Considerando las alternativas que se le ofrecían, aquella perspectiva era muy

atractiva.

La hora había ya casi pasado.

Volvió brevemente al sistema para pedirle información sobre el pasillo, el éxodo de los habitantes de la Piedra y el abandono de las ciudades. Pero en cada uno de estos temas Patricia se encontró con el mismo signo, muy gráfico, de una bola flotante llena de pinchos que indicaba que no había acceso a aquella información.

Cuando se reunió de nuevo con Takahashi afuera, donde éste estaba tranquilamente fumando un cigarrillo —el primero que había visto en la Piedra—, Patricia estiró los brazos y el cuello.

—Tendré que volver de nuevo.

—Naturalmente.

—¿Adónde vamos ahora?

—A dar una vueltecita. Como no podemos ir andando en un tiempo razonable, cogeremos un camión.

El garaje para los camiones de la tercera cámara era un cobertizo fabricado con planchas de metal y situado incongruentemente al abrigo de uno de los arcos de abertura de la cámara. Una entrada del subterráneo se abría allí cerca; las líneas que en otro tiempo habían servido para la Ciudad de Thistledown ya no funcionaban, sin embargo, y para ir de una estación de metro a cualquier otro lugar de la ciudad era necesario trasladarse en camiones por las estrechas carreteras de servicio.

—No puedo tener acceso en la biblioteca a nada que se relacione con el éxodo —le confió Patricia mientras Takahashi inspeccionaba el camión. Se agachó para mirar debajo del chasis, luego se levantó, se estiró y se sacudió las manos una con otra.

—El grupo de arqueología está trabajando en ello ahora. Tenemos que regresar allí a tiempo para escuchar su informe semanal; es a las once. —Takahashi miró el reloj—. Ahora son las nueve. Todo parece estar en orden. ¿Nos vamos?

Abrió la puerta del conductor para que ella subiera al camión.

—¿Has recibido ya lecciones de conducir?

Patricia negó con la cabeza.

—Entonces ya ha llegado el momento, ¿no crees?

Se encogió de hombros, nerviosa.

—No resulta nada difícil. Especialmente aquí. Las carreteras de servicio son fáciles de seguir. Hemos aprendido el código de las señales, situadas en las paredes, que usaban las máquinas de servicio; no son muy diferentes de los códigos de la Tierra. Reemplazan a los letreros de las calles. No hay más que poseer un lápiz lector en los signos que se encuentran cerca de las esquinas y sabremos dónde estamos. Cuando te diga que tuerzas... tuerces. Todas las

carreteras de servicio están rodeadas de muros: no puedes salirte de ellas aunque lo intentes. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Takahashi se subió al asiento junto al conductor y le enseñó el sistema de la columna de conducción.

—La columna funciona igual que la de un avión en un aspecto: si empujas el mando hacia delante, el camión avanza hacia delante, y cuanto más la empujas más deprisa avanza, hasta alcanzar los cien clicks. Para reducir la velocidad sólo hay que tirar del mando hacia atrás, hasta que quede derecho; si quieres poner la marcha atrás tienes que tirar del mando hacia ti. La máxima velocidad de la marcha atrás es de unos diez clicks. El cambio de velocidades es automático. Coge las asas que se encuentran en la barra horizontal y tuerce ésta en la dirección en la que desees ir. Si quieres dar una vuelta completa sin moverte del sitio ni ir hacia adelante ni hacia atrás, no tienes más que sujetar la columna en la línea central y darle la vuelta a la barra tanto como seas capaz de hacerla girar. El camión girará entonces sobre su propio eje. ¿Quieres hacer un poco de práctica?

—Naturalmente. —Patricia comenzó a maniobrar con el camión hacia delante y hacia atrás en el interior del garaje. Usando el mando de la dirección a modo de freno, empezó a acostumbrarse. Cuando creyó que ya había aprendido lo suficiente y que podía conducir, le dirigió una sonrisa a Takahashi—. Vamos —dijo.

—Lo has aprendido pronto, ¿no?

—No hables antes de tiempo —advirtió ella.

—De acuerdo. Da la vuelta. —Le señaló la primera entrada de servicio.

Las amuralladas carreteras de servicio se extendían entre los edificios de la ciudad y por debajo de ellos, evitando generalmente pendientes de más de diez o quince grados. En una sección, sin embargo, el trayecto semejaba a las montañas rusas. Takahashi la animaba para que no se detuviera en las subidas y bajadas.

—Acabamos de pasar por encima de la red principal de alcantarillado de este sector —explicó.

Allí donde las carreteras de servicio se convertían en túneles y donde los arcos y otras estructuras tapaban la mayor parte de la luz del tubo, había grandes paneles lechosos que proporcionaban una suave iluminación. En la ciudad no se veían sombras apreciables: todo estaba iluminado con una rica luz uniforme.

Cuando se acercaban a una desviación en la carretera de servicio, Takahashi sugirió que disminuyese la velocidad. Luego sacó un lápiz lector del bolsillo y apuntó con él en dirección a un entramado ilegible de líneas de muy distintos grosores que se encontraba cerca del final de la pared situada a la izquierda. Luego introdujo el lápiz en un agujero que a tal efecto tenía la pizarra electrónica

y en ésta apareció un mapa, un eje de coordenadas digital y las direcciones hacia los puntos más cercanos.

—A la izquierda —dijo—. Pronto vamos a entrar en el edificio de apartamentos. Por la puerta de atrás, por decirlo así.

La carretera de servicio pronto pasó por debajo de la plaza de una torre cilíndrica cuya deslumbrante superficie era toda dorada. Unas luces destellaron al pasar ellos, pero la forma del camión —o la presencia de ellos dentro del mismo— no disparó ninguna respuesta automática.

—Detente en esa puerta abierta que está ahí delante —indicó Takahashi.

Un letrero colgado de una cadena impedía el paso al tráfico de vehículos. Patricia leyó el letrero después de detener el camión y de colocar el freno de mano.

**PROHIBIDO EL PASO A CAMIONES Y PEATONES MÁS
ALLÁ DE ESTE PUNTO POR ORDEN DE Y. JACOB,
DIRECTOR DE LEQ UIPO DE ARQ UEOLÓGIA.**

—Y además lo dice en serio —comentó secamente Takahashi—. Más allá de este cartel es territorio virgen. Han inspeccionado este edificio y por eso se nos permite entrar; pero no toques nada.

Treparon hasta alcanzar una plataforma que estaba a un metro de altura y se detuvieron encima para entrar por una pequeña compuerta. Unas cadenas y cerrojos recientemente instalados mantenían abiertas más puertas. Patricia se dio cuenta de que había otros aparatos sensores —algunos recubiertos con cinta plateada—, que se hallaban colocados en las paredes, en el suelo y en el techo.

—Las máquinas debían de proporcionar comida, material o cualquier cosa que se necesitara en el edificio, a través de estos pasillos. Unos carros automáticos entregaban las mercancías en las oportunas rampas de distribución y éstas las elevaban hasta las diferentes partes del edificio. Desde este punto en adelante, sin embargo, ya no somos carga, somos personas.

Otra compuerta abierta daba acceso a una gran área de recepción del piso bajo. Varios asientos de formas libres y algunos divanes —hechos, aparentemente, de madera natural— amueblaban un foso de conversación situado a un nivel inferior, cerca de una gran ventana de una sola pieza que se elevaba por lo menos veinte metros hasta el techo. Un jardín de flores muy bien cuidado se veía por la ventana. Patricia se engañó completamente con la ilusión hasta que de pronto se dio cuenta de que el jardín estaba iluminado por la luz del sol y que a través de los árboles se veía el cielo azul. Se detuvo para mirarlo con más detenimiento mientras Takahashi la esperaba pacientemente con las manos cruzadas.

—Es precioso —observó.

—El jardín es real; la luz del sol y el cielo son una ilusión —explicó él con indiferencia.

—Me estaba preguntando cómo podrían vivir sin luz del sol y sin cielos azules.

—Si sales fuera, podrás ver que la ventana nos está tomando el pelo.

—Parece muy real.

El suelo parecía de baldosas brillantes, pero el tacto era como el de una alfombra. Patricia comenzó a arrastrar los pies un poco para experimentar, pero sus esfuerzos no produjeron sonido alguno.

—Subir requiere cierta fuerza de voluntad —le advirtió Takahashi. En el extremo más alejado del área de recepción había dos pasadizos abiertos en la pared—. No se recomienda para aquellos que tienen vértigo. —Entraron en el pasadizo de la izquierda. Takahashi señaló hacia abajo y levantó el pie para golpear un círculo rojo que había en el suelo. El círculo se encendió—. Siete —dijo él—. Los dos.

El suelo retrocedió. Sin soporte visible, ambos empezaron a volar hacia arriba por el pasadizo. Excepto por la apariencia de movimiento, no se notaba sensación de ningún tipo. Patricia abrió los ojos desmesuradamente y buscó con la mano el brazo de Takahashi. Por encima del área de recepción el pasadizo no tenía forma. No había manera de averiguar por cuántos pisos estaban pasando.

—Sólo tarda un segundo —dijo él—. ¿No te gusta? No sé cuántas novelas he leído en las que se hablaba de esta clase de cosas. En la Ciudad de Thistledown es real. —Era la primera vez que Patricia le oía expresar agrado en alguna forma. Takahashi parecía tener un intenso interés en observar la reacción de ella. *Otro misterio de spaghetti*— pensó. —*Ver cómo grita la chica*.

Patricia le soltó el brazo justo en el momento en que una parte del pasadizo se volvía transparente delante de ellos. Fueron depositados suave, amablemente, en el suelo que había más allá.

Tragó saliva con fuerza.

—Estoy maravillada —dijo haciendo un esfuerzo— de lo bien que funciona todo aquí, mientras que en la segunda cámara queda poca cosa que funcione.

Takahashi asintió, como reconocimiento que aquél era un interesante problema, pero fue incapaz o no quiso pronunciar una respuesta.

—Sígueme, por favor.

El vestíbulo se encontraba curvado por ambos lados. Era redondo en su sección de corte transversal y presentaba un color que oscilaba suavemente desde un rico verde bosque hasta un oscuro verde arce. Siempre daba la impresión de que estuvieran caminando en un círculo de luz cálida. Patricia miró hacia abajo y se dio cuenta entonces de que sus pies tocaban un plano invisible que se encontraba por encima del suelo del vestíbulo.

—Estamos caminando por el aire —dijo reprimiendo un temblor nervioso.

—Es la ilusión favorita de los habitantes de la Piedra. Pierde interés después

de un tiempo. —Se detuvieron y Takahashi señaló hacia abajo, hacia el suelo, a su derecha. «Siete cinco seis» brillaba allí en rojo bajo una tenue línea de color gris hoja—. Esto es una puerta, y casualmente la que deseamos. Ahora eres tú la que hace los honores. Levanta la mano, ponla en la pared y aprieta donde quieras.

Patricia levantó la mano e hizo lo que Takahashi sugería. Un óvalo de más de dos metros de altura desapareció de la pared dejando al descubierto la habitación blanca que se encontraba detrás.

—Los arqueólogos la encontraron por casualidad —continuó explicándole él—. Apparently se hallaba ya vacía antes del éxodo, y aquí es donde los futuros inquilinos tenían la posibilidad de examinar los apartamentos que iban a ser sus viviendas antes de contratarlos. Todas las demás puertas del edificio tienen un código personal o se hallan bloqueadas a los visitantes de cualquier otra forma. Y —como sabrás si lo has intentado ya— cualquier información sobre interiores o espacios privados de la Ciudad de Thistledown resulta imposible de conseguir en las bibliotecas. Bienvenida.

Patricia entró en el vestíbulo delante de Takahashi. La vivienda era toda de un blanco pristino, y estaba amueblada a base de módulos blancos semejantes a bloques que resultaban bastante poco armoniosos y recordaban vagamente sofás, sillas y mesas.

—Qué feo —comentó dando una vuelta por aquel salón sin ventanas. Unas puertas ovaladas conducían a dos dormitorios, al menos eso se imaginó que serían, igualmente blancos e igualmente amueblados con módulos. Las camas lo mismo podrían haber sido canapés.

El único objeto del apartamento que no era blanco era una lágrima de cromo que había sobre un pedestal. Patricia se detuvo junto a ella.

—Como las de la biblioteca.

Takahashi asintió.

—Pero están fuera de nuestro alcance. —Señaló una pequeña caja que estaba unida a la base del pedestal—. Cualquier intrusión y las alarmas se disparan en las oficinas de seguridad.

—¿Es una unidad de biblioteca casera?

—Eso es lo que imaginamos.

—¿Funciona?

—Por lo que yo sé, nadie la ha probado todavía. Pero pregúntaselo a Garry.

—¿Por qué no hay ventanas? ¿Se trata de un apartamento interior?

—Ninguno de los apartamentos tiene ventanas normales.

—¿Y por qué es tan feo?

—Si quieres decir sencillo, es porque nadie ha elegido el decorado. No hay diseño porque nadie está viviendo aquí. Se encuentra desocupado, ya lo ves.

—Sí. ¿Qué haría falta para decorarlo?

—Algo así como un contrato de arrendamiento, supongo —explicó Takahashi—. Entonces reaccionaría como todo lo demás que hay por aquí. Puedes decorarlo con la voz.

—Maravilloso —dijo Patricia—. ¿Nadie ha entrado en ningún otro apartamento?

—Al menos no en la tercera cámara. Están tan cerrados como un tambor.

—Y entonces, ¿cómo encontraron éste? ¿Nada más que por casualidad?

—Yitshak Jacob fue de piso en piso él solo, y en cada uno de ellos recorrió toda la circunferencia del edificio. Éste era el único apartamento de todos cuyo número se encontraba encendido.

—¿Cómo reconocería cada cual su casa?

—Quizás el número se encendiera y la puerta se abriera cuando cada cual se acercara. Puede que tuvieran otros métodos. En realidad estamos muy lejos de comprender estas cosas elementales.

Si no conocemos lo elemental —pensó Patricia—, ¿cómo vamos a entender alguna vez lo accesorio... la sexta cámara, el pasillo?

—Vamos a volver por el mismo camino que hemos venido —dijo Takahashi—. Y tratar de llegar a esa reunión antes de que dé comienzo.

Llegaron con el tiempo justo. La cafetería del primer complejo del equipo científico había cambiado por completo de distribución, y una tarima, un atril y varias filas de asientos llenaban ahora el espacio normalmente ocupado por el comedor. Rimskaya se encontraba de pie cerca de la tarima mientras los miembros interesados del equipo entraban en la cafetería hablando y buscando un buen sitio entre las filas.

Patricia y Takahashi entraron precisamente a las once. La mayor parte de los asientos estaban ya ocupados, así que se sentaron en la parte de atrás. Karen Farley se volvió desde su silla y los saludó con la mano. Patricia le devolvió el saludo y entonces Rimskaya se acercó al atril.

—Señoras y señores; colegas. Nuestro informe de esta mañana tiene que ver con el éxodo que tuvo lugar en la Piedra. Hemos hecho progresos substanciales en la investigación de este problema, y por ello podemos ahora exponer nuestras conclusiones con cierto grado de seguridad. —Presentó a un hombre delgado, de suave cabello castaño claro y delicadas facciones de Apolo—. El doctor Wallace Rainer, de la Universidad de Oklahoma, presentará nuestras conclusiones. La reunión de hoy no debería durar más de treinta minutos.

Rainer miró hacia la parte de atrás de la habitación, vio que la mujer que se hallaba al lado del sistema de proyección le hacía un gesto afirmativo con la cabeza, y entonces se dirigió hacia el atril blandiendo en la mano un puntero plegable de metal.

—Todo el equipo de arqueología ha estado trabajando en este informe, y varios miembros del equipo de sociología también. El doctor Jacob se encuentra indispuesto, y yo he sacado la paja más larga.

Risitas divertidas del público.

—Jacob nunca presenta sus informes —le susurró Takahashi a Patricia—. Es un hombre muy tímido. Prefiere las ruinas desiertas.

—Ha habido siempre un cierto asombro respecto a la coexistencia simultánea de la ciudad de la segunda cámara, conocida como Alexandría, y la mucho más avanzada Ciudad de Thistledown, sita en la tercera cámara. Todos nosotros nos hemos hecho la misma pregunta en un momento u otro: ¿por qué los habitantes de la Piedra mantuvieron Alexandría en su estado primitivo en vez de reconstruirla y modernizarla? Ciertamente, personas con el mismo temperamento que tenemos hoy en día se habrían sentido incómodas viviendo en un ambiente comparativamente tan primitivo cuando se podían alcanzar adelantos modernos por el bajo precio de una pequeña renovación urbana.

» Ahora conocemos muchísimo sobre las condiciones de vida en Alexandría, pero substancialmente menos sobre la Ciudad de Thistledown. Como ustedes saben, la seguridad —la seguridad del habitante de la Piedra— es muy estrecha en la ciudad de Thistledown, y a menos que queramos hacer una brusca irrupción en ella para entrar, tenemos sólo un lugar por donde acceder a las viviendas. Alexandría es más abierta, de alguna forma más amigable, si se me puede excusar un juicio muy poco antropológico.

» Todos los aquí reunidos tenemos un permiso de seguridad de nivel dos; sabemos que los habitantes de la Piedra eran humanos y que procedían de una cultura notablemente similar a la nuestra. En realidad vienen de una versión futura de la Tierra. Sabemos que había al mismo tiempo dos grandes categorías sociales: los Geshels, o gentes con una orientación técnica y científica, y los Naderitas. Me pregunto, de paso, quién le va a hablar a Ralph sobre esto.

Aburridas risas en el público.

—Un viejo chiste —le confió Takahashi a Patricia.

—Ahora sabemos que Alexandría, antes del éxodo de los habitantes de la Piedra, estaba ocupada en su mayor parte por Naderitas ortodoxos. Éstos, al parecer, se agarraban a las tecnologías y estilos anteriores al siglo veintiuno.

Patricia, con algo así como un sobresalto, se dio cuenta de que ninguna de aquellas personas, excepto ella misma, Takahashi y Rimskaya sabían por qué aquella particular línea divisoria era tan importante.

—En ese aspecto los Naderitas ortodoxos eran bastante parecidos a los Amish. Y como los Amish, también hacían algunas concesiones: entre ellas los megas y algunas otras innovaciones arquitectónicas. Pero las aspiraciones que tenían estaban muy claras; preferían conservar el estilo propio de Alexandría y rechazar el más avanzado de la Ciudad de Thistledown. No estamos en absoluto

seguros de cuándo exactamente esta división entre los Naderitas ortodoxos y sus compañeros más liberales, junto con los Geshels, tuvo lugar, pero ocurrió al principio del viaje de la Piedra.

» Estamos bastante seguros de que la Ciudad de Thistledown fue evacuada y clausurada por lo menos un siglo antes que Alexandria. En otras palabras, el éxodo ocurrió en la tercera cámara casi cien años antes de la evacuación final de la segunda cámara. Hay substanciales evidencias de que la segunda cámara fue al final vaciada por la fuerza.

» La Piedra, así pues, no se quedó vacía simplemente a causa de una migración social masiva, sino también para completar un plan que estaba muy bien definido. Las personas que estaban de acuerdo con dicho plan les dieron a sus compañeros más conservadores un siglo para obedecer, y cuando al final vieron que éstos continuaban mostrándose reacios, decidieron trasladarlos aun en contra de su voluntad. Resulta bastante curioso, pero tenemos evidencias de que algunos Naderitas ortodoxos fueron obligados a vivir en la Ciudad de Thistledown durante unos cuantos años.

» Suponemos que todos los habitantes de la Piedra salieron por la vía del pasillo. No tenemos pruebas físicas de esto, y aún no sabemos por qué el éxodo tuvo lugar o por qué los poderes que había detrás del éxodo deseaban que la Piedra quedase completamente vacía.

La presentación terminó con una serie de imágenes proyectadas que mostraban los barrios de viviendas de Alexandria y diagramas de los niveles teóricos de población para los diferentes siglos en la segunda y tercera cámaras. Mientras se oían unos apagados aplausos, Rainer le devolvió el atril a Rimskaya.

—Los grupos de antropología y arqueología han hecho un magnífico trabajo, ¿no les parece? —comentó al mismo tiempo que consultaba con la mirada con los que estaban en las primeras filas.

Patricia se levantó mientras se seguían oyendo los aplausos. Takahashi fue tras ella hasta salir de la cafetería y llegar a la luz del tubo.

—Es fascinante —dijo ella—, y aprecio el paseo de hoy. Están trabajando a ciegas, ¿verdad?

Takahashi se encogió de hombros; luego asintió con la cabeza.

—Sí. Los grupos de sociología y antropología no tienen permiso de nivel tres. Rimskaya les guía lo mejor que puede sin romper la seguridad.

—¿No te pone enfermo toda esta charada?

Takahashi movió la cabeza vigorosamente.

—No. Es esencial.

—Puede ser —convino Patricia, dubitativa—. Tengo un montón de trabajo que hacer antes de que regrese Lanier.

—Es cierto. ¿Quieres una escolta?

—No. Regreso a Alexandria un rato. Luego estaré en la séptima cámara, si

me necesitas para algo.

Takahashi se detuvo con las manos metidas en los bolsillos; hizo un gesto de asentimiento y luego dio la vuelta y regresó a la cafetería.

Farley salió unos segundos después y la alcanzó cuando iba ya por el garaje que se encontraba fuera del complejo.

—¿Te llevo?—preguntó.

—Rupert me ha dado lecciones de conducción. Creo que me relajaría conducir un rato.

—Claro que sí —dijo Farley. Firmaron para sacar un camión y saltaron a bordo.

La habitación olía a humo rancio, a aire acondicionado y a trabajo nervioso. Cuando Lanier y Hoffman entraron en ella había ya otras cuatro personas en su interior, todos hombres. Dos de ellos llevaban trajes de polyester de un color gris plateado; eran gruesos y calvos, como rusos de opereta. Los otros dos lucían trajes bien cortados de estambre de lana; con aquellos peinados y obesidades a duras penas resultaban respetables. Hoffman les sonrió a todos mientras intercambiaban saludos, después de lo cual todos los presentes se sentaron alrededor de una mesa de conferencias ovalada. Un embarazoso silencio se prolongó durante varios minutos mientras esperaban a que llegasen Hague y Cronberry.

Cuando los grupos estuvieron igualados, el oficial ruso de mayor graduación, Gregori Feodorovski, sacó una única hoja de papel de una carpeta de cartulina y la depositó sobre la mesa. A continuación se puso unas gafas de montura metálica sobre la nariz y se las colocó cuidadosamente por detrás de las orejas con un suave movimiento mientras sujetaba con la mano una de las patillas.

—Nuestros gobiernos tienen necesariamente que tratar algunos puntos concernientes a la Piedra o, como nosotros la llamamos, la Patata. —El inglés de aquel hombre era excelente. Tenía una expresión tranquila y pausada—. Hemos presentado ya estas objeciones ante el COMICE y ahora queremos oír lo que ustedes tengan que decir sobre ello.

» Entretanto, nosotros estamos dispuestos a conceder, aunque bajo protesta, que los derechos primarios de exploración pertenezcan a aquellos que fueron los primeros en visitar la Piedra...

Eso, recordó Lanier, había sido una concesión para los próximos dos años.

—... somos de la opinión de que la Unión Soviética y los estados soberanos que son nuestros aliados han sido engañados en sus derechos. Mientras se permite la presencia de científicos soviéticos en la Piedra, al mismo tiempo se les atormenta constantemente y no se les consiente que dirijan su propio trabajo. Se les ha denegado el acceso a la información importante. A la luz de éstas y otras ofensas, que en este momento se le están presentando a su Presidente y al Consejo Consultivo del Senado en materia de Espacio, creemos que el COMICE ha sido puesto en peligro, y que la Unión Soviética y los estados soberanos aliados

han sido... —se aclaró la garganta, como si se sintiera violento— tratados de la más maliciosa de las maneras. Se ha aconsejado a los estados amigos que una más prolongada participación en la investigación multinacional de la Piedra, dominada como está por los Estados Unidos y por NATO-Euroespacio, no tiene ningún objeto. Así pues, a no tardar retiraremos todo nuestro personal y nuestra ayuda de esta empresa.

Hoffman hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y apretó los labios con fuerza. Cronberry esperó los diez segundos indispensables para considerar oportunamente aquella declaración, y luego habló.

—Lamentamos que hayan tomado esa decisión. Pensamos que las alegaciones hechas contra el COMICE, NATO-Euroespacio y el personal de la Piedra en el pasado, resultan infundadas, pues están basadas en desafortunados rumores. ¿Es definitiva la decisión de sus superiores?

Feodorovski asintió.

—Los acuerdos de COMICE hechos con respecto a la Piedra exigen la retirada de todos los investigadores hasta que estos problemas se resuelvan.

—Eso carece por completo de sentido práctico —apuntó Hoffman. Feodorovski se encogió de hombros al tiempo que fruncía los labios.

—No obstante, es lo que estipulan los acuerdos.

—Señor Feodorovski —intervino Hague poniendo ambas manos sobre la mesa con las palmas hacia arriba, un gesto que Lanier estudió detenidamente—, creemos que hay otras razones que aún no han sido expuestas para la retirada de su personal. ¿Podemos discutir esas razones?

Feodorovski hizo un ligero movimiento afirmativo con la cabeza.

—Con la advertencia previa de que ninguno de nosotros tiene poderes suficientes para negociar ni para hacer declaraciones formales.

—Entendido. Tampoco nosotros los tenemos. Creo que todos nosotros necesitamos relajarnos un poco para ver con claridad nuestra manera de... negociar honestamente, directamente, con los otros. —Miró a Feodorovski y a los demás con las cejas levantadas inquisitivamente. Los otros asintieron con la cabeza—. Nuestro Presidente ha sido informado de que la URSS da crédito a una peligrosa información acerca de que se ha descubierto en la Piedra algo de naturaleza tecnológica que está orientado al armamento —dijo Hague.

El rostro de Feodorovski estaba inexpresivo, en una actitud de cortés atención.

—Aunque es verdad que NATO-Euroespacio ha comenzado la investigación de ciertos aspectos, descuidados hasta ahora, de la segunda y tercera cámaras de la Piedra...

—En contra de nuestros deseos y con nuestras protestas —dijo Feodorovski.

—Sí, pero con consentimiento final por su parte.

—Bajo presión.

—Naturalmente —dijo Hague, levantando de nuevo las cejas y bajando la

vista hacia la mesa—. Mientras esta área de investigación ha estado cedida a nosotros, no se ha descubierto ninguna información de ese tipo en la Piedra.

Y, naturalmente, era cierto que no se había descubierto. Las bibliotecas no contenían ninguna información específica sobre armamento.

—Según los pactos en vigor, un descubrimiento de tal magnitud tendría que ser comunicado inmediatamente al consejo de arbitraje de Ginebra.

—Puede que sea así —dijo Feodorovski. Lanier se preguntó para qué servirían los otros tres hombres; ¿para guardar el sitio? ¿Serían guardaespaldas? ¿Vigilantes para observar lo que hacía Feodorovski?—. Pero a nosotros no nos preocupan tales informes. Permítame que les hable con claridad. —Ahora Feodorovski también colocó ambas manos sobre la mesa con las palmas hacia arriba—. No estoy autorizado para hablar formalmente, recuérdelo. Como un ciudadano privado permítanme que exprese mi inquietud sobre este asunto. —Respiró profundamente, preocupado—. Todos nosotros somos, en un sentido, colegas. Gran parte de nuestros intereses son los mismos. Permítanme decirles que este informe sobre tecnología de nuevos armamentos no es un asunto realmente importante. Mi gobierno, y los gobiernos de los estados soberanos que son nuestros aliados, se encuentran ahora mucho más preocupados por el hecho de que los informes de las bibliotecas de la Piedra, concretamente las de las ciudades de la segunda y tercera cámaras, para ser más precisos, contengan narraciones de una futura guerra entre nuestras naciones.

Lanier estaba atónito. Él pensaba que la seguridad a bordo de la Piedra —y más concretamente alrededor de las bibliotecas— era en extremo severa. ¿Sería él mismo el responsable de tan odiosa filtración, o se trataría de una filtración procedente de otra fuente, quizás del despacho del Presidente o del de Hoffman?

—Ésta es una situación absolutamente desacostumbrada —continuó diciendo Feodorovski—. Con franqueza, a mis colegas y a mí nos resulta muy difícil creer que no estemos viviendo un cuento de hadas. —Sus tres acompañantes movieron la cabeza, aunque no al mismo tiempo—. Pero los informes que hemos recibido son dignos de toda confianza. ¿Qué tienen ustedes que decir sobre este asunto?

—Las bibliotecas se han manejado con mucho cuidado —afirmó Hague—. Acabamos de empezar a procesar la información allí almacenada.

Feodorovski, exasperado, levantó la vista hacia el techo.

—Nos hemos comprometido a hablarnos francamente unos a otros. Mi gobierno *sabe* que tal información existe en las bibliotecas. En realidad, estamos seguros de que los informes sobre dicha guerra futura se encuentran ya en manos de su Presidente.

Paseó los ojos alrededor de la mesa. Lanier le sostuvo la mirada y advirtió el recuerdo de una sonrisa en sus labios.

—Sí —continuó Feodorovski—. Sabemos, naturalmente, que fueron humanos los que construyeron la Piedra, o los que la construirán dentro de unos siglos.

Estamos al corriente también de que será construida en un asteroide llamado Juno. Lo sabemos porque en todos los aspectos el asteroide Juno y la Piedra son idénticos. La nave que enviamos al cinturón de asteroides nos ha confirmado esto.

—Señor Feodorovski, nos estamos enfrentando a un problema nada común —dijo Hoffman—. Estamos seguros de que la Piedra no procede de nuestro universo, sino de un universo alternativo. Creemos firmemente que la información contenida en las bibliotecas puede ser objeto de malas interpretaciones. A lo mejor no predicen en ningún aspecto situaciones de nuestro mundo. Los datos científicos pueden resultar útiles, y por ello los estamos estudiando detenidamente, pero dar información de forma indiscriminada puede ser desastroso.

—De todas formas existe una historia allí.

Cronberry intervino:

—Si la hay, nosotros no estamos enterados en secreto de ella.

Lanier sintió que se le hundía el corazón. Odiaba las mentiras, incluso las mentiras que eran necesarias. Le resultaba odioso tomar parte en las mentiras. Pero, lo mismo que Cronberry y que Hague, tampoco deseaba que los rusos consiguieran información alguna de las bibliotecas. Y esto lo convertía en mentiroso.

El ruso que estaba sentado más cerca de Feodorovski —Yuri Kerzhinsky— se inclinó para susurrarle algo al oído. Feodorovski asintió.

—Señor Lanier —dijo entonces—, ¿niega usted la existencia de esta información?

—No sé nada sobre ella —le aseguró Lanier suavemente.

—Pero me concederá usted, supongo, que si tal información existe, el hecho de conocerla, de estar al corriente de ciertas fechas, incluso de ciertas horas, el conocer las situaciones y sus consecuencias por adelantado, sería de gran valor estratégico, y también le sometería a usted a una fuerte tensión a título individual.

—Imagino que sería así —dijo Lanier.

Hague interrumpió la conversación:

—El señor Lanier no debe ser molestado.

—Lo siento mucho —dijo Feodorovski—. Le presento mis disculpas. Pero nuestro problema es mayor que las cortesías individuales.

Kerzhinsky se levantó de repente:

—Caballeros. Todos ustedes se dan cuenta de que en estos momentos existe una muy grave tensión entre nuestras naciones, posiblemente la más grave desde la década de mil novecientos noventa. En nuestra opinión, los problemas surgidos a bordo de la Piedra están comprometiendo la paz del mundo. La Piedra está haciendo que las tensiones se incrementen, particularmente en lo que se refiere al tema de las bibliotecas. Es obvio que nosotros no podemos resolver las

dificultades en conversaciones a este nivel. Por ello no veo la necesidad de que sigamos hablando aquí.

—Señor Kerzhinsky —dijo Hoffman—. Tengo aquí un documento que creo que el Secretario de su Partido debe ver. Contiene la posición de todos los científicos a bordo de la Piedra respecto a la cooperación. Y creo que eso aclara por completo los rumores de hostigamiento.

Kerzhinsky movió la cabeza y golpeó la mesa con el dedo índice varias veces.

—Ya no tenemos interés en tales actitudes. El hostigamiento no es el verdadero problema. Las bibliotecas son el problema. Las conversaciones van a continuar enseguida a un nivel superior y más formal. Lo único que nos queda es desear que a ese nivel obtengan mejores resultados.

Los cuatro se levantaron y Hague los acompañó hasta la puerta. A la salida un agente del servicio secreto los tomó a su cargo. Hague cerró la puerta y regresó con los demás.

—Eso —dijo—. Es eso.

—Me pone enfermo —comentó Lanier en voz baja.

—¡Oh! —exclamó Cronberry levantándose a medias de su asiento—. ¿Y qué quería usted que hiciéramos, señor Lanier? Eres el único responsable, ¿no lo sabes? No has tenido bien sujetas las riendas en lo concerniente a la seguridad, y por eso ahora nos encontramos metidos en este embrollo... en esta maldita catástrofe diplomática. ¿Por qué abriste las bibliotecas, en primer lugar? ¿No fuiste capaz de *oler* los problemas que causarían? Yo los hubiera olido, por Dios. Todo el lugar debe apestar.

—Cierra el pico, Alice —dijo Hoffman tranquilamente—. Deja de comportarte como un asno.

Cronberry los miró a todos, luego se sentó y encendió un cigarrillo. La manera como manoseaba el encendedor y sujetaba el cigarrillo entre los dos dedos, le produjo náuseas a Lanier.

Nos estamos saliendo de madre —pensó—. *Como niños jugando con escopetas de verdad y balas de verdad.*

—El Presidente me llamó ayer —les informó Hoffman—. Está muy enojado con todo este asunto de las bibliotecas. Desea que se cierren y que se detenga inmediatamente cualquier clase de investigación. Dice que hemos permitido que las cosas se salgan de control. Y en realidad no puedo estar en desacuerdo con él. Garry no tiene más culpa que el resto de nosotros. De cualquier forma, el Presidente va a ordenar al Comité del Congreso encargado de la vigilancia de la Piedra que detenga toda la investigación hasta nuevo aviso. Los rusos se van a salir con la suya.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó Lanier.

—¿Hasta que la orden llegue por los conductos reglamentarios? Una semana,

probablemente.

Lanier sonrió burlonamente y meneó la cabeza.

—¿Qué te hace gracia? —preguntó Cronberry friamente, en vuelta en una flotante concha de humo.

—Los archivos dicen que faltan sólo dos semanas para la guerra.

Hoffman invitó a Lanier a su despacho a tomar una copa esa misma tarde. Llegó a las siete, después de una cena rápida en la cafetería del Laboratorio de Propulsión a Chorro, y de nuevo hizo que sus agentes se quedaran a la entrada. El despacho de Hoffman en el LPC era tan sobrio y utilitario como el de Nueva York con la diferencia que éste tenía mas bloques de memoria de datos.

—Lo intentamos —dijo ella al tiempo que le ofrecía un whisky solo—. Bien. —Brindó con él con un vaso de Dubonnet con hielo.

—En efecto —convino Lanier.

—Pareces cansado.

—Estoy cansado.

—Tienes el peso del mundo sobre tus hombros —dijo Hoffman mirándole con precaución.

—El peso de un par de universos —corrigió Lanier—. Estoy empezando a descubrir el hijo de puta tan grande que estoy hecho, Judith.

—Yo también. Esta tarde he vuelto a hablar con el Presidente.

—¿Ah, sí?

—Sí. Me temo que lo llamé idiota. Probablemente me echará o me obligará a dimitir cuando estés en órbita.

—Mejor para ti —la animó Lanier.

—Siéntate. Cuéntame. Dime cómo es aquello. Deseo tantísimo estar allí... — Hoffman acercó sillas y se sentaron uno frente a otro.

—¿Por qué? Ya has visto en los bloques de memoria toda la información.

—Ésa es una pregunta estúpida.

—Sí —admitió él. Los dos estaban empezando a ponerse ligeramente alegres antes de que el alcohol hubiera tenido oportunidad de hacerles ningún efecto. Lanier había observado antes en otras ocasiones que, en momentos de tensión, le sucedía aquello.

—¡Maldita sea! Vaya si comprendo por qué están preocupados los rusos — comentó Hoffman después de unos momentos de silencio—. Durante los últimos diez años hemos sido nosotros los que hemos llevado la batuta en todos los terrenos, diplomáticamente, tecnológicamente. En el espacio y en la Tierra. Como liebres compitiendo con una tortuga. Ellos son como dinosaurios y odian todo lo que sea más rápido y más adaptable. Bueno, el joven Iván no distingue lo que es una terminal de computadora de una rueda de tractor. Incluso los chinos

los adelantan.

—Los chinos pueden estar delante de nosotros en una generación o dos.

—Bueno. Pero nos sirven bien —indicó Hoffman—. Y ahora resulta que llega la Piedra y nosotros la interceptamos, la reclamamos como nuestra, les permitimos dar unos cuantos bocados inútiles en interés de la cooperación internacional... y lo que quiera que haya en la Piedra bien podría convertirse en una tumba para el bloque del Este. Tendremos el control de una tecnología ni siquiera imaginada antes. Jesús. Me gustaría que fuéramos capaces de sentarnos con ellos y razonar... pero los rusos están demasiado amedrentados y nuestro Presidente es un maldito estúpido.

—No creo que estúpido sea la palabra apropiada. Con nervios de guerra, quizás.

—Sabía poco de la Piedra cuando se presentó a las elecciones.

—Sabía que estaba llegando —dijo Lanier—. Ninguno de nosotros sabía mucho más que eso.

—Bueno, pues que se joda si no sabe aceptar una broma —afirmó Hoffman mirando hacia los postigos de la ventana—. Cuando eras piloto, hace tiempo —continuó—, te estrellaste en una ocasión. ¿Dónde habrías deseado estar antes de que tu avión cayera?

—En los controles —respondió Lanier sin dudarle ni un instante—. Tenía tantos deseos de salvar aquel avión que ni siquiera se me ocurrió pensar en saltar. Me parecía que el avión era algo absolutamente precioso y que tenía que salvarlo a toda costa. Y por otra parte también deseaba evitar que el aparato matara a otras personas. Así que los dos fuimos a parar a un lago.

—Yo no soy tan valiente —le confió Hoffman—. Creo que la Tierra es bonita y quiero salvarla. He echado el resto para conseguirlo. Y ahora lo único que obtengo es mierda. Tu avión no se estrelló contra tus propias narices. No te pidieron cuentas después por tu mejor trabajo, ¿no?

Lanier negó con la cabeza.

—Eso es lo que está sucediendo aquí. Así que me digo a mí misma: que se vayan al infierno. Quisiera estar arriba en la Piedra cuando eso suceda.

—Si todo se va al infierno en la Tierra, no vamos a poder bajar de la Piedra durante años. Ni siquiera las instalaciones lunares serán capaces de ayudarnos.

—¿La Tierra sobrevivirá?

—A duras penas —repuso Lanier—. Habrá un año de temperaturas bajo cero en todo el hemisferio norte, plagas y hambre, revoluciones. Si las bibliotecas reflejan verdaderamente la realidad, puede ser que en total mueran dos o tres mil millones de personas.

—Pero no será el fin del mundo.

—No. E incluso puede que no suceda.

—¿Lo crees así?

Lanier guardó silencio durante un largo momento. Ella esperó, casi sin pestañear.

—No. Ahora ya no. Quizá lo hiciera si la Piedra nunca hubiese llegado.

Hoffman dejó la copa en la mesa y pasó los dedos por el borde del cristal.

—Bien. Voy a tratar de subir hasta allí. No me preguntes cómo. Si lo consigo, te veré en la Piedra. Si no... ha sido un placer trabajar contigo. Me gustaría que siguiéramos trabajando juntos. —Extendió una mano, atrajo a Lanier hacia ella y le dio un beso en la frente—. Gracias.

Media hora después, cuando ya se habían bebido tres copas más cada uno, Hoffman acompañó a Lanier hasta la puerta. Entonces cogió un pedazo de papel doblado y se lo metió en la mano.

—Ahora guárdate esto y utilízalo como gustes. Se lo puedes dar a Gerhardt, si quieres, o bien destruirlo. Probablemente en este momento ya no tenga importancia.

—¿Qué es? —preguntó él.

—El nombre del agente ruso en la Piedra.

La mano de Lanier apretó con fuerza el papel, pero no lo desdobló.

—El Presidente se está moviendo más rápidamente de lo que yo pensaba —le explicó Hoffman—. Mañana mismo van a ordenarte que cierres las bibliotecas. Quiere convencer a los soviéticos de que somos dignos de confianza.

—Eso es una locura —dijo Lanier.

—No tanto. Es solamente política. Tiene graves problemas. ¿No acabo de decirte? Si. Hasta soy capaz de comprender al Presidente ahora. Debo de estar bebida. De todas formas, ¿qué importa eso?

—Seguro que podría importar.

—Entonces haz lo que quieras. Tardarán un par de semanas en encontrar algo y en hacer el esfuerzo de echarlo. —Sonrió—. Tan pronto como Vásquez averigüe algo, me lo haces saber, ¿de acuerdo? Aún no se han jugado todas las cartas. Todavía quedan algunos senadores y un par de miembros de la Jefatura Conjunta que están de mi parte.

—Así lo haré —dijo Lanier. Cogió el papel y se lo metió en el bolsillo.

Ella le abrió la puerta.

—Adiós, Garry.

El agente que estaba a unos pasos en el pasillo los miró abobado.

¿Realmente deseo saber quién es?

Tenía que saberlo.

Tenía que regresar a la Piedra preparado para lo que pudiera suceder.

Heineman pilotó el V/STOL él solo, usando el cohete de la nave para empujar el sobretubo por el eje desde la perforación de la primera cámara. Habían pasado solamente cuarenta minutos desde que enganchara el sobretubo al V/STOL en la perforación del polo sur. La « tierra » lo rodeaba por todos lados, lo que al principio le produjo una peculiar sensación de vértigo. ¿Qué dirección debía utilizar para orientarse? Pero enseguida se fue adaptando a ello.

Usando las señales de radio que estaban colocadas en cada una de las cámaras y coordinándolas por medio de las computadoras de guía del V/STOL, Heineman podía conocer en todo momento su propia posición con un margen de error de unos cuantos centímetros. Cauta y amorosamente condujo sin mayores dificultades aquel montaje de cámara en cámara, usando para ello cargas de propulsión transitorias en el sobretubo y en la nave, coordinadas a través del propio sistema de guía adaptado de la nave.

Entrar en cada una de las perforaciones era una experiencia que le ponía los pelos de punta. En el centro de los macizos casquetes grises se encontraba aquel diminuto agujero —más ancho que un campo de fútbol— que en realidad no podía considerarse como un desafío, puesto que desde lejos era casi invisible...

Voló firmemente sobre el oscuro paisaje gótico de nubes, montañas y precipicios de la tercera cámara. Al entrar en la perforación que había entre la quinta y la sexta, transmitió unas precisas instrucciones a un grupo de ingenieros de su equipo que le esperaba cerca de la singularidad de la séptima cámara:

—Bájenla ya. Voy a llegar dentro de unos minutos. —Acusaron recibo y comenzaron a dismantelar la cima del andamio de investigación.

Era su intención enhebrar la aguja a la primera, despacio pero con mucha pericia.

Aquellos dos vehículos unidos resultaban algo monstruoso desde un punto de vista aerodinámico, y también incómodos, se mirase desde donde se mirase, pero no resultaba difícil hacerlos volar. El casi vacío del eje de la Piedra no ofrecía resistencia alguna.

Incluso concentrándose en la última fase de la maniobra, Heineman no podía dejar de pensar en que estaba haciendo volar la nave.

Entrar de nuevo era la parte más incierta. Una vez que el sobretubo estuviera

ensartado y firme sobre la singularidad, Heineman probaría las abrazaderas haciendo un recorrido de treinta y un kilómetros hacia abajo por el eje. El descenso sería mucho menos complicado —eso le habían dicho— en aquel lejano punto del pasillo; podría descender casi en línea recta en vez de tener que hacer la espiral exigida dentro de la cámara rotatoria.

El V/STOL se desengancharía y se impulsaría a sí mismo apartándose del eje por medio de pequeños encendidos de los motores de peróxido de hidrógeno. Entonces empezaría a caer directamente a plomo, y solamente encontraría una cierta resistencia al llegar al nivel de la barrera del campo atmosférico y del tubo de plasma, situados a unos veintidós kilómetros por encima del suelo de la cámara y a unos tres del eje. Los surtidores de aire y las emanaciones que fluían hacia arriba a causa de la desviación de Coriolis y del calor de la compresión, hacían que aquel primer delgado kilómetro de aire resultase verdaderamente peligroso; el piloto del V/STOL tendría que olvidarse de muchos de los axiomas aprendidos en la Tierra.

Los diseñadores habían calculado cuidadosamente el consumo de combustible de la nave. Podía hacer veinte ascensos y descensos y volar aproximadamente cuatro mil kilómetros a velocidad de crucero por el aire, antes de tener que abrir las espitas de los tanques de combustible de oxígeno y de peróxido de hidrógeno del sobretubo. Cargado en su máxima capacidad, el sobretubo podía recargar el V/STOL cinco veces. Y cuando estuviera enganchado a la singularidad, el sobretubo podría viajar indefinidamente usando el efecto de transformación espacial.

Ahora ambos, la nave y el sobretubo, estaban volando completamente vacíos. Una vez estuvieran ensartados, las tripulaciones podrían cargarlos con combustible y oxígeno procedentes de la plataforma situada en la perforación de la séptima cámara.

La sexta cámara daba vueltas a su alrededor; eran un cilíndrico paisaje lleno de nubes con múltiples espacios despejados entre ellas, espacios por los cuales era posible ver aquellas máquinas cuya existencia Heineman había conocido hacía sólo tres días.

Estaba casi convencido de que los arqueólogos y los físicos habían estado conspirando contra él, por puro despecho, con la intención de mantenerlo apartado de las partes más interesantes de la Piedra.

—No hay piezas móviles —le había explicado Carrolson—. No creímos que tuvieras interés en ello.

Heineman apretó los dientes y luego expulsó todo el aire de los pulmones produciendo un silbido. La maquinaria de la sexta cámara resultaba sobrecogedora. Nunca había soñado siquiera que alguna vez llegaría a ver nada como aquello, ni siquiera en la Piedra. Casi dejó de prestarle atención al pilotaje del sobretubo y del V/STOL.

La última perforación se aproximaba a él rápidamente. Heineman aminoró la velocidad del montaje y dio un ligero impulso a la nave por última vez. Tomando en consideración ciertas correcciones que había que hacer a causa del centro del agujero y de las corrientes cuyo origen era debido a las irregularidades impuestas a la Piedra por la órbita Tierra-Luna en que se hallaba, se las arreglaría para deslizarse hasta quedar justo encima de la singularidad, disminuir la velocidad del montaje con las abrazaderas y luego proceder a la prueba del sobretubo.

—Ahí está —dijo Carrolson señalando con el dedo. Se puso a mirar detenidamente con unos prismáticos polarizados y provistos de filtro hacia el tubo de plasma, hacia el lugar preciso en que éste se unía con el casquete sur; al cabo de un rato tendió los prismáticos a Farley. Ésta echó un vistazo con ellos y distinguió con toda claridad los dos vehículos acoplados uno al otro y aparentemente inmóviles, sin soporte alguno, en el aire; resultaba imposible ver la singularidad desde una distancia tan grande.

—¿Lo va a pilotar hacia abajo hoy?

Carrolson asintió.

—Heineman lo probará y se quedará aquí hasta que Lanier vuelva.

Rimskaya llegó por detrás de ellas y se quedó allí en silencio mientras se pasaban los prismáticos.

—Señoras —dijo unos momentos después—, tenemos trabajo que hacer.

—Claro que sí —contestó Farley. Carrolson sonrió a espaldas de Rimskaya. Regresaron a la tienda.

Vásquez continuó su recorrido por la ciudad de la tercera cámara por medio de la simulación de la biblioteca. Descubrió que podía pasear a su antojo a través de toda la grabación tomando la ruta que más le gustase, aunque aún no fue capaz de entrar en espacios privados.

Generalmente estos recorridos le servían para relajarse entre largos períodos de esfuerzo intelectual. También daba paseos a pie; la independencia que sentía al ir de un lugar a otro por la Piedra con un mapa de bolsillo o la pizarra electrónica y los bloques de memoria —y sin que nadie le preguntara sus intenciones—, resultaba estimulante. Casi conseguía olvidarse de los pensamientos oscuros, aunque no del todo.

Montaba, por lo menos una vez cada veinticuatro horas, en los trenes que iban desde la sexta a la tercera cámara. Ocasionalmente utilizaba la biblioteca de la segunda y a veces se quedaba allí y dormía en el camastro que había en la oscura sala de lectura. Aquél no era precisamente su lugar favorito para dormir —prefería con gran diferencia la tienda de la séptima cámara, donde estaba cerca de la demás gente—, pero era allí donde gozaba de mayor intimidad. Ni siquiera Takahashi usaba a menudo la biblioteca de la segunda cámara.

Las bibliotecas eran los dos centros de mayor interés para llevar a cabo su trabajo. Al tiempo que los problemas se iban moviendo de un punto a otro y se abrían paso en su mente, Patricia se dedicaba a reunir más información de la que en realidad necesitaba, deleitándose en aquella especie de lujo intelectual.

Cuando solicitaba cualquier referencia que de algún modo tuviese que ver con el diseño de la Piedra, la biblioteca representaba aquella sólida y convincente esfera negra rodeada por un círculo de pinchos que miraban hacia delante. Y una voz agradable le anunciaba:

—No hay acceso normal a este material. Por favor, consulte con el bibliotecario de servicio.

Muy pronto Patricia percibió una imagen, y ello le resultó muy frustrante. De hecho todo el material relacionado con la teoría y construcción de la sexta cámara era inaccesible. No existía material sobre la séptima o sobre el pasillo; la respuesta a sus preguntas en este campo era bastante simple:

—No está en los archivos. —La información venía acompañada de una barra

negra.

Mientras se encolerizaba a causa de estas negativas, se le ocurrió que podía remontarse hacia atrás en los archivos y examinar sus propios trabajos —incluso los trabajos futuros— para ver si tenía un doble y si ese doble había dejado huella en el universo de la Piedra.

Pero sentía una aversión casi supersticiosa a sondear este tema en profundidad. Y cuando finalmente se tropezó con su propio nombre, fue por casualidad.

Las únicas claves reales que conducían a la sexta cámara se encontraban en la biblioteca de Alejandría, confinadas en una colección de setenta y cinco volúmenes de manuales de instrucción básica que parecían estar destinados a gente aficionada a los trabajos manuales y a ingenieros, como una edición de coleccionistas o un obsequio de jubilación.

Fue en el volumen cuarenta y cinco, un pesado tomo de dos mil páginas que contenía teoría sobre la primitiva maquinaria de la sexta cámara y sobre la regulación de la inercia, donde Patricia se encontró con su propio nombre en una nota a pie de página.

En aquella oscura habitación de lectura, con las lámparas de las mesas y las líneas de luz como única iluminación, se quedó mirando a la referencia con la espalda rígida.

Patricia Luisa Vásquez —leyó, como si aquellos sonidos fueran algo mágico—, *Teoría de las líneas geodésicas n-espaciales aplicadas a la física newtoniana con un tratado especial sobre las líneas p-simplon del mundo*. De cualquier forma, ella no había escrito nunca —aún no— un artículo que llevase aquel título.

Sería publicado en el año dos mil veintitrés, en un número del *Diario de Física Aceptada de la Post-Muerte*.

Patricia sobreviviría a la Muerte.

Y contribuiría, al menos de esta modesta manera, a la construcción de la Piedra.

Encontró el artículo en la biblioteca de la Ciudad de Thistledown, donde aparentemente era considerado demasiado arcaico como para que mereciera la pena ser prohibido. Lo estuvo leyendo detenidamente, al tiempo que las palmas de las manos se le iban poniendo húmedas, y encontró que la mayor parte era muy difícil de entender. Abriéndose paso entre aquellos símbolos que le resultaban poco familiares y a través de la oscura terminología, mientras trataba de llegar al grano de lo que su doble escribiría dentro de dieciocho años —o había escrito en siglos pasados—, se le ocurrió una explicación fantasma.

En los planos originales de la Piedra que había revisado, el único propósito de la maquinaria de la sexta cámara había sido regular el momentum de los objetos seleccionados dentro de la Piedra en direcciones aproximadamente paralelas al eje. Esta función había eliminado la necesidad de canalizar los ríos, de utilizar

una arquitectura especial para los edificios, e incluso de usar un diferente diseño para las cámaras propiamente dichas.

Al principio de la construcción de la Piedra se había colocado el límite superior para la aceleración y desaceleración en un tres por ciento de G. Pero con la maquinaria de la sexta cámara ya no hubo necesidad de limitar la aceleración en absoluto. Las cámaras de la Piedra se convirtieron en parte de un cuadro de referencias separadas y controladas, independientes de la influencia del exterior.

Unos cuantos capítulos del manual explicaban el porqué el sistema de regulación no operaba universalmente; si lo hubiera hecho, la rotación de la Piedra habría sido inútil, y cualquier cosa que se hallase dentro de las cámaras habría flotado sin peso por todas partes. El sistema de regulación era altamente selectivo.

Y aquello era superciencia. Las implicaciones eran asombrosas. Lo que hacía la maquinaria de la sexta cámara, en realidad, era alterar el carácter masa-espacio-tiempo de todo lo que había en la Piedra.

Aquello era poco menos que la posibilidad de manipular el espacio y el tiempo de tal manera como para hacer que fuera posible crear el pasillo.

Sin embargo la Piedra no viajaba más rápido que la luz, y tampoco poseía gravedad artificial; por lo menos no en las primeras seis cámaras. Todos estos logros podían también esperar a la luz de la teoría de la regulación de la inercia. ¿Por qué los ingenieros y físicos de la Piedra no habían sido capaces de acabar de cerrar el círculo?

Regresó a la biblioteca de Alexandría y se puso a examinar de forma superficial los manuales, pero éstos no proporcionaban respuesta alguna en sí mismos, más preocupados como estaban con la teoría y mantenimiento de la maquinaria específica de la Piedra.

En el camastro de la sala de lectura, Patricia enterró la cara en las manos, se apretó el puente de la nariz y se frotó los ojos. Sentía el cerebro embotado. Demasiada concentración. Demasiado poco tiempo intentando forzar todos los problemas acumulados, tratando de dar con respuestas siempre por delante de lo programado.

Tenía que tomarse un descanso. Se levantó y siguió las rayas de luz hasta el piso bajo, saliendo luego a la luz del tubo, bajo la cual se sentó en un banco que rodeaba una maceta de hormigón sin árbol.

Trató de bloquear todos los pensamientos conscientes para ver de encontrar de nuevo el estado mental adecuado, pero no lo consiguió.

Los recuerdos de su familia y de Paul no dejaban de interferir.

—Me estoy perdiendo —murmuró al tiempo que movía la cabeza. Aquello se estaba convirtiendo en una serie de pensamientos que flotaban en un vacío gris, en un punto del cerebro. Exceso de trabajo.

Luego... un resquicio en aquel vacío.

En un tiempo Patricia había estudiado los espacios fraccionarios, dimensiones individuales que operaban sin contraparte y dimensiones menores que los números de la unidad. Tiempo sin espacio; longitud sin anchura, profundidad ni tiempo. Y además probablemente sin extensión. Medios-espacios, cuartos-de-espacio, espacios formados por fracciones irracionales. Todo lo cual había de manejarse por medio de transformaciones fraccionales y análisis geométricos fraccionales. Incluso había empezado a dibujar en un gráfico las geodésicas de los espacios fraccionales más altos y la manera como estas geodésicas podían proyectarse en espacio-cuatro y espacio-cinco.

Dejó caer la cabeza entre las rodillas. Los pensamientos le iban y venían. Sin orden. Sin disciplina.

El pasillo... solamente una extensión de la maquinaria de la sexta cámara diseñado por medio de la regulación de la inercia.

En un viaje de siglos, los habitantes de la Piedra habían cambiado de opinión, o quizás habían perdido de vista sus objetivos originales. Al ser un mundo encerrado en sí mismo, la Piedra había ido imprimiendo su propio carácter sobre las sucesivas generaciones, hasta que pareció perfectamente natural vivir en cilindros rotatorios excavados en roca de asteroide. Con el tiempo, puede que incluso el asteroide hubiera desaparecido de su inmediata conciencia, dejando vida sólo dentro de los cilindros.

Comprimidos y confinados durante siglos, criados en las percepciones de la Piedra, sus habitantes lograron que su genio hiciese erupción. Se convirtieron nada menos que en dioses, construyendo su propio universo y dándole forma de acuerdo con la imagen del mundo con el cual estaban más familiarizados.

Cuando encontraron la manera de salir de la Piedra sin comprometer su última misión...

Cuando se dieron cuenta de que podían crear una increíble *extensión* de su mundo...

¿Alguno de los habitantes de la Piedra, habría sido capaz de resistir a la tentación? (Sí... los Naderitas ortodoxos, y ése era el motivo por el que se habían quedado relegados durante un siglo).

Así que los ingenieros de la sexta cámara, encabezados por el enigmático Konrad Korzenowsky, habían creado el pasillo, le habían imbuido de ciertas propiedades y habían jugado con su potencial. Habían creado los pozos y habían encontrado alguna forma de llenar el pasillo de aire y tierra, con paisajes iguales, si no superiores, al suelo de los valles de sus vidas cotidianas.

A Patricia se le relajó el cuerpo. Se sentó. Algunos de aquellos símbolos de su artículo aún-no-escrito empezaron a cobrar sentido para ella ahora; era capaz de desentrañar su significado. La mente se le esclareció y le dio la impresión de que veía todos los problemas interactuando al mismo tiempo, como trabajadores en

un rascacielos con las paredes y los suelos de cristal.

Los habitantes de la Piedra habían creado el pasillo para aliviar las condiciones de constreñimiento y confinamiento de la mente, ya que no había un confinamiento real de su espacio personal. (Los archivos dejaban ver claramente que la Piedra nunca había estado superpoblada).

Pero el pasillo —y esto se le presentó de golpe, sin precedente—, el pasillo llevaba consigo un cierto e inesperado riesgo, un efecto secundario del que quizás no se hubieran dado cuenta al principio...

O no se la dieron nunca.

Al crear el pasillo habían sacado a la Piedra de su propio continuum. La imagen que le vino a la mente —demasiado irritantemente específica, puesto que no estaba segura de que fuese detallada— era la de que el pasillo representaba la longitud de un látigo del cual la Piedra era el extremo. Con la creación del látigo y su inevitable desarrollo en el superespacio, el extremo se había soltado saliéndose de un universo...

Y había ido a parar al de ella.

Cuatro horas después Patricia se despertó con el cuerpo rígido y un sabor a barro en la boca. Levantó del banco la dolorida espalda y parpadeó a la luz del tubo. Le dolía la cabeza espantosamente.

Pero ya había adelantado algo.

Los habitantes de la Piedra, al descubrir que habían hecho imposible que la misión original de la misma Piedra se llevase a término, con el tiempo todos ellos habían decidido emigrar pasillo abajo.

Patricia se levantó y se alisó el mono. Ahora tenía que regresar y poner cimientos debajo de todos los hipotéticos castillos que había estado construyendo en el aire.

Y buscar una aspirina.

Lanier había conservado el papel sin leer en el bolsillo durante todo el trayecto en el transbordador y en el VTO, temeroso del momento en que tendría que enterarse y, en consecuencia, tomar medidas contra un colega, quizás incluso contra un amigo. El VTO había atracado en la Piedra y él había desembarcado; luego le había dado un breve informe a Roberta Pickney y al equipo de comunicaciones de la plataforma y le había pasado a Kirchner la seria recomendación de que había que aumentar la vigilancia en lo que se refería a la seguridad externa de la Piedra.

En cuanto a la seguridad interna...

No se suponía que aquello formara parte de su trabajo. ¿Habría recibido ya Gerhardt la misma información que le aguardaba a él en aquel pedazo de papel doblado? ¿Cómo se las habría arreglado Hoffman para averiguar el nombre, y por qué habría querido dárselo?

Recibió informes de los directores de los diferentes equipos por medio de un mensajero que llevaba una pizarra electrónica. Estuvo divagando en una pequeña antesala adyacente a la plataforma, acostado en una de las hamacas cilíndricas de malla que servían de cama a los trabajadores destinados en el eje; aquellos informes hicieron que se quedase absorto leyendo, pero luego se dio cuenta de que solamente estaba demorando lo inevitable.

Al abordar el ascensor cero acompañado por un taciturno guardia, un infante de marina, Lanier sacó el papel del bolsillo y lo desdobló.

—Me gustaría coger un camión hasta el segundo circuito de pozos tan pronto como sea posible —dijo Patricia. Takahashi apartó la lona de la tienda para facilitarle el paso. Carrolson y Farley se encontraban dormitando en un rincón del salón central. Wu y Chang trabajaban con pizarras electrónicas y ordenadores en otro rincón. Takahashi entró en la tienda detrás de ella.

—Trabajo intelectual, ¿no? —preguntó. Carrolson y Farley gruñeron al mismo tiempo al despertarse y parpadearon ante la intrusión y el ruido.

—Tenemos que intentar hacer diversas comprobaciones espacio-temporales —dijo Patricia. Se le notaba el cansancio en el rostro, en el que se veían unas

ojeras de color rojo pastel producidas por la fatiga—. Le he pedido ayuda al señor Heineman. Hay un faro direccional en el avión, y podríamos recoger la señal con material del equipo de seguridad, meterla luego en un analizador de frecuencia y averiguar si nos movemos más deprisa o más despacio en el tiempo comparando nuestras lecturas a medida que el avión pase por encima nuestro.

—¿Has llegado a alguna conclusión? —preguntó Carrolson sentándose en el camastro.

—Creo que sí —se aventuró a decir Patricia—, pero nada es definitivo si no hay evidencias. He hecho algunos pronósticos y si se corroboran, entonces estaré en situación de plantear hipótesis.

—¿Por qué no nos cuentas algo de esos pronósticos? —sugirió Takahashi al tiempo que se sentaba al lado de Carrolson en el camastro.

Patricia se encogió de hombros.

—De acuerdo. Es posible que el pasillo esté lleno de pequeños hoyos. Cada hoyo es una fluctuación en el espacio-tiempo del pasillo, y marca un punto de entrada potencial en otro universo. Los hoyos deberían reflejar un cambio menor en las constantes geométricas como π ; y puede que también en las constantes físicas. En cualquier parte que haya un hoyo —o un potencial para un hoyo— podemos encontrarnos también con fluctuaciones en el tiempo.

—¿Quiere eso decir que el pasillo está lleno de pozos potenciales?

—Creo que sí. Sólo unos cuantos han sido seleccionados, sintonizados, como si dijéramos. —Levantó la vista hacia el techo de la tienda tratando de encontrar una forma de explicarles lo que había visto en el interior de su cabeza—. Los hoyos se tocan unos a otros. Puede haber un número infinito de ellos. Y un pozo abierto en un hoyo —bien sea potencial o ya sintonizado— podría conducir a otro universo.

Takahashi movió la cabeza de un lado a otro.

—Esto se está poniendo demasiado misterioso.

—Sí —convino Patricia—. Y me gustaría no tener que dar más explicaciones hasta que regrese Garry.

—Va a llegar de un momento a otro. Entró en la perforación hace unas horas —informó Carrolson. Se dio una palmada en la rodilla y luego se levantó—. Eso me recuerda algo. Mañana celebramos un baile en la primera cámara. Estáis todos invitados. No es precisamente para celebrar la vuelta a casa de Garry, pero servirá también a tal fin. Creo que todos necesitamos distraernos un poco.

—Yo soy muy buen bailarín —les indicó Wu—. Foxtrot, twist, swim.

—¡Escúchenlo! Tú te crees que estamos treinta años atrás —le dijo Chang.

—Cuarenta —corrigió Wu.

—Y si podemos conseguir que Heineman se apee de su juguete —dijo Carrolson—, le enseñaré a ese viejo chalado unos cuantos pasos de baile.

Lanier dejó caer el papel en la mesa de su despacho del equipo científico y buscó el botón del intercomunicador. Dudó un poco antes de apretarlo.

Pensó que comprendía por qué Hoffman le había dado a él aquel nombre.

—Ann —dijo—. Deseo ver a Rupert Takahashi en el complejo tan pronto como sea posible.

Esperaba estar haciendo lo que Hoffman le había insinuado que hiciese: quitar la mecha de la bomba en que la Piedra se había convertido...

El soldado de primera Thomas Oldfield, de veinticuatro años, había pasado los seis últimos meses en la Piedra, y los consideraba la época más excitante de su vida, aunque en realidad no hubiera habido demasiado movimiento. La mayor parte del tiempo lo pasaba haciendo guardia en la segunda cámara, exactamente a la salida del túnel que comunicaba con la primera cámara. Gran parte de su horario lo pasaba vigilando alternativamente la carretera, el puente cero y las proximidades de la ciudad, y escudriñando la distante curva situada en el lado opuesto. Generalmente estaba acompañado cuando menos por un colega, pero aquel día se había ordenado a un destacamento especial que acompañara a un científico desde la terminal de metro de la ciudad hasta la primera cámara, así que Oldfield se había quedado solo. No esperaba que se le presentara ningún problema. Durante todo el tiempo que llevaba en la Piedra nunca hasta ahora había sucedido nada. Ni siquiera había visto nunca un *boojum*.

No creía que existieran.

Oldfield se puso a silbar ligeramente mientras salía de la caseta de guardia y miraba hacia lo lejos, hacia el puente.

Estaba desierto.

Un día estupendo, soldado —se dijo alegremente al tiempo que saludaba con ceremonia—. *Sí, señor. Un día estupendo, señor. Siempre es un día estupendo.*

Se preguntaba si técnicamente hablando habría sido siempre el mismo día desde que había llegado. Un largo e interminable día, sin intervención de la noche. El tiempo cambiaba de vez en cuando; unas veces llovía, otras neblina procedente del río. ¿Serviría aquello para dividir el tiempo?

Inspeccionó el Apple y decidió comprobarlo detrás de la barraca, en un bloque de cemento sobre el que había alineados varios botes de hojalata. Cada invisible rayo de luz del Apple hacía saltar un bote del bloque.

Cuando lo relevasen alinearía todos los botes agujereados a fin de que el guardia siguiente pudiera probar sus armas. Aquello se había convertido en un ritual.

Rodeó la caseta hasta llegar a la puerta; allí se detuvo y se dio media vuelta.

No podía comenzar a describir lo que vio.

Ni siquiera pensó en el Apple. Pensó en el informe que tendría que hacer y en que lo tomarían por loco.

Aquello tenía algo más de dos metros de altura; era flaco, con una cabeza tan estrecha como un tablón puesto de canto y con dos ojos saltones que lo miraban tranquilamente, sin parpadear. Los dos largos brazos salían del torso bastante más abajo del lugar en el que deberían haber estado los hombros, y se hallaban cubiertos con algo bastante semejante a los botes de hojalata. Las piernas eran cortas y parecían muy fuertes. La piel se veía suave y reflectante; no era brillante ni viscosa, sino pulida como la madera vieja.

Aquello reconoció la presencia de Oldfield con una cortés inclinación de cabeza.

Oldfield le devolvió el saludo y luego, actuando bajo la presión de todo su pasado entrenamiento, levantó el Apple y ordenó:

—Identifíquese.

Pero para entonces aquello ya se había ido.

Oldfield tenía la impresión de que aquello había entrado en el túnel, pero no podría asegurarlo.

Se puso rojo a causa de la rabia y la frustración. Había dispuesto de su oportunidad.

Había tenido ocasión de ver un *boojum* y no lo había derribado para que los otros pudieran examinarlo. Había hecho exactamente lo mismo que todos los que alguna vez habían afirmado —oficial o extraoficialmente— haber visto uno.

Oldfield había pensado siempre que él estaba hecho de un material más fuerte. Le dio un puñetazo a la caseta y apretó el botón de emergencia en el intercomunicador.

Lanier recibió a Takahashi en un habitáculo adaptado para reuniones que estaba situado al fondo del vestíbulo del segundo piso. Carrolson se había unido a Takahashi y a la escolta que lo acompañaba sin saber nada de las intenciones de él. Aquello no le causaría ningún problema, pensó Lanier; lo mejor sería conservar un ambiente de normalidad. Pidió que les llevaran la comida a su propio despacho y estuvieron comiendo con tranquilidad antes de pasar a esbozar las nuevas órdenes. Cuando Lanier terminó de hacerlo, Carrolson meneó la cabeza y dejó escapar un suspiro.

—Vásquez quiere organizar otra expedición, esta vez al segundo circuito —dijo—. Estoy segura de que no le va a gustar nada que le prohíban el acceso a las bibliotecas.

—Ya nadie va a ir más a las bibliotecas —indicó Lanier—. Se encuentran fuera de los límites permitidos, y quiero que en esto se sea muy estricto. Y no habrá una segunda expedición. Toda actividad en la Piedra queda suspendida desde este mismo momento. Quiero que todos los arqueólogos regresen a los complejos, y que los estudios de la perforación se clausuren igualmente.

Takahashi lo miraba muy serio.

—¿Qué le ha pasado a Hoffman? —preguntó. Lanier no lo miró. Aquella comida juntos, pensó, iba a ser la última cosa agradable en su relación personal. Pero ahora al fin había llegado el momento. Con la mayor amabilidad de que fue capaz, le pidió a Carrolson que los dejara solos. Ésta, sorprendida, le dirigió una mirada inquisitiva, pero Lanier apenas la miró mientras ella se dirigía a la puerta. Tenía toda la atención concentrada en Takahashi.

—Voy a tener que desactivar una situación que es muy desagradable —le dijo cuando estuvieron solos—. Quisiera que me ayudaras a ello, y deseo además que se lo comuniques a tus jefes.

—¿Cómo? —preguntó Takahashi. La mano del matemático sujetó con algo menos de firmeza el vaso de naranjada que estaba bebiendo.

—Deseo que se lo comuniques a tus superiores de la misma forma en que hayas estado haciéndolo hasta ahora.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco —dijo Lanier sin moverse en el asiento—. No voy a informar

a Gerhardt, aunque mi instinto me dice que debería hacerlo. Permanecerás libre para observar como clausuramos todo hasta que las negociaciones que se van a llevar a término resuelvan nuestras diferencias. Investigarás y verificarás personalmente que no hemos encontrado información sobre armamento en las bibliotecas.

—Garry, ¿de qué estás hablando?

—Sé que eres un agente de los soviéticos.

Los músculos de su mandíbula se pusieron tensos; dirigió a Lanier una mirada por debajo de aquellas cejas rectas y tensas.

—Hay un baile esta noche —continuó diciendo Lanier—. Carrolson confía en que asistamos todos. Y así será. Gerhardt estará allí. No le diremos nada porque de hacerlo te metería en el centro de detención de la perforación y te enviaría de regreso a la Tierra en el próximo VTO; esposado, por decirlo así. Y no es eso lo que deseo.

—¿Por consideración? —preguntó Takahashi al tiempo que parpadeaba.

—No —respondió Lanier—. No voy a dejar de hacer mi trabajo por viejas tonterías como ésa. Tú no eres más que un maldito traidor. No sé cuándo comenzó todo esto, pero sí que es aquí donde termina, y quiero que termine bien. La información que pasaste a la Tierra ha estado a punto de provocar una maldita guerra. Informa a tus superiores de que todo se está congelando ya, de que nos estamos retirando de las bibliotecas y de que, a largo plazo, es muy posible que incluso evacuemos la Piedra. Déjalo ya, deja que los demás resuelvan sus diferencias. ¿Entendido?

Takahashi no dijo nada.

—¿Sabes lo que está pasando en la Tierra? —le preguntó Lanier.

—No, no lo sé exactamente —contestó Takahashi con solemnidad—. Quizá deberíamos darnos algunas explicaciones el uno al otro. Para ayudar a desactivar la situación, como tú dices. Lo que ellos arriesgan es tanto como lo que arriesgamos nosotros.

—¿Nosotros?

—Yo soy americano, Garry. Hice esto para protegernos también a nosotros.

Lanier sintió que se le revolvía el estómago. Apretó los dientes e hizo girar la silla en dirección contraria a Takahashi. Tuvo que luchar con todas sus fuerzas para hacer frente al deseo que le asaltaba de preguntarle si había mucho dinero de por medio; no quería saberlo.

—Bien. Ésta es la situación.

Y le explicó lo que le habían dicho en la Tierra. Deseaba por encima de todo que fuera eso lo que Hoffman esperaba que hiciera.

Ya avanzada la tarde, el grupo de sociólogos presentó otro informe de equipo

en el salón de conferencias del complejo principal. Unos veinte miembros del equipo se encontraban entre el público; no muchos más de los que estaban sentados en la tarima, detrás del atril. Rimskaya estaba de pie a un lado mientras Wallace Rainer presentaba al primero de cuatro sociólogos.

Lanier observaba y escuchaba desde la parte de atrás, desplomado en su asiento. A los diez minutos de comenzar la primera presentación, Patricia se sentó a su lado y cruzó los brazos.

La primera conferenciante trazó las líneas de una breve hipótesis sobre los grupos familiares en la Piedra. Habló con una cierta profundidad de las familias triadas, halladas principalmente entre los Naderitas.

Patricia miró a Lanier.

—¿Por qué me han prohibido el acceso a las bibliotecas? —le preguntó en voz baja.

—Desde hoy se le ha prohibido a todo el mundo —contestó él.

—Sí, pero ¿por qué?

—Es muy complicado. Ya te lo explicaré después.

Patricia se dio la vuelta y suspiró.

—De acuerdo —dijo—. Haré todo lo que pueda fuera de allí. Eso está aún permitido.

Lanier asintió y experimentó una aguda oleada de simpatía hacia aquella joven.

La segunda conferenciante que tomó la palabra era Tanya Smith —sin relación ninguna con Robert Smith—, quien rápidamente amplió el informe presentado con anterioridad sobre la evacuación de la Piedra.

Patricia escuchaba a medias.

—Ahora parece claro que un comité de reinstalación tramitaba las solicitudes de emigración por el pasillo y coordinaba el transporte...

Miró de nuevo a Lanier. Las miradas de ambos se encontraron.

Era todo una locura, no había forma de trazar un camino y mucho menos un enorme esfuerzo de investigación.

En su momento más crucial, la raza humana estaba representada por un equipo de investigadores que tenían que trabajar a ciegas, de intelectuales maniatados y amordazados. Al pensar en Takahashi y en lo inútil que había resultado ser todo el sistema de seguridad, a Lanier volvió a revolvérsele el estómago.

El plan, naturalmente, había consistido en permitirles a los investigadores situados en los niveles inferiores de seguridad un grado apropiado de insignias a fin de que hicieran su trabajo lo mejor que pudieran, vigilados siempre por un miembro de mayor categoría que gozaba prácticamente de luz verde. Luego los descubrimientos debían filtrarse, cotejarse y reunirse en declaraciones finales, las cuales se comprobaban a continuación con los correspondientes documentos

existentes en las bibliotecas. Era la única manera. Con tan poca gente como había a la que se permitiese el acceso a las bibliotecas, y con información almacenada correspondiente a largos periodos de tiempo, habrían pasado décadas antes de que allí surgieran criterios substanciales.

No es que eso importara.

No es que eso importara un maldito ápice porque, en cualquier caso, ahora todo estaba tocando a su fin. Harían el equipaje y se marcharían a casa, y Takahashi (si todo iba bien) informaría de que se estaba haciendo un esfuerzo en señal de buena voluntad con el fin de aplacar a los preocupados soviéticos.

Pero el acceso a las bibliotecas seguiría vedado para los soviéticos. A menos que el Presidente se volviera completamente loco. Sólo habría una mano en aquella caja de Pandora.

Lanier había visto parte del material que hablaba de los avances tecnológicos de los habitantes de la Piedra. Había estado experimentando con el sistema educacional que se utilizaba en la biblioteca. Había tenido contacto con la forma en que los habitantes de la Piedra se habían enfrentado a la biología y a la psicología. (Enfrentado; ¿traicionaba aquello algún prejuicio? Sí. Una parte de aquello lo había sacudido hasta lo más profundo y había contribuido a proporcionarle los peores ratos de apiedramiento). No estaba seguro de lo que su propio y querido país haría con un poder como aquél, y mucho menos aún de lo que harían los soviéticos.

Patricia se quedó sentada un rato más escuchando aquella charada y luego se marchó. Lanier se levantó para ir tras ella y consiguió alcanzarla cerca de la esquina del bungalow de las mujeres.

—Espera un momento —le dijo. Ella se detuvo y se volvió sólo a medias; no le miró, sino que fijó los ojos en un limero situado en una maceta que crecía en un amplio espacio que había entre dos edificios.

—Yo no pretendo hacer que interrumpas tu trabajo. En absoluto.

—Y no lo interrumpiré —repuso ella.

—Sólo quería dejar esto en claro.

—Ya está claro. —Ahora Patricia lo miraba directamente, con las manos metidas en los bolsillos—. No puedes estar contento del giro que están tomando las cosas.

Lanier abrió desmesuradamente los ojos y echó la cabeza para atrás mientras sentía que le embargaba una rabia repentina por la presunción, la torpeza, o lo que quiera que fuese que Patricia había querido encerrar en aquella corta frase.

—No puedes estar contento reteniéndonos aquí mientras sabes todo eso.

—Yo no os estoy reteniendo aquí.

—Tú nunca has hablado conmigo ni con ninguno de nosotros, al menos que yo haya visto. Nos dices cosas, pero no hablas con nosotros.

La ira se evaporó y dejó en su lugar un igualmente repentino foso de desamparo y soledad.

—El rango siempre tiene sus privilegios —dijo Lanier suavemente.

—No lo creo así. —Le dirigió una mirada de reojo. Patricia quería desafiarlo, provocarlo—. ¿Qué clase de persona eres tú? En cierto modo pareces... sólido. Helado. ¿Lo eres realmente, o es eso también un privilegio?

Lanier levantó un dedo y lo movió ante Patricia al tiempo que en su rostro aparecía una amarga sonrisa.

—Tú haz tu trabajo —dijo—. Yo haré el mío.

—Pero continuas sin hablar.

—¿Qué demonios es lo que pretendes? —preguntó Lanier con voz áspera y baja; se acercó más a ella, con los hombros caídos hacia delante y la barbilla echada hacia atrás, casi clavada en el cuello, en una postura increíblemente tensa e incómoda, pensó Patricia. Ésta se sobresaltó por aquel repentino avance de Lanier.

—Quiero que otra persona me diga lo que debo sentir.

—Pues yo no puedo hacerlo. —Los hombros de Lanier volvieron a su lugar y adelantó la mandíbula—. Si empezamos a pensar en cualquier cosa...

—Pero el trabajo es el trabajo —terminó Patricia a un paso de la burla—. Jesús, yo estoy haciendo el trabajo, Garry. Me paso todo el día trabajando. —Tenía lágrimas en los ojos y, muy impresionada, vio también lágrimas en los de él. Lanier se llevó la mano al rostro, pero la bajó de nuevo mientras una lágrima le resbalaba por la mejilla y por el surco que tenía al lado de la boca.

—De acuerdo —dijo Lanier. Deseaba marcharse, pero no podía—. Así que los dos somos humanos. ¿Era eso lo que querías saber?

—Yo estoy trabajando —insistió ella—, por dentro estoy hecha polvo. Puede que sea eso.

Lanier se secó rápidamente los ojos.

—No soy una bola de nieve —dijo poniéndose a la defensiva—. Y no es justo esperar de mí, en este momento, más de lo que estoy dando. ¿No lo ves?

—Esto es realmente extraño —comentó Patricia al tiempo que levantaba las manos y se las ponía en el rostro, como si lo imitase. No subió los dedos más allá de la altura de las mejillas, que estaban calientes—. Lo siento. Pero has sido tú el que me ha seguido.

—De acuerdo, te he seguido. ¿Lo dejamos así?

Ella asintió con la cabeza, avergonzada.

—Nunca pensé que fueras tan frío.

—Estupendo —dijo Lanier. Se dio la vuelta y se encaminó rápidamente a la cafetería.

Una vez en su habitación, Patricia se apretó los puños contra los ojos, que estaban ahora secos, e intentó repetir la letra de una canción que le gustaba

mucho cuando era niña. No podía recordarla bien, o no estaba segura de si era realmente así. *Pero por donde quiera que vayas* —se aventuró a decir, acompañando la melodía—, *hagas lo que hagas yo estaré observándote...*

Patricia estaba sentada en una silla plegable de lona en la azotea de los barracones de mujeres. Miró la fecha en el reloj mientras los asistentes a la fiesta se reunían en el complejo del equipo científico. Lo programado era que la guerra empezara dentro de siete días.

Todo se le venía encima demasiado deprisa. Podía exponer muchas opiniones, pero no era capaz de convencerse a sí misma de la exactitud de las mismas. Por ejemplo, ahora se hallaba en situación de poder explicarle a Lanier que posiblemente la Piedra no se hubiera desviado mucho de su continuum. La historia de la Piedra y su presente realidad no diferirían substancialmente. Con toda probabilidad no lo bastante como para poder evitar la guerra.

Quizás el hecho de que los soviéticos estuvieran al corriente de que era inminente una guerra les hiciera dar la vuelta en redondo, retroceder, evitar la guerra... Quizás la presencia de la Piedra y la clara ventaja tecnológica que le proporcionaba a los países del bloque Oeste empujara a los soviéticos a sobrepasar el límite de todas formas... Quizás la Piedra simplemente produjera un efecto y luego cancelase dicho efecto, dejando apenas una huella en el inmediato futuro de la Tierra...

Carrolson y Lanier entraron en el complejo. Patricia los vio saludar a los miembros de los distintos equipos a medida que iban llegando desde las otras cámaras.

Aquel sentimiento interior confuso y sangriento ya había pasado. No se sentía ni enfadada ni triste. Ni siquiera se sentía viva. La única cosa que ahora le proporcionaba cierta alegría era sumergirse en aquel estado mental suyo, continuar el trabajo y profundizar en la brillantez y majestuosidad del pasillo.

Sin embargo, tendría que hacer acto de presencia en la fiesta. Era lo que esperaba de sí misma. Siempre había mostrado cierta resistencia a representar el papel de genio y rehuir a los demás. Pero resistirse no era lo mismo que negar la existencia del impulso que la movía a hacerlo; *deseaba* permanecer aparte, irse a su habitación y ponerse a trabajar. La idea de empezar a bailar bajo aquella eterna luz del tubo (el baile se llevaba a cabo al aire libre) y de sostener conversaciones triviales —sobre todo la idea de meterse en el orden del día social, aunque no fuese más que durante unas horas—, la aterrorizaba. No estaba

segura de si sería capaz de conservar el buen humor, de mantener el equilibrio que evitaba que se deshiciese en lágrimas a causa de la rabia y la frustración que sentía.

Bajó por las escaleras y se alejó de los barracones con las manos metidas en los bolsillos. A medida que se iba acercando a la multitud en movimiento, redoblaba los esfuerzos por mantener alta la barbilla.

Dos soldados, dos biólogos y dos ingenieros habían construido sus propias guitarras eléctricas y varios sintetizadores a base de material electrónico de deshecho. Hacía ya varias semanas que circulaba el rumor de que aquella banda musical era bastante tolerable, puede que incluso buena. Era la primera vez que se ponían delante de un público, pero parecían profesionalmente fríos mientras ponían a punto y ajustaban los amplificadores.

Los arqueólogos que trabajaban en Alexandría habían conseguido sisar unos altavoces de un peculiar diseño, y los ofrecieron para el baile como una especie de sacrificio en señal de buena voluntad, como expiación por su exigente proteccionismo. Los altavoces se habían instalado en las esquinas de la pista de baile, un acre rectangular inutilizado y reservado para futuros edificios. No se veían cables en los altavoces; la música llegaba hasta ellos en una frecuencia especial por medio de un transmisor de baja energía. El sonido que salía de dichos altavoces resultaba un tanto metálico, pero hacían bien su servicio. Heineman estuvo inspeccionando uno de ellos desenfadadamente; luego dijo:

—No estoy muy seguro de lo que es esto. Pero no es un altavoz.

—Pero funciona, ¿no? —dijo Carrolson pegándose a su deseada pareja de baile.

Heineman se mostró de acuerdo en que el sonido se producía a partir de la señal emitida, pero no se atrevió a ir más lejos. La cuestión no quedó zanjada satisfactoriamente.

Bajo la uniforme luz del tubo, los miembros del equipo de seguridad bailaban por turnos con los miembros de los equipos científico y técnico. El grupo soviético permanecía reunido a un lado, haciendo el mismo papel que las flores dibujadas en una pared. Hua Ling, Wu, Chang y Farley se unieron al baile dando muestra de gran energía, aunque ya habían sido informados del cierre.

La banda estuvo tocando unas cuantas piezas de antiguo rock ácido, pero aquello no encajaba con el humor del momento y volvieron de mala gana a una música más moderna.

Patricia bailó con Lanier uno de los valeses japoneses que se habían puesto de moda en los últimos años. Al final, mientras seguían cogidos de las manos, separados por la longitud de los brazos, y se movían el uno alrededor del otro, él le hizo un gesto misterioso con la cabeza y sonrió. Ella sintió que el rubor le subía por el cuello hasta inundarle la cara. Al terminar el baile, Lanier la abrazó estrechamente y dijo:

—No ha sido culpa tuya, Patricia. Tú has hecho un gran trabajo. Un verdadero miembro del equipo.

Luego se separaron; Patricia, confusa, se retiró hacia un lado al tiempo que comprobaba que la sensación de nulidad le desaparecía. ¿Había estado esperando o deseando realmente la aprobación de Lanier? Por lo visto sí; las palabras de él la habían complacido.

Wu la sacó a bailar y demostró ser una pareja de baile muy capaz. Luego se quedó sentada durante el resto de la fiesta. Lanier se reunió con ella en un descanso; había estado bailando febrilmente con varias parejas, Farley y Chang entre ellas.

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó él.

Patricia hizo un gesto. Luego dijo:

—No, en realidad no.

—Yo tampoco, si quieres que te diga la verdad.

—Sin embargo veo que eres un buen bailarín —observó ella.

Lanier se encogió de hombros.

—Hay que dejar de pensar en un momento u otro, ¿no te parece? Patricia no podía mostrarse de acuerdo con esto. Quedaba tan poco tiempo.

—Tengo que hablar contigo —le dijo.

—¿Precisamente en un momento de diversión?

—¿Te parece bien que hablemos aquí? —preguntó ella al mismo tiempo. El ruido era tan fuerte que difícilmente podrían oírles.

—Este lugar es tan bueno como cualquier otro, supongo —repuso Lanier. Miró a su alrededor buscando a Takahashi; éste se hallaba en el extremo opuesto de la pista de baile, nada cerca de los rusos.

Patricia asintió con la cabeza y de nuevo los ojos se le llenaron de lágrimas. Ya que Lanier le había dicho algo agradable, ahora era ella quien quería abrirse y expresar sus peores temores, sus más oscuras opiniones.

—He intentado calcular la magnitud de la fuerza que la creación del pasillo es posible que le haya proporcionado a la Piedra.

—¿Y qué magnitud tiene? —preguntó Lanier sin perder de vista ni un momento a los que pasaban lo bastante cerca como para oírles.

—No muy grande —indicó ella—. Es una cuestión complicada, pero no es grande en absoluto.

—¿Entonces estamos en el buen camino?

A Patricia se le hizo un nudo en la garganta.

—Es posible. ¿Era para esto por lo que deseabais que viniera a la Piedra? ¿Nada más que para que dijese esto?

Lanier movió negativamente la cabeza.

—Hoffman quería que vinieras aquí. Me dijo que yo era responsable de ti. Yo me limité a ponerte a trabajar. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó de él un

sobre; lo abrió y extrajo dos cartas—. No he podido dártelas antes. Mejor dicho, no. Se me había olvidado por completo hasta ahora. Las traje conmigo en el transbordador.

Patricia cogió las cartas de su mano y las miró. Una era de sus padres, la otra de Paul.

—¿Puedo contestarles? —le preguntó.

—Diles todo lo que quieras. Dentro de lo razonable. Los matasellos eran de una semana antes.

Pasó una semana. El día programado para el Armagedón pasó también.

Patricia permaneció en su cuarto trabajando más que nunca con los recursos que le habían quedado.

No pudo cambiar su opinión inicial.

Cada día, entonces, era una victoria, con la realidad mostrándole lo equivocada que podía estar.

Lainer salió del ascensor y se sujetó al cable, maniobrando para entrar en el carro. El conductor, de constitución menuda —era una mujer vestida con el mono azul de las fuerzas aéreas—, sacó el carro de la ruta normal y siguió por un sendero que se adentraba en la plataforma y en el terreno de prácticas de Kirchner. Lanier había estado allí sólo en dos ocasiones con anterioridad, y en ambas había sido para reunirse con el almirante. Se cogió de las dos asas del carro y trató de preparar alguna respuesta a las preguntas que estaba seguro iban a hacerle.

Hoffman le había insinuado en su última comunicación que la información que le había dado por fin había llegado hasta la Jefatura Conjunta. Eso significaba que Kirchner y Gerhardt estaban ya al corriente.

El ayudante de Gerhardt lo recibió en el corto túnel que se hallaba antes del espacio dedicado a almacenamiento de carga, donde practicaba el equipo que Kirchner tenía en la perforación. Condujo a Lanier hasta un cubículo situado en la roca desnuda, en el que estaban alineados una serie de ficheros improvisados. Habían pulido y cepillado con alambre una ancha veta de níquel-hierro a fin de que sirviera de pantalla de proyección. Kirchner entró flotando sujeto a unos arneses y mirando la información que le proporcionaba una pizarra electrónica, cuando Lanier fue introducido allí y anunciado. Gerhardt se dio impulso a sí mismo hacia adelante por el vestíbulo y entró detrás suyo.

Kirchner les saludó a ambos con un gesto. El almirante no parecía cómodo.

—Señor Lanier, usted era capitán de corbeta, ¿no? —le preguntó Gerhardt bruscamente. Era un hombre achaparrado, bien arreglado, con los cabellos negros muy rizados y una nariz ancha y aplastada. El traje que llevaba difería poco del de los infantes de marina encargados de la defensa interior: uniforme verde y botas negras provistas de suaves suelas de goma para la tracción.

—Sí, señor. —Lanier se quedó esperando mientras duró la pausa.

—Usted, señor Lanier, no nos informó de que Takahashi es un agente soviético —dijo Kirchner.

—No, no lo hice.

—¿Sabía usted esto desde hace dos semanas y no informó a sus jefes de equipo de la filtración?

Lanier no dijo nada.

—Tenía usted sus razones —ofreció Kirchner.

—Sí.

—¿Podemos saber cuáles eran? —le preguntó Gerhardt con aquella voz suya de tenor ligeramente tensa.

—Era nuestra intención proporcionarles a los rusos un pequeño respiro a fin de hacerles ver que estábamos volviéndonos atrás. Y no habríamos podido hacer eso si Takahashi estaba encerrado.

—Que es precisamente lo que yo hubiera hecho con él —apuntó Gerhardt.

Lanier asintió.

—Está usted en lo cierto —continuó Gerhardt—. Lo habría encerrado. ¿Se da usted cuenta de que esto podría comprometer la operación entera? Es posible que Takahashi haya presenciado nuestras maniobras aquí, todos nuestros preparativos para el asalto...

—No, señor. Se ha quedado siempre en el complejo excepto para enviar mensajes.

Kirchner, de natural taciturno, estaba dejando que Gerhardt llevara adelante el interrogatorio.

—Y ha estado enviando esos mensajes exactamente sobre nuestras cabezas al mismo tiempo que nuestras emisiones de alineamiento para el aterrizaje del VTO. Maravilloso. En estos momentos estoy tramitando su arresto. Quiero que se le lleve de regreso a la Tierra inmediatamente, y quiero también que se le juzgue por traición. Cristo, Garry. —Gerhardt movió la cabeza vigorosamente, como si estuviera alejando insectos—. ¿Era eso lo que Hoffman deseaba?

—Lo insinuó.

—Ella te dio el nombre del agente. ¿Se ha conseguido con eso algún resultado? Quiero decir, ¿han decidido los rusos negociar ya?

—No. No que yo sepa.

—Desgraciadamente estás en lo cierto. Saben lo que estamos manejando aquí. ¿Esperabas que se creyeran que nosotros nos retiráramos de todo y que estábamos dispuestos a compartirlo con ellos?

—Creí que necesitábamos un respiro. Una ocasión para calcularlo todo de nuevo.

—¿Estaba Hoffman al corriente de la clase de información que estaba pasando Takahashi? —le preguntó Kirchner.

—Sí. Material sobre las bibliotecas.

—Jesús, Garry, ese payaso tenía acceso a lugares en los que ni Kirchner ni yo podemos ir. Si me preguntas, te diré que has estropeado esta operación como un rey. ¿Hay algo que él sepa y que yo debiera saber? ¿O que tu dulce estudiante femenina haya aprendido?

—Sí, indudablemente —repuso Lanier esforzándose por mantener la calma y

dejando que el general desahogara los humos—. Y ya sabe usted que yo no voy a decírselo. Tendrá que preguntárselo a sus superiores.

Gerhardt sonrió.

—Sí. ¿Un Presidente... no oficial, Garry? Un Presidente que está viviendo sumido en un sueño de democracia de antiguerra, que ni siquiera puede hablar sobre el espacio y mucho menos pensar en él; un Senado compuesto por sus secuaces y por los desorganizados republicanos que no hacen más que sacar proyectos de ley sobre los repartos en el sur... —Miró fijamente a Kirchner, quien movió a ambos lados la cabeza, sonriendo ligeramente y miró hacia la pared de roca de asteroide—. Nadie le está concediendo a la Piedra ni la mitad de la atención que deberían darle, ¿o estoy equivocado?

—Esta usted equivocado, pero también tiene algo de razón. En estos momentos no creo que haya ningún tema más importante para los gobiernos del mundo que la Piedra. Todo el mundo no hace más que especular sobre ella. A los rusos les da pavor que nosotros les llevemos la delantera en el terreno tecnológico. Ya se la llevamos, pero la Piedra hace que la distancia aumente aún más, ¿no es eso?

—¿Qué es lo que Kirchner y yo estamos haciendo aquí arriba, Garry? ¿Por qué no se nos mantuvo informados como a ti? La seguridad de la Piedra recae en el capitán y en mí, pero esos hijos de puta han levantado cortinas a nuestro alrededor. No podemos entrar en las bibliotecas, no podemos ver los documentos... No entiendo... algunas de las cosas más misteriosas que he estado oyendo por ahí. Esto va a volverme majareta. ¿No te parece que ya es hora de que cooperemos unos con otros?

—Tienen sus razones —dijo Lanier.

—Te he estado observado, Garry. Has ido cuesta abajo durante el pasado año. No quiero saber tus secretos, te lo aseguro. ¿Qué demonios es lo que tenemos aquí?

Lanier se dio impulso hasta meterse en un segundo arnés y se agarró a las correas.

—¿Cuáles son las órdenes que has recibido de la Tierra, Oliver?

—Tengo que prepararme para un inminente asalto a la Piedra y para la posibilidad de que haya una confrontación nuclear en la Tierra.

—¿Están los rusos lo suficientemente capacitados como para apoderarse de la Piedra?

—Si ponen todo lo que tienen en el espacio en contra nuestra, sí —repuso Kirchner.

—¿Y crees que lo harán?

—Sí —dijo Kirchner—. Cómo, eso no lo sé. Pero estamos pensando día y noche en un intento de adivinarlo. Según lo enfocamos nosotros, los rusos producirán unas cuantas escaramuzas en la Tierra —en el mar y en Europa—

con el fin de desviar la atención de la Piedra. Y entonces vendrán contra nosotros e intentarán quitárnosla. O bien lo intentarán con la Piedra primero. No lo sé.

—¿Pueden conseguirlo?

Gerhardt levantó la mano para interrumpir.

—¿Quieres ponerte a mi misma altura en el asunto este al que nos estamos enfrentando, Garry? ¿Y dejarme que encierre a ese cabrón?

Lo más probable era que Takahashi ya hubiese prestado su utilidad.

—Sí —dijo Lanier—. Sácalo de la Piedra tan pronto como puedas. Que el Departamento de Estado se haga cargo de él en cuanto llegue a Florida.

—¿Nos dejarás entrar en las bibliotecas? —le preguntó Gerhardt.

—No. Están cerradas. Yo os diré todo lo que necesitéis saber.

—Entonces voy a responder a tu pregunta anterior —le dijo Kirchner—. Los rusos están en condiciones de conseguirlo. Pueden vencernos. Si ponen todo lo que tienen en el empeño, no habrá forma de impedirles que entren aquí como no sea sellando la entrada a la perforación, y eso no puede hacerse sin que nosotros nos quedemos encerrados dentro. Y nos han dado órdenes de no hacer eso.

—Naturalmente —dijo Lanier. Eso habría terminado con todas las dudas de los rusos.

—Ha sido un placer hablar contigo, Garry —le dijo Gerhardt agudamente—. Ahora pongámonos manos a la obra y saquemos a esos hijos de mala madre de la Piedra.

—Sólo a Takahashi. No toques al equipo ruso.

—No, por dios —dijo Gerhardt—. No haremos eso hasta que ya sea puñeteramente demasiado tarde para que alguien se preocupe.

Dentro del vientre del vehículo de carga pesada que había sido lanzado desde el océano, el comandante de batallón, coronel Pavel Mirsky, escuchaba cómo los técnicos de la Plataforma de Vigilancia Orbital Tres se ocupaban de repostar los tanques de combustible que rodeaban y llenaban la parte inferior del estrecho compartimento de popa a fin de prepararlos para la próxima etapa del viaje.

Mirsky había aprendido a disfrutar de las condiciones de falta de gravedad; le recordaba los lanzamientos en paracaídas. Había pasado tanto tiempo lanzándose desde aviones (y flotando ingrávido en el vientre de aviones en caída) en Mongolia y cerca de Tyuratan —y experimentándolo realmente en el entrenamiento orbital—, que la ingravidez le parecía algo completamente natural.

No podía decirse lo mismo de muchos de sus hombres. Al menos un tercio de ellos estaban sufriendo ahora todas las molestias propias de un desesperado mareo espacial. Los tres estrechos y abarrotados compartimentos que se apilaban uno sobre otro a lo largo de la línea central del vehículo de carga pesada no habían sido diseñados para que resultaran cómodos. Las mamparas de color naranja y las almohadillas tapizadas de verde oscuro que cubrían muchas de las superficies ayudaban poco para que alguien se sintiera seguro allí.

Las tropas habían pasado ya veinte horas en confinamiento. Durante ese tiempo habían estado sujetas primero a la tensión del despegue y ahora a la tensión que producía la carencia de peso. Las medicinas que llevaban para el mareo espacial estaban caducadas, no eran más que antigüedades metidas en botellas de plástico.

Mirsky supo estar a la altura de las circunstancias, y les ofreció a sus hombres todo el apoyo que fue capaz de proporcionarles.

—¿Qué piensas ahora de la historia? ¿Eh, Viktor? —le preguntó a su comandante adjunto, el comandante Viktor Garabedian.

—Al carajo con la historia —le contestó Garabedian al tiempo que movía una mano lánguidamente—. Mátame ahora y acabemos de una vez.

—Te pondrás bien.

—Jodida salud.

—Bebe un poco de agua. Venga, y jódela también, si te apetece.

Estaban colgados por medio de correas en el compartimento delantero, rodeados de olores producto del mareo y por la tensión y el ruido de los hombres, que se esforzaban por permanecer tranquilos mientras yacían tumbados en aquellas hamacas colgantes; algunos de ellos estaban comiendo las vituallas que llevaban en las bolsas de ración y en los tubos, pero la mayoría no lo hacía.

Cuando los lanzaron al espacio desde el Océano Índico, exactamente por encima del extremo sur del macizo Carpenter, habían tomado una ruta según la cual estaba previsto repostar en una Plataforma de Vigilancia cercana a la Tierra. Ellos viajaban en el cuarto de siete vehículos de carga pesada, uno de los cuales se había lanzado desde la Luna. Los siete llevaban nombres en clave: *Zil*, *Chaika*, *Zhiguli*, *Volga*, *Rolls-Royce*, *Chevy* y *Cadillac*. Tres de estos vehículos, incluyendo el *Volga*, que era el suyo, transportaban generales a los que también se les había puesto un nombre en clave: Zev, Lev y Nev, como una popular compañía de baile cómico. Seis de las naves transportaban doscientos hombres y algunos pequeños suministros de armas y útiles para casos imprevistos, suministros que necesitarían en el supuesto de que consiguieran salir con éxito de la primera parte de su misión. El séptimo vehículo, el *Zhiguli*, llevaba la artillería pesada, los suministros extra y además cincuenta técnicos.

Si no tenían éxito, no habría necesidad de más suministros. Pero si lo conseguían, serían capaces de vivir durante años sin ninguna ayuda de la Tierra ni de la Luna. Eso al menos era lo que habían dicho los encargados de la táctica, basándose en su inteligencia.

Mirsky se estaba preguntando a sí mismo sobre algunos detalles que no se habían incluido en las órdenes que le habían dado. El método de entrada parecía bastante lógico; sólo había un camino, el mismo, tanto para entrar como para salir. Los vehículos de carga pesada estaban camuflados, al menos se suponía que resultaban difíciles de detectar; se trataba de grandes conos hinchados de color oscuro que estaban coronados por tres burbujas, en las que se encontraban la cabina del piloto y las armas. Las superficies principales de dichos vehículos se hallaban blindadas por debajo de los paneles desechables de difusión de calor. El blindaje estaba cubierto de escudos reflectores antiláser. Hasta qué punto aquello podía ayudarlos en el momento de entrar en la boca del lobo, era preferible no pensar en ello.

Cerró los ojos para repasar mentalmente las acciones que tendrían que llevar a cabo una vez que hubieran entrado. Cada uno de ellos disponía de un traje espacial de peso muy ligero que iba metido en una bolsa de plástico; un voluminoso casco sujeto a un lado con varios cables de conexión enrollados y atados; una mochila con oxígeno suficiente para dos horas y una batería de energía; y en otra bolsa, un paracaídas y un escudo aerodinámico plegado. Cada uno de los hombres disponía además de un equipo que contenía un pequeño cohete propulsor de vapor. Los cohetes tenían tres inyectoros que sobresalían tan

sólo unos centímetros y que quedaban dirigidos radialmente hacia fuera cuando estaban atados a la parte inferior de las mochilas. Se controlaban por medio de botones situados sobre cuerdas flexibles que se ensartaban con nudos y encajaban en unos bolsillos, exactamente por debajo de los guantes. Los inyectores estaban doblados hacia dentro en sus envolturas de plástico, y la propulsión chapoteaba suavemente con el movimiento.

Equipados de esta forma, sujetando los rifles y las armas de proyectiles de vacío Kalashnikov AKV-297 (que no eran más que ametralladoras con empuñaduras más grandes y culatas plegables, modificadas con el fin de que no se encasquillasen en condiciones de falta de aire), se proponían recuperar el honor y el lugar histórico que le correspondía a la Unión Soviética y a sus preocupados aliados. No es que sus órdenes incluyeran tales frases, pues ningún jefe político admitiría que se perdiera el honor y el lugar.

Mirsky era un hombre práctico, sin embargo.

En la semioscuridad, otro hombre empezó a sufrir unas arcadas terribles. Lo más probable era que se les pasara en un día o dos. Eso al menos era lo que les habían dicho los expertos en medicina: que no sería peor que los primeros días en un barco de guerra. Los rusos habían pasado tanto tiempo en el espacio, que aquello que los expertos dijeran tenía que estar basado en los hechos.

Dio un tirón a la hamaca colgante. Cuando llegara el momento ésta se convertiría en un arnés completo. Todos tendrían que ser enganchados en fila y empujados, uno a uno, fuera de la nave. Desde ese momento en adelante tendrían que arreglárselas por su cuenta hasta que se reunieran en el interior de la Patata... de la Piedra.

Mirsky se preguntaba cómo estaría defendida la perforación y qué habría más allá. Los detalles eran atormentadoramente específicos, mientras que la visión general quedaba poco definida; les habían dicho lo mínimo indispensable para que pudieran hacer su trabajo.

Nunca antes tropa alguna había asaltado un objetivo en órbita.

No había manera de saber, ni siquiera de adivinar, lo que podía salir mal.

No es que nunca antes un soldado hubiera confiado en sobrevivir a una batalla. En la Gran Guerra su propio abuelo había muerto junto al río Bug cuando las tropas de Hitler habían hecho su primera ofensiva, y, naturalmente, también estaba Kiev...

Los rusos sabían morir.

Hoffman había cogido sólo aquellos artículos que consideraba más esenciales: siete bloques de memoria de alta densidad, que había escogido entre unos dos mil, y unos cuantos efectos personales y dos joyas que, diez años atrás, le regalara su difunto marido. Había dejado la casa de Taos con las puertas abiertas; si algún vagabundo tenía la suerte de pasar casualmente por allí, ella le concedía la oportunidad de pasar unos días de placer.

Hoffman no podía hacer nada más. Había pedido unos cuantos favores en respuesta a los que ella había hecho en anteriores ocasiones. No existía la menor duda acerca de lo que iba a suceder dentro de los cuatro días siguientes; ninguna de las personas con las que había hablado había conocido nunca una tensión mayor.

Actuando de acuerdo con el instinto que tan bien le había servido en el pasado, Judith Hoffman iba camino de la Piedra. Tenía la esperanza de no haber iniciado la marcha demasiado tarde.

Condujo el destartelado coche de segunda categoría —un Buick alquilado— durante horas a través del desierto y del campo abierto, atravesando pequeños pueblos y ciudades de tamaño medio; trataba de no pensar y de no sentirse culpable. No había nada más que pudiera hacer.

Había sido desprovista de toda autoridad por un enfadado y estúpido Jefe Ejecutivo. Tres miembros del gabinete la habían acusado de ser la iniciadora de todo aquel enredo.

—Que se vayan al infierno —susurró.

Justo en el desvío que llevaba a Vandenberg Launch Center, en un pequeño complejo de almacenes civiles que surtían al personal de la base, vio una tienda de plantas. Sin dudarle, se dirigió al aparcamiento.

Dentro de la tienda encontró a un joven y flaco empleado que iba ataviado con un delantal color verde hoja y un sombrero a lo Robin Hood. Le preguntó dónde estaban las estanterías de semillas.

—¿De verduras, o de flores? —preguntó él.

—De las dos cosas.

—Pasillo H, justo enfrente de las herramientas, junto a los abonos.

—Gracias. —Encontró las estanterías y tomó un paquete de cada cosa que

vio, y dos o tres de algunas de las verduras y frutas. Cuando hubo terminado, Hoffman tenía el cesto lleno con unos cinco kilos de paquetes de semillas. El dependiente miró aquel montón con asombro.

Hoffman sacó dos billetes de cien dólares y los arrojó sobre el mostrador.

—¿Será suficiente? —preguntó al muchacho.

—Creo que sí...

—Quédese con la vuelta —le indicó ella—. Tengo prisa y no dispongo de tiempo para contarle todo.

—Déjeme llamar al encargado...

—No tengo tiempo —repitió Hoffman. Sacó otro billete y lo dejó al lado de los otros dos.

—Estoy seguro que con esto habrá suficiente —dijo el dependiente rápidamente al tiempo que tragaba saliva.

—Gracias. ¿Puede ponérmelas en una caja?

Hoffman recogió la caja y regresó al coche.

Lanier estaba durmiendo en su cubículo cuando el intercomunicador empezó a tintinear. Adelantó una mano para apretar el botón, pero no había ningún mensaje esperando, sólo oyó silencio.

Se frotó los ojos para aclarárselos, parpadeando. Entonces oyó los intercomunicadores de las otras habitaciones por todos los barracones; todos ellos estaban sonando. Se oyeron pasos en el vestíbulo.

Marcó un número en el intercomunicador. Una voz temblorosa le respondió:

—Comunicaciones de la primera cámara.

—Aquí Garry Lanier. ¿Tenemos una alerta central?

—Sí, señor Lanier.

—¿Por qué? —La voz de Lanier se mostraba infinitamente paciente.

—No estoy seguro, señor.

—Quiero que me ponga ahora mismo con las comunicaciones del eje.

—Sí, señor.

Cuando una voz de mujer respondió unos segundos más tarde, Lanier le pidió un breve informe.

—Tenemos DefCon tres desde Londres y Moscú —comunicó la mujer—. La actividad del radar se encuentra desviada, especialmente en lo que se refiere al seguimiento orbital. Ha habido alguna acción contra los satélites de comunicación y navegación.

—¿Algún mensaje desde Florida o Sunnyvale?

—Ninguno, señor.

—¿Mensajes desde la base lunar?

—Ninguno que vaya dirigido a nosotros, señor. En este momento están en el

lado más alejado en relación a nuestra posición.

—Ahora mismo me dirijo al eje. Dígale a Link y a Pickney que acomoden una habitación para situaciones de emergencia con asientos para unas quince personas.

La voz de Roberta Pickney le interrumpió.

—Garry, ¿eres tú? Ya está todo dispuesto, lo ha ordenado Kirchner. Quiere que el departamento científico y el de seguridad coordinen todo esto. Sube aquí inmediatamente.

En el ascensor, rodeado por el personal de seguridad y por confundidos ingenieros que aún no se habían enterado de los detalles, Lanier trató de pensar en todas las cosas que quedaban por hacer, en todos los preparativos que aún tenía que hacer. Se palpó la barbilla áspera, sin afeitar.

Todo había sido hipotético, como una larga pesadilla. Allí abajo, donde había pasado la mayor parte de su vida, donde aún vivía la mayoría de la gente que él quería —¡y qué pocos eran!—, probablemente aquello estaba comenzando ya.

No podía quitarse de la cabeza las imágenes de lo que la gente allí abajo, en casa, estaría haciendo en aquellos momentos. Había pasado por una cosa parecida cuando era piloto, pero nunca de civil. Escuchar la radio, las sirenas, las instrucciones de Protección Civil, que nunca eran lo bastante comprensibles como para que tuvieran una utilidad real, órdenes de evacuación transmitidas por cable de barrio en barrio. Gente atemorizada, gente arrojando objetos en el interior de los automóviles o disputando por subir a los autobuses, a los trenes o a los camiones de Protección Civil...

Trató de ahogar tales pensamientos. Necesitaba tener el ingenio despejado.

En las cámaras del eje, los guardias de seguridad organizaban a la gente en grupos, según la prioridad, para subir a los tranvías. Fue arrebatado de entre la multitud por tres jóvenes infantes de marina y metido casi a la fuerza en un coche especial.

El centro de comunicaciones externas de la Piedra era un área vallada de unos veinte metros cuadrados que estaba situada en un rincón de la plataforma de la pista principal. Seis cabos de infantería de marina hacían guardia junto a la puerta, con los rifles preparados y las botas enganchadas a unos lazos especiales a fin de poder sujetarlas en caso de tener que apuntar y tirar. Lanier pasó entre ellos. Dentro de la habitación, diez personas se hallaban ya reunidas. Le observaron detenidamente mientras se dirigía a uno de los asientos.

Cuatro pantallas de vídeo estaban instaladas en una pared. Innumerables repetidores habían sido conectados con cables a la mayoría de las consolas. Sólo una de las pantallas grandes estaba en funcionamiento, y mostraba una borrosa imagen de la Piedra misma rodeada de informaciones de datos diversos. Aquello era una fotografía tomada desde el Drake: exactamente tal como él había visto la Piedra cuatro años antes.

Pickney le tendió un par de chanclos de Velero.

—No ha empezado todavía —le indicó—. Pero ha habido una alerta. Algo ha chocado con la pantalla, pero no estamos seguros de lo que es. Ponte esto. — Pickney le colocó los auriculares y el micrófono alrededor de la cabeza—. He estado ocupándome de que se coordine todo desde hace media hora.

—¿Aún no hay órdenes?

—Nada concreto. Sólo la alerta.

Se sentó donde le dijeron y le aproximaron una mesa llena de botones y pantallas. El capitán Kirchner y su ayudante, un joven capitán de corbeta con bigote que iba vestido de caqui, entraron unos minutos después y los colocaron a unos metros de él, en asientos semejantes.

Kirchner, que estaba a cargo de la defensa exterior de la Piedra, era ahora realmente la figura central. Gerhardt se encontraba en la primera cámara haciendo los preparativos; pero, de momento, lo que ocurría en las cámaras tenía sólo una importancia secundaria.

—Pongan a quince hombres en la parte de fuera de la perforación con sistemas de detección portátiles —ordenó Kirchner—. Quiero que se escondan en las paredes de esas colmenas, fuera del alcance de la vista, y sin que se noten señales de calor. Y sitúen esos malditos cañones Gatling en posición.

El silencio descendió sobre ellos. Pickney, con los auriculares apretados sobre el pelo, que llevaba tan corto como un muchacho, escuchaba con gran atención. Un ruido de las interferencias se dejó oír por uno de los altavoces situado al otro extremo de la habitación.

En la pantalla más grande de las que se hallaban delante de Lanier, una imagen parpadeó, onduló y luego se quedó quieta en la claridad del cristal. La emitía una cámara que se hallaba colocada en la parte de fuera de la perforación, en uno de los hoyos de colmena. En aquel momento la cámara estaba orientada hacia la Tierra. Su contorno, aún sumido en la oscuridad, quedó enfocado. La imagen se emborronó dos veces mientras los intensificadores de señal hacían su trabajo. Lanier consiguió entonces distinguir los continentes, las siluetas de las nubes, las luces de las ciudades en medio de la noche. Faltaban sólo unos minutos para que la trayectoria orbital llegara al punto más cercano a la Tierra, a menos de tres mil kilómetros.

Una voz quebradiza llegó hasta ellos a través de los auriculares:

—Heavensent, Heavensent, aquí Cubo Rojo. Situación de alerta. Notable.

—Mierda —murmuró Kirchner.

—Los osos^[3] acaban de anunciar su carrera final. Capitán Kirchner, estamos trabajando ahora en las respuestas. La situación en que se halla usted nos es desconocida. Por favor, comuníquenosla.

—Estamos protegidos y haciendo preparativos —le informó Kirchner.

Cubo Rojo —el cuartel general de occidente del Mando Espacial Conjunto en

Colorado— se dejó oír de nuevo. Estaba diciendo:

—Ahora están ustedes fuera de nuestro ámbito de respuesta, capitán. Tenemos que llevar este asunto como si ustedes no existieran. El vapor en la sauna es espeso. Parece como si quisieran eliminar nuestra capacidad en las proximidades de la Tierra. ¿Entendido?

—Entendido. Confiamos en Dios para que puedan ustedes mantenerlos a raya, Cubo Rojo.

—Heavensent queda ahora por completo bajo su propio control, capitán.

—Sí, señor.

La transmisión terminó.

—La pantalla muestra la aproximación de un VTO —dijo Kirchner—. ¿Está identificado?

—Es el VTO cuarenta y cinco; transporta suministros y personal de refuerzo. Ha sido lanzado hace nueve horas desde la Estación Dieciséis —le contestó Pickney—. Lo estamos monitorizando.

El ayudante de Kirchner confirmó que los infantes de marina que estaban en el hoyo habían recogido algún sonido en sus scanners.

—Tráiganlo hasta aquí —ordenó Kirchner—. En un día más o menos vamos a tener que recibir a un montón más, si esto continúa así.

—Sí, señor, ya están lanzando varios más.

Una pantalla que estaba ante Lanier mostró la imagen de un VTO que se aproximaba a la perforación. De repente, el VTO se expandió en una esfera luminosa. Silenciosa y rápidamente, la esfera se disolvió en los bordes y se oscureció hasta adquirir un desvaído color naranja. Los restos se esparcieron dibujándose contra las difusas capas de gas.

—Señor —dijo el ayudante de Kirchner—. Se están viendo objetos celestes que pasan por ahí fuera y ocultan las estrellas. Detrás del VTO.

—El VTO ha desaparecido —observó Lanier—. Capitán, se han escabullido por detrás de nuestra nave.

—¡Dios mío! —exclamó una voz en el silbante y crepitante altavoz. Pickney había abierto la frecuencia de los infantes de marina con el fin de que todos los que se hallaban en la habitación pudieran oírlos—. Algo se ha llevado nuestra nave. Estoy viendo...

—¡Objetos, objetos celestes! Pero la pantalla de radar no los capta.

—Aquí Durban. Distingo manchas negras, pero tienen que ser de la retina.

—No. Yo no he visto el resplandor, pero ahora estoy viendo cuatro, cinco, seis objetos tapando las estrellas. Como grandes ventosas.

—Van a venir por el tubo —dijo Kirchner—. Preparen los tanques del VTO para bloquearlos. Equipo A, suelten los cables.

Las cámaras que estaban colocadas en la perforación mostraban unas fantasmagóricas imágenes, realzadas por la luz baja y de infrarrojos, de varios

hombres con trajes espaciales que se movían detrás de la primera de las pistas rotantes. Un cañón tipo mortero disparó un cable de acero que atravesó los cien metros de anchura de la perforación. Unos garfios fijaron los cables en la pared opuesta. Se dispararon siete de ellos en rápida sucesión, y formaron una especie de tela de araña en la perforación. Tres tanques de VTO de desecho se izaron mediante una maniobra desde los lados y se fijaron en aquella posición por medio de otros cables. Todo esto se llevó a cabo en menos de diez minutos.

—No vendrán a las plataformas —dijo Kirchner con confianza—. Sería una pérdida de tiempo. Si bajan por el tubo irán a las cámaras. Pueden barrernos después. Espero que los soldados de Oliver estén preparados.

En medio de la conmoción, Lanier había apartado los ojos de las pantallas que retransmitían imágenes de la Tierra. Volvió a centrar la atención en ellas.

Minúsculas manchas de color naranja hacían eclosión por toda la costa soviética al oeste de Japón, simples cohetes suborbitales que estaban desplegando residuos sólidos para echar abajo los satélites situados en órbitas bajas y las estaciones de batalla.

—Pelotas de béisbol —dijo Kirchner.

Uno de los infantes de marina que se encontraban en la parte de afuera de la perforación dijo algo que no se pudo oír con claridad. Luego, cuando Pickney mejoró la recepción, la voz continuó:

—Señor, están volando los parapetos.

La pantalla grande mostró una vista de la perforación. Las estrellas parpadeaban por detrás de la bien iluminada pista rotante y del reborde exterior de la perforación. Tres sombras se movían contra las estrellas. Luego, el fuego bordeó las sombras y pedazos de material negro, semejantes a restos de una tarta, saltaron dejando ver algunas formas difíciles de definir a simple vista. Las narices provistas de espejos de los intrusos estaban reflejando el oscuro interior de la perforación y la iluminada pista principal.

—Está claro —comentó el ayudante de Kirchner—. Son vehículos rusos de carga, de carga pesada, lanzados desde el océano. El primero está ya en el tubo.

Con sus veinte metros de anchura, las naves rusas parecían bolas de Navidad a medida que entraban en la perforación. Invisibles rayos de energía procedentes de los cañones ocultos más allá de la pista rotante estaban ya separando en pedazos el resplandor naranja del primer vehículo de carga pesada. Lanier ni siquiera podía empezar a seguirle la pista a todo lo que estaba sucediendo. La vista le iba de una pantalla a otra; Kirchner hablaba poco ahora. Los procedimientos que había que seguir estaban ya trazados; sus hombres estaban haciendo todo aquello para lo que habían sido preparados, que era todo lo que se podía hacer.

—Pickney, pásame con la séptima cámara —dijo Lanier.

—Todo el mundo se encuentra ya en la primera y en la cuarta cámara —le

dijo Gerhardt.

—Entonces ponme con la cuarta. O con la que sea. Deseo hablar con Heineman.

—Primera nave contestando al fuego —dijo una voz anónima desde algún punto de la perforación—. Parece que apuntan a los tanques, posiblemente a los cables.

—Quizá no vean los cables —sugirió otra voz. La voz de ambos soldados sonaba tranquila, expectante.

Lanier se dio cuenta entonces de que un monitor estaba mostrando la minúscula, a causa de la distancia, Estación Dieciséis, en una órbita baja de la Tierra, la situada a mil kilómetros. Mientras estaba mirando, la estrella se convirtió en una resplandeciente mancha de luz blanca. La luz parpadeó y se apagó.

—Heineman en la línea cinco —avisó Pickney a Lanier. Éste apretó el botón.

—Lawrence, soy Garry.

—Ya estaba casi fuera de la puerta y me han hecho retroceder. Me encuentro en la cuarta cámara, Garry. Me dirigía a...

—Lawrence, estamos cogidos, nos están atacando. Vete enseguida al V/STOL y llévate de aquí. Engánchalo al sobretubo y vete hacia abajo por la línea. Quédate allí hasta que te llamemos.

—Entendido. Es lo que iba a hacer.

El botón produjo un chasquido y la voz se perdió.

Más flores blancas brillantes crecieron, pasando de ser cabezas de alfiler a convertirse en manchas blanco-azuladas, sobre Japón y China; fueron cuatro en total. Se trataba de estallidos nucleares orbitales destinados a anular las redes de comunicación y de energía por medio de intensas llamaradas de interferencia electromagnética —que eran también la fuente de los parásitos que se oían en los altavoces—. Mientras la Piedra se movía en su órbita en sentido contrario al de las manecillas del reloj, y mientras la Tierra giraba bajo ellos, Lanier presencié más estallidos sobre la Unión Soviética y Europa, hasta llegar a un total de catorce. Una verdadera primavera nuclear. Habían subido las apuestas desde la Pequeña Muerte. Aún no había intercambios estratégicos, pero ni un sólo sistema que no estuviera protegido sobreviviría a estos preliminares pasos de danza.

Las pantallas más pequeñas mostraban vistas captadas por los satélites de registro que quedaban aún intactos y seguían transmitiendo.

La costa de América del Norte, el sur y la Baja California, que se veían con claridad, quedaban borrosas a causa de los resplandores a gran altura, que proyectaban una luz espectral por todo el océano y la tierra, como si fueran linternas iluminando un mapa en relieve. La carnicería no había comenzado todavía. ¿Cuál sería el plan... tirarse un farol? ¿El engaño?

Las negociaciones debían de haber empezado ya. *Lo que se ha hecho, lo que*

se haga a menos que ... Cómo retroceder, cómo apagar la mecha, cómo establecer una confrontación limitada ... Quién faroleaba ante quién y hasta dónde llegarían. Quién se rendiría.

El coronel Mirsky se sujetó en el borde de la escotilla que comunicaba con la cabina del piloto de la nave. Desde allí no se tenía una visión directa de la perforación, pues la coraza de láser y el chasis exterior, que era blindado, cubrían las ventanas delanteras. No era capaz de entender las imágenes que se reproducían ante los dos pilotos; se trataba de una confusión de líneas vagas, círculos giratorios, cosas semejantes a huevos de Pascua que se enroscaban y se precedían como en un dibujo con forma de parrilla.

—Ten preparados a tus hombres —le dijo el comandante de la nave mirándole fugazmente por encima del hombro—. Diles que se queden pegados a las paredes de la perforación hasta que salgan a la primera cámara. Tienen hombres con láser esperándonos. Pican como abejas.

Daba la impresión de que pesados puños aporrearan el exterior del chasis en un rápido tamborileo. Las alarmas se apagaron.

—Malos chicos —dijo el copiloto—. Eso era un cañón Gatling. Han conseguido penetrar los escudos de láser. Hay una pequeña brecha en el chasis exterior.

Mirsky cerró la escotilla tras él y regresó a su puesto, mientras el comentario que el comandante acababa de hacer sobre las abejas resonaba todavía en su cabeza. Mirsky había cuidado abejas en cierta ocasión, en una cooperativa de Leningrado, cuando hacía un proyecto en su época de estudiante. Nosotros invadimos la colmena —pensó—. Y naturalmente, ellos tratan de picarnos.

Pasó flotando por el primer compartimento, recogió el casco y comenzó a dar severas instrucciones. Los sargentos —jefes de pelotón en el segundo y tercer compartimentos— salieron de allí dándose impulso a través de las escotillas con el fin de alertar a sus hombres. Solamente faltaban unos minutos para que todo empezase.

—¿Por qué se te ve tan abatido, Alexei? —le preguntó Mirsky a un soldado que estaba inspeccionando su casco—. Amigos ¿están cargadas las armas?

Sacaron los rifles de la red de carga y comprobaron los resplandecientes LEDs.

—Formen filas —dijo Mirsky. Luego oyó cómo ladraban las órdenes en el segundo y tercer compartimentos. El oficial que se hallaba al mando de la

compañía, el comandante Konstantín Ulopov, viajaba en el primer compartimento; ya se había puesto el casco, y el hombre a cuyo cargo estaban los cañones, llamado Zhadov, le daba tirones de las conexiones y cierres del traje espacial con el fin de comprobar que estaban bien seguros. Cuando le diera el visto bueno, Ulopov, a su vez, ayudaría a Mirsky a comprobar el suyo.

Ninguno de ellos disponía de mucha protección contra el láser o contra los impactos de proyectiles. En una guerra de aquella clase, un AKV, o incluso una pistola —preparada para funcionar en el vacío, pero cargada con balas corrientes—, resultaba tan efectiva contra un soldado como los láser antipersonales.

Mirsky se acercó al pequeño grupo que rodeaba a «Zev», el comandante general Sosnitsky.

—Nuestro batallón está preparado, camarada general —le informó.

El estado mayor de Sosnitsky, compuesto por tres oficiales —con el *Zampolit*, el comandante Belozersky, rondando por allí cerca—, no dejaban de comprobar una y otra vez el traje espacial del general; parecían pollitos alrededor de la mamá gallina. Sosnitsky levantó una mano enguantada por encima de toda aquella conmoción general y se la ofreció a Mirsky. Este se la estrechó con fuerza.

—El Mariscal se sentirá orgulloso de usted y de sus hombres —le dijo Sosnitsky—. Hoy —o esta noche, o lo que sea— será un día glorioso.

—Sí, señor —dijo Mirsky. Aunque las ideas que tenía sobre la estructura del mando rayaban en el cinismo, Sosnitsky tenía el poder de hacerle sentir emoción.

—Vamos a hacerles pagar caro lo de Kiev, ¿no le parece, camarada?

—Así será, camarada general.

Levantó la mirada hacia Belozersky. La expresión que tenía el oficial político era una mezcla de exaltación y una insinuación de pánico incierto. Tenía los ojos muy abiertos y el labio superior húmedo.

Mirsky se enjugó el labio superior. También él lo tenía húmedo. Tenía todo el rostro húmedo. Luego abandonó el grupo y regresó a su puesto.

Se encendieron las luces de cola, que estaban ubicadas cerca de las tres escotillas circulares de salida, y la nave comenzó su errática caída destinada a ofrecer blancos imprevisibles para los francotiradores mientras los soldados saltaban al exterior. Así tendría ocasión de esparcirlos como si fueran paja por el interior de la perforación; los soldados, que iban en parejas, tenían que agarrarse unos a otros de los correajes, saltar en grupo y permanecer juntos hasta que consiguieran alcanzar sus posiciones.

No debían disparar al azar; había más probabilidades de herirse entre ellos que de herir a un enemigo. Sólo podían disparar en combate directo, con enemigos claramente localizados, y no tenían que perder el tiempo ni siquiera en esto si podían evitarlo.

Todo el mundo tenía ya puestos los trajes espaciales y estaban en formación.

La cámara de descompresión de emergencia que rodeaba la escotilla de salida número dos había sido desmontada y arrumbada contra la compuerta. Las bombas empezaron a hacer el vacío en los compartimentos produciendo unos sonidos guturales y un fuerte pud-pud. Las escotillas que comunicaban los compartimentos entre sí se fueron deslizando con suavidad hasta cerrarse. Las luces se apagaron. Lo único que podían ver ahora los soldados de Mirsky eran las luces de cola que se hallaban sobre las escotillas y los destellos luminosos de las cuerdas de guía.

—Comprueben las radios y los localizadores —les indicó. Cada soldado se apresuró a revisar su equipo de comunicaciones y su importante faro localizador.

Las luces de cola se encendían y se apagaban a intervalos de medio segundo. Todo el mundo se aseguró de estar bien enganchado al cable que les servía de guía y que tiraría de ellos alrededor de los compartimentos hasta conducirlos a la escotilla de salida.

Faltaban diez segundos para que se abriera la escotilla. El movimiento de la nave —produciendo sacudidas, balanceándose y dando vueltas mientras los reactores, al maniobrar, lanzaban fuego de manera desigual— estaba empezando a afectar incluso a Mirsky.

Ya no se podía oír el sonido del bombeo. Estaban en el vacío.

Las escotillas se abrieron de repente y las hileras de hombres empezaron a saltar hacia fuera, hacia la oscuridad y el silencio.

Dos pelotones destinados a la primera cámara —veinte hombres en total— salieron en la primera fila.

Mirsky era el tercero en su hilera. Ulopov iba delante y Mirsky lo sujetaba por la correa que llevaba atada al muslo. A Mirsky, a su vez, lo sujetaba Zhadov, que llevaba el cañón de láser atado a un costado. El trío se sujetó al borde de la escotilla y saltaron a la vez, tal como habían sido entrenados, volando desde la nave como un equipo de paracaidistas de precisión, una pequeña estrella de seis piernas en la vasta oscuridad.

Los ojos de Mirsky se acostumbraron rápidamente y encendió el localizador. Durante unos sobrecogedores momentos en que a punto estuvo de parársele el corazón, pensó que todo estaba perdido; no podía oír ni siquiera el menor susurro de señal. Pero entonces le llegó el CHUFF-chuff-chuff del faro, colocado por algún compatriota desconocido —posiblemente ya muerto, asesinado por los americanos— en la perforación que daba a la segunda cámara.

Y pudo vislumbrar el pequeño punto de luz que era la abertura de la primera cámara.

Materiales flotando alrededor. Golpes, manchas. Gotas oscuras que se deshilachaban. Grandes trozos de metal visibles a la luz del casco, fragmentos de mampara retorcidos y láminas de acero onduladas... ¡una nave!

Enredados en algo invisible que había delante de Mirsky, los restos destrozados

de una de las naves de carga pesada vibraban con fuerza como una mosca atrapada en una tela de araña, y estaban rodeados de cuerpos a la deriva, la mayor parte sin casco. Trozos de miembros y de troncos humanos flotaban a la deriva.

Una aureola cegadora los rodeó a todos. Luces de gran intensidad danzaban alrededor de las naves y de los soldados, vivos y muertos, que habían sido vomitados de las mismas. Zhadov soltó la correa de Mirsky y este, instintivamente, buscó el arma que aquel hombre llevaba, pero en vez de agarrar el arma le cogió por el brazo. El traje se retorció al agarrarlo y el cuerpo se contorsionó furiosamente; estuvo a punto de arrastrar a Mirsky lejos de Ulopov. En el traje espacial de Zhadov se había producido un desgarrón y el gas que se escapaba de él lo hacía girar rápidamente, como si de un globo pinchado se tratase. Mirsky se estiró todo lo que pudo y consiguió alcanzar el cañón. Se lo alargó a Ulopov.

(Tan claro como la realidad —más claro en aquel momento—, Mirsky estaba de pie en un campo lleno de hierba y contemplaba esta pesadilla. Recogió el paracaidas de la hierba amarilla y movió la cabeza, sonriendo amargamente ante aquella imaginación suya).

Los soldados llenaban la perforación, cientos de ellos, y por todo su alrededor Mirsky podía sentir instintivamente las invisibles agujas de láser y los proyectiles buscando, penetrando, despedazando.

Mirsky atrajo a Ulopov hacia sí y movió en rededor el localizador del casco buscando la pared a la que debían estar acercándose. No se veía por ninguna parte. La muerte de Zhadov los había sacado de la ruta.

—Usa la mochila cohete —le dijo al comandante—. Nos separamos ahora.

—*Spsghv*venida patata —comentó el comandante secamente, con el micrófono activado por la voz cortando los primeros sonidos de cada frase—. *Spsgh*caliente que un horno. *Spsgh*dnos vamos a asar. *Shhp*buena suerte, coronel.

Mirsky soltó la correa y encendió el cohete propulsor. Se balanceó hacia fuera, alejándose de aquellos enmarañados restos y de los horribles cadáveres. Cortó el propulsor y conectó el casco. Ante sus ojos, en un pequeño escenario luminoso, apareció el faro y Mirsky comprobó dónde estaba en relación a él. Conectando de nuevo el cohete propulsor ajustó su posición, al igual que hacían cientos de sus camaradas; cuántos, no podía decirlo.

De repente recordó el número de la enredada nave destruida, que ahora quedaba muy atrás. Había sido la nave lunar, la que transportaba a los que más recientemente y más a conciencia se habían entrenado para el combate en condiciones de baja gravedad. Los mejores.

Mirsky, solo ahora con su localizador y su propulsor —sin preocuparse de momento de cuántos de sus hombres iban delante y cuántos detrás—, volaba perforación abajo hacia el pequeño círculo.

Se han abierto paso —les informó Kirchner dando un golpe con el canto de la mano en el brazo del sillón—. No hay en la perforación nada más que cadáveres y restos de naves. Al menos tres vehículos de carga pesada se han dado la vuelta; debemos de haber inutilizado el resto de ellos. Nadie se marcha, sin embargo... no pueden regresar a casa.

—Los pilotos esperarán hasta que nos hayan cogido —dijo Gerhardt con cansancio por el intercomunicador. Ahora estaba supervisando la evacuación de los equipos civiles hacia la cuarta cámara.

—No parece que estés muy animado, Oliver —le dijo Kirchner—. Ahora te toca a ti.

—Tenemos algunas transmisiones desde el Golfo Pérsico —comunicó Pickney—. Ahora podemos descifrarlas. ¿Quiere oírlas, capitán?

—Oigámoslas —convino Kirchner.

Una voz de hombre, que sonaba casi mecánica después de procesar la señal, dijo:

—Uno K, aquí Kill Siete; Uno K, aquí Kill Siete, han ahumado el círculo; repetimos: han ahumado el círculo. Vampiros, catorce contados, escala cincuenta clicks, procedencia pequeña plataforma de Turguev. Repetimos: catorce vampiros. Seis derribados. Barrida dos comenzando. Círculo humeante, adelante con fritada dirigida, nueve abajo, arriba cuchillos, once abajo. Tres vampiros, veinte clicks. Sacerdotes fuera. Sacerdotes y vampiros se unen. Advirtiendo a tripulaciones de salamandra. Estrella de Mar lanzado. Dragones de Mar alertados. Dos vampiros, seis clicks. Barrida tres comenzando. Espumando ahora. Ojos cortos fuera, cuchillas fuera, Guardianes fuera, cuchillos dentro. —Una pausa—. Dos vampiros, tres clicks. —Otra pausa; luego, suavemente—: Adiós, Shirley.

—Ése es el crucero *House*, —dijo Kirchner tranquilamente, frotándose los ojos con las manos—. Se ha ido.

—Otro —dijo Pickney—. Costa de Omán.

—Vamos a oírlo —dijo Kirchner lanzándole a Lanier una fugaz mirada.

—... CNV noventa y seis, grupo Hairball —comenzó la señal—, segundo lanzamiento Pluma Dos; repetimos, Pluma Dos, comenzando Garrapata, repetimos, Garrapata. Especial nuke de cuarta clase, las autoridades postales aconsejarán.

—El portaaviones *Fletcher* va a enviar un aparato estratégico para que haga una salida de costa a media altura —tradujo Kirchner.

—CNV ochenta y cinco, código Zorro Doctor Betty. Las autoridades postales te retiran el permiso. Garras arañará a Garrapatas. Dragones de Mar alertados. Pared lenta arriba y Plumas de Pavo abajo. Repetimos: pared lenta arriba y...

—Grupo Pelota de Cabello, Hombre Jefe, Mozo de cuadras y Alfa Delta Víctor... Padrino de boda, Camarera, comida retrasada...

—CNV noventa y seis, cuento treinta y ocho vampiros, procedencia plataforma azul oscura clase Turguenev, escala diez clicks, cuchillos arriba, ojos cortos, Dragones de Mar alertados. Sacerdotes y vampiros se unen a ángeles dos, Jesucristo —una obvia interjección no ajustada al código—, están sólo a dos clicks...

Kirchner sintió un estremecimiento cuando se interrumpió el mensaje.

—Yo tendría que estar allí abajo —dijo—. Justo en el medio de la barbacoa.

—¿Cuántos VTO ha lanzado la Estación Dieciséis? —le preguntó Lanier.

—Además del VTO cuarenta y cinco, cinco. Tres vienen hacia aquí, dos van hacia la Luna.

—Avisales a los tres de que estamos sufriendo un ataque y que quizá no podamos recibirlos. Sugiereles que se desvíen hacia la Luna.

—Si es que pueden lograrlo —dijo Pickney.

La evacuación de las plataformas y de otras estaciones situadas en la órbita baja de la Tierra había empezado ya. La guerra se estaba extendiendo ahora; no se trataba únicamente de las plataformas de defensa, sino que también las estaciones de investigación y las industriales se estaban convirtiendo en dianas.

—Un poco de diversión —comentó Pickney amargamente—. Parece que la cosa se está saliendo de control.

—Naturalmente —dijo Gerhardt por el intercomunicador—. Sólo un idiota o alguien muy desesperado habría pensado de otra manera. Garry, ya has hecho todo lo que podías ahí. Te necesito en la primera cámara dentro de unos minutos. Yo voy de regreso ahora.

Vásquez, exhausta después de siete horas de intenso trabajo, dormía en una de las literas bajo la lona de la tienda. Dos pizarras electrónicas, un gran procesador y varias docenas de hojas de papel cubrían el suelo de la tienda alrededor del camastro. Patricia, Carrolson, Farley, Wu y Chang —y, naturalmente, Heineman, que se encontraba en el V/STOL— formaban el único grupo que no estaba confinado en la primera y en la cuarta cámara. Lanier había tomado la decisión de que el trabajo de Patricia era demasiado importante para interrumpirlo completamente.

Patricia estaba soñando con una tienda de la Tierra. Le negaban la oportunidad de comprar un helado de cucurucho. El sueño se fue transformando y Patricia se encontró de pie ante la pizarra de una clase muy grande tratando de explicar oscuros problemas a un mar de rebeldes estudiantes. Éstos empezaban a tirarle trozos de tiza. Con una absoluta sensación de realidad vio cómo las tizas golpeaban las ecuaciones escritas en la pizarra. ¡Quietos!, gritaba. ¡Basta! La clase dejaba de producir desorden. Patricia recogió un trozo de tiza del suelo y rodeó con un círculo aquellos lugares de las ecuaciones que habían sido tocados por algún golpe. Maduramente continuó diciendo, eso demostraría...

Carrolson la cogió por el hombro y la sacudió ligeramente para que se despertara. Patricia se apartó de la cara unos mechones de pelo negro y levantó la vista hacia la mujer con ojos hinchados de sueño.

—Tenemos que marcharnos a la cuarta cámara —dijo Carrolson.

—¿Por qué? Estoy trabajando...

—Se acabó el trabajo, preciosa. Hay un camión esperándonos. Los chinos también se vienen. Todos nos vamos. ¡Muévete! —ordenó en tono ácido. Patricia recogió la bolsa y comenzó a meter en ella la pizarra electrónica, los bloques de memoria, el multímetro y el ordenador. Carrolson hizo ademán de quitarle la bolsa de las manos, pero luego se contuvo y se abrazó con fuerza los hombros—. Ya no necesitaremos esas cosas —dijo—. Y tanto que no.

Unas lágrimas cayeron por sus mejillas y le mancharon el pecho del mono.

—Todo el mundo lo dice —continuó—. Yo no lo he visto, pero nos está llegando información por ese circuito, el único que hay capaz de interceptar las emisiones vía satélite.

Patricia se apretó la bolsa contra el pecho y echó a correr delante de Carrolson hacia el camión mientras maldecía en voz baja.

De qué modo tan extraño se estaba comportando, pensó con una parte de la mente en la que aún no había penetrado la realidad. Qué histérica. Al fin y al cabo ella lo sabía de antemano. Debía haber estado preparada.

Carrolson, Wu y Chang subieron al camión detrás de ella. Farley los condujo por la rampa y entraron en el túnel.

Mirsky estaba aterrado. Empujado hacia delante por los propulsores a vapor de los cohetes, los cuales soltaban periódicamente una tenue nube de peróxido de hidrógeno que se disipaba rápidamente, se movió en dirección al faro. A ambos lados la tierra le esperaba; el estómago le decía que estaba cayendo desordenadamente. Delante suyo había una extensión gris negruzca. Las nubes pasaban como vainas curvas por encima, por debajo, por detrás, por delante. No podía cerrar los ojos; tenía que mantener la orientación del casco centrada en la señal del faro.

Vio a varios de sus compañeros, cuyos cohetes propulsores, al hacer explosión, parecían estelas surgiendo de las alas de un reactor que entrara y saliera del aire húmedo. ¿Cuántas?, se preguntó. ¿Qué medidas de contraataque habrían tomado los americanos?

Tenía que cruzar aquel horror tan bello, aquel lugar que no tenía arriba ni abajo, y luego bajar volando por una segunda perforación. Solamente cuando se encontrara ya en la segunda cámara podría salirse del centro y desplegar el escudo aéreo, siguiendo para ello el simple mapa que vería proyectado en su casco.

Lentamente, los temores de Mirsky se fueron convirtiendo en regocijo. El salto más largo que realizara nunca en la Tierra había durado seis minutos, y había sido mejor que hacer el amor, mejor incluso que el día en que recibió las alas. Pero aquí había estado volando sin parar, acelerando con cada nuevo estallido, durante diez, quince minutos.

Aunque muriese al aterrizar habría valido la pena. El hecho de haber visto un lugar donde la tierra era el cielo, donde uno podía zambullirse en cualquier dirección y llegar al suelo, valía la pena. Compensaba incluso por aquella pesadilla de la perforación y el ver los cuerpos destrozados de sus compañeros yendo a la deriva con los rostros hinchados y lívidos en aquel vacío y los ojos saliendo de sus órbitas y horriblemente blancos.

—*Pss*oronel Mirsky, ¿es usted?

—¡Sí! Identifíquese.

—*Psh*lopov. He visto a otros *hx*ombres de nuestra nave. ¡Y a cientos más! *Psh*son como ángeles, coronel. *PshCHKCHK*imeros pelotones han descendido ya,

mire usted hacia atrás, *PSCKH* Horonel.

Cuidadosamente, Mirsky volvió el cuello, manteniendo siempre un ojo en la alineación del faro, y miró hacia atrás y luego hacia abajo. Divisó pequeñas manchas blancas —paracaídas— en medio de la neblina azulada que se extendía por encima el suelo de la cámara. Se dio la vuelta con suavidad y distinguió aún más en otro cuadrante, bajando, tal como habían planeado, para hacerse con el control de las entradas a los ascensores que había en la pared sur de la primera cámara. Mirsky se sintió rebosante de orgullo. ¿Quién más habría podido tener tanto éxito? ¡Historia!

Podía ver el agujero más oscuro en el centro de la pared de más adelante. Ningún hombre tenía más de dos horas de aire en los depósitos del traje espacial; ¿cuánto tardarían hasta que pudieran descender?

En el recinto de la cuarta cámara, Carrolson había renunciado a intentar organizar a los miembros del equipo científico. La mayor parte de los miembros del equipo de seguridad se habían desplegado, dejando los barracones, la cafetería y los jardines a los evacuados. Patricia estaba sentada en la cafetería; se sentía entumecida, tenía mocos secos pegados bajo la nariz y estaba escuchando a medias las esporádicas señales de radio que llegaban a través de los altavoces de la cafetería. Las señales que transmitía el satélite exterior iban aún dirigidas por la perforación hasta los convertidores que se hallaban a la entrada de cada cámara. Se oía la charla electrónica de los robots, que tranquilamente se iban sacrificando ellos mismos en su órbita al buscar puestos de avanzadilla y estaciones de lucha, o que se quedaban mudos al volver a entrar en la atmósfera terrestre en busca de unos cuantos millones más de seres humanos poniendo en práctica una política de disuasión que ahora, cada vez más, garantizaba sólo la muerte.

Fuera de control, pensó Patricia.

Espasmo. Los movimientos que hace una persona que agoniza, o las sacudidas de un cadáver. San Diego, Long Beach, Los Ángeles, Santa Bárbara. Espasmo.

Farley y Chang lloraban una en brazos de la otra. Wu guardaba silencio y se mostraba impasible; estaba sentado sobre una mesa de tal forma que semejava una escultura. Rimskaya se encontraba en un rincón en compañía de una botella de whisky escocés, que casi seguro había conseguido de contrabando; se tomaba un trago cada pocos segundos, hasta que finalmente cayó al suelo.

Unos cuantos exobrerros de la defensa volvían a hacer las antiguas chanzas de siempre; a base de los viejos cálculos y adivinanzas iban haciendo un tranquilo análisis de quién estaría ganando, quién sería aún capaz de luchar, cuál de los emplazamientos de armamento sería el próximo en entrar en funcionamiento...

—¿Los submarinos que están bajo las capas de hielo?

—No, ambos bandos reservarán esto para después.

—¿Qué después?

—¿A quién le importa?

—¿Y qué hay de los camiones? Ya sabéis, esos vehículos con efecto reversible que abrazan la tierra cuando la onda de choque se pasa.

—Que se jodan.

Espasmo.

Patricia cerró los ojos para bloquear una imagen de su propia casa absorbiendo un estallido repentino de luz y radiación y convirtiéndose en una imitación carbonizada de paredes y un techo.

Y dentro, ligeramente protegidos por la sombra de la casa... quemados vivos, aunque no completamente carbonizados... pero reducidos luego a finas cenizas a causa de la onda de choque...

Rita y Ramón.

Farley se aproximó a Patricia y dio unos golpecitos en su hombro, interrumpiendo aquella ensoñación.

—No podemos regresar —le comunicó—. Los ingenieros dicen que ya no queda en servicio ninguno de los puertos espaciales. Vandenberg, los cosmodromos, el Centro Espacial Kennedy, incluso el Edwards, todos han sido destruidos. Tampoco podemos llegar a la Luna. No disponemos de suficientes naves ni de combustibles. Nadie podrá subir allí durante diez, quizás veinte años. Eso es lo que aseguran los ingenieros. Es posible que aún queden algunos campos sin destruir en China, pero no va a haber transbordadores en órbita para enlazar con el VTO, incluso en el supuesto de que pudiéramos regresar.

Wu se reunió con ellas.

—Ya no queda nada de China —les dijo—. Rusia está aún arrojando cosas. Todas las ciudades en las que yo viví han sido ya destruidas. En la escuela solían darnos clase de defensa civil. Sabíamos exactamente dónde caerían las bombas. Las bombas rusas e incluso las bombas americanas. Cada ciudad tenía sus bombas.

—¿Cuándo es el funeral? —preguntó alguien desde el fondo. No hubo risas, sólo silencio. Era un chiste extraordinariamente insensible. Excepto que no era un chiste. Cuando alguien moría tenía que haber un funeral.

Pero ¿y cuando morían miles de millones de personas, o se estaban muriendo?

Carrolson se sentó al lado de Patricia.

—Tinta es todo lo que queda —dijo lacónicamente—. Wayne ya no existe. Ni nuestro hijo tampoco. Han muerto ya, estoy segura. Ya ves, dentro de un rato todo esto va a empezar a hacernos un daño de mil demonios. Conseguir adaptarse va a ser... —Se crisparon sus mejillas, poniéndose rojas como si le estuviese

saliendo una erupción—. Rimskaya se ha bebido todo, el hijo de puta.

—Me voy a la biblioteca —dijo Patricia.

—No puedes hacerlo —indicó Carrolson—. Está fuera de los límites.

—Necesito hacer algo.

—Naturalmente.

Pero Carrolson no ofreció ninguna sugerencia.

—¡Eh! ¡Están llegando más imágenes de las cámaras exteriores! —dijo alguien a voz en grito. Sacaron la gran pantalla de vídeo y la conectaron con el circuito central de la cafetería.

Patricia no quiso mirar la pantalla de vídeo. Ya había visto suficientes imágenes telescópicas de la lucha, imágenes que habían sido tomadas desde los satélites y desde la Luna; se encontraban en los archivos de la biblioteca, en la Ciudad de Thistledown. En algún lugar de la Tierra —en Washington o en Pasadena, en el despacho de Hoffman—, distintas copias de aquellas imágenes estaban siendo destruidas precisamente por aquella misma destrucción que mostraban, una coincidencia del destino.

Carrolson, sin embargo, contemplaba con gran atención la pantalla, con los ojos semicerrados y una expresión tensa en los labios.

Una a una las ciudades iban estallando. La atmósfera se agitaba después de cada explosión, como si una gigantesca pelota de acero se hubiera caído en un estanque.

Sobre el reborde de la tierra, más allá del Atlántico, un resplandor mayor que el del alba se iba arrastrando, ora amarillo, ora púrpura, ora verde.

El mundo entero estaba siendo barrido por una corona de fuego; las llamas saltaban no de árbol en árbol, sino de ciudad en ciudad, de continente en continente.

La gente no era ya más importante que una aguja de pino.

Gerhardt y Lanier se hallaban de pie cerca de varios pelotones de soldados que protegían la entrada del ascensor cero. Gerhardt apartó los prismáticos y dejó de mirar el campo de batalla.

—Pequeñas manchas —dijo a su compañero—. Mosquitos. La mayor parte de ellos están bajando hacia esta cámara. Pero parece que unos cuantos cruzan por encima. —Tendió los prismáticos a Lanier.

—Van a la segunda cámara. —El viento frío que bajaba del casquete jugueteaba con el cabello de Lanier. Éste siguió con los prismáticos el rastro de dos de aquellas manchas, siguió sus movimientos a lo largo del eje. Luego bajó los prismáticos para inspeccionar las defensas que había alrededor de los dos recintos.

—Ya. Esperan que aquí tengamos más fuerzas, lo cual es cierto.

Levantó de nuevo los prismáticos y captó otras manchas blancas mayores en un ángulo mucho más bajo, cerca del casquete sur.

—Paracaídas —observó Lanier—. Algunos están ahora en la atmósfera.

—Jesús, qué esfuerzo —comentó Gerhardt con admiración. Después cogió la radio—. Túneles sur cero, hay fuerzas que están llegando en esa dirección. Perforación, mantengan los ojos abiertos.

Lanier no conseguía concentrarse. Seguía pensando en aquello que le desviaba la atención de las otras cosas. ¿Habrían prendido fuego al mundo nada más que para disponer de ventaja aquí? ¿Confían en que podrían controlar los resultados con la negociación, dejando un número de víctimas próximo al que hubo en la Pequeña Muerte? De repente se puso enfermo al pensar en los miles de modos artificiales de conducta aducidos por los representantes del gobierno, por los militares, por patriotas y traidores y luchadores y...

Le entraron ganas de desaparecer sin que lo vieran y ponerse a dormir.

No podía dejar de ver con la imaginación una escena en la que Hoffman conducía una limusina por la carretera de Vandenberg confiando en escapar a aquella locura, en abandonar la nave que agonizaba y escapar de allí como fuera: y todo ello para subir aquí, donde la locura se había extendido. Y, de todas formas, sin conseguirlo; Hoffman enfrentándose a las explosiones sobre Vandenberg.

—¿Lo saben? —preguntó.

—Si saben, ¿qué? —quiso saber Gerhardt.

—¿Saben los rusos que la Muerte ha llegado?

Gerhardt, que nunca había estado en la biblioteca y no había recibido ninguno de los avisos previos de Lanier, frunció el entrecejo y miró a Lanier.

—¿Qué es lo que estás preguntando, Garry?

Lanier señaló hacia arriba.

—Se encuentran a punto de entablar batalla con nosotros, pero... ¿están al corriente de que nosotros no tenemos ya a jefes supremos?

—Algún jefe sobrevivirá —dijo Gerhardt.

—¿Importa eso, Oliver?

—¡Puedes estar puñeteramente seguro de que importa! —gritó Gerhardt con saliva cayéndole por la barbilla. La secó con la manga del mono, movió la cabeza y se dio la vuelta al tiempo que su rostro enrojecía—. No te hundas ahora, Garry. Necesitamos a todo el mundo.

—Voy a luchar —dijo Lanier.

—No será la primera vez, ¿no? —preguntó Gerhardt con la voz tensa y ronca.

—Sobre el terreno, sí. —*Modos de conducta. Sin descanso, sin fin, incluso después del día del juicio final*—. ¿Dónde está mi arma?

Habían conseguido pasar a través de la segunda perforación a pesar de los disparos esporádicos de las tropas estacionadas allí. Habían muerto más, pero no muchos.

¿Dejaría de caer alguna vez?

Mirsky giró en su trayectoria para echar un vistazo a la ciudad...

¡Nunca había visto una ciudad como ésta!

... mientras los cohetes que llevaba lo iban empujando hasta alejarlo primero cien metros de la perforación, luego doscientos, después trescientos. Divisó el lugar que estaba buscando —el puente cero, el que se extendía sobre el río que rodeaba la cámara— y se dio impulso para alejarse del eje de la Patata y dirigirse hacia el tenue resplandor que producía el tubo de plasma.

Otros soldados habían ya caído a través de la barrera de la atmósfera y del tubo de plasma. Su informador les había asegurado que el paso no ofrecía peligro alguno siempre que no se demorasen; pero Mirsky confiaba solamente en la experiencia y la supervivencia. No podía ver si sus camaradas estaban vivos o muertos; cuando los miraba eran demasiado pequeños para poder apreciar los detalles. *Se han convertido en enanos... ¿cómo podrían unos cuantos cientos de soldados mandar en un objeto tan grande como una república?*

La perspectiva fue cambiando muy lentamente a medida que caía y se alejaba del eje.

No sintió ningún asombro al ver lo egoístas que se habían hecho sus sentimientos ahora, y cómo el odio lo embargaba. Mirsky ya había sentido estas emociones en muchas otras ocasiones con anterioridad, durante el entrenamiento o durante aquellas horribles pruebas de resistencia. Éstas eran las emociones de los soldados en la batalla, duras y amargas, ligeramente impregnadas de temor, pero sobre todo llenas de un sobrecogedor interés por uno mismo.

No podía importarle menos el Estado, la Madre Patria, la revolución. Y no se sentía avergonzado de ello.

Sólo estaba cayendo. Iba en espiral hacia afuera mientras el gran cilindro giraba en torno a él. Procuró mantener el mismo paso que las marcas que había en tierra, usando para ello los cohetes propulsores. No se oía ni siquiera el sonido del viento. Preparó el trineo de aire, lo desplegó y fijó todos sus segmentos.

Entonces Mirsky se dio cuenta de que estaba desviándose algunos grados del puente. Corrigió la trayectoria por medio de otro encendido del propulsor. Había tan pocas sensaciones que uno podía volverse loco... y sin embargo había estado cayendo solamente durante un minuto o así, muy despacio...

Sintió —quizá sólo en la mente— un hormigueo, y comprendió que estaba pasando a través del tubo de plasma. Debajo de aquél, pero sólo a unos cientos de metros, se encontraban los límites superiores de la atmósfera, más allá de la barrera de contención. Se aseguró detrás del trineo y se ató los brazos y piernas a la superficie cóncava interior. Fuera cual fuese el ángulo en que rozase la atmósfera al entrar, el trineo le daría la vuelta hasta ponerlo en la posición que ofreciera menor resistencia. Caería a plomo a través de la capa de aire superior hasta que empezara a oír el silbido de su propio paso; entonces se desprendería de un puntapié del trineo y empezaría la caída libre de quince o dieciséis kilómetros, abriendo finalmente el paracaídas cuando se hallara sólo a dos o tres kilómetros del suelo de la cámara. Mirsky sería más liviano al caer; el impacto no sería fuerte en absoluto.

Otro soldado se acercó lo suficiente como para hacerle señas con la mano... era uno que no reconocía; llevaba la insignia del Sexto Batallón, la de la nave *Rolls-Royce*. Mirsky le devolvió el saludo con un gesto y le indicó que preparara el trineo. El soldado sacó el trineo doblado, hecho jirones a causa del impacto de un proyectil; se encogió de hombros y lo tiró hacia un lado. Tenían que guardar silencio en la radio, y por ello el soldado utilizó los cohetes propulsores hasta que se situó lo suficientemente cerca como para que pudieran hablar y leerse los labios.

—¿Puedo sobrevivir sin el trineo?

—No lo sé. Enróscate hasta hacerte una bola y ponte de espaldas para presentar menos resistencia al aire... si es que puedes.

Aquello era difícil de explicar sólo con el movimiento de los labios, así que Mirsky representó el movimiento encogiéndose él mismo como mejor pudo

detrás del escudo, levantando las rodillas y rodeándolas con los brazos.

El soldado hizo una señal de asentimiento con la cabeza y le indicó, con un gesto de los dedos índice y pulgar que había entendido. Se separaron; el soldado caía más despacio a causa del cohete que había utilizado para acercarse a Mirsky. Éste observó cómo él usaba de nuevo un cohete para alejarse de la superficie de la cúpula, hacia la cual se estaba desviando. Luego Mirsky empezó a prepararse él mismo para la entrada.

Comprobó su posición con respecto al puente. Tuvo que hacer un nuevo ajuste con los cohetes propulsores. Ahora sentía cierta presión contra el trineo. Una vibración, algo semejante a débiles empujones.

Se dio un nuevo impulso con el cohete y luego desató primero y se deshizo después de la mochila de cohetes. El lugar en el que ésta cayera no le importaba, con tal de que no fuese encima suyo.

Durante un instante, mientras hacía los preparativos y experimentaba una exaltación cercana a la furia al vivir por anticipado lo que iba a suceder a continuación, miró otra vez hacia la ciudad y se preguntó cuál sería realmente el secreto que encerraba la Patata. ¿Por qué estarían luchando por ella? ¿Qué podía proporcionarles?

¿Cómo reaccionaría Occidente al enfrentarse con el robo de su mayor trofeo? ¿O al enterarse del intento (Mirsky había oído rumores) de quitarles las plataformas orbitales y los satélites espías?

¿Cómo habría reaccionado Rusia en esas mismas circunstancias?

Se estremeció.

El trineo dio una sacudida y se puso a girar en remolino. Mirsky perdió el sentido durante unos momentos; luego se despertó con un crujido de huesos y un grito ondulante lanzado en un tono muy alto.

Bajando.

El trineo se dio la vuelta de nuevo y se levantó por la parte delantera, pero ahora Mirsky ya estaba bien orientado. Iba apretado contra la superficie interior, con los codos apoyados en almohadillas y las rodillas bien sujetas; confiaba en no tener ningún hueso roto. Aquello había sido bastante más violento que las caídas desde tres metros en los entrenamientos. Tenía sabor a sangre en la boca. Se había mordido la mejilla por dentro y casi se la había atravesado; podía levantarse el tejido con la lengua. Cerró los ojos a causa del dolor...

(Y recogió el paracaídas en el campo de hierba dorada, sonriendo al sol ardiente, buscando a sus compañeros, resguardándose los ojos para divisar la lejana estela del avión de transporte...).

Y cayó. A toda prisa se desató del trineo. El aire rugía a su alrededor. Luego Mirsky sujetó las correas flojamente en las manos. Dio la vuelta al trineo y éste se desprendió de sus dedos.

¡Hecho!

Desde aquel momento en adelante se trataba de una simple caída libre y de un ejercicio de paracaidismo. Se encogió para dar vueltas y extendió los brazos y piernas a fin de aplanarse y estabilizarse. El puente era todavía nada más que una línea blanca sobre el azul negruzco del río. ¿Era aquél realmente el puente que buscaba... el puente cero?

Sí, porque divisaba la minúscula mancha de una caseta de guardia allí cerca y distinguía las líneas de defensa y los emplazamientos de los sacos de arena. Y, a causa de una equivocación, no podía haber caído tan lejos como para atravesar un tercio del arco de la cámara... Se encontraba en el lugar correcto, en realidad demasiado cerca, tendría que separarse un poco.

El viento zumbaba suavemente ahora al rozarle el casco. Mirsky comprobó el láser y el Kalashnikov que llevaba e hizo una rápida revisión del cinturón de material.

El ritmo de la caída tenía que medirse simplemente a ojo. No tenía sentido contar desde el eje, puesto que cada uno caería a una velocidad diferente. Extendió el pulgar. Cubría la longitud del puente.

Tiró del cabo de desgarre y el paracaídas saltó, ondeó, cayó y ondeó de nuevo, extendiéndose a todo lo ancho con la forma de un paquete de pequeñas salchichas.

Mirsky dio una sacudida, se columpió y sujetó las cuerdas del paracaídas con ambas manos, tirando de una, luego de la otra, soltando un poco de aire de un lado para moverlo en una dirección, luego del otro lado.

Vio con alivio que aterrizaría a unos cinco kilómetros del objetivo fijado. A menos que allí tuvieran muchos más hombres de los que se decía en el informe —y cañones automáticos dirigidos por radar en el interior de las cámaras, lo que su informador les había asegurado que no tenían—, lo más probable era que no lo derribaran.

Vio a los soldados que bajaban a su lado y por encima suyo; sólo unos cuantos estaban por debajo. Cientos de ellos, en total.

Mirsky intentó contener las lágrimas y no pudo.

—¿Dónde está Patricia?

Carrolson se puso a buscarla entre el barullo.

—No lo sé —contestó Farley—. Estaba aquí hace unos minutos.

—Deberíamos ir a buscarla.

—Yo iré —se ofreció Carrolson. Tenía que salir de todas formas; no estaba segura de poder soportar por más tiempo la escena de la cafetería.

Salió a la luz del tubo y miró primero hacia atrás y luego hacia delante por el recinto. Fijó la vista en algo asombroso. Contra el gris oscuro del casquete sur unos pequeños puntos blancos caían como si fueran nieve; docenas, luego cientos de ellos. Un infante de marina pasó corriendo a su lado; llevaba dos Apples.

—¡Mira! —gritó ella señalando y describiendo un semicírculo al darse la vuelta. Nadie le prestó atención. El infante de marina saltó a la parte de atrás de uno de los camiones completamente cargados de soldados que salían retumbando del recinto.

Carrolson sacudió la cabeza para ver de aclarársela. Estaba ebria de pena y de ira; cualquier pensamiento sólido parecía que fuera vomitado por una mente que estuviera sufriendo náuseas. Ahora no podía permitirse tropezar con un obstáculo de aquel tipo. Tenía que conseguir pensar con claridad y encontrar a Vásquez.

En el lado opuesto del recinto un tren salía de la estación elevada. Carrolson consultó el reloj; tal como estaba programado, aquélla era la parada en la cuarta cámara de las mil cuatrocientas. El andén se encontraba vacío; ninguno de aquellos trenes se utilizaba para transportar tropas, para ese fin solamente se usaban camiones. Los trenes seguían funcionando automáticamente lo mejor que podían a fin de conservar la normalidad.

—Jesús —exclamó al recordarlo de repente. Vásquez había dicho que quería regresar a la biblioteca. ¿A cuál de ellas se referiría?

Farley alcanzó a Carrolson a la carrera y se colocó a su lado.

—Nos están invadiendo —comentó atónita a Carrolson—. Paracaidistas. Soldados rusos. Cosmonautas. Lo que quiera que sean, han bajado ya a la primera y a la segunda cámaras. Y pronto van a llegar aquí también.

—Ya los he visto —indicó Carrolson—. Patricia se ha ido a la biblioteca.

Tenemos que encontrarla...

—¿Cómo? El tren ya se ha marchado. Y no hay otro hasta dentro de media hora. Y tampoco podemos coger un camión porque están utilizándolos todos.

Carrollson no se había sentido nunca tan inútil ni tan fuera de lugar. Se quedó allí con los puños apretados, mirando fijamente al casquete sur. La mayor parte de los paracaidistas habían descendido por debajo de la línea que ella podía abarcar con la vista.

Patricia miraba fijamente el asiento que había delante suyo mientras se mordía el labio. Nadie estaba vigilando el tren. Aquello sólo podía ser o bien un descuido, o bien algo providencial.

Había estado como en un sueño desde que dejó la Tierra. ¿Era posible quedarse atrapada en un sueño?

En un sueño se puede hacer todo siempre que se aprenda cómo controlar, dar forma y mandar.

Y la tiza golpeando las ecuaciones...

Si lo que había visto en aquellas ecuaciones resultaba ser cierto, entonces en aquel mismo momento había un lugar —una *curva*— donde su padre estaría sentado en una silla leyendo *Tiempos de Los Ángeles*, y el pasillo tenía que pasar muy cerca de aquel lugar. Lo único que tenía que hacer Patricia era buscar la puerta adecuada, la sección del pasillo adecuada, la que estuviera preparada para ello, y podría encontrar a Rita y a Ramón, a Paul y a Julia.

Apenas si podía esperar para comunicárselo a Lanier. Seguro que se mostraría muy complacido. Y Rimskaya también se sentiría orgulloso por haberla recomendado. Patricia había resuelto el secreto del pasillo, las últimas piezas de todo aquel rompecabezas habían conseguido encajar en su lugar en un sueño, nada menos.

Y podría llevárselos a todos de regreso a casa otra vez.

El tren llegó a la estación que deseaba, y salió y subió por las escaleras hasta alcanzar el nivel de la calle.

—¿La señorita Vásquez?

Patricia se volvió para enfrentarse a un hombre que no había visto nunca antes. Estaba sentado en la valla de hormigón de la entrada del metro. Tenía el pelo negro y corto y llevaba un traje negro ajustado.

—Perdone —dijo ella sin acabar de enfocarle realmente con los ojos. En aquellos momentos se encontraba bajo el poder de un fuerte estado mental de trabajo—. No sé quién es usted. No puedo quedarme aquí.

—Nosotros tampoco podemos. Pero tiene usted que venir con nosotros.

Una criatura alta con la cabeza casi tan estrecha como una tabla y ojos saltones salió por detrás del techo. Tenía los hombros envueltos en tela plateada;

aparte de eso no llevaba nada. La piel se veía tan suave como el cuero fino, y era del mismo tono marrón.

Patricia se lo quedó mirando, y toda su concentración interior se desvaneció.

—Las cosas están aquí bastante alborotadas, ¿no le parece? —dijo el hombre. Se dio cuenta entonces de que aquel sujeto tenía nariz, pero no agujeros en ella. Los ojos eran de un azul muy claro, casi incoloros, y las orejas eran grandes y redondas.

—Perdone —dijo Patricia más suavemente—. Pero no sé quienes son ustedes.

—Me llamo Olmy. Mi compañero es un Frant; ellos no tienen nombre. Espero que no le haya importado nuestra intromisión. Hemos estado observando a todo el mundo muy de cerca.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Patricia.

—Yo vivía aquí hace siglos —explicó Olmy—. Y mis antepasados lo hicieron antes que yo. Según eso, podría darse el caso de que usted fuera precisamente uno de mis antepasados. Por favor, no nos queda tiempo para hablar. Tenemos que marcharnos ya.

—¿Adónde?

—Por el pasillo.

—¿De verdad?

—Es allí donde está mi casa. El Frant y su gente vienen de otra parte. Ellos... bien, decir que trabajan para nosotros no es la descripción exacta.

El Frant movió la cabeza solemnemente.

—Por favor, no se asuste —dijo con una voz como la de un gran pájaro, baja y atiplada.

Una brisa procedente del casquete norte se fue abriendo paso poco a poco a través de las afueras de la ciudad que había en la tercera cámara al tiempo que hacía crujir los árboles cercanos. Patricia vio llegar, acompañando a la brisa, una esbelta nave de aproximadamente diez metros de longitud, cuya forma era muy similar a la de un cono aplastado todo a lo largo y con la punta truncada. La nave se impulsó graciosamente volando alrededor de una torre y fue a aterrizar en el punto de un solitario pilón central.

—Ha hecho usted un trabajo extraordinario —comentó Olmy—. Hay gente donde yo vivo a quien usted les interesaría mucho.

—Estoy intentando ir a casa —dijo Patricia. Se dio cuenta de que su voz sonaba igual que la de un niño perdido hablándole a un policía—. ¿Es usted policía? ¿Vigila las ciudades?

—No siempre —contestó Olmy.

—Por favor, venga con nosotros —pidió el Frant mientras comenzaba a avanzar con unas piernas largas y extrañamente arqueadas.

—¿Me van a raptar?

Olmy extendió la mano, como suplicando o indicando que la situación no estaba del todo bajo su control; Patricia no habría sabido decirlo con exactitud.

—Si me niego a ir voluntariamente, ¿me obligarán ustedes a hacerlo?

—¿Obligarla? —Pareció no comprender; luego dijo—: ¿Quiere decir forzarla? —Olmy y el Frant intercambiaron una mirada—. Sí —dijo Olmy.

—Entonces será mejor que vaya con ustedes por las buenas, ¿no?

Aquellas palabras parecían dichas por una distante y hasta ahora desconocida Patricia, tranquila y mejor versada en el análisis de las pesadillas.

—Por favor —insistió el Frant—. Hasta que las cosas estén mejor aquí.

—Las cosas nunca van a ponerse mejor aquí —indicó ella. Olmy le cogió la mano al tiempo que hacía una cortés reverencia y la condujo hasta la escotilla ovalada que se encontraba situada en la nariz plana de la nave, y que estaba abierta.

El interior de la nave era bastante reducido, y tenía la forma de una T que se extendía hacia atrás; las paredes semejaban ondas abstractas de mármol pulido, todo de curvas blancas. Olmy cogió una suave mampara y la extendió hasta formar con ella un sofá.

—Por favor, échese aquí. —Patricia se tumbó en aquello tan blando. La sustancia se quedó firme debajo suyo adquiriendo la forma de su cuerpo.

El moreno Frant, de cabeza estrecha y patizambo, avanzó hacia más atrás a través de aquella blancura y se colocó en su propio sofá. Olmy tiró de una parte de la pared lateral, enfrente de Patricia, y se sentó, tocando de nuevo el aparato de fuerza de torsión.

Pasó la mano suavemente por una curvatura que había delante de él y de aquella superficie curvada surgió un embrollo de líneas negras y círculos rojos. Justo al lado del lugar donde se encontraba Patricia la blancura se fue atenuando hasta convertirse en una alargada transparencia que formaba una larga ventana elíptica. Los bordes de aquella ventana permanecían lechosos, como cristal deslustrado.

—Vamos a partir ahora.

La ciudad de la tercera cámara se deslizó por debajo hasta quedarse atrás. Mientras la nave se inclinaba para virar, la ventana se llenó con el austero gris del casquete norte.

—Creo que realmente le gustará el sitio al que nos dirigimos —dijo Olmy—. Yo he llegado a admirarla a usted. Posee una notable mentalidad. El Hexamon quedará impresionado también, estoy seguro de ello.

—¿Por qué no tiene usted nariz? —preguntó la distante Patricia. Detrás de ellos, el Frant hizo un ruido como el de un elefante al rechinar los dientes.

Las tropas soviéticas destinadas a la segunda cámara habían bajado hasta una franja de tierra de doscientos metros de anchura que separaba el río del casquete sur. Los pelotones se habían reagrupado en dos puntos a sendos lados del puente cero, y cada uno de ellos se encontraba ahora a unos tres kilómetros aproximadamente de dicho objetivo. Las comunicaciones entre los pelotones situados en lados opuestos del puente eran bastante buenas.

El grupo de Mirsky había ido a buscar refugio en un denso bosque de pinos retorcidos; habían llegado a la conclusión de que lo más probable era que el puente estuviera fuertemente protegido y de que además fuera a ser reforzado en breve; tenían que atacar ahora. Todavía no les habían lanzado el armamento desde el *Zhiguli*, la nave de carga pesada número siete, y cuanto menos tres cuartas partes de los treinta pelotones no contaban con sus fuerzas al completo. El desgaste que habían sufrido en la perforación había sido espantoso, y aproximadamente uno de cada veinte hombres de los que habían sobrevivido a ella no había conseguido terminar el viaje por aire y el salto en paracaídas.

Los pelotones estaban diseñados de tal modo que pudieran tener bastante flexibilidad; los sargentos supervivientes reunieron los que habían resultado destrozados con el fin de formar con ellos otros nuevos pelotones. Mirsky contaba sólo con doscientos diez soldados bajo su mando inmediato y, naturalmente, tenía pocas esperanzas de conseguir más. Nadie sabía a ciencia cierta cuántos habían sobrevivido a la caída en las otras cámaras.

Veinte de las secciones SPETSNAZ de desviación asignadas al propio batallón de Mirsky, y que se habían comunicado por radio después de haber atravesado el río nadando, habían conseguido establecer puestos de vigilancia en la ciudad situada en la segunda cámara.

Llevaban ya dos horas en la cámara. Las tropas de la NATO que estaban en el puente no habían hecho el menor movimiento que indicara que iban a iniciar una ofensiva; esto preocupaba a Mirsky. Sabía que, en la situación en que se encontraban los defensores, el mejor plan sería intentar una inmediata y devastadora ofensiva. Podían, era algo bastante concebible, haber atacado a sus hombres mientras éstos bajaban del eje; pero al parecer estaban bastante desconcertados y no habían reunido todas sus fuerzas.

Entre el grupo de Mirsky y el objetivo se extendía el bosque, y también había varios anchos cimientos de hormigón cuya utilidad les era desconocida. Aunque todo esto ya suponía suficiente cobijo para sus tropas, de momento el refugio podía convertirse con bastante facilidad en una serie de desastrosas trampas.

El general «Zev» —comandante general I. Sosnitsky— había conseguido sobrevivir al descenso hasta la segunda cámara, pero había resultado herido en el momento de tomar tierra; se había roto ambas piernas porque su paracaídas se había desgarrado cuando se hallaba aproximadamente a cien metros de altura. Ahora se encontraba bajo los efectos de un sedante y yacía oculto en un bosque de pequeños árboles, bien protegido por cuatro soldados de los cuales a Mirsky no le había quedado más remedio que prescindir aunque ello le supusiera grandes dificultades. El oficial político Belozersky también había —naturalmente— sobrevivido, y permanecía muy cerca del general, como un esperanzado buitre.

Mirsky había pasado unas cuantas semanas entrenando con Sosnitsky en Moscú. Respetaba al comandante general. Sosnitsky, un hombre de unos cincuenta y cinco años pero tan en buena forma física como cualquiera de treinta y cinco en los regimientos de entrenamiento, le había tomado simpatía y, sin duda, había tenido algo que ver con su rápido ascenso en la Luna.

Nadie cuya graduación fuera superior a la de coronel había bajado a la segunda cámara con «Zev». A efectos prácticos, eso significaba que era Mirsky quien tenía el control. Garabedian también había sobrevivido a la caída, y esto le daba a Mirsky una cierta tranquilidad. No habría podido desear un jefe suplente mejor.

Mirsky guió a tres pelotones hacia la estructura de hormigón que estaba situada más adelante, al menos a un kilómetro del puente. La parte superior de los cimientos de dicha estructura era plana y cubría unos trescientos metros cuadrados. Aquella superficie no ofrecía en realidad protección alguna. El hormigón tenía dos metros de altura, prácticamente era un muro detrás del cual se podía caminar de pie. Sin embargo, ni siquiera aquella protección resultaba suficiente; Mirsky estaba muy preocupado por los ángulos de tiro y las ventajas o desventajas que podría ofrecer la curvatura de la cámara. ¿Tendría el enemigo láseres o armas de pequeños proyectiles capaces de atravesar veinte o treinta kilómetros de aire? Si las tenían, sus hombres podrían ser alcanzados fácilmente dondequiera que se escondiesen.

Situó la radio en dirección a la perforación del sur y comenzó a buscar la señal del convertidor. Una vez que la hubo encontrado, transmitió un mensaje dirigido al teniente coronel Pogodin, que se encontraba en la primera cámara, preguntándole de qué cantidad de tropas disponía y cuál era su situación exacta. Pogodin había venido viajando a bordo del *Chaika*, juntamente con «Nev».

—Tengo cuatrocientos hombres —le contestó Pogodin—. «Nev» ha desaparecido. El coronel Smirdin está gravemente herido. Probablemente no

sobrevivirá. Hemos capturado dos recintos y diez prisioneros. Nos hemos hecho con el control del ascensor cero.

Desde la cuarta cámara el comandante Rogov le informó de que tenía cien hombres en posición, pero que no habían conseguido tomar ningún objetivo; los túneles se hallaban fuertemente defendidos. El comandante Rogov estaba considerando la posibilidad de que sus hombres se trasladasen a una isla en las balsas de goma que habían capturado en una zona de recreo. «Nev» no había sobrevivido a la colisión del *Chevy* con los obstáculos de la perforación. El coronel Eugen había muerto y no había ni rastro del comandante de batallón, el teniente coronel Nikolaev.

Toda la estructura del mando estaba comenzando a bambolearse.

El odio empezó a crecer de nuevo, haciendo que se le pusiera un nudo en la garganta y le entrara dolor de estómago.

—Despliéguense y escojan los blancos —ordenó a los jefes del pelotón que estaban en el mismo lado del puente que él. Movi6 un brazo a ambos lados y se quedó detrás del hormig6n para dirigir a los otros pelotones.

Una ráfaga de fuego de armas ligeras recibió a sus hombres en cuanto salieron a campo descubierto; se dispersaron en grupos de veinte dirigiéndose hacia los árboles y hacia las otras estructuras de cemento situadas a ambos lados de Mirsky. No había forma de saber cuántas armas de láser se estaban utilizando; eran silenciosas e invisibles excepto en el aire húmedo o polvoriento. Levantó la radio y habló con el capitán que estaba al mando de los pelotones que se encontraban al otro extremo del puente.

—Fuego cruzado —le ordenó—. Salgan de golpe y luego dispérsense.

Luego llamó a otros tres pelotones y los hizo moverse con una distribución diferente hacia la orilla del río, en donde tomaron posiciones, entre los bosques y detrás de unos cimientos circulares, para hacer fuego.

Con los prismáticos podía distinguir los rostros de los defensores tras los escudos de plástico de que disponían. Los hombres de Mirsky no llevaban escudos. Sólo tenían prismáticos provistos de protecciones para evitar la ceguera que produce el láser, aunque no sabían si los defensores poseerían armas de aquel tipo; casi todos los cañones de láser podían convertirse con bastante facilidad en armas capaces de expandir una cortina de rayos cegadores. Había toda clase de armas que las tropas de la NATO podían tener y usar, y de las que él no disponía...

Los defensores habían colocado bolsas de arena en líneas que iban paralelas a la calzada del puente. No en todas las posiciones había hombres; si Mirsky conseguía llevar a sus propias tropas hasta aquellas líneas antes de que todas las posiciones estuvieran cubiertas, tendrían el camino casi despejado hasta el puente.

Se asomó de repente para recorrer de nuevo las posiciones con los

prismáticos y luego se agachó para pasar instrucciones a los pelotones de la parte opuesta. El aire se rompió con un crujido odioso; Mirsky abrió enormemente los ojos y, de forma inconsciente, se preparó para morir. Tendría que haber supuesto que los americanos dispondrían de algún arma avanzada y mortífera que sacarse de la manga; eran demonios para las armas de sorpresa...

El crujido sonó de nuevo, y esta vez estuvo seguido por una voz que sonaba extremadamente alta. Aquella voz hablaba ruso, aunque con un fuerte acento alemán. Pero las palabras resultaban claras.

—No hay necesidad de luchar. Repetimos, no hay necesidad de luchar. De momento pueden mantener las posiciones que tienen, pero no avancen más. Es imperativo que ustedes nos escuchen. Ha habido una desastrosa confrontación de armas nucleares en la Tierra.

Mirsky sacudió la cabeza y conectó la radio de nuevo. No podía perder el tiempo escuchando...

—Tenemos armas y hombres suficientes para aniquilarles. Pero no hay necesidad. Entre nosotros hay compatriotas suyos, el equipo científico ruso. Y también lo pueden corroborar sus camaradas de las naves de carga pesada. Pueden ustedes comunicarse con ellos; están esperando en la parte exterior de la perforación.

Mirsky apretó el botón de transmisión y ordenó el ataque hacia adelante. A los pelotones restantes les ordenó que tomaran la orilla del río y se reunieran con los que estaban al otro lado bajo los pilares del puente. La cobertura parecía buena en aquel punto, y, una vez debajo del puente, podían hacer fuego contra las líneas americanas de sacos de arena y evitar que fueran guarnecidas.

—Luchar entre nosotros es inútil. Nuestros jefes supremos han muerto o quedan fuera del alcance de nuestras comunicaciones, y así seguirán quizá durante años. El que ustedes mueran no tiene sentido. Pueden conservar las posiciones que tienen actualmente, pero den muestras de que aceptan o si no abriremos fuego.

Después se identificó otra voz, un poco deformada pero que a Mirsky le resultaba familiar; se trataba del teniente coronel Pletnev, comandante de la escuadrilla de naves de carga pesada. O bien había capitulado o estaba aún fuera de la perforación; no había forma de que pudiesen haberlo capturado; habría muerto en la entrada de la perforación, era imposible que lo hubiesen cogido vivo.

—Camaradas. Nuestros países se encuentran en guerra en la Tierra. Hay una enorme devastación en ambos lados, tanto en la Unión Soviética como los Estados Unidos. Nuestro plan ya no es efectivo...

—Al infierno con él. —Mirsky hizo que sus hombres se movieran por los dos lados. Tomar aquel objetivo, luego el próximo, y después, quizás, hablar...

—*Psshkomandante* Mirsky —siseó su radio—. Refuerzos enemigos están

cruzando el puente.

Los disparos de cañón comenzaron de nuevo y Mirsky, por primera vez en toda su vida, oyó los gritos de los hombres que morían.

Heineman se revolvió en el asiento del piloto del V/STOL al escuchar aquellas conversaciones en ruso, inglés y alemán. Los convertidores de la perforación llevaban automáticamente las señales de radio de cámara en cámara y también pasillo abajo; ¿por qué no los habrían desconectado? Quizá los hubieran desconectado, quizá él estuviera recogiendo las señales de los convertidores rusos.

Había impulsado el sobretubo hasta un punto al amparo de cualquier peligro concebible; se encontraba ahora a mil kilómetros pasillo abajo, inmóvil sobre la singularidad, y se sentía inútil. Tenía procesadores de comunicaciones programados para seguir la pista en múltiples bandas y recuperar cualquier mensaje, de modo que así podía almacenar los mensajes que llegaran simultáneamente y reproducirlos luego por separado. Tenía un asiento de primera fila; incluso le llegó alguna señal de vídeo por la perforación.

Fue testigo de la corona de fuego que barrió la Tierra antes de que la señal dejase de funcionar.

Fue por pura casualidad que miró por encima del hombro y vio aquel resplandor blanco que se movía. El resplandor voló suavemente por encima de su cabeza y luego se dirigió hacia el lado opuesto. Lo que quiera que fuese aquello, parecía ir dando vueltas en espiral alrededor del tubo de plasma, pero quedándose dentro de la capa de plasma; su estela era una sombra visible dentro del resplandor general.

No había ninguna otra nave dentro de la Piedra, al menos ninguna de la que él hubiera oído hablar. Dudaba que los rusos tuvieran algo tan sofisticado como para seguir aquella ruta tan difícil.

¿Qué era entonces?

Un *boojum*. En medio de toda aquella excitación, Heineman había tenido oportunidad de ver su primer *boojum*. *Ocorre así siempre, ¿no?* Se apresuró a conectar los sistemas de seguimiento de la nave.

Durante unos instantes captó una clara mancha de luz en las pantallas, e incluso una imagen ampliada por computadora del contorno general de aquella nave. Era lisa y brillante, y semejava una cabeza de flecha roma. Heineman consiguió grabar unos cinco segundos de información sobre ello antes de que los

aparatos de seguimiento de repente se oscurecieran y perdieran el blanco.

Patricia estaba aterida allí dentro. Miraba fijamente por la transparencia lateral de la nave de Olmy y contemplaba el uniforme paisaje tostado y gris pálido que pasaba por debajo. En el interior de la científica había entonces dos personalidades en conflicto; una de ellas, que era con mucho la más fuerte, le prohibía hacer cualquier movimiento o tener reacción externa alguna. La segunda era una Patricia normal, que se sentía fascinada e incluso ligeramente divertida. Si hablaba, sabía que la segunda Patricia, la distante, la que no se sentía comprometida, trataría de divertirse y de quitarle importancia a lo que estaba sucediendo. Pero era la primera personalidad la que había tomado el control, y por ello no habló. Ni siquiera movió la cabeza. Se limitó a seguir contemplando fijamente las paredes del pasillo que giraban a su alrededor para luego quedarse atrás.

—¿Tiene hambre o sed? —le preguntó Olmy. Patricia no contestó—. ¿Está cansada, necesita dormir?

Nada.

—Tardaremos un poco. Varios días. La Ciudad de Axis se encuentra a un millón de kilómetros por la Vía —el pasillo— desde aquí. Por favor, comuniquenos si tiene usted alguna necesidad...

Se volvió para mirar fugazmente al Frant, que estaba en la parte de atrás, pero no recibió en respuesta más que el giro de un ojo hacia afuera, lo que indicaba que no tenía ninguna sugerencia que hacer.

Patricia podía sentir como todo se le hacía pedazos; toda aquella firme ambición y esperanza suya no podía refrenar aquella irremediable destrucción. Los hombros le empezaron a dar sacudidas. Se volvió para mirar a Olmy, pero luego se dio rápidamente la vuelta. Tenía la impresión de que los ojos le flotarán; las lágrimas se le iban acumulando y cayeron cuando movió la cabeza, esparciéndose a su alrededor. Lentamente levantó las manos y se las puso delante de la cara; las lágrimas resbalaron por sus dedos y las palmas de las manos.

Todo se está perdiendo, todo lo que he conseguido hasta ahora se va...

El pecho se le levantaba a causa de los suspiros.

—Por favor —susurró.

Se han muerto. Realmente todo ha terminado. Y tú no los has salvado.

—Por favor.

—Señorita Vásquez. —Olmy alargó una mano haciendo ademán de tocarla, pero la apartó al darse cuenta de que ella se encogía.

—¡Ah! Jesús y María. —El cuerpo le daba sacudidas, y las piernas le temblaban de tan fuertes como eran los sollozos. Parecía que cada uno de ellos le arrancara algo del pecho y perforara la oscuridad con una púa roja detrás de los

párpados. Se abrazó los hombros con las manos y comenzó a columpiarse hacia delante y hacia atrás en la cama, con la espalda arqueada, los dientes apretados y los labios tensos formando una mueca.

La columna vertebral invirtió la posición por su propia cuenta y dobló las piernas para poner las rodillas en el pecho. *¿Será esto un ataque?*

No es más que pena.

Es la pérdida. Es el hecho de tener conocimiento de ello. Es no engañarse a uno mismo.

Olmy no trató de consolarla. Observaba a aquella mujer que lloraba por un mundo ya perdido para los de su propia especie desde hacia trece siglos. Una mujer antigua, un sufrimiento antiguo.

Patricia Luisa Vásquez estaba llorando de pena por miles de millones de muertos y de maneras de vivir totalmente desconocidas para él.

—Es como una herida abierta —dijo el Frant levantándose y yendo hacia delante para agacharse junto al hombro de Olmy—. Quiero ayudar, pero no puedo.

—Nadie puede ayudarla —le indicó Olmy. Incluso a través de un lapso de tiempo de mil trescientos años, la Muerte vencía y maniataba a su pueblo con cicatrices. Aquello se le hizo evidente al mirar a Patricia y calibrar las diferencias; el Nexo se había forjado en la Muerte, y los Naderitas habían llegado al poder como resultado de ello... ¿Y cuántos de aquellos prejuicios, cuánta de aquella deliberada ceguera era un eco resultante del dolor de Patricia?

—Si ayudarla es imposible, entonces me duele pensar —dijo el Frant.

Gerhardt se llevó el rollo de mapas de su cuartel general de mando provisional.

—Tienen el control del extremo sur de la primera cámara, incluyendo los recintos de los equipos científicos, y controlan asimismo los ascensores de la perforación del polo sur. Todavía siguen abriendo fuego contra nosotros en la segunda cámara, pero parece que lo hacen únicamente para tratar de mantener las distancias. Berenson envió la mitad de sus tropas desde la cuarta cámara en cuanto sonó la alerta. Consiguieron cruzar el puente bajo una auténtica lluvia de fuego. Los rusos no han intentado nada todavía en la tercera cámara, y andan esparcidos por la cuarta de una manera que no creo que resulte demasiado efectiva. —Gerhardt pasó la mano sobre el mapa a fin de extenderlo mejor—. No disponemos de la fuerza suficiente para destruirlos, pero ellos tampoco tienen fuerzas para tomar más territorios de los que han tomado ya. Y hasta ahora no han contestado a nuestras propuestas.

—¿Tenemos todavía gente en las plataformas? —preguntó Lanier.

—Sí, y están en condiciones de mantenerse allí durante meses; no habíamos hecho entrar todavía el último cargamento de comida y material. Se puede decir que la cuarta cámara es por completo autosuficiente y las tropas de Berenson tienen definitivamente el control de aquella zona, de modo que, según parece, el único problema radica en la primera y segunda cámaras. Nuestros soldados disponen de las provisiones suficientes para una o dos semanas. A menos que podamos lanzarles provisiones desde el eje —estamos estudiando ahora esa posibilidad—, se quedarán sin.

—¿Cómo nos las estamos arreglando con las naves de carga pesada que se encuentran en el exterior?

—Aún no las han dejado entrar. Hay una de la que sospechamos transporta material pesado para dejarlo caer en la segunda cámara desde el eje. No estamos dispuestos a dejarles romper la barricada. No parecen muy felices, pero pueden esperar unos días sin problemas.

—¿Han ofrecido rendirse?

Gerhardt hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. Pletnev ha transmitido ese pequeño discurso, pero todavía no está

dispuesto a entregar las naves. Se ha ofrecido para intentar llevar adelante las negociaciones y tratar de que terminen las hostilidades. Las tripulaciones de las naves de carga pesada están deseosos de reunirse con sus camaradas. Han comprendido ya que les resulta imposible regresar a casa y sospecho que también saben que sus tropas del interior se encuentran muy diezmadas a causa de la carnicería de la perforación.

—Una maldita maniobra desesperada...

—No ha funcionado... en ninguna parte —afirmó Gerhardt con amargura—. Pero nos ha colocado en una posición bastante incómoda. Por lo que a nosotros respecta, la Piedra es como una botella tapada. No es que tengamos unos deseos especiales de marcharnos, ni que podamos ir a ninguna otra parte aunque queramos. Yo personalmente estoy bastante preocupado por los SPETSNÁZ. Es muy posible que tengan ya asesinos y zapadores dispersos por toda la segunda cámara, y seguro que en unos cuantos días más encontrarán el medio de llegar hasta nosotros; no disponemos de las tropas suficientes para mantenerlos fuera de la tercera cámara, y tampoco de la cuarta. Esos individuos son peligrosos, Garry. Son gente muy dedicada a su trabajo y están muy bien entrenados. Cuanto más tiempo esperemos, más nos agotarán.

—¿De modo que crees que nos encontramos en un callejón sin salida en lo que se refiere a la segunda cámara? —preguntó Lanier al tiempo que disparaba nerviosamente los ojos hacia los mapas.

—Yo diría que en todas partes. Nadie va a moverse. La única cosa que con toda seguridad irá aumentando será el recuento de víctimas.

—¿Crees que lo saben? Quiero decir, ¿crees que ellos acabarán por reconocerlo?

—Después del camino tan largo que han recorrido, y con todo el entrenamiento que ello requiere, creo que podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que sus oficiales no son precisamente tontos.

—¿Y qué hay de las comunicaciones?

—Como nosotros, dudo que tengan alguna.

—¿Cuánto tiempo hace falta para que empiecen a entrar en razón?

—Diablos, Garry, es posible que estén empezando a entrar en razón. Sólo que no están dando ninguna señal de ello. En cuanto nosotros asomamos la cabeza, ellos empiezan a disparar; y viceversa.

El sargento estaba de pie ante sus superiores con una expresión turbada. Tenía el rostro cubierto de arañazos producidos al arrastrarse entre la maleza en los tramos de bosque. Saludó e hizo una inclinación de cabeza en dirección a Mirsky.

—Coronel, han encontrado nuestros convertidores que estaban en las perforaciones. No podemos comunicarnos con ninguna otra cámara.

—Y ahora te pregunto —dijo Mirsky—, ¿es ésa una señal de que desean deponer las armas y dar la bienvenida a los lobos en el redil de las ovejas? —Garabedian cogió los prismáticos y echó un vistazo a los bosques y campos que se extendían entre el lugar donde se encontraban y el puente, situado a un kilómetro de distancia. Luego los dirigió hacia el puente, cuya armazón estaba estropeada y llena de marcas producidas por los láseres— dañada, pero todavía en buen funcionamiento, —y le devolvió los prismáticos.

—Pavel —dijo Garabedian—, deberíamos inutilizar ese puente, ¿no crees?

Mirsky miró a su segundo con desaprobación.

—¿Y qué otro sistema tenemos para cruzar? Sólo nos queda caminar cincuenta kilómetros o más hasta el próximo puente, o nadar.

—Pero así ellos no podrán cruzar ni recibir más refuerzos desde esta cámara...

—No, pero los pueden recibir de la primera cámara. Y no tenemos ni idea de cuántos hombres hay allí.

—Atrapados como cerdos...

—Dejemos el puente tal cual está —le indicó Mirsky—. Además, no podemos permitirnos perder más hombres haciendo un movimiento desesperado. ¡O perderlos a causa de los disparos de los francotiradores mientras cruzamos nadando!

—Era sólo una idea —dijo Garabedian.

—Ideas no me faltan, Viktor. Lo que me hace falta son cañones de láser y artillería. Podemos dar por seguro que el *Zhiguli*, con toda nuestra artillería y aprovisionamiento, no ha conseguido pasar, ni lo conseguirá ahora, ya que obviamente han reforzado las perforaciones tanto como para haber encontrado nuestros convertidores. Podemos estar seguros igualmente de que nuestro agente ha sido capturado y de que el equipo científico ruso es inefectivo, bien por su gusto o porque se encuentran en la estacada. Y podemos afirmar también que a los pilotos y tripulaciones de nuestras naves de carga pesada no les hará ninguna gracia quedarse fuera durante semanas mientras a nosotros nos matan aquí.

—¿Qué estás diciendo, Pavel? Habla con franqueza. —Garabedian sonrió.

A Mirsky el pragmatismo de Garabedian siempre le había recordado un esturión.

—No estamos obteniendo el apoyo que necesitamos.

—¿Crees que la guerra ya ha terminado en la Tierra y que hemos perdido?

Mirsky negó con la cabeza.

—Lo que creo es que les hemos arrebatado la capacidad orbital. Eso debe de ser un buen espectáculo visto desde aquí arriba...

—Pavel, seguramente ellos pueden ver la diferencia entre un derribo orbital y un holocausto.

Mirsky apretó las mandíbulas y movió la cabeza obstinadamente.

—Estamos aquí para luchar y tomar un objetivo. Y debe haber una razón para ello.

—Pregúntale a los *Zampolits*. Estamos aquí para difundir el socialismo y salvaguardar el futuro de nuestro estado y de nuestro país.

—Tonterías —dijo Mirsky sorprendido por aquella vehemencia. Odiaba a los *Zampolits*. Siempre había odiado a los *Zampolits* en todos los lugares en los que había prestado servicio. Como siempre, el oficial político de la compañía, el comandante Belozersky, se hallaba en la parte de atrás, dando órdenes que a veces estaban en contradicción con las del propio Mirsky—. Bueno, está bien, han asado la Tierra. Entonces, ¿qué es lo que tenemos que hacer? ¿Abandonar la lucha y... qué más? ¿Volver a casa? ¿Para encontrar lo todo reducido a cenizas? Esta vez no se trata de un pequeño ejercicio en el patio de la escuela entre el héroe y el villano. ¡Esta vez sería un llameante sello de goma con la calavera y los huesos cruzados debajo por todo el hemisferio norte!

—Eso es lo que ellos dicen que ha sucedido. Y Pletnev los respalda. Está claro que no podemos esperar tomar sus defensas orbitales y que ellos pataleen en el aire y pidan clemencia a gritos.

—Están corrompidos —comentó Mirsky—. Son débiles y temerosos.

—Pavel, no me gusta que saques a relucir tu voz armenia sobre la realidad. Vosotros, de entre todos los pueblos, deberíais hacer frente a los hechos y a sus implicaciones. No subestimes al enemigo. ¿Es que acaso crees que la gente débil y decadente puede caminar por delante de nosotros en casi todas las esferas?

—Oh, cierra el pico y deja de murmurar —dijo Mirsky sujetándose la cabeza entre las manos. Levantó la mirada hacia el sargento—. Márchate de aquí —le indicó con voz que denotaba cansancio—. Tráeme buenas noticias o nada de nada.

—Sí, señor —repuso el sargento.

—Qué pena que no tengamos ningún batallón de castigo para enviar por delante a un glorioso sacrificio —dijo Garabedian—. Así es como ganamos las guerras en el pasado.

—Que no te vuelva a oír decir eso. Ya tengo bastantes problemas con él —y contigo—, tal como están las cosas ahora. Dejaremos el puente intacto —decidió Mirsky—. Eso es definitivo. Y haremos nuestra avanzada en el transcurso de la próxima hora.

No había forma de discutir con Mirsky cuando empleaba aquel tono de voz. Garabedian palideció ligeramente, luego sacó una pastilla de chicle rancio y se la metió en la boca saboreando el azúcar.

La radio de Mirsky emitió un suave sonido. Apretó la señal de recepción.

—Camarada comandante, aquí Belozersky. «Zev» desea hablar con usted... en persona.

Mirsky lanzó una maldición y contestó que iría allí inmediatamente.

—Más matanzas, creo —le dijo a Garabedian.

A las veintiséis horas de estar en tablas, los resultados del reconocimiento se reportaron al puesto de mando provisional de Gerhardt. El teniente que había realizado la inspección, un hombre de rostro delgado y ojos hundidos, informó de sus hallazgos con acento de los Apalaches:

—Los hemos estado observando en cada una de sus posiciones, y los hemos contado desde una distancia no muy lejana, desde las perforaciones y desde las posiciones de la curva. Disponen de unos seiscientos hombres aún vivos y moviéndose, puede que de unos cincuenta o cien más, no podemos estar muy seguros sobre eso. Han perdido un montón de oficiales de alta graduación, un general herido o muerto y varios coroneles. Teniendo en cuenta esto, les quedan un coronel en la segunda cámara y dos tenientes coroneles y otro coronel en la primera. Puede que haya otros generales, hemos estado oyendo hablar en la radio de « Zev », « Nev » y « Lev ». Algunos de nosotros creemos que se trata de tres generales.

—¿Ha podido usted identificarlos? —le preguntó Lanier.

—No, señor. No llevan puestas las insignias con el nombre. Pero creemos que quizá sea posible que alguien del equipo científico ruso reconozca a algunos de ellos. Esas tropas deben de estar altamente entrenadas, con buenos antecedentes como cosmonautas, y seguro que han coincidido con alguno de los especialistas espaciales del equipo científico en ocasiones anteriores.

—¿Tienen ustedes fotografías de los oficiales? —preguntó Gerhardt.

—Sí, señor, y la mayoría de ellas son bastante claras. Incluso hay un par de instantáneas de perfil.

—Muéstreselas a los miembros del equipo científico para ver si podemos obtener la identificación de alguno de ellos. Garry, creo que debería intervenir. Hablaremos con Pritikin, del equipo ruso; es un tipo honrado. Dejaremos aterrizar a una de las naves de carga pesada, la de Pletnev. Si él o Pritikin pueden comunicarse con su oficial en jefe por radio y logran concertar una entrevista, puede ser que ellos hagan algo más que escuchar razones.

—Para intervenir, tendría que saber ruso —le indicó Lanier.

—Alguno de nuestros compañeros puede ayudar. Rimskaya, o ese teniente alemán, Rudolph —o como se llame— Jaeger.

—Rimskaya está bien, pero quizá no lo suficiente como para intervenir en cuestiones con matices diplomáticos. Jaeger puede sernos útil. Pero yo no me haré cargo del asunto a no ser que trabaje con los rusos directamente, sin intermediarios de ningún tipo. Puedo tomar el tren noventa hasta la tercera cámara y aprender ruso mientras tú haces los arreglos para que aterrice Pletnev.

—No disponemos de semanas, Garry.

Lanier movió negativamente la cabeza.

—No tardaré tanto. Horas, posiblemente. —Dio un profundo suspiro y se inclinó hacia delante—. ¿Ves alguna razón para no poner fin a tanto secreto?

Gerhardt se quedó pensando un momento.

—¿Internamente? No estoy seguro.

—¿No te gustaría saber de qué se trata exactamente todo este asunto?

—Naturalmente. Lo que quiero decir que no estoy seguro de quién podría dar la autorización para el levantamiento de las restricciones.

—A Kirchner le dijeron que ya no formamos parte de la estrategia militar de la Tierra; estamos completamente solos. ¿Podemos considerar que eso es verdad también políticamente hablando?

—Lo que quieres decir es que somos dueños de nosotros mismos.

—Exactamente —convino Lanier.

—Eso es una olla de grillos en la que no me gustaría meterme ahora.

—Bueno, yo me haré cargo de la responsabilidad del primer movimiento, por lo menos. Desde este momento las bibliotecas ya no están cerradas. La información que contienen queda al alcance de todos.

—¿Incluidos los rusos?

—Incluidos los rusos, si negocian la paz con nosotros —dijo Lanier—. Yo aprenderé ruso, tú arregla los procedimientos para la negociación y les ofreceremos compartir todo lo que nos ha quedado.

—A Kirchner no le gustará que dejemos aterrizar a esos hijos de puta. Y con toda certeza no le gustará tampoco hacer concesiones.

—¿Quién se encuentra a cargo de la seguridad interior? —preguntó Lanier con intención—. Y además, ¿nos queda otra elección?

Patricia se despertó y se encontró con que la cabina estaba sumida en semioscuridad. Se había dado la vuelta en la litera y colocado mirando hacia la ventana. A más de veinte kilómetros por debajo de la nave la superficie del pasillo era ahora oscura y rugosa. Grandes incisiones cruzaban de un lado a otro aquel terreno jaspeado, y los bordes relucían con un brillo apagado.

Se volvió para echar un vistazo por la cabina. Su raptor yacía envuelto en medio de una red de parpadeantes luces azules y verdes. Salían chispas entre cada una de las luces de la red y, dentro, el cuerpo de Olmy se encontraba envuelto en una neblina verdosa.

Patricia se dio cuenta de que había peso suficiente en la cabina como para poder distinguir la diferencia entre arriba y abajo.

Se deslizó hasta bajar de la litera moldeada, y alargó una mano para tocar la red de luces y comprobar si era real. Antes de que sus dedos logran el contacto, una voz la detuvo.

—Por favor, no moleste. —Olmy estaba de pie en la parte delantera de la cabina. Patricia miró a la figura que estaba en la litera y al Olmy que acababa de dirigirse a ella—. Soy una personalidad parcial, un fantasma asignado. Olmy está descansando, realizando la meditación Talsit. Si se trata de algún asunto relacionado con él, permítame que lo substituya, por favor.

—¿Qué cosa dice usted que es? —le preguntó.

—Un fantasma asignado. Mientras Olmy descansa, yo realizo todas aquellas obligaciones que él pueda tener y que no requieran actividad física. Yo carezco de substancia. Soy sólo una proyección.

—¡Oh! —Patricia frunció el ceño ante aquella imagen—. ¿Qué es lo que él... está haciendo? ¿Qué le sucede?

—La meditación Talsit es el proceso mediante el cual uno se rodea de datos Talsit. El cuerpo se limpia de impurezas y la mente de todos aquellos obstáculos que le impidan tener despejado el pensamiento. Los datos Talsit se encargan de informar, reorganizar, criticar las funciones mentales. Es una especie de sueño.

—¿Eres sólo una grabación?

—No. Estoy conectado con los procesos mentales de Olmy, pero de una forma que no interfiere con el descanso.

—¿Dónde está el...? —Patricia estuvo a punto de decir «*boojum*». Miró hacia la parte de atrás y vio aquella criatura morena, patizamba y de cabeza plana enroscada en su propia litera; la estaba mirando tranquilamente y parpadeando muy de vez en cuando.

—Hola —la saludó musicalmente.

Patricia tragó saliva y le devolvió el saludo con un movimiento de cabeza.

—¿Puede decirme otra vez cómo se llama usted?

—Yo no tengo nombre. Soy un Frant.

—¿Quién está pilotando?

—La nave se controla sola en este momento. Seguramente su gente también tiene naves capaces de hacerlo —dijo el Frant en tono admonitorio.

—Sí, naturalmente. —Patricia se volvió de nuevo hacia la imagen—. ¿Por qué ha cambiado el pasillo?

—Hace cientos de años tuvo lugar una guerra aquí. El material de superficie traído a la Vía —el pasillo— quedó seriamente alterado. Hay trozos en que se puede ver la propia Vía.

—¿Una guerra? —observó, mirando hacia abajo, la superficie moteada.

—Donde los Jarts ocuparon la Vía. Habían viajado desde entradas situadas a cientos de miles de kilómetros más abajo. Esas entradas, desde entonces, han permanecido bloqueadas o estrechamente reglamentadas. Cuando la Ciudad de Axis intentó pasar y recuperar el control de la Vía, los Jarts se resistieron a ello. Por fin consiguieron sacarlos y este tramo de la Vía, la distancia completa que queda hasta Thistledown, está bloqueado y abandonado.

—¡Oh! —Patricia se echó de espaldas y se puso a observar las luces que parpadeaban alrededor de Olmy. Se sentía exhausta. Tenía los ojos irritados y la garganta áspera; el pecho le dolía y tenía los músculos de los brazos y las piernas tensos y doloridos—. He estado llorando —dijo.

—Ha estado usted durmiendo durante las últimas doce horas —dijo el Frant—. Parecía en paz mientras dormía. No la hemos molestado.

—Gracias. Esa Ciudad de Axis, ¿es allí adónde vamos?

—Sí —repuso el Frant.

—¿Qué me sucederá allí?

—Le harán a usted los honores —respondió la imagen de Olmy—. Usted viene de nuestro pasado, al fin y al cabo, y es muy brillante.

—No me gusta... el alboroto —indicó Patricia suavemente—. Y quiero regresar y ayudar a mis amigos. Me necesitan.

—Usted no es indispensable allí, y nosotros decidimos que era peligroso.

—A pesar de todo, deseo regresar. Quiero que sepan ustedes que me llevan contra mi voluntad.

—Lo sentimos. No será usted maltratada.

Patricia decidió que no tenía sentido discutir con un fantasma, fuera asignado o no. Se abrazó los hombros y se puso a contemplar aquel paisaje oscurecido y rastrillado que había debajo. Ahora era difícil sentir nada por el pasado, por cualquier cosa que hubiera sucedido antes de que ella entrara en la nave. ¿Realmente deseaba regresar? ¿Había algo tan importante para ella en alguna parte?

Sí. Lanier. Él esperaba que lo ayudase. Patricia formaba parte de su equipo. Y también era importante su familia, y Paul. *Muertos*. Palpó con la mano las cartas que guardaba en el bolsillo y luego buscó la bolsa que contenía el multimetro, la pizarra electrónica y el procesador. No habían tocado nada.

Sosnitsky se estaba muriendo. De los cinco médicos militares que habían acompañado al batallón, dos habían caído en la segunda cámara, y los demás no se sentían de humor para ocultarle la verdad de los hechos al general. Uno de ellos, un hombre bajo, incipientemente calvo y de complexión pequeña, que tenía una magulladura que ocupaba la mitad de su cara, tomó en un aparte a Mirsky cuando éste se acercó al bosque de árboles enanos.

—El general tiene heridas internas, la rotura del bazo es la menor de ellas. No tenemos la sangre ni el plasma que necesitamos, y carecemos de las condiciones necesarias para operar. Morirá dentro de una hora, puede que dos... es fuerte, pero no es un superhombre.

—Los huesos se me han convertido en metralla, camarada comandante —le dijo el general—. Tengo entendido que ni «Lev» ni «Nev» han conseguido

llegar aquí abajo. —Hizo una mueca o sonrió, habría resultado difícil de decir, y luego tosió—. Estoy a punto de concederle a usted un dudoso honor, coronel Mirsky. Necesitamos un comandante que mande la división. El único coronel que queda vivo, aparte de usted, es Vielgorsky, y no deseo que haya un oficial político al mando de las tropas. Voy a concederle a usted un ascenso de campaña, un ascenso que puede que en la Tierra no aprueben. Aunque de todas formas, si lo que hemos oído es cierto, en la Tierra eso ya no le importa a nadie. Tengo testigos; Belozersky, aquí presente, es uno de ellos, y les confirmaré el ascenso por radio a los otros comandantes de batallón antes de morir. Así que tengo que darme prisa. Desde ahora mismo es usted teniente general. Le hago entrega de mis propios galones. —Le pasó las estrellas a Mirsky con la mano derecha mientras el rostro se le contraía a causa del dolor—. Es posible que tenga algún problema con... con otros que están esperando el turno. Pero éstos son mis deseos. Tengo plena confianza en usted, general Mirsky. Si lo que ha dicho el comandante de nuestro escuadrón aéreo es verdad —y no parece algo del todo imposible—, entonces debe usted negociar.

» Puede que seamos los últimos rusos que quedan. Todos los demás están ardiendo. Envueltos en llamas. —Tosió de nuevo—. Hasta que llegue el momento de negociar, manténgase en el terreno conseguido. Pero ¿quién soy yo para decirle lo que tiene que hacer? Usted es ahora general. Por favor, dígame a Belozersky que traiga la radio. —Belozersky pasó con una mirada que, además de súplica, llevaba implícito algo más. *Todavía no sabe cómo tratarme*, pensó Mirsky. El general le dio la noticia por radio a los mandos que sobrevivían. Belozersky, con suavidad, le informó de que los convertidores de la perforación no funcionaban, pero Sosnisky insistió en radiar el mensaje de todas formas.

—Así los americanos sabrán que tenemos un jefe —dijo. Minutos más tarde entró en coma.

Mirsky tardó algún tiempo en aceptar lo que había sucedido. Pensó que lo mejor sería continuar como antes, así que volvió a las estructuras de cemento y allí estuvo conferenciando con Garabedian.

A pesar de haber marcado una hora límite, Mirsky no ordenó ninguna acción al término de dicha hora. Sabía que sería un suicidio. Había mantenido la vaga esperanza de que de repente entraran las naves de carga pesada y empezaran a descender, pero aquella esperanza ya no existía, ni tampoco una auténtica ambición de continuar.

El general comandante Sosnitsky estaba, naturalmente, en lo cierto.

Desde el mismo principio todo había sido un juego extremadamente arriesgado. Si lo que decía el enemigo era verdad (y con toda seguridad el comandante del escuadrón aéreo, Pletnev, no iba a mentir a sus propios hombres sólo para salvar el pellejo), si todo aquello era verdad, no quedaba ninguna posibilidad de victoria.

Garabedian se acercó con un tubo de raciones. Mirsky lo apartó con un gesto.

—Tienes que comer algo, camarada general —le indicó Garabedian.

Mirsky lo miró con el ceño fruncido.

—¿Para qué? ¿Qué objeto tiene? Nos tendrán aquí hasta que nos muramos de hambre o hasta que nos convirtamos en zorros y vayamos haciendo rapiñas por los gallineros. Estamos en un aprieto.

Garabedian se encogió de hombros.

—De acuerdo.

Mirsky se dio la vuelta en dirección contraria a su antiguo segundo y levantó el brazo de repente haciendo gestos de codicia con la mano.

—Dámelo, hijo de puta, no quiero que te lo comas tú. —Garabedian sonrió maliciosamente y le pasó el tubo.

—Es asqueroso —comentó Mirsky metiéndose apretadamente la pasta de pescado en la boca—. Sabe a mierda.

—En mi pueblo lo llamamos salchichas de mierda y nos peleamos por ellas —explicó Garabedian—. ¿Por qué tienes que deprimirte?

—Quería a Sosnitsky. Y encima, va y me hace general.

Lanier se encontraba de pie, con el rostro crispado, en medio de la amplia y clara luminosidad de la biblioteca. Hacía meses que no se había sentado ante una de aquellas lágrimas de cromo. Y no tenía deseos de hacerlo, ni siquiera en las circunstancias actuales. La experiencia no había resultado físicamente desagradable, pero le daba la impresión de que todos los problemas que tenía entonces habían surgido de uno de aquellos asientos, el que estaba ahora rodeado de material inactivo.

Tres infantes de marina armados con Uzis y Apples permanecían de pie detrás de él, intranquilos; Gerhardt había insistido en que acompañaran a Lanier, por si algún SPETSNaz ruso se hubiese infiltrado hasta tan lejos.

Lanier estuvo paseando por entre aquellos asientos. Al igual que hiciera Patricia, evitó el asiento desordenado. Se detuvo y dio media vuelta para inspeccionar toda la plaza; luego se sentó en la silla y con un ligero golpe abrió la caja de controles. Ante la simple presión de los dedos, unas cuantas preguntas comenzaron a aparecer flotando ante él. La biblioteca continuaba habiéndole en un claro inglés del siglo veintiuno. Puede que lo recordase. O puede que estuviera al corriente de quiénes eran ellos, e incluso de por qué estaban allí.

—Necesito aprender el ruso del siglo veintiuno —comenzó a decir Lanier—. De principios del veintiuno. De la Pre-Muerte. ¿Cuánto tiempo me llevará aprenderlo?

—¿Deseas un conocimiento de la lengua leída, hablada, facilidad coloquial o todo junto? —preguntó el narrador de la biblioteca.

—Necesito lo antes posible un conocimiento hablado y coloquial. Supongo que el resto también, si no tardo mucho más tiempo en aprenderlo.

—Se te puede enseñar el dominio del ruso hablado coloquial y técnico en dos horas. Se necesitará una hora más para enseñarte a leer y traducir.

—En ese caso enséñamelo todo —dijo Lanier al narrador de la biblioteca.

—Muy bien. Por favor, relájate. Estás un poco tenso. Empezaremos primero con el alfabeto cirílico...

Me estoy relajando, advirtió con cierta sorpresa. Mientras las lecciones se iban desarrollando, Lanier se sumergió en un baño de conocimiento con un profundo suspiro mental. *Me está gustando esto*.

Nunca había tenido gran talento para los idiomas. Sin embargo, al cabo de tres horas hablaba ruso como un nativo moscovita.

El comandante de la escuadrilla aérea, el teniente coronel Sergei Alekseivich Pletnev, un hombre musculoso que tenía una incipiente calva y el rostro enrojecido, y los cuatro hombres de su tripulación que lo acompañaban desembarcaron por la escotilla de popa de la nave de carga pesada, que estaba atracada, y a continuación fueron conducidos hasta la cámara de descompresión situada en la primera pista de aterrizaje. Según el acuerdo negociado varias horas antes, las restantes naves de carga pesada mantendrían las posiciones que tenían en el exterior de la perforación.

Los rusos se despojaron luego de los trajes espaciales y fueron escoltados por siete marines armados con Apples a través de la plataforma hasta el interior del centro de comunicaciones. Allí Kirchner les dio la bienvenida —sus palabras fueron traducidas por el teniente Jaeger— y les explicó el procedimiento.

—El oficial de mayor graduación que sus hombres tienen en la Piedra se encuentra ahora en nuestra segunda cámara. De acuerdo con un mensaje que ha enviado por radio, su comandante general. Sos... Sos...

—Sosnitsky —terminó Jaeger por él.

—Sosnitsky ha ascendido a un oficial llamado Mirsky a teniente general. Eso significa que tenemos que negociar el paso a través de la primera cámara: sus camaradas nos tienen bloqueados aquí. Nuestra única alternativa es hacerlos volar a ustedes a través del eje, y no creo que a nadie le complazca esa idea.

Pletnev escuchaba al teniente Jaeger y asintió con la cabeza vigorosamente.

—Les hablaré de nuevo —dijo entonces—. Y esta vez lo haré directamente.

—Usted no tiene mayor graduación ni mando sobre ellos. Es posible que piensen que es usted un traidor.

—Lo más que puedo hacer es intentarlo —insistió Pletnev—. Quizá pueda ir hasta allí yo solo, o con mi tripulación, y tratar de convencerles...

—No parece que estén ansiosos por dejarse convencer. Los mensajes que envié se han retransmitido a las tropas, pero siguen luchando.

—¿Es así? —estalló Pletnev mientras el rostro se le enrojecía aún más—. Lo intentaremos de nuevo.

—Lo intentaremos de nuevo —asintió Kirchner—. Primero le dejaremos transmitir a la primera cámara. Explíqueles todo lo que sabe; cuál es exactamente nuestra situación aquí, qué es lo que usted planea hacer, lo que ha sucedido en la Tierra.

—Sí, no soy idiota. Eso es lo que voy a decirles. —Dirigió una mirada furiosa a Kirchner y luego le tendió la mano de nuevo—. Ustedes han hecho una carnicería con nosotros —continuó.

Kirchner se quedó dudando un momento; luego le apretó la mano con firmeza.

—Sus hombres luchan como valientes.

—Muéstrenme a dónde debo ir ahora.

Pickney sugirió que la siguiera hasta un puesto de comunicaciones. Una vez allí le prendió a Pletnev un micrófono inalámbrico en la solapa y sintonizó el aparato hasta captar una frecuencia utilizada por los rusos.

Pletnev estuvo hablando con un tal teniente coronel I. S. Pogodin, que se encontraba en la primera cámara. El alemán le fue traduciendo a Kirchner la mayor parte de la rápida conversación que sostuvieron.

—No puedes haberte olvidado de mi, Pogodin. Fui profesor tuyo en Novosibirsk

—Sí, naturalmente. Por la voz sí parece que sea usted Pletnev...

—¡Aparta a un lado los temores, Pogodin! La batalla ha terminado. Necesito atravesar el territorio que has ocupado para ir a hablar con el coronel Mirsky — ahora ya teniente general Mirsky—. ¿Lo permitirá usted...? —quiso saber echándole una mirada a Kirchner.

—Usted, uno de su tripulación y una escolta de cuatro marines —le dijo Kirchner.

—¿Dejar pasar a dos de los nuestros y a cuatro de los suyos? —No hubo respuesta durante unos momentos—. No tenemos comunicaciones, ni con la segunda cámara ni con ninguna de las otras cámaras. El coronel Raksakov ha muerto. Yo no soy el oficial de mayor graduación en esta cámara, está el coronel Vielgorsky.

—Entonces ponte de acuerdo con Vielgorsky y toma una decisión, Pogodin.

Hubo unos cuantos minutos de espera hasta que Vielgorsky regresó con una respuesta.

—Pueden cruzar desarmados. Quiero hablar con usted en persona.

Pletnev le echó una mirada inquisitiva a Kirchner.

—¿Desarmados? ¿Podemos aceptar?

Kirchner asintió.

—Bajaremos, entonces.

—Vayan por el ascensor cero hasta el recinto del equipo científico —le instruyó Kirchner y el alemán tradujo—. Necesitaremos coger un camión del complejo para cruzar la cámara.

Pletnev pasó los requerimientos. Vielgorsky añadió que uno de sus hombres debería acompañarlos en el camión hasta la segunda cámara. Después de unos momentos de reflexión, Kirchner accedió de nuevo. Entonces habló con Gerhardt y le confirmó el plan que iban a seguir.

—Lanier y dos de mis hombres estarán en el lado opuesto del puente tan pronto como lleguemos a un acuerdo con quienquiera que se encuentre a cargo

del mando de la segunda cámara —le dijo Gerhardt—. Lanier ha aprendido ruso. Creemos que un miembro del equipo científico ruso debería ir con él también, si todo el mundo está de acuerdo.

Pletnev frunció los labios y murmuró unas palabras que el alemán no consiguió entender. Luego, en un pasable inglés, preguntó:

—Por favor. ¿Hay un cuartito de baño aquí? Llevo ya una semana metido en este traje espacial.

Belozersky se agachó junto a Mirsky cuando las instrucciones de alto el fuego fueron transmitidas por el altavoz del campamento enemigo.

—Eso puede ser muy arriesgado —dijo Belozersky, sacudiendo la cabeza—. Nunca podemos estar seguros de si nos están transmitiendo información errónea.

Mirsky no reaccionó. Escuchó atentamente, luego pasó las órdenes a través de Garabedian para que su batallón obedeciese las instrucciones.

—Pletnev estará aquí dentro de una hora —dijo mientras aceptaba el cigarrillo que le ofrecía Garabedian—. Podemos hacerle tantas preguntas como queramos hasta que nos quedemos satisfechos. Si lo que dice es verdaderamente cierto, entonces negociaremos.

—No debe haber ninguna renuncia a nuestros principios —indicó Belozersky inexorablemente.

—¿Quién ha dicho que vayamos a renunciar a algo? —replicó Mirsky. No le gustaba aquel pequeño oficial rigorista de labios apretados y gestos nerviosos.

—Si Pletnev dice la verdad —prosiguió Belozersky—, entonces debemos establecer un baluarte de la revolución aquí, en la Patata.

—Ellos la llaman la Piedra —dijo Garabedian.

—La Patata —insistió Belozersky mirando a Garabedian con furia.

—Nadie se lo discute —intervino Mirsky con quizá demasiada paciencia.

—Debemos ser partes iguales en esta empresa.

—Ellos tienen todas las mujeres —observó Mirsky. Belozersky lo examinó como si hubiese contado un chiste malo.

—¿Sí? Camarada general, yo no veo...

—No podremos volver a casa... si es que Pletnev está en lo cierto —continuó diciendo Mirsky—. Para llevar adelante los ideales de la revolución, tiene que haber... mujeres. Eso parece obvio.

Belozersky no tuvo nada que decir ante aquello.

—Quizás entre nuestro equipo científico... —sugirió Garabedian.

—La mayoría son hombres —observó Mirsky—. ¿Recuerdas las órdenes? La Patata tiene asignados unos científicos muy prestigiosos. Solamente los más importantes académicos y sus ayudantes. Puede ser que haya unas quince mujeres. Repartidas entre setecientos soldados. —Se echó a reír y aplastó la

colilla del cigarrillo, que había fumado a toda velocidad, contra los cimientos de hormigón.

Belozersky estaba sentado con la espalda apoyada contra el hormigón y se miraba fijamente las manos cruzadas, que tenía apoyadas en las rodillas.

—No todo en Rusia se ha destruido —murmuró—. Hay reductos fortalezas. Habrá oído hablar de ellos seguramente, camarada general.

—Pero no revelan nada a quien no necesita saberlo —apuntó Mirsky—. Los rumores no igualan a la realidad.

—Pero en Podlipki, los hangares secretos, los helicópteros y los aviones esperando... seguramente el Secretario del Partido, el Consejo de Defensa...

—Quizás —dijo Mirsky, más para cerrarle la boca a aquel hombre que porque estuviera de acuerdo.

—Se comunicarán con nosotros, entonces. —Belozersky levantó la vista con los ojos brillantes—. Debemos tener nuestros propios canales exteriores de comunicación. Si negociamos, debemos exigir...

—He pensado en eso ya —le interrumpió Mirsky—. Ahora, por favor, cállese. Tengo un montón de cosas que considerar antes de que Pletnev llegue.

El camión pasó por las líneas de hoyos de protección y por los tendidos de alambre de espio que habían conseguido reunir de entre los desperdicios del recinto del equipo científico.

Rusos ataviados con un incongruente equipo de camuflaje ártico, algunos de ellos todavía con los cascos de los trajes espaciales puestos, los escudriñaban al pasar. Los trajes mismos hacía ya bastante tiempo que habían sido desechados, y salpicaban toda la zona de la primera cámara donde habían caído los paracaidistas mezclados con los paracaídas y los cuerpos de aquellos soldados que no habían tenido suerte.

—Nunca antes se hizo una acción como ésta —comentó Pletnev llanamente—. Nunca.

El comandante Annenkovsky, el representante de los rusos en la primera cámara, miró tristemente a través de las ventanillas del camión y se pasó las manos por el cabello de color rojo ladrillo.

—Doy gracias por estar vivo —dijo.

El teniente Rudolf Jaeger iba traduciendo en voz baja para los dos infantes de marina que los escoltaban. El camión atravesó el punto de control pasando junto a la caseta de guardia destruida, y se encaminó hacia el norte.

En el extremo norte del puente cero, Lanier miró el reloj: las catorce horas. Los infantes de marina se hicieron una señal con la cabeza uno a otro y

comenzaron a atravesar el puente a pie, tal como estaba convenido.

—Yo sólo espero que estos malditos insurrectos hayan recibido el aviso —dijo el joven sargento, mirando hacia atrás, hacia Alexandria.

A través de unos equipos instalados en la abertura de la perforación de la primera cámara, Kirchner seguía ante el monitor el avance del camión en la misma consola que, exactamente treinta horas antes, le había mostrado las fotografías de la muerte de la Tierra. Detrás de él, Link dio una sacudida en la silla que ocupaba y rápidamente sintonizó una señal.

—VTO aproximándose —avisó uno de los soldados de vigilancia situados en el hoyo exterior—. No es ruso, es uno de los nuestros.

Link hizo un gesto con una mano mientras con la otra apretaba botones en rápida sucesión.

—Capitán Kirchner, tenemos aquí un VTO procedente de la Estación Dieciséis. Se encuentra averiado y no ha podido llegar hasta la base lunar... Señor, dicen que tienen a Judith Hoffman a bordo.

Kirchner hizo girar la silla.

—No estoy sorprendido —dijo lacónico—. Háganlos entrar. Señorita Pickney, ¿dónde he dejado la chaqueta?

Mirsky atravesó el campo lentamente, no tanto por precaución como en consideración al cargo que representaba y también para hacerse una idea de las bajas que habían sufrido. Lanier, el teniente Jaeger, el comandante Annenkovsky y Pletnev avanzaban más rápidamente, hasta que sólo unos metros separaron a unos de otros. Pletnev dio unos pasos hacia delante para estrechar la mano y el brazo de Mirsky, luego retrocedió y se quedó de pie, solo.

Mirsky contempló los cuerpos diseminados al azar por todo el campo. Dos de ellos yacían a medio caer dentro de una trinchera; tenían varios pequeños agujeros quemados, y jirones de carne asada se veían a través de los boquetes derretidos de sus uniformes. Había contado ya veintiocho cadáveres. Pero suponía que por lo menos habría el doble en el campo. A pesar de todo apartó el pensamiento de todas aquellas consideraciones tácticas y se demoró más en el hecho nada simple que era la muerte de sus compatriotas.

Los cuarenta y un heridos de la segunda cámara estaban atendidos por sólo dos médicos del cuerpo de sanidad militar. Sosnitsky había muerto el día anterior sin salir del coma en el que había caído. Los heridos morían dos, tres y hasta cuatro al día.

Mirsky se volvió hacia Pletnev.

—Eso que nos han retransmitido, las palabras que usted ha dicho, esa información, ¿es verdad?

—Sí —repuso Pletnev.

—¿Se han recibido instrucciones desde la Tierra?

—No.

—Y, ¿cómo está de mal la situación?

—Muy mal —dijo Pletnev suavemente al tiempo que se rascaba la mejilla—. No habrá vencedores.

—¿No se han recibido instrucciones desde ninguna parte? ¿Ni desde el consejo de Defensa que estará en algún reducto, o del partido, o de cualquier plataforma, de algunos oficiales supervivientes?

Pletnev movió la cabeza negativamente.

—Nada. Cabe dentro de lo posible que no se preocupen de nosotros.

—¿Fue testigo de algún combate? —preguntó Mirsky con el rostro tenso.

—Vimos Rusia resplandeciendo en la noche. Toda Europa está ardiendo.

—¿Quién de ustedes habla ruso? —inquirió Mirsky de forma cortante mirando a Lanier y a Jaeger.

—Los dos —contestó Lanier.

—¿Sus países son los vencedores, entonces?

—No —dijo Lanier.

—Somos todos cerdos —apuntó Mirsky.

Pletnev movió la cabeza.

—Cumplimos con nuestro deber, camarada general. Ustedes han cumplido un maravilloso...

—¿Cuántas naves han conseguido sobrevivir? —le interrumpió Mirsky.

—Cuatro —dijo Pletnev—. ¿Y cuántos hombres?

Lanier, Jaeger y el comandante Annenkovsky esperaron a que Mirsky respondiera.

—Doscientos... no, más o menos ciento ochenta aquí. —Mirsky miró ceñudo a Lanier—. No me han dicho cuántas bajas ha habido en las otras cámaras. Quizá setecientos en total. El general Sosnitsky murió ayer.

—Entonces usted es ahora el oficial de mayor graduación —comentó Pletnev.

—Deberíamos empezar las conversaciones ahora mismo —intervino Lanier—. No veo la necesidad de volver a empezar la lucha.

—No —dijo Mirsky. Examinó el campo al tiempo que sacudía lentamente la cabeza—. Si nosotros somos todo lo que queda... No necesitamos luchar.

—La Tierra no está muerta, coronel —dijo Lanier—. Está mal herida, pero no está muerta.

—Parece que lo dice usted con mucha seguridad —apuntó Mirsky—. ¿Cómo puede estar tan seguro?

—Sí —dijo Pletnev en inglés—. ¿De modo que tienen ustedes comunicación con sus superiores?

—No —les aclaró Lanier—. Primero lo leí, y luego tuve ocasión de ver cómo sucedía. Es una larga historia, general Mirsky, y creo que ya ha llegado el momento de hacérsela saber a todo el mundo.

Mientras los cuerpos aún yacían en los mismos lugares en los que habían caído, a los rusos se les garantizó el acceso a las primeras cuatro cámaras a cambio de que ellos, a su vez, garantizaran al personal del bloque Oeste el acceso a los recintos y al ascensor cero de la primera cámara. Se hicieron promesas de que pelotones bilaterales de seguridad vigilarían todas las rutas. Una vez que se llegó a estos acuerdos, se retiraron los escombros y los cuerpos del casquete sur y de la perforación, y se concedió el permiso para que las demás naves de carga

pesada aterrizasen.

Las negociaciones se llevaron a cabo en la primera cámara, en la cafetería del complejo del primer equipo científico. La mitad de los barracones del segundo complejo se cedieron temporalmente para albergar a los soldados rusos; una línea trazada en el suelo con pintura blanca dividía los sectores y estaba guardada por un lado por cinco infantes de marina y por el otro por cinco soldados de Choque Espacial que parecían muy cansados.

Más adelante, indicaron los rusos, trasladarían a la mayor parte de sus soldados fuera de la primera cámara y reclamarían una gran sección de la cuarta.

Gerhardt habló con Mirsky, haciendo Lanier y Jaeger de intérpretes. El coronel Vielgorsky —un hombre misteriosamente atractivo, de mediana edad, con el cabello de color negro azabache y los ojos verdes— aconsejó a Mirsky sobre algunas cuestiones políticas. El comandante Belozersky estaba siempre acechando por allí cerca. El tercer oficial político, el comandante Yazykov, fue destinado a la cuarta cámara como parte de un equipo de inspección ruso.

Estaban trabajando durante las primeras horas de la noche del segundo día de tregua. Durante un descanso para almorzar y tomar café, Kirchner apareció en la entrada de la cafetería con un huésped y dos guardias. Lanier levantó la vista hacia el grupo y, lentamente, bajó la taza de café para depositarla de nuevo en la mesa.

—Parece que no necesitas demasiada ayuda —le dijo Judith Hoffman. Estaba pálida y tenía todo el pelo revuelto, lo que era una cosa en absoluto característica de ella; llevaba un mono que no era de su talla y tenía vendada una de las manos. En la otra sostenía una caja de efectos personales que había traído de la nave. Sin decir una palabra, Lanier empujó la silla hacia atrás y cruzó la habitación para estrechar a Hoffman en un apretado abrazo. Los rusos los observaban ligeramente irritados por aquella interrupción; Vielgorsky le susurró algo a Mirsky, y éste hizo un gesto afirmativo con la cabeza al tiempo que se incorporaba en el asiento.

—Jesús —exclamó Lanier con suavidad—. Estaba convencido de que no conseguirías hacerlo. No sabes cuánto me alegro de verte.

—Tanto como me alegro yo de estar aquí, espero. El Presidente me despidió a mí y a todo el consejo cuatro días antes. Empecé a reclamar algunos favores y conseguí un pasaje VIP para la Estación Dieciséis al día siguiente. Intenté arreglar las cosas para volar en un VTO; pero no resultó nada fácil. Yo era persona *non grata*^[4] para los políticos, y eso preocupaba a los jefazos. Pero dos escoceses del transbordador se mostraron dispuestos a meterme en él de contrabando. Habíamos repostado ya y estábamos preparados para salir cuando... empezó la guerra y partimos con seis evacuados civiles justo en un momento antes de que ellos... —Hoffman tragó saliva—. Estoy muy cansada,

Garry, pero tenía que verte y hacerte saber que estoy aquí. No como tu jefe. Simplemente para que lo sepas. Han venido otras nueve personas: cuatro mujeres, dos hombres y tres miembros de la tripulación. Déjame dormir y luego dime cómo puedo ayudarte.

—Todavía no hemos determinado la cadena de mando. Ni si quiera sabemos aún si somos un puesto de avanzada, un territorio o una nación —le explicó Lanier—. Tendrás un montón de cosas que hacer aquí. —Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se las enjugó con el dorso de la mano y sonrió irónicamente mirando a Hoffman; luego señaló la mesa en la que tenían lugar las negociaciones—. Ahora mismo estamos manteniendo conversaciones. La lucha ha terminado... por ahora, puede que para siempre.

—Siempre estuve segura de que eras un buen administrador —dijo Hoffman—. Garry, tengo que irme a dormir. No he dormido bien desde que salimos de la estación. Pero... he traído una cosa conmigo.

Colocó la caja encima de la mesa y abrió los broches metálicos. Levantó la tapa y volcó los paquetes de semillas sobre la mesa. Algunos resbalaron y fueron a parar a la mesa de los rusos. Mirsky y Vielgorsky parecían aturridos con aquella demostración; Mirsky recogió un paquete de semillas de caléndula.

—Por favor, quédense con todas las que quieran —les indicó Hoffman. Luego volvió la vista hacia Lanier—. Ahora son para todos nosotros.

Kirchner la cogió por el brazo y se la llevó.

Lanier volvió a la mesa y se sentó, sintiéndose inmensamente mejor. Belozersky, que se encontraba de pie detrás de Vielgorsky y de Mirsky, miró el montón de semillas con una mal disimulada suspicacia.

—Mi oficial político en jefe desea saber si ustedes han recibido instrucciones de alguna organización gubernamental superviviente —preguntó Mirsky. Jaeger se lo tradujo a Gerhardt.

—No —repuso Lanier—. Estamos aún operando por nuestra cuenta.

—Hemos reconocido a esa mujer con la que usted ha hablado —le indicó Vielgorsky suavemente—. Es un agente de su gobierno y la responsable de las normas que hay que seguir en este asteroide.

—Sí, es ella —convino Lanier—, y cuando se sienta mejor se reunirá con nosotros para seguir con las negociaciones. Pero fue... —se entretuvo buscando la palabra— destituida de su cargo antes de la Muerte.

Se maravilló de lo fácilmente que esta palabra acudió a su boca referida al pasado, no al futuro.

—¿Cuándo ha llegado? —le preguntó Mirsky.

—No lo sé. No hace mucho.

—Nosotros insistimos —dijo Belozersky— en que cualquier superviviente del pacto de Varsovia sea admitido también en este asteroide. Militares o civiles.

—Naturalmente —dijo Lanier. Gerhardt asintió igualmente con un

movimiento de cabeza—. Y ahora —continuó—, vayamos con los problemas quizá más importantes. Desarme y derechos territoriales...

—Elaboraremos un borrador de estos acuerdos y los ratificaremos con un documento formal más adelante —apuntó Mirsky.

—Nosotros insistimos en la soberanía de todos los pueblos del Pacto de Varsovia que se encuentren en este asteroide —dijo Belozersky. Vielgorsky frunció los labios. Mirsky echó hacia atrás la silla y la separó enérgicamente de la mesa; luego se llevó a Belozersky a un rincón. Allí se enzarzaron en una acalorada discusión en voz baja, mientras Belozersky echaba furiosas miradas a Lanier y a Gerhardt.

Mirsky volvió solo.

—Estoy al mando de todos los soviéticos, tanto soldados como civiles —dijo—. Yo soy el principal negociador.

El despacho y el pequeño dormitorio de Lanier habían sido registrados minuciosamente, pero no resultaron seriamente dañados durante la ocupación. Lanier estuvo durmiendo durante cinco horas y luego fue a buscar un desayuno racionado de la máquina de la cafetería.

Kirchner se encontró con él delante de la entrada de los barracones de las mujeres.

—Regreso a la perforación —dijo—. Allí todavía hay un barullo atroz. Estamos bajando los cuerpos en estos momentos. Los nuestros y los de ellos. ¿Hay algún servicio religioso programado?

—He sugerido que se haga un servicio único en algún momento de las próximas veinticuatro horas. En señal de duelo por algo más que los muertos de aquí...

Kirchner frunció los labios.

—No va a resultar fácil soportar de cerca a esos hijos de puta.

—Tenemos que empezar en un momento u otro. ¿Cómo está Hoffman? ¿Ha dormido?

—Por lo que he oído, sí. Dos de tus astrónomos la metieron dentro y me echaron a cajas destempladas a mí y a los guardias. —Entornó los ojos y movió la cabeza en dirección a la cafetería—. ¿Cuál será mi cometido cuando vosotros, compañeros, hayáis terminado las negociaciones?

—Capitán de la marina de los Estados Unidos, supongo —repuso Lanier—. A cargo de la seguridad externa. No voy a entregarles la Piedra en bandeja.

—¿Han aceptado el desarme?

Lanier movió negativamente la cabeza.

—Aún no. Quieren instalar un campamento seguro en la cuarta cámara, y luego discutirán el asunto del desarme. Voy a llevar a Mirsky a hacer un

recorrido privado esta tarde... las bibliotecas, las ciudades.

—Jesús, me gustaría ir con vosotros.

—Pronto tendrás tu oportunidad. Por lo que a Gerhardt y a mí concierne, todo está abierto. No hay exclusividad.

—¿Incluida la séptima cámara?

—Con el tiempo, sí. Todavía no nos han preguntado nada sobre eso.

Kirchner levantó las cejas.

—¿No se lo habían dicho a ellos?

—No tengo idea de lo que ellos les dicen a sus militares. Pero, ciertamente, lo sabrán muy pronto. El equipo científico ruso no está exactamente confraternizando con los soldados; los militares no cuentan gran cosa a sus ojos, por lo visto. Pero pronto correrá la voz. —Hizo una larga pausa—. ¿No se sabe nada de la Tierra?

—Nada. El radar indica algo de actividad en el Océano Ártico, puede que se trate de unos cuantos barcos de superficie. No se puede ver mucho. El humo cubre la mayor parte de Europa, Asia y los Estados Unidos. No pueden preocuparse por nosotros, Garry.

Kirchner atravesó a pie el recinto y saltó a un camión que se dirigía a la entrada del ascensor cero. Lanier llamó a la puerta de los barracones. Janice Plok respondió.

—Entra —dijo—. Está despierta y le he llevado algo de comida hace unos minutos.

Hoffman estaba sentada en el sofá del pequeño salón. Beryl Wallace y la teniente Doreen Cunningham, antiguo jefe de la seguridad del recinto, estaban sentadas en sendas sillas frente a ella. Cunningham tenía la cabeza vendada, evidencia de la quemadura de láser que había recibido antes de la rendición del primer recinto.

Se levantaron cuando Lanier entró; Cunningham hizo ademán de saludar, luego sonrió tímidamente y bajó la mano.

—Señoras, el señor Lanier y yo tenemos que ponernos al día —comunicó Hoffman al mismo tiempo que colocaba el vaso que tenía medio lleno de jugo de naranja en la mesa de chapa de tanque. Cuando estuvieron solos, Lanier se sentó y acercó la silla a la de ella.

—Creo que ya estoy preparada para oír un resumen —dijo Hoffman—. No he oído nada desde que salí de la Tierra. ¿Fue tal como las bibliotecas nos lo habían mostrado?

—Sí —asintió Lanier—. Y el largo invierno está empezando ahora.

—De acuerdo. —Hoffman se cogió la nariz con dos dedos y se la frotó vigorosamente—. El fin del mundo. De todo lo que conocemos. —Lanzó un suspiro que amenazaba con convertirse en sollozo—. Mierda. Lo primero es lo primero.

Lanier le tendió la mano y ella se la estrechó.

—Van a pensar que somos amantes —dijo.

—Sólo una antigua relación —indicó Lanier.

Hoffman se echó a reír y a continuación se secó los ojos con un pañuelo.

—¿Cómo te va, Garry? —le preguntó.

Él no contestó durante unos prolongados instantes.

—Perdí la nave, Judith. Yo estaba a cargo...

—Eso es una exageración.

—Yo estaba a cargo, e hice todo lo que pude para prevenir la guerra. Pero fallé en el intento. Así que no puedo decir cómo estoy, al menos de momento. Puede que no demasiado bien. No lo sé. Les estoy dando ojo por ojo en las negociaciones. Pero me encuentro muy cansado.

Ella le dio un golpecito en la mano con los dedos extendidos, y asintió lentamente con la cabeza sin apartar los ojos de los suyos.

—Bueno. Tú todavía tienes toda mi confianza. ¿No lo sabes, Garry?

—Sí.

—Después de que las cosas estén asentadas tomaremos la vez para meter nuestras cabezas en el agujero del muro de Sisifo^[5]. Ahora hágame de la invasión y de todo lo que ha sucedido desde entonces.

Lanier había alentado la vaga esperanza de llevar a Mirsky a solas a la biblioteca de la segunda cámara, o todo lo más, con un guardaespaldas cada uno. Cuando llegó a la mesa de negociación de la cafetería, Mirsky, Garabedian, dos de los tres oficiales políticos supervivientes —Belozersky y el comandante Yazykov— y cuatro SST armados le estaban esperando. Lanier pidió rápidamente a Gerhardt y a Jaeger que le acompañaran y, para equilibrar las fuerzas, cuatro infantes de marina se unieron al grupo.

Viajaron en silencio desde la primera cámara hasta llegar al puente cero de la segunda cámara. Uno de los soldados de Mirsky se encargó de conducir el camión durante la primera mitad del corto viaje. Mirsky le echó repetidas miradas a Lanier durante aquel trayecto a través de la ciudad, tomándole las medidas con los ojos, según sospechaba Lanier. El teniente general ruso era como un libro cerrado; ni una sola vez Mirsky dejó entrever su lado íntimo... A pesar de ello Lanier tenía en mucha mayor estima a Mirsky que a Belozersky. Mirsky era capaz de atender a razones; Belozersky ni siquiera sabría lo que era la razón.

A medio camino del puente el camión se detuvo y un infante de marina tomó ahora a su cargo la tarea de conducir. Pasaron por el distrito comercial que Patricia denominara «curiosidad antigua» al verlo y más tarde se apearon en la plaza de la biblioteca. Allí un infante de marina y un SST se quedaron vigilando el

camión. Se apostaron en esquinas opuestas del vehículo y evitaron cuidadosamente entablar cualquier tipo de conversación. Gerhardt comenzó con Belozersky una conversación a través de Jaeger. Esto le dio a Lanier oportunidad para llevar a Mirsky unos pasos más adelante que los demás y prepararlo para lo que iban a encontrar.

—No estoy seguro de qué es lo que sus superiores le han dicho sobre la Piedra —comenzó—, pero dudo que sepa usted la historia completa.

Mirsky miraba fija y glacialmente hacia delante.

—La Piedra es un nombre más acertado que la Patata —admitió levantando las cejas—. Llamarla la Patata nos convierte en gusanos, ¿no cree? Me han dicho que la Piedra fue construida por humanos.

—Eso no es ni la mitad de la historia.

—Entonces me interesa oír el resto.

Lanier le contó la historia con cierto detalle mientras entraban en la biblioteca y subían las escaleras que llevaban al segundo piso.

Una vez en la sala de lectura, Lanier fue a buscar una sección de volúmenes rusos en las estanterías y sacó tres de ellos, dándole uno a Mirsky —una traducción de la *Breve Historia de la Muerte*— y otros dos a Belozersky y a Yazykov, uno a cada uno.

Belozersky se quedó de pie con el libro firmemente sujeto con ambas manos. Miraba a Lanier como si éste le hubiera insultado.

—¿Qué se supone que es esto? —preguntó. Yazykov, titubeante, abrió el volumen que le habían entregado.

—Léalo usted mismo —le sugirió Lanier.

—Es Dostoyevsky —dijo Belozersky. Le cambió el libro a Yazykov—. Y Aksakov. ¿Se supone que nos interesan?

—Quizá, si tienen ustedes, caballeros, la bondad de mirar las fechas de edición —les indicó Lanier tranquilamente. Abrieron los libros, leyeron, y luego los cerraron de golpe, casi al mismo tiempo.

—Tendremos que explorar estas estanterías por completo —comentó Belozersky. No parecía demasiado contento con el proyecto.

Mirsky sostenía el libro abierto con ambas manos, hojeándolo y volviendo repetidas veces a mirar la fecha de publicación; una de ellas la tocó con el dedo. Cerró el libro dejando el pulgar metido entre sus páginas a modo de señal y dio unos golpecitos con el lomo del mismo en la superficie de la mesa de lectura al tiempo que miraba a Lanier. La biblioteca de la segunda cámara parecía, si acaso, más oscura y siniestra que antes.

—Esto narra la historia de la guerra —dijo Mirsky medio preguntando y medio afirmando—. ¿Es una buena traducción de la edición inglesa?

—Creo que sí.

—Caballeros, el señor Lanier y yo debemos quedarnos solos durante unos

minutos. Camarada oficiales, ¿tienen la bondad, por favor, de esperar con el general Gerhardt y sus hombres y llevarse a nuestros hombres con ustedes?

Belozersky colocó el libro en una mesa de lectura vacía y Yazykov hizo lo mismo.

—No tarde usted mucho, camarada general —le indicó Belozersky.

—Todo lo que haga falta —repuso Mirsky.

Lanier había traído una cantimplora medio llena de coñac en la confianza de tener una oportunidad como aquélla. Ahora, sirvió sendas tazas.

—Esto se lo agradezco mucho —indicó Mirsky levantando la suya.

—Servicio especial —dijo Lanier.

—Mis oficiales políticos le acusarían a usted de intentar emborracharme con la intención de sonsacarme —¿se dice así?— información.

—No queda suficiente coñac para emborracharnos.

—Es una pena. No me siento lo suficientemente fuerte para... esto. —Mirsky señaló la biblioteca con amplios y espaciados gestos con la taza vacía—. Quizás usted lo esté, pero yo no. Me produce un terror de muerte.

—Se sentirá más fuerte dentro de un rato —dijo Lanier—. Es tan atractiva como aterradora.

—¿Cuánto tiempo hace que usted sabe esto?

—Dos años.

—Creo que dejaré que los otros encuentren la atracción —dijo Mirsky—. ¿Mi gente tendrá ahora acceso a todo esto, sin restricciones para ninguno de nosotros, ya sean soldados u oficiales?

—Ése es el acuerdo.

—¿Dónde aprendió a hablar ruso? ¿En la escuela?

—En la biblioteca de la tercera cámara —explicó Lanier—. Tardé poco más de tres horas.

—Habla usted como un moscovita. Como uno que ha estado fuera durante unas décadas, quizás, pero a pesar de todo... como un moscovita. ¿Cree que yo podría aprender inglés con la misma rapidez?

—Probablemente.

Lanier sirvió lo que quedaba del coñac y brindaron el uno por el otro.

—Es usted un hombre extraño, Garry Lanier —dijo Mirsky solemnemente.

—¿Sí?

—Sí. Es introvertido. Ve a los demás, pero no deja que los demás le vean a usted.

Lanier no reaccionó.

—¿Lo ve? —dijo Mirsky sonriendo entre dientes—. Es usted así. —Los ojos del ruso clavaron de nuevo su mirada en él—. ¿Por qué no permitió que el mundo supiera esto desde el principio?

—Después de que haya pasado un poco más de tiempo tanto aquí como en la

tercera cámara, pregúntese usted mismo qué hubiera hecho.

Ahora le tocó a Mirsky no reaccionar.

—Hay amargas ofensas existentes entre nuestros pueblos —comentó al tiempo que dejaba caer el libro de golpe sobre la mesa—. Y no resultará fácil olvidarlas. Mientras tanto, no acabo de entender bien este lugar. No entiendo cuál es nuestra posición aquí, ni la suya. Mi ignorancia puede ser peligrosa, señor Lanier, así que vendré aquí o iré a la otra biblioteca, cuando el tiempo me lo permita, a fin de instruirme. Y aprenderé inglés usando el mismo método que usted, si es posible. Pero, para evitar la confusión, no creo que a toda mi gente se le pueda permitir venir aquí. ¿No sería bueno que usted hiciera las mismas restricciones?

Lanier movió la cabeza negativamente, preguntándose si Mirsky se daba cuenta de sus propias contradicciones.

—Estamos aquí para romper las líneas seguidas en el pasado, no para continuarlas. En lo que a mí concierne, esto está abierto para todo el mundo.

Mirsky le miró fijamente durante unos incómodos momentos y luego se levantó.

—Quizás —dijo entonces—. Esto es mucho más fácil de decir para usted que para mí. Mi pueblo no está acostumbrado a estar bien informado. Algunos de mis oficiales encontrarán que es una idea aterradora. Otros no se creerán nada de todo esto... pensarán que no es más que un truco americano. Eso sería muy alentador.

—Pero usted sabe que no lo es.

Mirsky alargó una mano para tocar el libro.

—Si una verdad es peligrosa —dijo—, entonces quizá no sea lo suficientemente auténtica.

La franja de tierra de la segunda cámara donde el batallón de Mirsky había aterrizado acogía ahora los cuerpos de los muertos. Ciento seis soldados americanos, británicos y alemanes habían perecido en la batalla y yacían ahora metidos en sacos de aluminio en el fondo de una fosa abierta por una de las excavadoras del equipo de antropología. Trescientos sesenta y dos soviéticos yacían en otras cuatro fosas más. Noventa y ocho soviéticos y una docena de soldados del bloque Oeste habían desaparecido y se daban por muertos, bien porque hubieran sido destruidos en la batalla o expulsados por la perforación para convertirse en momias heladas en órbita alrededor de la Piedra. Se había levantado una lápida especial para los muertos del VTO 45 y para las tripulaciones de las naves de carga pesada destruidas.

Dos mil trescientas personas se reunieron alrededor de las fosas. Mirsky y Gerhardt pronunciaron respectivamente unas palabras en ruso y en inglés, unas

palabras breves y en su justo punto. Estaban enterrando algo más que a sus compañeros; aunque no había todavía ninguna lápida por los muertos de la Tierra, estaban enterrando también a los lejanos miembros de sus familias, a sus amigos; a las lejanas culturas, historias y sueños.

Estaban enterrando el pasado o toda aquella parte de pasado de la que eran capaces de desprenderse. Los soviéticos se hallaban todos juntos, en filas. Entre el grupo soviético, los miembros del equipo científico permanecían aislados, como escogidos.

Los soviéticos permanecieron en silencio mientras un tal capellán Cook y Yitshak Jacob, que actuaba como rabino, pronunciaban los últimos ritos y Kaddish^[6]. Un uzbek musulmán soviético se adelantó también unos pasos para ofrecer sus plegarias.

Mirsky echó la primera palada de tierra en las tumbas soviéticas. Gerhardt echó una palada en la tumba de la NATO. Luego, sin haberlo planeado ni advertido, Gerhardt tomó otra palada de tierra del montón que iba a echarse sobre sus hombros y la llevó hasta la primera fosa soviética. Mirsky hizo lo mismo sin dudar.

Belozersky observaba con rostro permanentemente cerrado en un gesto de desaprobación. Vielgorsky guardaba una conducta digna y silenciosa. Yazykov parecía estar en otra parte, y tenía los ojos húmedos.

Hoffman y Farley se adelantaron y depositaron una corona a la cabecera de cada una de las tumbas.

Cuando la multitud empezó a retirarse, el equipo de arqueología se puso a la tarea de rellenar las trincheras. Los soviéticos se dividieron para regresar a la primera y a la cuarta cámaras. Farley, Carrolson y Hoffman se reunieron con Lanier y Heineman en el puente cero. Juntos estuvieron observando a la gente que cruzaba por allí para dirigirse a las terminales del tren. Al cabo de un rato Carrolson se acercó más a Lanier y lo tocó en el brazo.

—Garry, hay algo de lo que tenemos que hablar.

—Cuéntame qué es —dijo él.

—Aquí no. En el complejo —indicó Carrolson, mirando a Hoffman. Se reunieron en los camiones y atravesaron la primera cámara. Carrolson, Farley, Heineman y Hoffman acompañaron a Lanier hasta el edificio desierto de la administración, donde se reunieron alrededor del escritorio de Ann Blakely, en el primer piso.

—Me da mala espina —dijo Lanier. Abrió mucho los ojos dándose cuenta de repente—. ¡Oh, Dios mío! —dijo—. ¿Dónde está...?

Carrolson le interrumpió.

—Has estado demasiado ocupado hasta ahora. No sabemos con seguridad lo que le ha sucedido, pero no podemos encontrar a Patricia por ninguna parte. Hay dos informes, pero uno es de los rusos y puede que no sea de fiar. Rimskaya lo

oyó cuando estaba hablando con el equipo científico ruso. El otro es de Larry. Pensábamos que la encontraríamos, que estaría escondida en alguna parte, pero...

Heineman asintió con la cabeza.

—Lo que yo vi parece añadirle aún más misterio al asunto —dijo.

—Patricia salió del complejo de la cuarta cámara el miércoles pasado —comentó Farley—. Nadie la vio marchar, pero Lenore está convencida de que debió tomar un tren hacia la tercera cámara.

—Dijo que deseaba ir a una biblioteca. Entonces estábamos todos un poco enloquecidos, y Patricia lo estaba encajando muy mal —dijo Carrolson.

—El equipo ruso nos ha dicho que un soldado soviético vio aterrizar una nave cerca de una de las terminales del metro de Thistledown, en el lado norte, en la terminal de la línea cero, concretamente —explicó Farley—. Dos personas subieron a bordo, y también algo que el ruso sólo acertó a definir como un demonio. Uno de los... humanos era un hombre, y el otro una mujer; y la mujer encaja perfectamente con la descripción de Patricia. La nave se marchó volando. Era blanca y tenía forma de flecha, pero con la nariz roma. Y no hacía absolutamente nada de ruido al volar.

Heineman dio un paso hacia delante.

—Yo vi un *boojum* que me adelantó cuando me encontraba en el pasillo. Con forma de flecha y nariz roma. Viajaba formando una espiral alrededor del tubo de plasma, y se dirigía hacia el norte.

—No habíamos tenido tiempo hasta ahora de confrontar los informes —dijo Carrolson—. Siento la demora.

—Todo esto no tiene ningún sentido —dijo Lanier sacudiendo la cabeza—. Puede ser que los rusos la hayan capturado. Puede ser que...

—Rimskaya ha estado preguntando a todo el mundo. Cree que no es así —añadió Carrolson—. No había nadie en Thistledown más que unos cuantos paracaidistas soviéticos que se habían salido del rumbo fijado, no había tropas de desviación, y tampoco había tropas nuestras en aquel momento. No había nadie más que Patricia.

—Y un *boojum* —añadió Heineman—. La coincidencia es demasiado evidente, Garry.

Lanier continuó negando con la cabeza.

—Ya pasó. Por favor. No puedo hacer mucho más —dijo—. Judith, díselo. No puedo hacer nada ahora. Están las negociaciones y...

—Naturalmente —dijo Hoffman al tiempo que lo cogía firmemente por el hombro con una mano—. Vamos todos a descansar un poco.

Lanier se llevó una mano al rostro como si quisiera alisar las profundas arrugas producto de la angustia que tenía alrededor de la boca.

—Se supone que yo tenía que cuidarla —dijo—. Es importante. Judith, tú me

dijiste que cuidase de ella.

—No pasa nada. No había nada...

—¡Maldito sea este lugar, Judith! —Lanier levantó los puños y los agitó en el aire sintiéndose desvalido—. ¡Odio esta jodida roca!

Carrolson se echó a llorar. Farley la abrazó.

—No eres tú el único responsable —le dijo Carrolson—. Tú me la encomendaste.

—Basta —dijo Hoffman tranquilamente. Heineman estaba detrás, de pie, azorado y sin saber qué hacer.

—No voy a dejarlo correr —dijo Lanier bajando los brazos y abriendo y cerrando las manos—. No puede haber desaparecido. Larry, ¿podremos tener el sobretubo repostado y preparado para partir pronto?

—En cuanto des la orden.

—Judith, creo que has elegido mal —le dijo Lanier.

—Yo no lo creo así. ¿Qué quieres decir?

—No voy a dejarlo pasar. Voy a ir en una loca misión de rescate, no voy a quedarme aquí y discutir con un puñado de soviéticos. Tú me conoces. Y sabes que voy a hacerlo.

—De acuerdo —dijo ella—. Vas a ir a buscarla. Hay otras razones.

—¿Cuáles? —preguntó Lanier.

—Estamos atascados aquí, ¿no? —comenzó Hoffman—. De todas formas tendremos que averiguar pronto lo que hay allá abajo. Larry, ¿funciona el V/STOL? ¿Y el sobretubo?

—Funcionan muy bien —repuso Heineman.

—Entonces lo planearemos. Pero tenemos que hacerlo con cuidado. ¿De acuerdo Garry? ¿No ahora mismo, sino dentro de poco tiempo?

—De acuerdo —convino Lanier dócilmente.

—Creo que todos necesitamos relajarnos un poco, comer y descansar —dijo Farley mirando a su alrededor en busca de asentimiento.

Se quedaron todos de pie y en silencio, bastante impresionados por lo cerca que Lanier había estado de llegar al límite y porque se daban cuenta de lo cerca de ello que estaban todos.

—Me gustaría ir a mí también —dijo Carrolson.

—*Así que supongo que deseas apartarte de todo esto. Sentir que es algo muy remoto.*

—Sí.

Ir persiguiéndola corredor abajo. ¿Por qué?

—Para salvar mi condenada alma, ése es el porqué.

No lo has hecho tan mal.

—La Tierra está en ruinas, la Piedra se encuentra medio ocupada por hoscas rusos y he perdido a la única persona que me habían encomendado proteger especialmente.

Pero la Piedra está aún aquí, y la situación parece que se está estabilizando...

—Belozersky, Yazykov, Vielgorsky.

Viejos buques, duros buques. Sí. Ellos son un problema, pero... ¿no deberías quedarte cerca para quitarles filo a sus hachas?

—No.

Vas a dejar plantada a Hoffman con todos los problemas...

—Me dejaré ir porque sabe que estoy al límite de mis fuerzas. No puedo más. Ya no soy útil para ella ni para la Piedra... excepto para ir a buscar a Patricia.

Lanier abrió los ojos y consultó el reloj de pulsera: las siete cincuenta. Se encontraba como paralizado. Las voces continuaban oyéndose en el interior de su cabeza, iban y venían. Con la mente estaba intentando hacer frente a lo intolerable y encontrar cuál era su lugar en aquella nueva situación.

No hacía más que pensar en la Tierra, en la gente —amigos, compañeros de trabajo, quizás en todas aquellas personas que había conocido sólo unas semanas antes— arrastrándose entre los escombros. Había muchas probabilidades de que no quedase una sola persona viva en la Tierra a la que conociera personalmente. Aquélla era una buena estadística, pero un pésimo pensamiento, una pésima psicología. La mayor parte de sus conocidos (de su gente) habían vivido en ciudades o trabajado en centros militares.

Una excepción era Robert Tyheimer. Se trataba del comandante de un submarino que se había casado con su hermana, la cual había muerto de un ataque dos años antes de que Lanier fuese destinado a la Piedra. Tyheimer y él

no habían vuelto a hablar desde un año después del fallecimiento. Era posible que Tyheimer estuviese aún vivo bajo el hielo, esperando. Si todavía no había contribuido a la destrucción general, en ese caso vigilaría sus misiles y esperaría... y esperaría... hasta el próximo combate. Esperaría hasta que se produjeran los estallidos finales.

—Te odio —dijo Lanier con los ojos cerrados de nuevo. Ni siquiera sabía a quién se refería. Tres psiquiatras estaban reunidos a su cabecera y disertaban; uno, el típico modelo freudiano, siempre retorció las cosas para dar la peor y más sórdida interpretación de los más simples destellos de los pensamientos de Lanier. *Sí... y tu madre... ¿y qué dijiste entonces? Te refieres a ti mismo, ¿no?*

Otro estaba sentado tranquilamente, sonriendo y dejándole colgado en sus propias confusiones.

Y el tercero...

El tercero asentía con la cabeza y le recomendaba el trabajo como una excelente terapia. El tercero se parecía mucho a su padre.

Aquello le interesó en gran manera al primero de los psiquiatras.

Lanier se dio la vuelta en la cama y abrió los ojos otra vez. No conseguía dormir. Le resultaba imposible descansar. ¿Cuánto tiempo tardaría la gente de la Piedra en reventar? ¿Cuántos y en qué medida? ¿Quién se enfrentaría con el problema, él o Hoffman?

Pero la decisión se había tomado ya. Había ido con Hoffman a dar el gran paseo por la Piedra, y se había encontrado a Mirsky en la biblioteca de la tercera cámara sentado ante una de aquellas lágrimas de cromo. El teniente general ruso estaba acompañado de tres guardaespaldas, a pesar de que la biblioteca se encontraba vacía. Parecía estar exhausto y los ignoró por completo.

Tras mostrarle a Hoffman un asiento, a una cierta distancia de los rusos, para que se acomodara, Lanier le había enseñado a usar las instalaciones. Le había pasado a Hoffman las claves y ésta las había recibido bien.

Se sentó en la cama y apretó con un golpecito el intercomunicador. Ann Blakely estaba de nuevo ante el escritorio que solía ocupar y seguía a cargo del cuadro central de comunicación.

—No consigo dormir —dijo—. ¿Qué horario tiene Heineman ahora?

—Está despierto, si es eso lo que deseas saber —contestó ella.

—Bien. Y, sin duda, estará en la séptima cámara.

—No, el programa que tengo aquí dice que se encuentra en la plataforma de la perforación sur...

—Llámallo, por favor.

—Ahora mismo.

—Dile que deseo partir mañana, pronto, a las ocho horas.

—Muy bien.

La tripulación del V/STOL ya había sido elegida: él mismo, Heineman,

Carrolson —quizá la única que Hoffman iba realmente a necesitar— y Karen Farley. La misión era bastante simple y directa: viajarían un máximo de un millón de kilómetros pasillo abajo, suponiendo que éste llegase hasta tan lejos, y se detendrían en varios puntos a lo largo del camino para bajar al suelo. ¿Quién sabía cuál sería la naturaleza del pasillo tan lejos hacia el norte? Luego regresarían, con o sin Patricia, o con cualquier evidencia de su paradero.

Había un montón de incertidumbres, pero eran de un tipo que a Lanier le gustaba. Había estado tratando con horrores tanto tiempo que una aventura llana y limpiamente peligrosa le parecía la gloria.

Se vistió y reunió los efectos personales en una pequeña bolsa negra. Cepillo de dientes, máquina de afeitar, muda de ropa interior, y pizarra electrónica de bolsillo con un paquete de bloques de memoria.

Cepillo de dientes.

Lanier se echó a reír. La risa parecía forzada, pero le sobrevino en oleadas hasta que ya no pudo más. Se tendió en la cama y se enroscó allí, con la cara dolorosamente tensa. Finalmente se detuvo, con la respiración entrecortada, y entonces se acordó del minúsculo cuarto de baño de la nave, de la minúscula ducha. Pensó en jugar una partida de dados mientras iban viajando sobre la singularidad, y la risa le comenzó de nuevo. Pasaron unos minutos hasta que consiguió controlarla, y entonces se sentó en el borde de la cama, haciendo profundas respiraciones y frotándose los doloridos músculos de la mandíbula y las mejillas.

—¡Dios mío! —suspiró; y metió el cepillo de dientes en la bolsita negra.

El soldado soviético muerto flotaba a veinte metros del andamio de investigación en la perforación de la séptima cámara. Cómo había podido llegar tan lejos, era algo que nadie lo sospechaba siquiera. No parecía que estuviese herido; quizás hubiera tenido miedo de la caída y se hubiese quedado cerca del eje hasta que se le terminara el aire. Iba retrocediendo lentamente por la perforación hacia la sexta cámara. No había el tiempo suficiente para quitarlo de en medio y traerlo hacia abajo. Aquello produjo una nota de palpable tristeza en las despedidas. Parecía observarlo todo con gran interés, con el pálido rostro visible a través del cristal del casco y los ojos muy abiertos.

Hoffman abrazó a Lanier, a Carrolson y luego a Farley, con los voluminosos trajes estorbando el propósito, pero no la emoción. Heineman se encontraba ya a bordo del V/STOL, que estaba pegado como una rémora al sobretubo.

Permanecieron un momento alrededor de la punta roma de la singularidad, silenciosos, y luego Hoffman dijo:

—Garry, esto no es una caza de patos salvajes. Ya lo sabes. Necesitamos a esa pequeña chicana. Quienquiera que sea que se la ha llevado es posible que

sepa lo mucho que la necesitamos. Naturalmente, yo soy desconfiada por naturaleza. De cualquier forma, vosotros, amigos, estáis en una misión muy importante. Buen viaje.

Farley se volvió hacia Hoffman:

—Nosotros tomamos una decisión la noche pasada, Hua Ling y el resto de nosotros, todos los chinos. No pensábamos anunciarla hasta esta noche, pero nadie pondrá objeciones si la digo ahora. Estamos con el bloque Oeste. El equipo científico soviético nos ha hecho algunas proposiciones, pero nosotros hemos decidido apoyaros. Creo que los científicos soviéticos desearían poder seguir a nuestro jefe. Sólo quería que lo supieras antes de marcharme.

—Gracias —dijo Hoffman estrechando la mano enguantada de Farley—. Estaremos llenos de curiosidad. No hace falta que os lo diga. Averigüad todo lo que podáis. Hay más de un centenar entre nosotros que desearíamos poder ir con vosotros.

—Por eso me ofrecí voluntaria la primera —apostilló Carrollson.

—Estamos perdiendo el tiempo —bramó Heineman—. Todo el mundo a bordo.

—Cállate y déjanos ser sentimentales —le reprendió Carrollson.

—Todo saldrá bien —dijo Hoffman a Lanier mientras se abrazaban de nuevo y se apartaban para mirarse a través de los visores del casco.

—Vamos —ordenó él. Engancharon las cuerdas de seguridad a un largo mástil extendido cerca de la nave y patearon uno a uno para entrar por la escotilla. Solamente habían dos personas a la vez en la cámara de descompresión; tuvieron que llevar a cabo el ciclo en dos turnos, y Lanier esperó hasta el final. Una vez que la escotilla estuvo herméticamente cerrada y la presión de aire restaurada, se despojó del traje espacial y lo dobló metiéndolo en un compartimento debajo de los controles de descompresión.

Con sólo cuatro pasajeros, el interior de la nave resultaba espacioso. La parte delantera de la cabina estaba llena de cajas de material científico; Carrollson y Farley las comprobaron antes de abrocharse los cinturones de seguridad. Lanier se reunió con Heineman en la cabina del piloto.

—Todos los cables de combustible y de oxígeno, libres —dijo Heineman comprobando los instrumentos—. He repasado los diagnósticos del sobretubo. Todo va bien.

Miró expectante a Lanier.

—Entonces, vámonos —dijo éste.

Heineman soltó el pilón que sujetaba los mandos del sobretubo y lo cerró delante suyo.

—Sujetaos —dijo. Y luego, por el intercomunicador—. Señoras, las bolsas para el mareo están en los bolsillos de los asientos, delante de ustedes. No es ninguna insinuación, ya me entienden.

Bajó los controles de las abrazaderas. Lenta, suavemente, el sobretubo empezó a deslizarse a lo largo del delgado tubo plateado de la singularidad.

—Un poco más —dijo. Lanier se sintió presionado hacia atrás en el asiento—. Y ahora un poco más todavía.

Ahora tenían peso, echados de espaldas en una cabina de piloto y de pasajeros que parecía haber dado la vuelta bruscamente.

—Sólo otro poco más —comentó Heineman; y, efectivamente, pesaban la mitad más de lo que habrían pesado en la Tierra—. Hay una escalera de cuerda que desenrollaré a lo largo del pasillo por si acaso alguien se encuentra en la necesidad de ir al cuarto de baño. —Sonrió maliciosamente a Lanier—. No recomiendo el retrete en estas condiciones. No pudimos conseguir el presupuesto suficiente para diseñar la nave de manera que resultase más comfortable. Aflojaré las abrazaderas por si alguien se encuentra desesperado.

—Cuento con ello —dijo Carrolson desde la cabina de pasajeros.

Lanier miró el pasillo que se movía lenta y majestuosamente alrededor de ellos. A través del parabrisas el suelo del pasillo emergía a lo lejos, con el nacarado resplandor central del tubo de plasma... extendiéndose quizás eternamente.

—La última escapada, ¿verdad? —le preguntó Heineman como si pudiese leer sus pensamientos—. Esto me hace sentir joven otra vez.

Después de que en tres ocasiones distintas Olmy se envolviera con aquella aislante red de luces, Patricia decidió que, en su opinión, había algo ligeramente desagradable en el Talsit. Quizá produjera adicción, lo que quiera que fuese aquello del Talsit.

Habían estado volando por lo menos durante tres días —puede que incluso cinco—, y a pesar de que Olmy y el Frant se mostraban infaliblemente educados y contestaban a sus preguntas con aparente sinceridad, no resultaban precisamente locuaces. Pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo a rachas, soñando con Paul. A menudo acariciaba su última carta, que aún llevaba en el bolsillo superior del mono. En una ocasión se despertó gritando y vio que el Frant daba sacudidas espasmódicas en la litera. Olmy estaba medio caído de la suya y la miraba con evidente alarma.

—Lo siento —se excusó Patricia mirando a uno y otro con aire culpable.

—No se preocupe —dijo Olmy—. Ojalá pudiéramos ayudarla. En realidad podemos, pero...

No terminó la frase. Unos minutos después, cuando el corazón de Patricia ya había terminado aquella loca carrera y se dio cuenta de que no podía acordarse de qué era lo que la había hecho chillar, le preguntó a Olmy qué quería decir con eso de que podían ayudarla.

—Talsit —dijo Olmy—. Suaviza la memoria y reordena las prioridades sin apagarla. Bloquea el acceso subconsciente a ciertos recuerdos turbadores. Después del Talsit, tales recuerdos sólo pueden abrirse por un deseo directo y consciente.

—Oh —exclamó Patricia—. ¿Y por qué no puedo tomar algo de ese Talsit?

Olmy esbozó una sonrisa e hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Usted es pura —dijo—. Me reprenderían si la introdujera en nuestra cultura antes de que nuestros eruditos tengan oportunidad de estudiarla.

—Suena como si yo fuese un raro espécimen —señaló ella.

El Frant hizo de nuevo aquel sonido que era un amplificado rechinar de dientes. Olmy le miró con reproche y se bajó de la litera.

—Y lo es, naturalmente —convino Olmy—. ¿Qué le gustaría comer?

—No tengo nada de hambre —repuso echándose de espaldas en la litera—.

Estoy asustada, aburrida y tengo malos sueños.

El Frant la observó minuciosamente con aquellos grandes ojos marrones que no parpadeaban. Sacó una mano, extendió los cuatro finos dedos y los encogió de nuevo.

—Por favor —dijo con una voz semejante a la de un Calíope desafinado—. Yo no puedo ayudarla.

—Un Frant siempre desea ayudar —explicó Olmy—. Cuando no puede ayudar siente dolor. Me temo que es usted una auténtica prueba para mi Frant.

—¿Su Frant? ¿Es dueño de él?

—De ello. No, no soy el dueño. Durante el tiempo de la misión que tenemos asignada, estamos unidos en el deber. Algo parecido a una simbiosis social. Yo comparto sus pensamientos y él comparte los míos.

Patricia sonrió al Frant.

—Me encuentro bien —le dijo.

—Está usted mintiendo —juzgó el Frant.

—Tiene razón. —Patricia se levantó, titubeando, y tocó el brazo del Frant. Tenía la piel suave y cálida, pero no elástica. Retiró los dedos—. No les tengo miedo, a ninguno de los dos —dijo—. ¿Me drogaron?

—¡No! —contestó Olmy al tiempo que movía la cabeza vigorosamente—. No se la puede manipular.

—Es tan extraño. Ni siquiera siento que sea real, pero no tengo miedo.

—Quizás así está bien —comentó el Frant, solícito—. Hasta que llegue el momento en que usted despierte, nosotros somos un sueño.

Después de que aquella conversación tuviera lugar estuvieron sin hablar durante varias horas. Patricia permaneció echada en la litera, se puso a mirar por la ventana y advirtió que el pasillo había cambiado de características una vez más. Ahora aparecía ante sus ojos cubierto de cierto número de líneas que semejaban autopistas densamente entrelazadas. Mientras giraban en espiral alrededor del tubo de plasma a razón de una vuelta cada quince o veinte minutos, observó que todo el suelo se hallaba cubierto de unos dibujos cuyo significado ignoraba. No parecía que hubiera nada allí que se moviese, pero a través de una distancia que superaba los veinte kilómetros, no podía estar segura del todo.

Aquel curso en espiral de la nave resultaba hipnotizante. Con un sobresalto, se dio cuenta de que había estado mirando fijamente un nuevo fenómeno durante varios minutos sin haberlo advertido siquiera. Aquellos densos y entrelazados dibujos que había en el suelo del pasillo ahora estaban poblados de luces que se movían lentamente. A lo largo de los carriles de la «autopista» se extendían líneas rojas e intensas bolas blancas. Lanzas de luz se tendían en arcos por encima de los dibujos e iluminaban los bordes de los discos que volaban bajo. Unos muros de contención que tenían por lo menos dos o tres kilómetros de altura interrumpían el movimiento a intervalos regulares de unos diez kilómetros.

—Ahora estamos acercándonos a la Ciudad de Axis —comentó Olmy.

—¿Qué es todo esto? —quiso saber Patricia señalando hacia abajo.

—Tráfico medido con contador entre las entradas domésticas —contestó Olmy.

—¿Qué son las entradas?

—Ustedes las llamaron pozos cuando descubrieron la primera y la segunda banda. Conducen a espacios más allá de la Vía... del pasillo.

Patricia frunció el entrecejo.

—¿La gente va entre unos pozos y otros, entra y sale del pasillo?

—Sí —dijo Olmy—. La Ciudad de Axis regula el tráfico a lo largo de mil millones de kilómetros.

—Pero los pozos, las entradas, posiblemente no puedan abrir hacia el interior de nuestro universo, por lo menos no en el tiempo presente.

—No, no lo hacen —convino Olmy—. Y ahora, por favor, deje las preguntas para cuando lleguemos. Demasiada información le reduciría la pureza.

—Perdón —dijo Patricia con falsa contrición.

—De todas formas, no debe perderse esto —indicó Olmy—. Por favor, mire directamente hacia delante, a la pared que está sobre su litera.

Patricia comenzó a mirar fijamente aquella lisa superficie blanca. Olmy hizo unas cuantas conexiones manejando los botones, que emitieron variados ruiditos, y la superficie se onduló como un estanque al que se hubiera arrojado algún objeto. Las ondas se fueron extendiendo hasta formar un gran rectángulo y luego se solidificaron. El rectángulo se volvió primero negro, luego se llenó de nieve de distintos colores. La nieve atrajo sus ojos y el cuadro rectangular se hizo borroso, quedando fuera de su percepción.

Ella misma podía estar volando sola por el pasillo. Por todo alrededor aquellas brillantes y parpadeantes luces viajaban por aquellos complejos carriles a lo largo del suelo. Delante, un círculo negro estaba tendido sobre la singularidad, extendiéndose desde un lado del tubo de plasma hasta el otro. Interrumpido por el círculo, el tubo de plasma cambiaba de color, yendo desde el blanco hasta un vivo azul océano.

—La Ciudad de Axis se encuentra detrás de esa barrera —indicó Olmy—. Pronto nos darán paso libre y pasaremos a través de ella.

Patricia volvió la cabeza y al instante la ilusión se disipó.

—No, no, por favor —dijo Olmy—. Siga mirando. —El tono de voz y la expresión de Olmy tenían casi el ardor de un muchacho, se notaba que estaba orgulloso. Patricia miró de nuevo hacia el rectángulo de nieve.

La barrera llenaba la vista. Era de un sombrío color marrón grisáceo oscuro, salpicado de irradiantes pulsaciones de rojo. Allí donde la singularidad la intersectaba, la barrera relucía como lava candente.

Unas voces empezaron a decir palabras que no podía entender; Olmy

respondió de la misma manera.

—Nos han reconocido —explicó—. Siga mirando.

Directamente delante de ellos una sección de la barrera burbujeó hacia donde se encontraban y se disolvió en una multitud de pulsaciones rojas. Pasaron a través de aquello.

La primera impresión de Patricia fue que de repente se encontraban bajo el agua. El tubo de plasma se había inflado en todas direcciones, ensanchándose en varios kilómetros y brillando con el azul océano que había visto alrededor de la barrera circular. El suelo del pasillo seguía siendo visible por todas partes, pero quedaba reducido en claridad, cubierto como estaba por el nuevo color del plasma.

Directamente delante dos grandes cubos se extendían uno detrás de otro, a lo largo del pálido filamento de la singularidad. Cada una de las caras visibles de los cubos estaba señalada con una amplia hendidura horizontal; el frente del cubo más próximo a ellos recibió a la singularidad a través de un largo hoyo hemisférico, marcado por brillantes rayos. En el centro de la brecha había un agujero rojo y en él se sumergió la singularidad.

Más allá de los cubos —y varias veces más grande— se veía un cilindro que giraba alrededor de su eje central, la línea de la singularidad. La superficie exterior del mismo resplandecía con miles de luces; el lado que estaba de frente a Patricia era oscuro, excepto por una serie de cinco líneas de faros que irradiaban.

A continuación, en línea después del cilindro, tres aspas curvadas se extendían hacia fuera, hacia el radio máximo de la estructura, quizá de unos diez kilómetros. Las aspas parecían tocar o sujetar el tubo de plasma, haciéndolo brillar y adquirir un color blanco azulado en el extremo exterior de cada aspa. Lo que hubiera detrás del cilindro quedaba fuera del alcance de la vista.

—Hemos llegado —dijo Olmy detrás suyo. Patricia se volvió y le miró, parpadeando—. Los primeros segmentos son estaciones de navegación y de energía, todo ello automático. El cilindro rotante es Axis Nader. No podemos verlo desde esta perspectiva, pero detrás de él se encuentran Ciudad Central, Axis Thoreau y Axis Euclid.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella.

—Entraremos en una pista de Axis Nader.

—¿Cómo es de grande la ciudad?

—¿Quiere decir qué extensión tiene, o qué número de habitantes?

—Las dos cosas, supongo.

—Se extiende durante cuarenta kilómetros a lo largo de la Vía, y tiene una población aproximada de unos noventa millones de habitantes; veinte millones son corpóreos, disponen de cuerpo; otros setenta millones están almacenados en la Ciudad del Recuerdo.

—¡Oh! —Patricia se dio la vuelta otra vez hacia la pantalla y observó en silencio cómo la nave se movía hacia adelante, pasaba los dobles cubos y continuaba a lo largo del lado oscuro del cilindro rotante.

—Supongo que en su tiempo ustedes habrían dicho que la Ciudad de Axis era una necrópolis, una ciudad de los muertos —continuó Olmy—. Pero la distinción no es tan precisa para nosotros. Yo, por ejemplo, he muerto dos veces cumpliendo con mi deber para con el Nexo.

—¿Le hicieron revivir? —preguntó Patricia.

—Me hicieron de nuevo —replicó Olmy.

Patricia no apartó la vista de la pantalla, aunque la espalda le daba pinchazos.

El Ministro de la Presidencia le había aconsejado a Olmy que se presentara ante ser Oligand Toller inmediatamente después de su llegada. Toller, abogado de Tees van Hamphuis, Presidente del Nexo de Hexamon, era un Geshel radical que había tomado la elección de mantener una completa apariencia humana. El hecho de que su apariencia no tuviera relación con el diseño natal originario — pues había sido adaptada para presentar las cualidades de jefe máximo— no mitigaba el poco usual conservadurismo de que hacía gala; la mayoría de los Geshels radicales, incluyendo el Presidente, habían escogido formas neomorfas que se parecían muy poco a las naturales formas humanas.

Lo que Olmy tuviera que decir, en opinión del Ministro de la Presidencia, sería cosa de máximo interés para el Presidente. El propio Presidente resultaba imposible de visitar entonces, pues en aquellos momentos se encontraba inmerso en una reunión que probablemente se prolongaría bastante para tratar el problema de la inminente ofensiva de los Jarts; Toller era una especie de sustituto no oficial.

Aquello no complacía nada a los Naderitas, ni siquiera a los miembros de la más inmediata plana mayor de van Hamphuis. Toller no era un hombre fácil de tratar. Olmy había estado con el abogado una vez con anterioridad y aquel sujeto no le había gustado nada, aunque las habilidades que tenía le inspiraran un gran respeto.

Toller tenía el despacho en uno de los puntos más deseables de la zona profesional de Ciudad Central, situado a no más de cinco minutos yendo en vehículos de tracción y a unos pocos segundos, en ascenso directo, desde las cámaras del Nexo, en el corazón del barrio. Una vez que Olmy hubo hecho los arreglos necesarios para el alojamiento de Patricia, y antes de que tuviese oportunidad de hablar con su propio abogado, se dirigió a la oficina de Toller.

Toller había decorado aquel pequeño espacio rectangular con el más simple y funcional estilo Geshel; toda la decoración era realmente austera; los materiales que predominaban eran el platino y el acero, y el efecto de conjunto resultaba

duro e inflexible.

El abogado del Presidente no se mostró complacido con las noticias que le trajo Olmy.

—¿El Ministro de la Presidencia no tenía la menor sospecha de esto cuando usted fue enviado allí solo? —pictografió Toller. Los símbolos que destellaban entre los dos hombres procedían de los aparatos de fuerza de torsión que ambos llevaban puestos alrededor del cuello, dispositivos que generaban y proyectaban el lenguaje gráfico que se había ido desarrollando a lo largo de los siglos en la Ciudad de Thistledown y en la ciudad de Axis.

—La información que él tenía era altamente errónea —dijo Olmy—. Todo lo que sabía era que la ciudad de Thistledown había sido reocupada.

Toller pictografió la desagradable imagen de un agitado nido de criaturas semejantes a serpientes.

—Es una noticia extraordinaria, ser Olmy. Si procediera de otro, me resultaría muy difícil de creer... De modo que se ha traído usted uno de ellos, ¿no es así?

—Se llama Patricia Luisa Vásquez.

—¿Un genuino... antepasado?

Olmy asintió.

—¿Por qué se la ha traído usted? ¿Cómo una prueba?

—No podía dejar que siguiera allí; esa mujer estaba a punto de descubrir la manera de modificar la maquinaria de la sexta cámara.

Toller levantó las cejas y pictografió cuatro círculos anaranjados de sorpresa.

—¿Qué es esta mujer?

—Una joven matemático —dijo Olmy—, muy considerada por sus superiores.

—¿Y no hizo usted nada más para corregir la situación que encontró en Thistledown?

—La situación es allí altamente inestable en estos momentos; no serán capaces de organizarse durante algún tiempo, y llegué a la conclusión de que sería mejor consultar antes con el Presidente y el Nexo.

—Informaré de esto al Presidente, pero ya se hará usted cargo de que tenemos nuestras propias e importantes dificultades aquí. Esta conferencia... podría determinar el curso completo de la Ciudad de Axis. Y ha habido también una considerable intranquilidad y muchas especulaciones entre los Naderitas, especialmente en la facción de Korzenowsky. Si se enteran de esto... —El nido pictografiado de criaturas semejantes a serpientes resplandeció con un furioso color rojo anaranjado—. Aísle a esa mujer y guarde la información para sus inmediatos superiores.

—Ya está aislada y, naturalmente, yo cumplo con mi deber según se me ha ordenado —dijo Olmy—. Sin embargo, habrá que asignarle un abogado.

—Si eso se puede evitar, deberíamos hacerlo. —Toller le miró con obvia sospecha y malestar.

—Es la ley. A todos los no ciudadanos que se encuentren en la ciudad sin una situación legal definida se les debe asignar un abogado inmediatamente.

—No es en absoluto necesario que me repita usted las leyes de la ciudad —le indicó Toller—. Buscaré un abogado y se lo asignaré...

—Ya le he asignado yo uno —dijo Olmy.

La expresión de Toller cambió hasta ser de profundo desagrado.

—¿Quién?

—Ser Suli Ram Kikura.

—No la conozco. —Para cuando hubo terminado de decir aquello, Toller tenía ya una carpeta de datos de Kikura a mano, preparada para ser pictografiada e interpretada. Repasó el informe con gran rapidez, intentando implantar su lógica, pero no encontró nada que pudiera criticar—. Parece bastante aceptable. Pero tendrá que jurar guardar los secretos del Hexamon.

—Ya lo ha hecho.

—En este momento nos encontramos en medio de un caos político —dijo Toller—. Lo que ha hecho usted ha sido traer de nuevo una mecha encendida para la bomba de la Ciudad de Axis. Todo, naturalmente, en nombre del deber.

—¿Informará usted al Presidente inmediatamente? —preguntó Olmy pictografiando un signo de interrogación y pidiendo permiso para volver a su trabajo.

—Tan pronto como me sea posible —replicó Toller—. Nos preparará usted un informe completo, naturalmente.

—Ya está preparado —dijo Olmy—. Se lo puedo transferir ahora.

Toller asintió y Olmy tocó el aparato de torsión que llevaba puesto. Una transferencia a alta velocidad del informe estuvo terminada en menos de tres segundos. Toller tocó su propio aparato de fuerza para acusar recibo.

Suli Ram Kikura vivía en los barrios extremos de Ciudad Central, en una de las tres millones de unidades estrechamente apiñadas y reservadas a los jóvenes corpóreos solteros de la clase media social y laboral. Las habitaciones eran más pequeñas de lo que parecían; la realidad del espacio era mucho menos importante para ella de lo que parecía ser para Olmy, que habitaba una vivienda primitiva y bastante más amplia en Axis Nader. Pero parte de lo que la atraía hacia Olmy era la edad y las diferentes actitudes de éste, y la costumbre que tenía de proporcionarle, de vez en cuando, trabajos verdaderamente interesantes.

—Éste es el mayor reto con el que nunca me he enfrentado —pictografió Suli Ram Kikura a Olmy.

—No puedo pensar en nadie más que sea capaz de hacerlo —replicó él.

Flotaban el uno enfrente del otro en la tenue luz del espacio central de las habitaciones de Ram Kikura, rodeados por esferas pictografiadas en las cuales se proyectaban varios dibujos interesantes y relajantes. Acababan de hacer el amor en la forma en que lo hacían casi siempre, sin necesidad y sin usar nada que fuera más complicado que los campos de tracción de la vivienda.

Olmy señaló las esferas e hizo un gesto.

—¿Simplicidad? —preguntó Ram Kikura.

—Simplicidad, por favor —afirmó él. Ram Kikura bajó la intensidad de las luces sobre todo menos sobre ellos mismos y borró las esferas del decorado.

Se habían conocido por primera vez en cierta ocasión en que Olmy había solicitado una licencia para llevar a cabo el proceso de creación de un niño. Había mostrado un gran interés en crear una personalidad que fuese mezcla de él mismo y de alguien no especificado. Aquello había sucedido treinta años atrás, cuando Ram Kikura estaba empezando a ejercer su profesión. Ella le había aconsejado en el procedimiento. El permiso resultaba bastante fácil de conseguir para un homorfo corpóreo de la posición de Olmy. Pero éste no lo había llevado adelante hasta el punto de hacer una petición formal. Ram Kikura había llegado a la conclusión de que Olmy tenía más interés en la teoría que en la práctica.

Una cosa había llevado a la otra. Ella le había pretendido —con cierta elegancia y no poca persistencia— y Olmy había aceptado, dejándose seducir en un rincón oculto del bosque de Ciudad Central, cero G Wald.

El trabajo de Olmy lo mantenía con frecuencia alejado durante varios años seguidos, y la relación que había entre ellos, para muchos observadores, habría podido parecer transitoria, cosa de quita y pon. Naturalmente, Ram Kikura había tenido otras relaciones desde entonces, pero ninguna había sido permanente, a pesar de que de nuevo estaba de moda mantener relaciones que durasen diez años o más.

Cada vez que Olmy regresaba, ella se las arreglaba para estar libre de compromisos. Nunca se presionaban el uno al otro. Lo que existía entre ellos era una cierta sensación de bienestar, de comodidad relajada, aunque no por eso trivial, y un alto nivel de interés mutuo. Cada uno disfrutaba sinceramente oyendo contar al otro cosas acerca de su trabajo y preguntándose adonde le llevarían sus futuras misiones. Eran, al fin y al cabo, corpóreos, y empleados útilmente; las suyas eran posiciones de considerable privilegio. De los noventa millones de ciudadanos de la Ciudad de Axis, corpóreos o en la Ciudad del Recuerdo, sólo quince millones tenían un trabajo importante que hacer, y de éstos sólo tres millones trabajaban más de una décima parte de las horas de vida.

—Parece que te empieza a gustar este trabajo que te he buscado —comentó Olmy.

—Se debe a mi naturaleza perversa. Es, con mucho, la cosa más extraña con la que te he visto nunca relacionado... Es positivamente trascendental.

—Podría ser de una pasmosa importancia —indicó él en voz alta, con un tono sepulcral de burla.

—¿No pictografías más?

—No, vamos a pensar y hablar de ello con calma.

—Bien —convino Ram Kikura—. Tú quieres que sea su abogado. ¿Hasta qué punto crees que esa mujer va a necesitar un abogado?

—Ya te lo puedes imaginar —repuso Olmy—. Es totalmente inocente. Necesitará un completo ajuste social y psicológico. Y también protección. Cuando se descubra la posición en que se encuentra —cosa que será inevitable, creo, a pesar de los deseos del Presidente y del Ministro de la Presidencia—, causará sensación.

—Lo estás poniendo muy suave —dijo ella. Pidió que les trajeran vino y tres esferas líquidas estáticamente controladas aparecieron en medio de la luz en que se encontraban. Ram Kikura le alcanzó a Olmy una pajita y sorbieron—. ¿Has visto tú mismo la Tierra?

Olmy asintió.

—Bajé por la perforación con el Frant durante el segundo día de mi estancia en Thistledown. Pensé que las visitas a control remoto no me iban a convencer tanto como verlo con mis propios ojos.

—Antiguado Olmy —bromeó Ram Kikura sonriendo—. Me temo que yo hubiera hecho lo mismo. ¿Y viste la Muerte?

—Sí —dijo Olmy fijando la vista en la oscuridad. Se pasó dos dedos por la pelusa negra que le separaba las tres bandas de cabello—. Aunque al principio solamente por control remoto; había una batalla en la perforación y no hubiera podido pasar a través de ella. Pero después de que la lucha cesara salí con la nave y lo vi.

Ram Kikura le tocó la mano.

—¿Qué sentiste?

—¿Has deseado alguna vez llorar?

Ella le miró detenidamente, tratando de averiguar si lo decía en serio.

—No —contestó.

—Bien, pues yo sentí ganas. Y las he tenido muchas veces desde entonces cuando pienso en ello. Traté de purgar ese sentimiento con Talsit en el viaje de regreso, y con frecuentes sesiones. Pero el Talsit no lo ha podido curar del todo. Tuve ocasión de sentir nuestros principios... un mundo moribundo, sucio, lleno de humo, muerto. —Le habló de la pena de Patricia. Ram Kikura se volvió con desagrado.

—Nosotros no podemos desahogarnos como ella lo hizo —dijo Olmy—. Eso ya no está en nuestra mano y quizás es algo más de lo que hemos perdido.

—La pena no es productiva. Simplemente representa ineficacia en aceptar un cambio de estado.

—Hay algunos Naderitas ortodoxos que aún tienen esa capacidad —dijo él—. Encuentran que la pena es un noble sentimiento. A veces los envidio.

—A ti te concibieron y te dieron a luz orgánicamente. Tú tuviste esa capacidad en otro tiempo. Tú sabías cómo era. ¿Por qué la desechaste?

—Para adaptarme.

—¿Deseabas el conformismo?

—Por más altos motivos, sí.

Ram Kikura se estremeció.

—Nuestra visitante va a pensar que todos somos muy extraños, ya sabes.

—Eso es privilegio suyo —dijo Olmy.

La tormenta comenzó como una serie de aceleradas subidas y bajadas de aire, de células circulares que se encontraban en frotamiento unas contra otras generando una espesa y enrevesada capa de nubes que cubría por completo la primera cámara. Los científicos del bloque Oeste, que se encontraban en medio de la cámara y a lo largo de la carretera cero, hacían apresuradas mediciones antes de retirarse a los camiones. El polvo y la arena se levantaban formando unos torbellinos enormes y alargados que, a su vez, se desplegaban para dar paso a espesas cortinas de polvo. Las nubes de polvo flotaban por el aire y se extendían rebotando de casquete en casquete como hacen las olas en un canal. Las cámaras de la perforación estaban grabando el fenómeno, pero no podía hacerse absolutamente nada para controlarlo. Aquella tormenta o bien formaba parte del plan del sistema atmosférico de la cámara, o bien era que la cámara no tenía un control efectivo del tiempo atmosférico. No había sido, después de todo, una parte de la Piedra constantemente ocupada. Podía haberse considerado que el control del tiempo no era necesario allí.

En los años durante los cuales la Piedra había sido reocupada, nunca había ocurrido nada de aquella fuerza y violencia. Las nubes de polvo cubrían todo el suelo del valle y, lentamente, se iban asentando hasta formar una capa opaca semejante al puré que tenía varios kilómetros de espesor. Por encima del polvo, las nubes de agua se volvían cada vez más oscuras.

Hacia las diecisiete horas, seis después de que empezaran los primeros vientos altos de la tormenta, la lluvia comenzó a caer a través del polvo y llegó hasta el suelo en forma de grandes gotas de barro. En los primeros recintos la gente se acurrucaba en el interior de los bungalows, alarmada e intrigada a un tiempo por aquel repentino cambio. Hoffman miraba por la ventana, toda llena de barro, con las cejas levantadas mientras se mordisqueaba los nudillos. La luz del tubo dejó de verse y aquel hecho resultó del agrado de todos. Aquello era lo más parecido a la noche que nadie había experimentado antes en la Piedra, y eso hizo que Hoffman se sintiese somnolienta y contenta.

Los relámpagos crepitaban por toda la cámara, y los ingenieros y los infantes de marina, desafiando al viento y a la lluvia, sujetaban las barras de conducción que iban a los edificios.

En el bungalow de mando de los rusos, en medio del segundo recinto, se ignoraba la tormenta y la oscuridad. La discusión sobre la estructura de mando y la política se prolongó hasta bien entrado el período destinado para dormir, sobresaliendo la vehemencia de Belozersky y Yazykov, mientras Vielgorsky se quedaba al fondo.

Mirsky insistía en que era necesaria una organización militar y se negaba a reducir su poder en cualquier forma que fuese, o compartirlo a partes iguales (y enfatizaba este punto) con oficiales de menor graduación.

Belozersky proponía una estructura verdaderamente soviética, formada por un comité central del partido que estuviera dirigido por un secretario general —sugirió a Vielgorsky para el cargo—, un presidente y primer ministro que actuara a través de un Soviet Supremo.

Precisamente el día anterior Mirsky y Pogodin —el oficial al mando de la primera cámara— habían estado supervisando el inicio de la construcción de un complejo ruso en la cuarta cámara; habían obtenido el permiso para cortar madera de los espesos bosques. Las herramientas eran algo muy valioso; todo allí era valioso.

Las negociaciones sobre la segunda cámara se habían vuelto más acaloradas cuando los arqueólogos de la NATO protestaron contra la potencial profanación de lo que ellos consideraban como un terreno propio. Mirsky había informado con brusquedad a Hoffman de que la Patata ya no era un monumento; ahora era un refugio.

Todo esto había ido acabando con él. Las largas sesiones que había dedicado a la biblioteca de la tercera cámara —con frecuencia iba allí en lugar de dormir— le habían aumentado la fatiga; y ahora esto.

—Tenemos que ver de instalar a nuestro pueblo antes de decidir la definitiva estructura política —les dijo Mirsky—. Todo lo que tenemos son tiendas provisionales y este recinto, y Hoffman...

—Esa perra —comentó Belozersky secamente—. Es peor que el loco de Lanier.

Vielgorsky tocó a Belozersky en el hombro izquierdo y el rigorista se sentó obedientemente. La ascendencia de Vielgorsky sobre los oficiales políticos no sorprendía a Mirsky; pero tampoco le agradaba. Mirsky estaba seguro de que podía manejar a Belozersky, pero con la astucia de que hacía gala Vielgorsky, con su reserva y su voz autoritaria —y con la mente legalista de Yazykov, afilada como una navaja de afeitar—, sentía que se preparaba un feo desafío.

¿Habría alguna forma de «ganarse» a Vielgorsky y a Yazykov, de poder aprovechar en beneficio propio el talento de aquellos dos hombres?

Creía que tenía a su favor el hecho de poder continuar con su propia educación. O quizás, dicho más concretamente, su iluminación. Nunca antes había sido capaz de vagar a su antojo en medio de una fuente de información tan

enorme y diversa. Las bibliotecas soviéticas —ya fueran militares o de las otras— siempre habían estado severamente restringidas, y los libros se encontraban al alcance solamente de aquellos que tenían una necesidad demostrada de saber. La simple curiosidad estaba vista con malos ojos.

Ni siquiera se había sentido seguro de conocer bien la geografía de su propio país. La historia era una materia por la que nunca había sentido un especial interés, sólo le atraía la historia de los viajes espaciales; lo que había aprendido en la biblioteca de la tercera cámara le estaba cambiando por completo la manera de pensar.

Mirsky no revelaba nada de esto a sus colegas; tenía ciertas dificultades para mantener oculto el hecho de que ahora hablaba inglés, alemán y francés, y que estaba aprendiendo japonés y chino.

—Por el contrario —decía Belozersky echándole una mirada fugaz a Vielgorsky—, las consideraciones políticas deben estar siempre en primer lugar. No debemos abandonar ni la revolución ni sus ideales; somos el último reducto de...

—Sí, sí —cortó Mirsky impacientemente—. Pero ahora todos estamos cansados. Vamos a descansar y mañana comenzaremos de nuevo. —Echó un vistazo por encima del hombro a Garabedian, Pletnev y Sergei Pritikin, el ingeniero jefe del equipo científico—. Camarada comandante Garabedian, ¿quiere acompañar a estos caballeros hasta sus respectivas tiendas y asegurarse de que nuestros límites están a salvo?

—Hay más cosas para discutir que tiempo disponible —dijo Vielgorsky.

Mirsky fijó la mirada en él y sonrió.

—Es verdad —dijo—. Pero los hombres cansados se convierten en hombres malhumorados, y las frustraciones son malas para pensar.

—Hay otras... cosas que conducen a la debilidad y a los malos pensamientos —apuntó Vielgorsky.

—Naturalmente —añadió Belozersky.

—Mañana, camaradas —insistió Mirsky haciendo caso omiso de aquellas puyas—. Necesitamos estar frescos cuando nos enfrentemos a Hoffman para continuar las negociaciones.

Salieron de allí y dejaron a Pritikin y a Pletnev con Mirsky. El jefe de ingenieros y el antiguo comandante de escuadrilla se sentaron a la mesa de chapa de tanque y esperaron mientras Mirsky se frotaba los ojos y se apretaba el puente de la nariz.

—Ya se dan ustedes cuenta de lo que sucedería si Vielgorsky y sus marionetas tomaran el control —les dijo Mirsky.

—No son hombres razonables —dijo Pritikin.

—Sin embargo aproximadamente un tercio de las tropas los apoyan de buena gana, y otro tercio no apoya a nadie en particular; hay descontento general —

continuó Mirsky—. Yo soy el jefe, así que el descontento me desagrada. Si fuera sólo Belozersky no me preocuparía mucho, los descontentos acostumbran a odiar a los oficiales políticos aún más si cabe. Pero Vielgorsky tiene una lengua de terciopelo. Belozersky azota con sus palabras, y Vielgorsky acaricia. Puede controlar a una peligrosa mayoría.

—¿Y qué hacemos entonces, camarada general? —le preguntó Pletnev.

—Deseo que cinco de nuestros hombres protejan a cada uno de ustedes. Hombres que sean escogidos a dedo por Garabedian o por mí. Y quiero también cuatro pelotones con AKVs alrededor de este bungalow. Pritikin, quiero que se encargue de que el equipo científico quede confinado a la cuarta cámara pasado mañana. Vielgorsky no confía mucho en los intelectuales; es posible que no tolere siquiera su existencia si la presión se hace más fuerte.

Los otros dos hombres se marcharon y Mirsky se quedó solo. Dejó escapar un suspiro; habría deseado tener algo que le hiciera olvidarse de todo durante el resto de la noche, una botella de vodka, una mujer...

O unas cuantas horas seguidas más estudiando en la biblioteca.

Nunca en su vida se había sentido más consciente y más esperanzado de lo que se sentía ahora, a pesar de estar rodeado de víboras ignorantes.

El sobretubo iba con el piloto automático y los cuatro ocupantes dormían en la cabina.

Heineman había limitado la velocidad del sobretubo a nueve kilómetros por segundo. Algún defecto en la construcción del sobretubo causaba una violenta vibración por encima de aquella velocidad.

Lanier yacía despierto, intranquilo, atado con el cinturón al asiento reclinado y con la vista fija en el suave resplandor anaranjado de luz que había por encima de sus cabezas. Heineman respiraba regularmente al otro lado del pasillo; las mujeres dormían tras una cortina que Carrolson había corrido en medio de la cabina. Carrolson roncaba débilmente. De Farley no podía oír nada.

Lanier se había dejado dominar por la pasión sexual en muy contadas ocasiones; solía tener unos deseos bastante normales, pero siempre se los había arreglado perfectamente para ignorarlos o controlarlos en aquellas situaciones en que no resultaban apropiados. Los dos años de celibato pasados en la Piedra habían supuesto para él una carga bastante menor que para otros. Sin embargo, nunca en su vida se había sentido tan excitado como lo estaba en este tranquilo momento.

A pesar de las ventajas, siempre se había sentido ligeramente avergonzado de aquella falta suya de pasiones masculinas, como si ello le convirtiera en una especie de pescado frío. Ahora la pasión lo invadía de tal forma que parecía una venganza. Hizo todo lo que estaba en su mano para no deslizarse disimuladamente hacia la parte de atrás y tocar a Farley. El deseo resultaba a un tiempo divertido y atormentador. Se sentía como un adolescente, sudando por la necesidad y sin saber qué hacer.

Los psiquiatras que tenía en la mente trabajaban horas extras. *Sólo la muerte* —le decía el freudiano— *refuerza nuestro deseo de procrear...*

Lanier permanecía así sin poder dormirse, con una erección, incapaz de pensar con claridad y negándose a masturbarse. La misma idea le resultaba ridícula. No se había masturbado desde hacía más de un año, y jamás si no era completamente en privado.

¿Se sentirían los demás de la misma manera que él? Ciertamente, Heineman no lo dejaba entrever. Lanier, en realidad, no había oído ni una sola vez hacer a

Heineman el menor comentario sexual, excepto en la aislada y teórica clase de chistes.

¿Sentiría Farley lo mismo?

Como una prueba, alzó una mano para retirar la ligera manta termal que lo cubría. Hizo un esfuerzo con la mano para retirarla. Locura.

Finalmente, después de una larga eternidad, se quedó dormido.

A cien mil kilómetros, el radar que el V/STOL tenía dirigido hacia delante dio señales de la presencia de una obstrucción maciza delante de ellos, en el pasillo. Heineman buscó entre las grabaciones que habían realizado del pasillo desde la perforación para verde encontrar algún eco a aquella distancia, pero no había ninguno.

—Parece como si los físicos hubieran lanzado un rayo de radar a todo lo largo de la singularidad —comentó—. Y lo que estamos mirando ahora es una pared circular con un hueco en el medio.

La pared obstruía el paso a una altura de veintiún kilómetros dejando un agujero en el medio de unos ocho kilómetros. El tubo de plasma y la singularidad no estaban interrumpidos.

—Pasemos a través del agujero y así veremos lo que hay al otro lado —sugirió Lanier—. Entonces decidiremos dónde queremos bajar.

A sólo seis mil kilómetros por hora, Heineman dejó que el sobretubo se deslizara por la singularidad. La pared era de un color bronce sucio, lisa y sin forma. Mientras se acercaban al agujero, Carrolson dirigió un telescopio a la superficie superior de la pared con cierta dificultad.

—Sólo tiene un metro de grosor en la parte superior —informó—. A juzgar por el color, yo diría que está hecho de la misma materia que los pozos y el pasillo.

—O sea, nada —dijo Farley—. Los bloques de construcción espacial de Patricia.

Heineman redujo la velocidad hasta unos cientos de kilómetros por hora y entonces se deslizaron a través del agujero. En el lado opuesto la vista del suelo del pasillo era transparente como el cristal, sin estar obstruida por la atmósfera. El suelo era un caótico revoltijo de canales de cientos de kilómetros de largo, de marcas negras y de anchas rayas en las que se revelaba el mismo color bronce de la superficie del pasillo. Los instrumentos confirmaban las sospechas que tenían.

—No hay atmósfera —comentó Farley—. La pared es como un tapón.

Heineman desaceleró hasta que llegaron a detenerse a unos dos mil kilómetros después de la pared, que se había reducido ahora en tamaño hasta convertirse en una minúscula mancha en la perspectiva del pasillo.

—¿Qué será? —preguntó.

—Podemos deslizarnos hacia atrás y buscar un circuito de pozos —le indicó Lanier—, tal como habíamos planeado. Comprobamos eso, luego proseguimos y así no perdemos tiempo. La investigación realmente es algo secundario.

—Sí, señor —repuso Heineman. Hizo girar el V/STOL encima del sobretubo hasta ponerse de cara en dirección opuesta—. Sujetaos; vamos a dar una vuelta completa.

Cuando estaban a cuatrocientos kilómetros al sur de la pared localizaron un circuito de pozos, y disminuyeron la velocidad a fin de preparar el V/STOL para el descenso. Sujetaron bien todos aquellos objetos que se hallaban sueltos mientras Heineman desacoplaba la nave del sobretubo. Con un suave tirón de los motores de situación se despegaron de la singularidad. Heineman orientó la nave con el morro en dirección al suelo del pasillo.

Al contrario de lo que ocurría en las cámaras del asteroide, en donde se necesitaba alguna clase de empuje para separarse del eje, el V/STOL empezó de inmediato un lento y acelerante descenso, repelido por la singularidad o atraído por el suelo, pues se habría podido pensar cualquiera de ambas cosas. Después de caer durante cuatro kilómetros, Heineman conectó el motor del cohete para que diera tres cortos encendidos, y luego dirigió el morro de la nave hacia el norte.

—Yo no aterrizaría de esta forma en una cámara —dijo—. Pero en el pasillo es la mejor táctica. Aquí no chocaremos con la atmósfera en una carrera en espiral. Así que voy aprovecharme de un largo descenso deslizante. Garry, sujeta fuertemente tus controles y observa lo que voy a hacer.

Lanier sujetó el volante y observó los movimientos de Heineman mientras levantaba el morro de la nave. Una serie de sacudidas ondulantes anunció el embate contra la atmósfera; fuera de las paredes un chirrido lloriqueante empezó a disminuir de agudeza al mismo tiempo que aumentaba de volumen. Heineman bajó las alas movibles para disminuir la velocidad del aire y, suavemente, hizo torcer el V/STOL hacia la derecha bajando el morro y desplegando las cuchillas de propulsión de los receptáculos de las barquillas del motor. El suave y hermoso rugido de los turbopropulsores gemelos le hizo sonreír como a un muchacho.

—Señoras y caballeros —dijo—, ahora somos un avión. Garry, ¿quieres hacerlo descender?

—Con mucho gusto —aceptó Lanier—. Señores pasajeros, por favor, mantengan abrochados los cinturones.

—Sí, desde luego —dijo Carrolson.

—Eso ha sido divertido. Vamos a hacerlo otra vez —añadió Farley desde atrás.

—El terreno parece lo suficientemente liso, pero volaremos por encima y decidiremos si deseamos hacer un aterrizaje corto o bien uno vertical —dijo Heineman.

Lanier inclinó el avión para virar y describió un círculo alrededor de uno de los pozos; luego voló a unos cincuenta metros sobre la cúpula, y desaceleró al poner los propulsores en ángulo ascendente. Heineman escudriñaba los posibles lugares aptos para el aterrizaje e hizo un gesto con los pulgares hacia arriba.

—Una carrera corta; aquí abajo hay arena suave.

Lanier hizo bajar el V/STOL hasta el suelo del pasillo a cincuenta kilómetros por hora, suavemente y con facilidad, con el morro dirigido hacia el hoyo y la cúpula del pozo. Luego redujo la inclinación de los propulsores y se deslizó, con el morro oscilante, hacia el borde del hoyo, haciendo girar el avión sobre el eje hasta que estuvo tangente al círculo exterior del pozo. El rugido de los motores se apagó rápidamente hasta quedar en silencio.

—Bravo —dijo Heineman.

—Dios mío, esto ha sido estupendo —comentó Lanier—. No había volado desde hacía seis años... y nunca había volado así. Jesús, si miras al suelo parece como si estuvieras yendo a meterte dentro.

—Si vosotros dos, muchachos aviadores, nos echáis una mano —le interrumpió Carrolson—, conseguiremos hacer el trabajo más rápidamente.

Carrolson se puso a tomar fotografías y Farley hizo lecturas con los instrumentos mientras rodeaban el hoyo por la orilla. El pozo estaba abierto, aquello resultaba evidente incluso a distancia. A diez u once metros de la cúpula flotante se hallaba una plataforma que contenía dos esferas irregulares con cuadros rojos y blancos, cada una de ellas de tres metros de diámetro; ambas ostentaban un par de baldas en la parte de delante y en la de atrás.

Descendieron por la cuesta del hoyo y comenzaron a inspeccionar la plataforma. Heineman subió por una escalera que estaba situada a uno de los lados de la plataforma y se puso a caminar por un andamio que pasaba por encima de las esferas cuadrículadas.

—Trajes espaciales —indicó a los demás—. Y bien resistentes, además.

—Aquí hay un mensaje —dijo Farley llamándolos. Señaló hacia una placa de color bronce montada en un pedestal que había cerca de la boca del pozo. El alfabeto era latino, con ayes, ges y es bien claras, pero ninguno de ellos fue capaz de descifrar las palabras.

—No es griego ni es cirílico —dijo Carrolson—. Debe de ser el lenguaje de la Piedra. Algún lenguaje nuevo. —Lo fotografió desde tres ángulos distintos y desde abajo.

—Nunca encontré nada como esto en las bibliotecas —dijo Lanier. Dio unos pasos más allá de la placa y sintió una repentina resistencia, como de melaza, alrededor del reborde del pozo.

—AVISO —anunció una prohibitiva voz masculina que no procedía de ningún sitio—. AVISO que debe ser atendido por los hablantes de inglés del siglo veinte. No intenten atravesar ninguna de las entradas de esta región sin la apropiada

protección ambiental. Prevalecen unas condiciones de elevada gravitación y una atmósfera corrosiva más allá de las entradas. Se les proporcionarán trajes espaciales para que se protejan. AVISO.

Carrolson tocó la placa y lanzó un silbido.

—Mirad —indicó. Las letras de la placa se habían formado de nuevo en el alfabeto romano inglés y repetían lo mismo que la voz les había dicho en voz alta —. Esto sí que es un servicio.

Heineman empezó a recorrer con las manos la superficie superior de una de las esferas y encontró una depresión en uno de los cuadros negros. Decidió apretarla con precaución; no sucedió nada.

—Perdón —dijo Farley sin dirigirse a nadie en particular. Lanier se volvió hacia ella y Farley sonrió, azorada, y levantó la mano. Entonces se puso a hablarle a la parte interior de la cúpula—. Perdón, pero en el caso de que queramos entrar en el pozo —en la entrada—, ¿cómo tenemos que usar los trajes... los patiscafos...?

—Batiscafos —corrigió Carrolson.

—Sí, bueno... ¿cómo tenemos que usarlos, como quiera que se llamen?

—Los vehículos responden a las órdenes orales y pueden ajustarse al idioma de ustedes. ¿Tienen la autorización apropiada para una excursión por la entrada?

—¿Qué clase de autorización? —preguntó Farley.

—La autorización del Nexo. Todas las entradas están controladas por el Nexo. Por favor, presenten la oportuna autorización dentro de los treinta segundos siguientes o esta banda de entradas se cerrará contra cualquiera que pretenda forzarla.

Todos quedaron mirándose unos a otros mientras el tiempo pasaba.

—No hay autorización —anunció entonces aquella voz neutra y sin inflexión —. Estas entradas quedan cerradas desde este momento hasta que un equipo de inspección investigue y corrija la situación.

Lanier se echó hacia atrás retirándose de la barrera invisible. La abertura de veinte metros de anchura que había en el centro se irisó silenciosamente hacia dentro y formó una curvatura de bronce liso. En el andamio, Heineman gritó y se quitó de en medio de un salto mientras las esferas y el soporte se sumergían lentamente en la superficie del hoyo, desapareciendo sin dejar rastro. Farley lanzó un juramento en melodioso chino.

—Oh, bueno —dijo Carrolson suspirando—. De cualquier forma, no tenemos tiempo para hacer turismo.

El suave paisaje alrededor del pozo consistía en lisas extensiones de arena sin el menor signo de vida. El aire era muy seco, y pronto todos notaron que tenían resacas la nariz y la garganta; con un cierto alivio subieron de nuevo a bordo del V/STOL, cerraron a presión la escotilla y se prepararon para regresar al sobretubo.

—Es muy divertido —comentó Heineman—. Funciona como si fuera un encantamiento. —Hizo que el V/STOL despegara del suelo y comenzó a aumentar la velocidad inclinando las barquillas del motor hacia delante. Fueron subiendo sin interrupciones hasta que se encontraron aproximadamente a un kilómetro del tubo de plasma y de los límites superiores de la atmósfera—. Abracadabra —dijo Heineman al tiempo que hacía que las cuchillas de las barquillas se retiraran hacia dentro y activaba el cohete de cola.

Con un fuerte impulso hacia delante, atravesaron la barrera de la atmósfera y el tubo de plasma y penetraron en el vacío que rodeaba a la singularidad. Heineman guió el V/STOL con pequeños encendidos de los reactores de situación hasta colocarlo debajo del sobretubo; completó el ensamblaje bajo la dirección de las computadoras del avión.

—Es una maravilla, ¿no? —dijo con entusiasmo; luego movió la cabeza y dejó escapar un resoplido—: *whooo*.

—No vamos a conseguir sacarles ningún acuerdo de desarme de momento —dijo Gerhardt mientras precedía a Hoffman al bajar por las escaleras de la plataforma que daban al complejo de la cuarta cámara—. Se tienen más miedo entre ellos del que nos tienen a nosotros, y nadie va a rendir las armas hasta que la situación se tranquilice.

—¿Quién crees que quedará de jefe?

Gerhardt se encogió de hombros.

—No apuesto por nadie. Son todos ellos hombres bastante duros; yo tengo puestas todas mis esperanzas en que lo sea Mirsky.

—Ha estado en la biblioteca de la tercera cámara con más frecuencia que ninguno de nosotros —le indicó Hoffman.

—Mirsky tiene muchas cosas en las que ponerse al día —dijo Gerhardt—. Los rusos no quieren soldados con una educación liberal.

—Supongo que deberíamos darnos por contentos con un alto el fuego y campamentos separados.

Gerhardt le abrió la puerta del comedor de oficiales y Hoffman entró en la cafetería. Cuatro científicos agrícolas —un hombre y tres mujeres— la estaban esperando con gráficas y pizarras electrónicas. Hoffman les dio la mano a todos y se sentó. Gerhardt recibió un escaso almuerzo de la máquina de comida y tomó asiento en la mesa próxima. Aquello no le concernía directamente.

—Programas de alimentos —comentó Hoffman—. Sobre cultivo y subsistencia. De acuerdo. Muéstrenme qué es lo que tenemos que hacer.

Los empujones se convirtieron en codazos apenas dieciocho horas después de que terminase la conferencia en el bungalow. La tormenta de la primera cámara amainó todavía más deprisa de lo que había empezado; los vientos se detuvieron de repente, las nubes dejaron caer unas cuantas gotas más y luego se disiparon. La luz del tubo brilló de nuevo y el aire comenzó a sentirse más cálido.

Belozersky envió un pelotón para que rodeara el bungalow y capturase a Mirsky. La razón aparente era la falta de dedicación de Mirsky a la causa del socialismo; pero los tres *Zampolits* opinaban que el teniente general era un

hombre débil y que pronto le haría a Hoffman concesiones que los soviéticos mal se podían permitir.

El pelotón se movió rápidamente y rodeó el centro de mando, trayendo los AKVs para cargar contra los veinte guardias. Éstos se rindieron sin oponer resistencia y Belozersky se acercó a la puerta del bungalow con la intención de arrestar a Mirsky. Tres corpulentos soldados abrieron la puerta a patadas y apuntaron con los rifles a través de ella, manteniendo la cabeza y el cuerpo atrás.

—¡Camarada general! —gritó Belozersky con voz cascada—. Ha violado la confianza que sus hombres tenían puesta en usted. ¡En nombre del recientemente reconstituido Soviet Supremo, queda usted bajo arresto! —Los soldados traspasaron el marco de la puerta y entraron en el bungalow. Pletnev se incorporó en una litera, parpadeando somnoliento.

—El general Mirsky no está aquí —dijo con la mente aún espesa—. ¿Puedo hacer algo por usted?

Vielgorsky había estado sesteando brevemente después de la conferencia con Mirsky; luego había aprovechado aquella debilitante tormenta para movilizar tres camiones con cincuenta soldados y sacarlos de la primera cámara, y también para lanzarse él a un viaje en el tren noventa del metro —que estaba ahora reservado para uso exclusivo de los rusos— hasta la cuarta cámara.

El plan era quitarlo de en medio mientras Belozersky arrestaba a Mirsky, sólo por si algo salía mal. Así pues, durante unas cuantas horas pudo disfrutar de los bosques de la cuarta cámara. Disfrutó especialmente viendo cómo los soldados del Destacamento de Desarrollo derribaban los árboles y los arrastraban hasta el agua. Aquellas historias de la conquista del este y de la construcción del ferrocarril transiberiano le habían encantado cuando no era más que un muchacho; ahora tenía ocasión de presenciar algo bastante parecido en la Patata, una serie de poblados soviéticos unidos por carreteras, y la gente limpiando los campos con la intención de hacer granjas y construir cabañas. Algo bueno podía salir de aquel fracaso después de todo —pensó—, una comunidad socialista más pura, menos corrompida y controlada más de cerca, una comunidad que fuera capaz, con el tiempo, de conquistar el asteroide y de regresar a la Tierra para completar la tarea que Lenin había comenzado ochenta años antes.

Las cosas se estaban desarrollando ahora a una velocidad que resultaba pasmosa; sólo hacía nueve días que habían aterrizado allí, y ya se les habían cedido territorios en la más atractiva de las siete cámaras de la Patata. Si aquello no era a todas luces indicativo de la debilidad de sus enemigos, ¿qué era lo que podía indicarlo?

Tres SST se le acercaron. El soldado al mando llevaba unos papeles, sin duda para que él los firmara en su calidad de director de la explotación de la cuarta

cámara.

—Coronel —le dijo el primer soldado al tiempo que sacaba una pistola oculta detrás de los papeles. Apuntó con ella a Vielgorsky y se echó la gorra hacia arriba.

—Mirsky —dijo Vielgorsky sin perder el control.

Los otros dos soldados eran Pogodin y el científico Pritikin. Cada uno de ellos llevaba una AKV colgada del hombro. Mirsky cogió a Vielgorsky por el brazo y le puso la pistola en el costado, cerca de los riñones.

—Ni una palabra, por favor.

—¿Qué está usted haciendo? —susurró Vielgorsky con la voz llena de aspereza. Mirsky le apretó aún más fuerte con la pistola.

—Quieto. Esa rata tuya está royendo un agujero en mi bungalow.

Se pusieron a caminar con pasos comedidos hasta llegar a un camión que estaba esperando junto a la orilla del lago. Pogodin, sin ninguna clase de ceremonia, empujó a Vielgorsky para obligarle a subir a la parte de atrás y le puso una lona encima para ocultarlo; luego subió él a su vez y golpeó ligeramente con el cañón del AKV el bulto que formaba la cabeza de Vielgorsky bajo la lona.

Mirsky subió, se situó al volante y miró al otro lado de la oscura arena, hacia los soldados que estaban entre los bosques. Otro grupo estaba jugando al «lapta» —una especie de béisbol—, con ramas y pinas; nadie parecía prestar atención al camión y a sus ocupantes.

—¿Adónde vamos, general? —le preguntó Vielgorsky desde la parte de atrás con la voz apagada por la lona.

—Cállese, señor —le dijo Pogodin aguijoneándole de nuevo con el AKV.

Aquella caótica y escarpada sección del pasillo, sin aire y muy árida, se extendía durante medio millón de kilómetros. Abandonaron los planes que tenían de hacer una segunda salida al suelo; sin atmósfera, el ascenso y el descenso les obligaría a gastar una desorbitante cantidad de combustible. Si el segmento estéril continuaba después de pasar el punto en el que debían dar la vuelta, a un millón de kilómetros, entonces no les quedaría otro remedio que abandonar la misión y darse la vuelta, decidió Lanier.

—¿Crees que todo será igual que esto? —le preguntó Farley sentándose a su lado—. ¿De aquí en adelante?

Lanier movió la cabeza.

—Se llevaron a Patricia a alguna parte.

—¿Has pensado en los pozos? Quizá salieran del pasillo y no podamos seguirlos.

—He pensado en ello y tengo el presentimiento de que no utilizaron un pozo.

—¡Otra pared! —anunció Heineman.

Se reunieron todos en la cabina del piloto, Carrolson se sentó en el asiento del copiloto mientras Farley y Lanier se quedaban apretados junto al marco de la escotilla. Lanier era demasiado consciente de la presión del cuerpo de Farley.

El paso del sobretubo a través del pasillo causaba mareo; le recordaba a Lanier el correr por una tubería de desagüe. El pasillo pasaba velozmente hacia atrás por todos los lados, con manchas púrpura, marrones y negras; de vez en cuando se entreveía el color bronce oscuro del pasillo. El radar orientado hacia delante devolvía un zumbido regular a intervalos de medio segundo.

—Sentaos, por favor —pidió Heineman—. Vamos a disminuir la velocidad de este cacharro. Dad la vuelta a los asientos, esta vez; quiero conservar el radar mirando hacia delante y habrá unas dos décimas de G...

Carrolson se abrochó el cinturón en el asiento del copiloto y le hizo una mueca de duende a Lanier.

—A los asientos de atrás, jefe —le dijo—. Yo estaba aquí primero.

Lanier y Farley se arrastraron más allá de las cajas de material y se sentaron uno al lado del otro. Lanier suspiró profundamente y cerró los ojos. El deseo sexual se le hacía casi insoportable.

—¿Algo va mal? —le preguntó Farley.

—Nada en absoluto. —Tocó su mano su para darle confianza y la retiró de nuevo.

—¿Te encuentras bien?

Lanier sonrió, poco convencido, y asintió con un movimiento de cabeza.

—Hay algo que no va bien, Garry. Te conozco desde hace mucho tiempo, el suficiente para...

—Estaremos allí en una hora más o menos —anunció Heineman desde la cabina del piloto.

—Bueno, entonces, ¿qué te pasa? —prosiguió Farley. Lanier respiró profundamente y enrojeció.

—No puedo evitarlo, Karen. Es una locura. He estado... he estado en erección durante las últimas veinte horas. Y no se me pasa.

Farley lo miró sin expresión y luego abrió los ojos imperceptiblemente.

—Has sido tú la que lo has preguntado, ¡maldita sea! —dijo Lanier.

—¿Es en general?

—No.

—Alguien en particular.

—Sí —dijo él.

—¿Quién...? ¿O es preguntar demasiado?

Lanier levantó un dedo y señaló hacia ella, moviéndose inquieto al tiempo que soltaba una risa nerviosa. Tenía el rostro tan enrojecido como una hamburguesa y parecía a punto de ahogarse.

—¿Lo encuentras divertido?

—No-ooo-o —consiguió decir Lanier finalmente controlando la risa—. Es una locura.

—¿Nunca antes habías sentido interés por mí?

—No... quiero decir, sí; eres atractiva, naturalmente, pero...

—Entonces, cierra el pico. —La desaceleración había comenzado. Se desabrochó el cinturón y comenzó a caer lentamente hacia la cabina del piloto, sujetándose al caminar en los brazos de los asientos y en los armarios para paquetes que había por en cima.

—Espera —dijo Lanier levantándose para alcanzarla sin conseguirlo—. ¡Karen!

Farley se colgó de la portezuela que daba a la cabina del piloto.

—Despertadnos cuando hayamos llegado a la pared —les dijo con toda intención al tiempo que cerraba la puerta con una decisiva vuelta de cerrojo. Volvió de nuevo hacia atrás por el pasillo y colocó una rodilla entre el asiento de Lanier y el de enfrente.

—Lo siento... —comenzó a decir Lanier.

—No tienes por qué —contesto Farley. Tiró de la cremallera del mono y la

bajó, dejando ver debajo una camiseta con el carácter chino en la parte delantera, carácter cuyo significado era « ballena », el nombre que los chinos le habían dado a la Piedra. Se la quitó rápidamente y se quitó igualmente las bragas, que eran de algodón blanco.

Lanier miraba, conmocionado.

—Tenías que haber dicho algo antes —le regañó Farley—. Cualquier cosa que pueda distraerte de pensar correctamente es un impedimento para nuestra misión. —Se quitó la camiseta por la cabeza y embutió toda la ropa en la bolsa trasera de uno de los asientos.

Lanier se quitó el mono, mirando nerviosamente a la separación de la cabina del piloto. Farley se tumbó en la parte de atrás de los dos asientos opuestos; la desaceleración del sobretubo producía una sensación efectiva, aunque oblicua, de la dirección.

—Nunca te quisiste apuntar en la lista de relaciones sociales —dijo Farley cogiéndolo de la mano y acercándolo a ella—. No sería porque fueras tímido, seguro que no.

Lanier le tocó el pecho con el corazón latándole aceleradamente. Le pasó con suavidad los nudillos y el dorso de los dedos por la línea que iba desde las caderas hasta el estómago.

—Nunca en toda mi vida he necesitado más a alguien —le confió.

Carrolson ascendió por la escalera que había en medio del pasillo. Farley y Lanier se habían vestido y estaban sentados el uno frente al otro.

—Diez minutos más y estaremos allí —informó inexpresiva. Miró a Farley y luego volvió la cabeza hacia Lanier, deteniendo los ojos un momento en el rostro de Farley—. Parece una pared del mismo tipo que la última, pero ésta se eleva todavía mas arriba sobre el nivel de la atmósfera, con una abertura más pequeña —no más de cien metros— alrededor de la singularidad. Así que tendremos que hacer las mismas pruebas que hicimos antes.

—De acuerdo —dijo Farley.

—Garry —comenzó Carrolson dirigiéndole una mirada cargada de intención.

—¿Qué?

—No importa. —Bajó por la escalera y volvió a la cabina del piloto.

—Jesús, estoy azorado —murmuró Lanier.

—¿Por qué? ¿Porque eres humano? —preguntó Farley.

—Tengo responsabilidades —afirmó él.

—No hay ni una persona en la Piedra que no las tenga —señaló Farley—. Y hubo un montón horrible de lías mientras yo estaba allí.

Sin querer, Lanier se echó a reír entre dientes.

—Se dice líos.

—Como se diga. No me digas que no te diste cuenta.

Él movió negativamente la cabeza.

—No, sinceramente, no me di cuenta. El jefe es siempre el último en saber las cosas.

—Sólo cuando el jefe tiene los ojos cerrados. Dudo que a Hoffman se le escapen esas cosas.

—De acuerdo, entonces soy un... no sé. No soy un mojigato, pero quizá sea un poco inocente.

—No eres inocente en absoluto —dijo Farley alargando la mano para tocar su brazo—. Y no te preocupes. Sigues siendo el jefe.

A Vielgorsky se le hacía difícil conservar la calma. Sudaba enormemente y olía mal. Tenía la voz ronca. A Mirsky casi le daba pena.

El oscuro pasillo que había a la entrada de la biblioteca de la tercera cámara se abría de forma impresionante; Pogodin y Pritikin empujaron al cautivo con unos cuantos golpes bien colocados de los AKV. Mirsky los seguía con un paso más reposado.

—Aquí es donde ha estado usted perdiendo el tiempo —le gritó Vielgorsky por encima del hombro.

—¿No ha estado nunca aquí? —preguntó Mirsky fingiendo sorpresa—. Siempre había pensado que al menos debía de ser usted curioso.

—Es inútil —dijo Vielgorsky—. Todo esto está lleno de propaganda americana. ¿Qué necesidad hay de desperdiciar el tiempo?

Mirsky se echó a reír con fuerza, más a causa de la ira que del humor.

—No es usted más que un pobre hijo de perra —le dijo—. La gente que construyó esta nave estelar era tan americana como usted o como yo. —Se detuvieron ante las hileras de sillas y las lágrimas de cromo.

—Si me mata, Belozersky y Yazykov son absolutamente capaces de continuar —le amenazó Vielgorsky.

—No pienso matarle —contestó Mirsky—. Nos necesitamos unos a otros. Quiero que se siente ahí.

Vielgorsky no se movió, tiritando como un perro que tuviera frío.

—Las sillas no van a comérselo —le animó Pogodin aguijoneándolo de nuevo.

—No puede usted lavarme el cerebro —dijo Vielgorsky en un bramido.

—No, pero quizá pueda educarle. Siéntese.

Vielgorsky se sentó lentamente en la silla más próxima situándose frente a la lágrima con cierta aprensión.

—¿Va a forzarme a leer libros? Será una tontería.

Mirsky dio la vuelta por detrás de la silla y se dispuso a levantar la tapa de los controles.

—¿Quiere aprender a hablar inglés, francés o alemán?

Vielgorsky no contestó.

—¿No? Entonces quizá le interesaría aprender un poco de historia. No desde un punto de vista americano, sino desde el punto de vista de nuestros descendientes. De los rusos que han sobrevivido a la Muerte.

—Eso no me importa —dijo Vieltorsky con el rostro pálido y húmedo convertido casi todo en nariz en la imagen que le devolvía la lágrima.

—Esto es lo que los americanos nos ocultaban —le explicó Mirsky—. ¿No tiene usted la obligación de inspeccionar el tesoro por el que hemos estado luchando? Sus superiores ya no pueden hacerlo. O han muerto ya o morirán a no tardar. La Tierra entera se cubrirá de humo durante los años venideros. Millones de personas van a morir de hambre o de frío. A finales de esta década quedarán menos de diez millones de paisanos nuestros con vida.

—No dice más que tonterías —contestó Vieltorsky limpiándose la cara con la manga.

—Nuestros descendientes construyeron esta nave espacial —dijo Mirsky—. Y esto no es propaganda; suena como si fuera una fantasía, pero es la verdad, Vieltorsky, y todo el parloteo que intercambiamos usted y yo no podrá ocultar la verdad. Nos entrenamos, vinimos aquí, luchamos y morimos para hallar la *verdad*. Sería usted un traidor si ahora le diera la espalda a esto.

—¿Me está proponiendo acaso que compartamos el poder? —preguntó Vieltorsky levantando la vista hacia Mirsky. Este lanzó un juramento por lo bajo y volvió a la máquina.

—La máquina le hablará a usted en ruso —explicó—. Contestará a sus preguntas y le enseñará cómo utilizarla. Y ahora, pregunte.

Vieltorsky, con los ojos abiertos de par en par, fijó la vista en el símbolo notante de la biblioteca.

—Pregunte.

—¿Por dónde quiere que empiece?

—Comience por nuestro pasado. Lo que nos enseñaron en la escuela.

El símbolo flotante fue cambiando y se convirtió en un interrogante.

—Enséñame algo sobre... —Vieltorsky levantó la vista hacia Mirsky.

—Adelante. No duele. Pero produce adicción.

—Enséñame algo sobre Nicolás I.

—Eso no resulta peligroso —dijo Mirsky—. Es algo que está demasiado lejos en el tiempo, en el pasado. Pídale que le muestre el gran plan estratégico del Ejército Soviético desde mil novecientos sesenta hasta el año dos mil cinco. —Mirsky sonrió—. ¿Nunca sintió usted curiosidad?

—Enséñame algo... sobre ese asunto, entonces —dijo Vieltorsky.

La biblioteca se puso a buscar en silencio y organizó la presentación, con numerosos símbolos utilitarios de colores que destellaban y se movían alrededor del campo visual de Vieltorsky. Luego comenzó.

Al cabo de media hora Mirsky volvió al lugar donde se encontraban Pogodin

y Pritikin y les dijo que regresasen a la cuarta cámara. Señaló con un gesto a Vielgorsky, que estaba extasiado.

—No creo que dé problemas. Yo lo vigilaré.

—¿Cuándo tendremos nosotros nuestra oportunidad? —preguntó Pritikin.

—En cualquier momento que estéis libres, camaradas —respondió Mirsky—. La biblioteca está abierta para todos.

Belozersky levantó a tirones de la silla que ocupaba al musculoso Pletnev y le hizo darse la vuelta con una fuerza sorprendente.

—Noto muy bien cuando lo que me cuentan son fantasías —gruñó.

—Puede probarse con bastante facilidad —le indicó Pletnev con la cabeza vuelta hacia un lado para evitar el puño que Belozersky le tenía metido por el cuello de la camisa—. Tenemos que ir allí; los camaradas Pritikin y Sinoviev nos han contado todo lo que saben. La séptima cámara no termina. Continúa eternamente.

Belozersky lo soltó y se echó para atrás lentamente, con los puños apretados.

—Eso no son más que patrañas para tenernos engañados. Pritikin y Sinoviev son intelectuales. ¿Por qué iba yo a creerles?

Yazykov hizo un gesto para que los tres soldados cogieran a Pletnev por los brazos.

—Usted nos vendió y nos llevó a la derrota para salvar ese miserable pellejo suyo —continuó—. Era su deber morir allí fuera, no ir lloriqueando a los americanos.

—Todo había terminado ya —dijo Pletnev—. No teníamos otra elección.

—¡Esta roca puede ser nuestra! —dijo Yazykov a voz en grito—. Y ahora, dígame, ¿dónde está Mirsky?

—Ya se lo he dicho. Está en la cuarta cámara.

—Mierda. Está en su querida biblioteca —dijo Belozersky con ironía.

—Entonces allí es donde lo arrestaremos —dijo Yazykov—. Ahora tenemos que conseguir encontrar a Garabedian y a Annenkovsky; son los hombres de Mirsky. Camarada Pletnev, yo personalmente lo ejecutaré a usted contra la pared más lejana de la séptima cámara. Derramaré su sangre y sus sesos antirrevolucionarios con una sólida prueba de su credulidad. —Levantó las manos en el aire, asqueado—. Mantenedlo aquí hasta que encontremos a los otros.

Rimskaya atravesó a pie el recinto llevando el mensaje de Belozersky en la mano. Subió por las escaleras hacia lo que en otro tiempo había sido el despacho de Lanier y que ahora se había convertido en el de Hoffman, y llamó a la puerta. Beryl Wallace contestó.

—Un mensaje de los soviéticos —dijo concisamente. Tenía la cara pálida y daba la impresión de que no había dormido durante varios días.

—¿Algo importante? —le preguntó Beryl.

—Beryl, no te hagas la secretaria protectora conmigo. ¿Dónde está Judith?

—Está abajo, en conferencia con el supervisor médico. No quiero meterme donde no me llaman, Joseph, pero ahora está muy ocupada.

—Sí, bueno. Los soviéticos están muy ocupados portándose como soviéticos, y creo que va a haber problemas. —Se frotó los ojos y parpadeó como una lechuza.

—Voy a buscarla. Se reunirá contigo abajo, junto al escritorio de la secretaria.

Rimskaya lanzó un gruñido y bajó pisando fuerte por las escaleras.

Hoffman salió de la sala de conferencias de ejecutivos y cogió la pizarra electrónica de manos de Rimskaya; la leyó rápidamente. Ella también parecía exhausta, aunque menos que él. Tenía los ojos rodeados de ojeras y las mejillas hinchadas por falta de sueño.

—¿Cuál es la posición de Belozersky ... qué graduación ostenta?

—Es un *Zampolit*, un oficial político —explicó Rimskaya. Le temblaban las manos—. Comandante. He hablado con él una vez o dos.

—¿Y qué impresión te dio?

Rimskaya movió la cabeza, ceñudo.

—Sigue firmemente las líneas del partido, y es un hombre ignorante y sin imaginación. Esos otros dos, Yazykov y Vielgorsky, son los que me preocupan. Son más listos, mucho más peligrosos. Si dicen que han depuesto a Mirsky y que ahora tenemos que tratar con ellos directamente, lo mas probable es que lo hayan hecho.

—Entonces concierta una reunión con ellos. No podemos interrumpir nuestras conversaciones nada más que porque tengan peleas internas. E intenta averiguar algo de —¿cómo se llaman?— Sinoviev o de Pritikin. Averigua de uno u otro lo que está sucediendo y en qué forma afecta eso a los rusos civiles.

—No hay forma de encontrarlos por ninguna parte. Pueden estar detenidos o muertos.

—¿Crees que habrán sido capaces de llegar tan lejos? —quiso saber Hoffman.

—Están actuando de una manera muy rusa —dijo Rimskaya extendiendo las manos.

—Seguiré con esta conferencia durante otra hora más o menos. Consigue que se reúnan con nosotros dentro de una hora y media.

—Es mejor que elijan ellos la hora y después hacerlos esperar un poco —sugirió Rimskaya.

—Tú te encargas de ello.

Hoffman permaneció observando como el matemático, alto y severo, iba hacia la puerta; luego se quedó mirando fijamente a un espacio en blanco en la pared, por encima de la mesa vacía de Ann. La secretaria estaba en la cafetería en el descanso del almuerzo.

—Sólo treinta segundos —dijo Hoffman sin fijar la vista en ninguna parte. Estaba de pie, sola, y respiraba regularmente; daba golpecitos suaves con un dedo en la esquina de la mesa del despacho, como si marcara el tiempo en algún meditativo reloj interior. Cuando hubo pasado medio minuto, cerró los ojos fuertemente, luego los abrió de par en par, hizo una profunda inspiración y se volvió por el pasillo hacia la sala de conferencias.

El sobretubo se deslizó con lentitud más allá de la segunda pared. En el lado opuesto, comenzando aproximadamente a un kilómetro de dicha pared y siguiendo luego paralela a ella en toda la circunferencia del pasillo, una serie de estructuras de color ladrillo oscuro se agazapaban sobre el desnudo suelo de bronce. Cada una de ellas se asentaba en una base cuadrada de unos doscientos metros de lado que se elevaba formando una serie de escalones; cada uno de los escalones estaba ligeramente girado, de forma que creaban una pirámide redondeada, como media espiral.

—Bingo —exclamó Heineman al tiempo que señalaba hacia abajo la garganta del pasillo. El suelo estaba animado con luces que se movían acanaladas en carriles, y los carriles se apilaban en distintos niveles de profundidad, como en un sistema superdenso de autopistas—. No estamos solos.

—¿Hasta qué distancia hemos llegado? —le preguntó entonces Carrolson.

—A setecientos setenta mil kilómetros, dos más o dos menos —repuso Heineman—. Garry, ¿puedes pilotar un rato? Voy a hacer más pruebas.

—Seguiremos avanzando lentamente, a unos noventa o cien kilómetros por hora —dijo Lanier.

—Así está bien. No me inspira mucha tranquilidad eso de poder encontrarme con los habitantes, cualesquiera que puedan ser —dijo Heineman moviendo la cabeza mientras se levantaba del asiento. De nuevo eran ingrátidos, y se movían a una velocidad constante.

—¿Por qué vamos a preocuparnos? Además de las razones obvias, quiero decir —preguntó Farley.

—Las razones obvias pueden ser lo suficientemente malas, pero, francamente, no me siento muy contento de ir viajando a lo largo de la singularidad. Se me acaba de ocurrir que a quien sea que esté ahí, más adelante, quizá no le guste que la gente viaje por aquí. Puede que haya otros vehículos, vehículos autorizados. Y quizás haya algo más. Sea lo que sea, si avanzásemos a gran velocidad, a ocho o nueve clicks por segundo, cualquier cosa a que golpeásemos se encontraría en graves problemas. Y eso es suficiente para que cometamos una violación de movimiento, ¿no os parece?

—No había pensado en ello —dijo Lanier colocándose en el asiento del piloto.

—Sí, bueno, ahora que tienes la mente más clara... —Heineman le miró con gran seriedad y luego le dio una palmada en el hombro—. Chicas, vamos averiguar de qué se trata toda esta algarabía.

Colocaron varios instrumentos en soportes a lo largo del suelo del avión e instalaron asimismo nuevos sensores en otros soportes que hasta entonces habían estado desocupados. Lanier miraba fijamente el suelo del pasillo, fascinado por aquella procesión de luces. Incluso mirando con prismáticos no conseguía distinguir qué eran en realidad las luces, sólo podía ver algunos puntos brillantes que contrastaban con la negrura de los carriles.

Algo grande y gris cubrió el campo de visión de los prismáticos, y Lanier los bajó. Un disco de al menos medio kilómetro de anchura flotaba sobre los carriles, desplazándose lentamente hacia el sur. Otro disco seguía un curso similar a veinte o treinta grados hacia el oeste.

—Las señales de radio son absolutamente incoherentes —dijo Heineman—. Microondas desechadas, calor y un poco de actividad de rayos X y gamma, y eso es todo. El área de superficie del radar —el repetidor que está aquí atrás muestra algo con sustancia más o menos a un cuarto de millón de kilómetros al frente— es al menos de quince kilómetros cuadrados, justo sobre el eje... punto muerto.

—Ya lo veo —dijo Lanier mirando la imagen—. Hay varios objetos que se mueven alrededor y a todo lo largo de la pared del pasillo.

—No me preguntes qué son —dijo Heineman escudriñando a través del parabrisas los discos grises. Miraba bizqueando a causa de la ansiedad—. Y no me preguntes cuánto tiempo vamos a estar aquí arriba sin que nos molesten.

—Por lo menos somos pequeños —comentó Farley—. Quizá no se den cuenta de nuestra presencia.

—Esa cosa grande de ahí arriba, la que está al frente, lo que quiera que sea, seguro que nos detectará —dijo Heineman—. Diez contra uno a que también va moviéndose sobre la singularidad.

A unos quinientos kilómetros después de pasar la pared, cuatro grandes pirámides retorcidas de color rojo ladrillo se alzaban sobre el embrollo de los carriles. A juzgar por la distancia a la que estaban unas de otras —equidistantes alrededor de la circunferencia en los puntos cuadráticos—, Lanier supuso que estaban construidas sobre pozos. Desde aquella distancia parecían del tamaño de un sello de correos conmemorativo sostenido con el brazo extendido, lo que hacía que dieran la impresión de tener unos dos kilómetros de lado y uno de altura. Unos carriles despejados de un kilómetro de anchura se extendían directamente hacia el norte; salían de cada una de las estructuras y, hasta donde se alcanzaba a ver, se perdían en la lejanía.

—Creo que esto es algo superior a cualquier cosa que podemos comprender —murmuró Lanier.

Farley le puso la mano en el hombro y se sentó en el asiento del copiloto.

—Hace años que todo está más allá de que lo podemos comprender, ¿no?

—Siempre había supuesto que el pasillo estaba vacío, no sé por qué. Quizá porque no podía imaginarme esto.

Heineman, flotando, se situó entre ellos y se sujetó a una barra del panel de instrumentos mientras programaba un plan de vuelo.

—Vamos a acelerar hasta diez mil clicks por hora para colocarnos todo lo cerca que podamos de ese gran objeto que está en la singularidad; disminuirémos la velocidad a medida que nos acerquemos a fin de que no piensen que vamos a atacarles. Luego daremos la vuelta y nos enfocaremos para regresar a casa. Eso, claro está, si tú lo apruebas. —Levantó una ceja en dirección a Lanier.

Éste intentó sopesar los riesgos y se dio cuenta de que no tenía ni idea de cuáles eran.

—Si nos damos la vuelta ahora, ¿qué vamos a decirles a los de casa? — continuó diciendo Heineman—. Es evidente que este lugar es importante. Pero no tenemos ni idea de lo que es ni de lo que puede significar para nosotros una vez que estemos de vuelta en la Piedra.

—No haces más que abonar lo evidente, Larry —dijo Lanier—. Ahora dime si vamos a sobrevivir o no.

—No lo sé —respondió Heineman—. Pero estoy disfrutando de uno de los mejores momentos de toda mi vida. ¿Qué os parece a vosotros?

Carrolson se echó a reír.

—Estás loco —le dijo—. Un loco ingeniero piloto.

Heineman movió la cabeza hacia atrás y hacia adelante y, con orgullo, se cogió los bolsillos del pecho del mono con los pulgares.

—¿Garry?

—Tenemos que averiguarlo como sea —admitió—. Vamos, entonces.

Heineman comenzó la maniobra en la computadora de pilotaje y el sobretubo se situó con todo su peso sobre la singularidad, proporcionándole de nuevo sentido de dirección a la cabina del V/STOL. Cuando la aceleración terminó y el sobretubo alcanzó una velocidad de diez mil kilómetros por hora, Heineman comenzó a repartir la cena, unos bocadillos en paquetes de papel de aluminio y recipientes con té caliente. Estuvieron comiendo en silencio; Carrolson y Heineman se sujetaron con correas a la mampara, detrás de la cabina del piloto. El paso por el pasillo era firme y fácilmente perceptible.

Vieron otro circuito de estructuras rectangulares, y varios minutos después otro, todos conectados por medio de cuatro carriles rectos y claros y por los enredados carriles abigarrados de luces.

Lanier dejó su sitio a Carrolson y se fue a echar una siesta mientras Heineman les enseñaba a las mujeres los delicados aparatos de control del sobretubo. Lanier tuvo varias veces un sueño en el cual iba volando en un avión

ligero sobre la jungla y sobre varios enmarañados ríos. Sin saber cómo, el sueño se convertía después repentinamente en un concurso de carreras y saltos. Se despertó con un regusto de té en la boca y desabrochó los cinturones del asiento, dándose impulso hacia delante. Farley se encontraba ajustando los instrumentos en sus respectivos soportes y poniendo algunos bloques nuevos de memoria en las pizarras electrónicas que se encargaban de recoger y cotejar los datos. Colocó los bloques en una bandeja de plástico y ayudó a ésta a deslizarse hasta meterla en una caja que servía de archivador. Luego levantó uno de los multímetros auxiliares, que habían sido contruidos por los ingenieros antes de la Muerte, y le enseñó a Lanier las mediciones para que las inspeccionase.

—¿Sí? —preguntó Lanier mirando los números que parpadeaban.

—Está *kaput* —le indicó ella—. Señala tonterías. Y la mayoría de nuestros instrumentos se encuentran igual. Tendremos mucha suerte si conseguimos interpretar la mitad de los datos que hemos recogido.

—¿Razones?

Farley sacudió la cabeza.

—Suposiciones a locas, y eso es lo más que puedo hacer. Hay otros sistemas eléctricos que al parecer funcionan, así que es posible que estemos atravesando algunos campos de control como los que selectivamente amortiguan la inercia en la Piedra. Esos campos amortiguan también otros efectos... el efecto distorsionado de la geometría en la actividad del núcleo, los cambios en el corte de sección de hache... O si no es eso, es que todos los aparatos se están estropeando al mismo tiempo. La garantía expira hoy... ¡sorpresa!

—Los aparatos están perfectamente —dijo Heineman desde el asiento del piloto y en voz bien alta para que lo oyeran—. No le echéis la culpa a mis máquinas.

—Ese hombre tiene un gran sentido de la propiedad —comentó Farley maravillada—. Potesta cada vez que pongo en duda el control de calidad.

—Protesta, no «potesta» —corrigió Lanier.

—Lo que sea.

—Ahora te toca a ti —dijo Lanier a Heineman indicándole la parte de atrás del avión con el dedo—. Es la hora de la siesta. Todos necesitaremos tener la mente clara y estar animados.

Heineman ajustó el rodete del sobretubo y pasó flotando al lado de Lanier.

—Esperad —dijo Carrolson—. ¿Qué es eso?

La singularidad, por delante del sobretubo, ya no era una superficie cilíndrica brillante. Destellaba en pulsaciones intermitentes que iban del naranja al blanco, como un alambre de acero candente.

—No hay descanso para los malvados —dijo Heineman reemplazando de nuevo a Lanier en el asiento del piloto. Aplicó las abrazaderas del sobretubo a la singularidad para frenar. La nave, de repente, caracoleó y se puso a dar vueltas

violentamente, arrojando a Lanier y a Farley contra el armario de paquetes y dejándolos allí clavados hasta que Heineman aflojó las abrazaderas.

—Estamos acelerando —gritó Heineman por encima de la rugiente vibración del sobretubo y de la nave—. Ya no tengo el control.

Lanier se deslizó hacia la parte de atrás de la cabina golpeándose los brazos y las piernas contra los asientos al tratar de agarrarse a algo. Farley se sujetó tenazmente a un asiento y luchó en un intento de darle la vuelta y poder así sentarse en él.

La singularidad ahora trazaba una línea ininterrumpida y roja a lo largo del centro del tubo de plasma. Lanier se ató a un asiento y estiró una mano para ayudar a Farley a colocarse en el suyo. El material que llevaban se balanceó y se cayó hacia la parte de atrás, golpeando los estantes de paquetes, las mamparas, y otras piezas del equipo.

—¿Puedes darnos la vuelta? —gritó Lanier sobre todo el tumulto.

—No hay forma de hacerlo —respondió Heineman—. Si ajusto las abrazaderas empezamos a caracolear. A treinta mil y aún estamos acelerando.

El sobretubo dio de nuevo una vuelta de campana, y Lanier y Farley se apresuraron a protegerse contra otro de aquellos feroces ataques de cajas de bloques de memoria, de aparatos de comprobación y de rollos de cables de luz que rebotaban de un lado a otro.

—Cuarenta —gritó Heineman pocos momentos después—. Cincuenta.

La radio empezó a crepitar y a gruñir, y una voz asexual y melódica comenzó a oírse en mitad de una frase:

—... violación de la Ley de la Vía. Su nave está violando la Ley de la Vía. No se resistan o la nave será destruida. Están ustedes bajo la dirección del Nexa del Hexamon y serán sacados de la hendidura dentro de seis minutos. No intenten acelerar ni desacelerar.

El mensaje tocó a su fin con un suave estallido de ruido sordo.

Belozersky permanecía rígidamente en pie detrás de Yazykov ante la mesa de conferencias con las manos cruzadas por detrás de la espalda. Yazykov estaba sentado con las manos puestas encima de la mesa. Hoffman examinó las exigencias y escribió una rápida traducción para Gerhardt en la pizarra electrónica. Gerhardt la leyó rápidamente y movió la cabeza a ambos lados en señal de negación.

—Rechazamos sus exigencias —les dijo Hoffman llanamente en ruso. Ella también había pasado algún tiempo en la biblioteca de la tercera cámara.

—Esos hombres son unos criminales —afirmó Yazykov—. Han secuestrado a uno de nuestros colegas y se han escondido en una de las ciudades donde no podemos encontrarlos.

—Sea verdad o no, nosotros ya nos pusimos de acuerdo en separar los sistemas gubernamental y judicial. No podemos ayudarles a encontrar a esos hombres sin romper nuestros acuerdos.

—Están escondidos en sectores dominados por ustedes —dijo Belozersky—. Incluso podría ser que ustedes mismos los estuvieran ocultando.

—Si ése es el caso, entonces debe ser que no me han informado de nada a ese respecto —le indicó Hoffman—. Pero lo dudo.

—Seguramente ustedes apoyarán nuestro intento de formar un gobierno civil —dijo Yazykov.

—Nosotros ni lo apoyamos ni nos oponemos —intervino de nuevo Hoffman—. Eso es cosa de ustedes. Lo que a nosotros nos incumbe en esta mesa está relacionado con la coexistencia en paz de todos nosotros. Nada más.

Yazykov se levantó rápidamente e hizo a Hoffman un gesto de saludo con la cabeza. Cruzaron la cafetería y salieron apresurados por la puerta de atrás.

—¿Qué piensas de todo esto? —le preguntó Hoffman a Gerhardt. El general movió la cabeza tristemente de un lado a otro y esbozó una sonrisa.

—Mirsky les ha robado a su principal hombre —respondió—. Parece que se les ha anticipado y ha sido él quien ha hecho el primer movimiento.

—¿Cuál es tu opinión sobre Mirsky?

—Sea o no un militar que está en la más dura línea del Soviet, yo prefiero tratar con él antes que con Yazykov o Belozersky.

—Entonces, ¿le ayudamos?

—¿Ayudar a Mirsky? Demonios, no. Las primeras reacciones son las mejores. Nosotros nos quedamos al margen y les dejamos que arreglen las cosas ellos solos. Además, Mirsky no nos pedirá ayuda. Lo único que tenemos que hacer es confiar en que esto no se convierta en una lucha. Quizás en ese caso no seríamos capaces de permanecer al margen.

Mirsky y Pogodin sacaron a Vielgorsky de la ciudad de la tercera cámara en el camión; fueron siguiendo una tortuosa serie de carreteras de servicio hasta que encontraron una arteria principal que cruzaba los veinte kilómetros restantes en línea recta. Aquella carretera principal emergía, a través de varias entradas abiertas en forma de media luna, en el túnel noventa, que conducía a la segunda cámara.

Mirsky examinó varios edificios que se encontraban a lo largo de la vía pública de la segunda cámara antes de escoger el que le pareció más adecuado. Estaba escondido entre uno de aquellos rascacielos gigantes en forma de candelabro que los americanos llamaban megas y una larga fila de torres de roca de asteroide de unos cien metros de altura, que, aparentemente, no tenían utilidad alguna.

El edificio tenía sólo cuatro pisos de altura, y parecía haber sido en otro tiempo una especie de escuela. Largas filas de asientos que estaban unidos unos con otros llenaban las tres habitaciones de cada piso, y se hallaban colocadas de frente a unas paredes de lo que parecía ser pizarra negra bordeadas de cristal plateado.

En la habitación situada más al este del piso superior esparcieron los utensilios, y Mirsky se sentó con un Vielgorsky mucho más tranquilo y mucho más sombrío aún. Pogodin se marchó para esconder el camión.

—No se lo agradezco —le dijo Vielgorsky. Estaba echado en una litera y miraba las estrellas doradas que había en el techo azul oscuro—. Mi padre murió en Afganistán. No me dieron ninguna explicación sobre su muerte... secreto de estado. Aún no sé nada. Sólo sé que eso fue todo un ejercicio militar... para comprobar la fuerza de lucha del ejército... —Movié la cabeza, desconcertado—. ¡Un ejercicio de diez años! Para averiguar... —tosió tapándose la boca con la mano— para averiguar que todo lo que uno ha creído durante toda la vida no ha sido más que una mentira orquestada...

—No todo —le corrigió Mirsky—. Una gran parte sí, pero no todo.

—El hecho de tener los ojos abiertos no le hace a uno agradecido.

—Siempre hemos conocido algunos trozos y fragmentos, ¿no? —preguntó Mirsky—. Sobre la corrupción, sobre la incompetencia y los sobornables e incompetentes superiores... Sobre el Estado que se preservaba a sí mismo a

expensas de los ideales revolucionarios.

—Todo hombre debe trabajar conformándose con tales cosas aunque no las acepte. Pero haber utilizado a nuestras mejores atletas y bailarinas como concubinas...

—La hipocresía mezclada con la estupidez.

—¡Es mucho peor un gobierno que dice que está por encima del escándalo y que no puede equivocarse! ¡Por lo menos los americanos se revuelcan en sus escándalos!

Estuvieron hablando durante dos horas. Pogodin regresó. Escuchó atentamente, frunciendo el entrecejo cuando hablaban de cosas que le dolían. Interrumpió solamente una vez para hacer una pregunta:

—¿Todavía no han descubierto los americanos lo corruptos que están?

Mirsky afirmó con un gesto.

—Lo han sabido siempre, o al menos tan a menudo como la prensa podía descubrir los hechos.

—¿No tenían la prensa controlada?

—Manipulada, sí —dijo Mirsky—. Pero nunca controlada del todo. Tenían miles de historiadores y cada uno de ellos con una perspectiva propia. Tenían una historia confusa, pero las distorsiones deliberadas generalmente se descubrían antes o después.

Pogodin miró a Vielgorsky y a Mirsky; luego se dio la vuelta y echó a andar hasta la puerta de la habitación.

—Lo que nos han dicho sobre Stalin, Khrushchev, Brezhnev, Gorbachev... —Vielgorsky dejó que estas palabras se fueran apagando y dio una sacudida de cabeza.

—Es diferente de lo que les enseñaron a nuestros padres —terminó Mirsky por él—, y a los padres de nuestros padres anteriormente.

Y estuvieron hablando durante una hora más, esta vez sobre la vida en el ejército. Mirsky describió cómo en una ocasión había estado a punto de convertirse en oficial político. Vielgorsky hizo un breve resumen de los cursos acelerados de entrenamiento a los que él y los otros *Zampolits* habían asistido antes de ser lanzados con las Tropas de Choque del Espacio desde el Océano Índico.

—No somos tan distintos, al fin y al cabo —comentó Vielgorsky mientras Mirsky le servía un poco de agua de un termo. Mirsky se encogió de hombros otra vez y le acercó el vaso—. Usted conoce cuáles son las responsabilidades de un oficial político... las obligaciones que tiene hacia el partido, hacia la revolución...

—¿Qué revolución? —le preguntó Mirsky suavemente. Vielgorsky se puso rojo.

—Aún debemos ser leales a la revolución. Nuestras vidas, nuestra cordura

depende de ello.

—La revolución comienza aquí y ahora —dijo Mirsky—. Ya no tenemos la carga del pasado.

Se miraron el uno al otro durante un incómodo y largo rato. Pogodin regresó, los encontró en silencio y se sentó a un lado, agarrándose el dedo índice de una mano con el pulgar y el índice de la otra y dándose tirones, incómodo.

—El poder debe compartirse —dijo Vielgorsky—. Debe reestablecerse el partido.

—Pero no pueden hacerlo asesinos y patanes —le corrigió Mirsky, cortante y con los músculos de la mandíbula tensos—. Ya hemos tenido bastantes. Rusia ha sido violada por asesinos y patanes durante demasiado tiempo en nombre siempre de la revolución y del partido. Ya está bien. Yo pienso poner aquí fin a todo eso antes que llevarlo de nuevo a nuestros descendientes de la Tierra.

Vielgorsky rebuscó en el bolsillo y sacó un antiguo reloj de oro.

—Belozersky y Yazykov deben de estar frenéticos. No quiero ni pensar lo que son capaces de hacer como no tengan noticias mías.

—Eso los debilita —dijo Mirsky—. Déjelos que esperen sentados o que se cuelguen.

Vielgorsky esbozó una sonrisa lobuna y movió el dedo ante Mirsky.

—Es usted un hijo de puta. Yo sé lo que es. Es un visionario. Un visionario desviacionista.

—Pero soy el único con el que usted puede sentirse cómodo compartiendo el poder —le indicó Mirsky—. Sabe que ellos se le echarían encima al final. No se puede confiar en ellos más de lo que se confiaría en un perro loco.

Vielgorsky no parecía convencido.

—Es posible que ahora empecemos a comprendernos el uno al otro.

Vielgorsky se encogió de hombros y torció la boca con las comisuras hacia abajo.

A las doce horas del día siguiente, Pogodin dirigió la antena del camión hacia la perforación sur y Vielgorsky envió un mensaje a Yazykov y a Belozersky:

«Nuestras tropas de la cuarta cámara han conseguido capturar a Mirsky y a sus secuaces en la biblioteca de la tercera cámara. Reúnanse con nosotros allí. El juicio se llevará a cabo en la biblioteca».

Estuvieron mirando en silencio mientras la línea roja de la singularidad los guiaba hacia el escudo negro. Lanier se dirigió a la parte de atrás, donde Farley y Carrolson estaban intentando sacarle algún sentido a las lecturas de los instrumentos. Éstos de vez en cuando registraban algunos datos con significado, pero no con la suficiente frecuencia como para que pudieran serles de utilidad.

—Algo se acerca por la singularidad. Es una máquina grande y negra —dijo Heineman—. Viene muy rápido... —Lanier volvió a la parte de delante.

A horcajadas sobre la brillante línea roja, una máquina que tenía doble grosor que el sobretubo, redonda en su sección transversal y con la superficie de un negro brillante, se dirigía hacia ellos. Unas líneas de color púrpura brillante se distinguían sobre la superficie de la máquina y dibujaban cuadrados y rectángulos en hileras simétricas. Lanier se quedó fascinado cuando aquellos cuadrados y rectángulos se abrieron para sacar unos agarraderos y una gran variedad de brazos articulados. Ahora parecía un sumergible apropiado para el océano profundo, o el cuchillo de un insensato del Ejército Suizo.

—¿Qué irá a hacer?

—Se está poniendo a la misma velocidad que nosotros. Parece como si...

Unas luces de colores parpadearon en la cabina. Heineman se asustó y se echó para atrás; Lanier cerró los ojos y agitó las manos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Carrolson desde la parte de atrás. Unos objetos transparentes rojos y verdes danzaban de nuevo ante Lanier. Estiró la mano para tocar uno, pero aquello no tenía sustancia alguna.

—Son símbolos o algo bastante parecido —comentó Heineman—. ¿Los ves?

—Los veo —repuso Lanier—. No sé lo que son ni de dónde pueden venir.

La radio silbó de nuevo.

—Por favor, comuníquenos su identidad y expongan las razones que tienen ustedes para acercarse al escudo de la Ciudad de Axis.

Lanier cogió el micrófono que le ofrecía Heineman.

—Soy Garry Lanier. —Pensó tristemente que aquello les daría una idea—. Estamos en un viaje de exploración. Si hay algún problema...

—¿Desean un abogado?

—Perdón, ¿cómo dice?

—Se les asignará un abogado inmediatamente. ¿Es usted un humano corpóreo que reclama los derechos que le son debidos ante el Tribunal del Hexamon?

—Dí que sí —le aconsejó Carrolson.

—Sí.

—Ahora se les sacará a ustedes de la hendidura y se les conducirá a Axis Nader.

La máquina extendió uno de aquellos brazos y lo pasó por debajo del sobretubo. Varias chispas flotantes taparon el parabrisas; el V/STOL dio la vuelta en redondo y se puso a vibrar con fuerza. El gas produjo un silbido contra el fuselaje y las alarmas de la cabina del piloto se dispararon. Se oyó un violento sonido y hubo una sacudida; después la nave quedó flotando libremente.

Habían arrancado el sobretubo de la singularidad y lo habían empujado hasta dejarlo a la deriva. Luego habían separado el V/STOL del sobretubo.

Heineman escudriñó la brillante línea roja y la máquina oscura, que aún agarraba la popa del destrozado e inutilizado sobretubo.

—Nos ha separado del ensamblaje —les comunicó a los demás con una voz llena de ira—. La nave ha ido a la deriva treinta o treinta y cinco metros. Voy a la parte de atrás para comprobar si ha habido daños.

Lanier se instaló en el asiento del copiloto. Se puso metódicamente las correas de seguridad y trató de controlar la respiración. Aquello era exactamente igual que aterrizar en el mar, pensó. No peor, quizá mejor...

—No oigo ningún escape, pero de todas formas preferiría que estuviésemos inmersos en una atmósfera —indicó Heineman desde la parte de atrás.

La máquina abandonó el sobretubo y extendió de nuevo aquellas garras al tiempo que se dirigía al V/STOL. Heineman se precipitó hacia delante otra vez, rozando al pasar a Carrolson y a Farley.

—Mierda —dijo. Era la primera vez en la vida que Lanier le oía lanzar un juramento.

El bulto de aquella máquina oscureció el parabrisas y el avión se desvió hacia un lado. Flotando en el marco de la escotilla de la cabina del piloto, Heineman no siguió el mismo curso que el avión. Lanier lo hizo girar alrededor del asombrado ingeniero, luego le dio la vuelta.

—Agárrate antes de la próxima —le gritó.

Heineman se asió al asiento del piloto con una mano. El avión giró de nuevo en redondo y, como un maestro en artes marciales, utilizó el propio peso de Heineman para dislocarle el hombro.

El ingeniero dio un grito y se soltó, rodando en dirección contraria a la cabina. Lanier lo miraba sin saber qué hacer, esperando que aquel movimiento cesara. Cuando la calma se prolongó durante casi cuatro segundos, Lanier se desabrochó el cinturón, cogió a Heineman por la cintura y lo llevó suavemente hacia la parte de atrás de la nave. El rostro del ingeniero era una máscara de dolor; abrió los

ojos desmesuradamente, como un niño golpeado por un amigo.

Carrolson y Farley se habían hecho diversas magulladuras, pero nada más, antes de conseguir agarrarse a los asideros. Farley sujetó la cabeza de Heineman y Carrolson le cogió los pies, con los que Heineman no cesaba de dar patadas, mientras Lanier le inspeccionaba el brazo.

—¡Hijo de perra! —bramó Heineman—. Déjame el brazo tranquilo.

—Cuanto más tiempo permanezca el brazo fuera de su sitio, más te dolerá —le dijo Lanier—. No creo que tengas nada desgarrado. Jesús, ¿cómo me las voy a arreglar para poder encajarlo de nuevo a cero G?

—Ven, apoya el pie en uno de estos montantes de aquí y nosotras le sujetaremos el torso —indicó Carrolson. Heineman se retorció, con los ojos enloquecidos. El pelo, muy corto, se le había puesto tieso en todas direcciones. Lanier enganchó un pie bajo un peldaño y apretó el otro contra las costillas de Heineman. Carrolson y Farley sujetaron aún más fuerte al ingeniero.

—Soltadme —dijo Heineman débilmente con el rostro brillante a causa del sudor y las lágrimas.

Lanier agarró el brazo y el antebrazo y tiró, sujetó y retorció, todo al mismo tiempo. Heineman gritó de nuevo y las pupilas le dieron la vuelta hasta dejar los ojos en blanco. Se produjo un satisfactorio chasquido, como el golpe de una bola de billar, y el brazo se colocó de nuevo en su sitio. La cabeza de Heineman cayó nacidamente y la boca se le quedó abierta. Se había desmayado.

—Nunca nos perdonará —dijo Carrolson.

—Envolvedle el brazo con una compresa fría —recomendó Lanier. Empujó el rostro contra la portilla lateral de nuevo. La máquina oscurecía el parabrisas.

—No intenten acelerar —advirtió de nuevo la voz de la radio—. No activen los mandos de conducción. Los estamos llevando a Axis Nader.

Farley ayudó a Heineman a llegar hasta un asiento. El ingeniero dejó caer la cabeza hacia atrás y miró a Carrolson con el rostro lívido. Carrolson le inspeccionó los ojos, sujetándole los párpados abiertos con dos dedos.

—Tiene una conmoción —dijo. Abrió la caja del botiquín y sacó una jeringa desechable que ya estaba preparada, inyectándosela a continuación en el brazo sano.

Lanier se sentó en la cabina del piloto y trató de obtener alguna información leyendo los paneles de instrumentos. El V/STOL se estaba moviendo rápidamente; eso era casi todo lo que podía verse en ellos.

Olmy entró en la sala de monitorización de la hendidura, pictografiando su pase presidencial de acceso ante el vigilante corpóreo. La habitación era una estancia alta y ovalada que estaba llena de información pictográfica desenfocada, dirigida a dos neomorfos que había de servicio en los monitores.

Olmy flotó hasta su posición y quedó rodeado por detallados letreros con explicaciones acerca del sobretubo y el avión destruidos y colocados a la deriva, que se encontraban ahora bajo el control de un vehículo de mantenimiento de la hendidura.

—Ésta es una operación de seguridad, por orden expresa del presidente —pictografió Olmy al neomorfo jefe.

—No puedo aceptar eso —replicó el neomorfo—. Esto constituye una seria irrupción y debe ser reportada a los tribunales inmediatamente. Se les asignará un abogado...

—Ya tienen abogado. Y tú estás obligado a aceptar cualquier orden directa de un representante del Presidente —le recordó Olmy. El neomorfo, que tenía forma de huevo, un campo de tracción, brazos agarradores extendidos a ambos lados y un rostro humano en el frente, en el extremo más ancho del huevo, se rodeó a sí mismo con un círculo blanco pictografiado que indicaba obediencia bajo coacción. Pero aquello no fue suficiente para Olmy.

—Por orden del Presidente del Infinito Nexo del Hexamon, autoridad del Ministro de la Presidencia, quedas relevado desde ahora mismo de tus obligaciones —le dijo. El neomorfo protestó furiosamente produciendo un sonido alterado y algunas pictografías que cambiaban al color rojo mientras salía de la sala.

Olmy ocupó el lugar del neomorfo que se había ido e intercambió una mirada con el que quedaba.

—Este asunto no debe llegar nunca a los tribunales —manifestó.

—Ya ha sido retransmitido —le comunicó el segundo neomorfo. Olmy se puso a telepictografiar un mensaje al despacho de Suli Ram Kikura en Ciudad Central. Un estilizado emblema personal apareció ante él:

—Ser Ram Kikura no está disponible en este momento. Aquí uno de sus parciales. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Esto es una emergencia. Tenemos algunos visitantes más. Han violado la ley del Hexamon, pero es necesario que su caso sea suprimido de los tribunales inmediatamente, con la autoridad del Ministro de la Presidencia. —Olmy pictografió el código de autoridad.

—Recibido —contestó el parcial. Luego, en una imagen que resultaba completamente viva, el parcial empezó a mover la cabeza hacia ambos lados—. Verdaderamente, Olmy, nos traes muchos problemas. —El parcial hizo la señal de despedida y Olmy abrió otro canal, el de Axis Nader; pidió que el Frant acompañara a Patricia desde su alojamiento hasta el hangar de inspección. Ordenó que cortaran el tráfico en todas las vías de paso que había entre estos dos puntos. Aquello suscitaba algunas sospechas y resentimientos, pero no veía otra forma de hacerlo.

—Y necesitaremos además otros alojamientos. —El Frant recibió también la

autoridad codificada y puso el signo de despedida.

Olm y entonces dedicó toda la atención en el dispositivo de mantenimiento de la hendidura y a la nave.

—¿Están ilesos? —preguntó con unas pictografías teñidas de rojo en señal de exigencia.

—No han sido dañados por esta estación —contestó el neomorfo, que parecía alarmado.

—¿Te das cuenta de lo secreta que es esta operación? —le preguntó. El neomorfo asintió con la más sumisa sombra de ver de—. Bien. Entonces dirige el vehículo y a los violadores hacia el hangar de inspección.

Olm y salió de la estación y de la sala y fue a buscar el ascensor más rápido hacia Axis Nader.

—¿Cuántos individuos hay dentro de la nave? —preguntó la voz.

—Cuatro —repuso Lanier—. Uno está herido.

—¿Son todos humanos corpóreos?

—Somos todos humanos. ¿Qué es usted?

—Están ahora en un área de recepción de vehículos ilegales. No intenten escapar; el área está sellada.

La máquina retiró las garras y se levantó hasta apartarse de la nave. Lanier vio entonces que se encontraban en un lugar cerrado, muy parecido a un hangar ancho y espacioso, cuyas lisas paredes eran negras y grises. Unos cables plateados muy finos se enrollaban ante el parabrisas de la cabina del piloto. El avión estaba colgando de unos cables sujetos a un saliente de color plata pálida que se hallaba suspendido del techo del hangar. Tres grandes trabajadores mecánicos, de un color gris metálico, rodearon el avión y lo empujaron un trecho. Se movían sobre cuatro delicadas patas articuladas, y tenían los voluminosos cuerpos divididos en hemisferios conectados por un revestimiento estrecho y flexible.

No había signos de vida humana en el hangar. En dos puntos, unas imponentes puertas elípticas de unos cuatro metros de anchura se abrieron en las paredes, pero sin dar ninguna pista de quién se disponía a recibirlos.

—¿Quiéren dirigirse a la persona que ha intentado confirmar su identidad? —preguntó la voz, que seguía siendo tan agradable y melódica como siempre.

—¿Quién es? Quiero decir, ¿quién es el que nos ha identificado?

Reconocieron al instante la voz que se dejó oír a continuación.

—Garry, soy Patricia. ¿Sois cuatro? ¿Quiénes sois?

—Es ella, la hemos encontrado —dijo Lanier—. O ella nos ha encontrado a nosotros.

—Pensaba que alguien vendría a buscarme; es como yo decía. Son mis amigos. —Patricia se inclinó hacia delante esperando recibir más claramente las imágenes pictografiadas. Había conseguido distinguir a Lanier en el interior de la cabina del piloto—. Deben de estar aterrados. —Observó cómo la máquina negra de patrulla de la hendidura se levantaba en la cavidad por encima y por detrás del avión.

—Es posible que se encuentren en serios problemas con las autoridades de la ciudad —explicó Olmy—. Estoy tratando de conseguir que sobresean el caso y lo supriman, pero no puedo garantizar nada.

—Han venido a buscarme —le dijo Patricia—. No se les puede culpar por eso.

—Circularon por la hendidura axial y eso está estrictamente prohibido.

—Sí, pero ¿cómo iban a saberlo?

Olmy no respondió.

—Yo sé quiénes son —le dijo a Patricia—. Lanier, la científico Carrolson, la china caucásica llamada Farley y el ingeniero Heineman.

—¿Los reconoce? Usted nos siguió el rastro a todos nosotros, ¿no?

Los trabajadores mecánicos empujaron y guiaron el avión hasta una ancha entrada que comunicaba con otra estancia lateral. El iris se cerró tras el avión y las luces del hangar se oscurecieron.

Patricia salió de la cámara y cogió la mano que le ofrecía Olmy. Éste la condujo hasta llegar a la entrada del hangar de inspección.

Suli Ram Kikura entró en la estancia. Todavía no había tenido ocasión de conocer a Patricia, pero estaba ya muy familiarizada con ella. La abogada pictografió una breve conversación con Olmy. Patricia no se encontraba en la línea adecuada para poder distinguir los signos visuales que los otros dos estaban intercambiando —de todas formas no hubiera comprendido la mayoría de ellos—, pero sí podía entender la sustancia de lo que decían basándose en la actitud de la mujer. La mujer era una abogada corpórea. Había tomado las declaraciones de Olmy y las había retransmitido a un tribunal de primera instancia.

La escotilla del V/STOL se abrió. Un trabajador mecánico se asentó a unos cuantos metros de distancia sobre las ancas articuladas de que disponía; tenía los sensores completamente extendidos con el fin de poder grabar el desembarque de los pasajeros.

Historia —pensó Patricia—. Todos nosotros somos historia aquí.

Lanier salió en primer lugar. Patricia tuvo que reprimir el impulso de hacerle un saludo con la mano; en lugar de eso se puso de puntillas y le saludó haciendo un gesto con la cabeza. Lanier le devolvió el saludo y empezó a descender por la escalerilla del avión. A continuación salió Farley. Carrolson se quedó esperando en la puerta. Lanier señaló con un gesto hacia atrás, hacia la cabina, y dijo:

—Tenemos dentro un hombre herido. Puede que necesite asistencia.

Olmy y la mujer se pusieron a conferenciar de nuevo; luego la mujer se tocó la placa de fuerza de torsión que llevaba en la garganta. Al hacerlo miró a Patricia brevemente y sonrió. El pictógrafo de la abogada proyectó una bandera americana sobre su hombro izquierdo; tenía antepasados americanos y estaba orgullosa de ello.

—¿Qué hacemos? —quiso saber Carrolson—. ¿Vamos a dejarlo aquí?

—Diga a sus amigos que va a llegar un trabajador médico —le indicó Olmy en voz baja.

—Se pondrá bien. La ayuda ya está en camino —dijo Patricia. Lanier intentó acercarse, pero un trabajador mecánico le bloqueó el paso.

—¡Déjenlo pasar! —suplicó Patricia—. Olmy, ¿qué daño pueden hacer?

—Ahora están en cuarentena —le aclaró Olmy señalándole la línea roja y brillante que rodeaba el V/STOL a la altura del cofre.

Patricia se volvió hacia Lanier y levantó una mano.

—No van a haceros daño. Todo está bien. Sólo tenéis que esperar un momento.

—Me alegro de verte —dijo Lanier sin apartar la vista de los rápidos trabajadores mecánicos—. No teníamos ni idea de que fuéramos a encontrarte alguna vez.

Patricia tragó saliva para ver si se le quitaba el nudo que tenía en la garganta. Se volvió hacia Olmy.

—Tenemos que permanecer juntos —le dijo—. Tenemos que ayudarnos.

Olmy sonrió, pero eso no significaba que se mostrara de acuerdo; pictografió de nuevo para la mujer y ella se tocó otra vez el collar.

—Se está tomando una decisión ahora —informó a Patricia.

—¿Para dilucidar si son criminales o huéspedes? —preguntó ésta.

—¡Oh! Serán huéspedes —le dijo la mujer en un inglés perfecto—. Van a tomarles muestras ahora —continuó Olmy—. Quizá será mejor que se lo advierta.

—Garry —dijo Patricia—, tienen mucho interés en los cultivos de nuestra piel. Uno de los trabajadores —una de las máquinas— va a acercarse a vosotros para recoger algunas raspaduras de piel. No duele. Y el depósito de desperdicios de la cabina... también quieren eso.

—Aquí está el equipo médico —indicó Olmy. Tendría que contactar con todos los implicados en aquel asunto más tarde y obligarles a hacer declaraciones juradas de que guardarían el secreto. Dos ciudadanos corpóreos más y un pequeño trabajador mecánico entraron en la cámara y se acercaron a la línea roja. Cuando pasaron a través de ella, unos galones rojos les aparecieron sobre los hombros; ahora también estaban en cuarentena.

Lanier, Carrolson y Farley permitieron que el trabajador médico les levantara las mangas de los monos y tomara las muestras. Luego el trabajador se

apartó hacia atrás y tocó la línea roja. Al instante quedó rodeado por un bonito resplandor de color lila; cuando el resplandor se disipó, el trabajador cruzó la línea y se detuvo.

El equipo médico —todos homorfos— entraron por la escotilla de la nave. Unos minutos después, Heineman salía caminando por su propio pie entre los dos. El morfo jefe pictografió un mensaje para Olmy.

—Le dolía mucho, pero no tiene ninguna herida grave —comunicó Olmy a Patricia—. Le han aliviado el dolor, pero todavía no le han dado nada para curarlo.

—Son especímenes vírgenes como yo, ¿no es eso? —le preguntó Patricia. Olmy asintió y empezó a caminar con ella hacia la línea.

La línea desapareció cuando se acercaron.

—La cuarentena ha terminado —manifestó el morfo médico jefe. Pictografió unas cuantas cosas simples a Patricia y ésta agradeció la cortesía. Luego echó a correr y abrazó a Lanier, a Carrolson y a Farley, deteniéndose un poco con cada uno de ellos. Cuando le llegó el turno a Heineman, Patricia le abrazó con más cuidado.

—No me dejéis fuera, me encuentro muy bien —les pidió Heineman—. ¿Dónde demonios estamos?

—Yo soy quien va a recibir la sentencia del juicio —indicó la abogada con la bandera americana ondeando todavía al aire sobre su hombro. Se aproximó al grupo con las manos extendidas.

—Ella tiene una implantación, todos las tienen —explicó Patricia a Lanier tocándose la cabeza—. Ahora está escuchando la decisión del tribunal.

—El caso se ha resuelto por todas las grabaciones previas al juicio y ha sido denegado por las circunstancias —les anunció la mujer—. Todos ustedes son ahora huéspedes de Axis Nader. —Con una mirada significativa a Olmy, Ram Kikura añadió—: Por autoridad del Ministro de la Presidencia.

Vielgorsky se hallaba de pie ante el panel negro que marcaba la entrada a la biblioteca de la tercera cámara. Desde el otro lado de la plaza, que a la luz del tubo carecía prácticamente de sombras, Belozersky y Yazykov caminaban hacia él con precaución. Detrás de ellos venían dos pelotones de SST con los rifles en la mano.

Mirsky y Pogodin observaban desde el puesto de seguridad abandonado de la NATO, una pequeña habitación en el alero equipada con un monitor de vídeo. Mirsky jugueteaba con los interruptores del altavoz.

Pogodin le miró.

—Ahora tenemos una buena oportunidad —dijo.

—Ya lo sé.

Pogodin volvió a centrar la atención en la pantalla. Mirsky dirigió hacia los otros el aparato americano de escucha e incrementó el volumen.

—No necesitamos más soldados —decía Vielgorsky—. He enviado ya a Mirsky y a Pogodin a la cuarta cámara para que los mantengan allí detenidos.

—Parece que está cooperando —dijo Pogodin observándolo todo tranquilamente.

Mirsky asintió con la cabeza. Allí existía verdaderamente un riesgo; se le había hecho evidente en los pasados dos días que sin Vielgorsky no podría ostentar el mando; él no tenía ni la experiencia ni la inclinación necesaria para sumergirse en intrigas políticas con posibilidades de sobrevivir durante mucho tiempo. Vielgorsky era el mejor de todos los oficiales políticos. Si él y Mirsky no eran capaces de trabajar juntos, entonces la cooperación no era posible. Mirsky dudaba de que pudiera matarlos a todos, que era la otra alternativa. Sería mejor para él entregarse a los americanos o perderse en las ciudades y defenderse solo.

—Creo que es hora de que veáis por qué luchábamos y de que aprendáis a utilizarlo —dijo Vielgorsky.

—No tengo ningún deseo de imitar a Mirsky —repuso Belozersky—. No me importa lo más mínimo ese lugar.

—Camarada —le dijo Vielgorsky cargado de paciencia—, el conocimiento es poder. ¿Quieres ser más ignorante que los demás? Yo he estado ahí dentro y todavía soy Vielgorsky, todavía soy el Secretario del Partido.

—Sí... —convino Yazykov—. A mí no me asusta.

—A mí tampoco me asusta —se apresuró a decir Belozersky—. Pero...

—Entonces vamos a entrar y a ver qué era lo que Mirsky se traía entre manos cuando pasaba tanto tiempo aquí.

Mirsky los siguió con las cámaras de vídeo hasta que se perdieron de vista. Había algo más en juego. ¿Era posible ignorar el carácter del propio país después de haber pasado la vida entera dentro de sus fronteras? Sí; no había base de comparación, y, por mucho que supiera, sin comparaciones el conocimiento era inactivo. Incluso ahora que poseía la información de la biblioteca, Mirsky tenía que llevar a cabo un experimento.

Por muy injusta que fuera la prueba, ahora Mirsky juzgaría a su país y a todo lo que éste representaba según la forma en que actuara Vielgorsky.

—Les quitará las armas —dijo Mirsky—. No pueden estar armados cuando yo aparezca.

—¿Va a bajar ahora? —le preguntó Pogodin.

—Sí.

—¿Tanto confía en Vielgorsky?

—No lo sé. Es un riesgo.

—No sólo para usted —indicó Pogodin—. Nosotros cooperamos con usted: Pletnev, los científicos, y yo mismo, Annenkovsky, Garabedian.

Mirsky se dirigió a las escaleras. Sintió escalofríos en la espalda mientras bajaba por ellas. Tenía más miedo ahora que cuando había saltado de la nave de carga pesada en la perforación. Extrañamente, se sentía de nuevo como un niño. Y estaba cansado. Había observado el mismo cansancio en el americano Lanier.

Abrir la puerta...

Salir y pisar el suelo de la biblioteca. Sólo los tres *Zampolits* habían entrado en ella: Vielgorsky, que estaba apuntando con la pistola a Belozersky, y Yazykov, que se hallaba de pie a un lado mirando fijamente y lleno de consternación al oficial político compañero suyo. Los rifles descansaban en el suelo, los habían puesto fuera de alcance de una patada.

—Adelante, camarada general —le indicó Vielgorsky. Dio algunos pasos hacia un lado, sin dejar de apuntar con la pistola a Belozersky, y se agachó para recoger un AKV. Belozersky miraba a Mirsky con odio y una expresión de absoluta incompreensión. Yazykov tenía el rostro inexpresivo, fuertemente controlado. Mirsky atravesó la plaza hacia ellos.

Cuando estuvo a cinco metros del grupo, Vielgorsky apartó la pistola de Belozersky, la levantó y apuntó, mirando a lo largo del cañón a Mirsky.

—No le agradezco nada de lo que ha hecho conmigo, camarada —le dijo. Y apretó el gatillo.

La visión de las cosas que tenía Mirsky quedó inclinada, como si una lente anamórfica de un proyector de películas se hubiera dado la vuelta de repente.

Tuvo la impresión de que un lado de la cabeza se le estaba haciendo muy muy grande. Cayó de rodillas y se inclinó hacia delante; se dobló por la cintura y luego se desplomó golpeándose fuertemente la mejilla en aquel flexible suelo. Aquello le hizo más daño de lo que le había producido lo de la cabeza. Parpadeó con el ojo que le quedaba todavía sano.

Vielgorsky bajó la pistola, se la pasó a Belozersky, caminó hacia los rifles diseminados por el suelo, recogió un AKV y, apuntando con él a las sillas y los globos de la plaza, empezó a hacer fuego. Las lágrimas saltaron hechas pedazos y las balas, a pesar del eco, rebotaron en aquella gran sala con un sonido algo distante e inexpresivo.

El alarido de triunfo y placer de Belozersky quedó cortado de golpe por un enorme ruido imposible de describir. Los tres oficiales políticos retrocedieron; Vielgorsky dejó caer el arma y echó la cabeza hacia atrás de un tirón. Yazykov se tapó los oídos y la boca con las manos. Los tres se desplomaron. Unos vapores blancos salieron a chorro del techo por todo alrededor de la plaza, se derramaron por todo el recinto y se convirtieron en una espesa niebla.

La niebla se extendió sobre ellos y Mirsky cerró el ojo, agradecido al fin por aquel tranquilo sueño.

Todo lo que sabía Lanier —que estaba echado en el sofá, apretando con la mano la tapicería de dibujo africano, mirando el monótono techo de color crema y descansando ostensiblemente—, era esto y poco más:

Que sus habitaciones estaban situadas en las extensiones exteriores de la zona cilíndrica rotante llamada Axis Nader; que había cinco apartamentos a lo largo del pasillo del vestíbulo, cada uno de los cuales contaba con un dormitorio, un cuarto de baño y un salón; que al final de dicho pasillo se encontraban un comedor común y un gran salón de estar de forma circular. La fuerza centrífuga en aquel nivel en concreto del recinto era sólo ligeramente menor que la que había en el suelo de las cámaras de la Piedra. Todas las viviendas eran lugares cerrados y carecían de verdaderas ventanas, aunque las ventanas de ilusart, cuyas idílicas escenas terrestres se veían desde los apartamentos y el salón de estar, proporcionaban una sensación de espaciosidad que era difícil negar.

Alguien se había tomado una considerable molestia en hacer aquellos alojamientos agradables y familiares. Lo que Lanier pudo deducir de todo aquel alboroto era que a ellos se les consideraba gente importante. En cuanto a si eran prisioneros o huéspedes con todos los honores, de momento resultaba bastante difícil de decir.

Volvió la cabeza hacia un lado, alargó la mano hacia un montón de revistas que había sobre una mesita para el café cercana al sofá, alcanzó un ejemplar de *STERN* y comenzó a hojearlo sin mirar realmente lo que había en las páginas. Seguía inspeccionando con los ojos el apartamento, deteniéndose en los pequeños detalles: el artístico jarrón de cristal, de color rojo y morado con bolitas doradas superpuestas, que se hallaba en un extremo del escritorio; la rica tela del sofá; los libros que llenaban un estante; y los cubos de datos apilados al lado en un soporte de madera de ébano.

Estaba a punto de dejar de nuevo la revista sobre la mesita de cristal escarchado, cuando se dio cuenta de que no había mirado la fecha. Cuatro de marzo del año dos mil cuatro. Era de hacía un año. ¿Dónde la habrían encontrado?

¿Dónde habrían encontrado cualquiera de aquellos objetos que había en los apartamentos?

—¿Puedo entrar? —preguntó Patricia. La puerta del apartamento se hizo transparente y Lanier la vio de pie en el pasillo. A juzgar por la actitud de la muchacha, ella no podía ver hacia dentro.

—Sí —contestó—. Por favor, pasa.

Patricia continuó esperando fuera.

—Garry, ¿estás ahí?

Aquello dejó perplejo a Lanier durante un momento; Patricia no le había oído. Unos símbolos aparecieron en el aire, a un lado de la puerta, y se pusieron a parpadear rápidamente; pequeñas maravillas de caligrafía, pictos —como Patricia los había llamado—, frases compuestas por símbolos simples a los que denominaban iconos. Como vio que no sucedía nada, Lanier se acercó a la puerta, y la voz de la habitación, sin sexo definido y melódica, preguntó:

—Tiene usted una visita, señor Lanier. ¿Desea que entre Patricia Luisa Vásquez?

—Sí, por favor, déjela entrar —contestó. La puerta se hizo opaca de nuevo y se deslizó hacia un lado.

—¡Hola! —saludó Patricia—. Dentro de media hora tenemos que reunimos todos para encontrarnos con aquella mujer que estaba en el hangar. Olmy me ha explicado que es nuestra «abogada». Creo que es mejor que antes comentemos algunas cosas tú y yo.

—Buena idea —dijo Lanier—. Vamos a sentarnos.

Cogió una cómoda silla tapizada de cuero mientras Patricia se sentaba en el diván. La muchacha cruzó las manos sobre el regazo y se quedó mirando fijamente a Lanier, con los labios fruncidos como si quisiera contener una sonrisa.

—¿Qué demonios te había sucedido? —preguntó entonces Lanier.

—¿No está claro? Me raptaron. Creo que nos estaban invadiendo o algo parecido. Yo entonces me había puesto medio loca. Puede ser que algo más que medio loca. Así que tomé un tren para la tercera cámara y Olmy me encontró allí. Llevaba con él un Frant, un no humano.

—¿Quién es Olmy?

—Ya has tenido ocasión de conocerle; es el que nos trajo aquí y arregló las cosas para que los alojamientos estuvieran preparados a tiempo.

—Sí, le conozco, pero... ¿quién es, qué cargo tiene, qué importancia?

—Es un agente de alguna clase. Trabaja para el Nexo, el principal órgano de gobierno del Hexamon. Ha sido mi profesor durante los últimos días, desde que llegamos aquí. ¿Nos invadieron?

—Sí —repuso Lanier—. Los rusos. —Le explicó lo que había sucedido y Patricia estuvo escuchando atentamente.

—Creo que ésa era una de las razones por las que Olmy deseaba que yo saliera de las cámaras —explicó después Patricia—. Pensó que yo podría

encontrarme en peligro. Aún no estoy segura de por qué me escogió a mí precisamente, pero... —Se encogió de hombros—. Tengo alguna idea. Me han hecho pasar ya por algunas pruebas. También os las harán a vosotros. Pruebas diagnósticas, psicológicas, de todo tipo; y todo en unos cuantos minutos. No duele. Realmente tienen interés en nuestros cuerpos. Somos curiosidades históricas.

—Apuesto a que sí. De todas formas, cuando me enteré de que te habían secuestrado estuve a punto de volverme loco. Judith Hoffman consiguió llegar a la Piedra desde la Estación Dieciséis...

—¡Qué estupendo! —dijo Patricia—. ¿Llegó alguien más con ella?

—Sí... pero nadie que nosotros conociéramos.

La expresión de alegría de Patricia se volvió rígida.

—Hoffman, evidentemente —continuó Lanier—, decidió que yo ya no iba a resultar muy efectivo. Creo que tú fuiste la gota que colmó el vaso.

—¿Yo?

—Hoffman me dijo que cuidara de ti. Fui incapaz de prevenir lo que sucedió en la Tierra y además te perdí. No me tomo muy bien las cosas cuando fracaso, Patricia. —Se frotó las mejillas y los ojos—. Un fracaso. Sí. Supongo que se puede llamar fracaso al hecho de perder la Tierra entera.

Patricia se apretó las manos con fuerza entre ambas rodillas.

—No está perdida —murmuró.

—De modo que Hoffman autorizó una expedición para salir a buscarte.

—Es estupendo teneros a todos aquí, mis amigos, mis salvadores. —Aquella repentina alegría estaba un poco teñida de amargura.

—Entonces, ¿aquí se nos considera realmente huéspedes? —preguntó él.

—¡Oh, sí! No estaban esperándonos... aunque cuando Olmy se enteró de que veníais comprendió enseguida que tenía que ser con el sobretubo. Consultaron el asunto inmediatamente con él, puesto que Olmy era el único que había estado recientemente pasillo abajo.

—¿Saben algo de la Piedra, de lo que hemos estado haciendo en ella?

—Sí, supongo que sí. Olmy debe habérselo dicho.

—Y, ¿tienen planeado hacer algo con nosotros? Quiero decir, supongo que tienen interés en la Piedra.

—No estoy segura. Algunos lo tienen. Es todo muy confuso, y yo sólo he estado tomando lecciones seriamente durante los últimos dos días. Todo es cuestión de mucha política. Eso es lo que Olmy me ha dicho.

—Están muy avanzados, ¿no? —quiso saber Lanier.

—Oh, sí. Pero no tanto como para que no podamos entender un montón de cosas. Nuestras habitaciones, por ejemplo, no son muy diferentes de aquel apartamento de la tercera cámara. El que Takahashi me enseñó.

Lanier no le había hablado de la traición de Takahashi. No consideró necesario hacerlo ahora.

—Toda la decoración es una ilusión —continuó explicándole Patricia—. Hay un pictor —una especie de proyector— en cada habitación. Hace que nuestra mente sienta y vea las elaboraciones. Los muebles aquí tienen una forma y función básica, pero todo lo demás son solamente proyecciones. Han utilizado esta tecnología durante mucho tiempo, durante siglos. Están tan acostumbrados a ella como nosotros lo estamos a la electricidad.

Lanier se levantó y se puso a hojear rápidamente el ejemplar de la revista *STERN*; luego cogió un ejemplar de *TIME* que había debajo.

—Estas revistas, ese jarrón —señaló el artístico jarrón—, ¿no son más que grabaciones almacenadas en alguna parte, proyectadas?

—Supongo que debe de ser así.

—¿Nos están mirando ahora?

—No. Me dijeron que no lo hacen. La vida privada se considera muy importante aquí.

—Me dijiste que tenías una idea de por qué te querían precisamente a ti.

—Bien... es sólo una suposición. Por lo visto a Olmy le preocupaba mucho que yo fuera a encontrar la manera de cambiar la maquinaria de la sexta cámara.

—Pero quería que estuvieras a salvo.

—Y sin problemas. —Se levantó y señaló con un gesto la decoración—. ¿Te gusta lo que han hecho?

—No está mal. —Lanier se encogió de hombros—. Es bastante cómodo.

—Se les da muy bien el concordar la decoración con las personas. Mis habitaciones son también muy cómodas. No se parecen mucho a lo de casa, sin embargo. Yo soy...

La amargura que escondía la alegría de Patricia se hizo completamente visible durante un instante, dejando ver unos ojos duros y determinados.

—No me estoy tomando bien las cosas. Algunas partes de mí están hechas un revoltijo.

—Eso... realmente no tiene nada de extraño —indicó Lanier.

—Ellos van a ayudarnos —aseguró Patricia—. Dicen que van a ayudarme a encontrar mi casa. Son capaces de hacerlo, ¿sabes? Aunque todavía ignoran dónde está. Pero se enterarán. He aprendido eso desde que estoy aquí. El pasillo es muy tortuoso. —Cruzó los dedos y estiró los brazos—. Vamos a reunimos con los demás.

Olmy estaba de pie en el centro del salón de estar circular y Suli Ram Kikura se encontraba a su lado. Se la fue presentando formal y detalladamente a cada uno de los cinco, explicándole a la abogada las funciones que cada uno había desempeñado en Thistledown. Lanier estaba impresionado de todo lo que Olmy

sabía; parecía que hubiese llevado una minuciosa documentación de cada uno de ellos.

—Y ésta es ser Suli Ram Kikura, la abogada que se encarga de ustedes. La llegada en el sobretubo ha sido algo absolutamente ilegal, así que ella ya les ha hecho un buen servicio. Consiguió que denegasen el caso de ustedes en el tribunal basándose en las circunstancias.

—Y bajo la autoridad del Ministro de la Presidencia —añadió ella—. Es algo que un abogado de mi categoría no hubiera podido hacer por sus propios medios.

—Se subestima a sí misma —comentó Olmy.

—Ahora que ya nos conocemos todos, creo que lo mejor que podemos hacer es intentar poner las cosas en claro —dijo Ram Kikura. Olmy se sentó y se cruzó de brazos—. Antes de nada, deben ustedes saber que la mayor parte de los ciudadanos y clientes de la Ciudad de Axis y de las comunidades situadas a lo largo de la Vía —lo que ustedes llaman el pasillo— hablan unos con otros por medio de la pictografía. —Se tocó el mecanismo de fuerza de torsión que llevaba alrededor del cuello y miró a Heineman. Varias luces parpadeantes aparecieron de repente ante los ojos de éste—. Yo llevo un pictógrafo personal. A todos ustedes también se les darán pictógrafos personales dentro de un par de días. No será en absoluto necesario que aprendan el lenguaje pictográfico, pero si lo hacen les resultará muy útil. Las clases no les llevarán mucho tiempo, dos o tres días a lo sumo. Según tengo entendido, la señorita Vásquez posee ya unos rudimentarios conocimientos de los pictos.

—Sólo las cosas fáciles —dijo Patricia.

—Yo hablo inglés americano y lo he hablado durante años, porque estoy orgullosa de mis antepasados, que son norteamericanos, concretamente de los Estados Unidos de América y aún más concretamente de California.

» Cuando ustedes me vieron por primera vez, se darían cuenta de que estaba pictografiando una bandera de los Estados Unidos sobre mi hombro izquierdo. Esto lo hacen con cierta frecuencia los Amerindios; es un símbolo de nuestro orgullo. Después de la Muerte se considera una cosa vergonzosa el hecho de proclamar una herencia rusa o americana. A los que lo hacían se les perseguía. Los americanos eran aún más perseguidos que los rusos. Cuando los sudamericanos y los mejicanos repoblaron grandes porciones de Norteamérica, a las personas que se declaraban ciudadanos de los Estados Unidos se las arrestaba. Los Naderitas de aquella época trataron de crear un gobierno unificado mundial, y había cierto resentimiento contra las anteriores superpotencias.

—¿Y eso ha cambiado ahora? —preguntó Heineman. Ram Kikura afirmó con un gesto de la cabeza.

—Los Estados Unidos nos dieron la mayor parte de nuestra cultura, las bases de nuestras leyes y de nuestra forma de gobierno. Sentimos con relación a

América lo mismo que podrían ustedes sentir con respecto a Roma o a Grecia. Los ciudadanos se enorgullecen considerablemente de tener antepasados americanos. Si la presencia de ustedes aquí se hace del conocimiento público...

Lanier cerró un puño con fuerza, preocupado por las implicaciones que conllevaba el mantener el secreto indefinidamente.

—... tendré que actuar como si fuera el agente teatral de ustedes, me temo.

La sonrisa de la abogada parecía indicar humor y al mismo tiempo también confianza. Lanier relajó un poco la tensión del puño.

Farley movió la cabeza.

—Yo soy china. ¿Quedo entonces fuera de esto?

Ram Kikura sonrió.

—Nada de eso. Los que tienen herencia china constituyen al menos un tercio del Hexamon, mucho más de lo que forman los americanos.

» En cuanto a la posición en que se encuentran ustedes, de momento su presencia aquí se está tratando como un secreto del Hexamon. No mantendrán ningún contacto más con ciudadanos del Hexamon hasta que esta situación cambie. Sin embargo, tienen ustedes todos los derechos que se conceden a los huéspedes del Hexamon. Ni siquiera el mismo Presidente puede privarles de esos derechos. Uno de ellos es el derecho de tener un abogado que represente sus intereses y que les aconseje. Si alguno de los aquí presentes tiene algo que objetar en cuanto a que yo sea su abogado, que me lo haga saber inmediatamente y se les asignará otro.

Los miró a la cara uno por uno. No hubo ninguna objeción; Ram Kikura no esperaba ninguna.

—Su posición aquí —continuó— es la de clientes potencialmente inocentes. Es decir, que ustedes pueden serle útiles al Hexamon y esa utilidad puede asimismo proporcionarles alguna ventajas a ustedes —lo que ustedes designarían con el término pago—, pero por el momento no se les va a molestar. Como seres inocentes se les someterá a estudio —a menos que tengan alguna objeción—, y el conocimiento que se obtenga de dichos estudios se invertirá, en su nombre, en ciertos bancos de información del Hexamon. Tendrán acceso a él también el Nexo y otros cuerpos de gobierno del Hexamon, tengan ustedes alguna objeción que hacer o no.

—Me gustaría hacer algunas preguntas —dijo Lanier.

—Por favor, hágalas.

—¿Qué es el Hexamon... y el Nexo?

—El Hexamon es la totalidad de los ciudadanos humanos. Puede denominarse el estado. El Nexo es el órgano principal de elaboración de leyes de esta ciudad y de la Vía, desde Thistledown y los territorios prohibidos hasta la marca dos ex nueve. Es decir, hasta el punto que señala los dos mil millones de kilómetros en la Vía.

—¿Son todos ustedes descendientes de los habitantes de la Piedra, de la gente que vivía en Thistledown? —preguntó Carrollson.

—Sí —contestó Ram Kikura.

—Perdón —intervino Heineman—. ¿Cuánta gente vive aquí? ¿Cómo es de grande esta Ciudad de Axis?

Ram Kikura sonrió y pictografió instrucciones en las paredes vacías. No había pilares de datos en ninguna parte, en apariencia las funciones de los mismos se habían integrado a los insignificantes pictógrafos de la habitación.

Una muy sólida imagen de la Ciudad de Axis apareció cerca de la abogada y dio la vuelta lentamente. Heineman se echó hacia delante en el asiento, frunciendo el entrecejo por la concentración.

—Cien millones de humanos ocupan la ciudad y la Vía. De ellos, diez millones viven fuera de la ciudad, a lo largo de la Vía, principalmente comerciantes y coordinadores de los quinientos setenta y un pozos que están activos. Otros noventa millones viven en la Ciudad de Axis. De ellos, setenta millones están en la Ciudad del Recuerdo. La mayor parte de éstos han vivido ya las dos encarnaciones que les permite la ley, y se han retirado de sus respectivos cuerpos para existir como modelos de personalidad en el entorno de la Ciudad del Recuerdo. En circunstancias muy especiales se les pueden asignar nuevos cuerpos, pero la mayoría de las veces están contentos en Recuerdo. Unos cinco millones de personalidades desviadas —las que están incompletas o estropeadas de tal manera que no pueden redimirse ni siquiera con los métodos de terapia más extremos— se conservan inactivas.

—¿La gente no muere? —preguntó Carrollson.

—La muerte y el morir se refieren aquí usualmente a la pérdida del estado corporal, no del estado mental. En una palabra, no, la gente no muere o lo hace muy raramente —explicó Ram Kikura—. Todos nosotros estamos equipados con implantaciones. —Se tocó un poco detrás de la oreja, después movió el dedo hasta otro punto situado en el puente de la nariz—. Las implantaciones suplementan nuestro razonamiento, y si ocurre un accidente conservan grabaciones de nuestras experiencias y personalidad más recientes. La implantación es casi indestructible... es lo primero que recuperamos de las víctimas de un accidente. Cada poco tiempo ponemos al día nuestros recuerdos en la Ciudad del Recuerdo por medio de las grabaciones que hay en estas implantaciones. De esta forma cualquier personalidad se puede reconstruir rápidamente. Todo lo que tenemos que hacer es una puesta al día final y volver a habitar en un nuevo cuerpo; la resurrección no puede distinguirse del original.

Miró a su alrededor a los que estaban en la habitación, preparada para recibir más preguntas. No hubo más. Las implicaciones estaban empezando a penetrar en todos los que escuchaban.

—Utilizaré a Olmy como ejemplo —dijo Ram Kikura—. ¿Con tu permiso...?

Olmy asintió con la cabeza.

—Olmy es en cierto modo una rareza a causa de su edad y de su historia. Su cuerpo original nació hace cinco siglos. La primera vez que murió fue por accidente; no quedó destruido del todo, así que lo reconstruyeron. Como se le consideraba importante para el Hexamon y siempre estuvo relacionado con trabajos peligrosos, le permitieron tres encarnaciones en lugar de dos, que es lo habitual. El cuerpo que tiene actualmente está adaptado para el trabajo especializado; se trata de un cuerpo de tipo popular y es completamente autosuficiente. El sistema de residuos con el que cuenta es cerrado. En el abdomen lleva una pequeña batería: todos los residuos se reprocesan internamente. Es necesario recambiar la batería e introducir materiales suplementarios sólo una vez al año. Necesita agua cada tres meses.

—¿Es usted humano? —le preguntó Carrolson a Olmy con toda intención.

—Lo soy —repuso Olmy—. ¿Presumo que tiene usted curiosidad sobre mi sexo?

—Pues... sí, francamente —admitió Carrolson. Heineman torció un ojo y levantó la ceja opuesta.

—Soy completamente masculino de nacimiento y por elección, y mis órganos sexuales funcionan.

—Y tanto que sí —comentó Ram Kikura—. Pero la orientación sexual de nacimiento, incluso en los que nacen naturalmente, no es necesariamente permanente.

—¿Quiere decir que si eres hombre puedes no ser siempre hombre? —preguntó Farley.

—Puedes ser mujer. Hombre o mujer. Muchos neomorfos actuales no tienen una orientación sexual específica.

—Está usted hablando de los que nacen naturalmente —intervino Heineman—. ¿Tienen niños-probeta y cosas de ese estilo?

—Aun a riesgo de causarles una conmoción —lo que puede que sea inevitable—, les diré que la mayoría de las personas hoy no nacen de un hombre y una mujer. Sus personalidades se crean a partir de uno o más padres con lo más sobresaliente de otras personalidades parciales de la Ciudad del Recuerdo, y por medio de la infusión de lo que nosotros llamamos Misterio de por lo menos un individuo, generalmente de uno de los padres. La joven personalidad se educa y se prueba en la Ciudad del Recuerdo, y si pasa ciertas pruebas se considera que «madura», es decir, se gana la primera encarnación, lo que la mayoría de las veces hace en forma de un joven adulto. El cuerpo que habita la personalidad puede ser diseñado por los padres o por el propio individuo. Si con el tiempo el ciudadano que sea utiliza las dos encarnaciones que se le permiten, entonces puede retirarse a la Ciudad del Recuerdo.

Carrolson iba a decir algo, pero lo pensó mejor; finalmente decidió hablar de

todas formas:

—Las personas sin cuerpo —las que se encuentran en los ordenadores—, ¿son humanas, están vivas?

—Ellas lo creen así —dijo Ram Kikura—. Tienen ciertos derechos específicos y determinadas obligaciones también, aunque necesariamente la voz que tienen en el gobierno es menor que la de los ciudadanos corpóreos. Pero si puedo hacerles una sugerencia, creo que no estamos tratando temas de la más inmediata importancia...

Señaló hacia la imagen rotante de la ciudad.

—Aquí es donde ustedes permanecerán —continuó diciendo—. De momento no pueden regresar a Thistledown. Tendrán su hogar en este recinto, Axis Nader, donde las condiciones, el diseño, la cultura, la gente, les son razonablemente familiares. Aunque no podrán conocerlos durante cierto tiempo, este recinto está habitado por Naderitas ortodoxos.

» La señorita Vásquez le ha dicho a ser Olmy que algunos de ustedes tienen conocimiento de los puntos básicos de nuestra historia. Así pues, comprenderán que los Naderitas ortodoxos prefieren tener unas condiciones de vida tan parecidas a las de la Tierra como sea posible. Esta parte contiene muchas áreas de belleza natural, y tan pocas ilusiones en los lugares públicos como es posible. Hay otras dos zonas rotantes —Axis Thoreau y Axis Euclid—, situadas más allá de Ciudad Central. Axis Thoreau se encuentra ocupado también por Naderitas, aunque con una visión más liberal.

—Más preguntas —dijo Lanier—. ¿Cuándo podremos regresar con nuestra gente?

—No lo sé. Ésa es una decisión que no podemos tomar nosotros.

—¿Podemos enviarles algún mensaje?

—No —dijo Olmy—. Técnicamente sus compañeros están cometiendo una violación.

—¿No es una situación un poco anormal? —preguntó Lanier—. Ahora que Thistledown ha regresado a la Tierra...

Olmy parecía evidentemente a disgusto.

—Anormal. Y muy complicada.

Patricia tocó la mano de Lanier y le hizo un gesto con la cabeza: ya había bastante por ahora.

—Después de que hayan comido, dispondrán ustedes de tiempo para acostumbrarse y para aprender el uso de las instalaciones. Luego pueden descansar. Mañana por la mañana les despertarán en las habitaciones. Por favor, vuelvan aquí.

Por el pasillo, Patricia se puso a caminar al lado de Lanier.

—Somos rehenes —le dijo en voz baja—. Hemos disparado las alarmas. — Se puso el dedo en los labios y se dirigió rápidamente a la puerta de su

apartamento.

Wu y Chang iban caminando cogidos del brazo desde la estación del tren hasta la plaza de la biblioteca; hablaban poco, pero cada uno de ellos estaba contento por la compañía del otro. Habían decidido unas horas antes ir juntos a la biblioteca, hacer aquel peregrinaje que tantos planeaban y que tan pocos tenían tiempo de hacer. Solos o en grupos, quizás un total de no más de veinte miembros de la NATO, de las fuerzas aliadas y de los miembros de los equipos científicos habían ido y regresado con los al mismo tiempo temidos y respetados informes del potencial de la biblioteca. Aquello había impresionado a Wu; le pidió permiso a Hua Ling y, puesto que el campo de estudios del equipo chino se había reducido en extensión, el jefe del equipo se lo concedió.

Pero algo no marchaba bien. Soldados rusos iban y venían por el exterior de la biblioteca con cierto desorden. En cuanto vieron que Wu y Chang cruzaban la plaza solos, se echaron boca abajo en el suelo y les apuntaron con los rifles. Wu levantó las manos instintivamente. Chang retrocedió un paso y pareció dispuesta a echar a correr.

—No, mi amor —le susurró Wu.

—¿Qué están haciendo?

—No lo sé. Pero creo que es mejor que no hagamos movimientos rápidos.

Chang se adelantó hasta ponerse al lado de Wu y levantó las manos también, echándole una mirada en busca de aprobación. Él asintió con la cabeza.

Mantuvieron aquella posición durante cinco largos y desagradables minutos, mientras unos cuantos soldados se arrastraban hasta donde se hallaban los demás y se ponían a conferenciar. Luego ladraron una orden y todos menos dos de los soldados rusos se levantaron del suelo y se colgaron los rifles al hombro.

—¿Podemos movernos ya? —le preguntó Chang a Wu.

—No; aún estamos en peligro.

Dos rusos atravesaban la plaza hacia ellos. A algunos metros de distancia se detuvieron.

—¿Hablan ustedes ruso? —preguntó uno de los soldados en ruso.

—Yo sí —replicó Chang en esa lengua—. Pero hablo mejor el inglés.

—Mi terrible inglés —dijo, demostrándolo, el hombre que hablaba—.

¿Ustedes chinos?

—Sí. Estábamos paseando —dijo Chang. Desde aquel momento en adelante siguieron hablando en ruso.

—Yo soy el cabo Rodzhensky, y éste es el cabo Fremov. Algo malo ha sucedido en la biblioteca; no estamos seguros de qué es lo que ha pasado. No podemos permitirle el paso a nadie; además el edificio está cerrado y no conseguimos abrirlo.

—¿Tienen ustedes alguna idea de cuál es el problema? —preguntó Chang haciendo un esfuerzo por mostrar interés y educación.

—No. Oímos disparos y luego la pared... la pared negra se cerró y ya no se abre.

—¿A qué fueron debidos los disparos?

—No lo sabemos —dijo Rodzhensky mirando nerviosamente a Fremov—. Nos hemos puesto en contacto con nuestros superiores en la cuarta cámara, pero todavía no ha llegado nadie.

—Les ayudaremos de la forma en que podamos —se ofreció Chang—. O, si ustedes lo prefieren, nos marcharemos.

—No... Quizás ustedes puedan acercarse a la puerta y tratar de abrirla. Puede parecer ridículo, pero es que, claro... —Rodzhensky se encogió de hombros; luego, de repente, se dio cuenta de que aún estaban apuntando a la pareja con los rifles—. ¿Llevan ustedes armas? —preguntó mirando por encima del hombro a los dos hombres que continuaban echados en el suelo.

—No. Somos científicos.

Rodzhensky gritó para que los hombres de los rifles dejaran de apuntar.

—No estamos familiarizados con este lugar —les explicó—. Nos pone muy nerviosos. Y especialmente ahora. Nuestros oficiales están en el interior de este edificio buscando a un fugitivo. —Arrugó el entrecejo y de pronto pareció darse cuenta de que quizá les estuviera revelando demasiadas cosas a unos extraños—. Por favor, vengan con nosotros para ver si la puerta se abre para ustedes.

Chang le explicó lo que había sucedido a Wu, que mantuvo un aire de intenso interés mientras los acompañaban a la entrada de la biblioteca. Los soldados se agitaron a su alrededor, inmersos en una cierta confusión. Wu se acercó a la pared negra con las manos en alto y tocó aquella suave superficie con los dedos y las palmas de las manos.

No se dilató, como le habían dicho que sucedería. Dio unos pasos hacia atrás y bajó las manos.

—Lo siento —dijo—. No parece...

Una serie de tonos bajos y vibrantes surgió de la pared. Y luego se repitió, seguida de una voz:

—Se requiere la atención de la policía en este recinto —dijo la voz en ruso—. Prohibida la entrada al personal no autorizado. Por favor, alerten a las autoridades médicas y policiales inmediatamente. No se permite la entrada. —

Luego se repitió el mensaje en inglés y en chino.

Los soldados retrocedieron, con los AKV preparados y apuntando con las pistolas.

—Algo debe de haber sucedido ahí dentro —le dijo Chang tranquilamente a Rodzhensky—. Quizá deberíamos decírselo a nuestros superiores. ¿No sería eso lo más prudente? —Miraba al ruso con aquellos estrechos ojos almendrados, y tenía el rostro enmascarado de persuasión y ecuanimidad. Wu sintió una admiración tremenda por ella. Nunca la había visto reaccionar ante una crisis de aquel tipo.

El cabo Rodzhensky se quedó pensando un rato; luego movió la cabeza con firmeza y dejó caer los hombros que tenía subidos, en tensión, y pareció reconsiderar el asunto.

—¿Qué haremos si no se abre? —les preguntó.

—Ahora no se abre.

—Nuestros jefes están dentro. Todos ellos —insistió el soldado ruso.

Chang mantenía la mirada absorta.

—Sí, está bien —dijo Rodzhensky finalmente—. Por favor, vayan a buscar a sus superiores.

—Gracias —dijo Chang. Cogió a Wu del brazo y se fue con él atravesando de nuevo la plaza.

—Es muy extraño —exclamó al tiempo que movía la cabeza, sorprendida—. De lo más extraño.

—Estuviste maravillosa —le dijo Wu lleno de pavoroso respeto.

—Gracias. —Chang sonrió, agradecida.

Había enterrado el paracaídas y ahora estaba echado cerca de la carretera, sobre la larga y seca hierba de color amarillo que olía a dulce. Con las manos sobre los ojos, esperaba que pasara un camión o un coche para intentar que le llevaran hasta Podlipki... ¿o a aquella base de Mongolia que tenía sólo un número, el ochenta y tres?

No es que eso importase demasiado. El sol era cálido y, excepto por un ligero dolor de cabeza, el comandante Mirsky se sentía espléndidamente bien. Se había desviado tanto de su rumbo en la caída que tardaría horas en llegar a la base y se perdería la cena, pero se perdería también la instrucción política. Alegremente cambiaría el *kasha* por unas cuantas horas de soledad para pensar.

Por fin un polvoriento y largo Volga negro se acercó por la carretera y se detuvo a la altura de Mirsky. La ventanilla de atrás se bajó y un hombre corpulento y de rostro musculoso que llevaba un sombrero de fieltro gris sacó la cabeza y frunció el ceño al ver a Mirsky.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó el hombre. Se parecía al comandante general Sosnitsky, pero también se parecía bastante al pobre Zhadov, que había muerto en la masacre de la perforación, en dondequiera y cuando fuese que aquello hubiera sucedido—. ¿Cómo se llama tu madre?

—Nadia —contestó él—. Necesito que me lleve...

—¿Y qué tarta te regalaron en tu undécimo cumpleaños?

—¿Camarada, no veo...

—Es muy importante. ¿Cómo era la que te regalaron?

—Una con chocolate, creo.

El hombre del sombrero de fieltro asintió y abrió la puerta.

—Entra —le dijo. Mirsky se apretujó a su lado. El asiento estaba húmedo de sangre; los tres compañeros del hombre eran cadáveres, todos iguales, todos con la cabeza llena de sangre y el cerebro chorreando.

—¿Conoces a esta gente?

—No, no los conozco —repuso Mirsky riendo—. No nos han presentado.

—Ellos son tú, camarada —le dijo el hombre aquel, y el sueño se desvaneció en una sombra gris. De nuevo enterró el paracaídas...

Mirsky empezó a sospechar. Finalmente, después de que le recogieran por

séptima u octava vez —con el coche pero sin los cadáveres— y el hombre del sombrero de fieltro le preguntara sobre los días pasados en Komsomol, Mirsky decidió hacer él unas cuantas preguntas.

—Yo sé que no estoy soñando, camarada. Así que, ¿dónde me encuentro?

—Te han herido gravemente.

—No parece que lo recuerde...

—No, pero ya te acordarás. Te dispararon en la cabeza y sufriste un severo trauma. Te faltan partes del cerebro. Nunca recordarás tu vida pasada con demasiado detalle y nunca serás la misma persona otra vez.

—Pero yo me siento completo.

—Sí —asintió el hombre del sombrero de fieltro—. Eso es normal, pero no es más que una ilusión. Juntos hemos estado explorando, descubriendo lo que te queda. Es bastante —lo que resulta sorprendente, considerando el daño— pero nunca serás por completo el...

—Sí, sí —le interrumpió entonces Mirsky—. ¿De manera que voy a morir?

—No, estás fuera de peligro. Tu cabeza y tu cerebro están siendo reparados, y vivirás. Pero tienes algunas decisiones que tomar.

—¿Qué decisiones?

—Puedes vivir con las porciones que te faltan, dejándolas en blanco, o bien se te pueden implantar prótesis neurológicas programadas y segmentos de personalidad artificial tallados de forma que se ajusten a los que te quedan.

—Ahora estoy realmente confundido.

El hombre sacó un libro de pinturas de la bolsa. Cuando lo abrió, las páginas mostraron bonitos y complejos dibujos, algunos de colores deslumbrantes, otros apagados y metálicos, y algunos más que estimulaban sabores y sensaciones corporales. Mirsky cogió el libro y se puso a leerlo. Cuando hubo terminado, preguntó:

—¿Y sabré lo que es mío y lo que no lo es?

—Si eso es lo que quieres.

—Y sin todas esas... prótesis, ¿qué seré?

—Un mutilado. Tendrás recuerdos —le explicó el hombre—, aun que algunos de ellos te serán difíciles de evocar con claridad y otros tendrán curiosas lagunas. Tardarás semanas en aprender a ver de nuevo, y nunca verás muy bien. Nunca recobrarás las sensaciones del olfato o del tacto en la parte izquierda del cuerpo. Tu capacidad de razonamiento matemático permanecerá intacta, pero tu forma de hablar se deteriorará y puede que no la recuperes nunca.

Mirsky miró el rostro del hombre hasta que le pareció que se desvanecía en el cielo, detrás de la ventanilla lateral del coche.

—No parece muy divertido —dijo.

—La elección es tuya.

—Estás en la biblioteca, ¿no?

—No en la que estás viendo —le dijo el hombre—. Yo soy una función de la ciudad, conformado para que me puedas recibir en tu condición presente. No hay personal médico humano disponible en este momento, por eso la ciudad ha tomado ella misma la tarea de repararte.

—De acuerdo —dijo Mirsky—. Ya es bastante por ahora. No deseo tener nada más que la oscuridad.

—Sí, pero eso vendrá naturalmente después de que nos des tu respuesta.

—Quiero decir que deseo morir.

—Ésa no es una opción.

—De acuerdo, entonces; sí. —Tomó la decisión rápidamente, para no tener que considerar todas las posibilidades, todos los horrores.

—¿Consientes en el programa protésico?

—Consiento.

El hombre ordenó que se detuviese el coche, y después sonrió.

—Puedes bajar —le indicó.

—Gracias.

—De nada.

Mirsky se apeó del Volga y cerró la puerta.

—Oh, una cosa más —dijo el hombre asomándose por la ventanilla—. ¿Tienes algún plan para dañar a Belozersky, Vielgorsky o Yazykov, particularmente a Vielgorsky?

—No —repuso Mirsky—. Me irritaban y hubiera estado mejor sin todos ellos, excepto, quizás, Vielgorsky, pero no había planeado hacerles daño.

—Gracias —le dijo el hombre; y a continuación subió la ventanilla.

—De nada otra vez.

Mirsky se salió de la carretera; comenzó a hacerse de noche. Se tumbó sobre la hierba y se quedó mirando a la oscuridad.

—Me gustaría estar a oscuras, por favor —dijo Lanier. Las habitaciones se oscurecieron. Se sentó dejando el cuerpo vertical en el sofá ilusorio y repitió mentalmente lo que Patricia le había dicho después de la reunión. Que se habían disparado las alarmas. ¿Querría decir que la Ciudad de Axis había sabido que ellos estaban en la Piedra desde el momento en que llegaron? ¿Desde cuándo el autosuficiente y autoimpulsado Olmy habría estado observándoles?

Mientras meditaba sintió la inefable tensión en la parte baja de su abdomen y se dio cuenta de que mentalmente tenía tanto desinterés por el sexo como era posible tener, pero que el cuerpo no se mostraba de acuerdo con el cerebro.

La voz de la puerta anunció:

—Karen Farley se encuentra en el pasillo y pregunta si puede entrar.

—¿Por qué? —preguntó Lanier de golpe molesto por la conveniencia, por la coincidencia—. Espera un momento, ¿está sola?

—Sí.

—Envíala... déjala entrar. —Se levantó y se estiró el mono que llevaba en el V-STOL, que ahora estaba limpio y planchado. No había hecho caso de la túnica preparada para él que había sobre la cama elíptica del único dormitorio.

Farley sí había hecho caso de la túnica.

Cuando la puerta se irizó y se abrió, las luces se encendieron de nuevo; Karen entró con una túnica muy similar a la que él había ignorado, pero ésta era de un color marrón claro y dorado en vez de azul media noche.

—Perdón por esta aparición —dijo ella sonriendo y levantando las manos como si esperase tener que detener una repulsa.

—¿Qué?

—¿No es la frase correcta?

—No creo —dijo Lanier—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—He estado hablando con Patricia; o, mejor dicho, ella fue a hablar conmigo, y pensé que te gustaría saber algunas cosas.

Lanier le indicó una silla que se encontraba enfrente del sofá.

—Patricia y yo tuvimos una conversación antes de la reunión, pero fue más confusa que informativa.

—Heineman y Carrolson están pasando la noche juntos —dijo Farley al

tiempo que se sentaba—. Eso no me lo ha dicho Patricia... me lo ha dicho Lenore. Y antes de salir de la Piedra me di cuenta de que Wu y Chang estaban empezando a adquirir la costumbre de escabullirse juntos. —Farley sonrió a Lanier, con una sonrisa alegre y provista de un toque de inquietud e irritación.

Lanier levantó los hombros y juntó las manos suavemente con una palmada, luego se las frotó.

—Eso es normal —dijo.

—Sí, pero yo te cogí a ti con la guardia baja, ¿no? Quiero decir...

—Aprecio lo que hiciste.

—No sé qué decir. —Karen miró a su alrededor por el apartamento, con curiosidad—. Realmente yo nunca había deseado tener una liga contigo.

—Ligue —corrigió él sonriendo entre dientes.

—Oh, sí, Dios mío, ligue. No tenía deseos. Pero parecías tan perdido. Y yo me sentía perdida también. En serio, tú eres aún el jefe.

—Eso no tiene importancia —dijo Lanier—. ¿Qué dijo Patricia...?

—Sí que la tiene —insistió Farley llanamente—. Me lo pasé bien contigo, y creo que tú también te lo pasaste bien conmigo. Fue muy saludable. Sólo quería que supieras que pienso así y que no estoy resentida contigo.

Lanier no contestó nada durante unos momentos; se quedó mirando a Farley con aquellos oscuros ojos suyos de falso indio americano.

—Me gustaría hablar chino, así podríamos entendernos realmente. Podría aprenderlo...

—Eso sería útil, pero no necesario en este momento —dijo Farley. Sonrió—. Yo podría enseñártelo.

—¿Qué dijo Patricia?

—Cree que alguien nos está utilizando —Olmy o cualquier otro— para algún fin. Olmy ha estado hablando con ella mucho, y Patricia ha mantenido incluso algunas conversaciones con el Frant. Cree que hay un montón de enredos políticos en la Ciudad de Axis y que lo más probable es que no podamos averiguar nada de lo que todos ellos significan. Al menos de momento. Dice también que el servicio de datos que hay en su apartamento en realidad tiene acceso a una menor cantidad de información que los de la ciudad de la tercera cámara. Cree que lo han censurado para nosotros.

—Eso no suena demasiado bien —murmuró Lanier—. Puede que no sea nada bueno o que no signifique nada. Quizás ellos pretenden tratarnos suavemente, hacer que nos vayamos acostumbrando poco a poco.

—Eso le dije yo, pero ella se limitó a sonreír. Se está comportando de una forma que resulta muy extraña, Garry. Dijo también que ha encontrado una manera de llevarnos a todos a casa. Había un verdadero destello en sus ojos cuando me dije esto.

Lanier no la corrigió.

—A mí también me dijo eso. ¿Elaboró alguna idea?

—¿Cómo? Oh, sí. Lo hizo. Dijo que el pasillo se mueve hacia adelante en el tiempo, más o menos un año cada mil kilómetros. Y dice que es la más bella curva que ella nunca haya podido concebir. Garry, ellos la raptaron —al menos eso cree Patricia—, ellos la raptaron porque tenían que nosotros pudiéramos intervenir de alguna forma en la sexta cámara. ¿Recuerdas a toda la gente, a todos aquellos Naderitas de la segunda cámara a los que se obligó a marcharse años después del éxodo de la tercera cámara?

Lanier hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Patricia dice que ella cree que fueron forzados a abandonar el lugar en contra de su voluntad porque la gente de la Ciudad de Axis deseaba que la Piedra se quedara vacía. No querían ninguna interferencia. Y tampoco querían sabotajes. Ése es el motivo por el que ella cree que nos hemos metido en medio de un asunto político. Todavía sigue habiendo división entre Naderitas y Geshels.

—¿Se le ha ocurrido a alguien pensar que, a pesar de todo lo que nos hayan dicho, es muy posible que estas habitaciones estén infestadas de micrófonos ocultos? —preguntó Lanier—. ¿De que quizá no sería conveniente que comentemos todas estas cosas aquí?

—¿Y dónde podríamos comentarlas? —preguntó Farley inocentemente—. Seguro que ellos están en situación de seguirnos a cualquier parte que quisieran, y pueden escucharnos, quizás incluso leernos la mente. Nosotros, aquí, somos niños. Y niños muy mal educados.

Lanier bajó la vista hacia la mesa transparente y lechosa que estaba entre el sofá y la silla.

—Eso tiene sentido. Realmente, me gusta la manera en que este apartamento está decorado.

—El mío es muy bonito también.

—¿Y cómo sabrían ellas —las habitaciones, supongo— lo que nos gustaba?

La expresión de Farley se hizo conspiratoria.

—Bien —dijo—. Se lo he preguntado a la voz de la habitación y me ha contestado solamente que las habitaciones están hechas para ir bien con quien las ocupe.

Lanier se inclinó hacia delante en el sofá.

—Todo este lugar es increíble. Inimaginable. ¿Estamos soñando, Karen?

Ella movió la cabeza solemnemente.

—De acuerdo, entonces —continuó Lanier—. ¿Está Patricia soñando en que ha encontrado una forma de salir, una manera de regresar a la Tierra?

—Oh, Patricia no desea regresar a la Tierra en la situación en que ésta se encuentra ahora. Afirma solamente que puede llevarnos a «casa», sea lo que sea a lo que ella se refiere con eso. Y lo dice en serio. Me ha dicho que nos lo explicará después.

—Tú eres físico, Karen. ¿Crees que es posible lo que Patricia afirma?

—Yo soy aquí un niño más, Garry. No lo sé.

—¿Y qué más dice?

—Pues eso. Y... —Se levantó—. Ahora me voy. Pero no he venido sólo... ¡Oh! —Se rodeó a sí misma con los brazos y miró a Lanier—. No he venido sólo a explicarte lo que Patricia dice. Sino también para asegurarme de que comprendías que yo no estaba aprovechándome.

—Lo entiendo.

—Es, como tú dices, saludable, aunque yo haya estado preocupándome.

Lanier no había dicho que aquello fuera saludable; era Farley la que lo había denominado así, pero encontró la transferencia aceptable.

—No te preocupes.

—De acuerdo —dijo Farley.

Lanier se levantó.

—En realidad... —El rostro le enrojeció de nuevo—. Me siento como un adolescente cuando yo... cuando tú estás aquí y hablamos de estas cosas.

—Lo siento —dijo ella con el rostro decaído.

—No, eso es bueno. Hasta ahora me he sentido como un hombre muy viejo, como si ya hubiera perdido todas mis canicas. Me gustaría que te quedaras conmigo esta noche.

Farley esbozó una sonrisa; luego, de repente, frunció el entrecejo.

—Eso me gustará y me quedará —le dijo—. Pero me preocupa Patricia.

—¿Sí?

—Ahora es la única de nosotros que duerme sola.

Paso a paso, Patricia fue trazando el progreso de la curva a través de cinco dimensiones, observando cómo se desdoblaba semejando una escalera de pesadilla, una parte en sombra, otra parte un necesario negativo de la curva primaria. Tenía los ojos cerrados y tan apretados que le hacían daño; el rostro estaba convulsionado con una expresión mezcla de éxtasis y dolor. Nunca había conocido una intensidad de pensamiento como aquella, un envolvimiento tan profundo en los más profundos cálculos. Le dio miedo. Incluso cuando abrió los ojos a la penumbra azul del techo y se volvió hacia el otro lado, extendiendo una mano en dirección al vacío que había más allá de la cama...

Incluso entonces, trazó con el dedo una parte de la curva, una serpiente proyectada y viva en el aire. Cerró el puño y distinguió pequeñas manchas de luz que se reunían a lo largo del camino que había formado con el dedo. Cerró los ojos de nuevo.

E inmediatamente se durmió, y soñó con la curva. Permanecía aún semiconsciente en el sueño, y lo observaba todo desde un punto distante y ventajoso mientras su cerebro continuaba, aunque a un ritmo más reducido, el trabajo que no podía detener.

Sólo unas horas después se despertó de repente, dándose cuenta de que necesitaba volver a examinar el artículo primitivo... el que tenía que escribir aún, el que había encontrado casualmente en la biblioteca de la tercera cámara. Con una cierta aprehensión —pues el servicio de datos, en las cuatro ocasiones en que había recurrido a él, no siempre le había proporcionado aquello que necesitaba —, se levantó de la cama ovalada y se puso la túnica de color lavanda, atándose el cinturón mientras se dirigía al salón, que estaba débilmente alumbrado.

—Datos, la Ciudad del Recuerdo —dijo. Una esfera anular apareció ante ella, con bandas que brillaban en colores rojo y oro. Dos anillos, uno encima del otro y de doble diámetro el superior, venían a continuación, sustituyendo al anticuado signo de interrogación.

—Acceso al artículo escrito por Patricia Luisa Vásquez... Oh, Señor, he olvidado el título exacto y la fecha. ¿Son necesarios?

Unos complicados signos pictográficos parpadearon ante Patricia hasta que los desactivó y pidió sólo el lenguaje hablado.

—¿Quiere ver una lista completa de los artículos cortos escritos por Patricia Luisa Vásquez? —preguntó la voz del servicio de datos.

—Sí —contestó ella impresionada de nuevo por la espinosa fantasmagoría de lo que estaba haciendo.

Una lista escrita con alfabeto romano apareció ante ella, como si estuviera en una larga hoja de papel blanco. *Teoría de las líneas geodésicas n-espaciales aplicadas a la física newtoniana con un tratado especial sobre las líneas p-simplon del mundo.*

—Ése es —dijo Patricia—. Exponlo.

Leyó de nuevo el artículo cuidadosamente mientras tamborileaba con los dedos de la mano que tenía libre sobre el brazo de la butaca.

—Es brillante, pero también erróneo —dijo Patricia con severidad. Quizás hubiera sido un artículo de una gran influencia, pero ahora era evidente para ella que se trataba de un trabajo temprano y primitivo—. Por favor, proyecta la lista otra vez.

El servicio cumplió lo solicitado y Patricia escogió un trabajo posterior y pidió que se lo reprodujeran.

El antiguo símbolo, que ya le era familiar, de la pelota llena de pinchos, apareció de nuevo.

—Prohibido —dijo la voz.

Patricia escogió otro sintiendo que la ira le iba en aumento.

—Prohibido.

—¿Por qué mis artículos están prohibidos? —preguntó enfadada. La pelota de pinchos fue la única respuesta.

—¿Por qué censuran este servicio? —De repente experimentó el típico picor en el cuello al darse cuenta de que no estaba sola en la habitación.

—¿Olmy? Lucas. —La habitación se llenó de luz. No hubo respuesta.

Se levantó y miró a su alrededor lentamente, con toda la espalda tensa.

Y entonces fue cuando vio al intruso, que revoloteaba en el aire cerca del techo; era una cosa redonda, del tamaño aproximado de una pelota de béisbol y con una cara en el medio. Durante unos momentos Patricia no hizo sino devolver el escrutinio al que aquella cara la estaba sometiendo. El rostro parecía masculino, tenía unos ojos pequeños, oscuros y asiáticos, y una nariz de perro. Había en él una expresión que no llegaba a ser amenazadora; si había algo que aquella cara mostraba, era una intensa curiosidad.

Patricia apoyó la espalda contra la pared y retrocedió un poco. La cara no se movió, pero los ojos la siguieron atentamente.

—¿Quién eres? —preguntó Patricia. Unos cuantos símbolos, incomprensibles para ella, aparecieron por toda la habitación—. No sé pictografiar —continuó—. Por favor, ¿qué estás haciendo aquí?

—Certo, se supone que yo no debería estar aquí —le respondió la cara.

Descendió aproximadamente medio metro, y entonces la pelota adquirió el mismo color rosado que la aurora—. Pero resulta que yo mismo soy un icono. Por favor, no te alarmes.

—Ya estoy bastante alarmada. Me estás asustando. ¿Quién eres?

—Vengo de la Ciudad del Recuerdo. Soy un pícaro.

—No te conozco. Por favor, márchate de aquí.

—No puedo hacerte daño en modo alguno. Sólo irritarte, quizás. Lo único que necesito es que me contestes a algunas preguntas.

El globo bajó y de pronto se encarnó en humano, como los vampiros en una película antigua de terror; adquirió la forma de un cuerpo masculino vestido con una camisa blanca muy amplia y pantalones de color verde bosque. La figura pareció solidificarse. En la habitación había ahora un hombre pequeño y delicado, con un aspecto ligeramente más joven que el de una persona de mediana edad; tenía el cabello negro y largo y un rostro estrecho que mostraba cansancio. A Patricia empezó a latirle el corazón más despacio, y se separó unos centímetros de la pared.

—Me enorgullezco de mis logros —continuó diciendo la imagen—. Tengo acceso a las mejores grabaciones. Grabaciones que de hecho ya están olvidadas. Hay un horrible apiñamiento en los niveles más bajos de la Ciudad del Recuerdo. Y lo que he encontrado es la grabación parcialmente depurada de un caso en los tribunales... Algo serio, en realidad. La violación de la seguridad de la hendidura. Algunos retazos de información señalaban hacia aquí... Conexiones sutiles, lo admito, pero intrigantes.

A Patricia aquella figura le resultaba familiar, como si la hubiera conocido o la hubiera visto con anterioridad en alguna parte.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Soy un pícaro. Y bastante violento, por cierto, aunque no te dé esa impresión al mirarme. Voy allí donde me parece y, con tal de tener cuidado, consigo mantenerme. Hace ya ciento cincuenta años que soy no-corpóreo, y se supone que estoy condenado a Recuerdo inactivo. Naturalmente, lo que está inactivo es sólo una copia mía. De vez en cuando se me alquila para llevar a cabo diversos trabajos. Generalmente me bato en duelo con otros pícaros. En mis tiempos derroté a sesenta. Un juego de ajedrez letal.

—No has contestado a mi pregunta. —Patricia estaba ahora a punto de llorar. No conseguía averiguar a quién le recordaba aquel pícaro—. Déjame sola. Sólo quiero pensar.

—Los pícaros nunca somos educados. Tú estás atrayendo muchísimo la atención en Axis Nader. Sin embargo, no tenía la menor idea de dónde podías estar hasta que ahora mismo has utilizado el servicio de datos. Un rastreador te encontró, uno de mis mejores rastreadores. Está basado en las mismas pautas que un ratón.

—¡Por favor! —le gritó Patricia al apartamento—. ¡Sácalo de aquí!

—Es inútil —le indicó el pícaro—. ¿De dónde eres?

Patricia no contestó. Se dirigió hacia la puerta del dormitorio.

—Me han enviado en comisión para averiguar de dónde eres. Me han pagado con ventajas sobre un adversario de hace mucho tiempo. No me marcharé hasta que me lo digas.

—¿Quién te ha alquilado? —le gritó Patricia realmente asustada.

—Vamos a ver... Estoy hablando inglés del siglo veinte; americano, en realidad. Es muy sorprendente. Sólo los más profundos y acérrimos Amerifilos aprenden a hablar esa lengua tan bien como tú la hablas. Pero ¿por qué iba nadie a interesarse por un Amerifilo? —La imagen siguió a Patricia hasta el dormitorio —. No me pagan por hacer trabajos de adivinación. Dímelo.

Patricia echó a correr hacia la puerta principal y le ordenó que se abriera. No se abrió. Se tragó una bocanada de aire y se volvió de frente a la imagen, determinada de repente a no perder el control.

—¿Qué... qué obtendré yo a cambio —le preguntó— si te lo digo?

—Puede que podamos comerciar.

—Entonces deja que me siente.

—Oh, yo nunca te impediría hacerlo. No soy nada cruel, ¿sabes?

—Tú eres un fantasma —dijo Patricia, decidida.

—Más que la mayoría de los fantasmas que uno se encuentra por ahí —contestó la imagen.

—¿Cómo te llamas?

—No tengo nombre ahora. Tengo rastro, pero no nombre. ¿Y tú, cómo te llamas?

—Patricia.

—No es un nombre muy común.

De repente ella cayó en la cuenta de a quién le recordaba el rostro del pícaro. Pero con la misma rapidez rechazó la idea; era ridícula.

—Yo soy una verdadera americana —dijo.

—¿En qué porcentaje? Hay muchos que se consideran felices de proclamar que tienen un tres o cuatro por ciento, aunque estadísticamente esto no es más que una pose...

—Al cien por cien. Nací en los Estados Unidos de América. En California. En Santa Bárbara.

La imagen se tambaleó.

—No tengo mucho tiempo, Patricia Luisa Vásquez. Lo que dices no tiene ningún sentido por sí mismo, pero tú pareces estar muy convencida. ¿Cómo te educaste de una forma tan ordenada y primaria?

—Del sitio de donde provengo, y del tiempo del que provengo —hizo otra respiración profunda para calmarse—, es casi la única elección que tenemos. —

Inclinó la cabeza hacia un lado—. Yo te conozco —dijo—. Te pareces a Edgar Allan Poe.

El pícaro dejó entrever cierta sorpresa.

—Es fantástico que reconozcas eso. Es verdaderamente fantástico. ¿Conociste a Poe?

—Naturalmente que no —respondió Patricia sintiendo un incongruente toque de placer por debajo del miedo que sentía—. He leído su obra. Está muerto.

—Él es el mentor que he elegido. ¡Qué mente! —El pícaro se rodeó a sí mismo con rápidas pictografías de figuras sepulcrales, entierros de vivos, barcos metidos en remolinos de agua y desiertos árticos—. Patricia Luisa Vásquez reconoce a Poe. Y afirma que es una americana del siglo veintiuno. Fascinante. Tengo que irme pronto. Pregúntame lo que quieras saber y luego te preguntaré una cosa más.

—¿Qué van a hacer con nosotros?

—¿Nosotros? ¿Hay más?

—Cuatro más. ¿Qué es lo que van a hacer?

—Realmente no lo sé. Intentaré averiguarlo. Ahora, mi última pregunta en esta visita. ¿Por qué representas algo tan especial para ellos?

—Precisamente por lo que te he dicho. —Sorprendida, Patricia se dio cuenta de que todo el temor le había desaparecido. El pícaro, o fantasma, o lo que fuera, parecía estar dispuesto a cooperar, y ella no veía la razón para ser locamente fiel a sus secuestradores.

—Podemos ayudarnos mutuamente, creo. ¿Sabías que tu servicio de datos está bloqueado? Te tienen guardada aquí y te están cortando selectivamente los accesos. Si les dices que he estado aquí puede que no sea capaz de volver a visitarte, y entonces no podré responder a tu pregunta. Piénsalo. Hasta la próxima —dijo el pícaro. Y se desvaneció. El apartamento, de repente, recuperó la voz.

—Ser Vásquez, ¿se encuentra usted bien? Ha habido interferencias...

—Si lo sabré y o... —dijo Patricia.

—¿Puede describir lo que ha pasado?

Patricia se mordió los nudillos durante un momento y luego movió negativamente la cabeza.

—No —dijo—. No ha sido un gran problema. —La imagen la había asustado, pero también le había dicho unas cuantas cosas interesantes. Dudaba que el incidente hubiera sido una prueba o un experimento. El pícaro aquel podría ser una útil fuente de información...—. Debe de haber sido un cortocircuito en vuestro funcionamiento, o algo así.

La voz de la habitación no respondió durante unos cuantos segundos.

—Se harán las reparaciones oportunas. ¿Necesita algo más?

—No, gracias —dijo Patricia. Miró al pictógrafo, frunciendo el entrecejo, y de nuevo se mordió los nudillos.

El Ministro de la Presidencia del Nexo del Infinito Hexamon, Ylyin Taur Engle, tenía sus habitaciones en una de las seis grandes torres de ventilación, hundidas profundamente en el extenso Wald, en Ciudad Central. A Olmy nunca le había gustado la idea de vivir en una casa primaria, pero aun así le envidiaba las habitaciones al Ministro de la Presidencia. Había un aire de aislamiento y paz en el Wald, y mucha fantasía y elegancia en los apartamentos mismos.

Las seis torres iban directamente desde los rebordes exteriores de Ciudad Central hasta las esferas de gobierno, situadas en el corazón del recinto. Dentro de cada torre vivían por lo menos diez mil corpóreos, entre sinuosos senderos que discurrían a través del Wald. Las casas en las que vivían variaban desde densos racimos de pontones de cristal comunal, anclados en las anchas raíces aéreas, hasta pequeñas celdas provistas de movimiento propio, adecuadas para uno, a lo sumo para dos homorfos, o para no más de cuatro de los neomorfos normales.

El Wald era al mismo tiempo una decoración y una afirmación de las filosofías Naderitas; alrededor de un tercio de las necesidades atmosféricas de Ciudad Central se mantenían controladas desde las torres, y los purificadores diseñados por los Geshels se encargaban de hacer el resto. Miles de variedades de árboles y otras plantas —algunas de las cuales producían comida— habían sido alteradas genéticamente y adaptadas a la ingravidez. Más de un tercio de la biomasa de la Ciudad de Axis era botánica y se concentraba en el Wald.

Uno de los mayores placeres de Olmy era hacer el Tarzán por el Wald, volando de rama en rama e impulsándose por los senderos sin beneficiarse en absoluto de los campos de tracción. Había senderos designados para practicar deporte, y también vías rápidas frecuentadas por muchos homorfos que hacían ejercicio y por unos cuantos neomorfos silbantes; generalmente por allí no circulaban vehículos. Olmy se había cronometrado en mil ocasiones diferentes al pasar por los senderos más difíciles, y había reducido a un lapso tan breve como quince minutos, lo que era una buena marca, el trayecto desde el reborde exterior hasta la base de la torre.

Ahora, sin embargo, no tenía necesidad de correr. Estuvo tarzaneando a paso normal con los brazos cruzados a la espalda y las piernas dobladas como las de un patinador; iba golpeando desde las anchas hojas hasta las desgastadas

superficies de las raíces siguiendo rutas bien conocidas por él entre aquellos senderos. Mucho más valioso que la velocidad era el tiempo para pensar.

Tubos de plástico que contenían espesas preparaciones fosforescentes de bacterias, conocidas como serpientes de luz o gusanos brillantes, serpenteaban por el Wald, cada una de ellas de un metro de ancho y, a veces, de medio kilómetro de largo. En los claros se entretejían por uno de los lados formando deslumbrantes y brillantes dibujos que de cerca tenían un reflejo color melocotón y rojo, mientras que otros disminuían el tono hasta un bonito dorado oscuro. Los homorfos a menudo se reunían en aquellos claros para bañarse en la luz de los dibujos; Olmy apenas si miró hacia el interior de los claros por los que pasaba, concentrado como estaba en avanzar firmemente por la torre.

Tardó veinte minutos en llegar al apartamento del Ministro de la Presidencia. Dejó el sendero principal, tomó una estrecha bifurcación y se impulsó a través de unos arcos floridos formados por una raíz retorcida. La vivienda flotaba en medio de la cañada privada del Ministro.

La residencia estaba diseñada como las mansiones señoriales inglesas del siglo dieciocho en la Tierra, con múltiples modificaciones para compensar la carencia de arriba y abajo. Había tres tejados y varios caminos que permitían entrar en la casa desde seis ángulos diferentes. Ventanas salientes se abrían sobre tres ejes. Grupos geométricos de cipreses protegían una ventana de un dibujo de gusano brillante en el extremo de la cañada.

Los monitores se lanzaron sobre él en cuanto Olmy salió de los floridos túneles; lo identificaron con resultado positivo, retirándose después a sus otros quehaceres: poda del seto, control de insectos y mantenimiento y cuidado de los animales domésticos del Ministro.

La voz de la casa dio la bienvenida a Olmy y le pidió que entrara por la puerta rutilante, frente al dibujo de gusano brillante. El Ministro de la Presidencia hablaría con él directamente.

Olmy se apoyó en una ventana abuhardillada y se quedó mirando, con una mezcla de aire de superioridad y aburrimiento, una breve pictografía de las recientes actividades que habían tenido lugar en la casa. Cuando la pictografía desapareció, vio un neomorfo, el cual no le resultaba familiar, que precedía al Ministro de la Presidencia a la sala de espera. El neomorfo —vagamente conformado como un pez y carente por completo de miembros— miró a Olmy con aquella cristalina cara de zorra y a continuación pictografió unas frases de saludo informal, pero no se identificó. Olmy devolvió el saludo en las mismas condiciones, sin identificarse tampoco, reconociendo a uno de los ayudantes de Toller. El neomorfo salió por la puerta rutilante rodeado de su propia nube de monitores compactos semejantes a mosquitos.

—Haciéndose cada vez más atrevidos, ¿verdad? —le preguntó el Ministro de la Presidencia extendiendo la mano. Olmy se la estrechó—. Y ahora le pregunto:

¿confiaría usted en alguien a quien no se le puede estrechar la mano?

—Yo no he confiado en muchos a quienes se les puede estrechar —dijo Olmy.

El Ministro lo miró con una expresión mezcla de humor y de no oculta irritación.

—Ha venido usted a traerme noticias de nuestros más recientes huéspedes ancestrales.

Introdujo a Olmy en un gran despacho interior dodecaédrico. La mesa de despacho redonda del Ministro de la Presidencia se hallaba suspendida sobre la única guía que había en el centro; siete de las paredes estaban cubiertas con cofres de madera de raíz que contenían libros antiguos y bloques de datos con mensajes. Sobre las otras paredes había ilustraciones y falsas ventanas que mostraban escenas, retrasadas en el tiempo, de otras habitaciones de la casa, editadas para saber qué ocupantes había en ellas.

—El Presidente está aún muy contrariado —dijo Ingle metiendo los codos hacia dentro para sentarse detrás de la mesa de despacho—. Me temo que la mayoría de los miembros del consejo del Presidente encuentran difícil de entender por qué se trajo usted a los cinco consigo.

—Yo sólo traje a uno —le corrigió Olmy—. Los otros la siguieron por su cuenta, inesperadamente.

—Sí, bien. Sea cual sea la forma en que llegaron aquí, suponen un verdadero problema. Los secesionistas ya están intentando sacar ventaja de ello y obtener algunas concesiones. Están a punto de conseguir que se reúnan los diversos grupos, y eso, ciertamente, podría hacer que se unieran todos. Cabe también la posibilidad de que este asunto haga que el bando de Korzenowsky, un partido radical, se convierta en frente popular. La posición del Presidente podría verse en peligro. De todas formas, él opina que ahora no dispone de tiempo para detenerse a considerar directamente todas estas dificultades, pues tiene los días completamente ocupados con las conferencias de los Jarts; de manera que nos ha asignado para ocuparnos de ello a ser Oligand Toller —al que creo que usted ya ha ido a ver— y a mí mismo.

—Los portadores de malas noticias nunca son apreciados —comentó Olmy.

—¿Sí? Bien; si las noticias en sí son buenas o malas depende de cómo reaccionemos nosotros, ¿no? Francamente, no comparto todos los recelos del Presidente; algunos sí, pero no todos. Creo que es posible darle la vuelta a la situación —y a la noticia— en provecho nuestro. Quizá podamos incluso alcanzar el consenso que necesitamos para enfrentarnos con efectividad a los Jarts. Pero en el mensaje que usted nos envió afirmaba que tenía más noticias.

—Alguien ha contratado por lo menos a un pícaro de la Ciudad del Recuerdo para que penetre en las habitaciones de nuestros huéspedes. Alguien está desesperado por averiguar qué es todo este ajeteo.

—Sí, y eso es algo que yo debería haber sospechado —dijo el Ministro de la Presidencia—. Bueno, quizás haya llegado ya el momento de hacer público todo lo que sabemos. Lo más seguro es que sea del dominio público dentro de una semana o menos, especialmente si hay pícaros de por medio. ¿Cuál es su opinión, ser Olmy?

—Ya se la he expresado antes, ser; testificaría ante el Nexo.

El Ministro de la Presidencia consideró aquello durante un momento.

—Aún tengo mis dudas sobre si hacer eso es prudente. Pero puede que tenga usted razón. Si la verdad tiene que descubrirse, es mejor que la descubramos nosotros, ¿no cree? Pero delicadamente. Hay millones de neomorfos que están ya amedrentados por todo lo que se habla sobre la secesión. ¿Tirar una bomba en medio de todo eso diciendo que la Piedra ha regresado a la Tierra? No es una decisión fácil. De todas formas, no podemos convocar un pleno del Nexo a causa de las conferencias de los Jarts. Tendremos que conformarnos con una convocatoria parcial. —Se levantó de la mesa, traicionado por los nervios—. Voy a necesitar una fuerte sesión de Talsit esta noche. —Cruzó los brazos y se puso a flotar en medio del despacho, mientras la voluminosa túnica negra que lucía se hinchaba como en olas de reposo—. ¿Piensa testificar usted en persona, entonces, como agente del Hexamon?

—Lo haremos el Frant y yo —confirmó Olmy.

—El Frant no puede testificar; va en contra de su credo el prestar juramento.

—Pero podrá confirmar mi testimonio. Y eso sí está permitido.

—¿Y luego qué, ser Olmy? ¿Cómo conseguiremos refrenar a los curiosos —a quienquiera que haya alquilado al pícaro— o al bando de Korzenowsky? Después de eso, ¡qué el Pneuma nos sea propicio!

—Puede que ése no sea nuestro mayor problema. Quedan aún dos mil humanos en Thistledown; antes o después tendremos que ponerlos bajo control. Nuestro primer huésped, Vásquez, estaba ya a punto de averiguar cómo manipular la maquinaria de la sexta cámara. Y deduzco que otros, con el tiempo, lograrán mejorar el trabajo de ella, a pesar de las prohibiciones de las bibliotecas de Thistledown.

—La Estrella, el Hado y el Pneuma no ven nunca el momento de poner fin a nuestros problemas, ¿no? —dijo el Ministro dando un suspiro que le desarregló los pliegues del traje—. Logos sea alabado.

—Logos —repitió Olmy dubitativamente.

—Compartimos una cierta incredulidad Gesheh, ¿no? —dijo el Ministro observando cuidadosamente la reacción de Olmy—. No es prudente revelárselo a todo el mundo, sin embargo, y menos desde esta elevada posición, de todas formas. ¿Hay algún peligro inmediato procedente de nuestros... antepasados? ¡Vaya palabra! ¿Existen muchas o algunas probabilidades de que sean capaces de manipular la sexta cámara en breve?

—No, mientras la señorita Vásquez esté en la Ciudad de Axis. No por espacio de meses, o incluso de un año.

—Muy bien. Lo primero es lo primero. Yo diría que para nosotros sería de gran interés, si es que lo revelamos todo... y eso es algo que parece inevitable... el hacer un espectáculo público de nuestros huéspedes. Son extraordinarios, y pueden darnos una clara ventaja sobre la oposición del Presidente. Haré que mis secretarías se pongan a idear una táctica. El abogado de ellos —y compañera de usted, Suli Ram Kikura—, ¿ha sido de alguna utilidad?

—De mucha —repuso Olmy—. Pero su trabajo apenas ha empezado todavía.

—Excelente —dijo el Ministro de la Presidencia—. Pero no debemos mostrarnos demasiado confiados. Si los Jarts empiezan pronto su ofensiva o, el cielo no lo quiera, deciden abrir una entrada dentro del corazón de una estrella, entonces nuestros visitantes no significarán nada. —Ingle movió la cabeza pictografiando una cadena de símbolos, un mosquito consumido en una prominencia solar.

El cabo Rodzhensky estaba echado con la espalda apoyada contra la pared negra de la biblioteca. Ante él había esparcidas raciones en paquetes y latas, algunos rusos, la mayoría americanos. Roncaba ligera y regularmente. A su lado el comandante Garabedian se había puesto en cuclillas para tomarse una cena americana a base de jamón y patatas al gratín, importados de la cuarta cámara como parte de los acuerdos de un tratado aún no ratificado.

Mientras comía, Garabedian vigilaba con ojo atento a los soldados americanos que haraganeaban a varias docenas de metros al otro lado del cuadrángulo. Las fuerzas presentes eran exactamente iguales: diez rusos y diez americanos, todos ellos armados con rifles, pero sin láseres. No habría asesinatos silenciosos.

Los ánimos se habían ido apaciguando poco a poco después de que, a requerimiento del cabo Rodzhensky y de los dos chinos, el hombre y la mujer, llegaran los americanos. La biblioteca había permanecido sellada desde entonces, y el general Mirsky, el coronel Vielgorsky, los comandantes Belozersky y Yazykov, y el teniente coronel Pogodin se habían quedado encerrados dentro, incomunicados. Al principio había habido ciertas sospechas de que aquello tuviera relación con alguna clase de trampa tendida por los americanos; pero Garabedian, después de mantener durante varias horas conversaciones con Pritikin, con Sinoviev y con el jefe civil de los americanos, Hoffman, había decidido que no era así.

Nadie sabía a ciencia cierta lo que había sucedido dentro de la biblioteca, aunque Hoffman había expresado una teoría, de todo punto plausible, que no hacía feliz a nadie. Garabedian aún meditaba sobre aquella teoría, moviendo los ojos desde la implacable pared negra hasta los soldados americanos, y viceversa.

Los *Zampolits* —había sugerido Hoffman— habrían tratado de asesinar al general Mirsky. Tanto si lo habían conseguido como si no, el edificio de la biblioteca se había sellado por sí solo para evitar que hubiera más violencia y quizá para preservar las pruebas.

Lo único que podían hacer era esperar.

Había transcurrido una semana. Durante ese tiempo Garabedian y Pletnev habían conseguido impedir que las tropas rusas cometieran alguna imprudencia,

tal como que se separasen en bandos o que se extendiese la agitación y las especulaciones infundadas. Había continuado el trabajo de construcción de los alojamientos en la cuarta cámara. Unos cuantos rusos —cincuenta y dos, según el último recuento— habían optado por abandonar sencillamente los campamentos y habían desaparecido en los bosques que se encontraban en la cuarta cámara. Ya se había encontrado a cinco de ellos, y bastante bien alimentados, pues los bosques estaban repletos de una gran variación de plantas comestibles. Pero a tres de esos cinco los habían encontrado enroscados en postura fetal y bajo los efectos de una prolongada impresión.

Los psicólogos americanos se habían ofrecido para ayudar; también había habido ya casos similares entre los americanos; el más notable de todos había sido el de Joseph Rimskaya, que había caído presa de aquella fuerte impresión tres días antes. Rimskaya se había adentrado sin rumbo en el principal campamento ruso de la cuarta cámara, y lo habían encontrado llorando de una manera incontrolada y con las ropas y la espalda hechas jirones a causa de las flagelaciones que se había infligido él mismo. Lo habían devuelto a los americanos. Pero Garabedian no creía prudente permitir que los soldados rusos tuviesen acceso a los psicólogos americanos.

Lo que Garabedian sentía, después de todo aquello, era tristeza, una sensación de pérdida que era casi superior a su propio sentido del deber. Él, al igual que Mirsky y la mayor parte de los oficiales jóvenes, había formado parte del nuevo experimento militar ruso, y había empezado a arreglar los problemas más destacados que surgieron tras las múltiples derrotas de la Pequeña Muerte. Ellos dos y todos sus compañeros habían trabajado codo con codo formando un equipo, no como brutales enemigos en un retrasado sistema del siglo diecinueve. Y habían logrado grandes cosas, aumentando la eficiencia y haciendo que disminuyera el alcoholismo, la desertión, la violencia y el suicidio.

Habían constituido una nueva casta, y los éxitos logrados los habían convertido en héroes culturales. La conquista de la Patata les hubiera reportado una gloria sin precedentes; pero en lugar de eso, por un error que aún no podía comprender, habían fracasado miserablemente, y su herencia ahora quedaba reducida a unas cuantas cenizas.

Garabedian comprendía demasiado bien las presiones que impulsaban a sus camaradas a marcharse nadando hacia las islas que había en la cuarta cámara o a arrojar al suelo del bosque embadurnándose todo el cuerpo, mojado y fatigado, con tierra y barro.

El director del Nexo del Infinito Hexamon, Hulane Ram Seija, podía trazar su genealogía hasta los Geshels Mayores del Asia del este que, por primera vez, habían devuelto el hombre al espacio trece siglos atrás; sin embargo parecía

menos humano que el Frant. En eso él era típico, como en muchos otros ciudadanos de los que ocupaban la Ciudad Central.

Ram Seija era redondo; tenía la mitad del cuerpo bañada de metal plateado, y la otra mitad era una concha mineral arremolinada de colores negro y verde tomada de los mundos accesibles desde la entrada doscientos sesenta y cuatro. El rostro, que podía proyectarse en cualquiera de tres posiciones diferentes sobre la esfera, presentaba unos ojos grandes e inquisitivos y una sonrisa de dientes afilados que, definitivamente, no tenía como finalidad enmascarar su agresividad básica. Los dos brazos musculosos tenían la doble ventaja de mostrar una apariencia humana y de poseer una adaptabilidad protésica; podían estirarse hasta dos metros si era necesario.

No disponía de piernas, por lo que utilizaba los brazos y los omnipresentes campos de tracción para trasladarse de un sitio a otro.

Tenía menos de cien años de edad y aquella era su segunda conformación; durante los primeros treinta había sido tan homórfico como cualquier Naderita ortodoxo. Fue durante aquellos años cuando Ram Seija había hecho sus primeros contactos y había aprendido las habilidades políticas básicas. Para Olmy, Ram Seija ejemplarizaba la quintaesencia del Geshel Radical del Viaje del Siglo Doce.

Ram Seija era el que hacía número cuatro en la jerarquía de poder del Hexamon, después del Presidente, del Ministro de la Presidencia del Nexo y del Ministro del Consejo Conjunto del Axis.

En la Esfera del Nexo, situada fuera del paso de la hendidura, cerca del corazón de Ciudad Central, Ram Seija había convocado a veintitrés representantes corpóreos y a cinco senadores para una sesión de descubrimiento. Veinte de los miembros del Nexo se hallaban presentes en persona, que era una palabra que varios siglos atrás había perdido gran parte de su significado original; ahora significaba poco más que tener una forma física primaria. Tal forma no incluía necesariamente demasiada carne. Según la ley, a las personalidades parciales no se las admitía en las cámaras, a pesar de lo conveniente que habría sido para los que estaban aún confinados en la conferencia de los Jarts, que se celebraba en el Timbl, el mundo que albergaba a los Frant.

Ram Seija se guió hasta el centro de la esfera y se hizo cargo de las bandas de anillos dorados de luz para anunciar el comienzo de la reunión.

Olmy flotaba en el exterior; a su lado estaba enroscado el Frant, que solamente tenía extendidos la cabeza y el cuello. Olmy acababa de dar por finalizada hacía unos minutos una conversación con el repcorp Rosen Gardner sobre una nota en apariencia objeto de discusión; el jefe de los Nuevos Naderitas Ortodoxos del bando de Korzenowsky le había pedido una declaración preliminar, y Olmy se había resistido a ello. Gardner era uno de los pocos repcorps que rompían el procedimiento con relativa frecuencia, pero a pesar de todo se le toleraba; era también uno de los pocos partidarios de Korzenowsky que

se mostraba razonable en los debates. A los ojos de los Geshels radicales, esto — y sus muchos seguidores Naderitas— lo convertía en un peligroso adversario.

—En nombre de la Estrella, el Hado, el Pneuma y el Hombre Bueno, que procuró la igualdad y tratos justos para todos los consumidores y que procuró el fin de la tecnología inhumana y opresiva, se inicia esta reunión del Nexo del Infinito Hexamon. Hay noticias, caballeros —anunció Ram Seija—, hay noticias. Tenemos declaraciones de ser Olmy. Tenemos también corroboración de uno de nuestros valiosos aliados que ayudó a ser Olmy en su investigación.

Olmy y el Frant avanzaron hacia el centro y recibieron sus bandas de anillos.

—He pasado el último año en Thistledown a petición del Ministro de la Presidencia —comenzó Olmy—. Este Frant me acompañó. Juntos investigamos una intrusión bastante poco usual. ¿Nos dan permiso para proyectar nuestras grabaciones y para atestiguarlo con pictografías?

Ram Seija les concedió el permiso.

Ante todos y cada uno de los senadores y repcorps, las siete cámaras de Thistledown comenzaron a ser proyectadas con considerable detalle. En unos minutos pudieron familiarizarse con los nuevos ocupantes humanos de las cámaras de Thistledown. Olmy y el Frant habían conseguido grabar a unos quinientos individuos con sus instrumentos. Se les mostraron los recintos científicos, y también unas cuantas imágenes de los interiores de los edificios. Luego Olmy demostró que las diferentes lenguas habladas por aquellos nuevos ocupantes procedían de la Tierra de la pre-Muerte.

El punto de vista desde donde se habían tomado las imágenes para la declaración pictografiada se elevó en una vertiginosa subida desde el casquete del polo sur de la primera cámara y continuó luego a través de la perforación. Se vieron, brevemente, las reactivadas pistas rotantes y las plataformas, y luego el punto de toma de la imagen salió de la perforación hacia el exterior.

A una distancia de unos treinta mil kilómetros, la Tierra creciente dominaba la oscuridad; el sol salía por detrás de su aureola en el oeste.

La reacción en la cámara del Nexo fue extraordinaria. Los repcorps homiformes respiraban con dificultad; todos daban muestras, bajo diferentes formas, de haber sufrido una fuerte emoción.

Gardner habló en primer lugar.

—Bendito sea Konrad —comenzó—. Ha encontrado una manera de traernos a casa de nuevo.

—No sirve; no hay un testimonio directo —decretó Ram Seija de repente.

—Es realmente la Tierra —dijo Olmy—. Thistledown, automáticamente y sin saberlo nosotros, ha vuelto a la órbita en que fue construido. La creación de la Vía no nos sacó de todos los espacios familiares. Es posible que Thistledown hubiera podido completar su proyectado viaje. Pero no lo hizo. En su lugar, se esforzó por buscar el sol y alteró su curso para regresar a casa.

» Pero no conseguimos escapar a todos los efectos de la creación de la Vía. Thistledown fue ciertamente trasladado a un continuum cercano, pero también lo fue el pasado relativo. Entró en la órbita presente unos trescientos años antes de que fuera lanzado.

La cámara estaba en silencio, aturdida por las implicaciones de lo que Olmy estaba diciendo.

El testimonio pictográfico continuó. En menos de cuatro minutos mostró el comienzo de la Muerte y concluyó con el espectáculo de la Tierra cubierta por un espeso manto gris de humo, en el umbral del Largo Invierno.

El silencio en la cámara era profundo. Olmy continuó rápidamente.

—Regresé a la ciudad trayendo uno de los nuevos ocupantes de Thistledown, una mujer corpórea llamada Patricia Luisa Vásquez. A continuación otros cuatro violaron la hendidura del eje a bordo de un vehículo y llegaron hasta cerca de la ciudad. Han sido admitidos y se les ha hecho huéspedes de Axis Nader. Todos ellos, naturalmente, son corpóreos y primitivos, con forma primaria y mentalidad sin suplementar. Ellos son nuestros antepasados de la pre-Muerte.

Las bandas de anillos brillaron ahora alrededor de la primera senadora asignada para hablar. Avanzó. Olmy reconoció a Prescient Oyu, hija del aún reinante Abridor de Entradas Ry Oyu. La senadora Oyu había trabajado con Suli Ram Kikura dos años antes para eximir a las víctimas del retrovirus del sexo del límite de dos encarnaciones; era conocida por mostrar simpatías hacia los Naderitas, aunque sus orígenes y el ambiente en que se había movido eran moderadamente Geshel. Era una homorfa con elaboraciones diseñadas para ensalzar al mismo tiempo los rasgos sexuales y de mando.

—¿Thistledown regresó a la Tierra en el preciso momento de la Muerte? —preguntó.

—Está en la declaración —le recordó Ram Seija.

—No exactamente —aclaró Olmy—. Thistledown entró en el sistema solar cinco años y medio antes de la Muerte. Tengo evidencias —presentadas en subíndice— de que nuestra llegada fue realmente lo que disparó la Muerte. Es posible que sin la presencia de Thistledown en una órbita alrededor de la Tierra y la Luna, la Tierra, en este continuum hubiera escapado a la Muerte.

Gardner levantó los brazos, horrorizado.

—Esto es una abominación —dijo—. El bendito Korzenowsky nunca hubiera tenido intención de hacer una cosa así.

—Con todos los respetos para el Nexo del Hexamon —continuó Prescient Oyu—, se me ocurre una pregunta mientras miro el sumario de la agenda. ¿Por qué esta noticia no ha sido retransmitida a la ciudad entera? Sugiero que hagamos un inequívoco informe público y se convoque una reunión de emergencia del pleno del Nexo.

Las bandas de luz de Prescient Oyu cambiaron hasta adquirir un color ámbar

mientras retrocedía un metro. Ram Seija extendió ambos brazos y separó los dedos a fin de atraer la atención del Nexo.

—La noticia resulta sobrecogedora y es muy importante, pero también podría darse el caso de que tuviera consecuencias sociales adversas. Queremos comunicar la noticia de la forma que resulte más constructiva.

El repcorp Enrik Smys, un Geshel moderado que había servido al Hexamon en el pasado con una capacidad similar a la de Olmy, objetó que la conferencia de los Jarts tenía realmente precedencia. Los Jarts mostraban todos los síntomas de prepararse para avanzar más allá de dos ex nueve.

—Y el tema que estamos tratando hoy, comparado con eso, resulta trivial.

—Quizá no, repcorp Smys —dijo Rosen Gardner—. Puede que todas estas cuestiones estén relacionadas.

—¿Ha encontrado usted alguna evidencia de reprogramación deliberada del sistema de guía de Thistledown? —preguntó Ram Seija a Olmy.

Éste se dio la vuelta hasta quedar de frente al centro.

—No —contestó—. Pero el sistema borró todas las instrucciones inmediatamente después de la llegada. No hay manera de saberlo.

Gardner pidió formalmente las bandas de anillos. Ram Seija, con algo de vacilación, dio su consentimiento.

—Ha llegado el momento, una vez más, de pedir una investigación en la Ciudad del Recuerdo —dijo—. Hay alguien que puede decirnos todo lo que necesitamos saber...

—¡El Ingeniero está muerto! —objetó vehementemente Ram Seija.

—Sabemos que está inactivo —dijo Gardner dando muestras de un control poco habitual en él—. Pero el Bendito Korzenowsky conocía el peligro que corrían sus pautas cuando decidió retirar su propio cuerpo. Debemos autorizar una búsqueda de todas las partes de su personalidad que no hayan sido purgadas por los asesinos.

—Petición denegada —dijo Ram Seija.

—Solicito una audición ante el pleno del Nexo —persistió Gardner.

—Solicitud desautorizada.

—Investigación de procedimiento —dijo Gardner fríamente. El rostro de Ram Seija subió hasta el extremo de la mitad mineral de su esfera y miró con ceño al repcorp. Sólo en un caso extremo se requería una investigación de procedimiento; habría caído directamente en las manos del repcorp entrando bajo su jurisdicción.

—Yo secundo la petición —dijo la senadora Oyu, volviendo sus elegantes ojos hacia el sorprendido Gardner.

—Investigación de procedimiento —concedió Ram Seija; no tenía otra elección. Pero su expresión, ahora en medio de la esfera, decía claramente que la posición del repcorp Gardner en el Nexo se vería debilitada por cualquier

medio que él tuviera a su alcance.

Olmy escuchó la discusión sin mucho interés a partir de este punto, y, una vez que lo dejaron libre, salió de la esfera con el Frant para regresar a Axis Nader. Tomó un ascensor rápido hasta el círculo y el cuadrante donde se encontraban reclusos los terrestres.

Tras acompañar al Frant a la zona de la cocina, le ofreció a su compañero una comida a la carta.

—Es usted amable, ser Olmy —dijo el Frant guiñando los ojos mientras estudiaba las posibilidades del banquete—. Supongo que tendré que quedarme aquí durante algún tiempo.

—Te presentaremos a los otros después —dijo Olmy con el pensamiento puesto muy lejos de allí.

—Estoy contento.

Olmy abrió con la llave la entrada del sector aislado. El Frant se acurrucó en la zona de estantes, que era una tradicional mesa de comedor Frant, y luego se volvió para hacerle un guiño a Olmy.

—No esperaba usted tantos problemas, ¿verdad? —le dijo. Olmy sonrió al Frant desde la dilatada puerta.

—Te sorprenderías —dijo, y entró en el sector haciendo un guiño.

El ascensor cero que conducía hasta las plataformas de la perforación se utilizaba raramente ahora. Sólo dos personas continuaban trabajando en ellas, Roberta Pickney y Silvia Link Hoffman consideraba que el trabajo de estas dos mujeres era importante, sin embargo, y se propuso, como una obligación, el visitarlas personalmente por lo menos una vez a la semana.

Los amplios espacios y, en comparación, los bajos techos de las plataformas le recordaban a Hoffman los garajes de aparcamiento o los centros de convenciones. Con los guardias, dos infantes de marina que tenía asignados, tomó un carro que circulaba sobre raíles hasta el centro de comunicaciones y control, situado debajo de la primera pista, y entró sola en aquella tranquila habitación. Silvia Link se encontraba durmiendo en una hamaca. Roberta Pickney saludó en voz baja a Hoffman y luego le mostró las transmisiones interceptadas desde la Tierra y la Luna.

—La estación lunar parece que va bien —informó. Tenía bajo los ojos unas pesadas bolsas; parecía diez años más vieja que cuando Hoffman la conociera—. Todavía queda gente en la Tierra, pero están usando sólo transmisores de bajo alcance, baterías descargadas y generadores de molinos de viento, supongo. Creo que una o dos ciudades pequeñas, en zonas que quizás hayan estado protegidas por las plataformas orbitales, se encuentran aún transmitiendo estas señales de bajo alcance. De vez en cuando envío nuestras señales, pero nadie ha respondido aún. Es sólo cuestión de tiempo.

—Por lo menos hay gente —dijo Hoffman.

—Sí. Por lo menos. Pero a nadie le importamos nosotros. ¿Por qué íbamos a importarles?

—Deberías ir a la cuarta cámara para algo de R y R —sugirió Hoffman—. No da la impresión de que te encuentres muy bien.

—Me encuentro hecha polvo también. Pero esto es todo lo que me queda. Continuaré mientras haya voces ahí debajo. No piensas cerrar esto, ¿verdad?

—No, naturalmente que no —respondió Hoffman—. No seas tonta.

—Es un privilegio que tengo el ser paranoica —dijo Pickney; sacó la mandíbula inferior hacia delante y luego la empujó hacia atrás produciendo un audible chirrido de muelas—. Cuando Heineman regrese me iré a trabajar con él

para ver de arreglar y pulir de nuevo la nave espacial. Me gustaría también ir a la Luna. Tengo amigos allí.

—No hemos sabido ni una sola palabra de la expedición —dijo Hoffman—. Se están demorando demasiado, pero creo que no hay razón para preocuparse... todavía. Puedo conseguir que algunos de los muchachos de Heineman se pongan a trabajar en el transbordador a no tardar. Nos proporcionará algo nuevo en que pensar.

—¿Qué se sabe de los rusos que han desaparecido? —preguntó Link desde la hamaca al tiempo que parpadeaba, somnolienta.

—Aún no hay la menor posibilidad de hacer comentarios —dijo Hoffman. Cogió la mano de Pickney y la apretó—. Os necesitamos —les indicó—. A las dos. No trabajéis demasiado.

Pickney hizo un gesto afirmativo con la cabeza, sin mucha convicción.

—De acuerdo. Diles a Janice Polk y a Beryl Wallace que vengan a reemplazarnos dentro de un día o dos. Nosotras iremos a tomar algo de luz del tubo y a ver el paisaje.

—Bien —dijo Hoffman—. Ahora enséñame de dónde vienen las señales...

El pícaro apareció de nuevo en la habitación de Patricia mientras dormía, y la despertó haciéndole cosquillas en la oreja.

—Señorita Patricia Luisa Vásquez, la última de la Tierra, de la difunta Tierra —susurró—. Estoy aquí con algunas respuestas.

Patricia se dio la vuelta y se frotó los ojos. La apariencia del pícaro había cambiado bastante; ahora parecía que llevara unos pantalones anchos y una chaqueta de punto. Lucía un pelo lanudo y descuidado y llevaba una cadena de reloj, aunque sin reloj, que colgaba de uno de los agujeros del cinturón e iba a parar a un bolsillo ribeteado que tenía en el jersey. Aquel pícaro iba a la última moda del año dos mil cinco. Se inclinó hacia el suelo desde la cama para verle los zapatos. Unas huarachas y unos calcetines *tabi* japoneses completaban su atuendo.

—Me están persiguiendo —dijo él—. He tenido que deslizarme por un camino diferente. Ahora estoy utilizando el pictógrafo auxiliar; el principal está cerrado. Y he reprogramado la unidad de intimidad del apartamento para que nos deje a los dos fuera de cualquier posible grabación mientras hablamos. He encontrado que hay una manera de entrar en la grabación de la ciudad. Muy decepcionante; para el Nexo, aparentemente, no hay nada sagrado.

Patricia parpadeó; luego se levantó de la cama y fue a buscar la túnica.

—¿Siempre haces esto?

—No —contestó el pícaro—. Supone un enorme esfuerzo el llegar tan lejos. Prefiero estar practicando cualquier juego en la Ciudad del Recuerdo, pero los que me han contratado me han ofrecido increíbles ventajas a cambio de la información. Afortunadamente he enviado la mía justamente antes de la publicación general de la noticia; ahora todo el mundo sabe que estás aquí.

—Ya nos lo han dicho.

—De acuerdo —dijo el pícaro.

Las luces de la habitación se encendieron. Patricia se contempló durante un momento en el espejo del lavabo y decidió que, con prisas, no podía hacer gran cosa por arreglarse. Tenía aspecto de estar exhausta y todo el pelo enredado a causa de un sueño agitado.

—De todas formas, respuestas —continuó diciendo el pícaro—, hay más

respuestas que preguntas formuladas. Vas a declarar ante el pleno del Nexo dentro de un par de días. Nadie lo sabe todavía, sólo yo y aquellos que deben saberlo. Luego te van a incluir en la ceremonia de la última Entrada. No se llama así oficialmente, pero a eso es a lo que se reduce; conocerás al Abridor de la Primera Entrada en el segmento uno punto tres ex nueve y presenciarás la apertura. Puede que la cierren inmediatamente después, ya que los Jarts se acercan a toda velocidad.

—¿Quiénes son Jarts?

—Pulgas, el Nexo te lo dirá, parásitos monstruosamente agresivos y que no son en absoluto cooperantes. La Vía se encontraba ya en su lugar mil años antes de que fuera por fin conectada con Thistledown, hablando desde la perspectiva de tiempo de la Vía, naturalmente, lo cual no resultó congruente hasta que la unieron. Los Jarts penetraron por una entrada de prueba y se acomodaron allí antes de que se abriera. Maduraron en la Vía y tuvimos que luchar contra ellos para lograr expulsarlos. Saben abrir las entradas y tienen el control entre dos ex nueve y, creemos, cuatro ex nueve. Pero mira, todo eso está en el Recuerdo y yo no dispongo de mucho tiempo. Tengo noticias de Olmy. ¿Sabes algo acerca de los Naderitas ortodoxos y los Geshels?

—Sí —repuso Patricia.

—Bueno, pues tienen dos planes de emergencia para el caso de que los Jarts nos dominen, cosa que ahora parece bastante probable. Los Geshels tienen la intención de movilizar a toda la Ciudad de Axis, quieren coger la hendidura y viajar por ella a una velocidad próxima a la de la luz sobre los territorios de los Jarts y, al mismo tiempo, hacer volar Thistledown del final de la Vía.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Eso podría sellar la Vía... cauterizarla. Y eliminar el peligro de que Thistledown sea reocupada y de que la Vía entera quede bajo el control de los Jarts. La otra alternativa posible es conducir Thistledown hasta un planeta habitable y, sencillamente, abandonar la Vía, cerrarla o eliminarla. Así la Ciudad de Axis podría escapar pasando por el final de la Vía, haciendo volar Thistledown y poniéndose en órbita alrededor del planeta. Eso llevaría mucho tiempo... o lo habría llevado hasta ahora. Thistledown se encuentra en órbita de la Tierra, una situación ideal para abandonar la Vía. Todo el mundo lo sabe. Así que los Naderitas ortodoxos, especialmente el bando de Korzenowsky...

—¿Quiénes son éstos? —preguntó Patricia; cualquier distracción le desapareció al oír al pícaro mencionar aquel nombre conocido.

—Son aquellos que descienden de los ingenieros que, en otro tiempo, apoyaron al diseñador de la Vía, Konrad Korzenowsky. El centro lo constituye un pequeño grupo conservador, la mayoría de los cuales son los-que-quieren-volver-a-la-Tierra. Los Geshels, hasta el presente, los han mirado siempre como posibles candidatos para pasar a formar parte de los inactivos de Recuerdo. Pero

ahora se está reconsiderando a los Naderitas y a la gente de Korzenowsky.

—¿Quieren hacer volar por el aire el asteroide y llevar la Ciudad de Axis a la órbita Tierra-Luna?

—Eso es. Bueno, el tiempo se me está acabando rápidamente. En breve voy a hacer saltar todos los sistemas de seguridad y ya no podré volver a visitarte, ésta es mi última venida. Olmy no es lo que parece. Él es...

Lo que ocurrió a continuación sucedió tan deprisa que Patricia apenas pudo seguirlo. La imagen del pícaro se tambaleó violentamente y algo chisporroteó en la pared situada más lejos. Un rayo entrecortado de color rojizo se disparó desde el pictógrafo auxiliar a través de la habitación y fue a golpear la pizarra electrónica de Patricia que estaba en la mesilla de noche. El pícaro se desvaneció. Las luces de la habitación se oscurecieron.

Los muebles y las paredes no se distinguían bien, estaban grises.

—Más luz, por favor —dijo Patricia.

—Lo sentimos mucho —replicó la voz, que sonaba ahora ronca y disonante —. Los pictógrafos de su habitación funcionan mal. Por favor, tenga paciencia. Se están haciendo las reparaciones pertinentes.

Patricia se sentó al borde de la cama. Mientras sus ojos se adaptaban a la oscuridad, se dio cuenta de que todos los detalles habían desaparecido de la habitación. Estaba sentada en una cama blanca básica, rodeada por muebles blancos con forma igualmente básica. Las paredes también estaban en blanco. Recogió la pizarra electrónica para ver si había resultado dañada por el rayo.

En la pantalla apareció una tosca línea dibujando al pícaro con aquella ropa a la moda seguida de una hilera de números, y luego, formando el final de la hilera, apareció asimismo un triángulo. Más allá del triángulo, en el registro siguiente, había tres ecuaciones y una equivalencia en código. Patricia integró los dos registros y realizó una operación básica con las ecuaciones.

Unas palabras aparecieron intermitentemente en la pizarra electrónica:

Olmy conocía a Korzenowsky. Lo conoce todavía. En la Ciudad de Thistledown.

Olmy tenía la vivienda en Axis Nader la mayor parte del tiempo; nunca conservaba una residencia más de cuatro meses, pero generalmente residía en aquella parte de la Ciudad de Axis. Nunca decoraba las habitaciones, confiando sólo en un mínimo de elaboración para hacer los apartamentos habitables. Parecía, en realidad, que evitaba todo cuando le era posible los servicios de la ciudad, que la mayoría de los ciudadanos de Axis consideraban básicos.

Sin embargo Olmy no era un asceta. No necesitaba de todos aquellos ornamentos; y tampoco criticaba a quienes los necesitaban.

Se sentó en el cuarto de estar, todo blanco, esperando que se completara el

rastros. Olmy había modelado su rastreador conforme a los programas mentales centrales de una antigua especie de perro terrestre conocido como terrier de pelo corto; estaba complementado por varias de las personalidades parciales de Olmy. Era un rastro duro de eludir, fuerte y lleno de recursos. Rara vez le fallaba.

De acuerdo con una ley en vigor en la Ciudad de Axis, los pícaros de la Ciudad del Recuerdo se consideraban juego limpio. Los ciudadanos no podían destruir aquellos pícaros que localizaban, pero podían arrinconarlos y pedir su inmediata desactivación.

A Olmy no le interesaba la desactivación. Simplemente quería seguirle con firmeza la pista al pícaro y presionarle para aumentar la sensación de actividad ilícita. El pícaro aquel era de una gran calidad; había sobrevivido a docenas de duelos, algunos de los cuales se extendían a lo largo de décadas, lo que equivalía virtualmente a milenios en la Ciudad del Recuerdo. No tenía nombre, ni siquiera un rastro adecuado; había diseñado su persona activa para que fuese eficiente, evasiva y sólo tan egoísta como fuese necesario para proveer motivación para los duelos.

El rastreador había sorprendido al pícaro en el apartamento de Patricia, y entonces Olmy le había ordenado regresar, pensando que así el pícaro creería que había escapado.

Olmy conocía muy bien la personalidad de los pícaros normales. La mayor parte de ellos habían nacido durante las etapas finales de la construcción de la Ciudad del Recuerdo, tarea que había durado más de quinientos años y que había comenzado en la Ciudad de Thistledown antes de la creación de la Vía.

Un número de ciudadanos, generalmente jóvenes, habían encontrado la manera de crear escapatorias y de burlar los castigos extremos que se imponían para disuadir a los criminales: reciclaje del cuerpo de los ciudadanos y desactivación de la personalidad almacenada. El sistema más popular era fabricar ilegalmente una personalidad duplicada que permanecería inactiva en la Ciudad del Recuerdo; si el ciudadano recibía el castigo último, el duplicado ilegal sería activado, garantizando la continuidad.

Aquellos «pícaros» se veían envueltos entonces en toda clase de actividades criminales, recurriendo incluso algunos de ellos a actos de violencia que no se habían visto nunca en la Ciudad de Axis desde la expulsión de los Naderitas ortodoxos de Alejandría. A la mayoría los capturaban, los juzgaban y los sentenciaban, y el castigo se llevaba a cabo soltando a un grupo de personalidades virulentas y destructivas en la Ciudad del Recuerdo. Con el paso del tiempo algunos pícaros fueron convencidos por agentes del Hexamon de que la mejor manera de pasar el tiempo para ellos sería comprometerse en duelos, buscando y eliminando así a otros pícaros. Aquello resolvía gran parte del problema. Empezaron los duelos y, en una década, la mitad de los pícaros habían sido eliminados por sus propios compañeros.

Sin embargo muchos habían sobrevivido, los que eran más listos y tenían más inventiva, y, por ello, en último término, los más peligrosos.

En las últimas décadas uno de los problemas más apremiantes del Nexo había sido hacer que la Ciudad del Recuerdo resultara completamente segura para todos los ciudadanos. El Nexo había podido realizar pocos progresos en aquel sentido, pues aún quedaba un obstinado residuo de resistencia que creaba picaresca y que, de vez en cuando, conseguía desbaratar importantes funciones.

Contratar a un pícaro era siempre un riesgo, Olmy ya lo sabía. El contratante no podía esperar una lealtad completa; un pícaro permanecía leal solamente mientras los intereses y ventajas le merecieran la pena.

Con ese objeto Olmy había recompensado con largueza al pícaro dándole acceso a varios bancos de datos privados, y se cuidaba doblemente de que nadie descubriese nunca quién lo había alquilado, especialmente el propio pícaro.

La oscura biblioteca se iluminó lentamente, permitiendo que los ojos se acostumbraran. Pavel Mirsky estaba de pie parpadeando en el extremo opuesto de aquel recinto lleno de asientos y globos de lágrimas.

El primer impulso de Mirsky fue buscar el daño producido por los disparos de Vielgorsky. No había nada dañado. Todos los globos estaban intactos. Mirsky levantó la mano y se la llevó a un lado de la cabeza, luego a la nariz y a la barbilla. No había cicatrices. Dentro de la cabeza una minúscula y discreta señal le informó de que estaba utilizando una parte de su cerebro que originalmente no le pertenecía.

Comenzó a pasear de un lado a otro, notando una clara y desagradable sensación de inexperiencia detrás de los ojos. Luego rodeó las filas de sillas y se acercó a la pared negra, que estaba aún cerrada y sin forma. Frunció el entrecejo y dijo en voz alta.

—¡Hola! —Nadie le respondió—. ¡Hola! —insistió—. ¿Dónde están todos?

Quizá fuera que lo habían dejado solo. Quizá los otros salieran de la biblioteca después de dispararle. Pero estaba aquella niebla blanca, envolvente... y recordó también a los tres oficiales con la cabeza echada hacia atrás y la mandíbula dislocada.

—¡Pogodin! —llamó—. Pogodin, ¿dónde estás?

De nuevo no hubo respuesta. Cruzó el rincón oscuro de la biblioteca hasta llegar a la pequeña puerta que conducía al puesto de observación. La puerta estaba abierta. Subió por las escaleras y entró en aquella pequeña habitación. Pogodin estaba echado sobre tres sillas, respirando con regularidad, aparentemente dormido. Mirsky lo sacudió suavemente por el hombro.

—Pogodin —le dijo—. Es hora de marcharnos.

Pogodin abrió los ojos y miró a Mirsky con una expresión de sorpresa.

—Le mataron —dijo—. Le volaron la mitad de la cabeza. Yo lo vi.

—He estado soñando —explicó Mirsky—. Unos sueños muy raros. ¿Viste lo que les sucedió a Vielgorsky, a Belozersky y a Yazykov?

—No —respondió Pogodin—. Sólo vi que la niebla me rodeaba y me producía picor, Y ahora esto. —Abrió los ojos desmesuradamente y se sentó, con los labios aún temblándole—. Quiero marcharme —dijo.

—Buena idea. Vamos a averiguar lo que ha sucedido. —Mirsky bajó por las escaleras delante de Pogodin y se dirigió hacia la pared negra—. Ábrete —le dijo.

La puerta en forma de media luna se irizó y se abrió silenciosamente.

Annenkovsky estaba de pie, en posición de descanso, dándole la espalda a Mirsky y a la puerta; sujetaba el rifle por el cañón, con la culata apoyada en el suelo.

—Perdón, comandante —dijo Mirsky. Annenkovsky se puso tenso y se dio media vuelta sobre un pie al tiempo que levantaba el rifle y lo manoseaba.

—Tenga cuidado —le advirtió Mirsky.

—Camarada coronel... quiero decir, general...

—¿Dónde están los otros? —preguntó Mirsky mirando a las tropas que estaban en el cuadrángulo.

—¿Los otros?

—Los oficiales políticos.

—No han salido todavía. Perdón, general, pero debemos ir a nuestro campamento enseguida; tenemos que contactar por radio y luego...

—¿Cuánto tiempo he estado ausente?

—Nueve días, general.

—¿Quién se ha hecho cargo de las tropas mientras tanto? —quiso saber Mirsky. Pogodin se había colocado exactamente detrás de él.

—De momento el comandante Garabedian y el teniente coronel Pletnev, señor.

—Entonces condúzcame hasta donde se encuentren. ¿Qué están haciendo aquí los soldados de la OTAN?

—Señor... —Annenkovsky parecía a punto de desmayarse—. Ha habido un montón de tensiones. Nadie sabía lo que había sucedido ahí dentro. ¿Qué sucedió?

—Ésa es una buena pregunta —dijo Mirsky—. Puede que lo averigüemos más tarde. De momento, yo estoy bien. Pogodin también está bien, y necesitamos ir enseguida al campamento... de la cuarta cámara.

—Sí, señor.

—Vamos. ¿Por qué nuestros hombres se encuentran estacionados aquí?

—Le estaban esperando a usted, general.

—Entonces que vengan con nosotros.

—Sí, señor.

Mientras viajaban en el tren, Mirsky cerró los ojos y reclinó la cabeza contra la pared. *Estoy muerto* —pensó—. *Siento esa sensación, me faltan algunas partes de mí mismo, están reemplazadas, rellenas de basura en las brechas producidas. Eso quiere decir que soy una nueva persona; he muerto y he vuelto a la vida otra vez. Nuevo, pero cargado con las mismas antiguas responsabilidades.*

Abrió los ojos y miró a Annenkovsky. El comandante le observaba con una

expresión casi temerosa, que borró enseguida y substituyó por una pálida sonrisa.

—Resumiendo, entonces —decía Lanier. Se habían reunido otra vez en las habitaciones de Patricia a fin de oír la historia de ésta sobre el pícaro, y también para ponerse de acuerdo sobre un modo de actuación común—. Somos huéspedes, pero no exactamente. Y estamos protegidos, lo que significa que nuestra condición es bastante parecida a la de los prisioneros.

—Nuestros servicios de datos están censurados —comentó Farley.

—Y no podemos regresar a la Piedra —dijo Heineman.

—Y, si es verdad lo que le han dicho a Patricia, estamos a punto de convertirnos en celebridades —indicó Carrolson.

—¿Te dijo el pícaro si alguien se esperaba que la Piedra regresase a la Tierra? —le preguntó Lanier.

—No —repuso Patricia—. Pero, en mi opinión, no creo que se lo esperasen. O mucho me equivoco, o ellos pensaban que la Piedra, tras el tirón que la hizo soltarse cuando abrieron el pasillo, continuaría viajando por el espacio, demasiado pequeña para ser advertida, y que no terminaría nunca en ningún lugar en particular.

—Así que, ¿cuál es nuestra posición en todo este asunto? —quiso saber Lanier—. ¿Larry, Lenore?

—¿Y qué importa lo que deseemos? ¿Qué podemos hacer? —le preguntó a su vez Heineman abriendo los brazos.

—Piénsalo un poco, Larry —dijo Carrolson poniéndole una mano en la rodilla—. Somos celebridades. No pueden ignorar nuestros deseos.

—¡Oh, no! —dijo Heineman—. Pueden simplemente hacernos un lavado de cerebro. ¡Algunos de ellos ya no son ni siquiera humanos!

—Son humanos —dijo Patricia—. Nada más que porque puedan elegir la forma que quieran tener o los talentos y habilidades que prefieran ostentar, no por eso dejan de ser nuestros descendientes.

—¡Señor! —exclamó Heineman—. Todo esto queda fuera de mi alcance.

—No, no es así —insistió Carrolson—. Si yo puedo entenderlo, tú también. —Le pellizcó en la rodilla.

—Si presentamos un frente unido obtendremos más concesiones —apuntó Lanier—. Si somos celebridades o, aunque sólo sea curiosidades, quizás exista la

posibilidad de que consigamos cierto control sobre la forma en que se nos trate y, de manera no tan incidental, sobre la forma en que traten a nuestra gente en la Piedra...

—Y entonces, ¿qué es lo que vamos a exigir? —preguntó Carrolson.

—Lo primero, insistir en que nuestros servicios de datos no sean censurados —sugirió Patricia.

—Yo ni siquiera he utilizado todavía el mío —comentó Heineman.

—Intentaremos por todos los medios obtener permiso para comunicarnos con la Piedra. —Lanier los miró, a su alrededor—. ¿Estamos todos de acuerdo?

Lo estaban.

—Tenemos que asegurarnos de viajar siempre juntos, en grupo; no debemos dejar que nos separen —continuó—. Si nos separan, protestaremos...

—¿Huelga de hambre? —dijo Farley.

—Lo que sea con tal que funcione. Me parece obvio que nuestros anfitriones no son ogros, y no es probable que nos traten mal; que nos deslumbren un poco, quizás, y que nos sometan a toda clase de conmociones del futuro, pero... podremos soportarlo. Todos fuimos capaces de sobrevivir al tiempo que pasamos en la Piedra, así que también podremos sobrevivir a esto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Farley mirando a Lanier con una expresión que indicaba algo más que respeto por su autoridad. Patricia los miró a ambos y adoptó lo que Lanier creyó que era una mirada alegre y penetrante... una sonrisa que poseía cierto matiz y una mirada intensa.

Carrolson miró a los tres atentamente.

—Olmy se encuentra en estos momentos en el salón de estar —les indicó Patricia—. Está con Ram Kikura. Le dije que se espera se hasta que hubiéramos terminado, pero quieren hablar con nosotros.

—Entonces, ¿estamos todos unidos? —preguntó Lanier a los demás.

—Naturalmente —dijo Heineman suavemente.

Olmy y Ram Kikura entraron en el apartamento de Patricia y se sentaron, con las piernas cruzadas, en medio del grupo. Ram Kikura sonreía felizmente; a Lanier le daba la impresión de que la abogada no tendría más edad que Patricia, aunque debía ser mucho mayor.

Lanier les presentó las peticiones. Sorprendido, vio que Olmy accedía a casi todo, excluyendo solamente la comunicación con Thistledown.

—Eso no puedo garantizárselo ahora. Quizá más tarde. Les permitiremos el acceso a los datos sin censura alguna, pero eso requerirá que antes les eduquemos un poco —dijo—. El acceso total a los datos es algo muy complicado, supone una gran responsabilidad. Hay potencial que se podría usar indebidamente. Para empezar, ¿aceptarían ustedes la ayuda de un pedagogo?

Ram Kikura podría asignarles un fantasma, una personalidad parcial basada en ella misma. Ese pedagogo podrá buscarles las cosas y enseñarles cómo hacerlo. Nuestros ciudadanos más jóvenes los utilizan siempre.

—¿Se nos permitirá investigar cualquier cosa? —preguntó Patricia.

—Ésa es una petición difícil —dijo Ram Kikura—. Ni siquiera un ciudadano tiene acceso a todo en la Ciudad del Recuerdo. Hay muchas cosas que pueden resultar peligrosas para quienes no están entrenados...

—¿Cómo qué? —le preguntó Heineman.

—Como los programas que alteran la personalidad o combinan diferentes personalidades. El realce de la psique. Varios programas de un alto grado de ficción y algunos programas teóricos. Quizá deseen ustedes explorar eso más adelante, pero de momento un pedagogo les protegerá de... digamos de que sobrepasen su capacidad sin darse cuenta.

—O de que nos quedemos por debajo de ella —apuntó Carrolson.

—¿Piensan seguir conservándonos puros? —preguntó Patricia.

—Hasta cierto punto —admitió Olmy—. Pero las pruebas ya están hechas.

—¿Ya las han hecho? —Heineman ponía de manifiesto que estaba impresionado.

—Sí, mientras dormían.

—Creo que debería habernos avisado de que lo hacían —dijo Lanier frunciendo el entrecejo.

—Y se les avisó. Sus personas de sueño guiaron nuestras preguntas y no hicimos nada con lo que ellas no estuvieran de acuerdo.

—Jesús —dijo Carrolson—. ¿Qué demonios son personas de sueño?

Ram Kikura levantó las manos.

—Quizás ahora se den cuenta de por qué su estado legal es semejante al de los niños o, todo lo más, como el de los adolescentes. Simplemente, se encuentran ustedes sin la preparación necesaria para exponerse a todo lo que la Ciudad de Axis tiene para ofrecerles. Por favor, no se ofendan. Yo estoy aquí para ayudarles en todo lo que sea posible, no para poner obstáculos ni para frustrarles. Estoy aquí también para protegerles y lo haré por encima de las objeciones que puedan ustedes plantear.

—¿Eso es lo que hacen los abogados? —le preguntó Heineman—. Quiero decir, ¿son letrados o qué?

—Un abogado es a la vez un guía y un representante legal —dijo Ram Kikura—. Nosotros aconsejamos sobre formas de acción, basándonos en las investigaciones que nuestros fantasmas asignados realizan en la Ciudad del Recuerdo y en otras partes. Tenemos muchas ventajas, como el acceso a las colecciones de datos privadas, por ejemplo. Aunque no estamos autorizados para divulgar el contenido de esas colecciones, sí que podemos actuar según lo que aprendamos por medio de ellas, dentro de unos límites, claro. Algunos abogados,

incluida yo, ofrecen también lo que en el tiempo de ustedes quizá se llamase asesoramiento psicológico.

—Básicamente —dijo Olmy—. Ser Ram Kikura les proporcionará además otra capa de protección... contra el abuso por parte de altas autoridades. ¿Tienen alguna otra pregunta?

—Sí —dijo Carrolson mirando a Lanier. Este asintió y ella continuó—. ¿Qué es lo que le va a suceder a nuestra gente en la Piedra, en Thistledown?

—No lo sabemos aún —contestó Olmy—. Esa decisión aún no se ha tomado.

—¿Se les tratará correctamente? —quiso saber Farley—. ¿A los americanos y a los otros?

—Puedo garantizarles que no se les hará daño alguno —dijo Olmy.

—¿Tiene usted alguna idea de cuándo podremos comunicarnos con ellos? —preguntó Lanier.

Olmy golpeó suavemente los dos dedos índices uno con otro delante del pecho y no respondió nada.

—Bueno, usted dirá.

—Como ya he dicho, esta cuestión aún no se ha decidido. No puedo darles una respuesta inmediata.

—Nos gustaría saberlo tan pronto como usted se entere —dijo Lanier.

—Lo sabrán —aseguró Olmy—. Han estado ustedes protegidos y aislados. Eso puede cambiar de algún modo ahora que su presencia ya no es un secreto. Ustedes reconocen su potencial popularidad; habrá ceremonias y recorridos. Probablemente se cansarán de las atenciones.

—Estoy seguro —dijo Lanier, dubitativo—. Y ahora, ser Olmy, sólo entre nosotros siete —si es que usted es una sola persona, tal como parece ser, y es que no hay nadie husmeando ahora mismo por encima de su hombro—, ¿qué interés tiene usted en nosotros?

—Señor Lanier —respondió Olmy—, usted sabe tan bien como yo que todavía no ha llegado el momento de ser completamente francos. Por frustrante que pueda resultar, ustedes simplemente no lo acaban de entender, y si yo se lo explicase no haría más que confundirlos. Se lo explicaré más adelante, pero primero deben experimentar nuestra ciudad y nuestras culturas. Puesto que ahora son libres para utilizar los servicios de datos...

—Relativamente libres —puntualizó Lanier.

—Sí, libres con protecciones... Quizá deseen pasar las próximas veinticuatro horas « empollando », si es ésa la expresión adecuada.

—¿Nos enfrentaremos con otras restricciones?

—Sí —dijo Olmy—. No pueden salir de estas zonas de residencia. No, hasta que se les haya confeccionado el programa de vida y el Nexa tenga las cosas preparadas para su... llamémoslo debut. Y antes de que esto suceda, les sugerimos que se informen cuanto puedan sobre la Ciudad de Axis, y que

aprendan al menos unas cuantas formas de vida de las que llevamos aquí.

Los miró a todos uno a uno, con las cejas levantadas, como si solicitase alguna otra pregunta; pero nadie preguntó nada, Lanier cruzó las manos por detrás de la nuca y se recostó hacia atrás en el sofá.

Ram Kikura programó los pictógrafos desde donde se encontraba.

—Ahora hay un pedagogo basado en mi personalidad —explicó—. Pueden utilizar los servicios de datos desde cualquiera de los apartamentos, y el pedagogo les ayudará. Sería mejor que comenzaran con la descripción de la ciudad y de la Vía... ¿de acuerdo?

Los siete se quedaron observando en silencio mientras la Ciudad de Axis se proyectaba ante ellos con unos detalles que hipnotizaban. Parecía que se acercaran a la ciudad desde el norte, aproximándose velozmente a ella muy cerca de la singularidad —la hendidura— y pasando a través de varios escudos oscuros.

El punto de vista cambió y bajó hasta situarse muy cerca de la pared de la Vía, hasta que dio la impresión de que revolotearan a unos cientos de metros sobre aquellas pistas repletas de tráfico en movimiento. Heineman se crispó cuando vio que unos rapidísimos cilindros semejantes a tanques se deslizaban bajo ellos a lo largo de múltiples pistas, cada cilindro equipado con un círculo de luces brillantes que iban enfocadas hacia delante, en el morro, y tres bandas de luces rodantes a los lados. A lo lejos, una entrada terminal de cuatro kilómetros de anchura acogía a miles de cilindros procedentes de todas las direcciones. (Un apéndice visual les mostró brevemente el interior de la terminal, un laberinto de patios conectados entre sí a niveles múltiples, desde donde los cilindros eran lanzados de nuevo a la pista, guiados a cobertizos para ser cargados o descargados allí antes de transferir el contenido a diferentes contenedores que serían transportados hacia dentro por la entrada. La entrada misma era mucho más ancha que las otras que habían encontrado; tenía un agujero con peldaños de por lo menos dos kilómetros de ancho y parecía el pozo abierto de una mina, pero más regular y más atiborrado de maquinaria).

La Ciudad de Axis resultaba imponente y pavorosa desde cualquier ángulo, pero desde cerca de la superficie de la Vía era abrumadora. El pictógrafo realizó más intensamente las partes situadas al norte de la ciudad y les explicó sus funciones; luego el punto de vista se trasladó hacia el sur.

La zona más lejana del sur de la ciudad era una amplia cruz de Malta que se extendía a partir de dos cubos montados uno detrás del otro sobre la hendidura. El centro de la cruz daba cabida a la hendidura, que a su vez extendía después a través de dichos cubos. Allí se encontraba la maquinaria que proporcionaba energía a la ciudad, impulsándola y guiándola a lo largo de la singularidad. El mismo efecto que podía mover la ciudad a lo largo de la hendidura, y que era el que había impulsado el sobretubo, proporcionaba asimismo la mayor parte de la

energía de la ciudad. Unos generadores situados en el interior de los cubos eran movidos por turbinas, cuyas «cuchillas» intersectaban la singularidad y estaban sometidas a la transformación espacial.

(*¿De dónde procede la energía, en último término?* —se preguntó Patricia a sí misma. *¿Tenía siquiera la pregunta algún significado?*).

Más allá de los dos cubos había un amortiguador con forma de copa de vino cuya parte más ancha estaba colocada al mismo nivel que el primer cilindro giratorio, Axis Nader, donde se encontraban situadas las viviendas de todo el grupo. Axis Nader era la parte más antigua de la ciudad. Después del traslado final de los Naderitas ortodoxos desde Thistledown, los habían llevado a Axis Nader, que así se convirtió en una especie de *ghetto* Naderita.

Los grupos demográficos de neomorfos, que estaban entonces en expansión, se habían ido trasladando poco a poco hacia el norte, hacia Ciudad Central y los otros cilindros rotantes, más nuevos y más apetecibles en el sentido de espacio habitable. Axis Nader rotaba para producir una fuerza centrífuga en los niveles exteriores más o menos igual a la fuerza de la Vía. La población estaba aún constituida en su mayor parte por Naderitas ortodoxos, los cuales, no hacía falta decirlo, eran enteramente homorfos.

Más allá de Axis Nader estaba Ciudad Central. La geometría de la arquitectura de Ciudad Central era deslumbrante por sí misma. La curiosidad de Lanier disparó un gráfico análisis de la forma, que empezaba con un cubo. Cada cara del cubo soportaba una pirámide achatada cuyos «escalones» giraban ligeramente cada uno con respecto a los demás creando una media espiral. La figura completa cabría posiblemente dentro de una esfera de unos diez kilómetros de diámetro y era más bien como una Torre de Babel, tal como la habría concebido el artista del siglo veinte M.C. Escher si hubiera colaborado con el arquitecto Paolo Soleri; en todos los aspectos Ciudad Central era la pieza más lucida de la Ciudad de Axis. El motivo de «pirámide retorcida» parecía ser universal; era también la forma de las entradas terminales.

Más allá de Ciudad Central se encontraba Axis Euclid, que contenía una población mixta de neomorfos y homorfos con simpatías Geshels y Naderitas. Axis Thoreau y Axis Euclid daban vueltas en sentido contrario con el fin de compensar el movimiento de rotación de Axis Nader, que era ligeramente mayor que cualquiera de ellas.

El punto de vista de la proyección volvió a la cruz de Malta y al extremo sur de la ciudad. Se encontraron en el centro de la cruz, en un andén, presenciando el abastecimiento de una mucho mayor y más sofisticada versión de su propio sobretubo destruido. Llamada nave de la hendidura, esta nave media aproximadamente cien metros de largo y tenía forma de ocarina aplastada en el centro. Los dos segmentos del huso estaban casi desprovistos de rasgos; uno era negro grisáceo brillante, el otro azul violeta.

Hechos y figuras acompañaban la proyección de las imágenes. La nave de la hendidura —un ejemplar de una flota de más de un centenar— podía viajar a cinco mil kilómetros por segundo. Podía desengancharse de la hendidura para permitir el paso a otros vehículos —aunque Heineman confesó que no veía cómo podía hacerse esto, pues la hendidura pasaba por el centro de la nave— y podía también enviar naves más pequeñas para expediciones de aterrizaje y reconocimiento.

Cerca de la superficie de la Vía los inmensos discos que vieran cuando se acercaban a la ciudad proporcionaban el transporte necesario para carga y para pasajeros en viajes de menor extensión. El recorrido pictografiado terminó con una esfera de anillos de oro y plata que daba vueltas rápidamente ante ellos.

—Ser Olmy —dijo Lanier.

—¿Sí?

—¿Somos huéspedes o prisioneros?

—En este momento ninguna de las dos cosas —repuso Olmy—. Dependiendo de a quién se lo pregunte —y de lo honradamente que le contesten—, ustedes son activo o deudas. Por favor, recuerde esto. Tenemos planeadas tres recepciones —continuó—. Una ante el Nexo del Hexamon, la segunda en el mundo de los Frant, Timbl, en donde quizá podamos reunimos con el Presidente, y la tercera en el punto tres ex nueve, donde va a abrirse una nueva entrada.

Lanier se levantó lentamente y se pellizcó el puente de la nariz.

—Está bien —dijo—. Se nos ha dado a conocer públicamente y ahora nos van a usar para fines propagandísticos. Tardaremos años en llegar a ser sofisticados aquí, quizá nunca lo consigamos, puesto que no tenemos implantaciones. Pero por lo menos nos van mostrando algo más que antes. Ya no somos immaculados especímenes del Homo sapiens de la pre-Muerte. —Hizo una pausa, inseguro de adonde iba a parar—. Pero...

—Nunca estará lo suficientemente contento con mis explicaciones —le interrumpió Olmy—. Usted presiente que por mucho que le digamos queda siempre un subtexto que no puede comprender. Y está en lo cierto. Se dará cuenta de que nunca le he pedido que confiara en mí. Eso sería más de lo que uno razonablemente pudiera esperar. Pero por esta vez debería hacerse evidente que podemos ayudarnos unos a otros enormemente. Ustedes quieren comunicarse con sus amigos, y el Nexo tiene que luchar a brazo partido con la presencia de ustedes y todo lo que ella implica. En los próximos días van a aprender muchas cosas sobre la Vía y sobre nuestra misión aquí, más aún de lo que el pilar de datos podría decirles. Yo les acompañaré, y Suli Ram Kikura y yo haremos todo lo que está en nuestra mano para abogar por su caso; primero porque es justo, y luego porque creo que aquello que sea para bien de ustedes, también le será de utilidad al Nexo.

Lanier miró a los otros cuatro, deteniéndose en Farley y luego en Patricia.

Farley sonrió, animándole; la expresión de Patricia era menos clara.

—Pueden contar ustedes con nuestra cooperación, dentro de unos límites razonables, durante siete días más —dijo Lanier—. Si en ese tiempo no se nos hace evidente que nuestros intereses se corresponden mutuamente, o si no se nos permite comunicarnos con Thistledown, la cooperación tocará a su fin. No sé hasta qué punto esto es una amenaza —aclaró, respirando profundamente—. Por lo que yo sé, ustedes pueden crear imágenes nuestras generadas por computadora y obligarlas a hacer lo que quieran, o incluso fabricar androides iguales que nosotros. Pero ésa es nuestra postura.

—De acuerdo —dijo Olmy—. Siete días.

Olmy y Ram Kikura se marcharon. Heineman se puso a balancear lentamente la cabeza adelante y atrás; luego dirigió una mirada a Lanier.

—Bueno, ¿y qué?

—Seguiremos estudiando —dijo Lanier—. Y esperando el momento.

Hoffman estaba de pie ante el pequeño espejo de su «condominio de cartón», como ella había dado en llamar al bungalow de las mujeres. Decidió que no tenía tan mal aspecto. En los últimos días había dormido mejor.

La tasa de suicidios había disminuido; al parecer su gente —Hoffman siempre pensaba en ellos llamándolos de esta manera, tanto a militares como civiles— iba aceptando su suerte, y se estaban empezando a encaminar los planes para la reconstrucción del transbordador y de algunos de los vehículos rusos de carga pesada para ver si era posible un viaje a la Luna. Unos cuantos discutían aún la posibilidad de una expedición a la Tierra, siendo Gerhardt y Rimskaya quienes encabezaban este grupo.

Rimskaya se había recuperado con extraordinaria rapidez de su «lapso», como él mismo lo llamaba. Se había sentido muy avergonzado y finalmente había pedido a los demás —lo que resultaba bastante paradójico— que dejaran de ser tan comprensivos.

—Sean tan duros conmigo como yo lo sería con ustedes —les había exigido.

Hoffman lo puso inmediatamente a cargo de la logística, un área en la que sabía que Rimskaya se manejaba muy bien. Pon siempre un rudo (pero muy listo) hijo de perra al frente de los almacenes de comida y material. Coordinaría bien con los rusos y le quitaría a ellas esa carga de las espaldas. En el tiempo libre —por poco que fuera— Rimskaya podría cambiar impresiones con Gerhardt sobre sus planes para ir a la Tierra. Hoffman tenía sus propias y particulares maneras de mostrarse severa con la gente. Rimskaya parecía florecer bajo el peso de su nueva y extensa carga de trabajo.

La única preocupación importante de Hoffman ahora consistía en la suerte que habría podido correr la expedición del sobretubo.

Con el regreso de Mirsky y la desaparición de los tres oficiales políticos, los rusos estaban dando muestra de una cada vez mayor cooperación. Existía el problema de la escasez de mujeres; había habido dos violaciones y varios casos que casi llegaron a serlo, pero era menos de lo que ella se había esperado. Muchos soldados —de la NATO y rusos— habían dado armas pequeñas a las mujeres. No habían tenido necesidad de utilizarlas aún.

Hoffman tenía una cita para reunirse con Mirsky en la cuarta cámara una hora más tarde. Sería la segunda reunión que tuvieran desde que regresara, y el programa de puntos que iban a someter a discusión era largo, pero no parecía probable que produjera alguna crisis.

Acompañada de Beryl Wallace y de dos infantes de marina, Hoffman viajó en el tren cero desde la primera cámara hasta la cuarta, para más tarde hacer transbordo a un camión en el recinto de la NATO. El recinto ruso se había dividido en tres durante la ausencia de Mirsky; ocupaba ahora una larga franja a la orilla del agua y dos islas cerca de la costa. Habían lanzado juntas al agua dos balsas construidas con troncos, y ahora se dedicaban a construir lenta y concienzudamente algunos botes; no había aún instalaciones para procesar la madera, aunque al parecer dispondrían de ellas dentro de un par de meses, y los materiales que estaban al alcance de los constructores de los botes eran bastante primitivos.

El enrevesado viaje a través del bosque fue un puro placer para Hoffman. El recinto de «tierra firme» de los rusos se encontraba cerca del andén del tren noventa, a unos cuarenta kilómetros aproximadamente del recinto de la NATO. Algunos de los terrenos más accidentados y de los bosques más profundos rodeaban la carretera construida por los habitantes de la Piedra. Incluso empezó a caer una suave lluvia que perló las ventanillas del camión.

Wallace hablaba de la reanudación de los estudios científicos en la sexta y séptima cámaras; Hoffman escuchaba y asentía con la cabeza, pero encontraba el tema bastante poco interesante. Wallace se dio cuenta de ello al cabo de unos minutos y dejó que se sumergiera más profundamente en sus ensöñaciones.

El recinto de tierra firme de los rusos parecía un fuerte del antiguo Oeste. Habían despojado de ramas y corteza árboles muy altos, y los habían levantado formando con ellos un muro secundario de defensa más allá de un alto terraplén de tierra. Soldados rusos abrieron de par en par las puertas cuando vieron que se acercaban, y las cerraron de nuevo una vez pasaron.

La primera cosa que llamó la atención de Hoffman fue una horca. Se alzaba —desocupada, dio gracias a Dios por ello— en el centro de un cuadrado limpio de toda hierba y hojas y delimitado con piedras del tamaño de una cabeza.

Otros edificios de troncos se hallaban aún en construcción; el más ambicioso iba a tener tres pisos de altura, y estaba diseñado siguiendo las pautas de una típica casa de campo rusa.

Varios soldados los fueron guiando y les indicaron que estacionaran el camión detrás de un largo y estrecho edificio construido con troncos partidos. Mirsky los recibió sin formalidades, sentado ante un escritorio en el extremo este del largo edificio. No había tabiques allí; distintas zonas de trabajo y algunas hamacas de dormir se encontraban a la vista de todos. Hoffman y Wallace estrecharon la mano a Mirsky y éste les indicó que se sentaran en sillas de lona. Los infantes de marina se quedaron fuera, flanqueados solemnemente por dos soldados rusos.

Mirsky les ofreció té.

—Forma parte del lote que se nos ha asignado procedente de su intendencia militar, me temo —dijo—. Pero es un buen té.

—Están haciendo ustedes progresos con el campamento —cometo Hoffman.

—Hablemos en inglés —sugirió Mirsky—. Necesito practicar. —Vertió el oscuro té de color ámbar en tres vasos de plástico de poco peso.

—Estupendo —dijo Hoffman.

—No puedo adjudicarme el mérito por el progreso —dijo Mirsky—. Ya saben que no me encontraba aquí cuando se hizo la mayor parte de este trabajo.

—Todo el mundo ha sentido curiosidad... —comenzó a decir Hoffman.

—Oh. ¿Sobre qué?

Hoffman sonrió y movió la cabeza negativamente.

—No importa —dijo.

—No, insisto. —Mirsky abrió los ojos de par en par—. ¿Por qué?

—Por el hecho de que usted desapareciera.

Mirsky les miró.

—Estuve muerto —dijo—. Luego volvieron a ponerme bien. ¿Responde eso a su pregunta? —Antes de que Hoffman pudiera responder, Mirsky continuó: No, yo diría que no. Bien, pues no lo sé. Para mí es algo que resulta tan misterioso como para ustedes.

—Bien, de todas formas —dijo Hoffman relajando la sonrisa— nos alegramos de que haya regresado. Hay un montón de trabajo que hacer.

El primer punto del programa a discutir era la descarga del vehículo pesado que llevaba equipos y provisiones. Había aterrizado en la perforación y allí estaba desde la Muerte: se había permitido que la tripulación descendiese, pero aún no habían llegado a ningún acuerdo para disponer de la carga. En unos cuantos minutos Hoffman y Mirsky negociaron una solución satisfactoria para ambos. Todo el armamento se quedaría en una cámara cerrada de la plataforma, vigilada al mismo tiempo por personal ruso y de la NATO; los otros materiales se entregarían al recinto ruso de la cuarta cámara.

—Necesitamos material para comerciar tanto como necesitamos las provisiones —dijo Mirsky.

La situación del equipo científico ruso era el punto siguiente. Hoffman mantenía que a los miembros del equipo que quisieran permanecer con el grupo

de la NATO se les debía permitir hacerlo: Mirsky pensó en silencio durante un momento, luego asintió con la cabeza.

—No necesito a nadie que no esté perfectamente de acuerdo con mi forma de llevar las cosas —dijo mirándolos a ambos con los ojos muy abiertos y los músculos faciales tensos. Parpadeó dos veces, rápidamente.

Hoffman echó un vistazo a las notas que llevaba.

—Esto se está desarrollando incluso con más suavidad que la última vez —comentó.

Mirsky se inclinó hacia ella, apoyando los codos sobre las rodillas y las manos juntas.

—Estoy cansado de discutir —dijo—. Tengo la calma de un hombre muerto, señorita Hoffman. Me temo que inquieto a alguno de mis camaradas.

—No hace usted más que decir que lo mataron. Y eso no tiene sentido, general.

—Quizá no. Pero es la verdad. No lo recuerdo todo. Aunque sí recuerdo que me hirieron en la cabeza. Pogodin dice que ellos... —Levantó las manos—. Puede usted deducir quién me mató. La mitad de la cabeza. —Indicó con la mano la mitad del cerebro—. Muerto; y luego me hicieron volver de nuevo a la vida. Doy gracias por ir desarmado, pues si no quizás ahora estuviera en el mismo sitio en el que se encuentran Belozersky, Vielgorsky y Yazykov.

—¿Y dónde están?

—No estoy seguro —continuó Mirsky—. Detenidos, quizás. Parece que la Ciudad de Thistledown aún posee los medios para aplicar sus propias leyes.

—Yo pensaba que lo que había sucedido tenía que ser una cosa así. Lo que significa que la Ciudad de Thistledown es todavía capaz de tomar decisiones, de emitir juicios y de actuar conforme a ellos.

—Tendremos que vigilar cuidadosamente nuestra forma de comportamiento allí, ¿no les parece? —sugirió Mirsky.

Hoffman asintió con la cabeza y se puso a consultar de nuevo la agenda. Uno por uno, y a lo largo de cuarenta y cinco minutos, todos los puntos que tenían pendientes se fueron tratando, se negociaron amigablemente, y se llegó de igual manera a un acuerdo en ellos.

—Ha sido un placer —dijo Mirsky levantándose y tendiendo la mano. Hoffman se la estrechó con firmeza y él los acompañó hasta el camión.

—¿Y qué me dices de la horca? —le preguntó Wallace a Hoffman cuando ya viajaban de regreso en el camión y atravesaban el bosque en dirección al recinto cero—. ¿Qué vamos a hacer con ese asunto?

—No más de lo que hizo el señor Nice Guy^[7] —sugirió Hoffman frívolamente—. Es posible que no se trate más que de una advertencia.

—Resulta fantasmagórico —dijo Wallace.

Hoffman se mostró de acuerdo.

—Mucho —dijo.

Suli Ram Kikura y el Frant condujeron a los cinco desde los apartamentos en Axis Nader hasta el paso de la hendidura, alrededor del cual rotaba el barrio cilíndrico. El medio de transporte que utilizaron fue una torre de ventilación de tres kilómetros de longitud; el descenso por ella fue similar a un viaje en el ascensor del edificio de apartamentos de la Ciudad de Thistledown, y por ello — gracias a Dios— no resultó demasiado inesperado.

Carrolson fue la que menos disfrutó de todos; tenía un miedo evidente a los precipicios; no a la altura *per se*, sino a los bordes. Sin embargo consiguió arreglárselas con ayuda de los ánimos que le infundían Lanier y Ram Kikura.

—No soy una maldita vieja —dijo, dolida, mientras descendían. El paso de la hendidura era una tubería de medio kilómetro de anchura que atravesaba la Ciudad de Axis con la singularidad en el centro. Cientos de miles de ciudadanos se alineaban en las paredes y flotaban en apretados e irritantes, aunque muy bien coordinados, grupos, cruzándose con ellos en el camino. Ram Kikura y el Frant conversaron con el ingeniero del paso, una mujer homorfa que, como Olmy, era también autosuficiente y carecía de agujeros en la nariz.

Los cinco fueron presentados al primero de los numerosos oficiales de la ciudad, el Ministro de Axis Nader, un distinguido Naderita ortodoxo que tenía el pelo gris y un aspecto vigoroso y que llevaba una bandera con el sol naciente japonés encima del hombro izquierdo. Por su aspecto no daba la impresión de que tuviera ni una sola gota de sangre oriental, pero, claro está, su forma física bien podía haber sido artificial —probablemente lo era— y nadie tenía demasiadas ganas de preguntar ni tiempo para hacerlo.

—Pueden ustedes llamarme alcalde, si quieren —les dijo en perfecto inglés y luego en chino. Estas lenguas eran lo último que hacía furor en los cuatro barrios, y alcanzaban incluso más allá de aquellos que proclamaban descender de unos antepasados específicos.

Sobre la hendidura se encontraba un vehículo de mantenimiento; era negro, con forma de escarabajo, similar al que había desarmado el sobretubo. Sin embargo era mayor que aquél; estaba provisto de una cabina ancha y bien equipada, liberalmente decorada con delicada (y auténtica) lanilla roja. Unos pictógrafos proyectaban fuegos artificiales, muy convincentes, alrededor del

vehículo y de la hendidura mientras Ram Kikura, el alcalde y el Frant se apartaban a un lado para dejarlos pasar a ellos primero. Se sentaron en un semicírculo alrededor de los controles y fueron suavemente sujetos por algo que no podían ver.

El alcalde tomó los controles —una columna negra en forma de Y con receptáculos para los dedos de dos manos—, y la puerta se irisó cerrándose silenciosamente.

Comenzaron a moverse hendidura abajo precedidos por una débil pulsación roja. Los fuegos artificiales aún resplandecían por todas partes, algunas veces intersectando inofensivamente partes de la multitud.

—No es suficiente sólo con verles a ustedes en los pictógrafos —explicó Ram Kikura—. La gente no ha cambiado demasiado. Imagino que quizás un tercio de los que están ahí fuera son fantasmas, se han pictografiado a sí mismos con monitores en el centro de sus imágenes. Para poder ver y que les vean.

—¿Dónde está Alicia? —gruñó Heineman.

—¿Qué Alicia? —preguntó Ram Kikura.

—Alicia a secas —dijo Heineman—. No puedo evitar sentirme como si estuviera en el País de las Maravillas.

—¿Nos falta alguien? —preguntó el alcalde volviendo la cabeza con aspecto preocupado.

—No —respondió el Frant haciendo aquel ruido suyo de rechinar de dientes.

El viaje duró media hora y cubrió quince kilómetros desde las cercanías de Axis Nader hasta Ciudad Central. Allí la multitud era aún más densa y desordenada. Algunos individuos —predominantemente neomorfos— trataban de bloquear el lento avance del vehículo de mantenimiento y eran suavemente barridos hacia los lados por los campos de tracción no rotantes que producían ondulaciones delante de la nave.

Patricia estaba sentada pacientemente; hablaba poco y de vez en cuando lanzaba una mirada furtiva a Lanier. El rostro de éste tenía constantemente una expresión ceñuda y algo confusa. Levantaba el labio ligeramente ante la aparición de algunos de los neomorfos, alargados como serpientes, brillantes como el cromo; peces, pájaros y esferas de radiolarios, como las conchas de silicato de plancton; variedades de la forma humana que iban más allá de la descripción básica del homorfo. Farley absorbía todo aquello con la boca abierta a causa de la fascinación.

—Apuesto a que parezco una ruda —dijo en un momento dado; luego miró a sus compañeros dándose cuenta de que nadie la entendía—. ¿Cuál es la palabra que estoy buscando ahora? —le preguntó a Lanier.

—No tengo ni la más remota idea —replicó éste al tiempo que sonreía afectuosamente. Farley puso la mano sobre una de las suyas. Patricia se retiró un poco en el asiento.

Pero ¿qué es esto? —se preguntó— ¿Un poco de celos? ¿Le estás siendo infiel a Paul? ¿Por qué tendría Garry que hacerte caso? El ha venido a buscarte... sólo por sentido del deber.

Terminó con aquella serie de preguntas comprendiendo que no había necesidad de meterse en un terreno de gran dolor, incertidumbre y culpa.

Dejaron el vehículo de mantenimiento y al alcalde de Axis Nader, y continuaron ahora acompañados por el neomorfo Ministro de Ciudad Central y por la senadora Prescient Oyu. Olmy los saludó en la amplia entrada circular que daba a la Cámara del Nexo del Hexamon. En el interior de la cámara reinaba por todas partes el desorden y la confusión; homorfos, neomorfos, algunos de ellos con banderas americanas pictografiadas sobre los hombros, y en el centro, cerca del podio, dos grandes y vibrantes imágenes vivientes de las banderas de la República China y de los Estados Unidos.

Vitores y música, bullicio y bienvenidas.

Heineman parpadeó y Carrolson lo cogió del brazo mientras Olmy y Ram Kikura les empujaban por un campo de tracción. Prescient Oyu, tan bella y agraciada como ninguna otra mujer que Lanier hubiera visto nunca, los cogió por el brazo a él y a Patricia, y el Ministro de Ciudad Central entró caminando al lado de Farley.

Lanier vio a varios senadores —¿o eran repcorps?— que llevaban la hoz y el martillo soviéticos. Y luego se encontraron en el centro de la Cámara del Nexo. Todos los senadores y repcorps se quedaron en silencio ante su presencia y todas las imágenes desaparecieron.

El Director Hulane Ram Seija subió al podio y explicó al Nexo que los huéspedes pronto iban a ir a la entrada de los Frant para ver los trabajos de actividad comercial de la Vía. Y que después de eso la senadora Prescient Oyu los llevaría para que se reunieran con su padre, que aún ahora presidía las ceremonias preliminares para la apertura de una entrada en uno punto tres ex nueve.

Habían elegido a Lanier como portavoz del grupo. Suli Ram Kikura había sugerido —provocando unas ligeras objeciones de Olmy— que podía usar esta oportunidad para exponer su caso.

Se movió inseguro por un campo de tracción hasta el podio y recibió las bandas de anillos de luz.

Antes de empezar, Lanier miró a todas partes —incluso detrás suyo.

—No es cosa fácil hablarles a los descendientes de uno —comenzó—. Aunque... nunca tuve hijos, así que dudo que ninguno de ustedes pueda estar ni remotamente emparentado conmigo. Y, naturalmente, está el asunto de los universos diferentes. El hablar de estas cosas me hace sentir como el hombre de una tribu de la Edad de Piedra que ve por primera vez un avión o una nave espacial. Estamos totalmente fuera de nuestro elemento y, aunque aquí nos han

dado la bienvenida, no podemos llamar a este lugar nuestra casa...

Captó la mirada de Patricia y vio su expresión entre miedo y expectación. ¿De qué?

—Pero el único lugar que nosotros podemos llamar nuestra casa se encuentra ahora totalmente en ruinas. Esa es precisamente nuestra tragedia, nuestra mutua tragedia. Para ustedes, la historia de la Muerte es algo muy remoto, pero para nosotros es una cosa inmediata y muy real. Aún sufrimos con nuestros recuerdos, con nuestras experiencias, y seguiremos sufriendo durante los años venideros, probablemente durante el resto de nuestras vidas.

Lo que tenía que decir se le representó entonces claramente, como si lo hubiera estado pensando durante días, y quizá lo había pensado, pero no conscientemente.

—La Tierra —continuó— es nuestra casa, vuestra casa, vuestra cuna tanto como mía. Ahora es un lugar de muerte y desolación, y está más allá del alcance de mis amigos y compañeros el ponerle remedio a esto...

» Pero no queda fuera de vuestro alcance. Si queréis agasajarnos y celebrar nuestra presencia en esta cámara, entonces, ¿no sería también apropiado que nos ayudarais? La Tierra necesita vuestra ayuda de una manera desesperada. Quizá podamos escribir de nuevo la historia y corregirla. Vayamos a casa todos juntos —dijo sintiendo que se le hacía un nudo en la garganta.

En la primera fila de asientos, Olmy escuchaba; una sola vez asintió con la cabeza. Exactamente detrás, en la segunda fila, Oligand Toller, el abogado y representante del Presidente en esta sesión, cruzó los dedos de ambas manos sobre las rodillas, con el rostro impassible.

—Vámonos a casa —repitió Lanier—. Vuestros antepasados os necesitan.

Pletnev lanzó un resoplido y, tras clavar el hacha en un tocón de árbol, se enjugó el rostro enrojecido con un trozo de toalla. Unos metros más allá, un montón de troncos cortados esperaban para ser ensamblados y convertidos así en una cabaña. Pletnev había construido también una artesa para mezclar el barro con que tapar los intersticios que quedasen entre los troncos, y también había limpiado ya un espacio de bosque, cerca de la playa.

A su lado, Garabedian y Annenkovsky estaban de pie con los brazos cruzados, estudiando atentamente el suelo.

—Decíais —comenzó Pletnev después de dar otro resoplido— que ha cambiado tanto que ya no se puede confiar en él.

—No se concentra en el mando —dijo Annenkovsky—. Nos refrena.

—Os refrena, ¿de hacer qué?

—Por un lado —continuó Annenkovsky—, trata a los seguidores de Vielgorsky como si fueran simplemente niños perdidos en vez de unos peligros subversivos.

—Bueno, quizás eso sea una muestra de prudencia. Entre nosotros hay muy pocos dispuestos a purgar de buen grado o por la fuerza.

—Ése no es el único problema —dijo Annenkovsky—. A menudo sale del recinto, coge el tren y un camión hasta la biblioteca y se sienta allí, evidentemente confuso. Creemos que tiene el cerebro vacío.

Pletnev miró a Garabedian.

—¿Qué piensas, camarada comandante?

—No es el mismo hombre —dijo Garabedian—. Él mismo lo admite. Y sigue afirmando que está muerto. Y que ha resucitado. Eso no es... apropiado.

—¿Sigue siendo aún el general Pavel Mirsky?

—¿Por qué preguntas eso? Pregunta si es un buen jefe —le reprochó Annenkovsky—. Cualquiera de nosotros podría hacerlo mejor.

—Ha estado negociando con los americanos... ¿Lo ha hecho mal? —preguntó Pletnev.

—No —dijo Garabedian—. Si acaso lo ha hecho con mucha suavidad.

—Entonces no acabo de comprender de qué tenemos que quejarnos. Volverá a ponerse normal. Ha sufrido una experiencia traumática y muy misteriosa. Y no se puede esperar que eso no lo haya cambiado un poco.

Annenkovsky frunció el ceño y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No estoy de acuerdo en que haya llevado las negociaciones de una forma provechosa para nosotros. Ha hecho muchas concesiones que no debiera haber hecho.

—Pero también ha obtenido concesiones que nos son muy útiles —dijo Pletnev—. Lo sé. Según los acuerdos pronto podremos trasladarnos a las ciudades.

—¡Pues yo digo que ya no está en sus cabales! —insistió Annenkovsky acaloradamente—. ¡Habla de que no es la misma persona, ya no tiene el... toque que debe tener un general con mando!

Pletnev miró a los dos comandantes y luego echó un vistazo al tubo de plasma entornando los ojos.

—¿Qué es lo que Vielgorsky, Yazykov y Belozersky habrían hecho por nosotros? Nada. Habrían puesto las cosas peor que estaban. Nos hubieran matado a los tres, casi seguro. Lo que digo es que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer; más vale un diablo conocido que otro por conocer. Y Mirsky es un diablo muy suave.

—Mirsky es un cordero, no un demonio —dijo Garabedian dubitativamente—. Yo lo considero un amigo, pero...

Pletnev levantó las cejas inquisitivamente.

—Bueno, en una crisis no sé cómo se conduciría.

—Creo que las crisis ya se han superado —comentó Pletnev—. Y ahora olvidad esta conversación. Marchaos. No inclinéis más la barca. Dejadme construir mi cabaña en paz.

Garabedian asintió, se metió las manos en los bolsillos y se dio la vuelta con intención de marcharse.

Annenkovsky se quedó un momento mirando cómo Pletnev sacaba un trozo de manera del tronco.

—Habíamos pensado hacerte nuestro jefe —le comunicó Annenkovsky tranquilamente—. No haríamos daño al general Mirsky.

—Yo no lo acepto —respondió Pletnev sin siquiera levantar la vista.

—¿Y qué pasará si se vuelve completamente loco?

—No se volverá loco —dijo Pletnev.

—¿Dónde estáis? —dijo Mirsky por duodécima vez. Se encontraba en medio de las filas de asientos y de las columnas de datos de la biblioteca, con los puños levantados al aire. Tenía las mejillas rojas y húmedas y el cuello tenso a causa de la rabia y la frustración.

¿Estáis muertos, como yo? ¿Os ejecutaron? Aún no hubo respuesta.

—¡Vosotros me asesinasteis!

Apretó la mandíbula y luchó para controlar la respiración. Sabía que si intentaba decir algo más las palabras le saldrían en mutilados fragmentos. La pequeña señal que tenía en la mente, una advertencia breve y explicativa que decía: *Estás usando ahora material no nativo en tu personalidad*, estaba a punto de sacarlo de quicio. Gran parte de lo que decía y hacía estaba subrayado por este mensaje. Había estado explorando aquellas fronteras cuidadosamente mientras yacía en la litera por las noches, tratando de dormir; pero se había dado cuenta de que no necesitaba dormir.

Tenía la sensación de que gran parte de lo que recordaba de su vida pasada no era más que reconstrucciones lógicas. Notaba todo el lado izquierdo del cuerpo como si fuera fresco y nuevo; incluso tenía un olor diferente. Se daba cuenta de que no era el cuerpo lo nuevo, sino la sección correspondiente de la cabeza.

Los primeros días Mirsky había pensado que todo podía ir bien. Creía que se acabaría acostumbrando a su nuevo estado de Lázaro; hizo que aquello de que había vuelto de entre los muertos pareciera un chiste con el fin de desacreditar amablemente el testimonio de Pogodin, que decía que Vielgorsky le había volado el cerebro de un balazo. Pero el chiste no había dado resultado.

A los soldados que habían estado de guardia fuera de la biblioteca les había dado la impresión de que ésta había estado tan fuertemente sellada y opresiva como una tumba... ¿Y qué es lo que se encuentra uno en una tumba...?

El chiste que había inventado se convirtió en una terrible valoración de la realidad. Nadie se atrevía ahora a ignorar su autoridad; él era un fantasma, no el recién ascendido coronel repentinamente convertido en teniente general; no Pavel Mirsky, sino un extraño procedente de las profundidades de la ciudad de la tercera cámara.

Superstición. Algo que tenía una increíble fuerza entre los soldados.

Y así, después de una semana de mando, de lucha, intentando ser lo que su pasado le exigía que fuera, Mirsky había regresado a la biblioteca. Hasta ahora había tenido miedo de volver, pues temía que los tres oficiales estuvieran allí para recibirlo y matarlo de nuevo.

Superstición.

Había esperado a que salieran los que estaban dentro; primero el hombre y la mujer chinos y después un solo ruso, el cabo Rodzhensky; únicamente cuando la biblioteca estuvo vacía se había determinado a entrar.

Y había gritado hasta quedarse ronco.

Se sentó en una silla, manoseó los mandos de la columna de datos y levantó y bajó la tapa. Finalmente metió los dedos en los cinco agujeros.

—Ley —pidió—. Ley en una ciudad desierta.

La biblioteca le hizo más preguntas, reduciendo el campo de búsqueda hasta un tema manejable.

—Asesinato —dijo Mirsky.

El material era rico y detallado. El asesinato era una ofensa que se castigaba mediante evaluación psicológica y remodelación de la personalidad, si se solicitaba.

—¿Y qué sucede si no hay nadie para llevar a cabo ese castigo?

—*No hay castigo* —dijo la voz de la investigación—, *hay redención, una reinserción en la sociedad.*

—¿Qué ocurre cuando no hay ley, ni policía, ni jueces, ni tribunales ni psicólogos?

—*Los sospechosos pueden estar detenidos durante diecinueve días. Si pasado ese tiempo no se dicta sentencia y no hay cargos específicos contra ellos, los sospechosos quedan en libertad aunque bajo la custodia de una clínica con asesoramiento de reintegración.*

—¿Y si no hay clínica?

—*Los sospechosos quedan libres bajo su propia responsabilidad.*

—¿Dónde los soltarán?

—*Si no hay ninguna otra petición, en la escena de su encarcelamiento.*

—¿A dónde los llevan después de su captura?

—*Si son capturados en una estructura de tamaño adecuado para una emergencia médica...*

Mirsky vio una parte de la biblioteca, detrás de una puerta sin juntas en la pared norte, que usaban como ejemplo: dos pequeñas habitaciones repletas de material.

—... *luego se les mantiene bajo sedantes hasta que las autoridades los recuperen o hasta que hayan pasado los diecinueve días. Los trabajadores médicos sirven como unidades de policía en emergencias.*

Le quedaban dos días más.

Mirsky regresó a la cuarta cámara y fingió ser el jefe durante unas cuantas horas. Se entrevistó con Hoffman y Mirskaya con el fin de continuar las conversaciones sobre si se abrían o no las ciudades de la segunda y la tercera cámaras a los « colonos » .

Luego se escabulló otra vez, cogió un AKV y regresó a la tercera cámara. Había cinco personas en la biblioteca, Rodzhensky otra vez y otras cuatro personas de la NATO, uno de ellos un infante de marina de los Estados Unidos. Mirsky, pacientemente, esperó a que se marcharan y luego entró en la biblioteca con el rifle en la mano.

Había concedido a los oficiales políticos una oportunidad. Si los dejaban libres, irían a por él de nuevo. Se quedaría en la biblioteca durante los dos próximos días, esperando pacientemente...

La biblioteca permaneció completamente desierta durante varias horas. En ese tiempo Mirsky llegó a la conclusión de que su plan no tenía objeto. La biblioteca no seguiría estando vacía durante mucho tiempo. Y tendría que llevar a

cabo las ejecuciones —asesinatos— en secreto, de lo contrario serían algo peor que inútiles. A menos que consiguiera destruir a los tres oficiales políticos de una manera más definitiva que como ellos lo habían destruido a él, los resucitarían también, sería encarcelado durante diecinueve días, y todo empezaría de nuevo, un ciclo de demencia y violencia más allá de los sueños incluso de Gogol.

Caminó hacia la pared detrás de la cual esperaban los tres oficiales políticos, inconscientes, y bajó el rifle hasta el suelo del extremo norte de las filas de asientos, parpadeando rápidamente.

—No soy la misma persona que vosotros matasteis —dijo—. ¿Por qué iba yo a vengarme?

Aunque pensara que era la misma persona, aquello podía ser una excusa. Podía hacer lo que ahora se daba cuenta había deseado durante años. Quizás aquella claridad se le había presentado gracias a la destrucción de alguna zona irracional de su pensamiento de modo que dejó libre otro impulso, más verdadero y limpio.

Mirsky siempre había deseado las estrellas, pero no al precio de su propia alma. Y el hecho de trabajar desde dentro del sistema soviético —incluso en un sistema como el que él hubiera tratado de establecer—, habría significado el trabajar siempre teniendo en contra a personas como Belozersky, Yazykov y Vielgorsky. Los rostros de aquella clase de gente aparecían continuamente a lo largo de la historia rusa: los malvados y serviles secuaces y el capaz pero cruel jefe, ligeramente atravesado.

El rompería aquel ciclo. Ahora tenía la oportunidad de hacerlo. Su patria ya no existía. Ya no tenía obligaciones para con ella; había muerto ya una vez por sus hombres. Quizá si el comandante general Sosnitsky hubiera sobrevivido... Pero claro, si el comandante general estuviera aún con vida, en ese caso Mirsky no se encontraría en la situación en que estaba. Estaría Sosnitsky.

Salió de la biblioteca y tomó el tren hasta el fuerte de la cuarta cámara. Allí reunió provisiones dentro de un camión, sin que nadie le preguntara qué intenciones tenía, ni siquiera Pletnev, que le miraba desde algunos metros de distancia con una expresión de ligera confusión.

Estarán contentos de librarse de mí —pensó Mirsky—. Pueden continuar con sus intrigas y crueldades. El triunvirato político regresará para tomar el lugar que le corresponderá. Yo he sido siempre un impedimento...

La última obligación que le quedaba era escribir un mensaje para Garabedian:

Viktor:

Los tres oficiales políticos regresarán. Estarán en la biblioteca de la tercera cámara en cualquier momento dentro de las próximas cuarenta

horas. Aceptadlos como jefes si queréis; y o no voy a impedirselo ya más.

PAVEL

Dejó el mensaje en un sobre dentro de la tienda de Garabedian.

Mirsky se adentró con el camión en los bosques, dirigiéndose al todavía inexplorado punto ciento ochenta. Allí podría estar solo, quizá pudiera construir una balsa e impulsarla con una percha a través de un lago poco profundo hasta una isla cubierta de árboles, o sencillamente explorar los espesos bosques que se veían a cincuenta kilómetros, caminando directamente por encima de la cabeza.

Y decidiría lo que haría a continuación.

No creía que regresase.

El interior de la nave de la hendidura, que estaba llena de ciudadanos privilegiados y altos dignatarios, tenía una forma aún más libre que la nave de Olmy. Las superficies variaban desde el color gris perla hasta el gris plomo, y daba la impresión de no tener extremos ni esquinas; solamente una cabina espaciosa y alargada, envuelta con el paso de la hendidura de tres metros de anchura y con la maquinaria de propulsión. Gente de una abrumadora variedad de estilos corporales se movían en el interior por medio de tracción de un punto a otro de la cabina, intercambiando pictografías o hablando inglés o chino. Algunos sorbían bebidas de unos globos que flotaban libremente llenos de líquido, globos que de alguna manera se arreglaban para no chocar con los que iban y venían con gracia y con inteligencia previsora.

Lanier apenas si había logrado entender cómo maniobrar con los campos de tracción. Farley parecía que se había adaptado mejor, era una gimnasta natural, hecho que a él le causaba cierto pesar. Se aplicó un poco más diligentemente para aprender aquella habilidad.

—Es estupendo —confesó Farley al tiempo que daba vueltas lentamente junto a él; luego extendió el brazo y se las arregló para frenar contra la lámina de suave reflejo violeta de un campo de tracción.

Heineman y Carrolson se ayudaban uno a otro a pasar entre los homorfos y neomorfos, les sonreían forzosamente y saludaban con la cabeza, en la confianza de que —tal como Olmy había explicado— les resultara casi del todo imposible hacer algo que fuera socialmente inaceptable. Cualquier cosa que hicieran, cualquier falta que pudieran cometer, sería considerada como algo encantador. Al fin y al cabo ellos eran « antigüedades ».

Patricia intentaba mantenerse sola, agarrando fuertemente la bolsa con la pizarra electrónica de bolsillo, el ordenador y el multímetro. No estaba consiguiendo el menor éxito en su afán de pasar desapercibida.

Suli Ram Kikura se acercó moviéndose por tracción hasta donde se encontraba Patricia e interceptó el rápido pictografiar de un hombre cuya piel tenía el mismo brillo que la hematita negra. El hombre se disculpó con unos cuantos pictos sencillos por haber pensado que Patricia conocería los grados más elevados del lenguaje gráfico. Luego, en un inglés moderadamente bien hablado

—sin duda aprendido rápidamente unos cuantos minutos antes de subir a bordo—, se enredó en una complicada discusión acerca de la economía de los antiguos terrestres. Kikura se había alejado para intentar suavizar otra situación complicada; dos mujeres delgadas e imponentes estaban empujando a Lanier, lentamente pero con gran determinación, hacia una amplia oquedad. Las dos mujeres iban vestidas con leotardos y llevaban largas colas de una tela que era alternativamente rígida y flexible entre las piernas y debajo de los brazos. Parecían caprichosos peces de colores; poco podían hacer Farley o Lanier para desanimarlas.

Patricia estuvo escuchando el discurso del hombre durante varios minutos antes de decir:

—Soy muy ignorante en ese asunto. Mi especialidad es la física. El hombre se la quedó mirando y ella casi pudo oír el ruido de conexión a una zona recientemente programada de su implantación.

—Sí, eso es fascinante. Tantos campos de la física estaban fermentando en su época...

Olmy intervino rápidamente y pictografió algo que Patricia no entendió. El hombre se apartó algo resentido, con un delgado círculo rojo alrededor de la cara.

—Quizás ésta no haya sido una idea tan buena —le confió Olmy acompañándola hasta donde se encontraba el Frant, que estaba en plena conversación con dos neomorfos; uno de ellos era un radiolario, el otro era reconocible como el Director del Nexo, Hulane Ram Seija.

—Supongo que tendremos que acostumbrarnos a ello —dijo Patricia. *¿Para qué acostumbrarnos?*, se preguntó a sí misma. No planeaba quedarse allí para siempre.

—Ser Ram Seija —dijo el Frant volviéndose hacia ella—, ésta es nuestra primera huésped. —Daba la impresión de que los grandes ojos abiertos del Frant mostraran al mismo tiempo humor y simpatía. Aunque encontraba que la palabra *huésped* era un eufemismo, cuando menos, no le molestó que el Frant la utilizara.

—He estado esperando impaciente una ocasión para hablar con usted fuera de las cámaras —le dijo Ram Seija a Patricia—. Y aunque éste no parece ser el mejor momento...

Patricia se fijó en el rostro de Ram Seija, proyectado en medio de la esfera de su cuerpo. Tenía la clara impresión de estar en Disneylandia viendo algo extraordinario que tenía una explicación perfectamente vulgar. No respondió durante unos momentos; luego ella misma despertó de su ensoñación al oírse decir:

—Sí, claro.

—Le gustará Timbl, nuestro mundo —dijo el Frant—. Durante mucho tiempo

hemos sido clientes del Hexamon. Es una entrada muy dócil, fundada hace mucho tiempo.

—Iremos allí primero —dijo Ram Seija—. Un viaje de cuatro horas hasta la entrada de los Frant en cuatro ex seis, y luego un agradable descanso de dos días, que es lo que durará la parada. Tenemos la esperanza de que el Presidente pueda interrumpir la conferencia para reunirse con nosotros.

Cuatro ex seis —cuatro millones de kilómetros hacia abajo por el pasillo—, simplemente un triple salto, pensó Patricia. Y por cada mil kilómetros, un avance de un año en el tiempo; por cada fracción de milímetro, una entrada en un universo alternativo...

¿Cuánto más cerca de casa?

—Estoy deseando conocerlo... a él, y visitar Timbl —dijo adaptándose al tono de la ocasión.

—Nos llaman en la proa —dijo Lanier al tiempo que intentaba abrirse paso en compañía de Farley. Heineman y Carrolson se encaminaban ya hacia allí. La multitud se apartaba a su paso; Patricia no había visto nunca tantos rostros sonrientes, ni sentido tanto interés por su propia persona. Odiaba aquello. Quería correr y esconderse.

Se palpó el mono buscando la carta de Paul, la encontró y la apretó con fuerza; siguió al Frant y a Olmy hacia la proa de la nave de la hendidura.

La senadora Oyu se encontraba allí junto con tres Naderitas homorfos de Axis Thoreau, todos ellos historiadores. Les sonrieron y se apresuraron a hacer sitio a los cinco. El capitán de la nave de la hendidura, un neomorfo con tronco humano masculino y cuerpo de serpentina desde la cintura para abajo que medía más de tres metros de longitud, se reunió con ellos el último.

—El honor de comenzar nuestro pequeño viaje recae sobre el primero de nuestros huéspedes que llegó a Ciudad de Axis —dijo el capitán. Patricia le cogió la mano y, por tracción, se colocó en posición en la proa, cerca del paso de la hendidura—. Señorita Vásquez, ¿querría usted hacer los honores? Simplemente dígame a la nave que comience.

—Vamos —dijo Patricia suavemente.

Un círculo, que terminaba en arista, de unos cinco metros de diámetro comenzó a abrirse hacia un lado del paso de la hendidura, ofreciéndoles una visión de la Vía. Parecía que flotaban muy alto por encima de las pistas de tráfico y de las terminales de las entradas. La inefablemente brillante línea de la singularidad resplandecía con un color rosa cálido justo más allá de la proa; de momento no se notaba sensación alguna de movimiento.

Patricia se volvió para mirar a Olmy, a Lanier y a Farley. Lanier sonrió; ella le devolvió la sonrisa. A pesar de todo, aquella aventura era en cierto modo emocionante. Se sentía como una niña consentida y mimada asistiendo a una fiesta de adultos muy especiales.

Nosotros somos las larvas, ellos son las mariposas, pensó.

Al cabo de media hora la nave de la hendidura se movía con tanta rapidez — justo a algo más de ciento cuatro kilómetros por segundo — que las paredes de la vía daban la impresión de no ser más que un resbaladizo borrrón negro y dorado. Habían recorrido ya unos noventa y cuatro mil kilómetros y todavía continuaban acelerando. Frente a ellos, la hendidura tenía una especie de pulsación de color rojo oscuro. Patricia sintió la mano de Farley sobre el hombro.

—Es asombroso como todo esto se parece a una fiesta en la Tierra —dijo Farley—. No en Hopeh, sino en Los Ángeles o en Tokio. Yo pasé por Tokio para ir a Los Ángeles y luego a Florida... Hubo unas cuantas recepciones. La fiesta de la embajada... —Sacudió la cabeza y dirigió a Patricia una sonrisa irónica—. ¿Dónde diablos estamos y qué es lo que somos, Patricia? Me siento muy confusa.

—Ellos son personas exactamente igual que nosotros —le contestó.

—Yo no creo... no siempre puedo creer todo lo que está sucediendo. En mi interior vuelvo a los tiempos en que era niña, en Hopeh, y escuchaba a mi padre mientras éste enseñaba. Me evado.

Llevándole a Ramón Tiempos de Los Ángeles para que pueda leer...

—Todas las fiestas se hacen aburridas al cabo de un rato. Preferiría estar trabajando —dijo Patricia—, pero eso no estaría bien socialmente. Y Olmy quiere que nos mostremos sociables.

Suli Ram Kikura se acercó a ellos; tenía un aire de preocupación.

—¿Os ha ofendido alguien? —preguntó—. ¿Os han hecho proposiciones indebidas?

—No —dijo Farley—. Patricia y yo solamente estamos observando.

—Naturalmente... os estáis fatigando. Incluso Olmy olvida esas necesidades, descansar y dormir.

—No estoy cansada —comentó Patricia—. En realidad estoy muy despierta.

—Y yo también —convino Farley—. Quizás «aturdidas» sea una palabra más apropiada.

—Pueden retirarse siempre que lo deseen —indicó Ram Kikura.

—Nos quedaremos en la proa a fin de observarlo todo —dijo Patricia. Se puso a flotar con las piernas cruzadas al estilo indio y Farley hizo lo mismo.

—Estamos bien —insistió Farley dirigiéndose a la abogada—. Pronto iremos a reunimos con los demás.

Ram Kikura siguió un campo de tracción hacia la popa en dirección a un grupo de neomorfos que se desafiaban con una serie de pictografías complejas.

—No es un mal sitio para estar —comentó Farley después de unos minutos de silencio—. Toda esta gente no es cruel.

—Oh, no —dijo Patricia meneando la cabeza—. Olmy es muy atento, y Kikura me cae bien.

—Antes de salir nos estaba informando a Garry y a mí sobre nuestros

derechos para vender información histórica. O para hacer intercambios que resulten ventajosos, como ella dijo. Apparently podemos tener acceso a cualquier clase de los valiosos bancos privados de datos a cambio de lo que tenemos en nuestras memorias.

—Eso es lo que me han dicho —dijo Patricia.

Al cabo de una hora Patricia, Heineman y Carrolson se retiraron a la parte de atrás de la cabina. El Frant se encargó de apartar a los curiosos mientras ellos echaban una siesta. Lanier y Farley estaban demasiado electrizados para poder descansar; se quedaron en la proa viendo pasar el pasillo ante ellos a toda velocidad. En el punto medio del viaje, después de acelerar hasta exactamente seis G, la nave de la hendidura llevaba ya una velocidad de aproximadamente cuatrocientos dieciséis kilómetros por segundo; fue entonces cuando empezó a desacelerar.

Después de otras dos horas la nave de la hendidura había disminuido la velocidad hasta dar la impresión de que se arrastraban a sólo unas docenas de kilómetros por hora. Abajo, muchos de aquellos anchos discos gris plata volaban majestuosamente por encima de las pistas. Cuatro grandes estructuras en forma de pirámide retorcida se podían distinguir en la lejanía: las terminales cubrían las cuatro entradas de Timbl.

Dos homorfos se reunieron con ellos: eran modelos ligeramente más radicales del mismo tipo que Olmy, autosuficientes y muy artificiales. Iban vestidos con trajes enteros de color azul y blanco que se hinchaban teatralmente alrededor de las pantorrillas y de los antebrazos; uno de los homorfos era femenino, aunque llevaba un corte de pelo muy parecido al de Olmy, y el otro era algo indeterminado. Sonrieron a Patricia y a Farley e intercambiaron pictografías fáciles. Patricia tocó el aparato de fuerza de torsión que tenía y les contestó; Farley también intentó responder, pero enredó la respuesta y los hizo reír de buena gana. El indeterminado se adelantó; llevaba una bandera china pictografiada sobre el hombro izquierdo.

—No nos han presentado —comenzó—. Yo soy Sama Ula Rixor, ayudante especial del Presidente. Mis antepasados eran chinos. Hemos estado conversando sobre la morfología en aquellos tiempos. Señorita Farley, usted es bastante rara, ¿no? Es china, y sin embargo tiene rasgos caucásicos. ¿Es que le han hecho... eso que ellos llamaban cirugía plástica, que era posible incluso entonces?

—No —respondió Farley sintiendo un poco de apuro—. Yo nací en China —le explicó—, pero mis padres eran ambos de raza caucásica...

Patricia salió por tracción de popa y se dirigió hacia donde estaban Lanier, Carrolson y Heineman. Ram Kikura se deslizó hasta ellos y les indicó que pronto iban a salir de la nave de la hendidura; un transbordador disco VIP estaba ya saliendo de la terminal para llevarlos a bordo.

Heineman estaba haciéndole preguntas a Olmy sobre la identidad del Frant

que los acompañaba; había caído en sospechas al ver que había podido con los otros nueve Frant que iban con ellos.

—Parece que es diferente. ¿Está usted seguro de que es el mismo Frant?

—Todos parecen iguales cuando son maduros —dijo Olmy—. ¿Por qué le importa a usted eso?

—Lo único que quiero es saber a qué atenerme cuando hablo con alguien —respondió Heineman enrojando.

—En realidad no tiene demasiada importancia —dijo Olmy—. Una vez que se han homogeneizado y se han pasado la memoria actual de uno a otro, cualquiera de ellos puede tomar el lugar que deja otro.

Heineman no quedó muy convencido, pero decidió que no valía la pena seguir.

El disco VIP de transporte tenía la misma anchura que la longitud de la nave de la hendidura. Ascendió hasta situarse a treinta metros del eje; sobre la superficie del disco se arrastraban resplandecientes láminas de carga recogidas en el campo de plasma. El resplandor resbaló por la superficie superior del disco, como si fuera fosforescente espuma marina, y una abertura circular apareció en el centro.

Entonces se abrieron las puertas de la nave de la hendidura, y los invitados saltaron fuera a través de los campos de conexión en ordenados grupos de dos o de tres, colgados unos de otros, siguiendo el campo de tracción hasta la abertura del disco. Olmy cogió a Farley y a Lanier, y Lanier sujetó a Patricia; Ram Kikura cogió de la mano a Carrolson y a Heineman. Juntos volaron con el resto del grupo.

El disco era poco más que una versión agrandada de las cúpulas que cubrían las entradas más allá de la séptima cámara, en la Piedra; excepto por una membrana de líneas resplandecientes, no se veía la mitad inferior, y Heineman, consternado, vio que no había plataforma ni soporte donde descansase. El grupo flotaba simplemente en el espacio que había justo debajo, suspendido en un campo de tracción invisible que lo envolvía todo y que, a su vez, estaba atravesado por otros campos visibles más pequeños. Lo único que los separaba del vacío —lo único que se interponía entre ellos y las paredes de la vía, veinticinco kilómetros más abajo— era una barrera de sutiles energías.

Lanier distinguió a varios pilotos y trabajadores homorfos, así como a otros muchos neomorfos, en los bordes del disco, apartados del séquito. Estuvo observando a un neomorfo que tenía forma de huso y que se abría paso serpenteando a través de láminas de tracción moradas; iba seguido por unas cajas que salían de otra sección de la nave de la hendidura. En el lado opuesto, los ocho Frant también esperaban para desembarcar. El Frant que les había acompañado regresó con sus compañeros y se homogeneizó con ellos, convirtiendo en pura teoría la pregunta de Heineman.

Lanier alargó la mano para coger una tenue línea de tracción morada y se volvió para mirar a Heineman.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Fatal —dijo Heineman.

—Es un marica —comentó Carrolson, quien también estaba un poco pálida.

—Todo esto tendría que encantarte —reprendió Lanier—. Siempre has estado enamorado de la maquinaria.

—Ya. ¡Máquinas! —gruñó Heineman—. ¡Enséñame alguna máquina! Todo esto funciona sin que haya ninguna parte móvil. No es natural.

El disco comenzó el descenso mientras seguían hablando. Los grupos de pasajeros, muy excitados, intercambiaban pictografías; Patricia flotaba con las piernas y los brazos abiertos, cogiéndose con una mano al mismo campo de tracción que Lanier.

Patricia miraba fijamente hacia abajo, hacia la terminal, observando los discos que entraban y salían por las portillas que, en las cuatro direcciones, había cerca de la base. Muchos otros discos más esperaban en montones semejantes a pilas de panqueques, o se desplegaban en espirales dentro de una columna que los sujetaba.

El disco descendía lentamente, dándoles tiempo de sobra para inspeccionar el tráfico que había en la pared alrededor de la terminal. La mayoría de los carriles estaban llenos de vehículos contenedores cilíndricos o de muchas otras formas diferentes, esferas, huevos, pirámides y algunos con aspecto de burbuja, compuestos de muchas curvas complejas. Lanier trataba de encontrarle sentido a todo aquello, esforzándose por utilizar lo que la columna de datos les había enseñado, pero inútilmente; había un orden aparente, pero no se averiguaba fácilmente la finalidad. Patricia se movió por el campo de tracción en dirección suya.

—¿Comprendes todo lo que estamos viendo? —le preguntó Lanier.

Ella meneó negativamente la cabeza.

—No todo.

Ram Kikura se separó de un grupo de homorfos vestidos de colores vivos y se acercó a ellos.

—Pasaremos por la entrada dentro de unos minutos —les dijo—. Deben saber que, si Olmy y el Nexo lo permiten, yo puedo hacerles muy ricos.

—¿Todavía significa tanto la riqueza? —preguntó Carrolson, dudando.

—La información sí —replicó Ram Kikura—. Y ya he pictografiado con cuatro o cinco poderosos distribuidores de información.

—Envíenos a hacer una gira como fenómenos de circo —gruñó Heineman.

—Oh, concédame un poco de confianza, Larry —dijo Ram Kikura tocándole el hombro—. No abusarán de ustedes. Yo no lo permitiría, y aun en el caso de que yo resultase ser... —¿cómo lo llaman ustedes?—, un aprovechado, Olmy los

protegería. Eso lo saben.

—¿Lo sabemos? —comentó Heineman en voz baja cuando ella se marchó.

—No seas gruñón —le reprendió Carrolson.

—Yo no hago más que ponerme en guardia —dijo Heineman malhumoradamente—. Cuando estés en Roma, ojo con los aseos públicos.

Lanier se echó a reír, luego meneó la cabeza.

—Diablos, ni siquiera sé lo que quiere decir —le confió a Patricia—. Pero admiro su cautela.

El disco ahora estaba al mismo nivel que una puerta ancha y baja en el lado este de la terminal. La superficie del edificio estaba cubierta de un material que parecía cristal opalino escarchado, con bandas de metal naranja cobrizo espaciadas a intervalos que aparentemente se distribuían al azar sobre los planos horizontales.

—Es precioso —dijo Farley, Patricia asintió y luego notó que los ojos se le ponían cálidos y húmedos; no podía saber por qué. Se le hizo un nudo en la garganta y se secó las mejillas cuando las lágrimas resbalaron por ellas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Lanier al tiempo que se acercaba a ella.

—Es precioso —dijo Patricia en medio de un sollozo. Involuntariamente, Lanier notó que a él también se le humedecían los ojos.

—No podemos olvidarnos de ellos, ¿verdad? —le preguntó—. A dondequiera que vayamos y sea lo que sea lo que veamos, todos ellos están siempre con nosotros. Los cuatro mil millones.

Patricia asintió rápidamente. Olmy se les acercó por detrás y le tendió un arcaico e inesperado pañuelo por encima del hombro. Ella lo cogió, sorprendida, y luego le dio las gracias.

—Si sigue usted así —le advirtió Olmy en un susurro—, se encontrará rodeada en unos minutos. No estamos acostumbrados a ver llorar a la gente.

—Jesús —exclamó Carrolson.

—No nos juzgue mal por eso —continuó Olmy—. Nuestra gente tiene sentimientos tan profundos como los suyos, pero diferimos en la manera de expresarlos.

—Estoy bien —dijo Patricia al tiempo que intentaba enjugarse los ojos sin ningún éxito—. ¿Llevaba esto nada más por si nosotros...?

Olmy sonrió.

—Para las emergencias.

Lanier cogió el pañuelo y terminó de limpiarle la cara a Patricia, luego movió el pañuelo en el aire para recoger unas cuantas gotas descarriadas.

—Gracias —dijo al tiempo que se lo devolvía a Olmy.

—De nada.

Entraron en la terminal. En el interior de aquella estructura cóncava unos rayos de luz señalaban los caminos que los vehículos debían seguir. En el centro,

quizá todavía a un kilómetro por debajo de ellos, se encontraba la entrada misma, un gran agujero con los bordes suaves y que daba a un azul sin forma.

—Ésta es la segunda entrada más importante; tiene cinco kilómetros de diámetro —les explicó Olmy—. La mayor de todas tiene siete kilómetros de anchura y da al mundo del Talsit, a uno punto tres ex siete.

—¿Vamos a pasar a través de ésta? —le preguntó Heineman. El disco estaba ya reanudando el descenso.

—Sí. No hay peligro.

—Excepto para mi salud mental —dijo Heineman—. Garry, ojalá yo hubiera sido pintor de brocha gorda.

Ahora se hallaban ya directamente sobre la entrada, pero no se veía ningún detalle más allá de lo azul. Cinco discos más pequeños se movían debajo formando un escuadrón, e iban despejando el camino para ellos. En el borde de la entrada cientos de cilindros y de otros distintos vehículos caían en cascada desde los carriles, en una caída controlada que resultaba majestuosa.

Unas líneas luminosas de guía se reagruparon de nuevo para rodear el disco y formar una columna. Cuando hubieron descendido hasta un punto en que estaban aproximadamente al mismo nivel que el borde de la entrada, Lanier, de repente, distinguió algunos detalles en el fondo, directamente debajo de ellos. El mundo de los Frant era visible realmente en medio del azul, pero distorsionado como una vieja pintura sobre un cilindro, de modo que pudiera verse solamente cuando se colocara delante de un espejo circular. Podían distinguir océanos, lejanas montañas negras que se recortaban sobre un cielo ultramarino, el alargado y brillante globo de un sol.

—Jesús —exclamó Carrolson de nuevo—. Miradlo.

—Ojalá yo no estuviera aquí —dijo Heineman—. ¿Crees que Olmy tendrá alguna Dramamina?

Los grupos flotantes de homorfos y neomorfos pictografiaban círculos y estallidos de color como muestras de aprecio de lo que veían. El disco vibró y el paisaje empezó a deslizarse suavemente hasta situarse en la adecuada perspectiva. La columna de guía formada por rayos de luz desapareció, y completaron el paso de la entrada y de repente se deslizaron a baja altura sobre una deslustrante superficie blanca.

Lanier, Carrolson y Patricia se movieron por un campo de tracción hasta llegar a una parte más baja del disco, cerca del límite del entretejido de líneas de fuerza, para poder ver desde allí el horizonte del mundo de los Frant. A cada lado, varias filas de cilindros y de otros vehículos estaban espaciadas por entre discos que sobrevolaban arrojando la carga. Lanier se dio la vuelta en redondo para observar las montañas y el mar, más allá de la entrada pavimentada de blanco, de la zona de recepción. No había visto nunca un cielo tan intensamente azul como aquél.

Como un soldador describiendo un arco en el cielo, un meteoro cayó a plomo sobre la lejana superficie del mar. Antes de que chocara contra ella, una trama de vibrantes rayos de color naranja lanzados desde el horizonte hicieron saltar en pedazos el meteoro. Algunos rayos más surgieron y destrozaron los fragmentos, que se movían a su antojo. Sólo era polvo de meteoro cuando llegó a golpear la tierra o el mar.

—Ésa es la historia de su vida, en resumen —dijo Ram Kikura señalando el lugar en donde el meteoro había encontrado su fin—. Y ése es asimismo el motivo por el que los Frant son Frant. —Cogió la mano de Lanier y luego alargó la otra para coger a Patricia. Olmy reunió también a los otros tres a su alrededor.

—Vamos. Desembarcaremos pronto. Aquí se nota un poco más la gravedad; al principio necesitarán cinturones.

El disco llegó a la zona de aterrizaje que les habían asignado. Los campos transparentes que había debajo de ellos se colocaron de nuevo en posición mientras se acercaban al suelo blanco, y la trama de líneas brillantes tomó forma de nuevo, haciendo un vórtice.

—El abogado del Presidente y el Director del Nexo bajarán primero —dijo Ram Kikura—. Nosotros vamos a continuación, luego los Frant y después todos los demás.

Oligand Toller, Hulane Ram Seija y sus ayudantes —dos neomorfos con forma de pez y tres homorfos— flotaron hacia el centro del vórtice y fueron depositados suavemente en el suelo, debajo del disco. Olmy instó al grupo para que bajara, y todos ellos pasaron por el campo de tracción siguiendo el mismo sendero hasta que tocaron con los pies el suelo a unos metros de donde se encontraba el grupo del Presidente.

Después de pasar meses en Thistledown y en la Vía, la atracción de Timbl resultaba algo chocante, como si de repente les hubieran echado a cuestras ladrillos pesados. A Patricia le flaqueaban las rodillas, y los músculos de sus piernas protestaron. Heineman gruñó y el rostro de Carrolson pareció contraerse.

Vehículos del tamaño de autobuses, cuadrados, de baja tracción, se deslizaban sobre grandes ruedas blancas. A medida que cada persona iba entrando, los Frant les ataban a todos alrededor unos cinturones de sustentación para disminuir el efecto de la gravedad, que era allí más pesada. A los neomorfos, prácticamente indefensos sin campos de tracción, les dieron unos cinturones especiales de flotación que podían ajustarse de forma que encajaran con su amplia gama de formas.

—Esto debería gustarles —dijo Ram Kikura mientras el autobús rodaba desde el pavimento blanco hasta una ancha carretera de color ladrillo—. Vamos a la playa.

El mundo de los Frant, explicó, servía como zona de esparcimiento tanto para los humanos como para otros varios seres de la Vía que respiraban oxígeno.

Como el nivel de rayos ultravioleta procedentes de la brillante estrella enana era mayor del que los humanos estaban acostumbrados a soportar, habían levantado un escudo atmosférico sobre varios miles de kilómetros cuadrados. La zona de esparcimiento estaba en la sombra del escudo.

—El océano posee grandes formas vivas que son carnívoras —ninguna que quiera comer humanos, de todas formas—, y el ambiente está muy limpio. Es ideal. Es el lugar elegido para pasar las vacaciones por aquellos ciudadanos que pueden permitírselo, que son, virtualmente, todos los ciudadanos corpóreos.

La construcción principal de la zona de esparcimiento, un edificio alargado y bajo, estaba ubicado en un lugar ideal, frente a una gran playa de arena de cuarzo blanco; a un lado había un puerto en forma de media luna. Cada habitación tenía una terraza y puertas transparentes, y cabía la posibilidad de elegir ver un escenario real, sin disfrazar, o varios panoramas de ilusart. Los muebles, de acuerdo con las antiguas motivaciones terrestres de la zona de esparcimiento, eran reales y no podían cambiarse.

Fueron a comer, la primera comida que hacían en el mundo de los Frant, a un restaurante decorado al estilo de finales del siglo veinte, en el que la comida la servían homorfos. No había a la vista trabajadores mecánicos. Después de comer fueron caminando hasta los edificios del lugar de vacaciones, y Ram Kikura inspeccionó cuidadosamente las habitaciones de todo el grupo antes de dejarlos entrar. Aún llevaban puestos los cinturones, aunque Lanier pensaba que estaba ya preparado para arreglárselas sin él. Sin embargo no pensaba quitárselo hasta que lo hiciera Heineman, y éste parecía muy contento de llevarlo puesto.

Patricia paseó la mirada por la habitación que le habían asignado y luego se reunió con los demás en la terraza de Lanier. Ram Kikura les dijo que podían descansar y nadar durante unas horas, y que ella y Olmy estarían allí cerca por si los necesitaban.

—Han cogido una habitación para ellos arriba —dijo Carrolson en tono confidencial después de que Ram Kikura se hubo marchado—. Creo que son amantes.

Patricia abrió la puerta metálica de la terraza.

—Me voy a dar un paseo —dijo. Dirigió una mirada a Lanier—. A menos que creas que debemos permanecer juntos todo el tiempo.

—No, probablemente aquí estamos lo suficientemente a salvo. Vete adonde quieras.

Lanier la estuvo observando mientras Patricia, caminando con las piernas rígidas a causa de la arena y cruzándose con homorfos e incluso con algunos neomorfos provistos de cinturones, caminaba por la playa. Nadie le prestaba demasiada atención. Movi6 la cabeza, sonriendo.

—Podría ser Acapulco —dijo—, con unos cuantos globos raros flotando alrededor.

Farley le puso el brazo alrededor de la cintura.

—Nunca he estado en Acapulco, pero no creo que pueda tener un cielo de este color.

—Como pájaros enamorados —dijo Carrolson olfateando y echándole una mirada reprochadora a Heineman—. Tú nunca me tratas de esa manera.

—Yo soy ingeniero —repuso al punto Heineman—. Yo no hago mimos. Yo sólo hago que las cosas funcionen bien.

—Y tanto que lo haces —dijo Carrolson.

—Dios mío, fijaos, estamos contentos —dijo Lanier.

—Patricia no lo está —observó Carrolson—. La he visto ponerse seria cuando os mira a vosotros dos. Creo que está celosa, Garry.

—Cristo. —Lanier se sentó en una silla de la terraza y se puso a mirar fijamente más allá de la deslumbrante playa y del mar, de un intenso azul verdoso, hacia el horizonte agudo como un cuchillo—. Ella ha sido un enigma para mí desde la primera vez que la vi.

—Pues para mí no —dijo Farley. Todos los rostros se volvieron hacia ella—. Yo la comprendo, por lo menos un poco —continuó—. Yo era como ella, menos brillante quizás, pero también introvertida. Obstinada. Mi vida fue infeliz hasta que tuve veinticinco o veintiséis años y decidí ser más normal; normal por fuera, de todos modos.

—Patricia cumple mañana veinticuatro años —comentó Carrolson.

—¿Es su cumpleaños? —preguntó Farley. Carrolson asintió.

—Se lo he dicho a Olmy y le he explicado cómo son las fiestas de cumpleaños. Cree que es una buena idea. Por lo visto aquí no celebran el cumpleaños, pues en realidad nace muy poca gente, hablando desde un punto de vista biológico. Celebran la onomástica y también la madurez, sobre todo en Axis Nader. Deduzco que la edad no significa para ellos lo mismo que para nosotros.

—Entonces, ¿qué clase de fiesta será?

—Yo le sugerí hacer una pequeña, con nosotros, Olmy y Ram Kikura. Y le pareció bien.

—Lenore, eres una maravilla —dijo Lanier adoptando inconscientemente el mismo tono de voz de Hoffman. Carrolson hizo una reverencia y se apretó las mejillas atornillando en ellas los dedos índices de ambas manos.

—Estamos más que contentos —dijo Heineman mirándola—. Estamos absolutamente como regaderas.

Patricia había caminado aproximadamente medio kilómetro por la playa cuando vio a Oligand Toller, que estaba de pie en la arena delante de ella. Llevaba unos pantalones cortos que le dejaban al descubierto las piernas, bien torneadas, con vello rubio y ligeramente arqueadas, y una camisa con un

llamativo estampado hawaiano.

—¿Le gusta? —preguntó haciendo una pose de modelo ante ella. Patricia se quedó mirando boquiabierta, sin saber qué decir.

—Bueno, lo he intentado —dijo él un poco apesadumbrado—. Me gustaría hablar con usted, si no le importa.

—No estoy segura... —dijo Patricia.

—Podría ser importante. Para todos ustedes.

Patricia se quedó en el mismo sitio donde estaba, con la cabeza inclinada ligeramente, sin dejar de mirarle, pero sin decir nada.

—Podemos seguir paseando —indicó Toller—. Me gustaría explicarle algunas cosas antes de que tengan ocasión de entrevistarse con el Presidente, si es que puede concedernos algo de tiempo.

—Pues hablemos entonces —dijo Patricia pasando junto a él. Toller dio dos zancadas apresurándose a alcanzarla.

—Nosotros no somos enemigos de ustedes, Patricia —la amonestó—. Cualquier cosa que Olmy pueda haberles contado...

—Olmy no ha dicho nada contra nadie —le interrumpió Patricia—. Esta es mi manera de ser. Estamos... no me siento muy feliz estos días, por razones obvias.

—Es bastante comprensible —dijo el abogado mientras ajustaba su paso al de ella. No parecía que ninguno de los otros bañistas o neomorfos flotantes encontrara raro que el abogado del Presidente y una mujer procedente del pasado, de siglos atrás, estuvieran paseando juntos. Los ignoraron desenfadadamente—. Encuentro que este lugar de esparcimiento es maravilloso; yo vengo aquí a menudo. Me recuerda lo que es ser humano... ¿Lo comprende?

—Para ver cosas que son reales —dijo Patricia.

—Sí. Y para apartarme de los problemas durante una temporada. Bueno, éstas son evidentemente unas vacaciones de trabajo, y por eso tienen que ser breves; no podremos quedarnos más de dos días locales. Pero creímos que valía la pena enseñarles cómo funciona nuestro sistema. Estamos tratando de obtener el apoyo de ustedes, Patricia. ¿Puedo llamarla así?

Patricia asintió.

—A causa de la forma en que las cosas se han desarrollado, usted y su gente pueden tener mucha influencia. No queremos forzarles a compartir nuestras costumbres u opiniones, no es así como funciona nuestro gobierno. A imagen y semejanza del de ustedes, al fin y al cabo.

Se detuvieron ante un rompeolas natural de basalto que sobresalía hacia el mar. Patricia se volvió y vio un pequeño meteoro brillante que pasó cruzando a unos cuantos grados del horizonte. No se vieron rayos que salieran para destruirlo, era lo bastante pequeño como para desintegrarse por sí mismo sin causar daño.

—Nosotros ayudamos a los Frant a instalar su Lanza del Cielo —dijo Toller—. Cuando nosotros abrimos la entrada, ellos estaban aún en la edad atómica primitiva. Nosotros acordamos hacer algunos intercambios de información, estableciendo una relación de cliente-patrón, y darles lo que necesitaban para proteger su mundo contra las milenarias avalanchas de los cometas.

—¿Qué consiguieron ustedes a cambio?

—Oh, ellos recibieron mucho más que la Lanza del Cielo por lo que nos dieron. Nosotros les dejamos abierta la Vía. Ahora son socios de pleno derecho en tres entradas, comercian con tres mundos y con los sistemas comerciales del espacio normal que les rodea. A cambio, nos arrendaron materia prima y derechos de información. Pero la más valiosa mercancía que aportaron son ellos mismos. Usted ha conocido al compañero de Olmy. Los encontramos ideales para trabajar con ellos; están llenos de recursos, son fiables e indefectiblemente agradables. Y todo el mundo puede decirle que los Frant disfrutaban auténticamente trabajando con nosotros.

—Eso suena como si fueran buenos animales de compañía —comentó Patricia.

—Sí, existe también ese aspecto —admitió Toller—. Pero son por lo menos tan inteligentes como nosotros —aunque sin suplementar, naturalmente—, y nadie los trata como si fueran ciudadanos de segunda clase o animales domésticos. Puede que tenga usted que deshacerse de algunos de los prejuicios del pasado para llegar a comprender nuestra situación claramente, Patricia.

—Mis prejuicios están ya desechados —dijo ella—. Solamente estoy... —Levantó las manos y meneó la cabeza. Ni una sola vez desde que se habían encontrado había mirado a Toller directamente al rostro.

—Antes de que viniéramos, Timbl pasaba cada mil años a través de una avalancha de antiguos cometas. Perdían regularmente más de la mitad de su población. Todo este océano es agua de cometa que se ha ido reuniendo a lo largo de miles de millones de años. Aparentemente hubo un largo período de calma hace un millón de años, y en ese tiempo los Frant evolucionaron hasta llegar a su forma actual y construyeron las bases de su cultura. Luego las lluvias de cometas dieron comienzo de nuevo. Poco a poco los Frant se fueron haciendo cada vez más parecidos, pasando información y rasgos de personalidad por medio de mensajeros químicos, y luego a través de recursos culturales. Se convirtieron en una sociedad holográfica, la mejor para poder absorber la conmoción de las avalanchas de cometas. Pero nunca se habían dado cuenta del potencial que tenían, y no estaban en camino de hacerlo hasta que nosotros abrimos la entrada. Ahora poseen algunas de nuestras propias tecnologías, y usan pictógrafos de alta velocidad para ponerse al día unos con otros, o incluso para intercambiar personalidades parciales. Si tenemos en cuenta todo esto, no estoy seguro de quién resultó más favorecido, si los Frant o nosotros mismos. Habríamos perdido

frente a los Jarts hace siglos si no hubiésemos contado con la ayuda de los Frant.

Patricia escuchaba con atención, rellenando mentalmente aquello que no había tenido tiempo de buscar en los servicios de datos.

—¿Por qué no pueden establecer alguna clase de relación cliente-patrón con los Jarts? —le preguntó a Toller.

—¡Ah! Los Jarts son otra cosa completamente diferente. Naturalmente, ya estará usted al corriente de que nos los encontramos ocupando la Vía cuando conectamos ésta por primera vez con la séptima cámara.

—Eso tengo entendido —dijo Patricia recordando lo que el pícaro le había contado.

—El Ingeniero tuvo la mala fortuna de abrir una entrada experimental al mundo que albergaba a los Jarts. El tiempo en la Vía no estaba aún puesto en concordancia con nuestro propio tiempo. Pudieron pasar unos tres siglos en la Vía sin acabar, haciendo de ella su casa, incluso aprendiendo a abrir algunas toscas entradas. Cuando se conectó la Vía y se abrió, ellos estaban allí, como lo están hoy. Fuertes, inteligentes, agresivos, absolutamente convencidos de que están destinados a poblar todos los universos. Tuvimos que llevar a cabo una violenta guerra contra ellos y conseguimos hacerlos retroceder en las primeras décadas. Después nosotros abrimos entradas seleccionadas y rellenamos el primer segmento de la Vía —hasta uno ex cinco— con tierra y aire. Durante todo el tiempo que estuvimos construyendo la Ciudad de Axis tuvimos frecuentes escaramuzas con ellos, y los fuimos empujando cada vez más lejos y cerrando las entradas que abrían. Finalmente se retiraron a dos ex nueve, y nosotros establecimos una barrera en ese punto. Tratamos de razonar, de hacer intercambios. No quisieron. Sabíamos que no podríamos deshacernos de ellos en la Vía; no éramos lo bastante fuertes.

Patricia se sentó en el escalón más bajo de una escalera que conducía a lo alto del rompeolas.

—¿Y cómo podemos nosotros ayudarles?

—Esa es una cuestión realmente complicada —repuso Toller—. La mejor forma de ayudarnos es apoyándonos. O no oponiéndose a nosotros.

—Todos ustedes pueden ahora ir a casa —dijo Patricia—. Tal como está.

Toller se quedó callado un momento, confuso por la rudeza de aquel cambio repentino de ideas.

—Exactamente. —Se sentó al lado de Patricia y ésta se retiró unos centímetros—. Tal como está. Personalmente, a pesar de la sincera súplica de ser Lanier, yo veo pocas razones para volver ahora a la Tierra.

—Ustedes podrían ayudar a los supervivientes.

—Patricia, ellos —ustedes— se convirtieron en nosotros. No veo nada malo en dejar que un mundo se cure solo. El hecho de que hayamos realizado una curva causal —que podamos regresar al peor punto de la trayectoria de nuestro

mundo— no es lo que yo consideraría una oportunidad. De momento no es más que un estorbo. ¿Le ha explicado Olmy cómo esperamos expulsar a los Jarts de la Vía? ¿Para siempre?

Ella movió la cabeza negativamente.

—Es un plan ambicioso. ¿Han oído rumores sobre la secesión, sobre dividir la Ciudad de Axis en dos?

Patricia decidió hacerse la tonta y movió la cabeza de nuevo negativamente.

—Nuestro grupo de investigación de la hendidura descubrió, hace años, que la Ciudad de Axis se podía acelerar hasta cerca de C, hasta cerca de la velocidad de la luz. No habría ningún daño para la ciudad en sí, y los ciudadanos sufrirían una mínima incomodidad...

—Creo que todos nosotros deberíamos oír esto —dijo Patricia de repente, levantándose—. Quiero decir todo mi grupo. No yo sola.

—Ellos pueden saber todo lo que quieran. Puede usted guiarlos cuando regresen a la Ciudad de Axis, todo está a su alcance en la Ciudad del Recuerdo. O bien puede explicárselo Olmy.

—¿Por qué Olmy no nos lo ha dicho ya?

—Patricia, nuestro mundo es extremadamente complejo, como ustedes saben quizá mejor que yo. Dudo que Olmy haya tenido la oportunidad de educarles ni en una milésima de las cosas más importantes que hay que saber sobre nosotros.

—De acuerdo —dijo Patricia al tiempo que daba un paso sobre la arena y se quedaba frente a Toller—. Le escuchó.

—Tardaríamos un día en acercarnos a esa velocidad, acelerando aproximadamente a trescientos G, lo que está muy próximo al límite teórico para los sistemas de amortiguación de la inercia y para algo tan grande como la Ciudad de Axis desplazándose sobre la hendidura. La hendidura se vería gravemente forzada, produciendo fuerte radiación y partículas pesadas... Pero dentro de la Vía, incluso una velocidad de un tercio de la velocidad de la luz crearía una onda de choque espacio-temporal. Alcanzaríamos esa velocidad aproximadamente a uno coma siete ex nueve. Pasaríamos a través de los territorios que ocupan los Jarts produciendo un efecto devastador. Las distorsiones relativistas dentro de la Vía serían increíbles. La propia forma de la Vía se alteraría al pasar nosotros y, cuantas puertas los Jarts hubieran abierto serían borradas de la existencia —Toller deslizó la mano con un gesto de aplanar algo—, como si se planchara una pieza de tela en una de las lavanderías de su mundo.

Los ojos de Patricia adquirieron una expresión ausente. La mente le trabajaba a toda velocidad para absorber la idea de un objeto relativista, y para darse cuenta de que dentro de la Vía un objeto que viajara solamente a un tercio de C sería relativista.

—Un esquema grandioso, ¿no cree?

Patricia asintió abstraídamente.

—¿Hasta qué distancia irían ustedes por la Vía?

—Eso se está debatiendo todavía.

—¿Y cuáles son las alternativas?

—La conferencia aún está considerando las alternativas ahora, y lo ha estado haciendo durante tres semanas. Creemos que los Jarts romperán nuestras barreras en cuestión de años, quizá de meses. Sobrepasarán nuestras entradas más lejanas —nosotros las cerraremos y nos retiraremos, naturalmente—, y por último, a finales de la década, acabarían por empujarnos otra vez hasta Thistledown. Tendremos que evacuar, y para evitar que nos sigan no nos quedará más remedio que destruir la Vía. Eso sería una calamidad increíble.

—¿Está usted seguro de todo eso?

Toller asintió una vez con la cabeza.

—No podremos contenerlos durante mucho tiempo. Se han hecho muy fuertes y se han procurado la ayuda de otros mundos, abriendo puertas arriba y abajo del segmento de la Vía que les corresponde.

—¿No podrían ustedes hacer lo mismo?

—Como he dicho, ellos ocuparon la Vía varios siglos antes que nosotros. Están más familiarizados con ella, en algunos aspectos, de lo que nosotros mismos estamos, incluso habiéndola creado.

Toller no le estaba hablando de una de las alternativas que el pícaro había mencionado, el arrancar Thistledown del final de la Vía y «cauterizarla», cerrarla y sellarla a fin de que pudiera continuar existiendo independientemente de la maquinaria de la sexta cámara. Patricia decidió no preguntar a Toller sobre esa posibilidad.

—Es fascinante —dijo—. Me proporciona un montón de cosas en que pensar.

—Sí, bueno. Estoy seguro de que he violado todas las reglas de la etiqueta, Patricia. Ha sido usted muy amable escuchándome. Nuestro tiempo es muy limitado, como puede ver, y ustedes han introducido un elemento adicional en la ecuación...

—Estoy segura de ello —dijo Patricia. *Quizá más de lo que usted se supone...*

—Ahora me gustaría regresar.

—Claro. La acompañaré.

Patricia sonrió, con la mirada aún ausente. Toller habló muy poco mientras volvían sobre sus pasos por la playa hasta los edificios de la zona de esparcimiento, y eso le vino bien a ella.

Estaba ya adentrándose en el estado mental, la mente ya había empezado a trabajar, convocando sus anotaciones personales. Atravesó rápidamente la habitación de Lanier, dio unas cuantas y breves excusas y se retiró a sus propias habitaciones; una vez allí se echó en la cama y cerró los ojos bien apretados.

Toller saludó a los demás y se quedó hablando con ellos durante unos minutos,

explicándoles que había mantenido con Patricia una extensa conversación relacionada con temas que eran de gran importancia para todos ellos.

Cuando se hubo marchado, Lanier llamó a la puerta de Patricia, pero no recibió respuesta alguna.

—¿Patricia? —llamó.

—Sí —contestó ella suavemente, frotándose la cara.

—¿Estás bien?

—Estoy descansando —dijo—. Me reuniré con vosotros para cenar.

Lanier miró el reloj; la segunda comida que harían en el mundo de los Frant, ostensiblemente la cena, empezaría dentro de una hora. Volvió a su habitación.

—¿Cómo está Patricia? —le preguntó Carrolson.

—Dice que se encuentra bien. Está echando una siesta.

—Probablemente no —comentó Farley—. Me gustaría saber qué es lo que Toller le ha dicho.

La reunión entre los tres hombres que habían asumido la capa de autoridad de Mirsky dio comienzo y terminó en media hora. Se desarrolló en la cabaña privada de Pletnev, con Annenkovsky haciendo guardia en el exterior para estar seguros de que nadie les escuchaba.

El tema de la reunión fue el mensaje de Mirsky a Garabedian. Pletnev insistía en que la solución al problema con el que ahora se enfrentaban era simple.

Primero Garabedian y Pogodin mostraron sus dudas. Sin embargo Pletnev había insistido en que era la única solución que quedaba.

—Mirad, ellos trataron de matar a Mirsky y por eso los encerraron —les dijo—. Ahora los van a soltar. ¿No es evidente? Eso es lo que pensaba la mujer americana. Yo creo que tiene sentido.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Pletnev levantó el Kalashnikov que llevaba. La mayoría de las armas de láser hacía ya tiempo que se habían quedado sin carga, y además, siempre había tenido preferencia por las balas.

—¿No nos encerrarán también a nosotros? —quiso saber Garabedian.

—¿Encerraron a alguien después de la lucha? —le preguntó Pletnev. Pogodin movió la cabeza.

—¿Entonces lo único que tenemos que hacer es matarlos fuera de la ciudad?

—No me gusta la idea de matarlos sin hacerles previamente un juicio.

—No tenemos otra elección —dijo Pletnev—. Mierda, Mirsky te dejó el mensaje a ti, pero *yo* soy el que entiende lo que realmente dice. Vieltorsky aún tiene seguidores. Sin Mirsky, nosotros tres podemos mandar razonablemente, pero si los *Zampolits* vuelven nos matarán a todos. Los vamos a buscar y haremos lo que debemos hacer. ¿De acuerdo?

Pogodin y Garabedian asintieron.

—Entonces, vamos —dijo Pletnev—. Los esperaremos fuera. Mejor llegar pronto que demasiado tarde.

Mirsky había abandonado el camión en la orilla del agua y caminaba tierra adentro con la mochila llena de raciones secas. Las lagunas abundaban en

aquella zona de la cuarta cámara, y la pesca era excelente en todas partes. No le cabía la menor duda de que podría sobrevivir. Aquellos bosques habían sido pensados para ser lugares inhóspitos. En las regiones donde nevaba —más o menos una cuarta parte de la cámara, en una zona cuyo límite exterior era la línea ciento ochenta—, la nieve era ligera, y llovía con la frecuencia justa para que pudieran mantenerse con vida las plantas en toda la cámara.

Difícilmente viviría « en condiciones duras » .

Los primeros días los había pasado de una forma muy tranquila, fabricándose una caña de pescar adecuada, y poco más. Había leído los informes de los biólogos americanos sobre la cuarta cámara y sabía que allí se daban bien las lombrices y las larvas, a las que podría utilizar como cebo. La ansiedad de Mirsky fue disminuyendo, y se preguntaba por qué no se habría tomado la molestia de marcharse antes.

Ahora casi no se daba cuenta de los límites de demarcación de su nuevo cerebro. O bien se estaban difuminando con el uso, o bien había aprendido a ignorar dichos límites.

Al quinto día de su estancia en los bosques ciento ochenta encontró algunos signos que indicaban que no estaba solo. Un paquete ruso de ración y un recipiente de plástico americano revelaban que uno o varios soldados rusos se habían adentrado allí. Aquel descubrimiento no le molestó. Virtualmente había sitio para todos, y además intimidad.

El séptimo día encontró a un ruso al borde de un claro del bosque lleno de hierba. Él no le reconoció, pero el soldado sí conocía a Mirsky y desapareció rápidamente internándose en el bosque.

El octavo día volvieron a verse al otro lado de un estrecho lago, y el soldado no huyó corriendo.

—Está usted solo, ¿verdad? —le preguntó el soldado.

—Hasta ahora, sí —dijo Mirsky.

—Pero usted es el jefe —comentó el soldado con cierto resentimiento.

—Ya no. ¿Qué tal es la pesca por aquí?

—No muy buena. ¿Se ha dado cuenta de que hay mosquitos y moscas por todas partes, pero que no pican?

—Sí, ya lo he notado.

—¿Y por qué será?

—Están bien ideados —sugirió Mirsky.

—Me pregunto si alguna vez nevará.

—Tengo entendido que sí, una vez al año, más o menos —dijo Mirsky—. Pero no hace frío excesivo. No tanto como en Moscú.

—Me gustaría que nevara —le confió el soldado. Mirsky asintió y los dos se reunieron en un extremo del lago; luego echaron a caminar juntos a través del bosque en busca de un lugar mejor para pescar.

—Los americanos dirían que somos Huckleberry Finn y Tom Sawyer — observó el soldado mientras introducían los hilos de pescar en un arroyo—. Los americanos no son tan malos como eran en la Tierra, ¿sabe? Pensé en desertar antes de decidir venir a los bosques.

—¿Por qué no lo hiciste? —le preguntó Mirsky.

—No quería tener a nadie cerca. Pero no siento que usted se encuentre aquí, general. —El soldado agitó el extremo de la caña, esperando con ello atraer alguna trucha—. Me hace confiar de nuevo en la humanidad. Incluso un general desea apartarse de todo.

El soldado, que no le dijo su nombre a Mirsky, se había marchado del recinto hacía unas semanas, antes de la muerte de aquél en la biblioteca. No sabía nada de lo que había sucedido, y Mirsky no se lo dijo.

Mirsky estaba empezando a sentirse como un ser humano normal otra vez, y no como un fenómeno o un fantasma. El hecho de tener tiempo para sentarse y admirar una gota de agua en una hoja o la forma en que se rizaba el agua después de que un pez saltara intentando capturar un insecto, era maravilloso. Simplemente, ya no importaba quién era, sino qué era.

Pasaron dos días más y Mirsky empezó a preguntarse si alguien iría a buscarlos. Los telescopios de largo alcance podrían detectarlos fácilmente, y con sensores de infrarrojos no importaba si se escondían entre los árboles o no. Sospechaba que por entonces los *Zampolits* ya se hallarían de nuevo en libertad, estarían consolidando su posición en el poder si Pletnev y los otros no habían actuado según las advertencias que les había hecho.

Sentía sólo una ligera curiosidad por saber lo que había pasado.

Lo que echaba de menos, sobre todo, era la noche. Habría dado cualquier cosa por poder pasar unas cuantas horas en total oscuridad, por poder cerrar los ojos y no ver nada, ni siquiera el débil resplandor marrón de la luz de los sombríos bosques a través de los párpados. También echaba de menos las estrellas y la luna.

—¿Cree que alguien que conozcamos en la Tierra estará vivo? —le preguntó el soldado una mañana mientras asaban unas truchas en una parrilla plana de ramas desnudas situada sobre un pequeño fuego.

—No —repuso Mirsky.

El soldado movió la cabeza y luego la sacudió de un lado a otro, sorprendido.

—¿Cree usted que no?

—No es muy probable —dijo Mirsky.

—¿Ni siquiera algún miembro del alto mando?

—Puede ser. Pero en realidad yo nunca conocí a ninguno de ellos.

—Mmm —asintió el soldado. Luego, como si ello fuera importante, le dijo—: Usted conocía a Sosnitsky, ¿verdad?

—No mucho.

—Creo que era un buen hombre —dijo el soldado mientras sacaba la trucha y la partía en filetes como un experto con la navaja. Le tendió la mitad a Mirsky y tiró la cabeza y las espinas entre los arbustos.

Mirsky asintió con la cabeza y se comió el pescado, con piel y todo, masticando pensativo hasta que vislumbró un brillo plateado entre los árboles que había detrás del soldado. Dejó de masticar. El soldado vio que Mirsky miraba fijamente y volvió la cabeza.

Un largo objeto de metal que flotaba entre los árboles se detuvo a pocos metros de donde se encontraban. Mirsky abrió los ojos de par en par; aquello parecía una cruz ortodoxa rusa barrada, de cromo, con una pesada lágrima en su extremo inferior. En la unión de la barra y el travesaño horizontal de la cruz se veía un intenso resplandor rojo.

El soldado se levantó.

—¿Es americano? —le preguntó.

—No creo —respondió Mirsky levantándose igualmente.

—Caballeros —dijo una voz femenina hablando en inglés—. No se alarmen. No tenemos intención de hacerles daño. Nuestros detectores nos dicen que aquí hay un individuo corpóreo que ha sido sometido a cirugía suplementaria.

—Es americana —dijo el soldado apartándose hacia atrás y dispuesto a echar a correr.

—¿Qué eres tú? —le preguntó Mirsky al objeto también en inglés.

—¿Es usted el sujeto que ha sido sometido a cirugía suplementaria?

—Eso creo —dijo Mirsky—. Sí.

El soldado hizo un extraño y profundo ruido gutural y escapó por entre los árboles.

—Yo soy el que buscan, déjenlo a él.

Una mujer vestida de negro avanzó lentamente saliendo de entre los árboles. Mirsky pensó durante unos momentos que, a juzgar por el uniforme que llevaba, tenía que ser americana; pero luego se dio cuenta de que el estilo era muy diferente. Y además el corte de pelo —rapado hasta el punto de que en los lados solamente quedaba una pelusa, con un mechón del pelo de la coronilla que le caía por detrás de la cabeza— no era americano. Desde luego. Tardó unos minutos en advertir que no tenía agujeros en la nariz, y de que sus orejas eran pequeñas y redondas. La mujer se quedó de pie al lado de la cruz de cromo y levantó la mano.

—Usted no es ciudadano de la Ciudad de Axis ¿verdad? —le preguntó a Mirsky—. Y tampoco un Naderita ortodoxo.

—No —dijo Mirsky—. Soy ruso. ¿Quién es usted?

La mujer tocó la barra de la cruz y unos destellos intermitentes de luz pasaron por el aire entre ellos.

—¿Tiene la bondad de acompañarme? Estamos reuniendo a todos los

ocupantes que hay en estas cámaras. No se le hará ningún daño.

—¿Tengo otra elección? —preguntó Mirsky, todavía tranquilo. ¿Puede un hombre que ha muerto una vez sentir algún miedo?

—Lo siento, no —le contestó la mujer sonriendo agradablemente.

Judith Hoffman acababa de terminar una sesión maratónica de nueve horas sobre la reestructuración del sistema legal del personal de la NATO en la Piedra. Beryl Wallace había insistido en que después regresara al bungalow de las mujeres. Una vez allí Hoffman se había quedado inmediatamente dormida en la habitación, tan exhausta que tardó un rato en estar consciente y unos segundos más para darse cuenta de qué era lo que la había despertado. La alarma del intercomunicador estaba sonando. Apretó el botón.

—Hoffman —dijo con la lengua espesa y torpe.

—Soy Joseph Rimskaya desde la cuarta cámara. Judith, estamos sufriendo una profusión de avistamientos de *boojums*; yo mismo he visto dos.

—¿Y qué?

—Son de metal, y tienen forma de cruz; se mueven sobre nuestro recinto y también sobre los territorios rusos. Hemos seguido algunos de ellos con nuestros rastreadores. Debe de haber veinte o treinta solamente en esta cámara. Están por todas partes.

Hoffman apretó los dientes y se frotó los ojos antes de mirar el reloj. Había dormido menos de una hora.

—¿Estás ahora en el recinto cero de la cuarta cámara?

—Eso es. —Voy para allá.

Acababa de cerrar el intercomunicador cuando recibió otra llamada. Esta vez intervino Ann, y ya estaba discutiendo con la voz que hablaba al otro extremo del hilo cuando Hoffman respondió.

—Judith, lo siento —se excusó Ann apresuradamente—. Beryl me dijo que te dejara dormir, y he tenido que salir sólo un segundo...

—Señorita Hoffman, soy el coronel Berenson; me encuentro en la séptima cámara...

—Por favor, coronel —le interrumpió Ann.

—Es una emergencia...

—Déjale hablar, Ann —le dijo Hoffman.

—Señorita Hoffman, nuestros sensores están detectando docenas —quizá cientos— de objetos, grandes y pequeños. Algunos han entrado por la perforación, casi con toda certeza, y deben de estar ahora en la sexta cámara.

—Por lo menos ya han llegado a la cuarta cámara —le dijo Hoffman—. Coronel, póngase en contacto con Rimskaya. Ha visto algunas cosas también. Yo iré a la cuarta cámara en el próximo tren.

Preparó el maletín de emergencia y corrió a través del vestíbulo, tropezando y a punto de caerse al empezar las escaleras. Se cogió a la barandilla hasta que se le pasó el vahído producto de la fatiga, y luego bajó por las escaleras tan aprisa como pudo sin romperse el cuello. Ann salió a su encuentro al final de las mismas con un vaso de agua y unas pastillas estimulantes.

—Mierda, ¿qué es esto? —preguntó Hoffman al mismo tiempo que las rechazaba.

—Hipercafeína —explicó Ann—. Son las que Lanier utilizaba siempre.

Hoffman tragó dos píldoras con agua.

—¿Qué sucede esta vez? —le preguntó Ann con la cara pálida—. ¿No será otro ataque?

—No desde el exterior, preciosa —dijo Hoffman—. ¿Dónde están Wallace y Polk?

—En la segunda cámara.

—Diles que vayan a la cuarta cámara, en el complejo cero; que se reúnan conmigo allí o en el tren cero.

Hoffman salió del bungalow corriendo, llamando a gritos para que un camión la llevara a la segunda cámara. El general Gerhardt salió a toda prisa de la cafetería, con sus achaparradas piernas, radio en mano, llamando a los infantes de marina y haciéndole señas a ella para que lo siguiera. Doreen Cunningham los recibió en la verja de seguridad y señaló, sin palabras, hacia dos camiones que transitaban a velocidad lenta más allá de los terraplenes.

Estaban subiendo en el camión más cercano cuando las alarmas del recinto científico se dispararon. Hoffman se alejó de la portezuela del camión y echó la cabeza para atrás instintivamente. Sobre sus cabezas volaba ociosamente una cruz plateada con barras. El pesado lóbulo que tenía en el extremo le proporcionaba un aspecto siniestro y tonto al mismo tiempo. A Hoffman le recordó una de aquellas extravagantes armas de las películas de los años ochenta.

—Eso no es ruso, ¿verdad? —preguntó aún ligeramente atontada por el sueño interrumpido.

—De ningún modo, señora —dijo Gerhardt con la mano puesta sobre los ojos a fin de protegerse de la luz del tubo. La cruz realizó un círculo sobre el recinto, luego se elevó hasta que no se vio más que una cabeza de alfiler contra el tubo de plasma y luego desapareció—. Es uno de verdad. Un *boojum*.

Con la puesta del sol, el cielo se oscureció sobre ellos hasta adquirir un color azul de media noche. Por el lugar donde el océano se estaba tragando la última porción del sol, plana y enrojecida, surgía una sombría línea marrón oscuro de nubes que se retorció y viraba desde el horizonte hasta el cenit, donde se rompía formando espumosas vetas, y cada una de estas vetas captaba en el borde un

resplandor eléctrico de color púrpura. Farley y Carrolson se habían retirado una hora antes; los días en el mundo de los Frant tenían unas cuarenta horas de duración. Lanier estaba pensando sin parar y no se hallaba en disposición de dormir. Contemplaba la puesta del sol desde la terraza; Heineman se encontraba a su lado. Patricia, después de la conversación que mantuviera con Toller, todavía no había salido de la habitación.

Descalzo, vestido con pantalón corto y chaqueta azul de manga larga, Olmy cruzó por la arena unos metros más allá; los vio y se acercó.

—Señor Heineman, señor Lanier —dijo; ellos le saludaron con sendas inclinaciones de cabeza, asumiendo una actitud de caballeros a los que, para completar el cuadro, solamente les faltaba la pipa, el traje de etiqueta y algunas bebidas apropiadas para la noche.

—¿Disfrutando de su estancia aquí?

—Mucho —dijo Lanier—. El primer clima auténtico que veo desde hace un par de meses.

—Y yo en un año —intervino Heineman.

—Yo hace mucho más tiempo que no tengo ocasión de verlo —les confió Olmy—. No he realizado un trabajo en un mundo exterior desde... —dio la impresión de que miraba hacia su interior— desde hace quince años. Y no había visitado este mundo desde hace cincuenta.

—¿Le mantienen siempre muy atareado, señor Olmy? —preguntó Heineman mirándole de soslayo.

—Mucho. ¿Cómo está Patricia? Tengo entendido que tuvo una conversación con Toller, y que se encuentra en la habitación desde entonces.

—Sí —dijo Lanier—. Dentro de unos minutos iré a ver cómo está. Por si le apetece comer algo.

—Ha estado sometida a una gran tensión desde hace ya algún tiempo, ¿no?

—Continuamente desde que llegó a la Piedra, a Thistledown —dijo Lanier—. Pusimos una enorme cantidad de responsabilidad sobre sus hombros; realmente demasiada.

—¿Pensaron ustedes que ella podría desentrañar el misterio de Thistledown?

—Pensamos que quizá nos dijera si lo que estaba en las bibliotecas se convertiría en una realidad para nuestro mundo. Tal como se han desarrollado las cosas...

—Se ha convertido y no se ha convertido —terminó Olmy en su lugar.

Lanier se quedó mirándolo; luego movió de nuevo la cabeza afirmativamente y se volvió hacia atrás, hacia la última luz del crepúsculo.

—Patricia está actuando de un modo extraño, incluso teniendo en cuenta las circunstancias.

Olmy se apoyó en la barandilla de la terraza.

—Después de llegar a la Ciudad de Axis, ella y yo sostuvimos una larga e

interesante conversación. Se mostraba ansiosa por aprender cosas sobre la ciudad, sobre nosotros, y estaba deseosa por adaptarse. Especialmente deseaba aprender cosas sobre la apertura de las entradas. Esa es una de las razones por las que pronto vamos a asistir a la apertura de una entrada. ¿Les ha hablado de sus últimos planes?

—Creo que no —respondió Lanier. Heineman se inclinó hacia delante, buscando seriamente la mirada de Olmy.

—Antes de que la secuestrásemos —continuó éste—, iba a la biblioteca con la intención de hacer un trabajo definitivo. Tenía una hipótesis con la que afirmaba poder ir por la Vía y encontrar un lugar entre las entradas, en lo que nosotros llamamos regiones de depósitos de geometría. Me fascinó el que ella supiera algo de esas regiones, que hubiera calculado la existencia de las mismas, porque entender los rudimentos de la teoría de la Vía no supone necesariamente entender todas las implicaciones que lleva consigo. Patricia creía que quizá sería capaz de construir un dispositivo de apertura de las entradas y de sondear los depósitos de geometría.

—¿Qué son los depósitos de geometría? —le preguntó Heineman con voz carraspeante. Se aclaró la garganta y miró fugazmente a Lanier.

—Las regiones de entrada están situadas a lo largo de la Vía con una frecuencia específica. Dan a lugares a toda luces definidos en universos ligeramente diferentes del de nuestro origen. Cada entrada, siguiendo la Vía, avanza en el tiempo aproximadamente medio año en cada universo. Patricia comprendió esto enseguida, por lo que me dijo. Pero tardó algún tiempo hasta que se dio cuenta de que los infinitos mundos alternativos deben estar agrupados por la existencia de tales regiones de entrada claramente marcadas. El agrupamiento se produce en las regiones de depósitos de geometría, y la distorsión causada por el agrupamiento conduce a que algunos universos sufran grandes desplazamientos, tanto en el superespacio como en el tiempo de la Vía.

—No le sigo —dijo Lanier suavemente.

—Ella creía que podía abrir una entrada que diese a un universo alternativo, una Tierra alternativa, donde la Muerte no hubiera tenido lugar, pero donde las cosas fueran muy poco diferentes de las de su propio mundo. Comprendió que los dispositivos de apertura de entradas se pueden sintonizar hasta cierto punto. Sostiene la teoría de que con uno de nuestros dispositivos ella puede abrir un camino preciso hacia una Tierra alternativa y hospitalaria.

—¿Y puede? —preguntó Lanier. Olmy no contestó durante un momento.

—Consultaremos con dos abridores de entradas. Uno está aquí, en Timbl, el otro es el primer abridor, ser Ry Oyu, padre de la senadora Prescient Oyu y que nos está esperando en uno punto tres ex nueve.

—¿Es ésa otra de las razones por la que nos han sacado de la Ciudad de Axis? Olmy sonrió al tiempo que asentía.

—Las razones que tenía para traerme a Patricia conmigo eran bastante sólidas. Pero la llegada de ustedes ha causado una infinidad de problemas. Hubiéramos sido capaces de mantener en secreto a un visitante, aunque ahora me parece bastante dudoso. Pero cinco visitantes resulta del todo imposible. El Presidente espera convertirlos a ustedes en un bien activo antes que en pasivo.

—Mil trescientos años y la gente no ha cambiado nada —murmuró Heineman con un matiz de amargura—. Aún siguen disputando.

—Es verdad, pero no del todo —puntualizó Olmy—. En la época de ustedes mucha gente estaba tan gravemente perjudicada por desórdenes de la personalidad o por estructuras de pensamiento defectuosas que con frecuencia actuaban en contra de sus propios intereses. Si tenían unas metas claramente definidas, no sabían razonar, ni siquiera intuir, los caminos más claros para conseguir esa meta. A menudo los adversarios tenían las mismas metas, los mismos objetivos, incluso unos muy similares sistemas de creencias, y sin embargo se odiaban unos a otros amargamente. Ahora ningún humano tiene la excusa de la ignorancia o del mal funcionamiento mental, ni siquiera de la falta de capacidad. La incompetencia es algo inexcusable, porque puede remediarse perfectamente. Uno de los servicios de ser Ram Kikura es el de orientar a la gente a seleccionar aptitudes y actitudes apropiadas para su trabajo. Pueden asimilar los accesorios necesarios, bien sea con un conjunto de memorias o incluso con un suplemento de personalidad.

—Entonces, ¿por qué están aún en desacuerdo? —preguntó Heineman.

Olmy movió la cabeza.

—Si eso se supiera, se comprendería la raíz última de todo conflicto en el reino de la Estrella, el Hado y el Pneuma. En todos los universos que nos son accesibles.

—Entonces no es cognoscible —dijo Lanier.

—Por el contrario. Todo resulta demasiado claro. Puede haber más de una meta última deseable y muchos caminos igualmente válidos para conseguir alcanzar esos objetivos. Desgraciadamente los recursos son limitados, y no todo el mundo está en condiciones de seguir los caminos que desea. Eso es cierto incluso para nosotros. Nuestros ciudadanos son en su mayor parte bien intencionados, capaces y variados. Ya digo que en su mayor parte, porque el sistema de la Ciudad de Axis no es, en modo alguno, perfecto...

—Lo que está usted diciendo es que los dioses mismos harían la guerra...

Olmy asintió.

—Es interesante observar cómo los toscos mitos de nuestra juventud vuelven como eternas verdades, ¿no?

Lanier golpeó ligeramente la puerta de Patricia y la llamó por su nombre.

Unos minutos y unas cuantas llamadas después, Patricia abrió la puerta y le indicó que entrara. Tenía el pelo en desorden, cayéndole en mechcas caracoleadas. Y llevaba puesta la misma ropa que en la playa.

—Sólo quería saber cómo estás —dijo Lanier quedándose de pie, incómodo, en la sala, sin saber si cruzar los brazos o dejarlos caídos a los lados.

—Estoy pensando —explicó Patricia al tiempo que se volvía para mirarlo. Tenía los ojos lastimeros—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—¿Desde que volvíste de la playa?

—Sí. ¿Cuánto hace?

—Doce horas. Ya está oscuro ahí fuera.

—Lo sé. Encendí las luces antes de abrirte la puerta. Este lugar es como una habitación de un hotel. Es lo que se supone que es, creo. Auténtico. De vuelta a lo básico. Eso es lo que dijo el Presidente.

—No me parece que te encuentres bien —dijo Lanier—. Algo va mal.

—No puedo parar de pensar. He estado en el estado apropiado —así es como lo llamo, el pensamiento profundo—, y llevo aquí doce horas. Ahora mismo sigo en el estado mental. Apenas puedo hablarte, ya ves.

—¿En qué estás pensando?

—En ir a casa. Todo se resume a eso.

—Olmy me dijo...

—Garry, estoy perdiendo el contacto. Voy a terminar como ese pícaro, toda distorsionada e irreal. No puedo parar de pensar. El abogado del Presidente dijo... Garry, necesito ayuda. Necesito algo que me distraiga.

—Sí, pero ¿qué? —preguntó Lanier. Patricia alargó un brazo y extendió la mano, moviendo los dedos. El le cogió la mano.

—Yo soy humana, ¿no? Soy real. No soy sólo un juguete o un programa.

—Tú eres real —afirmó Lanier—. Te estoy tocando.

—No puedo estar segura de eso ahora. No creerías lo que tengo en la cabeza. Estoy viendo... Quiero decir que no es nada artificial, no es un accesorio o algo así. Todo proviene de dentro de mí, todos los cálculos, las teorías. Estoy viendo universos agrupados como las hojas de la Biblia, y me sé los números de las páginas. Olmy no me creyó, no me creyó del todo. Pero aún creo que tengo razón. Ellos poseen esos dispositivos de apertura de entradas, algunos grandes, otros pequeños. Si yo pudiera conseguir uno de esos dispositivos podría llevarlos a todos a casa ahora mismo. De regreso adonde todo está bien aún. Yo sé el número de la página.

—Patricia...

—¡Déjame hablar! —saltó ella violentamente—. De regreso a donde no hay guerras nucleares. A donde mi padre lee *Tiempos de Los Ángeles*. A donde Paul me espera. Así que estoy pensando. Pero no sólo en estas cosas. El Presidente dijo que podía enviar la Ciudad de Axis por el pasillo, por la Vía, a una velocidad

relativista. Relativista. Borrar a los enemigos. Funcionaria. Pero...

—Cálmate, Patricia.

—No puedo, Garry. Necesito tener algún contacto. Necesito a Paul, pero él está muerto aún, hasta que yo lo encuentre. —Le apretó la mano con más fuerza —. Tú me ayudarás. Por favor.

—¿Cómo?

Patricia entornó los ojos, como si estuviera haciendo frente a una ráfaga de viento, y se esforzó por esbozar una sonrisa incierta.

—La Vía se extenderá como una cometa. Si hubiera un gran objeto relativístico que viajase sobre la singularidad. Se inflaría. Eso cerraría las entradas, las derretiría, para ser más exactos, dejándolas cerradas.

—¿Cómo puedo ayudarte? Voy a buscar a Carrolson...

—No, por favor. Sólo tú. He estado tomando notas. —Patricia levantó la pizarra electrónica de bolsillo. La pantalla estaba cubierta con figuras que a Lanier no le decían absolutamente nada—. Tengo la prueba. Déjame llegar al punto de los depósitos de geometría... y os podré sacar de aquí. Pero no puedo detener esto.

—Patricia, has dicho que yo puedo ayudarte.

—Haz el amor conmigo —le pidió ella de repente. Lanier se quedó mirándola, atónito.

—En estos momentos no soy más que pensamiento. Dame un cuerpo.

—No seas ridícula —dijo Lanier enfadado, doblemente enfadado porque sentía en su interior una cierta reacción de cariño.

Patricia se acobardó.

—Paul está muerto. Eso no sería engañarle. Cuando yo consiga abrir la entrada él estará vivo de nuevo, pero ahora mismo no está en ninguna parte. Ya sé que has estado con Farley... Y Hoffman...

Patricia había estado a punto de decir lo que no debía, había estado a punto de mencionar el asunto de la responsabilidad de Lanier sobre ella, y ambos lo sabían.

—Estoy celosa y no lo estoy —continuó diciendo—. Me gusta Karen. Os quiero a todos vosotros. Me he sentido apartada de vosotros, diferente, pero he deseado estar... con todos. He deseado que me quisierais.

—No pienso aprovecharme ahora que eres vulnerable —dijo Lanier.

—¿Aprovecharte? Te necesito. Seré yo la que me aproveche de ti. Estoy abusando, y a lo sé, pero... sencillamente, yo sé bien qué es lo que me ayudaría. No soy una niña. Ahora mismo tengo en la cabeza pensamientos que ni siquiera esta gente ha podido descubrir todavía. Olmy lo sabe. Pero si sigo pensando, creo que voy a perderlo todo. Se me va a escapar.

Hizo sonar los dedos de la mano que tenía libre.

—Probablemente no soy muy buena en la cama —dijo finalmente.

—Patricia —comenzó Lanier intentando desprenderse de su mano, aunque no lo deseaba.

—Jugaré sucio si tengo que hacerlo. El cuerpo es un tigre, el cerebro es un dragón. Hay que alimentar al uno para mantener al otro.

—Vas a llevarme al límite a mí también —dijo él con voz calmada.

Patricia bajó la mano hacia la erección que Lanier experimentaba.

—No soy solamente un pequeño genio incómodo.

—No —dijo él.

Patricia echó la cabeza hacia atrás al tiempo que le tocaba y sonrió extasiada, con los ojos cerrados. Ya no quedaba la menor resistencia por parte de él. Ella le soltó la mano y empezó a desabrocharse la blusa.

Una vez que estuvieron desnudos se abrazaron estrechamente. Lanier se arrojó para besarle los pechos. Se le humedecieron los ojos al sentir el contacto de aquellos pezones entre los labios. Ella tenía los pechos de un tamaño mediano, ligeramente caídos, uno perceptiblemente más grande que el otro, y la piel entre ellos estaba llena de pecas de un color marrón más oscuro. El tamaño y la forma no importaban. Lanier sintió de repente un claro torrente de pasión que se llevó por delante todas las emociones conflictivas. Patricia lo condujo al dormitorio y se echó a su lado mientras se besaban, mientras se apretaban el uno contra el otro superficialmente. Lanier la sujetó por las caderas, las colocó convenientemente y se introdujo en ella hasta el fondo, con los músculos del vientre y las nalgas apretados, compulsivos. Luego se dieron la vuelta, de forma que ella quedó encima y se deslizó contra él, con los ojos cerrados aunque relajada, como si estuviera formulando un agradable deseo. Se levantó un poco y Lanier observó cómo se movían unidos sin el habitual aislamiento que él solía tener, experimentando en lugar de ese aislamiento un sentimiento de realización y de totalidad que no tenía sentido. No había habido ni siquiera la menor insinuación de aquello entre ellos dos... simplemente el deber, el hecho de trabajar juntos. Lanier había tenido aquello con otras mujeres.

Y ahora estaba en la cama con la pequeña chicana-genio de Hoffman. Se había sentido consternado cuando la viera por primera vez, sólo ahora se daba cuenta; el respeto que sentía por el juicio de Hoffman le había ocultado esta reacción suya hacia la aparente fragilidad de Patricia. Ahora estaba dentro de esa fragilidad obteniendo placer de ella, todo en nombre del deber, y aquello tenía gracia.

Una parte de la consternación que había sentido era atracción.

Patricia se movió por voluntad propia hacia el esperado clímax. Con Paul, se había encontrado muy natural haciendo el amor. Podía sentir que el estado mental se iba suavizando, almacenándose, más bien que disipándose. Los pensamientos se le fueron haciendo diáfanos. Se enfocaron.

Patricia alcanzó el orgasmo y, tras un corto descanso, continuó moviéndose.

Lanier arqueó las caderas una vez, luego se replegó, empezó de nuevo, separándose más, y gruñó contra el hombro que ella tenía bajado, luego sobre la mejilla, y abrió la boca lanzando un grito sofocado, callado, ronco. Tras el esfuerzo y el orgasmo, él sintió una liberación capaz de relajarle la tensión acumulada durante años y de la que ni siquiera era consciente.

Se quedaron tumbados juntos, en silencio, durante unos minutos largos y húmedos, escuchando el sonido de las olas rompientes más allá de las puertas de cristal.

—Gracias —dijo Patricia.

—Jesús —exclamó él; luego sonrió—. ¿Estás mejor ahora?

Patricia asintió con la cabeza y escondió la nariz en su hombro.

—Eso era muy peligroso —le dijo—. Lo siento.

Lanier le cogió el rostro y lo volvió hacia sí; después la obligó a apoyar la cabeza entre el hombro y la mejilla.

—Somos dos pájaros raros —le confió—. ¿Lo sabías?

—Mm. —Patricia se quedó acurrucada en su hombro, con los ojos apretados —. No deberías dormir aquí esta noche. Estaré bien. Deberías dormir con Karen.

Lanier le examinó cuidadosamente el rostro.

—De acuerdo —dijo.

Patricia abrió los ojos —grandes y redondos— y se quedó mirándole. Ahora parecía no tanto una gata como una extraña inversión de los neomorfos que habían visto durante los últimos días. Aquellos neomorfos eran humanos en el fondo, aunque tuvieran extraños exteriores.

Pero había algo en el interior de Patricia Luisa Vásquez —algo que quizás había estado allí todo el tiempo— que no era precisamente humano.

Sólo dioses o extraterrestres.

—Me estás mirando de una manera muy extraña —indicó a Lanier.

—Lo siento. Estaba pensando nada más en lo trastocadas que están todas las cosas.

—¿No te arrepientes? —le preguntó al tiempo que se estiraba y con los ojos tan entornados que quedaban reducidos a dos ranuras.

—No me arrepiento.

Al salir de la habitación, Lanier sintió que la piel se le erizaba. Se miró los brazos y se dio cuenta de que de todas las cosas que había visto en los últimos días, ninguna había sido capaz de ponerle la carne de gallina...

Hasta ahora.

Cuando aún no había apuntado el día en el lugar de esparcimiento, Olmy condujo a los cinco hasta un autobús que estaba esperándolos. Carrolson los llamaba autobuses-cachorro a causa de las grandes ruedas blancas que tenían. El aire se hallaba fresco y en calma, y las estrellas brillaban clara y firmemente en la polvorienta negrura azul.

Patricia estaba callada, sin mostrar ningún signo que evidenciara lo que había sucedido entre ella y Lanier la noche anterior. Tampoco Farley dio muestras de haberse enterado; cuando Lanier volvió a su habitación había encontrado a Farley dormida. Él había cogido el sueño con mucha más dificultad; desde la adolescencia no se había visto metido en una situación como aquella.

Ram Kikura vino corriendo a través de una franja de césped de color gris azulado y subió al autobús unos minutos después.

—Al Presidente le es imposible reunirse con nosotros —les explicó.

—¡Qué desilusión! —exclamó Carrolson, aunque no dio la impresión de ser demasiado sincera—. ¿Hay problemas?

—No lo sé. Ser Toller, el Presidente y el parcial del Ministro de la Presidencia van a reunirse ahora. Vayan ustedes delante; yo me quedaré aquí para poder seguir el desarrollo de la situación.

El Frant que conducía el autobús miró hacia atrás, en dirección a Olmy, quien le hizo un gesto afirmativo. Comenzaron a rodar despacio, atravesando el césped hasta llegar a una carretera pavimentada de fina grava, y luego salieron a una autopista cuya parte superior era blanca y que circunvalaba la zona de esparcimiento; a continuación se dirigieron hacia la línea del amanecer, que se divisaba en el horizonte, tierra adentro, y de un color rojo intenso. A Patricia le llegó un olor dulzón, algo que era completamente diferente del rico olor cortante del océano de Timbl; una suave brisa soplaba sobre los campos de cañas amarillas, bajas y gruesas que crecían más allá de los límites de la zona de esparcimiento. En los campos se veían granjeros Frant con delantales rojos y llenos de bolsillos que, con pequeños tractores automáticos, se encontraban ya trabajando.

—Están cosechando elementos de personalidad biológica —explicó Olmy—. Plantinales adaptados, réplicas de estructuras biológicas complejas, aunque

reducidos a memorias reasignadas. Una industria campestre, podríamos decir, y que resulta muy ventajosa.

—¿Para los humanos o para los Frant? —quiso saber Lanier.

—Los plantimales se pueden adaptar a la mayor parte de los orgánicos —continuó Olmy—. La instalación de códigos genéticos no es difícil para las formas de base carbónica.

Lanier había querido preguntar que si la industria era más ventajosa para los humanos o para los Frant, pero decidió no hacer de nuevo la pregunta. El autobús siguió por la carretera blanca, atravesó los campos y cruzó la llanura de la costa, densamente poblada. Durante docenas de kilómetros en ambas direcciones a lo largo de la costa, y al menos durante diez kilómetros tierra adentro, la llanura estaba cubierta de pueblos Frant.

Por lo menos diez de dichos pueblos ocupaban trechos de tierra de apenas diez kilómetros cuadrados. Cada pueblo estaba constituido por varios círculos concéntricos de casas rectangulares cuyos tejados eran bajos. En el centro había una estructura parecida a una *stupa*^[8], que alcanzaba con frecuencia los cincuenta metros de altura, provista de banderas colgantes de muchos colores. A medida que el sol fue haciéndose más brillante, las banderas colocadas mirando hacia el lado de tierra adentro, que estaban sobre las *stupas*, iban cambiando de color mientras ondeaban lentamente a la suave brisa como arcoiris abatidos.

—¿Cómo se encuentran de avanzados los Frant comparados con el pueblo de ustedes? —preguntó Carrolson.

—Son más elementales, pero en absoluto primitivos —respondió Olmy—. El alcance de tecnología y ciencia que ellos poseen —creo que es a eso a lo que usted se refiere— es extenso. No se dejen engañar por los estilos de sus filosofías o incluso por su gentileza. Los Frant están llenos de recursos. Nosotros confiamos mucho en ellos.

Más allá de los campos y los pueblos, la carretera formaba una espiral alrededor de una montaña no muy alta la cual estaba coronada con prismas de roca gris transparente que apuntaban al cielo. En la cima de la montaña, descansando sobre una meseta formada por los prismas, una cúpula baja, con bandas blancas y cobrizas, se alzaba hasta unos sesenta metros de altura, redondeándose en la base y convirtiéndose en un amplio pabellón. El autobús pasó bajo el borde sobresaliente del pabellón y luego se detuvo.

Olmy los condujo hasta las construcciones que se encontraban debajo de la cúpula hueca, bien conservadas, pero evidentemente antiquísimas, que estaban hechas de bronce, hierro negro y esmalte blanco. De pie, al lado de un montículo de unos cinco metros de anchura y con forma de herradura, había un hombre aparentemente de mediana edad, musculoso, desnudo desde la cintura para arriba, y de cuyo ancho cinturón colgaba un juego de herramientas. Tenía la piel de un color marrón oscuro, con un tenue brillo irisado. Tres Frant permanecían

de pie en distintos puntos alrededor de la maquinaria, hablando entre ellos en voz baja mientras, provistos de paños, trabajaban sacando brillo. Por encima de todos ellos se alzaba una gran jaula de barrotes negros de hierro entrecruzados, como si se tratase de un puente Victoriano fuera de lugar.

—Es un telescopio —dijo Heineman—. ¡Es precioso!

—Es, ciertamente, un telescopio —convino el hombre marrón sonriendo—. El último que construyeron los Frant antes de abrir nuestra entrada.

—Éste es ser Rennslaer Yates, abridor secundario de entradas —les explicó Olmy presentándose a todos—. Nos acompañará hasta uno punto tres ex nueve.

Yates desenganchó el equipo de herramientas.

—He esperado este encuentro durante mucho tiempo. Ser Olmy ha tenido la amabilidad de mantenerme informado sobre todos ustedes. Los Frant me miman al permitirme jugar con sus tesoros históricos. —Señaló con una mano el telescopio, la cúpula y el pabellón; luego se puso una camisa azul de tela y se la cerró apretando una costura de arriba abajo—. No hay mucha necesidad de abridores de entradas en estos tiempos. Los primarios pueden hacer perfectamente la mayor parte de este trabajo sin nosotros. —Se acercó a Patricia—. Olmy me ha hablado mucho de usted. Creo que ha conseguido impresionantes descubrimientos.

Patricia sonrió, pero guardó silencio. Sin embargo sus ojos se habían puesto brillantes y redondos: como un gato que guardara un secreto. Lanier, al darse cuenta de cuánto había mejorado ella desde la noche anterior, notó una oleada de... ¿orgullo u otra cosa?

—Me encantaría poder jugar con esto —dijo Heineman, pensativo.

—Quizás algún día lo maneje usted, o uno igual que éste. Me temo que los Frant no se esfuerzan demasiado por conservar su pasado. —Dio unas palmaditas al montaje del telescopio—. No volveré por aquí durante algún tiempo —dijo tristemente. Luego, dirigiéndose a Heineman y a Carrolson, les confió—: Les pediría que conservasen el trabajo, pero los destinarán de nuevo, los dejarán vagar y homogeneizarse, como hacen los Frant, y comenzará a estropearse todo otra vez. En su tiempo este instrumento y otros catorce similares a él trabajaban sin cesar desde el ocaso hasta el alba buscando las caídas de los cometas, ¿saben? —Agitó la mano invitándoles a que le siguieran hasta más allá del borde del pabellón a través de un estrecho campo llano.

Desde el borde del abrupto precipicio, miraron las llanuras y el mar que se veía a lo lejos.

—Los Frant estaban ya entrando en la era espacial cuando nosotros llegamos. Habían construido cientos de misiles equipados con cabezas nucleares... con tecnologías fantásticas, ingeniosas y muy mezcladas; chapucestamente ideadas, podríamos decir. Habían pasado unos nueve siglos desde los últimos grandes impactos y estaban esperando.

» Si este instrumento o cualquiera de los otros hubiera visto cometas, entonces las trayectorias habrían sido computadas por miles de mentes engarzadas de los Frant. Podrían haber tardado años, pues sólo disponían de ordenadores primitivos. Habrían cambiado los pueblos de lugar, los habrían colocado en zonas más seguras. ¡Todas las aldeas del planeta en movimiento! Se libraron de eso. Aun así, esto —levantó la mano hacia la cúpula— era un noble instrumento. —Movié la cabeza—. ¡Ser Olmy! Guíelos usted. Yo he terminado aquí. —Abrazó a cada uno de los Frant y les tocó las manos con el gesto de homogeneización, aunque para un humano era puramente una formalidad.

Estaban a punto de subir al camión cuando uno de los Frant que estaba de pie al sol, en el borde del extremo del pabellón, silbó y señaló hacia la costa.

Arrastrándose tierra adentro, tres pequeños puntos blancos se estaban acercando al telescopio. Olmy frunció el entrecejo al verlos.

—Por favor, señor Lanier, lleve usted a su gente de nuevo hasta el telescopio. Señor Yates, ¿podría quedarse junto a ellos?

Yates hizo un gesto de asentimiento y los siguió hasta el centro del pabellón.

—¿Qué sucede?

—No lo sé —respondió Olmy—. No había nada programado respecto a que tuviéramos que ser recibidos por la policía de la entrada.

Los tres puntos blancos fueron creciendo rápidamente hasta convertirse en naves con forma de flecha roma. Las naves trazaron un círculo alrededor del telescopio y se asentaron en la llanura que había al norte. La escotilla situada en el morro de una de las naves se abrió, y por ella descendieron ser Oligand Toller, cuatro representantes del distrito de la entrada y un Frant que llevaba un cinturón verde, lo que indicaba que estaba investido de autoridad diplomática. Toller echó a andar rápidamente hacia Olmy, mirándole a los ojos.

—Hay dificultades en la Ciudad de Axis —dijo—. Me han dado instrucciones para suspender la visita y para que todos ustedes vuelvan inmediatamente a la Ciudad de Axis.

—Por favor, explíquese —le pidió Olmy—. ¿Cuáles son esas dificultades?

—Los seguidores de Korzenowsky y los Naderitas ortodoxos han asumido la autoridad de forma ilegal y han cortado las comunicaciones entre los distritos. El Presidente ha aplazado la conferencia de los Jarts y se ha marchado de Timbl, y ahora está de regreso para ver de hacer frente a la situación. Tenemos que marcharnos ahora mismo.

—¿No sería mejor que nos quedáramos aquí? —preguntó Olmy—. Hasta que la situación se aclare.

—Está muy clara. Los secesionistas tratan de forzar la decisión. —Toller recurrió ahora a pictografiar con apretados rayos. El color del mensaje que emitía era de un agitado púrpura terminado en rojo—. Nuestros huéspedes son figuras clave en esta disputa. Usted ya lo sabe, ser Olmy.

Olmy no pictografió nada.

—Lo entiendo, ser Toller. Pero usted no comprende mi punto de vista. Si el Presidente se ha marchado, ser Yates es ahora el humano de más autoridad en el Timbl.

Toller sopesó la situación rápidamente.

—¿Se niega usted a que se marchen? Yo estoy actuando *bajo la autoridad* del Presidente.

—No me niego a que se vayan algunos de ellos —explicó Olmy—. Sólo dos se quedarán con nosotros. Puede usted llevarse a los otros.

Lanier iba a protestar, pero Olmy le lanzó una mirada que exigía silencio.

Toller dio un paso hacia atrás.

—Yo podría ordenar a las autoridades de la entrada que los arrestasen a todos ustedes.

—Sin fanfarronadas, por favor, ser abogado —le advirtió Yates—. Hasta un abridor de entradas inactivo es obedecido siempre por las autoridades de la entrada. ¿Quién es el otro individuo que desea usted que se quede con nosotros? —preguntó a Olmy.

—El señor Lanier.

—¿Está usted de parte de los secesionistas? —quiso saber Toller, ya claramente enfadado. Olmy no respondió.

—Nos quedaremos con Patricia Luisa Vásquez y Garry Lanier —dijo Yates—. Puede usted llevarse a los otros.

—Nos negamos a que nos separen —dijo Lanier adelantándose a pesar de que Heineman le puso una mano en el brazo.

—No tienen ustedes elección —le dijo Olmy—. Hemos pasado ya el punto de los eufemismos y de los juegos diplomáticos, señor Lanier. Le escojo a usted para que pueda ayudarnos con la señorita Vásquez. Los otros estarán a salvo.

—Nosotros garantizamos la integridad de todos ustedes —apuntó Toller—. Excepto de aquellos que vayan con usted, ser Olmy.

—Ser Rara Kikura es su abogado. Ella acompañará a estos tres a donde quiera que ustedes los lleven, y cuidará de ellos —dijo Olmy dando instrucciones.

Trabajadores mecánicos salieron de la nave y, unos rodando y otros flotando, rodearon a Farley, Carrolson y Heineman.

—Garry —dijo Farley, con voz tensa.

—No se les hará ningún daño —reiteró Olmy—. No se trata de esa clase de lucha.

—En este momento están evacuando Thistledown —dijo Toller, esperando con ello hacer surgir una mayor desconfianza—. El repcorp Rosen Gardner está a cargo de una campaña para evacuar el asteroide.

Olmy asintió como si aquello fuera obvio.

—¿Qué va usted a hacer con Vásquez y Lanier? —le preguntó Toller.

—Por favor, llévase a los otros ahora —dijo Olmy—. Quedan bajo su responsabilidad.

—Esto es intolerable. Cuando la voz se corra por la Vía, se cerrarán las puertas y se evacuarán los carriles...

—De todas formas, eso es lo que los Geshels habían planeado, ¿no es así? Apresurarse a limpiar de Jarts toda la Vía. Ésa es la decisión que la conferencia estaba a punto de tomar, por sugerencia del presidente. ¿O estoy equivocado?

Toller miró, lleno de nerviosismo, al segundo abridor de entradas.

—¿Está usted cooperando con este... secesionista?

Yates se limitó a sonreír, sacó el aparato de fuerza de torsión del equipo de herramientas y pictografió un símbolo de la Tierra envuelto en un cordón circular de DNA.

El abogado, sacudiendo la cabeza, hizo una seña a los trabajadores, los cuales condujeron a Farley, Carrolson y Heineman hacia la nave que les estaba esperando. Carrolson se había puesto lívida de rabia.

—¿Es que vamos a seguirles la corriente con todo esto? —gritó.

—No creo que tengamos elección —contestó Heineman con la cara larga y solemne—. Nos quedamos sin la fiesta de cumpleaños de Patricia. Ten cuidado por donde pisas, Garry.

Farley miró a Lanier por encima del hombro mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—¿Garry? —llamó.

—Son ustedes unos hijos de perra —dijo Lanier a Olmy y a Toller—. Patricia tenía razón. Nosotros aquí no somos más que rehenes.

—No se subestimen ustedes mismos —le indicó Toller. Luego regresó a la nave con los representantes de la entrada del distrito tras él. El Frant diplomático se quedó más atrás. La nave despegó de nuevo, dirigiéndose hacia la zona de recepción de la entrada.

—Les pido disculpas por haberles dado este disgusto —dijo Olmy—. Vamos. Tenemos que ir a uno punto tres ex nueve inmediatamente. Las cosas están sucediendo con mucha más rapidez de la que esperábamos.

Wu Gi Me y Chang i Hsing iban sacando de la tienda cajas con equipo y documentos con la ayuda de los soldados de Berenson, que lo cargaban todo en la parte de atrás de un camión. Una brisa fresca descendía del casquete sur y hacía ondear la lona de la tienda. Excepto por las fuertes respiraciones, las pisadas y las esporádicas exclamaciones guturales de Berenson, la evacuación se realizaba en silencio.

Seis cruces de metal con barra doble estaban revoloteando a tres metros por

encima de la carretera; los puntos rojos que tenían parecían observar todos los movimientos que hacían los soldados y los científicos. Mucho más arriba, en el centro del tubo de plasma, algo alargado y negro estaba alineado sobre la singularidad, a no más de cincuenta kilómetros de la abertura de la perforación. Al examinarlo con los prismáticos, Wu calculó que aquel objeto tendría ciento cincuenta metros de longitud. Había llegado hacía menos de diez minutos, haciendo que Berenson se apresurase a ordenar la evacuación.

Cuando el camión estuvo lleno y la tienda vacía, los soldados treparon a la parte trasera del mismo, y los chinos se sentaron en los dos asientos que quedaban delante. Berenson se agarró a un asidero que había en el techo y subió por la escalera lateral. El camión arrancó con una sacudida y dio la vuelta para subir por la rampa.

Una vez que la cámara estuvo vacía, las cruces se agruparon en una formación cúbica y luego emprendieron el vuelo recorriendo el suelo de la cámara.

Desde la ventajosa posición de la nave de la hendidura, veinticinco kilómetros más arriba, un fantasma asignado del repcorp Rosen Gardner observaba toda la maniobra, enviando la información por medio de un rayo directo, Vía abajo, hasta la Ciudad de Axis.

En la propia Ciudad de Axis, las comunicaciones entre los tres cilindros rotantes y Ciudad Central se habían interrumpido. Axis Nader estaba completamente bloqueada y aislada por cualquier sistema de transporte. E importantes zonas de la Ciudad del Recuerdo —generalmente activa durante todas las horas del día se encontraban ahora aisladas y en calma. La marea había cambiado; los Geshels radicales habían cometido un error en su apresuramiento por sacar ventaja de la noticia de Olmy y de los cinco huéspedes.

El repcorp Rosen Gardner en persona se había trasladado a las Cámaras del Nexo unas cuantas horas antes, arriesgando la insegura situación de Ciudad Central para meterse en el centro de la actividad de la Ciudad de Axis. Había creado cuatro personalidades parciales con el fin de dirigir los detalles de la revuelta.

Ninguno de los miembros de su bando ni de los que le apoyaban llamaba a aquello una revuelta; para ellos no era más que una maniobra necesaria para proteger sus derechos contra la acción de los Geshels radicales. Pero lo llamaran como lo llamaran, era horriblemente complicado.

Los mensajes que se recibían desde Thistledown eran incompletos, pero en aquel momento eso era la menor de las preocupaciones de Gardner.

Sus personalidades parciales se encontraban en los tres cilindros de Axis así como en las oficinas del Comité de Comercio de la Vía, en nueve ex seis. Los militantes de su bando habían ocupado todos los lugares estratégicos de transporte dentro de la Ciudad de Axis y en sus proximidades, a lo largo de la Vía. A través

de la Ciudad del Recuerdo y en lo profundo de la infraestructura de la Ciudad de Axis, los Naderitas ortodoxos y los seguidores de Korzenowsky —la gente de Gardner— estaban consolidando las ventajas que habían obtenido en las últimas horas. Las personalidades simpatizantes en la Ciudad del Recuerdo, incluyendo a su padre, supervisaban las redes de comunicación prohibidas.

Todo se estaba desarrollando según lo planeado. El repcorp Gardner era más desgraciado de lo que había sido nunca en sus dos siglos de vida. Le importaban muy poco las acusaciones del Ministro de la Presidencia o del Presidente. Se les había opuesto ya con bastante frecuencia en el pasado y había sentido el aguijón del poder de aquellas personas para saborear ahora el hecho de verlos retorcerse.

Lo que le hacía sentirse desgraciado era el saber que la acción violaba todo aquello que él había sostenido en el Nexo, todo lo que él había defendido en el Nexo y todo a lo que él se había adherido antes de su elección como repcorp para los barrios de los Nuevos Naderitas ortodoxos de Axis Nader. Se sentía particularmente vulnerable, como si alguno de sus propios parciales pudiera castigarle por haber roto con el honor y la confianza.

Sus partidarios estaban ya haciendo los preparativos para trasladar la ciudad hacia el sur por la hendidura, hacia Thistledown. Tendrían que quitar las barreras al pasar; y eso les llevaría tiempo.

En el centro de las cámaras vacías del Nexo, y rodeado por los círculos de anillos de información, Gardner esperaba el regreso del Presidente y de los senadores y repcorps que se hallaban ahora reunidos para tratar el tema de los Jarts. Cuando intentasen entrar de nuevo en la Ciudad de Axis y se les negase la entrada, lo que Gardner llamaba la acción no tendría mayor importancia.

Y entonces sería cuando la revuelta daría comienzo realmente.

Un parcial del Presidente apareció a su lado y esperó a que Gardner le prestara atención. Gardner se lo tomó con calma. Finalmente, satisfecho de que todo fuera bien —y de que la división en partes de la Ciudad del Recuerdo hubiera tenido un especial éxito—, Gardner le permitió al parcial que pictografiara.

—¿Cuenta usted con el apoyo necesario? —le preguntó el parcial—. Mi original está ya en camino. El director Hulane Ram Seija ha iniciado ya los procedimientos legales. Es innecesario observar que no ha seguido usted los procedimientos usuales para el Nexo.

—No. Son emergencias y oportunidades. —La última frase pictografió una amplia gama de símbolos cargados emocionalmente: el complejo signo Naderita que indicaba hogar, y que consistía en la Tierra rodeada por un círculo de DNA; aquel símbolo apareció tragado por el fuego, y fue luego reemplazado por una calavera animal chamuscada; y también se vieron los imprescindibles símbolos clarificadores del significado. Después, de una forma más directa, Gardner dijo —: Ser Ram Seija puede juzgar su propio caso después de la secesión. *In*

absentia. Además, ahora estamos trabajando para que le procesen por violación del procedimiento del Nexo.

—No había oído nada de eso —dijo el parcial del Presidente, incrédulo.

—Usted ha estado ocupado, ser Presidente. —Gardner se arrepintió del tono en el que le había respondido; el Presidente había estado trabajando mucho en el problema de los Jarts, y él no tenía intención de dar a entender que el Presidente hubiese faltado a sus deberes; le bastaba con que su propia gente se hubiera aprovechado de la ausencia del Presidente—. Fue una infracción leve, pero yo estoy en mi derecho. Hasta que no haya una sesión de los tribunales, todas las obligaciones de ser Ram Seija quedan en suspenso. Le reemplazará en el mando la senadora Prescient Oyu; ha dejado aquí a un parcial para continuar con sus obligaciones.

El parcial de van Hamphuis pictografió entonces que él había protestado por la insurrección, y que había tratado de reunir los votos necesarios para vencer al repcorp Gardner. Gardner estaba ya al corriente de eso; por medio de una maniobra legal y por consejo del parcial de la senadora Prescient Oyu, había declarado nula la votación por falta de un quorum de senadores y repcorps en persona, y por haber sido convocada por un parcial en lugar de una persona real.

La lucha estaba lejos de acabar. El encarnado Tees van Hamphuis estaría en las proximidades de la Ciudad de Axis dentro de unas horas.

En el límite del tubo de plasma, en las primeras cuatro cámaras, varias naves en forma de flecha patrullaban arriba y abajo. Otras naves de mayor tamaño estaban sobrevolando los valles a su antojo, y por todas partes se veían las cruces de dos barras.

En el recinto cero de la cuarta cámara, Hoffman se daba cuenta de que cualquier intento de defenderse sería inútil. La tecnología y la fuerza con las que se enfrentaban eran insuperables.

—¿No hay la menor duda de que proceden del pasillo? —le preguntó a Berenson en el centro del recinto mientras esperaban al lado de un camión preparado para evacuarlos.

—No hay duda —dijo Berenson evidenciando en el tono el nerviosismo.

—Entonces debemos esperar lo mejor.

—¿Y qué será lo mejor? —quiso saber Polk. Tenía el cabello terriblemente alborotado; y aquello, para la impecable Janice Polk, era un signo definitivo de que tenía los nervios destrozados.

—Que sean humanos. Que sean nuestros descendientes.

Prefiriendo no arriesgarse a una completa matanza, Hoffman dio instrucciones a Gerhardt para que les dijese a sus soldados que no disparasen a menos que fuesen atacados directamente. Como era natural, no podía darles instrucciones a los rusos; tendrían que darse cuenta de la situación por sí solos.

Wallace y Polk estaban ayudando con los sistemas de comunicación. Hablaron con varios rusos por radio, pero éstos se negaron a proporcionarles cualquier información sobre la situación en que se encontraban, aunque, para hablar con justicia, ninguna de las dos mujeres consiguió ponerse en contacto con algún oficial. Rimskaya se adelantó y se ofreció para llevarles un mensaje a los dirigentes rusos, a pie si era necesario. Aquello fue muy amable por su parte, pero Hoffman lo rechazó. Cuando los rusos recibieran el mensaje, la situación probablemente y a habría cambiado.

Tres cruces en formación triangular volaron sobre el recinto. Una de ellas se salió de la formación y se dirigió al casquete sur para luego volver directamente al centro y ponerse sobre Hoffman. Brillantes luces intermitentes aparecieron entre Berenson y Hoffman. Esta dio un respingo y fue a chocar con Rimskaya;

Berenson se quedó en el mismo sitio que estaba, con los ojos abiertos de par en par y los agujeros de la nariz muy dilatados.

Entonces la cruz empezó a hablar con voz de mujer:

—No están ustedes en peligro. Bajo ninguna circunstancia se les hará daño. Tampoco se permitirá que se hagan daño unos a otros. Todas las cámaras ocupadas se encuentran bajo la jurisdicción de la Ciudad de Axis.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Saludamos humildemente? —preguntó Beryl Wallace.

Gerhardt se acercó a ellos lentamente, sin quitar ojo de la cruz que revoloteaba.

—Jesús, esto es para asustar a cualquiera —le dijo a Hoffman en un susurro—. Mi gente no sabe si mearse encima de miedo o inclinarse en señal de sumisión.

—Siento no estar en situación de tranquilizarlos —respondió Hoffman.

—¿Qué demonios es eso de la Ciudad de Axis? —quiso saber Berenson.

—Puedo aventurar una suposición —dijo Hoffman—. Debe de ser donde viven todos los del pasillo, en el eje.

Rimskaya asintió con demasiada vehemencia.

—Entonces, háblales —sugirió.

Hoffman levantó la vista y miró de soslayo a la cruz.

—No pretendemos hacer ningún daño. Por favor, ¿quiere identificarse?

—¿Es usted el jefe de este grupo?

—Sí —dijo Hoffman. No quiso dar ninguna otra información, decidiendo que lo mejor sería abordar el interrogatorio desde una actitud pasiva.

Dos de las naves más grandes en forma de flecha se acercaron volando lentamente y tomaron posiciones en los extremos norte y sur del recinto; se quedaron allí revoloteando en el aire, a unos veinticinco metros por encima de la superficie del suelo.

—¿Garantiza usted la seguridad de un negociador? —preguntó la voz de la cruz.

Hoffman lanzó una breve mirada a Gerhardt.

—Asegurémonos —le dijo. Luego, en voz más alta y en dirección a la cruz, continuó—. Sí. Denos un poco de tiempo. —Gerhardt utilizó la radio para ponerse en contacto con todas las unidades de las otras cámaras.

—¿Están ustedes preparados ya? —inquirió la voz.

—Sí —respondió Hoffman al ver el gesto de asentimiento de Gerhardt.

La nave que se mantenía en el punto sur bajó graciosamente hasta el suelo y se quedó a diez u once metros del centro del complejo; bajó un único pilón al tocar tierra. Se abrió una escotilla en el frente de la nave.

Un hombre vestido con un traje negro salió por la escotilla y examinó rápidamente el recinto; luego se quedó mirando a Hoffman. Tenía el pelo de

color avellana; lo llevaba cortado en tres franjas, y entre ellas aparecía una especie de pelusa; no tenía agujeros en la nariz y las orejas eran grandes y redondas.

—Me llamo Santiago —dijo mientras se acercaba. Tendió la mano a Gerhardt, que era el que se encontraba más cerca; Gerhardt se la estrechó y luego retrocedió. El hombre se acercó a Hoffman y le ofreció también la mano. Hoffman la apretó ligeramente; el hombre no lo hizo con más fuerza que ella—. Les pido perdón por la angustia que les he producido, pero era necesario. Tengo instrucciones de comunicarles que toda su gente son huéspedes de honor de la Ciudad de Axis. De todas formas me temo que no podrán quedarse en Thistledown durante mucho tiempo.

—No tenemos ningún otro sitio a donde ir —dijo Hoffman sintiéndose abrumada al hablar, mucho más desamparada incluso de lo que se había sentido cuando abandonaba la Tierra en el transbordador.

—Están ustedes bajo mi custodia —dijo Santiago—. Tenemos que reunir a todo el mundo; a sus investigadores, a sus soldados, a la gente que tienen en la perforación, a los rusos. Y hay que hacerlo pronto.

Mirsky desembarcó de la nave y parpadeó bajo la brillante luz del tubo. En el interior de la nave se había sentido tranquilo, pues estaba oscuro, en fuerte contraste con el brillante resplandor que había en la séptima cámara. Por primera vez miró fijamente hacia la longitud del pasillo y sintió como una verdad innegable lo que hasta entonces sólo había oído por referencias. Había tenido muy poco tiempo; la biblioteca le había absorbido todo el esfuerzo que no dedicara a actuar como jefe...

Otros cinco rusos desembarcaron detrás de él. Todos eran desertores que habían escapado a los bosques próximos a la línea ciento ochenta de la cuarta cámara. Ellos también parpadearon y se cubrieron los ojos. Y también se quedaron mirando el pasillo llenos de un pavoroso respeto, pues las implicaciones que conllevaba aquella enorme distancia se les hacían cada vez más claras.

A un kilómetro hacia el oeste, cientos de personas se estaban concentrando cerca del túnel cero. Por lo que pudo ver Mirsky, aquellas personas eran en su mayoría personal de la NATO que también estaban siendo evacuados. Iban a dejar vacía la Patata, y la razón por la que lo hacían importaba poco en aquellos momentos.

El ruso que Mirsky había conocido en el bosque le tocó en el brazo y señaló hacia el este. Cientos de soldados rusos se hallaban agazapados en un cuadrado, flanqueados por todos lados por al menos una docena de cruces y por tres personas que no reconocía, que iban vestidas de forma muy parecida a la mujer que lo había hecho cautivo.

Otras naves con forma de flecha descendieron y aterrizaron cerca del casquete sur de la cámara, vomitando más gente. Mirsky se preguntó vagamente si los matarían a todos. ¿Le importaba todavía? ¿A pesar de haber muerto ya una vez? Decidió que sí le importaba.

Aún deseaba las estrellas. Ahora la posibilidad de alcanzar aquel deseo era muy remota, aunque el deseo en sí le informaba de que él seguía siendo esencialmente Pavel Mirsky. Tenía aún una conexión con el niño de cinco años que clavaba la vista en las estrellas que brillaban sobre el invierno de Kiev. En realidad aquel recuerdo era puro, no uno reconstruido, sino original; Vielgorsky y los otros oficiales políticos estarían entre la multitud de cautivos. ¿Qué le podían hacer ahora? Nada.

Sólo un ruso, pensó Mirsky, odia respirar libremente en una situación como aquélla.

La senadora Prescient Oyu se reunió con ellos en la zona de esparcimiento e informó a Yates y a Olmy de que los Frant estaban planeando cerrar la entrada, procedimiento normal en cualquier emergencia temporal que estuviese relacionada con la Vía.

Olmy actuó con rapidez. Antes de que la entrada pudiera cerrarse, Yates pidió que una pequeña nave de la hendidura de defensa estuviera preparada para transportar al abridor secundario de entradas y a sus huéspedes. Le denegaron la petición, pero Yates tuvo ocasión de probar su propia autoridad en la entrada, en el lado de los Frant, apropiándose de una de las dos naves de Axis que quedaban todavía en el campo de recepción. Las fuerzas humanas de defensa que había allí —principalmente homorfos Naderitas— decidieron atenerse a la ley al pie de la letra y no a las instrucciones que Toller les había dado al partir, y le concedieron al abridor secundario de entradas lo que solicitaba, así como dos guardias y un trabajador mecánico de defensa.

Después de atravesar la entrada con la nave y de ascender hasta el eje, encontraron tres naves de la hendidura que habían sido desenganchadas de la singularidad para permitir el paso a la nave de Toller. Una de ellas estaba desocupada; la habían aparcado allí minutos antes y sus tripulantes Naderitas la habían abandonado en un área de inspección próxima al eje, dejándola atada a la hendidura por medio de campos de tracción. De nuevo, siguiendo la ley al pie de la letra, la tripulación había retirado su pequeña nave para inspección, después de cien mil horas de servicio activo.

La autoridad de Yates pasó fácilmente por encima de las ambiguas instrucciones de la nave.

Subieron a bordo y sujetaron de nuevo la nave sobre la singularidad. El paso de la hendidura por el centro de la nave se extendió simplemente a las mamparas

exteriores, dándole forma de nuevo al perfil frontal de la nave, que cambió de una O a una U y se cerró luego alrededor de la hendidura. Aceleraron hacia uno punto tres ex nueve.

—Tiene usted mucho apoyo, ¿no? —le preguntó Lanier a Olmy mientras miraban cómo la Vía se convertía en un borrón de color negro y oro.

—Más de lo que yo mismo me habría aventurado a apostar —le respondió Olmy.

—Los Geshels radicales han estado caminando sobre el filo durante décadas —explicó la senadora Oyu—. No han sido malos jefes, pero no se han preparado adecuadamente para llevar a cabo sus planes. Y han impuesto una especie de venganza sobre los Naderitas ortodoxos por medio de una benigna inobservancia. Ahora pueden ustedes ver algunos de los resultados.

—¿Son todos ustedes Naderitas ortodoxos? —quiso saber Patricia.

—No —respondió Olmy—. Hace mucho tiempo que yo renuncié a esa herencia, y tanto ser Yates como ser Oyu fueron educados como Geshels.

—Entonces, ¿por qué están ustedes haciendo esto?

—Porque hay una manera de que ambos partidos lleven a cabo los propios objetivos, siempre que intervenga gente razonable —dijo la senadora Oyu.

La pequeña nave de la hendidura estaba diseñada para alcanzar velocidad y aceleración con rapidez. Llevaban por término medio una velocidad de cuatro mil novecientos kilómetros por segundo, y llegaron a la primera estación de defensa, a cinco ex ocho, al cabo de veintiocho horas.

Las estaciones estaban situadas en tres puntos a lo largo de la Vía, desde cinco ex ocho hasta uno punto tres ex nueve. Cada una de ellas consistía en una sólida capa negra de cincuenta metros de grosor y ceñida al suelo del pasillo a lo largo de cien kilómetros, cuya superficie estaba sembrada de hoyos que eran emplazamientos de armas y generadores de campos.

En las tres estaciones el personal encargado les preguntó qué misión estaban realizando y el grado de autoridad que ostentaban. Yates se identificó y, puesto que el personal de la estación no tenía órdenes de impedir que las naves se movieran por la Vía, les permitieron el paso. A cien mil kilómetros más allá de cada estación, unos vehículos mecánicos que estaban destinados a la defensa de la hendidura les limpiaban la Vía de obstáculos y luego volvían a sus puestos sobre la singularidad, vigilando para que no pasaran las naves de los Jarts o algún arma superpuesta en la hendidura.

Al cabo de cincuenta horas, Olmy desaceleró la pequeña nave y se fue acercando a la barrera de la atmósfera, a uno punto tres ex nueve, pasando a través del agujero axial muy despacio, poco más que arrastrándose, a unas docenas de metros por segundo. Lo que había al otro lado de la barrera resultó inesperado y fascinante.

En toda lo que la vista alcanzaba a ver, la Vía parecía la cuarta cámara de

Thistledown. Si acaso era aún más verde y exuberante. Las nubes flotaban moviéndose a su antojo más allá del tubo de plasma, sobre un paisaje de montañas cubiertas de bosques que formaban parte de la paleta de tonos verdes y dorados de la hierba. Los ríos se recortaban como senderos brillantes a través de las colinas reflejando la luz del tubo en todos los puntos, lo que les proporcionaba un aspecto de plata resplandeciente.

Patricia flotaba en la parte delantera de la nave con los brazos cruzados. Prescient Oyu les explicaba que aquel segmento de la Vía estaba siendo adaptado para que con el tiempo se pudiesen asentar allí humanos. El proyecto lo habían comenzado aquellos que deseaban aliviar las tensiones surgidas a causa de la superpoblación de la Ciudad de Axis. Incluso la enorme capacidad de la Ciudad del Recuerdo se estaba agotando y pronto necesitaría extensiones.

La Vía tenía otros segmentos más pequeños adaptados para la vida humana, pero en conjunto se había reservado para el comercio. El segmento en uno punto tres ex nueve tenía que haberse dedicado a los homorfos y a sus especiales necesidades; en resumen, se había proyectado, sobre todo, para Naderitas ortodoxos.

Un año antes, el asentamiento en aquel segmento se había retrasado a causa de una incursión de los Jarts más allá de dos ex nueve. Ahora el aplazamiento era indefinido; la fuerza de los Jarts y sus aliados había aumentado, y parecía probable que irrumpieran a través de uno punto tres ex nueve. Sin embargo los humanos no se habían echado atrás. No se instalaron en el segmento, pero llevaron a cabo allí algunas otras actividades, incluyendo la apertura de una entrada a uno punto trescientos uno ex nueve.

Las zonas verdes del segmento se extendían solamente unos miles de kilómetros. La nave de la hendidura pasó sobre un edificio terminal que atendía la entrada a través de la cual habían traído a la Vía la tierra del suelo y la atmósfera del segmento; de nuevo estaban acelerando; pasaron sobre un extenso territorio arenoso y árido, muy parecido a la región que había justo más allá de la séptima cámara, y luego atravesaron otra barrera de atmósfera.

No había comercio en el segmento siguiente. No se habían abierto más entradas; excepto por otros tres puestos de defensa, la Vía era un oscuro tubo de bronce sin rasgos distintivos que se extendía a lo largo de un millón de kilómetros. Patricia contempló la geometría de aquella sección ininterrumpida del pasillo. Los depósitos de geometría tendrían una configuración diferente, sin entradas que los agruparan, pero existirían... en realidad aquel segmento podía ser ideal para que ella llevara a cabo sus investigaciones...

—¿Le gustaría comprobar aquí sus ideas? —le preguntó tranquilamente Olmy. Patricia se volvió, sobresaltada y asintió con la cabeza.

—Ser Yates y yo hemos estado comentando teorías —continuó Olmy—. Creemos que debería presentárselas a ser Ry Oyu...

Patricia entornó los ojos, recelosa.

—¿Tiene esto algo que ver con Korzenowsky? —le preguntó, decidiendo que aquél era un buen momento para sondear los secretos de Olmy.

Olmy se llevó un dedo a los labios en un gesto de conspiración.

—Si desea comprobar sus ideas... quizá. Pero no hablemos más hasta que tengamos nuestra audiencia.

Al llegar a uno punto trescientos uno ex nueve pasaron a través de otra barrera. Más allá, un segmento de apenas sesenta kilómetros de longitud se extendía con un verde aterciopelado bajo una gruesa y brumosa capa de atmósfera. Los cuatro pequeños edificios de la terminal —de poco más de cien metros por cada lado— se encontraban espaciadamente situados alrededor del circuito aún no abierto que estaba situado en medio del segmento.

Un disco, de aproximadamente un tercio de la anchura que tenía el que los había transportado a la terminal de Timbl, ascendió desde un campo blanco de aterrizaje que se encontraba cerca de la terminal cero y se dirigió hacia la nave de la hendidura.

A Patricia le dolía la mandíbula. Se dio cuenta de que tenía los dientes apretados con gran fuerza y de que se estaba esforzando por lograr relajarse. ¿Qué era lo que se proponía Olmy y qué desearían de ella Olmy y los abridores de entradas? ¿Qué es lo que ella podía darles a cambio de la oportunidad que le ofrecían?

Descendieron hasta la superficie en el disco más pequeño. Este disco era claramente de un diseño mucho más utilitario; la mitad de abajo era opaca y la única iluminación que tenía era el firme resplandor de los campos de tracción.

Un segmento del disco con forma de trozo de tarta se deslizó hacia un lado, y las rampas de caída de los campos de tracción les bajaron suavemente hasta la zona de aterrizaje, Olmy desembarcó el último. Prescient Oyu los condujo hacia la terminal.

—Podemos ir caminando —dijo—. Creo que lo mejor sería entrevistarnos con ser Ry Oyu inmediatamente.

Cruzaron el pavimento blanco y luego caminaron sobre un césped espeso y de hoja fina. Diseminados alrededor de los terrenos, similares a un parque, se veían robles y arces; más allá de los árboles, la pirámide amarilla de la terminal tenía sólo cuatro escalones, cada uno de ellos girado en relación al que estaba debajo.

A un lado de la terminal una serie de cuatro tuberías de tracción, cada una de unos tres metros de diámetro, se enroscaban durante varios kilómetros alrededor de los terrenos de la terminal, justo por encima del nivel de la cabeza. Entre las tuberías, bañadas en un tenue resplandor violeta, unas formas, que no eran ni remotamente humanas, seguían los campos de tracción sobre el paisaje.

—Nuestros clientes y aliados —les dijo Olmy. Señaló a un individuo, un

cilindro de ocho piernas provisto de una melena de vellosos apéndices, como de venado, que le rodeaban la « cabeza » redonda y bifurcada—. Talsit —les indicó—. Forma terciaria. Son una raza muy antigua, su historia se remonta por lo menos a dos mil millones de años terrestres. Pronto tendrán ocasión de conocer a otro Talsit, el que sirve de ayudante al abridor primario de entradas.

La terminal era poco más que un cascarón de cien metros de altura y ciento cincuenta de anchura en la base. Dentro de la terminal, una serie de graciosos andamios de un color como el metal de una pistola se curvaban sobre el suave reborde del hoyo, de unos cincuenta metros de diámetro.

Suspendido del centro del andamio, en una intersección radial de campos de tracción, había un objeto, diminuto en comparación, de no más de tres palmos de anchura. A Patricia le pareció una antigua almohada japonesa, con una curva para apoyar el cuello. Sin embargo la base estaba bifurcada, como el manillar de una bicicleta. Patricia se detuvo al borde del andamio para inspeccionar aquel objeto, sabiendo casi de forma instintiva de qué se trataba y comprendiendo lo importante que podía ser para ella.

A Lanier le dio la impresión de que se trataba de algo así como una varita mágica que tuviera un plato de radar pegado a ella.

—¿Qué es eso? —preguntó Patricia con un hilo de voz.

—Eso es lo que utiliza un abridor de entradas para dilatar el colector de escape de la Vía.

Patricia pareció estremecerse.

—¿Cómo se llama?

—Una clavícula. Sólo existen tres. Ry Oyu está a cargo de ésta.

—¿Y dónde está la suya? —le preguntó Patricia a Rennslaer Yates.

—Está inactiva —dijo—. Cada una de ellas está sintonizada con un abridor de entradas. Cuando el abridor de entradas no se encuentra realizando su función oficial, la clavícula se desactiva.

Patricia apartó de mala gana la mirada de aquella suspendida clavícula y siguió a los demás hacia el extremo oeste del edificio de la terminal. Allí, bajo una cúpula inacabada y toscamente dibujada con apresuradas líneas negras y doradas, un hombre alto y delgado, con el pelo corto y rojo, se hallaba de pie al lado de una columna de datos. Patricia miró primero al hombre y luego a la cúpula.

—Amigos —les dijo Prescient Oyu—, éste es mi padre, ser Ry Oyu.

Luego presentó a Olmy y a Lanier. El primer abridor de entradas saludó a cada uno de ellos con una inclinación de cabeza.

—Y ésta es Patricia Luisa Vásquez —dijo después Yates con la mano puesta sobre el hombro de ella.

—He aprendido la lengua antigua nada más que para poder hablar con esta mujer —comenzó a decir Ry Oyu—. Y he estudiado también las viejas culturas

y costumbres. ¡Y a pesar de todo, me mira con una expresión extraña!

Patricia se irguió e hizo desaparecer el ligero frunce de ceño que tenía en el rostro.

—Seguro que se esperaba usted algo más impresionante, ¿no? —le dijo Ry Oyu—. No al Mago de Oz, supongo. —Extendió la mano hacia ella, con los ojos entornados y divertidos—. Me siento realmente muy honrado.

Patricia le estrechó la mano y juntó las finas y negras cejas. Ry Oyu le dio unas palmaditas en la mano paternalmente y luego miró un poco inquieto a Olmy.

—Ya se encuentra reunida toda esta rama de la conspiración. Mis investigadores se hallan ahora en el puesto que hay en la primera zona; se reunirán con nosotros dentro de unas horas. Ellos no tienen ni idea de lo que ha sucedido aquí. No sé muy bien cómo voy a hacer para explicárselo; una persona de mi categoría mezclada en pequeñas intrigas de esta clase. Señorita Vásquez...

—Prefiero que me llame Patricia —dijo sumisa, aún con un hilo de voz.

—Patricia, ¿tiene usted alguna idea de por qué la hemos traído aquí y de lo que vamos a tratar?

—Sólo una ligera idea.

—¿Sí? Díganosla.

—Es algo relacionado con mi trabajo sobre el pasillo, la Vía. Y de alguna forma también tiene relación con Konrad Korzenowsky.

—Muy bien. ¿Cómo ha podido ella descubrir todas estas cosas, Olmy?

—Me las arreglé para que un pícaro la visitara.

Patricia se le quedó mirando, sorprendida, con los ojos abiertos de par en par y encolerizada.

—Ya veo. ¿Y luego?

—El pícaro le reveló unas cuantas cosas.

—Algo muy arriesgado, ¿no cree?

—Un riesgo menor —comentó Olmy—. Al fin y al cabo, ella está en posesión del Misterio.

—¿Sabe ella...? —Ry Oyu se acercó a Patricia—. ¿Sabe usted a qué se refiere Olmy... cuando habla del Misterio?

Patricia movió la cabeza negativamente.

—No.

—¿No tiene usted idea de lo importante que esto puede ser para nosotros? No, naturalmente que no. Demasiadas preguntas... Patricia.

—Olmy sabe dónde hay una grabación completa de Korzenowsky —dijo Patricia bruscamente. Era una suposición hecha a ciegas, pero odiaba parecer por completo ignorante.

—Realmente lo dudo —dijo Ser Oyu—. No hay grabaciones completas... no las hay desde el asesinato.

Olmy intentó atar todos los cabos sueltos que Patricia podía haber oído sobre la historia de Korzenowsky. Llamado el Ingeniero, este hombre había diseñado los sistemas de amortiguación de la inercia para Thistledown, y había supervisado el mantenimiento del vuelo interno de la conducción de Berckman. Trabajando a partir de la teoría de la amortiguación de la inercia, había diseñado luego la maquinaria de la sexta cámara, que era lo que había creado la Vía.

El proyecto le había ocupado treinta años, y se había llevado a cabo por medio de una alianza entre los órganos de gobierno de Thistledown, en su mayoría Geshels, y los Naderitas ortodoxos que habitaban Alexandria, en la segunda cámara. El propio Korzenowsky, como Olmy, era Naderita de nacimiento y había dado su palabra de que los deseos de los Naderitas se cumplirían. Lo que los Naderitas exigían era que la creación de la Vía no alterase su misión original, que era encontrar un planeta semejante a la Tierra y que tuviera una órbita alrededor de la distante estrella Épsilon Eridani. Los Naderitas creían que su principal misión, consistente en poblar mundos distantes en nombre de la Tierra, era una obligación sagrada, la única razón verdaderamente aceptable para aventurarse a ir más allá del Sistema Solar.

Pero Korzenowsky no había contado con varios problemas. En primer lugar, no sabía que la conexión de la Vía con la séptima cámara de Thistledown sacudiría la nave asteroide como un látigo y la sacaría fuera de su universo nativo para sumergirla en otro. Y tampoco había calculado la increíble mala suerte de que las entradas experimentales, abiertas por control remoto antes de la conexión, permitirían a los Jarts entrar en la Vía y les haría tardar siglos en explotar su posición.

Korzenowsky había retirado su propio cuerpo a la Ciudad del Recuerdo, en Thistledown, poco después de las primeras guerras con los Jarts, a consecuencia del escándalo que resultó de éstas. Incluso allí lo habían acosado. Finalmente los Geshels radicales, juzgando que él había sido un traidor Naderita, decidieron depurar todas sus grabaciones de personalidad asesinarlo; de hecho.

—Entonces, ¿está muerto? —preguntó Patricia, confusa.

—No —dijo Olmy—. En la Ciudad del Recuerdo él estaba supervisando la construcción de la Ciudad de Axis. Para ello colocó parciales de sí mismo en diferentes lugares, con el fin de poder llevar a cabo su obra más rápidamente. Los parciales más completos fueron recuperados por otros ingenieros compañeros suyos, que se los confiaron a una mujer, la cual los depositó en un lugar secreto. Esta mujer murió durante una insurrección en Alexandria, un siglo después del asesinato de Korzenowsky. Ella era Naderita ortodoxa y en aquella época su secta no permitía que se hicieran implantaciones. La muerte de esta mujer fue definitiva.

» Un siglo después de aquello, se llevaron a los últimos Naderitas de Alexandria, y durante cierto tiempo algunos de ellos se quedaron en la Ciudad de

Thistledown. Yo nací allí. Y mientras yo experimentaba con los bancos de memoria privados de nuestro edificio de apartamentos, que habían quedado abandonados, descubrí las personalidades parciales de Korzenowsky allí escondidas. Por entonces yo era muy joven. Dispuse sólo de unos cuantos años para familiarizarme con el ingeniero. Pero en ese tiempo...

Olmy miró fugazmente a ser Oyu. Había guardado aquel secreto durante siglos, y era reacio a revelarlo, aunque el momento fuese el apropiado. Ser Oyu asintió con un gesto para animarlo a continuar.

—Durante aquel tiempo me enteré de que el ingeniero había procurado reparar el mal que había hecho a su gente, aunque hubiera sido de forma involuntaria. Después de las guerras de los Jarts, el Hexamon, que estaba gobernado por los Geshels, decidió que era innecesario proseguir el camino hacia Épsilon Eridani; el rumbo de Thistledown era incierto y, a decir verdad, ellos pensaron sencillamente que había más posibilidades de establecerse y de explorar en la Vía que en aquel sistema lejano. Y estaban en lo cierto, pero aquello no satisfizo a los Naderitas ortodoxos. Habían perdido no sólo su misión en la vida, sino también su Tierra y su propio universo. De manera que, antes de retirar su cuerpo, Korzenowsky, en secreto, programó de nuevo sistemas de guía de Thistledown. La nave estuvo buscando hasta que localizó el Sistema Solar natal, y entonces comenzó el viaje de regreso.

—No acabo de ver en qué pueda ayudarles yo —dijo Patricia.

—Los parciales de Korzenowsky, cuando se encuentran todos reunidos, son casi iguales al original —explicó ser Oyu—. Nos falta únicamente la forma final impresa, el Misterio, para que él pueda estar de nuevo con nosotros. De esta manera esperamos pagarle lo que nos dio. Esperamos que él pueda ver su propio éxito.

Patricia miró a Olmy, a Oyu y luego a Yates.

—¿Y qué nos darán a cambio ustedes a nosotros? —les preguntó.

—Sus colegas podrán elegir entre regresar a la Tierra o seguir el camino de la Vía con los Geshels. Por otra parte, a usted se le proporcionarán los medios para que pueda realizar su sueño.

—¿Mi sueño?

Ry Oyu se dirigió a un armario negro y pulido que había bajo el centro de la cúpula que resplandecía débilmente. Abrió el armario y sacó de él una pequeña caja de color blanco nacarado. Al volver le tendió a Patricia la caja y le dio instrucciones para que la abriera.

Patricia levantó la tapa. Dentro, colocada en una hendidura de terciopelo verde, había una versión en miniatura de la clavícula que colgaba del andamio. Yates la contempló al mismo tiempo que ella y suspiró.

—Le estamos ofreciendo un intercambio, un negocio en el que usted no pierde nada —dijo Ry Oyu—. Usted nos deja copiar su Misterio para completar

la grabación de la personalidad del Ingeniero, y a cambio nosotros le dejaremos buscar el medio adecuado para regresar a casa.

—¿Están ustedes diciendo que mi alma y la de Korzenowsky son idénticas? —preguntó Patricia.

—«Alma» es un término impreciso —dijo el abridor de entradas—. «Misterio», por lo menos, tiene la ventaja de una aplicación más precisa. Cuando todo lo que hay en una personalidad —memoria, líneas de pensamiento, facultades— se ha abstraído, la suma de todas sus partes no constituye el total. Existe un superpatrón que colorea la psique entera y que puede perderse aun cuando la mayoría de los fragmentos se hayan reunido de nuevo. Eso es lo que se llama el «Misterio». Nunca hemos sido capaces de sintetizarlo. Es inefable, y sólo puede transferirse por una imposición de todos y cada uno los patrones de una persona sobre los fragmentos de personalidad reunidos de otra persona. Lo que de esa personalidad ya está presente en la otra, es rechazado; lo que no está presente, el «Misterio», queda retenido. Ése es el don que puede usted hacernos a nosotros... Y a Korzenowsky.

Patricia cogió la mano de Lanier, atemorizada de repente. Eso no estaba en la misma línea que las cosas que habían sucedido antes; parecía de súbito algo místico y poco convincente. Durante un tiempo ella había pensado que nada podía quedar que les fuera desconocido a estos descendientes. Y sin embargo aquí estaba; había algo primario y básico; algo elaborado, manipulado, pero sin resolver.

—Podrían ustedes tomarlo por la fuerza —les dijo—. ¿Por qué tratan de convencerme?

—La fuerza no sirve en estas circunstancias —explicó Ry Oyu—. O lo da usted voluntariamente o no hay forma de conseguirlo.

—¿Para qué quieren que él vuelva aquí? ¿No ha cumplido ya su propósito?

—Es una cuestión de honor —les explicó Olmy sonriendo—. Si los Caballeros de la Tabla Redonda hubieran podido resucitar al Rey Arturo, ¿no cree usted que lo habrían hecho? El Ingeniero tiene que ver la forma en que su plan se ha cumplido.

—No como él esperaba.

—No —admitió Olmy.

Patricia se miró las manos, que tenía cruzadas.

—¿Tengo algo que perder?

—No —repuso pacientemente el abridor de entradas.

—Y a cambio consigo usar esto... —Señaló la clavícula en miniatura—. ¿Por qué es tan pequeña?

—Porque ha sido desactivada —dijo Yates.

—¿Es suya?

Yates asintió.

—Yates le transferirá el poder de la clavícula, y usted aprenderá a usarla durante la ceremonia —le dijo Ry Oyu—. Se quedará usted a mi lado.

—¿Está Korzenowsky aquí? Quiero decir sus fragmentos.

—Está dentro de mí —dijo Olmy señalándose la cabeza. Patricia miró a Lanier con una expresión de niña que no sabe si lo que le dicen son mentiras maravillosas o verdades increíbles. Luego clavó la mirada en Olmy.

—¿Korzenowsky se encuentra en la implantación que tiene usted?

Olmy asintió.

—Llevo implantaciones adicionales en mi cuerpo —dijo—, las suficientes para contenerle.

—Algo importante está pasando en su ciudad, ¿no es eso? —le preguntó Patricia.

—Muy importante. Los compañeros de ustedes, los que se quedaron en Thistledown, deben de saber algo más del asunto a estas alturas.

—¿Es por eso que el presidente no pudo quedarse con nosotros?

—Sí.

—Tenemos que descansar —les interrumpió Lanier—. No hemos dormido ni comido desde hace horas...

—¿Van ustedes a impulsar la Ciudad de Axis con el fin de ponerla en órbita alrededor de la Tierra? ¿Van a destruir Thistledown?

—No exactamente —dijo Ry Oyu—. Pero ya es suficiente de momento. El señor Lanier tiene razón. Continuaremos después de que hayan descansado. Para hablar de negocios, como creo que dicen ustedes.

Patricia entornó los ojos y movió la cabeza lentamente.

—No sé qué es lo que ustedes quieren hablar conmigo; y yo no debo de ser más que una completa aficionada, un ser primitivo comparada con ustedes...

—Si todavía no la hemos convencido de lo valiosa que es usted y de la influencia que tiene, entonces es que no estamos hablando lo suficientemente claro —concluyó Olmy—. Usted es la fuente del trabajo de Korzenowsky en la Vía. Usted ha sentado las bases teóricas. Ésa es la razón por la que creemos que le es posible compartir el Misterio con él. Él fue su mejor discípulo.

» Usted era el profesor, Patricia.

Mirsky buscó a Pogodin, a Annenowsky o a Garabedian entre la multitud de rusos, sin quitarles el ojo de encima a las cruces que pasaban sobre él. Los soldados que en otro tiempo habían estado bajo su mando lo miraban con gesto hosco, apartándose de su camino con marcada indiferencia. Se puso de puntillas, tratando de escudriñar aquel mar de cabezas, y localizó la cara roja y el pelo cortado a cepillo de la coronilla de Pletnev. Maniobrando para abrirse paso en aquella dirección, se situó detrás del comandante de la primera nave de carga

pesada y le puso una mano en el hombro. Pletnev se volvió rápidamente y se quitó de encima la mano de Mirsky; luego, al verle,ladeó la cabeza hacia un lado.

—¿Dónde están los demás? —le preguntó Mirsky.

—¿Quiénes? ¿Los otros asesinos? Nos dejó usted plantados con un embrollo del infierno, camarada general. —Pletnev hablaba con voz espesa, con palabras sensibleras, temeroso y enojado al mismo tiempo.

—Pogodin, Garabedian, Annenkowsky —le urgió Mirsky.

—No los he visto desde que comenzó este... lo que sea —dijo Pletnev—. Y ahora déjeme en paz.

—Usted se encontraba con ellos —insistió Mirsky—. ¿Qué sucedió?

—¿Qué quiere decir con eso de qué sucedió?

—Que qué les sucedió a Vielgorsky y a los otros oficiales políticos.

Pletnev examinó el cielo con recelo, buscando el lugar donde se encontraban las cruces.

—Están muertos, camarada general. Yo no estaba allí, pero Garabedian me lo contó. Les dispararon. —Se apartó de Mirsky murmurando—: Confío en Dios que estos sabuesos del cielo no lo sepan.

Otras cruces más aparecieron volando por encima suyo, haciendo que las cabezas se volvieran todas juntas como un campo de trigo mecido por el viento. Mirsky se marchó con las manos en los bolsillos, golpeando hombros para abrirse camino entre todos aquellos hombres, y con el ceño fruncido a causa de la concentración.

Aquello debía de ser parecido a lo que sufrieron los habitantes de la Piedra cuando se evacuaron los últimos focos de resistencia, pensó Hoffman. Idas y venidas de naves de punta roma que volaban de un lado a otro desde la perforación al gran sobretubo que Berenson decía estaba esperando allí, cargando grupos de veinte personas procedentes de cada cámara. Hoffman se alegraba de tener en su grupo a Wallace y a Polk; les había cogido confianza. Ann no estaba; por lo visto debía de encontrarse aún en la primera cámara, o quizás hubiese subido ya a bordo.

La mujer de negro, a la que Santiago había dejado atrás, vigilaba un grupo de cuatrocientos con toda la maestría de un pastor con el rebaño. Disponía, para hacer el papel de perros, de las cruces de cromo, las cuales, de manera suave pero insistente, no permitían que nadie se separase del grupo. Hoffman se preguntaba vagamente si estarían usando con ellos algún invento que les cambiara el humor; se sentía tranquila, nada aprensiva y con la cabeza despejada, incluso descansada. En realidad se encontraba mucho mejor de lo que se había encontrado desde hacía semanas.

Aproximadamente la mitad de los hombres que formaban parte del grupo de Hoffman eran rusos. Por medio de una especie de acuerdo mutuo, los rusos se separaban de los americanos, a pesar de que la nave los hubiera llevado mezclados. Mirsky, por lo que ella podía ver, no se encontraba entre ellos; tampoco estaban los oficiales que habían tomado el mando en lugar de Mirsky.

Le tocó la vez a Hoffman. La mujer les pidió que avanzasen, señalándolos uno a uno, hasta que veinte de ellos se hubieron separado del grupo grande. La nave en forma de flecha había aterrizado mientras los estaban escogiendo.

Hoffman respiró profundamente cuando llegó su turno. En cierto modo aquello era un alivio. Ya no tenía ninguna responsabilidad. Aquello era una ruptura total con todo lo que había sucedido antes. Encontró que resultaba sorprendentemente fácil dejarse llevar.

Como una oveja, subió a bordo de la nave con los demás.

Concedieron a Patricia y a Lanier cierta intimidad en un pequeño cubículo en el extremo sur de la terminal para que pudieran dormir y también para que ella tuviera tiempo de pensar. Un pictógrafo proporcionaba algo parecido a su ambiente ordinario, utilizando el mismo decorado básico que el de su apartamento de la Ciudad de Axis. Pero a Lanier aquello no le sirvió de mucho consuelo; se sentía enojado y confundido.

—No tienes ni idea de lo que están hablando —le dijo a Patricia cuando los dos estuvieron sentados uno a cada lado del «sofá»—. Por lo que sabemos, se proponen robarte el alma... Y no me importa lo que ellos digan, para mí eso suena bastante sospechoso, ¿no crees?

Patricia se quedó mirando fijamente a la ventana de ilusart situada enfrente, que mostraba una vista de pinos y un brillante cielo azul detrás.

—Supongo que podrían hacerlo perfectamente si quisieran —respondió.

—Vaya si pueden, maldita sea. No sabemos nada de esta gente; no han hecho más que manipular nuestra opinión sobre ellos en todo momento.

—Han tratado de educarnos. Ahora sabemos mucho más de lo que sabíamos antes. Lo que han estado diciendo Olmy y Ram Kikura tiene bastante sentido.

Lanier sacudió la cabeza enérgicamente. No se tragaba nada de todo aquello; la ira era una lenta brasa humeante que crecía dentro de él y que no podía apagar.

—Realmente no te están dejando elegir...

—Sí, me están dejando elegir —insistió Patricia—. No van a quitarme nada si yo no quiero.

—Tonterías —estalló él. Se levantó y se puso a palpar buscando con furia los extremos de la habitación, que sabía no tenía más de tres metros de lado. No pudo encontrarlos. La ilusión era total; incluso la distancia que había entre ellos, mientras él atravesaba la habitación—. Aquí todo es un engaño. Por lo que sabemos nada es real desde que llegamos. Eso tendría sentido. ¿Para qué van a enseñarnos más de lo que les es absolutamente necesario?

—No son... —Patricia se volvió hacia él con la mano extendidas—. No son mala gente.

—¿Te crees toda esa mierda de que tú fuiste el profesor, el precursor?

—¿Por qué no? —Patricia se volvió hacia él con la mano extendida. Lanier fue de nuevo hacia el sofá y la tomó—. He tenido ocasión de ver algunos de los artículos que escribiré... —Cerró los ojos con fuerza y movió la cabeza a ambos lados, poniéndose la otra mano en la mejilla—. Probablemente yo nunca los escribiré... pero alguien que es yo los escribirá, o los ha escrito ya. Y en realidad a lo que ellos se refieren es a todo eso. Todo eso es lo que he tenido dentro de la cabeza durante muchos años, pero sin darle una forma concreta. He sabido casi desde el principio que yo era la única, en nuestra época y en nuestro mundo, que pensaba seriamente en esas cosas. Así que, dejando a un lado el ego, no dudo en absoluto de ello. —Sonrió a Lanier, mirándolo—. Judith Hoffman pensó que yo era la única. Y tú lo aceptaste.

—¿Te encanta ser un héroe cultural? ¿Es eso?

Me estoy metiendo con ella con demasiada dureza, pensó Lanier. Cálmate. ¿Por qué estás enfadado?

—No —contestó ella suavemente—. Verdaderamente no me importa. No hay muchas cosas que me importen ya.

Lanier le soltó la mano y retrocedió dando la vuelta a la mesa, al tiempo que se frotaba la barbilla y miraba repetidamente a Patricia por el rabillo del ojo.

—Lo único que quieres es volver a casa.

Patricia asintió.

—Pero no puedes volver a casa.

—Sí puedo.

—¿Cómo?

—Ya conoces lo elemental, Garry.

—Quiero más detalles. ¿Cómo puedes encontrar tu casa?

—Si ellos me enseñan a utilizar la clavícula, volveré a la sección en blanco del pasillo, por la que pasamos antes, y buscaré un depósito de geometría. Para ellos los depósitos de geometría han sido zonas de desperdicios, inútiles, o peor que inútiles. Pero allí es donde yo encontraré un camino para ir a casa.

—No son unos proyectos muy detallados precisamente, Patricia.

—Ellos me enseñarán —dijo mirando a Lanier con aquellos grandes ojos negros suyos, que ahora no tenían en absoluto un aspecto felino, sino que estaban redondos y tranquilos.

—¿Y qué es lo que ellos van a coger?

—¡Nada! —Echó la cabeza hacia atrás en la cama—. Van a copiar, no a coger.

—¿Cómo puedes confiar en ellos?

Patricia no contestó.

—En realidad no necesitabas tiempo para pensar, ¿no es cierto?

—No —admitió ella.

—¡Cristo!

Patricia se levantó y abrazó con fuerza a Lanier, poniéndole la mejilla en el hombro.

—No sé lo que somos el uno para el otro, pero tengo que darte las gracias.

Lanier le acunó la cabeza con la mano y la meció mientras, parpadeando y con las comisuras de los labios caídas, fijaba la vista en el punto donde la pared se juntaba con el techo.

—Yo tampoco lo sé.

—Estaba empezando a pensar que no soy humana.

—Tú... —Lanier no terminó la frase.

—Lo que he estado pensando... en ciertos aspectos, me hace más semejante a ellos que a ti. ¿Lo entiendes?

—No.

—Supongo que eso es lo que hace también que mi Misterio sea apropiado para Korzenowsky. El tuvo ideas similares a las mías y semejantes objetivos. Él deseaba también llevar a su gente a casa.

Lanier movió la cabeza dando una sacudida, como si rechazase todo aquello.

—No van a hacerme daño. Van a enseñarme. Tengo que decir que sí.

—Te están chantajeando.

Patricia levantó la cabeza repentinamente, con el ceño fruncido.

—No —dijo de forma abstraída—. No más de lo que yo los estoy chantajeando a ellos. Garry, ahora se me acaba de ocurrir una cosa... ¿por qué no lo habría pensado antes? ¿Por qué razón van a abrir otra entrada?

—No lo sé —repuso Lanier rápidamente. La pregunta parecía completamente inoportuna.

—Se lo preguntaré.

Lanier se echó a reír.

—Lo dices en serio, ¿verdad?

—Esa es la razón por la que nos han traído aquí, para presenciar la ceremonia... bueno, evidentemente no es ésa la razón principal, pero forma parte del paquete.

Lanier se quedó pensando un momento, sin dejar de abrazar a Patricia. A pesar de todo, a pesar de todas las dudas que albergaba, de los temores y las sospechas, tenía que admitir que...

Aquello era algo que le gustaría ver.

—Creo que ahora deberíamos intentar dormir —le dijo Patricia.

Hicieron el amor, y aunque no lo hicieron de modo casual Lanier se dio cuenta de que el acto no era necesario para Patricia. Ella tenía a la vista un objetivo; todo lo demás, como el decorado y la propia cama en la que estaban echados, no era más que puro adorno.

Aquello le hizo sentirse insignificante. Y también le hizo preguntarse en qué se había convertido Patricia desde que llegara a la Piedra.

—¿Soy humana? —le preguntó ella mientras estaban acostados juntos.

—Probablemente —respondió tratando de conservar la voz firme, aunque sin conseguirlo del todo.

Cuando la nave de la hendidura de van Hamphuis llegó a la posición que había ocupado anteriormente en la Ciudad de Axis, todas las entradas arriba y abajo de la Vía se encontraban ya cerradas, y las pistas que había entre ellas se hallaban limpias de tráfico. Aquella situación no tenía precedentes en la historia de la Vía.

La Ciudad de Axis se había trasladado. Bajo la dirección del repcorp Rosen Gardner, las estaciones de energía de la hendidura de la ciudad les habían sido arrebatadas a los últimos puntos de resistencia. A los que habían muerto, ciento ochenta y tres ciudadanos hasta el momento, se les devolvían cuidadosamente las implantaciones. El peaje que tuvo que pagar molestó a Gardner, pero aquellas muertes no eran permanentes. Con la hendidura bajo su control, Gardner había acelerado la Ciudad de Axis, trasladándola hacia el sur, hacia Thistledown. Había tardado dieciséis horas en hacer el viaje; la nave de la hendidura de van Hamphuis había ido detrás, pero había poco que pudiera hacer el Presidente.

En la sexta cámara de Thistledown, cuatro miembros del bando Korzenowsky de Gardner acababan de cometer el último crimen: habían tratado de forzar la maquinaria de la Vía. El daño había sido leve, pero el castigo para los delitos, aunque fueran leves, era la separación del cuerpo y el borrado de todas las grabaciones de personalidad. En aquel punto, Gardner lo sabía bien, no había perdón.

La hendidura no necesitaba extenderse más allá del actual límite norte de la séptima cámara; su extensión actual —llegaba hasta cerca de la perforación de la cámara— se había debido puramente a ciertas razones de conveniencia durante las etapas finales de la evacuación de Thistledown y de la construcción de la Ciudad de Axis. La maquinaria se encontraba ahora ajustada para reducir la longitud de la hendidura en unos veinte kilómetros.

Cuatro equipos de tres ciudadanos cada uno salieron entonces al exterior del asteroide a través de unos huecos de ascensor que los recién llegados visitantes no habían descubierto. Aquellos huecos iban a dar directamente a las unidades de conducción Beckmann que estaban enterradas.

Usando esos conductores, la rotación del asteroide se hacía primero más lenta y luego se reducía a cero. El resultado, al principio, fue claramente leve en todas las cámaras menos en la cuarta, donde la acción de las olas en las vastas extensiones de agua forzó a enormes glóbulos a salir al aire. No había tiempo de amortiguar los efectos. Gardner estaba trabajando con un programa de horario muy ajustado.

Geshels radicales y moderados que nunca se habían comprometido realmente tuvieron oportunidad de unirse a los seguidores de Gardner. Para muchos no había elección; en los planes de Gardner había poco espacio para los neomorfos radicales. Los habitantes se repartieron mezclándose entre los distintos recintos tan rápidamente como fue posible, y la Ciudad del Recuerdo fue reordenada y dividida como preparación para el siguiente paso de los planes de Gardner.

La Ciudad de Axis fue soltada parcialmente de la hendidura, separando primero la zona que contenía Axis Nader y Ciudad Central. El plan de Gardner consistía en darle la vuelta a la ciudad, dejando aquellos recintos para los Geshels que quisieran viajar por la Vía a casi la velocidad de la luz, y sacar por la fuerza a los Jarts. Lo que Gardner necesitaba ahora para completar sus planes eran los dos cilindros rotantes de Axis Thoreau y Euclid.

La resintonización de la pendiente de gravedad entre Thistledown y la Vía fue extraordinariamente delicada. Los ingenieros que estaban en la sexta cámara se vieron abrumados por el trabajo, especialmente cuando la gran masa de Ciudad Central y de Axis Nader se apartó hacia un lado metiéndolas dentro de la séptima cámara, lo que permitió que los restantes recintos fueran separados de la hendidura.

Tardaron cinco horas en completar toda la operación. Cuando ya estuvo terminada, Axis Nader y Ciudad Central habían cambiado su posición en la hendidura con respecto a Axis Thoreau y Euclid. Los dos pares de distritos y las estructuras que estaban relacionadas con ellos quedaron separados por espacio de un kilómetro, y el par reservado para los Geshels —Ciudad Central y Axis Nader —empezaron a moverse lentamente hacia el norte a lo largo de la hendidura.

Informaron a los visitantes de que podían elegir. De los aproximadamente dos mil cautivos, sólo cuatro decidieron no compartir su suerte con el grupo que planeaba regresar a la Tierra.

Entre ellos estaban Joseph Rimskaya y Beryl Wallace.

Los otros dos eran rusos: el cabo Rodzhensky y el teniente general Pavel Mirsky.

Luego pusieron de nuevo el asteroide en rotación. Dentro de todas las cámaras fueron inevitables ciertos daños, pero en la cuarta los resultados se hicieron catastróficos. Los glóbulos de agua, lentamente, desbordaron los estanques y la tierra; miles de millones de litros arrancaron de cuajo los árboles, arrasando los bosques y formando nuevos ríos al volver la fuerza centrífuga.

Los tubos de plasma dentro de las cámaras se apagaron de repente. Los campos de contención de la atmósfera permanecieron en actividad, pero las cámaras quedaron sumergidas en una noche abismal por primera vez en doce siglos.

Y en la séptima cámara, en los límites de la Vía y el final de la cámara

misma, unos trabajadores mecánicos empezaron a colocar cargas potentísimas para volar el extremo norte del asteroide y cauterizar la Vía.

Poco podían hacer el Presidente y sus seguidores. La organización de Gardner era dominante y la dedicación de sus seguidores era completa. Una vez más, la historia humana demostraba que el peor error posible en política era subestimar la fuerza de los oponentes.

Van Hamphuis no tuvo otra elección que aceptar la oferta de Gardner de establecerse y tomar el control de los recintos asignados a los Geshels radicales.

Dentro del Wald de Ciudad Central, ingrátido y asignado a un guardián Geshel neomorfo, Pavel Mirsky comenzó a arrepentirse de la decisión que había tomado. Le parecía que estaba perdido en una pesadilla de El Bosco y se preguntaba si la urgente necesidad de explorar y de conocer cosas nuevas merecía toda aquella extrañeza y ansiedad.

Siempre había desventajas en abandonar completamente el propio pasado y cultura...

Y Mirsky se había comprometido en lo que resultaba ser la mayor deserción de todos los tiempos.

Olmy estaba de pie solo al lado del andamio, mirando fijamente a la clavícula. Deseaba que el Ingeniero pudiera influirle en los pensamientos, que pudiera comentar sus acciones, ya fuera de modo positivo o de cualquier otro, pero Korzenowsky estaba almacenado e inactivo.

Vásquez y Lanier estaban aún en la habitación. A Olmy la idea de dormir durante ocho horas seguidas le resultaba a la vez peculiar y atractiva. Disponer, cada día, de un largo período en blanco en la propia vida; tener ese tiempo libre sin nada en que pensar y sumergirse en una especie de nada de otro mundo... La limpieza con Talsit era mucho más efectiva, pero le divertía encontrar una primitiva parte de él mismo que aún anhelaba sencillamente dormir.

Nunca se había detenido a hacer consideraciones profundas sobre las diferencias entre los humanos de su época y los del grupo de Patricia, excepto en lo concerniente a lo que él tenía que planear para intentar cubrir las necesidades de dicho grupo. Incluso con todos los ornamentos, adiciones y manipulaciones de su propia época, las semejanzas excedían con mucho a las diferencias.

Yates cruzó la suave alfombra verde de césped hasta el andamio. Tenía en su rostro una expresión severa.

—No nos queda demasiado tiempo —le pictografió a Olmy—. La estación de defensa situada en uno punto nueve ex nueve ha comunicado que está detectando una excesiva radiación en la hendidura. Es posible que los Jarts estén preparándose para abrir una nueva entrada, muy grande.

—¿Para abrir una entrada al corazón de una estrella? —le preguntó Olmy.

—Eso es lo que suponen. El personal de la estación se está preparando para retirarse.

La idea se había discutido mucho en los círculos de defensa de alto nivel durante décadas. Era bastante simple, aunque drástica: la Vía, en muchos puntos, tocaba cuerpos estelares. Como la Vía era esencialmente un tubo hueco y desocupado, el hecho de abrir un circuito de entradas masivas hacia el corazón de una estrella sorbería la alta presión, absorbería el plasma sobrecalentado y sometido a alta presión y lo distribuiría por la toda Vía. Las barreras —aunque construidas con el tiempo-espacio modificado de la Vía— transmitirían el extremado calor y finalmente acabarían por romperse, quedando al mismo nivel

que las paredes. La Vía en sí misma resultaría intacta, pero cualquier otra cosa a lo largo de miles de millones de kilómetros se disolvería en sus primordiales partículas componentes a causa de la violencia.

—¿A qué velocidad viajaría el frente de plasma? —quiso saber Olmy.

—Su velocidad sólo podría ser disminuida por efectos de turbulencia. La velocidad final podría ser de unos seis mil kilómetros por segundo.

—Entonces dispondríamos de unas treinta y dos horas para evacuar.

—Si ellos no pueden abrir una entrada a distancia...

La idea de que los Jarts fueran capaces de manipular las entradas de la Vía a distancia era algo que había hecho pensar durante años a los que se encargaban de la planificación de la defensa. Los Jarts nunca habían demostrado tener tal capacidad dentro del sector controlado por humanos, pero los datos sobre distintos disturbios en la Vía habían hecho que muchos investigadores de entradas —incluyendo el equipo de Ry Oyu— llegaran a la conclusión de que, en efecto, lo estaban haciendo así más allá de dos ex nueve.

—Le he pasado el mensaje a la senadora Oyu —continuó diciendo Yates—. En estos momentos su padre está reunido con los investigadores del equipo. Se lo dirá en cuanto esté disponible.

Olmy vio que Patricia y Lanier salían de su habitación, situada en la zona residencial del lado norte del caparazón de la terminal.

—¿Cree que ser Vásquez dará su consentimiento? —le preguntó Yates—. Usted ha estado mucho más tiempo que yo con nuestros huéspedes.

Olmy pictografió un símbolo de incertidumbre, que implicaba además humor resignado; un neomorfo incompleto que estaba escogiendo entre dos modelos de cuerpos de última moda.

—Ojalá tuviera yo la calma que tiene usted —observó Yates—. Ahora mismo me vendría muy bien una sesión de Talsit.

Patricia divisó a Olmy y a Yates y los saludó con la mano; luego le tocó el hombro a Lanier. Ambos cruzaron el césped en dirección al andamio.

—Tengo que ver a ser Oyu —le dijo Patricia a Olmy. Lanier estaba ojeroso y lanzaba miradas a un lado y a otro.

—Se encuentra reunido con sus investigadores. La senadora Oyu le transmitirá cualquier mensaje —informó Yates.

—Bien, supongo que no tengo que decírselo a él en particular. Olmy...

Lanier fijó la vista en Olmy, con expresión desdichada y resentida.

—Lo he decidido. Haré el trato.

Olmy sonrió.

—¿Cuándo sería conveniente hacerlo? —le preguntó.

—No nos queda mucho tiempo —dijo Yates.

Patricia se encogió de hombros.

—Supongo que puede hacerse ahora mismo. Cualquier momento es bueno.

—Le haré a usted personalmente responsable de lo que suceda —le dijo Lanier a Olmy enfáticamente al tiempo que lo amenazaba con el dedo.

—Acepto la responsabilidad —repuso Olmy solemnemente—. Ella estará bien protegida.

Yates fue a informar a la senadora Oyu de que estaban a punto de empezar. Olmy los condujo hasta la cúpula incompleta, el mismo lugar donde se encontraran por primera vez con Ry Oyu, y comenzó a pictografiar instrucciones en un monitor que flotaba allí cerca.

—El monitor convocará a un trabajador médico. Voy a hacer unas cuantas modificaciones en el trabajador y a transferir las personalidades parciales. Entonces usted ofrecerá su Misterio y los patrones se ajustarán. Es muy simple.

—Si eso funciona, será un maldito milagro —comentó Lanier en voz baja—. Y dice usted que es muy simple.

—Algo como el milagro de Lázaro desde la perspectiva de ustedes, ¿me equivoco? —le preguntó Olmy esperando divertirlo con ello.

—No sea paternalista con nosotros —dijo Lanier. Era obvio que su ira iba en aumento. Olmy creía entender por qué. Ahora que Patricia había tomado ya una decisión, Lanier quedaba fuera del asunto. Era un simple pegote. Patricia, evidentemente, había ignorado sus recelos.

El trabajador médico —un aparato con forma de huevo puesto de pie, alargado, de aproximadamente un metro de altura y que estaba marcado con líneas de color púrpura en aquellos lugares por donde saldrían los manipuladores y otros instrumentos— se acercó a ellos flotando a escasos centímetros por encima de la hierba.

Olmy pictografió una serie de instrumentos de modificación y el trabajador extendió un instrumento en forma de taza al final de un grueso cable de color gris metálico. Olmy se colocó la taza bajo el oído y cerró los ojos. Patricia lo miraba con los ojos abiertos de par en par, cruzando y descruzando los dedos de ambas manos. La tranquilidad de que la muchacha hacía gala ahora parecía artificial. Lanier sintió una fuerte opresión en el estómago.

Prescient Oyu y su padre se reunieron con ellos justo cuando Olmy quitaba la taza. No dijeron nada, y se quedaron de pie a unos metros, mirando.

El trabajador mecánico se movió y se acercó a Patricia. Un campo de tracción se extendió ante él formando una especie de camastro, y Olmy le pidió a ella que se echara allí. Así lo hizo. Entonces el trabajador extendió un abanico de cables negros, semejantes a una redecilla, alrededor de la cabeza de Patricia.

La redecilla se ajustó sola, apretándole el pelo. Patricia levantó una mano para tocarla.

—No debería presentarme en público con esta cosa puesta —comentó bromeando.

Lanier se arrodilló al lado del camastro y le cogió la mano.

—Como un par de Hotentotes —dijo—. Dejándose llevar por el viento.

Patricia hizo una mueca; luego volvió la cabeza y miró a Olmy.

—Estoy preparada —dijo.

—No notará dolor, ni ninguna otra sensación —le explicó Olmy.

—Bien, de cualquier forma ya estoy preparada. —Le apretó la mano a Lanier y luego se la soltó. Él retrocedió.

La red se apretó y Patricia hizo una mueca de dolor al notar la presión, a pesar de que no era dolorosa, aunque sí fuerte. Lanier también hizo una mueca identificándose con ella, pero no se movió. Prescient Oyu se acercó a él, se puso a su lado y le colocó una mano en el hombro.

—Ella lleva una parte de nuestro sueño —le indicó la senadora—. No se preocupe.

Lanier la miró de soslayo.

Patricia parecía estar concentrada, con los ojos apenas cerrados. Lanier sentía una especie de fascinación enfermiza. No había ningún sonido, nada que se pusiera en evidencia, simplemente el traslado de lo que le estaban tomando prestado a ella, lo que le estaban copiando.

Patricia abrió los ojos y volvió la cabeza hacia donde se encontraba él.

La red se soltó.

—Estoy bien —dijo incorporándose en el campo de tracción—. No me siento nada diferente.

—La combinación tardará unas cuantas horas en madurar —les dijo Olmy—. Entonces, Korzenowsky debería estar con nosotros de nuevo.

—¿Tendrá cuerpo? —le preguntó Lanier. Patricia se puso a su lado.

—Ocupará el del trabajador hasta que se le pueda hacer uno —respondió Olmy—. Él mismo puede proyectar su propia imagen, de todas maneras. Eso sería un síntoma de su completa reconstrucción.

Patricia le cogió de nuevo a Lanier una mano entre las suyas y se la apretó con fuerza.

—Gracias —le dijo.

—Por Dios, ¿gracias por qué?

—Por ser valiente —concluyó ella.

Lanier se la quedó mirando completamente atónito.

Patricia, Lanier y Olmy siguieron al trabajador mecánico a la vivienda donde habían pasado la noche. Olmy pensó que sería mejor que las primeras percepciones de Korzenowsky tuvieran lugar en un ambiente que les resultara razonablemente familiar, una habitación normal, no demasiado decorada y sin demasiada gente, y donde no hubiera no humanos. Ry Oyu y Yates se mostraron de acuerdo.

—Además —dijo el abridor de entradas—, usted ha estado esperando este momento durante cinco siglos. Este momento es suyo con mucho más motivo que nuestro.

En la vivienda estuvieron esperando durante quince minutos antes de que Olmy le pidiera al trabajador mecánico que representara una imagen y mostrase el progreso de la personalidad que contenía. Patricia se llevó la mano a la boca cuando la imagen se manifestó ante ellos.

La imagen estaba enormemente distorsionada, la mitad del cuerpo era grande y bulbosa, la otra mitad pequeña y casi borrada. La aparente solidez de aquello era imperfecta, con algunas partes opacas y otras transparentes. Tenía un color predominantemente azul. La cabeza, alargada y que parecía resbalar por los lados, daba la impresión de que los mirara, volviéndose de uno a otro.

—No os inquietéis —les advirtió Olmy—. El conocimiento de la forma del cuerpo es la última cosa que madura.

Por espacio de unos minutos, y de manera casi imperceptible, las distorsiones se fueron corrigiendo. El color azul predominante comenzó a adquirir un tono más natural, y las manchas transparentes se fueron rellenando.

Una vez que se terminaron todos los ajustes, la imagen de Korzenowsky apareció completa y fielmente formada, según observó Olmy con satisfacción. Concordaba bien con la imagen que el Ingeniero había escogido en otra época para las miniaturas de los retratos oficiales: un hombre esbelto de pelo oscuro y mediana estatura, cuya nariz era afilada y larga y con unos inquisitivos ojos negros que denotaban buen humor; la piel era oscura, del mismo color que el café claro.

Olmy seguía buscando por si acaso existían desviaciones. El Misterio que habían impuesto sobre las personalidades parciales, aunque era muy parecido al original de Korzenowsky, no era exactamente el original. Sin embargo era suficiente para hacer que Korzenowsky volviera a un conocimiento completo, y este conocimiento sería modelado por las memorias, virtualmente completas, de las personalidades parciales, a fin de reproducir exactamente la personalidad que habían borrado —asesinado— antes de que Olmy naciera.

—Bienvenido —le dijo en voz alta.

La imagen le estuvo mirando fijamente y luego intentó hablar. Moviò los labios, pero no produjo sonido alguno. La imagen se estremeció, ondeó y, cuando estuvo firme de nuevo, dijo:

—Te conozco. Me siento mucho mejor. Muy diferente. ¿Me han reconstruido?

—Lo hemos hecho lo mejor que hemos podido —le dijo Olmy.

—Recuerdo tan poco... como si fuera un mal sueño. Eras un niño... cuando nos conocimos por primera vez.

Olmy sintió que en su interior nacía otra emoción que Ram Kikura habría calificado de atávica.

—Un niño de cinco años —dijo Olmy. Recordaba claramente la primera vez que viera las personalidades parciales del Ingeniero en la memoria del apartamento, recordaba su yo niño asustado y fascinado al mismo tiempo por conocer a alguien famoso... y que estaba muerto.

—¿Cuánto tiempo he estado incompleto... muerto... o lo que sea?

—Cinco siglos —respondió Olmy.

La exclamación del Ingeniero habría resultado extremadamente cruda en su época; pero ahora, para Olmy, era arcaica y pintoresca.

—¿Por qué se me ha traído aquí de nuevo? Seguramente todos estaban mejor sin mí.

—Oh, no —le contradijo Olmy sinceramente—. Es para nosotros un gran honor el traerle.

—Debo de estar completamente desfasado.

—Eso lo podemos arreglar en unas cuantas horas.

—No me siento... terminado. ¿A qué es debido?

—Tiene usted que madurar. La reconstrucción está aún buscando senderos. No tiene usted un cuerpo propio. Está ocupando el de un trabajador médico.

De nuevo la exclamación, esta vez más fuerte.

—Me he quedado atrasado. Sólo un enano mental podría adaptarse en el más avanzado trabajador... —La imagen inclinó la cabeza hacia delante, mirando a Olmy por debajo de las cejas, con ojos inquisitivos—. Me deterioraron, ¿verdad?

—Sí —dijo Olmy.

—¿Qué me falta?

—El Misterio. Tuvimos que trabajar solamente a partir de los parciales.

—¿De quién es el Misterio que reemplazó al mío?

Olmy señaló a Patricia.

—Gracias —dijo Korzenowsky tras un momento de pensativo silencio.

—De nada —repuso ella débilmente.

—Me resulta usted familiar... Yo y a la he visto antes.

—Ésta es Patricia Luisa Vásquez —dijo Olmy.

Al principio la expresión de Korzenowsky fue de incredulidad. La imagen extendió la mano hacia Patricia. Ésta la tomó, sin sorprenderse por la solidez y el calor de las proyecciones.

—¿La verdadera Patricia Luisa Vásquez?

—La única y verdadera —replicó Patricia.

La imagen de Korzenowsky inclinó la cabeza hacia atrás, haciendo una mueca.

—Tengo un montón de cosas en las que ponerme al corriente. —Le soltó la mano al tiempo que se disculpaba en voz baja. Cogió la que Lanier le tendía y se la estrechó más brevemente, con un apretón firme pero no insistente.

Lanier estaba algo más que un poco atemorizado, y al mismo tiempo

respetuoso por conocer al hombre que había diseñado el pasillo.

—Tengo una pequeña... no sé lo que es, estatua, holograma o lo que sea, de usted. Allá, en mi despacho. Usted ha sido para mí un rompecabezas durante años... —Se dio cuenta de que estaba diciendo tonterías—. Nosotros somos de la Tierra —concluyó bruscamente.

El rostro de Korzenowsky era inescrutable.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En la Vía, en uno punto tres ex nueve —replicó Olmy.

—¿Dónde está Thistledown?

—En órbita alrededor de la Tierra y de la Luna.

—¿En qué año?

—En el dos mil cinco —dijo Patricia.

—¿Contando en años de Viaje? —quiso saber Korzenowsky, esperanzado.

—*Anno Domini* —le aclaró Olmy.

El Ingeniero, de repente, dio la impresión de estar muy cansado.

—¿Cuánto tardarán en educarme?

—Podemos empezar ahora mismo, incluso antes de que su personalidad acabe de madurar. ¿Es eso lo que desea?

—Pienso que sería mejor así, ¿no creen? —Se volvió de nuevo hacia Patricia y le dijo—: Es usted aún muy joven. ¿Cuánto trabajo ha realizado y a... cuántos artículos ha escrito?

—Todavía no he escrito ninguno de los importantes —replicó ella.

—Esto no es algo que yo hubiera previsto... No es, evidentemente, un resultado de nuestro trabajo. Quiero decir, ¿cómo se me pudo pasar por alto? Y usted tiene que decirme cómo vino aquí... y, ¿por qué usted?

Incluso antes de que Olmy pudiera programar las cosas para poner al día la información, Patricia y el Ingeniero se habían enfrascado profundamente en una conversación.

En cuatro horas, los investigadores, representando a siete de las especies que utilizaban el pasillo, se habían reunido alrededor del andamio. Cada una de aquellas especies había demostrado utilidad para los clientes humanos, aunque, de ningún modo, subordinación; todos eran socios de pleno derecho en la empresa de la Vía, y presentaban una gran variedad de formas, aunque no necesariamente mucho mayor que la de los neomorfos de la Ciudad de Axis, pensó Lanier.

Había tres Frant, envueltos en las brillantes chaquetas de lámina metálica, lo que parecía ser su forma habitual de vestir cuando estaban fuera de Timbl. Un ser con forma de dos uves puestas boca abajo y conectadas por una cuerda gruesa y nudosa de carne —sin ojos visibles y con la piel tan lisa y sin rasgos

como el cristal negro— se encontraba de pie, sin moverse, sobre cuatro pies elefantinos, a unos metros de los Frant; estaba rodeado por una línea roja de cuarentena. Sin embargo no daba la impresión de encontrar la atmósfera incómoda.

Un investigador de Talsit se erguía sobre sus ocho miembros junto a Yates, en el lado norte del andamio, rodeado por una burbuja de tracción que contenía la mezcla particular de atmósfera que le era necesaria —muy poco oxígeno, con un mucho mayor porcentaje de dióxido de carbono y a temperaturas lo suficientemente bajas como para hacer que la condensación se formase en los límites flexibles del campo—. Tenía las musgosas «astas» en constante movimiento. Todos los demás investigadores no humanos estaban rodeados por campos similares, siendo el más llamativo de todos un ser sinuoso, con el cuerpo de serpiente y cuatro cabezas, que estaba suspendido enrollado dentro de una esfera llena de líquido verde intenso, como un espécimen en conserva.

Por lo que podía verse allí, los seres con forma humana no abundaban.

Antes de la reunión, Lanier y el Talsit habían entablado una extraña conversación: extraña por su claridad y por su misteriosa familiaridad, como si no hubieran sido más desconocidos el uno para el otro de lo que lo son unos nuevos vecinos en una fiesta de un bloque de pisos.

El Talsit se encontraba antes en la parte norte del andamiaje conversando con un Frant, mientras un segundo Frant esperaba silencioso por allí cerca. Los Frant se habían homogeneizado varias horas antes; no era necesario que el segundo Frant tomara parte en la conversación a menos que se requiriese un pensamiento paralelo. Lanier y Patricia habían comido tanto como habían querido de una mesa flotante dispuesta con abundante comida. Luego Patricia se había marchado con Olmy para continuar la conversación con Korzenowsky.

Lanier se encontró hablando con el Talsit casi porque no había nadie más con quien hacerlo. El Talsit se había acercado a Prescient Oyu para comentar los planes que el padre de ésta tenía para después de la ceremonia. Al principio la conversación había sido por medio de pictografías, pero luego ella había pasado a hablar inglés, y entonces le había presentado el Talsit a Lanier. El Talsit hablaba un inglés perfecto, aunque no se le movía ninguna parte del cuerpo que mostrara la producción de los sonidos.

Lanier ni siquiera se molestó en mostrar curiosidad; tenía ya una indigestión de maravillas, grandes y pequeñas. Había concentrado toda la atención en encontrar las palabras adecuadas para explicar cómo habían llegado hasta allí. Al entablar conversación con un ser que ni siquiera remotamente tenía forma humana, y cuyo carácter psicológico le resultaba del todo desconocido (si podía hablar inglés, seguramente podría también proveerse de una pantalla para sus procesos reales de pensamiento), Lanier estuvo hablando con bastante naturalidad sobre la Muerte, universos alternativos e invasiones del espacio. El

Talsit, a su vez, le habló de su propia especie. Lanier se encontró asintiendo, comprendiendo a la perfección una historia que le habría resultado incomprensible sólo unos pocos meses antes.

Los seres llamados Talsit eran vástagos de una inteligencia biológica-mecánica unificada que había ocupado en otro tiempo los catorce planetas de un sistema solar muy viejo. En un momento dado, la inteligencia se había almacenado completamente en bancos de memoria, sin individuos físicos manifiestos, algo no muy diferente de la Ciudad del Recuerdo que había en la Ciudad de Axis. Pero poco a poco la inteligencia se había dividido en individuos —una condensación de conciencia dentro del sistema— y los individuos habían creado nuevas formas para su manifestación física. Aquéllas habían sido las especies progenitoras de los Talsit. Dichas especies progenitoras, según parecía dar a entender aquel Talsit, aún existían, pero eran introvertidas y aislacionistas; habían creado a los Talsit para que actuaran como representantes mercantiles. Un circuito de entradas fue a dar casualmente a uno de sus mundos, y empezaron a comerciar, primero con los Jarts, que habían abierto las entradas, y luego con los humanos, después de que éstos hubieran hecho retroceder a los Jarts.

En consecuencia, los Talsit y sus formas ancestrales eran por lo menos cien veces más antiguos que la humanidad.

—Entonces, ¿por qué se toman ustedes la molestia de comunicarse con nosotros? —le preguntó Lanier.

—Considérelo como una afición propia de la vejez, una debilidad senil —le dijo el Talsit sin el menor indicio de superioridad o hipocresía—. Los de mi especie tenemos servicios —particularmente en lo concerniente a la limpieza y reordenación de la información— que los humanos y algunos otros encuentran de un valor inapreciable. Nos complace el hecho de ser útiles y, a cambio, adquirimos informaciones que tienen un gran valor para nosotros.

La llamada para asistir a la ceremonia se produjo unos minutos después, procedente de una campana de sonido agudo y dulce que colgaba de una barra en la parte sur del andamio y que uno de los Frant se encargaba de hacer sonar.

Lanier estaba de pie en posición de descanso, con las manos detrás de la espalda, cerca de la imagen de Korzenowsky y también de Prescient Oyu, mientras Patricia ocupaba un lugar de honor entre Yates y Ry Oyu.

El traje de ceremonia de Ry Oyu era sencillo, y consistía en una camisa de tela blanca burda y en unos pantalones negros. Calzaba zapatillas de tela negra. Yates llevaba una túnica de color verde bosque que mostraba evidentes señales de estar muy usada.

Ry Oyu subió por las escaleras que se curvaban por encima de la parte superior del andamio redondeado. Se detuvo allí un momento, con la cabeza inclinada, y luego le hizo una seña a Patricia para que lo siguiera.

—Tiene usted que aprender esto —le dijo Ry Oyu a Patricia cuando estuvieron en lo alto del andamio—. La clavícula puede decirle el lugar donde se puede abrir una entrada, pero sólo en parte; hay que intuir además dónde está el punto y sintonizarlo con el mundo que desea. Hay tanto de eso que usted llamaría intuición como de cálculo.

Se agachó y cogió el manillar de la clavícula, sacándola del lugar que la sostenía colgada en el centro del resplandor de las líneas de tracción. Patricia miró hacia abajo y sintió que se mareaba; la parte alta del andamio estaba por lo menos a sesenta metros de la base del hoyo.

—Y existe también un ritual. Eso sintoniza la mente —continuó el abridor de entradas—. Eso lo prepara a uno. Puede que no sea estrictamente necesario, pero yo siempre lo he encontrado muy útil. Veamos. —Levantó la clavícula y cerró los ojos—. No estamos buscando hoy el juego de siempre. He estado buscando esta encrucijada durante cincuenta años por lo menos, y hasta ahora siempre me ha eludido. —Abrió un ojo y le dedicó a Patricia una dudosa media sonrisa—. Usted se ha estado preguntando por qué aún estamos aquí, abriendo otra entrada que inevitablemente tendremos que cerrar cuando los Jarts vengan o cuando pase por encima la Ciudad de Axis. ¿No se lo ha estado preguntando?

Patricia asintió.

—Porque a pesar de nuestra deslealtad a los actuales dirigentes Geshels, yo permanezco fiel al Hexamon. Yo serviré al Hexamon aunque ellos crean que soy un traidor, que lo creerán si se enteran del papel que he jugado en la secesión. De modo que, para redimirme a mí mismo, abro esta entrada.

—Sigo sin comprenderlo —le indicó Patricia con la cabeza algo inclinada hacia un lado y sin apartar los ojos de la clavícula.

Ry Oyu quitó una mano de la clavícula y extendió los dedos, moviendo el brazo y trazando con él un círculo.

—Todas las entradas se han sintonizado para que abrieran a otros mundos, a planetas. La Vía pasa por una infinidad de posibles encrucijadas con otros mundos, y nosotros debemos escoger entre una gran gama de esa infinidad cuando sintonizamos en cada uno de los puntos óptimos. Posiblemente se ha dado cuenta ya de que nuestras entradas están siempre espaciadas a distancias no menores a cuatrocientos kilómetros. Eso es a causa del ritmo de los depósitos de geometría. ¿Comprende usted ese ritmo?

Patricia asintió con la cabeza.

—Sí.

—No nos aventuramos a abrir en los mismos depósitos de geometría. Estos se agrupan mezclados con universos alternativos y con las líneas del tiempo de una manera tal que no nos resulta útil. Nosotros trabajamos entre ellos. —Dio un hachazo en el aire con el canto de la mano—. Trabajamos en una extensión de diez metros, y dentro de esa extensión hay quizá mil millones de oportunidades.

Sintonizamos lo más cerca que podemos el lugar en donde está situado un objeto con masa planetaria; la clavícula nos indica la masa pictografiándola directamente en nuestras mentes, proporcionándonos de este modo toda la información necesaria. Toque esto. —Cogió la mano de Patricia y la colocó en el lado opuesto del manillar de la clavícula. A Patricia se le inundó la mente de imágenes, de informaciones—. Ahora míreme a mí.

Ella miró fijamente a Ry Oyu, y éste pictografió en el interior de la cabeza de Patricia una rápida y uniforme variedad de técnicas.

—Sería mucho más fácil si tuviera usted una implantación, pero por lo menos posee la predisposición y la motivación apropiadas para aprender. No puedo proporcionarle toda la habilidad necesaria, pero sí puedo ayudarla a agudizar la intuición. —Continuó dándole instrucciones. Con la mano aún situada en la clavícula, Patricia sintió cómo emergían los torrentes de datos—. No puedo ayudarla a encontrar el camino hasta su casa —le dijo él al tiempo que le daba unos golpecitos en la mano para que soltara la clavícula—. Yo no estaré con usted, ni tampoco Yates, ni Olmy. Todos nosotros tenemos asuntos que atender. Pero si la teoría que usted tiene es correcta, y no veo razón alguna por la que no habría de serlo, entonces puede encontrar la entrada apropiada dentro de los depósitos de geometría. Posee los conocimientos suficientes para intentarlo. Y ahora observe cuidadosamente. Hoy no vamos a abrir a otro mundo. Abrimos sobre la Vía misma.

Patricia frunció el entrecejo.

—Usted ha visto la curva, Patricia; estoy seguro de que ha calculado la curva de la Vía.

—Sí —dijo ella.

—¿Ha visto dónde se cruza a sí misma?

—No.

—Es un cruce muy sutil, y los puntos están muy separados. A tales distancias el carácter de la Vía puede ser muy diferente de unos puntos a otros.

» La Ciudad de Axis acabará por pasar por esos sectores en sus viajes, quizá dentro de millones de años; o mucho más pronto si los Geshels llevan a cabo sus planes actuales. Cuando abramos la entrada en esta unión, sabremos qué es realmente la Vía, qué es lo que hemos creado, y quizá también averigüemos qué extensión tiene. Nos redimimos a nosotros mismos ante el Hexamon, haciendo de pioneros. Y ahora, ¿entiende por qué nos hemos quedado aquí?

Patricia asintió con la cabeza.

Ry Oyu se volvió hacia sus colegas y hacia los investigadores que estaban en la base del andamio.

—¿Está preparado el Ingeniero para presenciarlo?

—Estoy aquí.

—¿Puede usted experimentarlo todo con claridad?

—Sí. Creo que sí.

El abridor de entradas respiró profundamente y miró de reojo a Patricia.

—Hoy todos somos privilegiados —le dijo.

La clavícula empezó a producir un zumbido cuando el abridor pisó el campo de tracción. Le hizo un gesto a Patricia para que lo acompañara. Esta se quedó en las rayas que estaban al lado del abridor y el campo se hundió en el mismo lugar donde se encontraban formando una taza alrededor de ellos. Cuando se detuvieron en el descenso se hallaban a pocos metros del suelo del foso. Ry Oyu se arrodilló y colocó de nuevo la clavícula en el apoyo.

—He reducido la zona hasta sólo unos centímetros de grosor —le indicó.

Levantó la cabeza y, ante la sorpresa de Patricia, empezó a recitar:

—En nombre de la Estrella, fundición de nuestro ser, fragua de nuestra sustancia, el más grande de todos los fuegos; Estrella, danos la luz, danos incluso en la oscuridad el don de la creación correcta.

Ajustó la clavícula y la cogió fuertemente con ambas manos, cerrando los ojos y levantando el rostro hacia las alturas de la concha de la terminal.

—En el Hado depositamos nuestra confianza en la Vía de Vida y Luz, en el modelo del destino final, que no podemos negar, escojamos lo que escojamos y sea cual sea la libertad con que lo escojamos.

» En el nombre de Pneuma, aliento de nuestras mentes, viento de nuestros pensamientos, ya sean nacidos de la carne o hechos en máquina, guía nuestras manos, condúcenos al éxtasis para que podamos crear de verdad nosotros mismos, para que podamos manifestar por fuera lo que hay dentro.

Lanier vio la imagen de Korzenowsky, que iba pronunciando las mismas palabras a la vez que Ry Oyu. ¿Habría escrito el Ingeniero la ceremonia que el abridor de entradas estaba utilizando ahora?

El zumbido de la clavícula subió hasta un tono más agudo. Patricia juntó las manos apretadas ante sí, dándose cuenta de que las estaba poniendo en un gesto de plegaria. No pudo persuadirse a sí misma para descruzar los dedos y poner las manos a los lados.

—Y en el nombre de Nuestros Mayores, algunos de los cuales están con nosotros en esta ocasión, de los que nacieron de la carne y de los que resucitaron por medio de los dones de nuestra creatividad pasada; en el nombre de los que ardieron a fin de que nosotros pudiéramos encontrar un sendero más verdadero, de los que sufrieron la Muerte para que nosotros fuéramos capaces de vivir...

Los dos, Patricia y Lanier, sintieron que se les desbordaban las lágrimas resbalando por sus mejillas.

—Yo levanto esta clavícula hacia mundos innumerables, y llevo una luz nueva a la Vía abriendo esta entrada para que todos puedan prosperar, los que guían y los que son guiados, los que crean y los que son creados, los que alumbran la Vía y los que se calientan en la luz así creada.

Sacó la clavícula del receptáculo y la levantó entre las rodillas. El torrente de pictos que salían de la clavícula le iluminó el rostro con una intensidad que parecía fuego. El zumbido había superado la gama del oído.

—Helo aquí.

» Yo abro un... nuevo mundo...

La superficie de color, bronce de la Vía que estaba debajo de ellos pareció degenerar en un rayado entrecruzado de líneas negras, verdes y rojas. Ry Oyu se levantó, manteniendo la clavícula a la altura de sus manos.

En el borde del foso, de pie tan cerca como podían del andamio, los investigadores, Yates, Prescient Oyu, Lanier y la imagen de Korzenowsky miraban hacia abajo, con la vista fija en la silenciosa tormenta que daba comienzo a la formación de la entrada.

La taza de tracción levantó al abridor de entradas y a Patricia unos cuantos metros. Ella sintió vértigo de nuevo al mirar fijamente la ilusión que giraba con rapidez, preñada de color y de infinitas posibilidades.

La ilusión desapareció dejando un círculo negro aceitoso que se estaba formando en el centro.

Ry Oyu le tendió la clavícula a Patricia. Ésta cogió el manillar fuertemente con las manos.

—Ahora sienta el poder de lo que está sucediendo —dijo el abridor en inglés—. Aprenda la sensación de una correcta apertura.

La clavícula cobró vida viva en las manos de Patricia, era parte de ella, conectada con ella por un constante pictografiar. Las instrucciones que le había dado Ry Oyu habían sido perfectamente detalladas y Patricia las tenía bien claras en su cabeza.

El poder resultaba estimulante. Patricia sentía ganas de echarse a reír mientras la clavícula ensanchaba el agujero en la superficie de la Vía. Por encima de ellos la cúpula incompleta que había albergado la zona de trabajo de Ry Oyu se cambió de lugar y se colocó ella sola en posición, buscando el centro del círculo de turbulencia.

—Este es un momento peligroso —le dijo Ry Oyu—. Si se sale de control, la cúpula nos deja encerrados y allana la turbulencia. Si eso sucede, estaremos perdidos para siempre fuera de la Vía. Iríamos a donde quiera que la entrada abortada nos llevara y no podríamos regresar. ¿Nota ese potencial?

Patricia lo notaba. El estímulo se cambió por una sensación de tener cogido por la cola algo desagradable, asqueroso y hostil. Mantuvo los ojos fijos en la clavícula.

—Eso es —le dijo Ry Oyu—. Olmy no podía haber estado más en lo cierto. Usted es más de nuestro tiempo que del suyo.

Las líneas incompletas y apresuradas de la cúpula se encogieron hasta adquirir el color bronce activo que ellos ya habían tenido ocasión de ver en

aquellos lugares donde estaban asentadas otras entradas. En el centro del foso, el remolino que rodeaba el círculo negro empezó a elevarse lentamente, y el campo de tracción hizo que Patricia y el abridor de entradas se elevaran aún más arriba.

—Sígame —le dijo Yates a Lanier mientras los investigadores se apartaban. Se agruparon de nuevo a unos cincuenta metros del andamio, cerca del lugar donde se encontraba la zona de trabajo del abridor de entradas. El terreno en torno al pozo se iba encorvando, levantándose y formando un túmulo sobre el declive que se estaba levantando en la entrada.

El andamio y las líneas de tracción permanecían llanas. Ry Oyu volvió a sujetar la clavícula.

—Aquí hay cien mil posibilidades —murmuró—. A través de la clavícula puedo sentirlas... puedo experimentarlas. Tengo conocimiento de unos cien mil mundos ahora, pero sólo quiero uno. Estoy *escuchando* para encontrarlo... conozco qué carácter tiene... conozco la tangente particular que ocupa. La clavícula controla su propio sondeo, conservando firmemente su posición, pero yo dirijo... y encuentro.

Ry Oyu tenía una expresión exaltada, triunfante. El círculo negro aceitoso se ensanchó y fue adquiriendo un intenso color azul cerúleo. Alrededor del círculo el material color bronce de la Vía se definió de nuevo, formando una depresión de suave reborde con el centro de color azul. La depresión se hizo más profunda; Patricia no pudo evitar el caracterizar aquel proceso como una cicatrización espacio-temporal, y poco a poco se fue acostumbrando a aquella intrusión tan poco natural.

Alrededor de la circunferencia de la mancha azul vio, como si fuera a través de una cámara oscura o a través de una lente de ojo de pez, algo largo, brillante y fluyente que estaba rodeado de unos objetos sólidos y oscuros.

—La entrada está abierta —le indicó Ry Oyu con los hombros caídos. Depositó la clavícula en el receptáculo y extendió los brazos—. Ahora vamos a ver qué es lo que se encuentra al otro lado.

—¿Entramos? —le preguntó Patricia.

—No —dijo el abridor de entradas con un atisbo de diversión en la voz—. Enviamos a uno de nuestros amigos mecánicos. Él hace el informe y nosotros tomamos la decisión sin riesgo inmediato de nuestras vidas.

La copa del campo de tracción les puso al mismo nivel que las escaleras de la parte superior del andamio. Ry Oyu le indicó a Patricia que lo precediera y fueron a reunirse con los demás cerca de la zona de trabajo.

Un monitor cúbico, de aproximadamente un metro de lado —bastante grande para lo que solían ser aquellos aparatos— subió flotando por la nueva pendiente y pasó a través de las barras del andamio.

Se deslizo con suavidad por la depresión y pasó a través de la entrada. Yates

activó el pictógrafo y lo sintonizó con las señales del monitor, transmitidas por los convertidores de señales del andamio.

A Lanier le daba la impresión de que Patricia había aumentado de estatura. Le parecía que ahora estaba más segura de sí misma, más tranquila. Patricia le cogió la mano y, apretándosela entre las suyas, le sonrió y susurró:

—Puedo hacerlo. Lo noto. Seré capaz de continuar.

La imagen del monitor aún no se había enfocado. Yates tradujo las pictografías que llevaban información sobre las condiciones existentes al otro lado de la entrada.

—El monitor está en un alto vacío —les dijo—, con un recuento muy bajo de radiaciones. Si de verdad nos encontramos en otra sección de la Vía, la hendidura está notablemente inactiva y estable.

—No parece que haya ninguna hendidura —comentó Ry Oyu bizqueando para concentrarse.

La imagen visual se aclaró.

—Es enorme —dijo en voz baja la senadora Oyu.

Fuera cual fuese el punto en el que la entrada había intersectado la Vía, el universo en forma de tubo se había expandido hasta alcanzar un diámetro de por lo menos cincuenta mil kilómetros.

—Impulso geodésico —dijo Patricia.

—Bueno, ésa podría ser la explicación —convino Ry Oyu—. Pero puede no ser inherente.

Lanier no se molestó en pedir una explicación; dudaba que pudiera asimilarla.

La Vía estaba llena de estructuras ciclópeas, de oscuras masas cristalinas que tenían miles de kilómetros de longitud; algunas de ellas flotaban libremente, arrojando amplias sombras sobre las paredes opuestas de la Vía al pasar ante un inmenso tubo de plasma con forma de serpiente y todo lleno de sinuosidades.

—La atracción de la superficie es de aproximadamente una décima parte de G —les informó Yates—. Los parámetros son substancialmente diferentes, Ry. ¿Supone que es otra Vía y no la nuestra?

—¿Tenemos alguna razón para creer que alguien más puede haber hecho un universo como éste? —le preguntó el abridor de entradas.

—No —admitió Yates.

—Nosotros impusimos nuestra propia herencia a la forma de la Vía cuando la hicimos cilíndrica; dudo seriamente de que otros hayan hecho un duplicado. No con el sinfín de posibilidades que existen.

—Sin embargo, esa forma resulta conveniente, es muy práctica si se desea comerciar...

Ry Oyu asintió ante aquello con un breve gesto de la cabeza. Parecía que estaba enfadado, estudiando los resultados de su trabajo.

—Eso de ahí es muy extraño —dijo—. No hay hendidura detectable y el tubo

de plasma es muy irregular. Yo diría que lo han manipulado.

—¿Los Jarts?

—No —contestó el abridor de entradas—. Esas estructuras son muy diferentes de las de los Jarts. No estoy muy seguro de que yo sea capaz de concebir alguna utilidad práctica para ellas: o se trata de distorsiones de la geometría, de abultamientos hacia afuera y de cristalizaciones espacio-temporales, o... —Meneó la cabeza—. O es algo que queda más allá de nuestra comprensión. Y además, dudo mucho que los Jarts sean capaces de haber llegado tan lejos. Esta encrucijada —si es que hay una encrucijada— tiene que estar más allá de uno ex quince, a más de cien años luz por la Vía.

—Entonces no puede haber allí ninguna entrada —dijo Patricia. Yates levantó las cejas.

—¿Por qué no?

—Porque eso está más allá del final de nuestro universo, en el tiempo. Las entradas darían a... —levantó las manos—. Nada. Nulo.

—No necesariamente —la contradijo Ry Oyu—. Pero ha tocado un punto interesante. La Vía está adaptada para encajar las condiciones de su época de origen. Donde sobrepase esas condiciones —siempre que se extienda más allá de ellas— puede alcanzar otros ajustes de manera natural.

—¿Podría la Ciudad de Axis llegar algún día tan lejos en su viaje? —preguntó Prescient Oyu.

—No lo sé. Si la hendidura deja de existir, ellos tendrían que hacer ajustes... sería difícil. Y si no hay hendidura a partir de un cierto punto...

—La Vía se sostiene por sí sola —terminó de decir Yates en su lugar.

—Lo hace, naturalmente. No necesita en absoluto la maquinaria de la sexta cámara ni ningún tipo de conexión con Thistledown.

—Parece vacía —comentó Lanier, no muy seguro de si debía participar o no en la conversación—. No veo tráfico, no hay movimiento.

Yates dio instrucciones al monitor a fin de que vigilase la zona. Las imágenes se agrandaron enormemente, y dejaron ver con más detalle aquellos ciclópeos cristales. La Vía se encontraba llena de ellos, algunos se remontaban a decenas de miles de kilómetros, y el tubo de plasma se curvaba a su alrededor.

Todas las estructuras —incluso las que se encontraban flotando libremente— estaban cubiertas con unos discos semejantes a cúpulas, cada uno de los cuales protegía evidentes burbujas de entradas abiertas. La imagen aumentó de tamaño varias veces. Algunas hebras de luz trémula pasaban formando espesas redes entre las entradas densamente apretadas. Había tráfico —comercio de alguna clase—, pero a una escala inconcebiblemente extensa, y de una especie diferente del que hubieran presenciado nunca.

Más pictografías llegaron de forma intermitente junto con las imágenes.

—Decididamente no hay hendidura —les aseguró Yates—. La Vía en este

punto es completamente estable y autoconsistente.

Patricia parecía medio dormida. Había entrado de nuevo en aquel estado mental suyo, según pudo darse cuenta Lanier. La muchacha se esforzaba por comprender todo lo que estaba sucediendo, y aquello era algo que quedaba, con mucho, fuera del alcance de Lanier.

—Está conectada de un modo causal —dijo Patricia con voz espesa.

—¿Perdón? —preguntó Lanier mirando a los otros fugazmente y cogiéndola por el codo. Ella abrió los ojos de par en par y se lo quedó mirando.

—Si la Ciudad de Axis se desplaza por la Vía casi a la velocidad de la luz, esto es lo que sucederá, incluso antes de que comience su desplazamiento. La Vía yace esencialmente fuera del tiempo, y tiene que dar cabida a cualquier acontecimiento que ocurra dentro de su longitud. Esto es lo que sucederá, sobre todo si separan Thistledown y cierran el final.

—¿Sí? Por favor, continúe... —la animó Yates.

—Ella tiene razón —intervino Korzenowsky—. Es totalmente evidente. Y ahí tienen ustedes a alguien, no se trata de humanos, ni de Jarts, ni siquiera de alguien de nuestro universo, que está sacando ya provecho de la adaptación.

Ry Oyu sonrió ampliamente.

—Me temo que para nosotros no sea tan evidente. Pero por favor, continúen.

Patricia miró al Ingeniero y sintió una oleada de reconocimiento. Ella misma... Algo que había dentro de ella. Korzenowsky hizo un gesto de asentimiento.

—Lo está usted haciendo muy bien —le dijo.

—Lo que estamos viendo son los resultados, trasladados a lo largo de vectores superespaciales, de lo que está a punto de suceder en la Vía —dijo ella—. Yo estaba pensando ya en esto antes de que saliéramos hacia Timbl, después de que el pícaro viniera a visitarme a mi apartamento. Si la Ciudad de Axis se desplaza a una velocidad superior a un tercio de la velocidad de la luz, retorcerá la Vía y creará una conmoción espacio-temporal que excederá la velocidad de la luz y se moverá por delante de la ciudad. La ola de choque operará fuera del tiempo, llegando antes que la causa. La onda de choque ha pasado ya este punto, quizás hace siglos, quizás incluso antes de que se abriera la Vía. Cualquier cosa que viaje sobre la singularidad, sobre la hendidura, a casi la velocidad de la luz, la forzará más allá de su resistencia. Convertirá algunas virtuales partículas en energía, irradiará, « evaporará ». —Patricia respiró profundamente y cerró los ojos, viendo cómo las matemáticas se iban desarrollando incluso al mismo tiempo que hablaba—. La Vía se ha visto forzada a expansionarse hasta tomar una configuración estable. La hendidura ha desaparecido.

Olmy no decía nada, escuchando con calma a Korzenowsky y a Patricia.

Está orgulloso, pensó Lanier.

—Durante varios años-luz, hasta que la Vía se expansione y la ola de choque

producida por la ciudad se disipe, todo quedará esterilizado por delante de la ciudad. No existirá nada en esos segmentos, excepto la ciudad. Todos los rasgos quedarán borrados, todas las entradas se fundirán y se cerrarán. —Patricia señaló hacia las estructuras—. Evidentemente, la Vía se ha expandido aquí, y los objetos relativistas en toda su longitud no la molestarán tanto como en ese lugar.

Lanier se esforzó por resolver el rompecabezas que significaba el hecho de que la Vía desapareciera antes de que se construyera el objeto que iba a forzar su «evaporación». Se perdió en seguida en contradicciones, pero aquellas contradicciones al parecer no molestaban a Korzenowsky ni a los abridores de entradas.

—Cuando hayamos preparado la documentación... Usted puede hacerlo pronto, ¿verdad? —le preguntó a Patricia.

Ésta asintió.

—Con la ayuda de ser Korzenowsky.

—... entonces sabremos más de lo que necesitamos saber —dijo Ry Oyu—. Podemos presentarle nuestro informe al Presidente. Su bando podrá hacer con él lo que le plazca. —Sonrió—. Lo que, en apariencia, deban hacer.

Unos pictos rojos y brillantes aparecieron ante el monitor de defensa, e indicaban que el mensaje era urgente. Olmy se apresuró a recibir la información. Cuando volvió tenía una expresión paradójicamente jubilosa considerando lo que iba a decir a continuación.

—Los Jarts han abierto la entrada que pensaban. Es una remota, se encuentra aproximadamente en uno punto cinco ex nueve. Han bloqueado la última estación de defensa. Hay un tapón de plasma que está alcanzando la velocidad máxima y se halla a unas siete horas de nosotros. Tenemos que marcharnos de aquí inmediatamente.

Prescient Oyu miró a su padre.

—Los Geshels no permitirán que los Jarts los echen fuera —dijo.

—Entonces el Presidente no tiene elección, ¿no es eso? —dijo Ry Oyu—. La Vía escribe su destino, lo mismo que los Jarts. El Presidente debe tomar sus propios distritos y nosotros debemos coger los nuestros, y seguir caminos separados.

A Mirsky y a los otros tres «desertores» les habían asignado unas pequeñas habitaciones esféricas en el Wald de la Ciudad Central. Les habían asignado asimismo tres Geshels homorfos —dos femeninos y uno de sexo dudoso— para atenderlos y guiarlos en su breve educación y adaptación.

Mirsky estaba sentado dentro de su esfera, sintonizado a varios canales de información pictografiada, algunos de los cuales se los iban traduciendo parciales pedagogas que les habían proporcionado los anfitriones. Él y Rodzhensky habían aceptado implantaciones temporales que contribuirían a que su aprendizaje e interpretación se llevasen a cabo con mayor rapidez. Observaban, escuchaban y hablaban poco. Rodzhensky permanecía cerca de él, mientras Rimskaya —el americano con nombre femenino— se mantenía más apartado. A los demás Mirsky les prestaba bastante poca atención. Eran cifras muy pequeñas en un enorme misterio.

Llegaron los anfitriones, encarnados para minimizar la alarma, y les impartieron unas clases breves, aunque llenas de un gran contenido, mientras los huéspedes absorbían cuanto podían.

La sensación de urgencia se palpaba en el aire; excepto los anfitriones, los Geshels prestaban poca atención a los desertores. El Wald estaba casi desierto, pues la mayor parte de sus ocupantes habían tornado nuevos puestos de trabajo para preparar los distritos con vistas a cualquier cosa que pudiera suceder.

Los informes enviados desde las más lejanas estaciones de defensa habían llegado a la ahora dividida Ciudad de Axis. Los Jarts habían conseguido abrir una entrada lejana y habían permitido que el profundo plasma interior de una estrella penetrara en la Vía.

Harían falta aproximadamente unas setenta horas para que la destrucción alcanzara el final de la Vía, pero los ocupantes de los recintos Geshels de la Ciudad de Axis tenían que decidir su modo de actuación rápidamente. Si deseaban permanecer en la Vía y no permitir que los Jarts se la arrebatasen, no les quedaba otro remedio que elevar la velocidad de los distritos que ocupaban hasta que alcanzase por lo menos un tercio de la velocidad de la luz, y tenían que hacerlo antes de encontrarse con el frente de plasma.

Con la entrada del material de la estrella a la Vía, la temperatura del plasma

descendería considerablemente por debajo del nivel requerido para la fusión, pero así y todo permanecería aún alrededor de los novecientos mil grados. Sin embargo, el paso de los recintos Geshels cambiaría aquello.

Cuando chocaran con el frente, la onda de choque espacio-temporal aplastaría el plasma supercaliente hasta convertirlo en una fina película. Esta película, que se colocaría en línea con la Vía después de que ellos pasaran, se habría calentado hasta alcanzar temperaturas mucho más altas de las necesarias para la fusión, y rellenaría entonces la Vía con un plasma aún más potente. En efecto, los distritos convertirían el plasma y la Vía en una nova en forma de tubo.

Mirsky, que trataba de no perder el hilo de las conversaciones públicas, pensaba que aquellos planes eran delirante y deliciosamente desquiciados. Que él muriera o no era lo de menos; se encontraba metido en medio de un gran esquema, mucho más fastuoso que cualquier cosa que nunca hubiera podido imaginar.

Los políticos Geshels, dejados a su libre albedrío por los secesionistas, hacían frenéticos planes. Tenía que haber protección suficiente, tanto en la parte frontal como en la trasera, para evitar que los recintos se inundaran de aquella fuerte radiación; eso provocaría una fuerte tensión en los cuatro generadores principales de la hendidura que todavía les quedaban, que ya se encontrarían bastante sobrecargados al tener que contactar la hendidura a tan altas velocidades. ¿Serían capaces de hacerlo?

Si, decidieron los físicos. Pero con reservas.

Tendrían también que protegerse a lo largo de todo el paso por la hendidura. La misma hendidura emitiría niveles muy altos de radiación letal. ¿Podría mantenerse *toda* la protección que se necesitaba?

Si. Pero con reservas aún más fuertes.

A pesar de las dudas, hubo un sorprendente consenso entre los ocupantes de los distritos. No deseaban regresar a la Tierra; miraban hacia el futuro, no hacia el pasado. Y después de haber luchado contra los Jarts durante siglos, no iban ahora a entregarles la Vía.

Rimskaya, vagando a través de los bosques que había fuera de su esfera, evitaba oír todos los detalles. Rezaba devotamente, sin importarle quién pudiera verle o qué reacción tuvieran al verle. Su principal preocupación consistía en saber si Dios podía oír plegarias pronunciadas fuera del espacio-tiempo normal. ¿Llegaría un momento en que quedarían completamente incomunicados con Dios?

Su anfitrión asignado, un homorfo femenino, se mantenía a cierta distancia a petición del propio Rimskaya, pues se daba cuenta de que podía hacer bastante poca cosa para intentar tranquilizarlo.

Para ella las preguntas que Rimskaya hacía caían en una clasificación de conocimiento extinguida, estaban tan desprovistas de significado como saber

cuántos ángeles podrían danzar sobre la cabeza de un alfiler.

Esperando que les llegaran las noticias de los planes finales, Rodzhensky y Mirsky flotaban a unos metros de distancia el uno del otro entre el verdor. Un dibujo de macramé producido por serpientes de luz iluminaba un profundo claro tridimensional que había más allá de sus apartamentos y proyectaba las sombras de las hojas sobre ellos.

Mirsky observaba al joven cabo cuidadosamente, percibiendo el brillo que éste tenía en la piel, la relajada excitación que se le notaba alrededor de los labios, la manera en que los ojos parecían salirse del rostro. *El futuro es para él una droga*, pensó Mirsky. ¿Lo era también para él?

—Entiendo tan poco de todo esto —le confió Rodzhensky impulsándose a lo largo de una rama para acercarse a Mirsky, que se encontraba en una especie de recodo—. Pero tengo la sensación de que al final acabaré por entenderlo. ¡Nos ayudan tanto! Somos unos extraños para ellos, ¿no le parece? ¡Pero nos reciben tan bien!

—Somos una novedad —dijo Mirsky. No quería dejar que el cabo viera sus propios temores. El corazón le latía más deprisa cada vez que pensaba en lo que les esperaba.

El anfitrión femenino asignado al taciturno americano se acercó moviéndose por tracción hasta el lugar donde se encontraban ellos.

—Su amigo me preocupa —les explicó—. Estamos considerando la posibilidad de devolvérselo a su gente... Él no quiere admitirlo, pero yo creo que ha tomado una decisión equivocada.

—Denle tiempo —dijo Mirsky—. Todos hemos tenido que abandonar un montón de cosas. Todos tenemos mucha añoranza. Hablaré con él.

—Yo también —apuntó Rodzhensky con entusiasmo.

—No —le indicó Mirsky al tiempo que levantaba la mano—. Sólo yo. Rimskaya y yo tuvimos ocasión de hablar cuando yo negociaba con los americanos, y ambos nos ofrecimos juntos como voluntarios.

Rodzhensky, confundido, asintió con un fuerte movimiento de cabeza.

Mirsky llamó con los nudillos en la nacarada y translúcida superficie exterior de la esfera. Desde el interior, Rimskaya contestó.

—¿Sí? ¿Qué pasa? —dijo en inglés.

—Pavel Mirsky.

—No quiero hablar, por favor.

—No tenemos mucho tiempo. O bien usted regresa ahora, o bien tiene que enfrentarse a nuestra decisión.

—Déjenme en paz.

—¿Puedo entrar?

La puerta de la esfera se dilató y Mirsky se introdujo a través de ella.

—Se van a marchar pronto —le explicó—. No habrá elección después de que

comiencen a moverse; se quedará usted aquí para siempre.

El aspecto de Rimskaya era terrible; estaba muy pálido, tenía el pelo rojo de punta en todas direcciones, y el rostro descuidado y con un aspecto sucio después de cuatro días sin afeitarse.

—Me quedo —le dijo a Mirsky—. Ya lo he decidido.

—Eso es lo que le he dicho a su anfitriona.

—¿Habla usted a mi favor?

—No.

—¿A usted qué le importa? Usted ha regresado de entre los muertos. A usted le importa un carajo la posición en que se encuentra; su propia gente trató de matarle. Yo, y yo he abandonado... responsabilidades, lealtades.

—¿Por qué? —preguntó Mirsky.

—Mierda, no lo sé.

—Puede que yo lo sepa.

Rimskaya simplemente se le quedó mirando, sin confirmar ni negar nada.

—Usted, yo, Rodzhensky, quizá también la mujer, somos todos inadaptados. No nos conformamos con vivir sólo una vida. Queremos más. —Extendió una mano como para coger algo—. Yo siempre he deseado ver las estrellas.

—¡Quería usted ver las estrellas y por eso vino al espacio a luchar en una guerra! —le dijo Rimskaya—. No sabemos lo que vamos a ver. Más allá de este pasillo dejado de la mano de Dios. —Enterró la cara entre las manos—. Toda mi vida he sido un terco en mis ideas. Todo el mundo pensaba que yo era viejo y desapasionado... un gilipollas. Matemáticas, sociología y universidad. Mi vida, toda ella pasada entre cuatro paredes. Cuando me enviaron a la Piedra... ¡Dios mío, qué experiencia! Y luego esta oportunidad...

—Sabemos que puede ser interesante, mucho más de lo que podríamos encontrar en la Tierra.

—Los otros regresan para salvar la Tierra —dijo Rimskaya con los puños cerrados y apretados.

—¿Y eso nos hace irresponsables? Quizá. Pero no más de lo que lo son todos los que se encuentran en esta mitad de la ciudad.

Rimskaya se encogió de hombros.

—Mire, ya he tomado una decisión y no pienso volverme atrás. No se preocupe por mí. Estaré bien.

—Eso es todo lo que deseaba oír —dijo Mirsky.

—¿Lleva usted la implantación que le pusieron? —le preguntó Rimskaya.

Mirsky se tiró ligeramente de la oreja derecha hacia delante y volvió la cabeza para mostrarle que, en efecto, la llevaba.

—Yo aún tengo la mía —dijo Rimskaya. Abrió el puño para enseñarle el aparato, del tamaño de un cacahuete.

—Lo va a necesitar —indicó Mirsky. Se demoró un momento más y el

americano, lentamente, se llevó la implantación a la cabeza y se la colocó detrás de la oreja.

—Nos separamos ahora —dijo Ry Oyu a su hija y a Yates. Extendió la mano y la senadora la apretó entre las suyas. Olmy, Patricia, Lanier y Korzenowsky los estaban esperando al lado del disco.

—¿Qué es lo que está planeando ahora? —quiso saber Patricia.

—Se va a ir a través de la entrada —le explicó Olmy—. El Talsit lo acompañará, y también uno de los Frant. Todos los demás vienen con nosotros.

—No sobrevivirán —intervino Lanier—. Posiblemente no podrán llevarse el suficiente alimento, ni oxígeno... no hay tiempo para preparar...

—No se va a ir encarnado —explicó Olmy—. Ninguno de ellos. Le transferirán su personalidad a un trabajador mecánico de larga duración de los de la entrada. Pueden investigar todo lo que quieran, pueden abrir otras entradas, pueden esperar a la Ciudad de Axis, si es que ésta llega hasta esa distancia. Tienen millones de años de energía.

Prescient Oyu movió la cabeza lentamente, contemplando el rostro de su padre.

—Has sido bueno conmigo —le dijo—. No me resultará fácil el no poder hablar contigo... nunca más.

—Ven con los recintos de los Geshels —dijo Ry Oyu—. Es posible que nos encontremos de nuevo, muy lejos, en algún lugar a lo largo de la Vía. ¿Quién sabe cuáles serán sus planes, si tienen éxito? Y además siempre existe la posibilidad de que alguien abra de nuevo esta entrada, de que nos encuentre aquí de nuevo...

—Nadie encontrará de nuevo esta entrada jamás —repuso ella—. Sólo tú eras capaz de encontrarla y de abrirla.

—Ella tiene razón —intervino Yates—. Ésa era una habilidad suya.

Ry Oyu hizo un movimiento con la cabeza en dirección a Patricia.

—Korzenowsky, o la mujer de la Tierra. Ellos podrían... pero claro, Korzenowsky va a volver a la Tierra y ella se va a la caza de algo aún más evasivo. Bueno, de todas formas, nada es definitivo.

—Esto lo es —dijo Prescient Oyu—. Yo voy a regresar a la Tierra. Es eso por lo que tanto hemos estado trabajando. —Le soltó la mano.

El abridor de entradas pictografió un símbolo: la Tierra, azul, verde y marrón,

llena de nubes vivas y brillantes, y, rodeándola, un anillo de DNA; y alrededor de todo esto la ecuación simplificada que Korzenowsky había tomado de uno de los artículos más antiguos de Vásquez.

El Talsit, metido en su fría burbuja, y un Frant con el abrigo blanco de ausencias permanentes —sacado del equipaje sólo unos momentos antes— se encontraban detrás de Ry Oyu. Prescient Oyu se adelantó y besó a su padre; luego se dio la vuelta para ir a reunirse con los demás en el disco.

El abridor de entradas y sus acompañantes se dirigieron hacia el lugar de trabajo y el túmulo que rodeaba la nueva entrada.

—Cumple la promesa que hizo al Hexamon —dijo Prescient Oyu mientras el disco se cerraba alrededor de su grupo—. Él guiará a la Ciudad de Axis, si es que ésta sigue la misma dirección que él. —Tendió una mano hacia Patricia, que de nuevo tenía los ojos húmedos, y tocó la mejilla de aquella mujer de la Tierra. Cogiendo una lágrima, Prescient Oyu se la colocó en su propia mejilla.

Olmy dio instrucciones al disco para que los sacara de la terminal y los llevara arriba, al lugar donde estaban esperando las naves de la hendidura.

Las dos naves de la hendidura, la nave del equipo del abridor de entradas y la nave de defensa en la que habían llegado, se habían separado de la hendidura y colgaban sujetas por campos de tracción, una precaución que habían tomado por si algunas de las naves de defensa que estaban evacuando vinieran del norte. Olmy escogió rápidamente; necesitaban velocidad, y la nave de defensa, más pequeña que la otra, era la más rápida de las dos.

Tenían que alcanzar los recintos, que iban acelerando, antes de que éstos consiguieran llegar a un tercio de la velocidad de la luz. Y entonces les quedarían dos opciones: o bien los recintos recogerían hacia dentro sus generadores y enganches para permitir que la nave de defensa continuara por el paso de la hendidura, o bien la nave de defensa tendría que desengancharse, pegarse a la pared y hacer frente a la onda de presión de partículas y átomos que la ciudad iba empujando.

Pero antes de que encontraran los recintos, Olmy tenía que cumplir la promesa que había hecho a Patricia.

En los sectores áridos, que era en donde Patricia tenía más probabilidades de encontrar los depósitos de geometría que necesitaba, la enviarían con una clavícula a la superficie de la Vía. Le quedaría muy poco tiempo para terminar aquel trabajo; el frente de plasma ya estaría muy cerca, detrás de ellos.

Yates la condujo hasta una parte solitaria de la nave y allí le dio algunas instrucciones sobre el uso de la clavícula.

—Recuerde —le dijo cuando hubo terminado—: Tiene usted el instinto y el deseo, pero no mucha destreza. Posee el conocimiento, pero carece de la

experiencia necesaria. No debe hacerlo precipitadamente, sino que debe actuar con prudencia y mucho cuidado. —Puso las manos en sus hombros y la miró fijamente a la cara—. ¿Conoce las posibilidades de éxito que tiene?

Patricia hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No son muy buenas.

—¿Y aun así quiere arriesgarse?

Ella hizo de nuevo un gesto afirmativo sin la menor vacilación. Yates la soltó y luego sacó la pequeña caja del bolsillo.

—Cuando yo le ponga la clavícula en las manos y le transfiera el uso de sus servicios, crecerá hasta tomar el tamaño normal que tiene cuando está activa. Sólo funcionará para usted. Si usted muere, la clavícula se desmoronará convertida en polvo. Mientras usted viva le servirá... aunque no sé lo útil que le será en el caso de que tenga éxito. Sólo abrirá nuevas entradas desde el interior de la Vía, nunca desde fuera. Reconocerá la existencia de entradas anteriores, incluso aunque estén cerradas...

Yates sacó la clavícula, que ahora tenía poco más de doce centímetros de largo, y se la puso en la mano izquierda.

—Cójala por las dos asas —le dijo empezando a darle instrucciones. Patricia sujetó los manillares con los dedos pulgar e índice de cada mano. La clavícula le pictografió a Yates un firme torrente de símbolos rojos.

—Ahora no la reconoce a usted —le dijo a Patricia—. Le está pidiendo instrucciones a su antiguo dueño. Voy a reactivarla. —Yates le dio instrucciones a la clavícula empleando para ello el código pictografiado.

El aparato comenzó a engrandecerse lentamente en las manos de Patricia, hasta que alcanzó el mismo tamaño de la usada por Ry Oyu.

—Ahora voy a pasarle a usted el control de la clavícula. —Continuó dándole instrucciones en código y Patricia sintió un repentino calor que empezaba a circular entre ella y el instrumento.

Korzenowsky observaba todo aquello situado unos metros más atrás. Lanier flotaba detrás de él, cerca del paso de la hendidura.

—Ahora puedo hablar con ella —dijo Patricia maravillada—. Puedo decirle las cosas directamente.

—Y ella puede comunicarse con usted. Ahora está activa y usted es su dueña —dijo Yates. Había un ligero matiz de tristeza en su voz.

Korzenowsky se acercó a ellos.

—Tengo algunas ideas sobre esa búsqueda que quiere iniciar, sugerencias en cuanto a la técnica —le dijo a Patricia.

—Me encantaría oírlas —dijo ella.

Viajando con una aceleración constante de veinte G, la nave de la hendidura

se trasladaba hacia el sur a lo largo de la Vía.

El frente de plasma alcanzó el sector de sesenta kilómetros reservado para la última apertura de entrada, lanzándose con violencia contra las barreras mientras el extremado calor trastornaba la sutil geometría de las barreras. La primera de ellas se vino abajo, y el pequeño oasis quedó completamente incinerado; el circuito de pozos se fundió y se cerró del todo, y la superficie de la Vía quedó lisa y sin alteración.

Los mensajes finales procedentes de las entradas que se encontraban en la sección de la Vía controlada por humanos hablaban de evacuaciones. Millones de humanos decidieron permanecer en los mundos que se hallaban más allá de las entradas asignadas a ellos, antes de verse en la tesitura de tener que escoger entre las dos secciones separadas de la Ciudad de Axis. Los últimos vestigios de comercio de la Vía se cerraron y las entradas quedaron selladas, preparándose así tanto para el paso de los recintos Geshels como para la llegada del frente de plasma.

A pesar de la proximidad del frente de plasma, Olmy empezó a desacelerar. La nave de la hendidura disponía de dos pequeñas naves voladoras en forma de flecha con la punta roma; Prescient Oyu estaba equipando una para el viaje de Patricia.

Patricia se acercó a Lanier y lo abrazó con fuerza.

—Aprecio todo lo que has hecho por mí —le dijo.

Lanier deseaba convencerla para que no llevase a cabo el intento, pero no trató de hacerlo.

—Tú has llegado a significar mucho para mí —le confesó.

—¿Algo más que una niña tonta a la que has tenido que cuidar? —le preguntó Patricia sonriendo.

—Mucho más que eso. Yo... —Lanier apartó la vista e hizo con el rostro una serie de gestos de malestar; luego movió la cabeza de un lado a otro—. Eres algo fuera de serie, Patricia. —Se echó a reír con fuerza y luego le dijo, entre lágrimas—: No estoy seguro de qué, pero realmente eres algo.

—¿Le gustaría ir con ella? —le preguntó Olmy moviéndose por tracción hacia la popa. Tenía en cada mano un pequeño monitor esférico negro.

—¿Qué? —preguntó Lanier.

—Necesitaré ayuda. Yo voy a ir.

Prescient Oyu advirtió la confusión de Lanier y se lo explicó:

—Usted creará una personalidad parcial. Y el monitor proyectará el parcial. No podrá informarle a usted, naturalmente, puesto que debemos continuar nuestro camino tan pronto como soltemos a Patricia.

—¿Y las personalidades parciales morirán? —quiso saber Lanier.

—Se destruirán al mismo tiempo que los monitores —explicó Olmy—. Pero nosotros no.

Lanier sintió que un viento sobrenatural pasaba por su cabeza.

—Sí —dijo—. Me gustaría mucho.

Ramón leyendo Tiempos de Los Ángeles, Rita preparando una comida para celebrar la vuelta a casa de Patricia. Regresar a casa. Paul, esperando. ¿Qué le voy a decir a Paul? No te lo vas a creer... O bien. Te he sido infiel, Paul, pero... O sencillamente sonreírle y volver a empezar todo desde el principio...

Olmy y Lanier —mejor dicho, sus parciales— iban sentados en la pequeña nave al lado de Patricia. Ésta llevaba la clavícula puesta en el regazo. La pantalla que había ante ella mostraba la árida y lisa superficie de la Vía. Apretó con fuerza los manillares de la clavícula, sintiendo la calidad del superespacio que existía «debajo» de la superficie, que le era transmitida a través de ella.

Lo que estaba buscando era mucho más difícil de encontrar que un grano de arena determinado en una playa. Estaba buscando un universo sin la Muerte y sin ella misma, y también el lugar a donde la Piedra había llegado, aunque sin provocar la guerra, y en donde su otra persona alternativa, de alguna forma, había muerto.

Si no encontraba eso (y Patricia estaba muy lejos de sentirse segura de poder ser tan precisa... aunque tal lugar existiera y fuese distinto a todos los demás), tendría que buscar un universo donde hubiera dos como ella. Buscaría cualquier cosa que pudiese llevarla a casa. Echó una fugaz mirada a la imagen de Lanier. Éste le sonrió, dándole ánimos y dudando al mismo tiempo.

Y de repente, sin que hubiera ninguna razón aparente, sin tener la menor certeza de que fuera a conseguir el éxito, Patricia comenzó a sentirse maravillosamente bien. Patricia Luisa Vásquez existía metida en una burbuja de alegría, independiente de todo lo que había sucedido antes y sin preocuparse por lo que vendría después. Nunca había experimentado una cosa semejante. No era confianza ni euforia lo que sentía; se trataba simplemente de una apreciación de todo lo que ella había experimentado, y de lo que iba a experimentar, de una realización del impulso que desde niña la había empujado a no ser normal. A no llevar una existencia normal, sino a someterse a sí misma a las más extraordinarias experiencias que le fuera posible tener. Siendo el mundo lo que era, hacía mucho tiempo que había decidido que tendría que crear ella misma aquellas extraordinarias condiciones en su propia mente. Y luego el mundo se había vuelto boca abajo. Los universos se habían retorcido de una manera incomprensible y la historia y las acciones de decenas de millones de personas y de nadie sabe cuántos no-humanos habían hecho que las visiones, convertidas en realidad, fueran más extrañas y extravagantes aún de lo que habían sido en su

cabeza.

El momento de Patricia no era solipsístico; no se sentía en absoluto aislada o única. Pero se daba cuenta de lo extraordinaria que era su vida. Ya había realizado sus sueños más descabellados y más profundamente sentidos.

Cualquier otra cosa es superflua —pensó—. Incluso el hecho de ir a casa.

La nave aterrizó suavemente sobre la superficie de la Vía. La clavícula, en manos de Patricia, emitía un zumbido agradable y ajetreado, diciéndole que tendrían que estar a varios kilómetros al sur. Se lo hizo saber al parcial de Olmy y éste hizo ascender la nave para dar otro pequeño salto.

Sobre sus cabezas, la nave de la hendidura aceleraba de nuevo en dirección al sur.

Patricia cerró los ojos, dejando que el torrente de sensaciones de la clavícula pasara a su través. Le pareció ver una especie de resumen de cada racimo de universos alternativos, le daba la impresión de que los probará, de que formaba parte de ellos; pero no podía cogerlos. No podía hacer nada más con las sensaciones que guiar la clavícula. Esta no le transmitía ningún conocimiento detallado sobre los otros reinos; sólo la informaba de que ellos existían, y le decía si entraban o no dentro del campo de aquello que buscaba.

Los parciales no necesitarían un campo protector, pero Patricia sí. Olmy le preparó una burbuja y un ambiente de tracción. Lanier se quedó a su lado. *¿Cuánto de él está aquí?* —se preguntó ella—. *¿Qué se siente cuando una personalidad parcial se destruye?*

Luego concentró de nuevo toda la atención en la clavícula. La escotilla que la pequeña nave tenía en el frente se abrió y Patricia salió a la superficie de la Vía rodeada por la flexible burbuja de tracción que brillaba débilmente. Lanier y Olmy bajaron detrás de ella, caminando a su lado sin necesidad de ninguna ayuda en el alto vacío.

—Tiene usted aproximadamente media hora —le dijo Olmy con la voz transmitida desde el monitor al aparato de fuerza de torsión que ella llevaba puesto—. Pasado ese tiempo la radiación del frente de plasma será peligrosamente intensa. ¿Tendrá tiempo suficiente?

—Creo que sí. Al menos así lo espero. —Patricia comprobó lo que llevaba en la bolsa y encontró todo en su lugar: multímetro, ordenador, pizarras electrónicas de bolsillo y bloques de memoria.

Sostuvo la clavícula delante, buscando. Durante diez minutos caminó hacia delante y hacia atrás, hacia el norte y hacia el sur, mientras la clavícula le transmitía las enormes extensiones de mundos alternativos que iba cruzando a cada paso que daba. Patricia descartó las impresiones procedentes de casi todos ellos, tratando de que no hubiera mezclas en sus sensaciones.

Al cabo de otros diez minutos había conseguido localizar una línea de varios centímetros de longitud que parecía albergar el punto que estaba buscando. Se

puso de rodillas, con la burbuja de tracción, que era cómodamente flexible, bajo ella. La clavícula se guiaba sola dentro de aquel espacio diminuto, y las manos de Patricia no hacían más que completar la conexión causal.

Después de cinco minutos más, la búsqueda se había reducido ya a sólo unas fracciones de milímetro. La información desde cada uno de los universos separados era en aquel momento mucho más compleja; Patricia estaba, naturalmente, muy cerca de una Tierra alternativa, y el período temporal en aquella Tierra era aproximadamente el correcto, aunque con un margen de error de unos cuantos años.

—Dese prisa —urgió Olmy—. El frente de plasma ya está cerca.

Era muy difícil. Las teorías de Patricia resultaban no ser tan precisas como ella había esperado. Incluso dentro de los más pequeños segmentos de los depósitos de geometría se entretejían infinitos mundos con substanciales grados de diferencia. Ahora podía darse cuenta de por qué Korzenowsky y sus seguidores habían considerado inicialmente inútiles las regiones de depósitos de geometría.

La clavícula se detuvo. No hubiera sabido decir si estaba sintonizando la región con la suficiente precisión, pero podría pasarse días de inútil búsqueda sin conseguir acercarse más. Cerró los ojos y dio un apretón final a la clavícula, retorciéndola un poco.

—Estoy preparada —dijo.

—Entonces hazlo —le indicó Lanier. Patricia se dio la vuelta para mirar el parcial y le sonrió con gratitud.

—Gracias por todo.

Lanier asintió con la cabeza.

—De nada. Ha sido fascinante.

—Sí... ¿verdad que sí?

Patricia comenzó a dilatar la entrada. Hacia el norte, el pasillo se estaba llenando ya de un resplandor rojizo. A medida que iban pasando los segundos el resplandor se iba haciendo cada vez mayor, con todos los colores del espectro, naranja, un pavoroso azul verdoso...

El silbido de la clavícula era tan intenso que hacía daño. Patricia vio un círculo de posibilidades que se arremolinaban a sus pies, y luego distinguió el círculo, de poco más de un metro de anchura, que se iba aclarando y que presentaba una imagen distorsionada de cielos azules, algo de color tostado brillante, grandes sombras y agua...

No tenía la situación exacta. Debía de estar sobre tierra firme —eso podía notarlo—, pero no tenía ni idea de qué lugar de la Tierra sería aquella tierra firme. Dondequiera que se hallase, el campo de tracción la protegería.

El parcial de Lanier se inclinó a través del campo de tracción de Patricia para darle un beso de despedida. Tenía los labios flexibles, cálidos.

—¡Váyase! —le ordenó Olmy.

Patricia atravesó la entrada. Era como si bajara resbalando por la ladera de una colina. Todo daba vueltas y se derrumbaba a su alrededor. Soltó la clavícula y luego la sujetó de nuevo con una mano. Se oía el sonido del agua, y había algo enorme, afilado y blanco no muy lejos, un sol cegador...

Lanier y Olmy se enfrentaron a la radiación que ya llegaba donde ellos estaban.

No es como morir —pensó Lanier—. Hay otro yo completo que ahora escapa. Pero él nunca experimentará estas cosas. Yo nunca le informaré de esto.

Quedaron rodeados por un intenso brillo que era más que luz o calor. Olmy hizo una mueca y sonrió burlonamente al mismo tiempo, saboreando la sensación. Ya en anteriores ocasiones había enviado parciales para que muriesen, pero nunca había sabido cuáles eran sus sensaciones. Ahora iba a experimentarlo directamente.

Y el Olmy original aún se quedaría sin saberlo.

—Los monitores durarán una fracción de segundo una vez que estén dentro del propio frente de plasma —explicó a Lanier—. Pasaremos el momento más breve posible en el interior de una estrella...

Lanier, sin sentir dolor y sin demasiado miedo, se situó con la cara enfocada directamente hacia el norte y miró al interior del horno que se precipitaba sobre ellos a seis mil kilómetros por segundo.

Ni siquiera había tiempo para saborear bien aquella sensación.

En la nave de la hendidura, ahora peligrosamente cerca del salvaje plasma, Lanier cerró los ojos y se repitió, una y otra vez, que había cumplido con todas las responsabilidades que tenía con Patricia y que la había acompañado hasta el mismísimo final.

Apretando aún la clavícula y con la bolsa colgada del hombro, Patricia cayó al agua desde una altura de cinco o seis metros.

Ni siquiera se mojó. Quedó tumbada, aturdida en el fondo de la burbuja de tracción, que se había puesto a flotar. El agua, un río o un canal, la arrastró varias docenas de metros desde el momento de la entrada. Patricia miró hacia un lado para ver dónde estaba.

Aquello era justo lo que le convenía. Un intenso penacho de color blanco azulado surgió de la entrada, secó el agua que estaba detrás, convirtiéndola en vapor, y cubrió todo con una espesa nube blanca. Afortunadamente para ella, y para todo lo que había en unos cientos de metros alrededor, la entrada se fundió y quedó permanentemente cerrada en millonésimas de segundo.

Estaba tumbada de espaldas en la burbuja, parcialmente cegada, con una mano puesta sobre los ojos; fue a la deriva durante unos cuantos minutos más hasta que tocó tierra en un banco de arena. Para entonces ya había recobrado bastante la vista.

Se levantó y echó un vistazo al terreno, mientras el corazón le latía con fuerza.

Se encontraba en la orilla de un gran canal recto, de curso perezoso y agua enfangada de color marrón oscuro. La orilla estaba bordeada de altos cañizales verdes. El cielo era de un azul pálido intenso, sin nubes, y el sol brillaba con gran fuerza.

Con ciertas dudas, abrió la burbuja de tracción y respiró profundamente. El aire era suave, limpio y templado.

Se notó más pesada de lo que había sido desde que salió de Timbl. Esta vez no tenía flotador que la levantara. La gravedad resultaba incómoda.

Pero no había duda de que aquello era la Tierra, y Patricia no se encontraba en un paisaje devastado por la energía nuclear. En realidad aquel escenario le resultaba obsesionalmente familiar. Había visto todo aquello antes... en las clases de Biblia a las que Rita se había empeñado en que asistiera de niña.

Protegiéndose los ojos, dirigió la mirada hacia el oeste.

Al otro lado del canal, sobre una meseta, había unas brillantes pirámides tan blancas como el yeso; estaban a varios kilómetros de distancia, pero parecían recortadas en aquel aire claro del desierto. Patricia sintió unos momentos de excitación.

Era Egipto. Podía viajar desde Egipto... aquél sería un problema menor. Podía llegar a casa desde allí.

Se dio la vuelta. Sobre un andamio destartado que asomaba entre las cañas había de pie una niña delgada y morena, de unos diez u once años de edad, desnuda excepto una tela blanca que llevaba atada alrededor de las caderas. Tenía el pelo peinado en muchas y largas trenzas, muy apretadas, cada una de ellas sujeta con una piedra azul en el extremo. La niña se quedó mirando a Patricia con la boca abierta y una expresión mezcla de asombro y temor.

—¡Hola! —saludó Patricia mientras subía penosamente por aquella arenosa orilla—. ¿Hablas inglés? ¿Puedes decirme dónde estoy?

La niña se dio la vuelta hábilmente en el tablado y salió huyendo. Durante un terrible momento Patricia se preguntó si se habría equivocado en sus cálculos y habría resbalado varios milenios hacia atrás en el tiempo... si realmente estaría en el antiguo Egipto.

Entonces oyó un estruendo lejano y miró hacia arriba. Su alivio fue tan enorme que estuvo a punto de ponerse a gritar. Era un avión, probablemente un reactor, que iba volando a gran altura sobre el desierto.

Continuó caminando por la orilla del canal sin dejar de apretar la clavícula al

tiempo que consideraba si sería conveniente o no reactivar la burbuja de tracción, pues el sol se estaba haciendo desagradablemente caliente. Encontró un camino y lo siguió. Después de pasar por una plantación de palmeras datileras llegó a una pequeña ciudad cuadrada construida con ladrillos blancos, cuyas casas eran tan cerradas y uniformes como bancos. Había muy poca gente; era poco más de mediodía y, sin duda, estarían todos descansando hasta que la temperatura refrescase un poco.

Pero algo le preocupaba. No había pensado antes en ello, pero ahora que recordaba...

Colocó la clavícula en el suelo pedregoso y, protegiéndose los ojos con ambas manos, miró de nuevo hacia el oeste. Desde aquella posición pudo ver que las pirámides estaban rodeadas de espesas plantaciones de árboles, aunque no podía saber de qué clase eran. Aquello no parecía correcto. ¿No estaban las pirámides egipcias en el desierto?

¿Y cuántas pirámides grandes había habido en la Tierra? ¿Tres?

Contó ocho pirámides blancas de superficie lisa en una hilera, desfilando hacia el horizonte.

—Me equivoqué —se dijo suavemente.

Lanier flotaba en la proa de la nave de la hendidura, solo y contento de estarlo durante largo tiempo. Kilómetro tras kilómetro, una serie inconmensurable de miles de ellos, quedaban atrás negros, dorados e iguales.

Todo se reducía a que él le debía más a la Tierra que a Patricia. Y no podía ayudar a ésta a terminar el viaje, no podía verla en su destino sana y salva, porque aquel viaje no era el suyo, no era él quien tenía que hacerlo.

¿Lograría sobrevivir Patricia? ¿Alcanzaría el destino que pretendía?

Aunque sobreviviera en aquella Vía de universos amontonados, en aquel semisueño, semipesadilla, estaría tan lejos de él, y tan inaccesible, como si hubiera muerto.

Olmy se movió por tracción y se colocó detrás suyo, aclarándose la garganta.

—Estoy bien —dijo Lanier malhumorado.

—Eso nunca lo he puesto en duda —le indicó Olmy—. Pensé que quizá deseara usted conocer cuál es nuestra situación. Vamos muy por delante del frente de plasma. La radiación es tolerable, aunque yo sugeriría que tomásemos una completa sesión física de Talsit cuando lleguemos.

—¿Qué se sabe de los recintos?

—Hemos comunicado con ellos. Tal como sospechábamos, están acelerando y vienen hacia nosotros. Han accedido a levantar las sujeciones y a dejarnos pasar a través de ellas.

—¿Podremos hacerlo?

—Con un poco de suerte, sí —explicó Olmy—. Ellos irán al treinta y uno por ciento de la velocidad de la luz.

—Supongo que eso será algo digno de verse —comentó Lanier.

—Dudo que podamos ver mucho —dijo Olmy.

—Es una forma de hablar.

—Sí. Tenemos comida disponible, si le apetece a usted. Ser Yates no es autosuficiente, está equipado para comer, y le agradaría contar con su compañía.

—¿Cuánto tardaremos en encontrarnos con los recintos?

—Veintisiete minutos —dijo Olmy.

Lanier tragó saliva en medio de grandes dificultades y se dio la vuelta.

—Claro —dijo—. Podría comer algo.

Pero comió muy poco, sin dejar de mirar nerviosamente durante todo el rato a su alrededor, a la cabina; a los no humanos, recludos en burbujas de tracción, que dormían o se encontraban activos de una forma molesta (la serpiente de cuatro cabezas estaba realizando un rápido y espasmódico ballet en aquel verdoso fluido en que se hallaba); a Prescient Oyu, que le devolvió una mirada franca; luego, mientras comía, Lanier estuvo observando a Yates, que parecía ser el más humano de todos, el más natural en sus costumbres, y que sin embargo era abridor de entradas.

Olmy estaba callado y tranquilo. No lejos de él, el trabajador mecánico que contenía la personalidad reconstruida de Korzenowsky —y también parte de la de Patricia— flotaba envuelto en líneas de tracción, con la imagen de aquél aislada mientras continuaba el largo proceso de maduración final.

Lanier apartó de sí los restos de comida y dijo que prefería esperar en la proa. Olmy se mostró de acuerdo.

Todos se apretujaron en un grupo en la parte de delante; Lanier se colocó al lado de Olmy, de Yates, y de aquel extraño animal que tenía forma de U, en el lado opuesto al paso de la hendidura, rodeado todavía por un campo de cuarentena. Los dos Frant se hallaban bien relajados detrás de ellos, enrollados hacia arriba y mostrando solamente los cuellos y las cabezas extendidos.

Ante sus ojos, el color negro y dorado se fue haciendo más cálido y pasó a naranja y a marrón. La hendidura emitía pulsaciones ligeramente rosadas, perturbada por la aceleración de la nave.

—Sólo unos segundos —advirtió Olmy.

La Vía daba la impresión de inflarse hacia fuera en todas direcciones. Lanier notó un hormigueo en las manos y un picor en los ojos. La hendidura comenzó a vibrar y adquirió un brillo marchito y azulado. La proa transparente se oscureció cada vez más, para compensar aquel brillo. El paso de la hendidura por el medio de la nave vibraba y gruñía.

Sólo unos segundos de vida; menos...

A Lanier le dio la impresión de que estallaba. Gritó a causa del dolor y la sorpresa y estiró con fuerza los brazos y las piernas.

Todo había pasado. Flotando, fue a dar contra una red de líneas de tracción, y parpadeó. La Vía había adquirido de nuevo su habitual color negro y dorado. La hendidura brillaba con un resplandor débilmente rosado.

—No ha habido daños —dijo Olmy.

—Permita que lo corrija —dijo Yates al tiempo que levantaba una mano y se la ponía en el ojo. Lanier le había dado un golpe con el codo. Se disculpó.

—No hay por qué preocuparse —le dijo Yates—. Todo lo más es una buena excusa para tomar algo de Talsit. Muy emocionante, realmente.

Detrás de ellos, acelerando a cuatrocientos G, la creciente onda de choque

espacio-temporal provocada por Axis Nader y Ciudad Central, que estaban enlazadas, se topó con el plasma, y fue entonces cuando dio comienzo el proceso de convertir la Vía en una nova alargada.

El nivel de radiación fuera de la nave de la hendidura aumentó enormemente.

Las cargas estaban ya instaladas alrededor del perímetro de la séptima cámara. Los ingenieros habían estado recorriendo todo Thistledown a fin de hacer las comprobaciones finales de la estructura y probando la maquinaria de la sexta cámara. Cuando el asteroide saliese volando desde el principio de la Vía, la maquinaria de la sexta cámara se vería sometida a una enorme tensión; aquello sería el final de su función como estabilizadora de la Vía, y se padecería un repentino y violento aumento de las actividades de las fuerzas destructivas en el interior de las cámaras.

Los recintos de Axis Thoreau y Euclid habían sido trasladados hacia el norte unos cien mil kilómetros a partir de la séptima cámara. Dentro de los dos cilindros gemelos la confusión reinante era enorme. A la mayoría de los ciudadanos de Axis —los Naderitas, bien fueran ortodoxos o de los otros, y un número sorprendente de homorfos Geshels— les habían sido asignados nuevos apartamentos; eran bastante pocos los que estaban familiarizados con aquellos nuevos recintos. Flotaba en el ambiente cierta sensación de fiesta, de triunfo, aunque también se notaba que el aire estaba enrarecido a causa de la ansiedad.

La gente de la Tierra llenaba a cientos las salas de tratamiento, atendidos por médicos Geshels y supervisados por abogados.

Un homorfo masculino —Hoffman captó la palabra y la añadió a su vocabulario, que crecía rápidamente— tomó muestras de piel a las veinte personas de la Tierra que formaban parte del mismo grupo que ella. Hoffman era la séptima de la cola. Para cada uno de ellos el homorfo tenía una sonrisa y unas cuantas palabras bien escogidas a fin de infundirles ánimos. Era guapo, pero no resultaba de su gusto; tenía los rasgos un poco demasiado marcados y sus características no eran notablemente diferentes de las de una docena más de homorfos. O quizá los sentidos de Hoffman no fueran demasiado sofisticados; estaba acostumbrada a la gran variedad de fisonomías de su época, en la que los defectos inevitables —narices deformadas, corpulencia, dientes mal colocados— producían un carnaval medieval de rasgos diferentes.

Cuando las muestras estuvieron almacenadas, el homorfo sacó una taza en forma de cara de la caja de herramientas flotantes que llevaba.

—Esto sirve para realizar una serie de análisis médicos —les dijo—. Las pruebas son voluntarias, pero la cooperación de ustedes puede servir de gran ayuda.

Todos cooperaron, escudriñando dentro de la taza y observando una serie de complejos dibujos durante varios segundos.

Durante todo este proceso, Hoffman experimentó una sensación que no era de sufrimiento ni de servilismo, sino más bien de camaradería. Muchos de los presentes proyectaban orgullosamente banderas sobre el hombro izquierdo. Se trataba de banderas de la India, de Australia, de China, de Estados Unidos, del Japón, de la URSS y de otras naciones. Todos estaban deseosos —incluso ansiosos— de hablar con sus protegidos en las lenguas nativas de éstos.

Una vez que los exámenes médicos estuvieron terminados, condujeron a toda la gente de la Tierra hasta una serie de ascensores que se abrían a un lado del rellano. Ann Blakely, la antigua secretaria de Lanier y que ahora lo era de Hoffman, salió de otro grupo y cruzó para acercarse a Hoffman. Con ella iba Doreen Cunningham, la antigua jefe de seguridad del recinto científico.

—Todo el mundo está muy tenso —le susurró Cunningham a Hoffman.

—Yo no —dijo Hoffman—. Me encuentro como si estuviera en alguna especie de festejo. Estos muchachotes se encuentran ahora a cargo de la situación. ¡Oh, Señor! —Acababa de mirar al interior del ascensor. No tenía suelo. A pesar de que los que les atendían dieron toda clase de explicaciones e hicieron una demostración, tuvieron que rogarles varias veces hasta conseguir que avanzaran.

Se sujetaron unos a otros mientras un grupo de sesenta comenzaba a ascender. Cunningham tenía los ojos cerrados. La mayoría de los rusos se habían resignado a lo peor, le explicó a Hoffman; el melancólico pesimismo de los rusos los hacía estar aislados.

—Me han dicho que unos cuantos de los nuestros han desertado —dijo Hoffman, resuelta a no quitar la vista de la espalda de la persona que tenía delante. Las paredes del ascensor eran demasiado uniformes para que se advirtiese el movimiento, y no producía ningún tipo de sensación, ni agradable ni desagradable; pero a pesar de todo a Hoffman no le estaba gustando el viaje.

—Cuatro, dos rusos y dos americanos; eso es lo que he oído —comentó Ann.

—¿Alguien sabe quiénes son?

—Rimskaya y Beryl Wallace —dijo Cunningham.

—Beryl... —Hoffman levantó las cejas y movió la cabeza de un lado a otro —. Nunca me hubiera esperado eso de ella... ni tampoco de Rimskaya. —¿Le daba la impresión de que la hubieran traicionado? Aquello era del todo ridículo—. ¿Y quiénes son los rusos?

—Uno de ellos es Mirsky —dijo Ann—. Pero no reconocí el segundo nombre que me dijeron.

A Hoffman no le sorprendió en absoluto que Mirsky fuera uno de los desertores. Podía adivinar bastante bien el carácter de los extraños, pero no el de la gente que se encontraba bajo su mando. Hasta ahí llegaban los instintos de un

administrador jefe.

Los apartamentos que les correspondían estaban esparcidos por los recintos. Otros homorfos salieron a recibirles cuando los grupos se dividieron en otros más pequeños, y a continuación les acompañaron a sus habitaciones, que se encontraban en distintos niveles.

—Compartirán ustedes los apartamentos de tres en tres —les indicó su acompañante—. El espacio resulta ahora algo muy valioso.

—¿Compañeras de habitación? —preguntó Cunningham a Hoffman y a Blakely.

—Sí, compañeras de habitación —respondió Hoffman. Blakely asintió.

El grupo de doce del que formaban parte fue mermando rápidamente mientras los acompañantes los iban metiendo en las habitaciones vacías. Ellas eran las tres últimas, e iban acompañadas por un solo homorfo femenino que llevaba pictografiada una bandera rusa sobre el hombro izquierdo. El apartamento que les tocó en suerte se encontraba en el extremo de un pasillo cilíndrico, largo y suavemente curvado. Unos números verdes, situados debajo de la puerta, empezaron a brillar cuando se acercaban.

Las habitaciones eran pequeñas y estaban muy vacías. El homorfo se quedó un rato para darles algunas instrucciones básicas sobre el uso de los servicios de datos. Luego les deseó buena suerte y se marchó.

—Vaya una prisa —comentó Blakely al tiempo que movía la cabeza.

—Puesto que nosotros no entramos en la acción, en la carrera o lo que sea, podemos acomodarnos.

Al cabo de unos minutos estaban discutiendo vivamente las posibilidades de decoración del apartamento con un fantasma asignado procedente de la biblioteca. Les quedaban aún varias horas antes de la Evasión, como lo llamaban; Hoffman decidió utilizar aquel tiempo para ponerse en contacto con los otros que se encontraban en el recinto y que tenían ya habitaciones asignadas.

Blakely y Cunningham se decidieron por una decoración intermedia que proporcionaba algo de color y de forma —y aparentemente un espacio mucho mayor— al apartamento. Hoffman se reunió con ellas para examinar las instalaciones que habían hecho y para probar la comida que les proporcionaba una cocina automática empotrada en un rincón.

El fantasma asignado les informó de que los ciudadanos, lo mismo que la gente de la Tierra, podrían presenciar la evasión casi enteramente. Monitores instalados por todo Thistledown iban a retransmitir vistas detalladas de todos los acontecimientos, así como de sus resultados; cada uno tenía un asiento de primera fila, si lo deseaban.

Una vez saciada el hambre y la curiosidad por jugar con las cosas del apartamento, las tres mujeres se sentaron ante un documental continuo de lo que estaba sucediendo en el asteroide y en los recintos.

Las imágenes resultaban casi demasiado reales. Después de unos minutos, Cunningham se dio la vuelta y empezó a reír tontamente de manera incontrolable.

—Esto es ridículo —dijo al tiempo que se apretaba las mejillas y rodaba por la alfombra de dibujo oriental que había en el apartamento—. Es terrible.

Blakely fue la siguiente en contagiarse.

—Estamos histéricas —comentó; y aquello las llevó de nuevo al paroxismo—. No tenemos ni idea de lo que pasa.

—Oh, yo sí —dijo Hoffman solemnemente sintiéndose excluida.

—¿Qué? —le preguntó Cunningham esforzándose por ponerse seria.

Hoffman cerró la mano hasta casi formar con ella un cilindro. Las miró a través de la mano.

—Van a volar uno de los extremos, el que nadie ha tratado nunca de perforar. El polo norte.

—¡Jesús! —exclamó Cunningham, y sus risitas se terminaron con la misma rapidez con la que habían comenzado—. ¿Qué habría pasado si hubiéramos intentado perforarlo? ¿Dónde habrían terminado las perforaciones?

—Van a volar el polo norte —repitió Hoffman ignorando la pregunta sin respuesta que le hacía Cunningham—, y a separar la Piedra del pasillo. Y después...

—¿Qué? —preguntó Ann con aspecto de lechuza y también muy seria.

—Esta mitad de la ciudad abandona el pasillo. Nos vamos a convertir en una estación espacial.

—¿Y la Piedra? —quiso saber Cunningham.

—Otra luna.

—¿Y vamos a regresar a la Tierra? —preguntó Blakely. Hoffman asintió.

—¡Maldita sea! —exclamó Blakely—. Es un... No sé lo que es. Un cuento de hadas. Quizá sea el día de la resurrección. ¿Cómo lo llamaban? Éxtasis. Gente muerta que vuela hacia arriba por las autopistas. Gente que sale de los coches a través del techo. —Apurada, Blakely se volvió hacia las imágenes que se estaban proyectando—. Eso no tiene ningún sentido, ¿verdad? No hay autopistas. Tampoco hay coches. Sólo ángeles que vienen del cielo.

Hoffman lanzó un profundo y estremecido suspiro.

—Tienes razón —le dijo—. Es como un cuento de hadas. —Luego, de repente, se echó a reír y no consiguió detenerse hasta que sintió que le dolían los pulmones y que tenía el rostro cubierto de lágrimas.

Una hora antes de la programada para la evasión, el repcorp Rosen Gardner pictografió un mensaje personal a Hoffman pidiéndole permiso para visitarla. Minutos después llegaba a la puerta del apartamento en persona, « encarnado » ,

se recordó Hoffman a sí misma. Le invitó a entrar. Para entonces ya todas habían recuperado cierto control.

La labor política en nombre del dividido Hexamon y de los Naderitas ya no era necesaria, le explicó Gardner; se había ofrecido voluntario para actuar como reppcorp en el Nuevo Nexo para la gente de la Tierra, y había escogido a Hoffman como la persona más lógica con quien hablar. Ofreció el tenerla informada haciendo un enlace con ella de su propio servicio privado de datos e información.

Hoffman pensó, no sin cierto pesar, que se le habían terminado las vacaciones. Volvía a estar de servicio.

—También les traigo noticias —dijo Gardner quedándose de pie ante ella con las manos cruzadas detrás de la espalda. Hoffman estaba comenzando a comprender el sentido de los Naderitas ortodoxos, seres entregados, casi caballerescos, no muy distintos de algunos de los políticos conservadores con los que había tenido que tratar en la Tierra—. Tenemos noticias de Patricia Luisa Vásquez y de las cuatro personas que fueron enviadas a buscarla.

—¿Sí?

—Tres de los cuatro han regresado a nuestros recintos. Son Lawrence Heineman, Karen Farley y Lenore Carrolson. Durante cierto tiempo los Geshels los han mantenido en cautividad, me avergüenza decirlo, en Axis Nader y Ciudad Central. Los soltaron unos momentos antes de que los recintos Geshels empezaran la aceleración. Pronto se reunirán con el resto de ustedes.

—¿Y los otros?

—A Patricia Luisa Vásquez le concedieron una oportunidad de encontrar el camino de regreso a casa —continuó diciendo ser Gardner—. Lo que eso significa, exactamente, no lo sé con seguridad; los detalles están tan sólo esbozados. Ella y Garry Lanier fueron retenidos y enviados con el abridor de entradas y su grupo a uno punto tres ex nueve. Muchos de los miembros de ese grupo, incluyendo a Lanier, vienen ahora de regreso, y han conseguido pasar sanos y salvos a través de los recintos. Sin embargo no regresarán a nuestro sector a tiempo para reunirse con nosotros.

Hoffman no tenía ni idea de lo que era un «abridor de entradas», y no le pareció apropiado preguntarlo. Podía averiguarlo después.

—¿Van a salir del pasillo?

—No lo sé —dijo Gardner—. Su jefe, ser Olmy, ha sido informado de nuestro horario. Él cree que pueden escapar al cierre de la Vía. Pero se han retrasado porque han tenido que detenerse en varias entradas que han sido abiertas de nuevo a fin de dejar bajar a sus clientes no humanos.

Hoffman asimiló la noticia en silencio, dándose ligeras palmaditas en el muslo con la mano izquierda. Se había hecho ya a la idea de que los cuatro que habían sido enviados en misión de rescate y Vásquez habrían muerto o se habrían

perdido de forma irrecuperable en medio de toda aquella confusión. Por entonces incluso ya había conseguido empezar a olvidarlos. Y ahora, de nuevo, tenía algo por qué preocuparse, con bastante poco conocimiento de los peligros que les rodeaban y de las posibilidades de éxito.

—La hora cero llegará para nosotros dentro de cuarenta y tres minutos —les indicó el repcorp Gardner—. Y a propósito, he pensado que debería informarles de que un pequeño grupo perteneciente a su gente se ha puesto a abordar a algunos ciudadanos del Hexamon. Se está celebrando una especie de «fiesta salvaje» en los apartamentos de Axis Thoreau. Parte del personal femenino de ustedes está concediendo favores sexuales a cambio de no sé qué productos. Le he prohibido esa fiesta a toda mi gente.

Hoffman se lo quedó mirando, asombrada, sin saber cómo reaccionar.

—Eso es bastante prudente —acertó a decir finalmente—. No sé quién corrompería más a quién.

En la Piedra:

Oscuridad y quietud de una punta a otra de las siete cámaras. En la primera cámara se habían formado nubes desde la rerrotación; la lluvia amenazaba en la oscuridad.

En las perforaciones, el absoluto silencio del vacío y ninguna actividad, salvo el vuelo ocasional de un diminuto monitor.

En la segunda cámara un débil silbido de viento mientras la atmósfera recuperaba de nuevo el equilibrio. Más ventanas habían resultado rotas, y algunos edificios, incluyendo un mega, se habían derrumbado a pesar de todos los esfuerzos de los ingenieros.

En la tercera cámara algo muy parecido, aunque no se había derrumbado ningún edificio. Los resplandores esparcidos de las ventanas de ilusart, aún activas, en la Ciudad de Thistledown, parecían un enjambre de luciérnagas.

En la cuarta cámara los bosques arrasados y las aguas desbordadas habían llegado finalmente a hacer las paces. Aquellos mismos recintos que en otro tiempo estuvieran ocupados por el personal de los bloques, del Este y del Oeste, habían sido arrastrados por las aguas, y los escombros habían ido a parar a los lagos o se habían amontonado contra los árboles, cerca de las orillas.

Los que habían muerto para invadir o para defender la Piedra —la Patata, Thistledown— yacían aún en sus tumbas, sin ser vistos; sus modelos habían volado, sus personalidades habían desaparecido, sus Misterios se habían hecho todavía más misteriosos.

La quinta cámara: tan oscura y hueca como una gran caverna de la Tierra, con sólo el eterno sonido de las cascadas y de los ríos.

La sexta cámara, vigilante, la única cámara, además de la séptima, que

estaba aun iluminada por un tubo de plasma, aunque éste era incierto y poco de fiar.

El tubo de plasma parpadeó y se extinguió. No importaba. Todos los preparativos se habían llevado ya a cabo, y ahora solamente los monitores patrullaban por la gran extensión de Thistledown.

La séptima cámara. Un suave viento soplaba procedente del casquete haciendo susurrar los bosques de árboles pequeños; holgazaneaba por entre la tienda abandonada con un débil silbido y hacía ondear la lona.

Una parte de la tienda estaba hundida por el lado donde un mástil se había soltado a causa de la ausencia de rotación. Sorprendentemente, pocas cosas más se habían estropeado.

Los detonadores esperaban pacientemente al lado de las cargas.

Los recintos unidos de Axis Thoreau y Euclid se encontraban demasiado lejos Vía abajo para que pudieran verse desde este punto sin ayuda de un telescopio de largo alcance. La Vía parecía vacía, infinita, eterna y serena; la cosa más grande que nunca fuera creada por seres humanos.

Fuera de Thistledown, el espacio negro, las estrellas, la Luna y la pobre Tierra, maltrecha, quemada, asediada por el invierno, donde unos pocos, si es que quedaba alguien, pensaban aún en el asteroide o en la posibilidad de un rescate. ¿Cómo podían ser rescatados de semejante miseria y muerte? La historia los había pasado por alto.

Las revisadas máquinas de conducción Beckmann del asteroide estaban preparadas para participar en el drama, acumulando la masa de reacción que tendrían que expulsar y desmaterializar en rayos combinados. Reducirían el empuje de la patada producida por la separación y, combinados la patada y el contraempuje, maniobrarían con Thistledown hasta colocarlo en una órbita circular alrededor de la Tierra, a una altura de unos diez mil kilómetros.

Los recintos de Axis Thoreau y Euclid comenzaron su aceleración, en una carrera aparentemente suicida, para aplastarse contra el casquete de la séptima cámara. En su interior veintinueve millones de seres humanos —corpóreos y de los otros— hacían todas aquellas diferentes cosas que los humanos suelen hacer mientras aguardan para averiguar si van a vivir o a morir.

Detrás de los recintos, a medio millón de kilómetros Vía abajo, una insignificante nave de defensa de la hendidura estaba desacelerando drásticamente, mientras la hendidura, delante de ella, brillaba con un color violeta azulado. La nave tendría que frenar hasta alcanzar la velocidad orbital de la Tierra en el momento en que siguiera a los recintos engarzados al salir del final de la Vía, si es que una nave era capaz de conseguir tamaña proeza.

Las cargas enterradas en las paredes de la séptima cámara se sincronizaron.

Se retiraron las sujeciones de Axis Thoreau y Euclid, y los enormes cilindros se deslizaron en dirección sur hacia el casquete de la séptima cámara a poco más

de cuarenta mil kilómetros por hora, u once kilómetros por segundo.

Los detonadores alcanzaron el microsegundo señalado.

En el interior de la séptima cámara se produjo un ruido que iba más allá de cualquier posible descripción humana. Miles de millones de toneladas de rocas y de metal se metieron precipitadamente hacia el eje desde los siete puntos de carga, y unas inmensas fisuras salieron disparadas hacia el vacío del espacio.

Alrededor del polo norte del asteroide, el polvo y los escombros se esparcieron en un amplio abanico circular, seguido de un resplandor blanco más brillante incluso que el sol. El resplandor palideció hasta adquirir un color rojo y púrpura. Una roca en forma de bonete de monje y de unos setenta kilómetros de anchura fue impulsada al exterior desde el asteroide. El asteroide se retiró mucho más lentamente de su extremo cercenado, y durante un brevísimo momento hubo entre ellos un agujero en el espacio, lleno de luz del tubo de plasma, que mostraba una infinita perspectiva...

Fuera del cual se precipitaron volando los recintos enganchados de Axis Euclid y Thoreau, esquivando por poco el propio asteroide, apartando los escombros como campos de tracción cónicos. A través del resplandor, que se desvanecía poco a poco, y de los fragmentos de roca y metal que giraban sin cesar, los recintos pasaron quedando fuera del alcance de las conducciones Beckmann de Thistledown. Entonces las conducciones realizaron algunos disparos para maniobrar con Thistledown y ponerlo en órbita.

La Vía ahora se había convertido ya en una entidad independiente. El agujero del espacio empezó a sanar, envuelto en mil variedades de oscuridad —violeta y verde mar, carmín e índigo— y desencadenando dentro del vacío vientos más fuertes que mil huracanes.

Cerrándose.

Sellándose para siempre apartada de este universo.

Olmy se recostó y cerró los ojos. Yates estaba más animado, frotándose las manos. La senadora Oyu se mostraba tan fría como siempre, pero Lanier notó que movía los ojos frecuentemente y a tirones.

Si Prescient Oyu estaba aunque fuera ligeramente nerviosa y Olmy estaba resignado, Lanier pensó que en ese caso él tenía todo el derecho para estar aterrado.

—¿Vamos a conseguirlo?

—A duras penas —le respondió Olmy con los ojos todavía cerrados.

Lanier iba de cara a la proa.

El brillo de las siete ráfagas coordinadas había vuelto opaca la proa. Ahora

ésta se estaba aclarando y les ofrecía una vista del principio de la Vía. Dentro de un círculo brillante de escombros de asteroide derretido y de regueros helados de vapor de agua que se precipitaba con violencia, se veía un círculo de negrura.

El círculo se iba encogiendo, quedando substituido por una nulidad iridiscente que hacía daño a los ojos: el nuevo final de la Vía.

Y luego, dentro del círculo negro que iba disminuyendo, Lanier vio una desvaída media luna blanca. Parpadeó.

La Luna.

La nave de la hendidura giró rápidamente en la atmósfera que estaba precipitándose hacia fuera. La nulidad tornasolada ya casi había completado su cometido; pareció que tardaban una eternidad en acercarse a la negrura que se encogía rápidamente y a la Luna creciente.

Trozos de tierra salieron de las paredes y envolvieron el reciente y nacarado confín. El confín eclipsó la Luna.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Lanier. Juntó fuertemente las manos y cerró los ojos.

EPÍLOGO

CUATRO COMIENZOS

1

6 DESPUÉS DE LA MUERTE

Y todos los caballos del rey y todos los hombres del rey...

La frase le venía a la mente con cierta frecuencia a Heineman mientras pilotaba una pequeña nave en forma de flecha desde un punto devastado hasta otro punto más devastado todavía, por toda la redondez del globo. Lo que la propia Muerte no había conseguido incinerar o envenenar, el Largo Invierno se había encargado de dejarlo completamente asolado; durante un tiempo había dado la sensación de que ni siquiera la inventiva, la tecnología o el poder del Nuevo Hexamon mismo, podrían arreglar la situación.

No obstante, como Lenore —su mujer desde hacía cuatro años— le recordaba en los peores y más desalentadores momentos, «ellos se las arreglaron para remontar las dificultades incluso sin nuestra ayuda, así que nuestra presencia tiene que hacer que las cosas mejoren más aprisa».

Pero ni siquiera la esperanza ni las perspectivas de un futuro más brillante conseguía borrar o reducir el amargo rencor que le produjo a Heineman lo que había visto en el curso de un solo día de inspección.

India, África, Australia y Nueva Zelanda, así como una gran parte de Sudamérica, habían salido de la Muerte con unos daños mínimos. América del Norte, Rusia y Europa habían quedado prácticamente estériles. China había perdido un cuarto de la población en el intercambio nuclear; otros dos tercios de la misma habían muerto de hambre durante el Largo Invierno, que sólo ahora estaba comenzando a remitir con ayuda del recinto orbital. El sureste de Asia se

había desmoronado al verse envuelto en la anarquía, la revolución y el genocidio. La destrucción allí era casi absoluta.

Cenizas, llanuras secas y estériles, valles y colinas cubiertos de nieve que pronto se convertirían en glaciares; nubes grises que se deslizaban rápidamente, cargadas de nieve, proyectando sombras negras sobre la tierra en barbecho; continentes que habían sucumbido ante las bacterias, las cucarachas y las hormigas, y en medio de estas nuevas ecologías unos cuantos animales desperdigados que en otro tiempo se llamaron seres humanos, que en otro tiempo habitaron en casas confortables, conocieron las bases de la electricidad, tuvieron periódicos y participaron en los puntos de vista de su provincia sobre la realidad...

Seres que en otro tiempo habían tenido tiempo para el lujo de pensar.

Resultaba del todo descorazonador. Heineman llegó a pensar que sus congéneres, los ingenieros, científicos y técnicos de la Tierra, no habían sido más que instrumentos del propio Satán. El latente cristianismo de Heineman volvió a surgir en él con cierto sentimiento de venganza. Heineman conocía bien la paciencia de Lenore, severamente puesta a prueba, pero de las laberínticas visiones del Apocalipsis, de los ángeles y de la resurrección que él experimentaba podía, por lo menos, obtener algún consuelo, encontrarles sentido y buscar en ellas el destino y el plan de Dios. Si alguna vez él había sido un agente de Satán, ahora —sin cambiar de ocupación— se había convertido en un agente de los ángeles, de los que querían transformar la Tierra en un paraíso...

Lenore había intentado, una y otra vez, dejar bien claro que los ingenieros eran tan responsables de la salvación de la Tierra como de su destrucción. Sin las plataformas orbitales y toda la demás parafernalia de la defensa con base en el espacio, la vida habría sido barrida por completo de la Tierra; las plataformas, tanto las de la NATO como las soviéticas, habían conseguido destruir aproximadamente el cuarenta por ciento de todos los misiles.

No había sido suficiente, no había sido suficiente...

Y cuántos niños, cuántos animales, cuántos inocentes y...

Pero, como decía Leonore, nadie nacido con una boca y una necesidad es inocente...

En general tenía razón, naturalmente.

Los amos a quienes servía ahora no eran perfectos, y tampoco muy angelicales. Eran inteligentes, poderosos, razonables; los jefes que tenía ahora carecían por completo de la ignorante y excéntrica ceguera de que hacían gala los jefes de la Tierra. Pero aún disentían unos de otros, a veces con grandes diferencias.

Así pues, Heineman, junto con su mujer, volaba por los cielos de la Tierra y trazaba mapas de los daños que veía, en la esperanza de que llegara el día en que las hierbas crecieran y las flores brotaran de nuevo, en que las nieves

retrocedieran y el aire estuviera limpio de radioactividad. Trabajaba mucho para conseguir que llegara ese día.

Y era leal a sus nuevos amos, porque había vuelto a nacer en más de un sentido. El primer día que regresó a la Tierra había sufrido un fatal ataque de corazón.

Larry Heineman ocupaba ahora su segundo cuerpo. Lenore le aseguraba que era mejor que el primero.

Él albergaba sus dudas, pero realmente se sentía mejor.

Era el crepúsculo en Nueva Zelanda, con otra espectacular puesta de sol en perspectiva. Por encima, el gran faro de Thistledown surgía claro y siempre iluminado, y no lejos de éste el veloz punto de los recintos orbitales cruzaba el cielo en dirección opuesta.

Garry Lanier salió de la tienda de Talsit y vio a Karen Lanier, que estaba hablando con un grupo de granjeros junto a la valla del campamento. Los granjeros habían traído a sus hijos al campamento dos semanas antes para que se sometieran a la limpieza por Talsit; aquellos niños, al menos, no engendrarían monstruos, ni sufrirían los efectos, a largo plazo, del envenenamiento por radiación. Pero en los adultos quedaba todavía una enorme cantidad de recelo y desconfianza; los primeros rumores que corrieron, rumores de invasión por parte de extraterrestres y de hordas de demonios que viajaban por el cielo, habían parecido extrañamente convincentes en el período que siguió al fin del mundo. El evidente embarazo de Karen —de seis meses— contribuyó mucho a convencerles de que estaban tratando con seres humanos auténticos.

Lanier no le había contado aún su propia historia a ningún superviviente en los confines de la Tierra. ¿Quién podría asimilar un cuento tan increíble y complicado, cuando los pensamientos de cada cual estaban centrados en la simple supervivencia y en la salud de los propios hijos, de las ovejas o de la gente del pueblo?

Se hallaba de pie, con las manos metidas en los bolsillos del mono, y observaba a Karen, que estaba hablando tranquilamente con los pastores. Habían vivido y trabajado juntos desde que regresaran a la Tierra y se habían casado hacía dos años. Llevaban una vida muy ocupada y era bueno para el uno tener al otro, pero...

Él aún no estaba contento, aún no se encontraba del todo libre de las innumerables neurosis que había contraído en la última década. Al menos ahora sentía que los bordes de las heridas mentales que había recibido empezaban a cerrarse y a curarse, cicatrizando, quizás incluso borrándose sin dejar huella.

Lanier sólo tomaba sesiones físicas de Talsit para limpiarse el cuerpo; las necesitaba por lo menos cada seis meses a fin de contrarrestar los efectos

nocivos de la radiación atmosférica. No quería entregarse al Talsit mental, a pesar de la insistencia de Olmy; era, al fin y al cabo, un áspero individualista y prefería llevar a cabo aquella clase de cosas por sus propios medios.

Unos meses más tarde Karen y él, siempre que pudieran pasarse sin ellos en aquel trabajo, se reunirían con Hoffman y Olmy, y a lo mejor incluso con Larry y Lenore. Recargarían las implantaciones temporales de que disponían con nuevos entrenamientos y nuevos datos, y trabajarían con el repcorp de la Tierra, Rosen Gardner, y con la senadora de la Tierra, Prescient Oyu, para coordinar la enorme tarea de limpiar la atmósfera y reorganizar a los supervivientes.

Paradójicamente, los Naderitas tendrían pronto que vérselas con los nacientes llantos de su propio credo, que estaba cobrando fuerza rápidamente en zonas que no habían sido aún tocadas por la reconstrucción.

Lanier no pensaba ahora frecuentemente en la Vía, ni en lo que había sucedido años atrás. Tenía la mente demasiado ocupada con problemas más inmediatos.

Pero de vez en cuando cerraba los ojos durante un momento y luego los abría de nuevo. Acudía a Karen para encontrar aquella sonrisa resplandeciente y le pasaba las manos por los cabellos rubios.

No tenía sentido preocuparse por los que estaban más lejos incluso que las almas de los muertos.

2

AÑO DEL VIAJE 1181

Olmy se hallaba de pie en la cámara de observación pública de Axis Euclid con las manos cruzadas detrás de la espalda; estaba esperando a Korzenowsky. Juntos intentarían convencer al principal abogado de la Tierra, Ram Kikura, de que los derechos legales de los supervivientes de la Tierra no podían en ningún modo sustituir el deber que tenía el Nuevo Hexamon de obligarles, con el tiempo que fuera necesario, a someterse a la purificación por medio del Talsit. Fue haciendo acopio *in mente* de los argumentos:

Si los supervivientes no se purificaban mentalmente además de hacerlo físicamente, su forma de pensar se encontraría en unas condiciones tales que las luchas y la discordia acabarían por dividir de nuevo la Tierra al cabo de unos siglos, o muy posiblemente antes. Tenían que estar sanos mentalmente para

hacer frente al futuro que el Nuevo Hexamon les estaba ya estructurando; allí no quedaba sitio para aquel modo de pensar enfermizo y arcaico que les había conducido hasta la Muerte por primera vez.

Sin embargo, Olmy no estaba del todo seguro de poder convencer a Ram Kikura. Ella había estado releyendo los *Artículos Federalistas* y consultado antiguos casos de la ley constitucional.

Korzenowsky llegó tarde, como de costumbre, y pasaron juntos algunos minutos contemplando cómo pasaban los continentes, mares y nubes que se hallaban abajo. El horizonte presentaba aún un color entre anaranjado y gris, y estaba lleno de polvo y cenizas en la estratosfera; allí donde las nubes se apartaban, se podía distinguir que una gran parte del suelo se encontraba cubierto de nieve.

—¿Va a hacernos pasar tu mujer hoy también un mal rato? —le preguntó el Ingeniero.

—Sin duda —dijo Olmy. Korzenowsky sonrió.

—Tengo que hacerte una confesión. Otra joven me ha estado dando problemas últimamente. Oh, ya me doy cuenta de que deberíamos estar concentrándonos todos en la reconstrucción... pero creo que comprenderás por qué la mente se me pierde en divagaciones.

Olmy asintió.

—Lo más probable es que no lo consiguiera —comentó Korzenowsky.

—¿Llegar a casa?

—Es bastante improbable. He estado meditando largamente sobre la teoría de la Vía. Una parte de mi ser continúa todavía dándole vueltas a esos problemas. En realidad comprendíamos muy poco acerca de los depósitos de geometría. Cuando Patricia expresó aquellas teorías suyas... parecían correctas en aquel momento... y estaban muy cerca de serlo. Pero no eran lo suficientemente exactas como para que pudieran traerla de nuevo a casa.

—Entonces, ¿dónde estará ahora?

—Eso no lo puedo decir —Korzenowsky se llevó una mano a la cabeza—. Esta persistencia, sin embargo... esta presión para continuar trabajando en los problemas... no puedo decir que me oponga a ello. La teoría resulta fascinante. Pensar en ella es una de las cosas más agradables que puedo hacer. Y quizás algún día podamos intentarlo de nuevo.

—¿Desde la Tierra? —le preguntó Olmy.

—Aún tenemos la sexta cámara —dijo Korzenowsky—. No sería ni mucho menos tan difícil como lo era antes. Y podríamos hacerlo mejor.

Olmy no respondió durante unos momentos.

—Puede que sea inevitable —concedió finalmente—, pero no se lo mencionemos al Nexo enseguida.

—Naturalmente —dijo Korzenowsky—. Después de todo este tiempo,

nosotros... y yo he adquirido una gran dosis de paciencia.

La intensa y aguda mirada del ingeniero, semejante a la de un gato en espera de abalanzarse sobre algo, erizó a Olmy los pelos de la nuca.

No había experimentado una reacción tan atávica desde hacía años.

—Vamos a librar una buena batalla con tu abogado —sugirió Korzenowsky. Se apartaron de la visión de la Tierra y tomaron un ascensor para que les llevase a las antecámaras del Nexo, donde Suli Ram Kikura les estaba esperando.

3

PAVEL MIRSKY, ANOTACIONES PERSONALES

Si no estoy demasiado equivocado —o los efectos distorsionantes de nuestro viaje no hacen que el cálculo resulte demasiado complicado— entonces hoy es el día en que cumpla treinta y dos años.

Me he acostumbrado a vivir en Ciudad Central, y tomo parte en los rituales e intercambios habituales en la vida de los Geshels. Cada semana pongo al día las copias de mi personalidad y trabo conocimiento con docenas de ciudadanos, gran número de los cuales se encuentran ansiosos por conversar conmigo; y trabajo mucho.

Estudio historia. Los que están encargados de asignar el trabajo aquí creen que mis percepciones y facultades me convierten en una lente única a través de la cual se puede observar e interpretar el pasado. Rodzhensky me ayuda. El se ha adaptado de una manera mucho más completa que yo, e incluso está planeando, para su próxima encarnación, ocupar un cuerpo neomorfo de los que se acostumbran por aquí.

Me reúno frecuentemente con Joseph Rimskaya, pero él sigue siendo un hombre bastante taciturno, y resulta poco estimulante. Creo que todavía tiene añoranza, y quizá no debería haber desertado. Tiene planeado someterse a la terapia del Talsit en breve, aunque ya ha afirmado lo mismo en ocasiones anteriores. A Beryl Wallace, la otra americana, apenas la vemos. La han destinado a un grupo de observación; es un trabajo único y muy solicitado, en el que me imagino que debe de estar sirviendo más de mascota que de otra cosa, pero es posible que yo esté equivocado. Las implantaciones son capaces de realizar maravillas.

Nunca fui un intelectual. La filosofía siempre me aburrió; las pregunta acerca

del significado último y de la realidad me parecían algo sin objeto. Nunca dispuse de la suficiente capacidad para llevar a cabo grandes elasticidades con la imaginación. Con las implantaciones todo eso ha cambiado. He dado una docena de pasos más en el camino de convertirme en una persona diferente.

Hemos recorrido una considerable distancia desde que alcanzamos la velocidad de la luz. No creo que nadie hubiera esperado nunca lo que está sucediendo ahora. La Vía es muy complicada; ni siquiera los que la crearon podían predecir todas las posibilidades que tenía.

Ahora estamos viajando por una Vía fantasma cuya naturaleza local ha sido alterada por la violencia de nuestro paso, muy próximo a la velocidad de la luz. Dicha Vía no tiene diámetro ni límites propiamente dichos; simplemente, ningún objeto que posea masa puede existir más allá de una distancia superior a veinte mil kilómetros a partir del curso que seguimos. (La hendidura, o la singularidad, desapareció hace tres meses. Sencillamente se evaporó en medio de una pulsación de partículas recién creadas, algunas de las cuales eran desconocidas incluso para los Geshels).

Hemos estado viajando más allá del dominio de la superserie de universos externos que circundaban todas nuestras variadas líneas de mundos. Incluso si nos detuviésemos a fin de abrir entradas al «exterior», sea cual fuere éste, encontraríamos reinos sin materia, quizás incluso sin forma ni orden; es muy dudoso que pudiéramos encontrar algo conocido.

Hay un número infinito de alternativas a la Vía, cada una originada en una línea de mundo alternativa aunque alcance incluso más allá de esa línea de mundos. Hasta ahora los investigadores de la Vía no han sabido muy bien cómo están amontonadas o colocadas las Vías alternativas y, ciertamente, tampoco saben si podrán considerarse siquiera reales. Puesto que la Vía está formando intersección con un gran número de líneas de mundo alternativas —quizá con todas—, ¿cabría dentro de lo posible que hubiese más de una Vía?

Pero viajando casi a la velocidad de la luz dentro de la Vía hemos hallado respuesta a estas preguntas, aunque hemos descubierto otras preguntas nuevas. Hemos distorsionado la geometría de la Vía en más de las cuatro dimensiones esenciales; hemos contraído también la quinta dimensión, juntando las Vías alternativas. Los límites de la Vía se han hecho transparentes en una amplia variedad de frecuencias, y podemos percibir la forma de otras Vías. Somos capaces de seleccionar la Vía que queremos inspeccionar, usando para ello aparatos similares a las clavículas de abrir entradas. Es precisamente de la observación de estas Vías alternativas de lo que Beryl Wallace se ocupa en estos momentos.

Podemos incluso ver (y en algunos casos comunicar con ellos) a seres de otras Vías.

Así pues, hay un número infinito de líneas de mundos y, a causa de este

artefacto humano, un infinito número de conexiones entre ellos. Nuestros investigadores idean planes para permitirnos cruzar hasta otras Vías, a otras superseries de líneas de mundos, pero incluso con las implantaciones tengo dificultades para comprender de qué hablan.

Eso es todo lo que sé. Hay Vías donde los seres de miles de universos completamente diferentes mantienen relaciones comerciales, intercambiando, en algunos casos, solamente información; en otros casos intercambiando diferentes tipos de espacio-tiempo. ¿Es posible concebir el potencial que existiría entre dos universos de diferentes cualidades? ¿Podría llamarse energía a ese potencial?

Rinskaya, a pesar de lo huraño que es, ha continuado trabajando, e incluso ha contribuido a las investigaciones con algunas importantes informaciones. Cree que ha encontrado una definición de información: el potencial que existe entre todas las dimensiones semejantes al tiempo (el propio tiempo y la quinta dimensión que separa las líneas de mundos, por ejemplo) y todas aquellas otras semejantes al espacio. Dondequiera que el espacio y el tiempo se influyan mutuamente hay información; y dondequiera que sea posible ordenar la información formando conocimiento y dicho conocimiento pueda aplicarse, hay inteligencia.

Para que quien lea este diario de un hombre primitivo no piense que pasamos el tiempo enfangados en abstracciones, permítame también decir que estoy descubriendo la riqueza que tienen a su alcance aquellos que se encuentren dispuestos a alterar sus principales características. La variedad de emociones disponibles para una mente humana reconfigurada y capaz de concebir pensamientos imposibles para sus antepasados...

La emoción de —®—, descriptible solamente como algo intermedio entre el amor sexual y el gozo intelectual; ¿hacerle el amor a un pensamiento? O el &&, el auténtico contrario del dolor, no el «placer», sino una «advertencia» de curación, crecimiento y cambio. O [‡] la más compleja emoción que se haya descubierto jamás, sentida por los que conscientemente soportan el cambio entre las configuraciones de la mente y experimentan el amplio espectro de posibilidades inherentes al pensamiento y al ser.

Apenas he empezado a degustar las variedades del amor humano. Las personalidades no están necesariamente aisladas aquí; yo puedo pertenecer a un amplio espectro de agregados de personalidad y conservar aún mi individualidad... No pierdo nada, y gano mil nuevos sabores de afecto humano.

¿De qué sirve medir las distancias que hemos recorrido? ¿De qué sirve que el antiguo Pavel Mirsky las comprenda? Pronto, tengo el firme propósito de hacerlo, voy a hacer acopio de todo mi valor para ir a reunirme con las personalidades extendidas de la Ciudad del Recuerdo.

Y aun así, con todo esto en lo que ocuparme, todavía llevo luto. Todavía lloro por la porción perdida de mí mismo, aún me siento triste por una tierra a la que no puedo regresar; una tierra que ahora es doblemente inaccesible. Pero el llanto

está profundamente enterrado donde incluso las sesiones de Talsit tienen dificultades para llegar, quizás alojado en la única zona que es ilegal modificar, la que se conoce como Misterio. ¡Qué ironía, que en ese aspecto aún me sienta ruso, y que mientras exista una parte de mí, ésta será rusa!

Porque comparto el mismo Misterio que el viejo Pavel Mirsky, siento la continuidad. Siento...

Un empuje hacia las estrellas, sí, pero más que eso.

Cuando yo era niño en Kiev (o al menos de eso es de lo que me informan unas cuantas partes oscuras de mi memoria), una vez le pregunté a mi padrastro cuánto viviría la gente cuando se consiguiera por fin el Paraíso de los Trabajadores. Mi padrastro contestó:

—Quizá tanto como deseen hacerlo. Puede que mil millones de años.

—¿Y cuánto es mil millones de años? —le pregunté.

—Es mucho tiempo —me respondió—. Toda una edad, una eternidad, el tiempo suficiente para que toda la vida nazca y toda la vida llegue a su fin. Algunas personas lo llaman un eón.

En términos geológicos, según aprendí después, un Eón es en efecto mil millones de años. Pero los griegos, que acuñaron la palabra, no eran tan específicos. La usaban para indicar la eternidad, la vida de un universo, que alcanza mucho más de mil millones de años. Era también la personificación de un ciclo de tiempo de un dios.

Yo he sobrevivido al Paraíso de los Trabajadores. He sobrevivido al fin de mi universo, y puede que sobreviva a otros más, incontables.

Querido padrastro, al parecer es posible que yo sobreviva más que los propios dioses...

Un verdadero eón.

Tanto que aprender y tantos cambios que aguardar con ilusión. Cada día respiro profundamente, cuento las elecciones que tengo en cada momento y me doy cuenta de lo afortunados que somos. (¡Si tan sólo pudiera yo convencer a Rinskaya! Qué hombre tan triste).

Yo soy libre.

La joven reina Kleopatra XXI acababa de pasar unas largas y soñolientas cuatro horas escuchando el complicado testimonio de cinco congresistas excluidos del Boulē de Oxyrrhynkhos Nome. Las quejas de estos congresistas, según decidió el consejero en el que más confiaba la reina, no tenían ningún mérito, así que la reina los despidió con una seria sonrisa y les advirtió que no llevaran sus quejas fuera de Aigypptos, a ningún otro estado, o serían exiliados del Oikouménē de Alexandría y forzados a vagar hacia el este o el oeste por las tierras de los bárbaros o, lo que era aún peor, por el Latium.

Tres veces por semana Kleopatra recibía quejas parecidas, seleccionadas por sus consejeros entre miles de casos; la reina se daba perfecta cuenta de que lo hacían principalmente por las apariencias, pues las sentencias estaban decididas ya de antemano. No se encontraba muy contenta con las limitaciones del poder real impuestas por el Oikoumenical Boulē en los tiempos de sus padres, pero tenía que elegir entre aquello o el exilio, y una reina exiliada de dieciocho años tenía pocos lugares adonde ir fuera del Oikouménē. ¡Cómo habían cambiado las cosas en los últimos quinientos años!

Sin embargo Kleopatra esperaba ansiosamente la llegada de su próxima visitante. Había oído muchas historias sobre la principal sacerdotisa y sophē del Hypateion de Rhodos; aquella mujer era legendaria no solamente por la historia de cómo había llegado al Oikouménē, sino también por los logros que había conseguido durante el pasado siglo. Sin embargo, la reina y la sacerdotisa aún no se habían conocido nunca.

La sophē Patrikia había llegado volando desde Rhodos dos días antes, aterrizando en el aeropuerto de Rakhotis, justo al oeste de Alexandría, y había ocupado una residencia privilegiada en el Mouseion hasta que se pudiera concertar la audiencia. Durante esos dos días, la sophē había sido acompañada en las obligadas visitas a las pirámides de Alexandros y el Diadokhoi para observar (qué cansado, pensó Kleopatra) las momias envueltas en oro de los fundadores del Oikouménē de Alexandría, y luego había visitado las pirámides y las tumbas de los últimos Sucesores, que se encontraban en los alrededores. Se decía que la sophē había soportado bien las excursiones, y algunas de sus observaciones se habían grabado para retransmitirlas a los ochenta y cinco nomes del Oikouménē.

Llegaron heraldos anunciando que la sophē había llegado al Promontorio Lokhias y que pronto estaría en la residencia real. Los consejeros despejaron la corte y Kleopatra se vio rodeada por sus moscas, como ella las llamaba, los chambelanes y doncellas personales, que le enjugaron el sudor de la frente, le empolvaron las mejillas y la nariz y le colocaron las túnicas alrededor del trono dorado. Al otro lado del salón del trono, de pie entre el sol y la sombra, se hallaba la falange de la seguridad real. Cuando se dividieran en dos líneas, una a cada lado del pórtico, Kleopatra asumiría su Actitud y daría la bienvenida a la sophē.

Las líneas se formaron y los heraldos cumplieron los fatigosos rituales.

La fecha era 4 de Sothis, al estilo antiguo, 27 de Arkhimēdēs al nuevo estilo.

Kleopatra se sentó pacientemente en el trono, hecho con cedro procedente de la problemática jerarquía de loudeia, algunas veces llamada Nea Phoenikía, mientras sorbía agua reluciente de Gallia en una copa fabricada en Metascythia. De este modo, cada día la reina trataba de consumir productos de los nomes, estados políticos y naciones amigas que estaban alrededor, sabiendo que se sentirían honrados y que sus pueblos estarían orgullosos de servir al más antiguo de los imperios, el Oikouménē de Alexandría. Estaría bien que la sophé viera a Kleopatra cumplir con sus obligaciones, pues, a decir verdad, la joven reina tenía pocas cosas más que hacer; el Boulē y el Consejo de Oradores Elegidos tomaban ahora las decisiones realmente importantes, a la manera ateniense.

Las grandes puertas de bronce de Theotokopolos se abrieron de par en par y la procesión dio comienzo. Kleopatra hizo caso omiso de la multitud, que aumentaba con gran rapidez, de cortesanos, chambelanes y políticos de poca monta. Se fijó inmediatamente en la sophé Patrikia, que entró en la cámara apoyada en los brazos de sus dos hijos, que eran ya de mediana edad.

La sacerdotisa llevaba puesta una túnica de seda negra Chin-Ch'ing, muy sencilla y elegante, con una estrella sobre un pecho y una luna sobre el otro. Tenía el cabello largo, y aún era exuberantemente frondoso y oscuro; mostraba un rostro joven, a pesar de haber cumplido ya setenta y cuatro años, y unos ojos negros, redondos y penetrantes. Kleopatra observó con dificultad los ojos de la sophé; parecían peligrosos, demasiado provocativos.

—Bienvenida —le dijo evitando deliberadamente toda ceremonia—. Ven a sentarte. Me han dicho que tenemos cosas de que hablar.

—Oh, sí, así es, mi bella reina —repuso la sophé soltando los brazos de sus hijos y acercándose al trono al tiempo que se levantaba con una mano el borde de la túnica. Realmente estaba todavía muy ágil; sin duda alguna retenía a sus hijos en el templo por el propio bien de éstos, no por el de ella; el Oikouménē no era el mejor lugar para encontrar trabajo en aquella época.

Patrikia se sentó en la silla cubierta de almohadones, a un cuerpo de distancia por debajo del trono de la reina, y levantó el rostro hacia Kleopatra con los ojos brillantes a causa de la excitación.

—Me han dicho también que has traído algunos de tus maravillosos instrumentos para enseñármelos y revelarme qué utilidad tienen —dijo Kleopatra.

—Si me lo permites...

—Claro que sí.

Patrikia hizo un gesto y dos estudiantes del Hypateion llevaron una caja ancha y poco profunda de madera. Kleopatra reconoció la madera: arce de ojo-de-paloma procedente de Nea Karkhedon, al otro lado del Atlántico. Se preguntó cómo iría la revolución de aquel país; llegaban pocas y dispersas noticias de los

territorios bloqueados de la costa.

La sacerdotisa ordenó a los estudiantes que depositaran la caja sobre una gran mesa redonda de cobre batido engastado con plata.

—Quizá tu Imperial Hypsēlotēs conozca ya mi historia...

Kleopatra asintió con la cabeza y sonrió:

—Que caíste del cielo perseguida por una estrella furiosa, y que no naciste en esta Gaia.

—¿Y que traje conmigo...? —apuntó Patrikia de la manera más parecida a uno de los tutores de la reina. A ella no le importó. Le divertía instruirse y aprender. En realidad se había pasado la mayor parte de su vida en clases, aprendiendo las cualidades y extensiones de sus dominios, y también las lenguas que en ellos se hablaban.

—Trajiste maravillosos instrumentos, de los cuales no tenemos equivalentes exactos en nuestro mundo. Sí, sí, esas historias son famosas.

—Entonces ahora te diré cosas que solamente yo sé —dijo Patrikia. Echó un vistazo a la corte que estaba alrededor y luego volvió su extraordinaria mirada hacia la joven reina. Kleopatra entendió y asintió.

—Ésta será una audiencia privada. Levantaremos la sesión y nos volveremos a reunir en mis cámaras privadas.

La corte se despejó rápidamente y Kleopatra, sin ninguna clase de ceremonia, dejó caer la pesada túnica y se echó un ligero manto de finísimo lino por encima de los hombros. Se encaminaron hacia los aposentos de la reina acompañadas solamente por dos guardias y por los hijos de la sophē. Unas bandejas con codornices y unos vasos de cristal con vinos de Cos les estaban esperando, y la sophē comió con la reina, lo que era privilegio muy poco frecuente.

Cuando ambas hubieron terminado, se pusieron a comer los hijos, y Kleopatra y Patrikia se instalaron cómodamente sobre unos almohadones, en un rincón. Los chambelanes corrieron las cortinas alrededor de ellas para que gozaran de una mayor intimidad.

Entonces, y sólo entonces, fue cuando Patrikia levantó la tapa de la caja de madera. Allí, sobre grueso fieltro morado de Tyrian —el fieltro de Pridden y el tinte de loudeia—, descansaba un objeto plano hecho de cristal y plata, de un tamaño similar a la palma de la mano, otro objeto un poco más pequeño y otra cosa cuya forma era semejante a una silla de montar y que tenía unos asideros salientes.

Aquellos objetos eran casi tan famosos como el Escondite del General Ptolemaios Soter, especialmente entre los eruditos y los filósofos. Pocos los habían visto, ni siquiera la madre y los padres de la reina.

Kleopatra los estuvo observando con no disimulada curiosidad.

—Explicame, por favor.

—Con éste —Patrikia señaló el objeto plano más pequeño—, puedo medir las cualidades del espacio y del tiempo. Hace muchos años, cuando me refugié en el Hypateion después de la muerte de mi marido, el tekhnai de allí me fabricó unas baterías nuevas, y estos aparatos funcionan otra vez.

—Tengo que alabarlos —comentó Kleopatra. Patrikia sonrió e hizo un movimiento con la mano como si se tratara de una cosa trivial.

—La filosofía y tekhnos de vuestro mundo no son tan avanzados como en el mío en ciertos aspectos, aunque se acercan mucho. Pero vosotros tenéis maravillosos matemáticos y astrónomos. Mi trabajo ha progresado.

—¿Sí?

—Y... —Patrikia levantó ahora el objeto con asas que había en el interior de la caja—. Este instrumento me dice cuándo otros están tratando de abrir pasos hacia nuestro mundo, hacia esta Gaia. El aparato es sensible a esa clase de trabajos y me lo dice.

—¿Y sirve para alguna otra cosa más? —preguntó Kleopatra, que era consciente de que aquello quedaba ya fuera de sus posibilidades.

—No. Aquí, no. Ahora, no.

Asombrada, la reina se dio cuenta de que la vieja sacerdotisa tenía lágrimas en los ojos.

—Nunca he abandonado mi sueño —continuó diciendo Patrikia—. Y nunca he abandonado tampoco la esperanza. Pero me estoy haciendo vieja, mi Hypsēlotēs Imperial, y mis sentidos ya no están tan aguzados como antes... —Se incorporó en el asiento y después volvió a acomodarse dando un profundo suspiro—. Sin embargo, ahora estoy segura. Este aparato me ha dado las señales apropiadas.

—¿Señales de qué?

—No sé por qué ni dónde, mi reina, pero una entrada de paso ha sido abierta en nuestro mundo. Este aparato *siente* su presencia, y yo también. En algún lugar de Gaia, mi reina. Antes de que me llegue la muerte quisiera encontrar ese paso y ver si existe quizás una oportunidad, aunque sea pequeña, de poder realizar mi sueño.

—¿Un paso? ¿Qué es lo que quieres decir?

—Una entrada que da al lugar del que vine. Quizás hayan abierto de nuevo esa entrada. O... puede ser que alguien ha creado un camino completamente nuevo hacia las estrellas.

Kleopatra, de repente, se sintió llena de turbación. No en vano llevaba en su sangre los instintos de ciento veinte generaciones de la Sucesión Dinástica Macedónica.

—¿Son los habitantes de tu mundo gente de paz y buena voluntad? —le preguntó a Patrikia.

Los ojos de la sacerdotisa se volvieron momentáneamente distantes y se

nublaron.

—No lo sé. Probablemente lo sean. Pero yo pido a la reina permiso para localizar ese paso, esa entrada, con todos los medios a tu disposición.

Kleopatra frunció el entrecejo y se inclinó ligeramente hacia delante para ver el rostro de la sacerdotisa desde una perspectiva mejor. Luego cogió entre sus manos una de las de la sophē.

—¿Se beneficiarán nuestras tierras de este paso, de esta entrada?

—Casi seguro —dijo Patrikia—. Yo soy un ejemplo mínimo de las maravillas que pueden encontrarse al otro lado de esa entrada.

Kleopatra frunció el entrecejo y se puso a considerar aquel asunto durante unos momentos. El Oikouménē se encontraba en aquellos días acosado por muchos problemas, algunos de los cuales, según le habían asegurado sus consejeros, eran insuperables, los problemas de la decadencia de una civilización muy antigua. Kleopatra no se creía aquello —no se lo creía del todo—, pero el mero hecho de pensarlo la llenaba de terror. Incluso en una edad de aviones y radio, tenía que haber otras cosas, otras maravillas que pudieran sacarlos de los apuros en que se encontraban.

—¿Es un atajo para llegar a territorios lejanos, a lugares donde podemos extender nuestro comercio y de donde podemos aprender cosas nuevas?

Patrikia sonrió.

—Tu entendimiento es rápido, mi reina.

—Entonces la buscaremos. Voy a decretar que todos nuestros estados aliados y todos los imperios se pongan también a buscarla.

—Puede que esté escondida y que sea muy pequeña —le advirtió la sacerdotisa—. Quizá se trate solamente de una entrada de prueba no más ancha que el largo de un brazo de hombre.

—Nuestros investigadores serán concienzudos —prometió Kleopatra—. Con tu ayuda conseguirán encontrar esa entrada.

Patrikia miró a la reina de reojo, con un recelo casi insolente.

—Durante mucho tiempo me han considerado una vieja loca, a pesar de estas maravillas —dijo apoyando la mano en la caja—. ¿Tú me crees?

—Sí; por mi herencia como reina del Egipto de Alexandros y de la Dinastía de Macedonia —dijo Kleopatra. Deseaba creer a la sacerdotisa. La vida en la corte había sido muy aburrida durante los últimos años. Y la reina, ciertamente, ejercía algunos poderes, principalmente en los asuntos concernientes al espíritu político y a las miras del estado. Y podía encajar la petición de aquella sacerdotisa dentro de esos terrenos sin mayores dificultades.

—Gracias —dijo Patrikia—. Mi marido nunca me creyó verdaderamente. Era un buen hombre, un criador de pescado... Pero se preocupaba por mí y me decía que debía vivir sólo esta vida y no soñar con otras...

—Yo odio las limitaciones —le confió Kleopatra vehementemente—. ¿Qué

harás si encontramos ese paso?

Patrikia abrió los ojos de par en par.

—Me iré a casa —dijo—. Finalmente, por muy inútil que sea, me iré a casa.

—Pero no antes de que hayas terminado tu trabajo para nosotros, supongo.

—No. Ésa será una de mis prioridades, la primera de todas ellas.

—Bien. Así sea.

Kleopatra llamó a sus consejeros y les advirtió, inflexibles, que aquello era un decreto Imperial y que no estaba sujeto a discusión alguna; luego dictó una orden para que la búsqueda comenzara.

—Gracias, mi Hypsēlotēs Imperial —dijo la sacerdotisa mientras iban paseando de regreso a la corte. Kleopatra observó cómo Patrikia salía por la puerta de Theotokopolos y tomaba el camino de regreso al Hypateion para esperar allí el momento en que la búsqueda comenzara. Luego la reina cerró los ojos y trató de imaginarse...

El hogar de la anciana. ¿De dónde habría venido semejante mujer? De un lugar de torres resplandecientes y poderosas fortalezas donde la gente fuera más parecida a dioses o a demonios que a los hombres y mujeres que ella conocía. Sólo un lugar así podía haber dado origen a aquella pequeña e intensa sophē.

—¡Qué extraño! —murmuró Kleopatra volviendo a su trono. Tenía de nuevo la pesada túnica alrededor de los hombros. Sintió un estremecimiento de emoción—. ¡Qué maravilloso...!

Uno no sabe quién es a menos que sepa dónde está.

WENDELL BARRY

Agradecimientos

Un libro tan complicado como éste no puede escribirlo uno solo, y gracias a Dios que hay gente dispuesta, incluso deseosa, de ayudar. Mi más profundo agradecimiento a (sin ningún orden en particular) Rick Sternbach; Ralph Cooper; John S. Lewis; Louis A. D'Amario; David Brin; Anthony y Tina Chong; Craig Kaston; LCDR Patrick Garret, USN; LCDR Dale F. Bear, USN RET.; al Consejo Asesor del Ciudadano en materia de política nacional del espacio; y, naturalmente, a Astrid.

Sin duda permanecen errores y conceptos erróneos, que son sólo míos.



GREG BEAR. Nació en San Diego, California, el 20 de agosto de 1951. Su padre, Dale F. Bear, fue oficial de la marina y por ello, hasta los doce años, viajó con sus padres por Japón, Filipinas, Alaska y varios lugares de los Estados Unidos.

En Alaska, a los diez años, escribió su primer relato, y a los trece comenzó a enviar sus relatos a revistas y fanzines, hasta que, a los quince, consiguió vender su primer cuento a Robert Lowndes FAMOUS SCIENCE FICTION. Tardó otros cinco años en volver a publicar profesionalmente, pero a partir de los veintitrés lo hizo regularmente.

Terminó su primera novela a los diecinueve, y tras reescribirla completamente la publicó Berkley trece años más tarde. Su primera novela en verse publicada fue HEJIRA, en 1979.

En 1983, se casa con Astrid Anderson. Erik su primer hijo nació en Septiembre de 1986 y Alexandra en Enero de 1990.

En 1983 fue nominado para el premio Nébula por su relato Petra, y en 1984 Hardfoughth fue nominado al mejor relato y Música en la sangre a la mejor novela corta consiguiendo ésta última el premio de ese año. Convertida en novela, Música en la sangre ganó el premio Apollo en Francia y fue nominada a los premios Hugo y Nébula. En 1987, Tangentes ganó el Hugo y el Nébula. Moving Mars (1993) fue nominado en los Nébula de 1994 como mejor novela. Es asimismo autor de la Saga de Darwin, que comprende las novelas La radio de Darwin (1999) y Los niños de Darwin (2002). Sus novelas e historias cortas han

sido traducido a doce idiomas: Japonés, Ruso, Checoslovaco, Francés, Polaco, Finlandés, Sueco, Español, Portugués, Holandés, Alemán, y Serbocroata. El relato, *Dead run* fue adaptada por Alan Brennert para la segunda temporada de la serie *Twilight Zone*. *The white rose child* aparecido en 1993 presentado como un CD-ROM multimedia por Ebook. También trabaja ocasionalmente como freelance y ha escrito numerosos artículos para Los Ángeles Times. Entre 1979 y 1982 escribió en el suplemento literario del San Diego Union Book Review. En su actividad como librero trabajó en la librería Mithras, de La Jolla, y ha dado frecuentes conferencias en las Escuelas de San Diego. Ha sido profesor interino de historia antigua, historia de ciencia, y ciencia ficción y fantasía.

Como ilustrador, sus trabajos han aparecido en *Galaxy*, *Fantasy and Science Fiction* y *Vertex* y en portadas de libro de bolsillo. Ha sido miembro de fundador de la ASFA, (Association of Science Fiction Artists). Su último trabajo profesional fue la cubierta de su propia novela, *Psycholine*. En estos momentos apenas cultiva la actividad artística (excepto ocasionales trabajos personales) y se dedica casi exclusivamente a escribir.

Con Astrid, su esposa, co-edita el Forum de la Science Fiction Writers of America desde 1996. Durante dos años, fue el presidente del SFWA Grievance Committee, y Presidente de la propia SFWA de 1988 a 1990. Entre 1983 y 1990, colaboró en Citizens Advisory Council on National Space Policy, una asociación privada relacionada con la investigación espacial en la que se aglutinan especialistas militares, científicos, ingenieros, astronautas, y escritores. Es también consultor de Microsoft y otras compañías de software, y colaboró con la WNET-13 de Nueva York, y como consejero científico para el episodio de piloto de la serie TIERRA 2.

Bear es un autor de letras, por lo que es clasificado por los críticos dentro de un grupo de autores de hard de formación literaria con interés en la ciencia, (en contraste con los autores de ciencias, de formación científica con interés en la literatura) al igual que, por ejemplo Frederik Pohl. Se le acusa por ello de ser un autor frío, como si su interés por la ciencia-ficción fuera simplemente profesional.

Notas

[1] Repcorp: representante corpóreo (N. del T.). <<

[2] Una de las cinco tribus iroquíes que en un tiempo vivieran en lo que hoy es el estado de Nueva York (N. del T.). <<

[3] The Bear, Rusia: the bears, los osos. (N. del T.). <<

[4] En español en el original. (N. del T.). <<

[5] Comparación con el trabajo de Sísifo, griego condenado a empujar hacia arriba una piedra por la ladera de una montaña. (N. del T.). <<

[6] Oración judía y en especial una forma de ésta que se reza en los funerales.
(N. del T.). <<

[7] Nombre que suele darse a la gente amistosa y agradable. (N. del T.). <<

[8] Estructura en forma de cúpula dedicada como santuario a Buda. (N. del T.).

<<